3 1761 09546490 5

LAS

REDES DEL AMOR.

Lit Palacios, Madrid.

PORTADA.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LIBRO I.

LA FIBRA SENSIBLE.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lasredesdelamorn01prez

CAPITULO PRIMERO.

Cora.

Los últimos rayos del sol de la tarde, llenaban de luz y de reflejos la fértil campiña de *Santa Clara.* La benéfica brisa de la cercana noche comenzaba á refrescar el ambiente, poniendo término á un día de insufrible calor.

Al otro extremo de *Santa Clara,* y por la parte opuesta del camino de la Habana, casi oculta entre las ramas de los árboles que la rodeaban, se veía una pequeña quinta de rojizo techo y blancas paredes, cuyas verdes persianas, construídas de flexibles juncos, cerraban el paso á los ardientes rayos del sol, dejando libre entrada á la saludable y vivificante brisa del mar.

La acacia de farnesio, el banano, débil al principio, pues busca el apoyo de otro árbol y con el tiempo forma por sí mismo una floresta; la palmera de abanico, que con una de sus hojas cubre á ocho personas de la lluvia ó del sol; el trepador bejuco, que forma cúpulas de flores y verdes galerías;

el arrogante cedro, el esbelto manzano de rosa, los naranjos, los limoneros, los granados, toda aquella exuberante vegetación de la reina de las Antillas, parecía acariciar al modesto nido donde comienza nuestra historia, prestándole su sombra y sus embriagadores perfumes.

Una mujer, en la primavera de la vida, hermosa como puede pintarla el deseo, rubia como Elena y sonrosada como la flor de la adelfa, vivía con su hijo en la solitaria y poética quinta que nos ocupa.

Cora, éste era su nombre, tenía veintidós años de edad, y era una de esas buenas madres, todo amor, todo ternura, que no comprenden los goces y las alegrías de la vida sin hacer partícipes de ellos á sus hijos.

Vivía, pues, por su Alejandro y para su Alejandro, precioso niño de cuatro años, que era un vivo retrato de su madre.

La tarde que nos ocupa, Cora paseaba por su jardín, llevando á su hijo de la mano. Una negra, de cincuenta años de edad, se hallaba sentada bajo el rayado toldo de la puerta.

—Dime, mamá: ¿por qué hace tanto tiempo que no viene á verme mi padre?—preguntó el niño.

—Hijo mío, tu padre no está en la Habana.

—¿Dónde está, pues?

—Se ha visto precisado á emprender un largo viaje.

—¿Volverá pronto?

—¡Oh, sí! Muy pronto; tal vez mañana.

—¿De veras?—exclamó el niño sin ocultar su alegría.

—Sí, hijo mío. En su última carta me anunciaba que pronto vendría á verte.

—¡Tengo tantas ganas de jugar con él por el jardín!... Antes venía todas las tardes, cuando los pájaros se refugiaban en los árboles y los negros pasaban cantando por el camino; pero ahora hace muchos días que no viene... ¿Se habrá olvidado de nosotros?

Cora se llevó una mano al pecho, y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

En aquel momento se oyó el alegre sonido de los cascabeles y el chasquear de un látigo: era un carruaje que avanzaba rápidamente por el camino de la Habana.

Cora lanzó un grito, y dijo, corriendo hacia la puerta:

—¡Tu padre, tu padre viene!

Alejandro corrió detrás de su madre, y la negra corrió también, á pesar de sus años.

El coche se detuvo. Los caballos estaban cubiertos de espuma y sudor: en el pescante iban dos negros.

Un hombre bajó del carruaje: era un mulato. Tendría aproximadamente treinta años de edad; su barba negra y pobre, su color cobrizo, sus toscas facciones, su fría mirada, formaban un conjunto poco simpático.

Cora, al verle, retrocedió dos pasos y cogió á su hijo de la mano.

El mulato avanzó sonriéndose y enseñando sus blancos y largos dientes.

—¿Supongo que es usted la señorita Cora, y este precioso niño su hijo de usted Alejandro?—preguntó el mulato, quitándose respetuosamente su ancho sombrero de paja.

—Sí señor; yo soy Cora, y éste es mi hijo... Pero ¿usted quién es?

—Un servidor leal de don Mateo de Robledano, y él me envía con esta carta.

—¡Mateo!... ¡Oh, Dios mío! ¡Pues qué! ¿Ha llegado de España?...—preguntó Cora con inmensa alegría.

—Sí, ha llegado esta mañana en el vapor-correo.

—¡Ah! ¿Y por qué no viene á verme?

El mulato, sin dejar de sonreirse, entregó á Cora la carta.

La noche había cerrado.

Cora corrió hacia la casa, llevando á su niño de una mano; la negra la siguió también, comprendiendo que su ama necesitaba una luz.

Cora llegó á su gabinete y se acercó á una lámpara que había encendido la negra.

—¡Ah! Es su letra, su letra,—exclamó Cora.

Y se puso á leer para sí lo siguiente:

«Cora de mi alma: Si me amas, si quieres que legalice tu situación y que le dé un apellido á nuestro hijo, sin pérdida de tiempo ven á reunirte conmigo.

»El dador de la presente es una persona de toda mi confianza, un servidor leal dispuesto á arriesgar su vida por mí y por vosotros; síguele sin el menor recelo; te envío un carruaje, él os conducirá adonde os estoy esperando con gran ansiedad para no separarme nunca de vosotros.

»Razones que te explicaré cuando nos veamos, y que no son para escritas, me impiden ir en persona á buscarte. Te amo más que nunca. Tuyo,—*Mateo.*»

Cora se quedó absorta; pero ¿cómo desoir las súplicas del hombre por quien lo había sacrificado todo, del padre de su hijo, de su primer amor?...

Precipitadamente metió en una maleta y un saco de mano alguna ropa, papeles y un poco de dinero, que era toda su fortuna, y dirigiéndose á la negra, dijo:

—Me llama Mateo, me llama, y voy á reunirme con él.

La negra juntó las manos y abrió inmensamente los ojos, pero no dijo nada; tal era la sorpresa que aquella noticia le causaba.

—Vamos, hijo mío, vamos á reunirnos con tu padre.

—¡Oh! ¡Qué gusto, qué gusto!—exclamó el niño, batiendo las palmas.

Un momento después Cora se hallaba sentada en el carruaje con su niño sobre las rodillas. En el asiento de enfrente iba el mulato.

Un latigazo y un grito fué la señal de marcha.

Los tres caballos que se hallaban uncidos al coche partieron al galope.

La pobre negra se quedó en la puerta sin darse cuenta de lo que había pasado. Sin embargo, sus ojos se llenaron de lágrimas, como si presintiera que iba á sucederle alguna desgracia á la niña Cora y á su pequeño Alejandro.

La noche era hermosa, tranquila; la luna alumbraba con brillante claridad la tierra y el cielo.

Cora no abrigaba el menor recelo: se creía verdaderamente feliz corriendo en busca del hombre á quien tanto amaba. Una alma tan cándida, un corazón tan noble como el de Cora no podía pensar en las perfidias de los hombres.

Trascurrió una hora, luego otra. Los caballos, que eran de buena raza, no habían dejado su rápida carrera.

El mulato dormía en un rincón del carruaje, ó fingía dor-

mir. Aquella inmovilidad, aquel silencio, eran bastante extraños.

Cora se atrevió á preguntarle:

—¿Vamos muy lejos?

—Aún falta bastante,—contestó el mulato.

Esta contestación tan lacónica como seca inspiró cierto recelo á Cora, y maquinalmente estrechó al dormido niño sobre su pecho, como si el amor maternal le hiciera presentir algún peligro.

Trascurrió otra hora, y el coche de pronto se detuvo.

—¿Hemos llegado?—preguntó Cora haciendo intención de levantarse de su asiento.

El mulato colocó una de sus anchas manos sobre el hombro de Cora, y dijo:

—Aún no.

—¿Entonces por qué nos detenemos?—preguntó Cora con marcadas muestras de temor.

—Porque van á mudar los caballos del coche; han corrido doce leguas en cuatro horas.

—¿Mudar los caballos?—preguntó Cora, cuyos recelos aumentaban.—¡Pues qué! ¿No es en la Habana donde me espera Mateo?

El mulato contestó algo que Cora no pudo entender; pero aquella pobre madre no tuvo valor para repetir la pregunta, y guardó silencio, estrechando á su hijo contra su pecho.

El mulato no se movía de su rincón.

Cora vió en el fondo oscuro del carruaje que los ojos de aquel hombre brillaban y se movían como los del chacal en la oscuridad.

La infeliz comenzó á sentir un gran miedo, y se redujo todo cuanto pudo, como si deseara librarse del contacto de aquel hombre.

Mientras tanto, los negros cambiaron los caballos con gran actividad, y pocos minutos después el coche volvía á emprender rápidamente el camino.

Cora se puso á rezar en voz baja, como si su instinto le indicara que ella y su hijo iban á correr grandes peligros.

Cuando las primeras tintas del crepúsculo matinal, tan rápido en las regiones americanas, aparecieron en el horizonte, disipando las tristes sombras de la noche, Cora exhaló un suspiro, como si su oprimido corazón tuviera necesidad de dilatarse.

La silenciosa y taciturna actitud de aquel compañero de viaje era verdaderamente inexplicable. Mateo le había dicho en su carta que enviaba á buscarla á un hombre de toda su confianza, y aquel hombre se había portado con ella con la grosería abrumadora de un soez carcelero.

La hermosa luz del sol es siempre grata á los espíritus oprimidos; toda alma triste la ve aparecer con alegría en el cielo, y la saluda con una sonrisa.

Cora se asomó por la portezuela del carruaje. Atravesaban un camino sembrado á derecha é izquierda de gigantescos árboles. El niño se despertó; su primera sonrisa fué para su madre, que se sonrió también, olvidando por un momento las inquietudes que sentía.

El coche continuaba rodando por un camino lleno de baches, que trasmitía bruscos y rápidos movimientos á los viajeros.

El niño Alejandro miraba con miedo y sin atreverse á hablar al sombrío y repulsivo personaje que tenía delante.

Por fin Cora, cansada de tan largo silencio, dijo:

—Pero, ¡Dios mío! ¿Falta mucho para llegar adonde me espera Mateo?

El mulato miró primero á Cora, se asomó por la ventanilla del carruaje, y después de reconocer con gran detenimiento el sitio donde se hallaba, contestó:

—Llegaremos pronto.

—Quiero bajar, quiero bajar del coche, mamá,—dijo el niño abrazándose al cuello de su madre.

—Ya lo ve usted, señor,—añadió Cora;—mi pobre hijo tiene miedo, está tan poco acostumbrado á ver gente...

—¡Bah! Los niños—dijo el mulato sonriéndose de un modo que daba frío—ríen y lloran con facilidad, y conviene no hacer mucho caso de sus frecuentes variaciones.

A Cora le parecieron aquellas palabras tan extrañas como groseras, y se atrevió á dirigirle á su compañero de viaje esta pregunta:

—¿Tiene usted hijos?

—No, ni ganas. ¿Para qué sirve un hijo?

—¡Ah! Entonces ya no me extraña que mire usted con indiferencia esas variaciones de los niños, que son siempre para sus padres motivos de inquietud ó de alegría.

—Es que no todos los padres se inquietan ó se regocijan porque sus hijos rían ó rabien,—contestó el mulato.

—¡Oh! Esos padres no son padres,—exclamó Cora acariciando la cabeza de su hijo.

—Pues yo conozco alguno,—dijo el mulato.

—Pues yo no quiero conocerlos,—añadió Cora.

—¡Ah! ¿Quién sabe si antes de mucho se verá usted precisada á conocer á un mal padre?

—¡Yo!...—preguntó Cora aterrada.—¿Y quién es ese padre?

El mulato se encogió de hombros, se sonrió, y continuó fumando su retorcido veguero.

A Cora le dió miedo continuar aquel extraño diálogo: guardó silencio.

Media hora después se detuvo el coche.

Cora miró por una de las ventanillas: se hallaban en un bosque; á lo lejos se divisaba el mar, sereno, tranquilo como un inmenso lago, sobre cuya tersa superficie brillaban los ardientes rayos del sol.

Cora bajó del carruaje, llevando á su hijo de la mano.

El pobre niño no se atrevía á llorar ni á sonreir: aquel hombre le daba miedo.

El mulato bajó también, y después de cambiar algunas palabras en voz baja con los negros que iban en el pescante, se puso á reconocer el terreno, fijándose con mucha atención en los árboles, como si en ellos esperara encontrar alguna señal ó algún indicio.

De pronto Cora le oyó decir:

—Aquí es: veo que no os habéis equivocado; haz la seña, Daniel.

Daniel el negro, que permanecía de pié en el pescante, lanzó un grito agudo y prolongado.

Otro grito muy parecido contestó en el bosque.

Cora miraba á su compañero de viaje con gran inquietud.

Trascurrieron algunos minutos.

De pronto apareció entre la maleza un nuevo personaje. Llevaba un machete en la mano y un revólver en el cinto. El traje de este hombre se reducía á unos pantalones, una camisa de lienzo y un ancho sombrero de paja. En la cinta negra del sombrero se leía este nombre: *El Ciervo.*

Cora, al verle aparecer, retrocedió instintivamente, lanzando un grito.

El hombre del machete soltó una carcajada, enseñando unos dientes largos y blancos, que contrastaban con el excesivo color moreno de su rostro, de vulgares y groseras facciones.

El mulato y el hombre del machete se estrecharon las manos como si fueran antiguos amigos, y Cora oyó este diálogo, sintiendo al mismo tiempo un gran frío en la sangre:

—¿Dónde está *El Ciervo?*

—Al pairo, como una gaviota que extiende las alas.

—¿Muy lejos?

—A unas doscientas brazas de la costa.

—¿Y la lancha?

—Amarrada al alcance de nuestra mano.

—¿Crees tú que Melchor cumplirá bien la comisión?

—Melchor es hombre de carácter y corazón duro, cumple siempre lo que ofrece. Además, yo estoy á su lado.

—Entonces, no perdamos tiempo: camina tú delante para abrirnos paso por la misma trocha que has venido.

—Andando. El paseo no va á ser muy cómodo para ésa y para su *ñorro*,—añadió el hombre del machete guiñando el ojo.

El mulato se acercó á Cora, y le dijo:

—Vamos, porque don Mateo nos estará esperando con impaciencia.

Cora, en vez de avanzar hacia su interlocutor, retrocedió, porque aquel hombre le daba miedo.

—¿Adónde queréis llevarme?—les preguntó.

—Adonde está esperándote tu querido,—contestó el mulato, haciendo una mueca horrible con sus gruesos labios.

Cora creyó notar alguna inteligencia funesta para ella en las miradas que se cambiaron aquellos dos hombres, y siguió retrocediendo hasta llegar al carruaje.

—Vamos, señora, vamos; que el tiempo es oro para nosotros,—gritó el mulato.

—No, no os seguiré,—exclamó Cora;—que venga Mateo á buscarme, puesto que, según decís, se halla cerca. Yo le espero aquí.

En aquel momento el niño prorrumpió en un estrepitoso lloro.

—Haz que calle ese canario, de lo contrario, me encargaré yo de taparle la boca,—dijo el mulato, acercándose con el rostro ceñudo adonde estaba la desolada madre.

Aquella amenaza hizo temblar á Cora, revelándole que había caído en una infame emboscada. Pero ¿cómo defenderse de cuatro hombres desalmados en medio de aquel bosque solitario? La infeliz comprendió que le sería imposible. Sin embargo, intentó el último esfuerzo, y dijo:

—Repito que no daré un paso sin que venga Mateo á buscarme; podéis matarme, eso no os ha de costar gran trabajo: sois cuatro hombres armados contra una mujer y un niño in-

defensos; terminad vuestra obra, yo dejo á vuestra conciencia el encargo de vengarme.

El mulato y el hombre del machete se miraron á un tiempo, y se encogieron de hombros como para demostrar que la resistencia les era indiferente.

—Tanto peor para tí si te empeñas en no seguirnos: tenemos orden de conducirte á la fuerza,—dijo el mulato.

—¡A la fuerza!...—repitió Cora.

—Sí; el que paga manda.

—¿Y os ha dado esa orden Mateo?

—Él en persona.

—¡Oh! ¡Imposible! ¡imposible! ¡Eso no es verdad!—volvió á decir Cora.

El mulato extendió un brazo como para coger al niño.

Cora lanzó un grito, y estrechando á su hijo fuertemente contra su pecho, exclamó:

—¿Qué vas á hacer, miserable?

—¡Toma! A llevarle ese mamón á su padre, puesto que tú no quieres seguirnos. Mateo me ha encargado que sobre todo le lleve á su hijo.

El hombre del machete soltó una brutal carcajada, y dijo:

—¡Qué casualidad!... A tí te encarga que le lleves el hijo y á mí me encarga que le lleve la madre.

Y extendió la mano para coger á Cora por un brazo.

La infeliz comprendió que estaba perdida, que era inútil toda resistencia, que se hallaba en poder de unos infames asesinos, y acobardada y temblando de miedo, dijo:

—¡No, no, por piedad, no me quiten ustedes á mi hijo, yo les seguiré sin la menor resistencia.

Y luego, en un arranque de desesperación y levantando la mirada al cielo, añadió:

—¡Pero, Dios mío, es posible que Mateo me pague de este modo el inmenso amor que le profeso!...

—¡En marcha!—gritó el mulato, dirigiendo una feroz mirada á Cora, que con la frente inclinada sobre el pecho y llevando á su aterrado hijo de la mano, se dispuso á seguir á aquellos hombres.

CAPITULO II.

El capitán del bergantín «El Ciervo».

El hombre del machete iba delante, abriendo camino en aquel espeso y enmarañado bosque. Cora, con los ojos inundados de lágrimas, el rostro pálido por el miedo y su hijo de la mano, le seguía detrás, y el mulato iba el último con una carabina norte-americana de doce tiros colgada del hombro.

Durante una hora continuaron atravesando con mil fatigas la *manigua*.

Cora y su hijo se iban dejando entre los ásperos marañales pedazos de sus vestidos y de su piel; tenían los rostros arañados, el cabello en desorden y los brazos y los piés llenos de sangre.

El afán de aquella pobre madre era librar á su querido hijo de las dolorosas rozaduras que con tanta frecuencia le azotaban el rostro, arrancándole los cabellos.

De vez en cuándo el niño lanzaba un lamento y su madre un gemido.

Al terminar aquel penoso *vía-crucis* Cora no se hubiera

reconocido á tener delante un espejo; tan terribles eran los desperfectos que la intrincada *manigua* había producido á su cuerpo.

Por fin los ensangrentados piés de aquellos dos mártires pisaron la suave arena con que terminaba el bosque.

Habían llegado á la orilla del mar. Cora vió un buque que se mecía gallardamente sobre las tranquilas aguas á unas doscientas brazas de la costa, y una lancha amarrada á la orilla.

Sobre el banquillo de popa de la lancha se hallaba de pié un marinero, que saludó con la mano á los que llegaban.

—Allí en aquel buque está Mateo,—le dijo riéndose el mulato, y extendiendo el brazo en dirección del bergantín que se hallaba al pairo.—De lo bueno ó de lo malo que te suceda de hoy en adelante culpa sola será de Mateo, pues él lo ha dispuesto así.

Cora no tuvo la menor duda de que aquella lancha que se hallaba atracada á la orilla estaba allí para conducirla á bordo del buque.

La infeliz, viéndose con el traje hecho girones, los piés brotando sangre y el cuerpo dolorido, sintió que le faltaban las fuerzas, cayó de rodillas á los piés de aquellos hombres sin corazón, diciéndoles con acento suplicante:

—¡Ah! Señores, compadézcanse ustedes de esta infeliz madre y de su hijo, que no han hecho nunca daño á nadie. ¿Qué es lo que se quiere de nosotros? ¿Matarnos? No, no es posible que Mateo sea tan cruel. ¿Por qué nos han sacado de nuestro modesto retiro?... ¡Oh! ¡Piedad! ¡Compasión para mi pobre hijo!...

Y la infeliz, arrodillada y estrechando á su hijo sobre su agitado pecho, esperaba conmover aquellos corazones de roca, que la oían con cruel indiferencia.

—Oye, Cora,—le dijo el mulato, cogiéndole de un brazo y levantándola.—Yo en tu desgracia me lavo las manos como Pilato. Mateo, tu amante, el padre de ese niño que estrechas contra tu pecho, está casado como Dios manda con una mujer inmensamente rica, á la que espera heredar cuando se muera; tiene un hijo de ella, hijo legítimo, ¿entiendes? y no como el tuyo. Tú y tu hijo sois un estorbo para los planes ambiciosos de Mateo, porque si su esposa supiera que tiene una querida, pediría el divorcio, y Mateo volvería á quedarse tan pobre como el día que llegó á la Habana. Esto ya comprenderás que no le conviene. Mientras tú has sido dócil y resignada, mientras no has tenido exigencias, él iba á visitarte con frecuencia sin abrigar ningún temor, como se visita á una muchacha joven y hermosa para pasar en sus brazos algunas horas agradables; pero desde el momento que le cerraste las puertas de tu casa, amenazándole con el escándalo, Mateo se dijo: «Si Cora se presenta en la Habana, si ve á mi mujer y le cuenta nuestros amores y le presenta nuestro hijo, estoy perdido.» Pues bien, á tu amante se le ocurrió lo que se le ocurre á todo hombre prevenido en su situación, y se dijo: «Antes que Cora me pierda á mí, voy yo á perder á Cora.» ¿Vas comprendiendo?

Cora miraba al mulato con la expresión del mayor asombro pintada en los ojos. No comprendía tanta maldad en el hombre á quien amaba.

El mulato volvió á decir:

Lit Palacios, Madrid.

Cora cayó desmayada.

—Yo sólo cumplo las órdenes de Mateo, que es mi amo y me paga, y sin que tú me lo agradezcas, te diré que no las cumplo al pié de la letra, porque si yo te hubiera dado muerte á tí y á tu hijo en medio de ese bosque, estoy seguro que él no hubiera desaprobado mi conducta.

Cora al oir esto lanzó un grito de terror.

—Voy á darte un consejo,—añadió el mulato,—porque después de todo me compadezco de tu situación y de la de tu hijo. Si en ese buque encuentras á Mateo, ó en el sitio adonde va á llevarte ese buque, no te fíes de él, aunque te dirija palabras dulces y te haga protestas y juramentos de amor; tú y tu hijo sois un estorbo para su engrandecimiento, y os suprimirá á la primera ocasión que se le presente. A mí mismo me ha dicho al encargarme la comisión de traeros aquí: «Si te molestan mucho dales pasaporte para el otro mundo.» Pero yo no asesino á indefensas mujeres ni á débiles niños. Tú, según parece, tienes gran confianza en Mateo, y la experiencia debía demostrarte lo contrario, porque nunca te ha dicho una palabra de verdad; tú le has creído, y las consecuencias han sido funestas. Reflexiona bien lo que te digo, porque puede servirte para lo porvenir. Si Dios ó tu buena suerte te librase del grave trance en que te hallas, procura vivir siempre lejos del hombre que te ha deshonrado.

Cora no pudo resistir más, sintió que las fuerzas la abandonaban, un frío glacial se extendió por sus venas, se apagó la luz de sus ojos, se doblaron sus rodillas y cayó desmayada.

Cuando Cora recobró el conocimiento, cuando abrió los

ojos á la vida, se encontró acostada en una cama excesivamente estrecha.

La oscuridad que reinaba en derredor de ella era completa.

Al principio no se dió cuenta de nada: sentía una gran vaguedad en el cerebro, y le pareció que el piso, las paredes y el lecho donde se hallaba se movían, produciendo un suave balanceo periódico y regular.

De pronto recordó á su hijo, le buscó con las manos por todo el lecho... no estaba, y dando uno de esos gritos que sólo sabe producir la garganta de una madre, se levantó de un salto; pero tan pronto como sus piés tocaron el suelo le faltó el equilibrio, porque aquel suelo se movía, y cayó de bruces gritando:

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!... ¿Quién me arrebata á mi hijo, y es tan cruel que no me ha muerto antes de una puñalada?

Cora, en medio de la espantosa inquietud que sentía, de las angustias de muerte que la ahogaban, del espanto que se había apoderado de su espíritu, con las manos extendidas hacia adelante y caminando de rodillas, comenzó á buscar una salida.

Pero la oscuridad era profunda, impenetrable, y aquella infeliz, exhalando dolorosos gemidos, comenzaba á perder la esperanza de salir de aquella tumba, cuando se abrió una puerta y apareció un hombre que llevaba un farol en la mano izquierda y el pequeño niño de Cora en el brazo derecho.

Al verle su madre lanzó un grito y se abalanzó hacia él con las manos extendidas.

El hombre le presentó el niño riéndose, y le dijo:

—¡Eh! Buena mujer, cuidado con sacarme los ojos, que me hacen mucha falta.

Cora no le oyó, porque no se ocupaba de otra cosa que de besar y abrazar á su hijo.

En aquel instante había olvidado hasta su triste situación; tan inmensa era la alegría que experimentaba besando y acariciando á su hijo.

—Todas las madres son lo mismo,—añadió el hombre, mirando con cierta melancolía á Cora; melancolía que estaba reñida con sus rudas y toscas facciones.

Y luego, como si hablara consigo mismo, volvió á decir:

—No ha sido poca suerte la suya el tropezar con el viejo capitán del bergantín *El Ciervo,* que desde que su hija le ha hecho abuelo siente ciertas blanduras en el corazón que antes le eran desconocidas.

Y el hombre, pasándose dos ó tres veces su callosa mano por la barba, añadió:

—Participo á usted para su gobierno que ese rapaz se ha comido un plato de sopas de ajo con más apetito que un maestro de escuela, y creo que me he captado sus simpatías. Pero usted no ha comido nada, y sin comer no se vive.

Cora miró á aquel hombre que le devolvía á su hijo y le había dado de comer.

La mirada de la madre tenía una expresión de profunda gratitud, y faltándole palabras para decir lo que sentía, se arrodilló á sus piés, le cogió una mano y se la besó, haciendo que su hijo se la besara también.

La infeliz tenía necesidad de encontrar una persona que se compadeciera de ella y de su hijo, y aquel hombre, aquel

desconocido, indudablemente se había interesado por ellos.

El marino se sintió conmovido ante aquellas muestras de gratitud maternal; pero al mismo tiempo, como si le molestara la emoción que sentía, dijo con malhumorado acento:

—No, no me lo agradezca usted á mí, sino á ese mamón que tiene en los brazos, porque cuando usted estaba desmayada y él lloraba como un becerro, me dije: ¿Tendrá hambre? Y entonces me vino á la memoria mi nieto, que á pesar de su corta edad, tiene el atrevimiento y la poca vergüenza de tirarme de la barba y de las narices siempre que me encuentra al alcance de sus manos. Es una falta de respeto que si otro que mi nieto la cometiera conmigo, de la primera bofetada tendría que rascar para un mes. Pero los hijos de mi hija están indultados, y yo su abuelo bajo la cabeza ante ellos como un borrego.

—¡Oh! Usted es bueno, usted tiene buen corazón, usted nos defenderá, ¿no es cierto?—exclamó Cora.

El marino colgó de una escarpia clavada en las tablas el farolillo que llevaba en la mano, luego se rascó la cabeza de un modo expresivo, y dijo, como hablando consigo mismo:

—Me parece que me he metido en un mal negocio, y temo que por la primera vez de mi vida falte á mi palabra. Y el caso es que yo debo grandes favores á la casa.

Y levantando la voz, añadió:

—Ya hablaremos de eso; pero si usted me ofrece ser razonable y tomar con resignación las cosas, le permitiré subir á cubierta con su hijo, porque á los niños les conviene mucho respirar el aire puro, y aquí, en la sentina del bergantín, en esta habitación que se ha improvisado con cuatro tablas, no

se está muy bien que digamos; tiene un tufillo á carne de ébano que se masca y es malsano.

Cora miró con fijeza á aquel marino, creyendo notar que dos encontrados afectos luchaban al mismo tiempo en su corazón.

Su buen instinto le decía: «Ese hombre es tu única salvación, procura ganarte sus simpatías. Él mismo te ha enseñado la parte débil de su ruda y enérgica naturaleza; él te ha dicho que es abuelo, y que recordando á su nieto se ha compadecido de tu hijo; parapétate detrás de tu hijo, y aún puedes salvarte».

El capitán del bergantín *El Ciervo* era un hombre de cincuenta y seis años, con la barba y el cabello cano. Su rostro, aunque rudo, no carecía de esa bondadosa franqueza tan peculiar á los hombres que pasan la vida luchando con las borrascas de los mares y los elementos.

Melchor Tordera, pues éste era el nombre del capitán de *El Ciervo,* había comenzado su vida de mar á los diez años, entrando de grumete en una fragata de la matrícula de la Habana, que tan pronto conducía azúcar al puerto de New-York, como cargaba negros en las costas de Africa para abastecer los ingenios de la Isla de Cuba.

En aquel hombre de naturaleza ruda y corazón entero luchaban efectivamente dos afectos encontrados: amaba á los niños y aborrecía á los hombres.

Cuando andando el tiempo fué padre y más tarde abuelo, esta parte sensible de su corazón se desarrolló en grado superlativo, y no podía ver un niño sin seguirle con la mirada si estaba lejos, y acariciarle con su callosa mano si estaba cerca.

Cora, con ese instinto delicado de la madre, había adivinado esto, y acercando á su hijo hasta tocar con su cara la barba de aquel marino, que era su única esperanza, le dijo:

—Yo pongo bajo la protección del nieto de usted á mi pobre hijo, y desde este momento ofrezco hacer todo aquello que usted me mande. No he hecho daño á nadie, pero indudablemente tengo enemigos poderosos, y esos enemigos me han conducido engañada hasta aquí. Sospecho que me hallo en un buque, ignoro adónde me llevan y lo que habrán resuelto hacer de mí y de mi hijo, pero estoy segura que nos amenaza alguna gran desgracia. La incertidumbre es siempre angustiosa; usted puede librarme de ella revelándome qué es lo que quieren mis enemigos; compadézcase usted, si no de mi, de mi hijo, cuya edad pregona su virginal inocencia.

El marino guardó silencio.

Miraba con gran fijeza á Cora, y su actitud era la del hombre que vacila y no sabe á qué lado inclinarse.

Por fin, como si no pudiera mantener por más tiempo aquella situación, que indudablemente era muy violenta para él, giró sobre sus talones y salió con rapidez del camarote, cerrando la puerta.

Cora quedó un momento desorientada; pero de pronto, como si una voz secreta le dijera: «Ten esperanza», cayó de rodillas, exclamando:

—¡Dios mío, no nos abandones!... De tí solo esperamos la salvación; inclina á ese hombre en favor nuestro.

CAPITULO III.

Donde continúa la historia.

Cora permaneció arrodillada llorando con su hijo en brazos durante largo rato.

Ya no le quedaba la menor duda sobre su triste y aflictiva situación. La conducta de Mateo, de su amante, del padre de su hijo, del hombre por quien lo había sacrificado todo, hasta su honra, le parecía espantosa, porque Cora ignoraba entonces la verdad.

Era indudable que ella y su hijo corrían grave peligro de muerte. Pero en medio de su profundo dolor sintió en el fondo del alma brotar una esperanza: esa esperanza era el capitán del buque donde se hallaban.

Volvió á abrirse la puerta del camarote, y se presentó Melchor Tordera con una cesta en la mano.

Como el niño se había dormido, Cora le acostó en el angosto catre y se dispuso á tener una explicación con aquel hombre, que había demostrado algún interés por ella y por su niño.

—Dichosa edad en que aún no se tiene idea de las perfidias del mundo,—dijo Cora señalando á su hijo.—¡Qué sueño tan dulce... tan tranquilo... tan inocente!... Estoy segura que cuando despierte en sus labios aparecerá la sonrisa de los ángeles... Lástima grande que la hermosa luz del sol no resplandezca en derredor de su cabeza, porque los niños, como los pájaros, necesitan al despertar la luz del sol.

Melchor se acercó al catre y estuvo contemplando durante algunos segundos al dormido niño.

Cora creyó notar que el marino se conmovía, pues le oyó decir en voz baja:

—Ese infeliz nada recela, nada teme, porque su conciencia es pura como las brisas que envía el crepúsculo matinal.

Melchor no se movía, no cambiaba de actitud ni apartaba sus ojos del dormido niño, cuyo hermoso rostro se veía débilmente iluminado por la luz del farolillo.

Era indudable que aquel rudo marino pensaba en su nieto, que más de una vez había conmovido con sus caricias su corazón.

Cora no se atrevía á interrumpir aquella inmovilidad, aquella contemplación silenciosa del capitán Tordera.

De pronto Melchor volvió la cabeza, y al ver á Cora de pié á su lado y la cesta sin destapar sobre la mesa, exclamó con brusco acento:

—¿No come usted? ¿Se ha propuesto usted morirse de hambre? Vamos, vamos, ahí en la cesta viene algo que acredita que no es tan mala la despensa del bergantín *El Ciervo*. A comer, y mañana será otro día.

Cora, aprovechando las buenas disposiciones del capitán

Melchor y deseando salir de la angustiosa situación en que se encontraba, dijo:

—¡Ah, señor! Usted, que se ha compadecido de mí y de mi inocente hijo; usted, que con tanta ternura contempla su sueño; usted, que tan hermoso corazón tiene, no es posible que nos abandone, que nos desampare en nuestra aflictiva situación.

Melchor apartó un momento la mirada del niño, la fijó en la madre, y le preguntó:

—¿En qué ha conocido usted que yo tengo buen corazón?

—¿Cómo quiere usted que una madre juzgue al hombre que se compadece de su hijo? Mi alma le ha juzgado á usted desde el primer momento, y el alma de una madre no se engaña nunca. Yo perdí el conocimiento ante las amenazas del hombre brutal que me sacó con el engaño de mi tranquila morada; recuerdo que nos hallábamos á la orilla del mar. No sé el tiempo que duró mi desvanecimiento. Al tornar á la vida me encontré aquí, rodeada de la más profunda oscuridad; busqué á mi hijo, y mi hijo no estaba; sentí un gran desconsuelo en el corazón, algo parecido á la agonía que precede á la muerte. Comencé á gritar, á pedir socorro, y cuando me sentía morir de angustia y de dolor, usted, á quien no había visto nunca, se presentó por la primera vez con mi hijo en los brazos. Yo creí ver en usted al ángel de mi guarda. ¡Oh! ¡Bendito sea usted, señor, bendito sea usted, que me devolvió á mi hijo; bendito sea usted, que le dirige miradas de ternura que tranquilizan á una pobre madre, porque en esas miradas adivino yo la protección que tanta falta nos hace.

Mientras Cora había pronunciado las anteriores palabras,

el capitán Tordera no había hecho otra cosa que rascarse la barba, mirando alternativamente á la madre y al hijo.

—Si alguno de los que se hallan arriba tomando el sol, mascando tabaco y respirando las brisas del Océano,—añadió el capitán con gran calma;—si alguno de los toscos marineros encallecidos por las tempestades del mar y las caricias de los huracanes oyera decir que el capitán Tordera tiene blando el corazón, se reiría con toda la boca.

—¡Oh! En vano procura usted ocultarme las simpatías que le ha inspirado mi hijo; no hay corazón, por encallecido que esté, que no tenga alguna fibra sensible.

—¡Bah! ¡Quién sabe!... Tal vez tenga yo alguna... pero lo dudo.

Y el marino salió del camarote, recomendando á Cora que comiera, que se alimentara, si no por ella, por su hijo.

Durante cinco días Cora procuró en vano averiguar adónde la llevaban y qué es lo que pensaban hacer con ella y con su hijo.

Muchas veces se lo había preguntado al capitán Tordera, pero éste siempre se encogía de hombros, sin contestarle nada en definitivo.

Sin embargo, se les permitía subir sobre cubierta, se les había trasladado desde el cuartucho oscuro de la sentina á un camarote de popa, en donde se hallaron instalados con más comodidades.

La comida se la servían en el camarote; pero todas estas consideraciones no tranquilizaban el sobresaltado espíritu de Cora.

Así pasaba el tiempo. ¿Dónde iba el bergantín *El Ciervo*?

Cora lo ignoraba; tenía, sin embargo, la sospecha de que se hallaba á bordo de un buque negrero.

Algunas veces el capitán se paseaba sobre el alcázar de popa, llevando de la mano al pequeño Alejandro, al hijo de Cora, mientras que la madre contemplaba con triste inmovilidad las vastas soledades del Océano que se extendían en derredor del buque.

En sus paseos sobre cubierta, Cora había visto varias veces al hombre del machete, pero nunca le dirigía la palabra.

Este hombre, de aspecto feroz, clavaba siempre de un modo tenaz sus ojos en Cora, y arrimado á la mura ó apoyado en uno de los palos del buque, la seguía con la vista constantemente, obligándola muchas veces á refugiarse antes de tiempo en su camarote.

En cuanto al mulato, su compañero de viaje en el coche, no se hallaba á bordo del bergantín; al menos Cora no le había visto nunca; era, pues, de suponer que la misión de aquel hombre había concluído en las orillas del mar.

Llevaban ya quince días de navegación sin el menor contratiempo, el viaje podía llamarse hasta entonces verdaderamente feliz.

Una noche, el cielo estaba densamente oscuro, millones de estrellas brillaban en el espacio, sobre cubierta no se distinguían los hombres á cinco pasos de distancia, el mar estaba tranquilo, y una brisa favorable hinchaba las velas del bergantín.

En estas noches el marinero descansa, y sólo el hombre de *cuarto* y el timonel vigilan por la seguridad del buque.

Sin poderse explicar la causa, Cora se sentía aquella no-

che más triste, más angustiada que nunca, y salió de su camarote deseando respirar el aire libre y entregarse á sus tristes meditaciones.

Había dejado á su hijo dormido en el catre, y por si despertaba se sentó sobre un rollo de cuerdas junto á la escotilla de su camarote.

Dos marineros, apoyados en la mura, fumaban y hablaban en voz baja; pero el silencio era tan grande, que Cora oyó que pronunciaban su nombre, y fijó la atención.

—¿Si tanto interés teníais en que desapareciera del mundo, por qué no la despachásteis en el bosque? ¿No estábais allí con ella Ecequiel el mulato y tú, que os preciáis de valientes? ¿Teníais miedo, y me la habéis traído á bordo para que yo haga lo que vosotros no os habéis atrevido á hacer?

Cora reconoció la voz del capitán Tordera.

—Eso hubiera sido lo mejor,—añadió el otro marinero, cuya voz le recordaba á la pobre Cora al hombre del machete que les había abierto paso en la *manigua*.

—Pues haberlo hecho,—añadió el capitán.

—No te creas, que ya estoy arrepentido.

—Pues de los arrepentidos es el reino de los cielos, según dicen los que entienden en las cosas de allá arriba.

—¿Y qué piensas hacer?—añadió el hombre del machete, á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Ventura el catalán.—Porque supongo que no faltarás á la palabra que diste en la Habana.

—Si yo falto á mi palabra, por la primera vez de mi vida será, porque me habéis engañado,—respondió Melchor con brusco acento.—A mí se me dijo: «Tordera, es preciso llevar

á una mujer á Africa en el próximo viaje que emprendas para aquellas costas; es una mujer muy mala, muy temible y nos estorba; la dejarás donde te parezca; si te incomoda durante el viaje, la echas al mar, porque nada se perderá con ello; en una palabra, la cuestión se reduce á que no vuelva á parecer más por la Habana.» Yo me negué al principio, pero se me suplicó de tal modo, y debo tan grandes favores á la casa, que accedí, aunque con bastante disgusto, porque la verdad, prefiero habérmelas con dos ó tres hombres, por atravesados que sean, que con una mujer; pero aquí entra lo peor del caso y lo que me libra en parte de mi compromiso, pues á mí se me había dicho que se trataba de una de esas mujeres que se hace un bien en borrarlas del libro de los vivos, y me habéis traído á bordo una pobre joven desmayada y un niño de la misma edad de mi nieto Melchor, que lloraba como si le degollaran. ¿Qué queríais que hiciera? Cogí al niño, le acaricié, y sospechando si tendría hambre, le dí un plato de sopas. El pobrecillo, agradecido, se abrazó á mi cuello y reclinó su cabecita sobre mi hombro. Yo me creía estar viendo á mi nieto; luego se lo llevé á su madre, y en vez de encontrarme con una fiera, como me habíais dicho, me encontré con una infeliz muerta de miedo, que se arrodilló á mis piés y me besó las manos, llenándomelas de lágrimas.

—¿Y fías tú en las lágrimas de las mujeres?—preguntó el catalán.

—Fío en las lágrimas de las madres.

—¡Bah! Las mujeres son sirenas engañadoras, demonios disfrazados.

—Y los niños ángeles. Yo no haré daño nunca ni á una

mujer que llora y suplica, ni á un niño que me tiende sus manecitas para acariciarme, ni consentiré que nadie les haga daño. Tenlo entendido, catalán, yo no soy cruel *á palo seco;* yo no mato al que me suplica, sino al que se rebela y me amenaza; me gusta encontrar alguna resistencia, porque la resistencia predispone el coraje.

—Pero, en fin, ¿qué piensas hacer cuando naveguemos en las aguas del golfo de Guinea?

—Allá lo veremos; aún falta mucho.

—Pues es preciso que te decidas á cumplir lo ofrecido, porque si no, yo estoy aquí para recordártelo,—añadió el catalán.

Los ojos de Cora, que se habían acostumbrado á ver en la oscuridad, observaron que Melchor le puso al catalán una de sus manos sobre el hombro, y le dijo, con una calma que tenía mucho de tempestad:

—Donde hay patrón no manda marinero. Te aconsejo, querido Ventura, que no olvides ni un solo momento que yo soy el capitán del bergantín *El Ciervo,* que no tolero que nadie se me suba á las barbas, que aquí á bordo soy el rey absoluto, y sólo se hará lo que yo mande, incluso si se me ocurre que te aten una bala de cañón á los piés y que te arrojen al mar.

Cora oyó una especie de rugido que se escapaba del pecho del catalán.

—¿Me amenazas?—dijo.

—Yo no amenazo nunca, pego antes,—añadió Melchor.

—Está bien, tuya será la responsabilidad cuando regresemos á la Habana.

—Jamás he rehuído las responsabilidades que me corresponden; pero falta mucho para nuestro regreso y pueden sobrevenir grandes acontecimientos de aquí á entonces; uno de ellos es que nos cuelguen á tí y á mí del palo mayor de un buque de rey.

Después de esto, Cora vió que el catalán se dirigía hacia proa refunfuñando, y á Melchor, apoyado en la mura é inmóvil como una roca, que continuaba fumando.

La infeliz se retiró á su camarote aterrada ante las amenazas del catalán, y arrodillándose á los piés del lecho donde dormía su niño, elevó una plegaria á Dios recomendándole aquel pedazo de sus entrañas que ignoraba los peligros que le amenazaban.

CAPITULO IV.

Donde el catalán encuentra la horma de su zapato.

Al día siguiente Melchor bajó al camarote de Cora, y ésta, al verle, le presentó á su hijo.

El niño, que había tomado cariño al rudo marino, le echó los brazos al cuello y acariciándole con sus pequeñas manecitas la áspera barba, le dijo, con esa encantadora media lengua:

—Buenos días, abuelito Melchor.

Esta salutación matinal se la había enseñado Cora, adivinando la fibra sensible que aún quedaba en el corazón del marino.

Al capitán Tordera le hacía mucha gracia que aquel rapaz le llamara abuelito, y que como su nieto, le tirara de las barbas y de la nariz.

—Este mamón—se decía—me recuerda al otro mamón que tengo en casa de mi hija, y muchas veces hasta me figuro que me hallo en tierra. ¡Oh! ¡Cómo se va á reir mi hija cuando se lo cuente!

El capitán subió á cubierta, se dirigió á la cocina con el niño de la mano, y mandó que le hicieran chocolate.

Luego estuvo paseando y jugando con Alejandro más de una hora.

La tripulación comentaba en voz baja de un modo favorable estas debilidades del capitán; sólo Ventura era el que, como un jabalí herido, se ocultaba entre las sombras gruñendo y procurando encontrarse las menos veces posibles frente á frente de Melchor.

Una tarde el mar estaba un poco picado, el cielo cubierto de grandes nubarrones, tres ó cuatro chubascos habían humedecido las velas del bergantín, pero los prácticos marineros no veían en todo aquello ningún peligro grave.

Cora se hallaba sentada en su camarote con su hijo sobre las rodillas, cuando vió entrar de repente á Ventura el catalán.

Cora se estremeció, porque aquel hombre le daba miedo desde que le había visto por la primera vez en la *manigua* abriendo paso con su machete.

Además, aquel hombre, desde el primer día que subió á cubierta, la perseguía por todas partes con sus miradas cínicas y sus sonrisas poco tranquilizadoras.

La presencia del catalán le extrañó, sobresaltándola como hemos dicho, porque en aquel camarote sólo entraba el capitán y un grumete que era el encargado de llevarle la comida.

Ventura se quedó parado junto á la puerta cerrando el paso, y durante algunos segundos permaneció mirando á Cora de un modo lúbrico, con una de esas miradas que ruborizan, que avergüenzan á las mujeres honradas.

Luego dejó asomar á sus gruesos labios una sonrisa soez, hizo un gesto, se pasó la mano por la boca tres ó cuatro veces, y haciendo castañetear la lengua de un modo ruidoso, dijo:

—A fe que eres bonita, y una mujer bonita á bordo de un buque negrero que lleva veintidós días de viaje, es una provocación para los tripulantes.

El rubor encendió las mejillas de Cora, y abrazando á su hijo, contestó:

—Váyase usted.

—¡Hola! ¿Mandas á bordo? ¿serás por ventura la capitana?... Ya me lo sospechaba yo al ver la amistad que tienes con el viejo Melchor.

—El capitán es un hombre honrado que respeta mi desgracia y me compadece... usted en cambio viene á insultarme.

—No sabía yo que insultar á una mujer era llamarla bonita,—añadió el catalán volviendo á chasquear la lengua y haciendo una grosera mueca.

—Ruego á usted que se vaya.

—¿Y si no quiero?

—Entonces, llamaré al señor Tordera.

—Pobre de tí si haces semejante cosa,—exclamó el catalán amenazándola con el puño y dirigiéndole una feroz mirada;—pobre de tí si nos indispones como has indispuesto á otros en la Habana, pues te prevengo que aquí te podría salir caro.

Y el catalán, diciendo esto, mascaba con gran precipitación un trozo de tabaco negro que tenía en la boca.

Cora hizo un movimiento para levantarse y salir del camarote, pero el catalán extendió una de sus anchas y callosas manos y la puso sobre la boca del niño, diciendo:

—No te muevas: tenemos que hablar, y yo soy el más fuerte.

—No toque usted á mi hijo, no le toque usted,—exclamó Cora dando un grito.

—¿Por qué te vienes con remilgos de monja?—añadió el catalán.—Te he dicho que me gustas, y esto no debe asombrarte, porque no es la primera vez que lo habrás oído. Ya sé yo que no eres ninguna Santa Teresa,—añadió con brutal expresión el catalán;—la que como tú ha tenido un amante, bien puede tener dos, y la que ha tenido dos bien puede tener tres. Yo no sé los amantes que tú habrás tenido, pero desde ahora aseguro que no es tu gusto muy delicado si prefieres al viejo capitán Melchor y desairas al contramaestre Ventura el catalán, que soy yo.

Cora se abrazó á su hijo avergonzada.

—¿No es verdad lo que digo?—repuso Ventura.—Si no es verdad, que responda el hijo que tienes en los brazos.

—¡Oh! Salga usted, salga usted de aquí, ¡miserable! y no insulte de un modo tan grosero á una infeliz mujer,—exclamó Cora levantándose.

Entonces Ventura, enloquecido por los lúbricos deseos que le habían asaltado, abrazó á Cora, dándole un brutal beso en la mejilla, y arrebatándole al mismo tiempo el niño, exclamó:

—Si no consientes en ser mi querida, arrojo este niño al mar por encima de las muras.

Cora lanzó un grito agudo, penetrante, que resonó en todo el buque, y luego, arrojándose como una leona sobre el catalán, le clavó las uñas en el rostro.

Entonces sucedió una escena horrible. Ventura tiró el niño sobre la cama y cogió por la cintura con sus robustos brazos á Cora, que luchaba desesperadamente para librarse del contacto de aquel hombre brutal.

En aquel momento el capitán Melchor Tordera se presentó en la escotilla, y al ver aquel cuadro lanzó un rugido que hizo temblar el camarote.

Con la ligereza del tigre y echando fuego por los ojos, de un salto se colocó al lado del catalán, y mientras con la mano izquierda le cogió por el cogote apretándole hasta el punto de hacerle abrir la boca de un modo horrible, con la derecha le puso el cañón de un revólver sobre la sien, diciéndole:

—Suéltala, miserable; suéltala, cobarde, ó te mato como á un perro.

Ventura soltó á Cora, que cayó desvanecida en el suelo.

El niño lloraba sobre el catre, y tenía algunas gotas de sangre en la frente:

—¡Ah, miserable!—volvió á decir Melchor,—le has hecho sangre al niño, le has herido, pues toma, para que respetes á los ángeles.

Y le descargó un terrible golpe en la cabeza con la culata del revólver.

El catalán cayó de bruces sobre la escalera de la escotilla como si le hubiera herido un rayo.

La sangre brotaba con abundancia de su cabeza.

Entonces, mientras Cora, aturdida, corría hacia el catre y

limpiaba la sangre de la frente de su hijo llenándole de caricias, el capitán aplicó el pito de estaño á sus labios y lanzó tres silbidos estridentes, prolongados, que se oyeron en todo el buque.

Al momento se presentaron ocho ó nueve marineros en la puerta del camarote.

—A ver,—gritó Melchor con voz de mando,—recoged á ése y llevadle al calabozo, donde permanecerá encerrado hasta nueva orden. Si ha muerto de la herida que le hecho con la culata del revólver, le atáis una bala de cañón á los piés y al mar; bien muerto está por cobarde, por miserable y por mal hombre.

Las facciones del capitán Tordera habían adquirido una expresión de ferocidad tal, que los marineros no se atrevían á mirarle.

En aquel momento Melchor era el dueño, el rey absoluto del bergantín, y nadie ignoraba á bordo que una réplica, una desobediencia, le hubiera costado caro al que se hubiera atrevido á cometerla.

—Todos vosotros me conocéis,—añadió,—me precio de honrado y de justo, y aunque por desgracia me dedico á un tráfico prohibido por las leyes, no quiero á bordo de mi bergantín mas que hombres honrados y valientes; no lo olvidéis.

Los marineros se llevaron el exánime cuerpo del catalán. Un grumete limpió la sangre, y Melchor, después de persuadirse de que la herida del niño no era de importancia, dijo, dirigiéndose á Cora:

—Yo le aseguro que el catalán no volverá á darle á usted ni al pobre niño otro susto; eso corre de mi cuenta.

Luego salió del camarote y se puso á dar paseos con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón.

Un marinero se le acercó al poco rato para decirle que el catalán había recobrado el conocimiento y que la herida no era de gravedad, si bien estaba como atontado y sin saber darse cuenta de lo que había ocurrido.

—Pues bien, que se cure en el calabozo; así no le dará el sol en la cabeza,—dijo el capitán, continuando sus paseos.

Aquella misma noche Melchor entró en el camarote de Cora que, como siempre, se hallaba sentada junto á la cama y contemplando con dulce éxtasis el tranquilo sueño de su hijo.

Melchor se sentó á su lado y le dijo:

—Ha llegado la hora de que hablemos, porque si continúa durante toda la noche el viento fresco que nos favorece, probablemente mañana nos hallaremos en el golfo de Guinea.

Cora miró á su interlocutor sin decir nada.

—Ese niño que duerme ha logrado interesarme muy de veras, le tengo cariño,—añadió el capitán,—y aun arriesgando mis intereses, estoy dispuesto á defenderle, á ampararle, y como nunca me ha gustado hacer las cosas á medias, al amparar al hijo quiero también amparar á la madre.

Cora juntó las manos en ademán suplicante y le dirigió una sonrisa de gratitud.

Melchor volvió á decir:

—Usted ya sabe que éste es un buque negrero que procura cubrir las apariencias; ha hecho varios viajes con fortuna, pero la fortuna, lo mismo por mar que por tierra, se cansa, como se cansa la adversidad, y es preciso vivir alerta. La

proa del bergantín *El Ciervo* se dirige hacia las costas de Guinea; á la ida no hay un gran peligro, pero á la vuelta ya es otra cosa, podemos tropezar con un crucero inglés á quien se le antoje hacernos una visita, y entonces encontraría en la bodega un cargamento de ébano vivo, que está prohibido por las leyes; si esto sucede, el capitán Melchor Tordera y la tripulación de su buque no lo van á pasar muy bien, porque si no les cuelgan de una entena les mandarán á un pontón ó á presidio hasta que se pudran de viejos. Yo quiero, pues, librar á usted y á su hijo de esos peligros que nos amenazan desde el momento que volvamos la proa hacia las costas de Cuba.

Cora le escuchaba con profunda atención.

El capitán respiró con fuerza y volvió á decir:

—Yo había recibido el encargo en la Habana de dejar á usted abandonada en la costa de Guinea, ó hacer algo peor durante la travesía; pero usted tiene un hijo con quien me he encariñado, y ese niño le aconseja á mi corazón que falte á la palabra, y me dice al mismo tiempo que si la cumplo no podré mirar nunca á mi nieto sin sentir remordimientos. Yo estoy, pues, resuelto á proteger á usted y á ese niño; sólo hay un inconveniente, ese maldito catalán que está encerrado en el calabozo y que me odia de muerte; bien es verdad que me conoce y me teme más que á un ciclón. Yo ya sé que cuando regresemos á la Habana denunciará mi conducta á las personas que tanto interés tienen en que usted y su hijo desaparezcan para siempre; les referirá todo lo que yo he hecho por ustedes, y esto de seguro me indispondrá con ellos, causando algún perjuicio á mis intereses; y lo confieso, desde que soy

abuelo tengo gran afán en enriquecerme, y me hallaba en camino, aunque corriendo muchos riesgos y peligros; pero no se pescan truchas á bragas enjutas, como dice el refrán.

Melchor parecía hallarse muy preocupado: las palabras salían con alguna dificultad de su boca; se detuvo y comenzó á chupar su largo y retorcido veguero.

Cora nada dijo: guardó silencio.

CAPITULO V.

Los planes del capitán Tordera.

Después de una corta pausa el capitán Tordera volvió á decir:

—El bergantín *El Ciervo,* como usted no ignora, dirige su proa hacia esa comarca conocida con el nombre de Guinea, que desde *Sierra Leona* á las costas de *Galabar* mide una anchura de 425 leguas. Yo soy práctico en las aguas de ese golfo; conozco á palmos todos los fondeaderos, las embocaduras de los ríos y las costas de *Renín, Dientes, Los Malos, Los Buenos, De Oro, De los Esclavos* y de *Galabar;* pero en esas costas los ingleses, los franceses y los españoles tienen establecidas colonias militares y no pocos buques de rey anclados en los puertos, con la buena y piadosa intención (lo reconozco) de evitar el tráfico de negros y predisponer para la civilización á los africanos. Un negrero, un comerciante en ébano vivo como yo, es un enemigo á quien se le hace guerra á muerte, sin cuartel. El negrero sabe estas cosas, y

se guarda muy bien de cruzar las aguas del golfo de Guinea como no tenga la seguridad de que su buque posee grandes condiciones marineras. Sobre ese punto estoy tranquilo; á mi bergantín *El Ciervo* no es fácil que le dé caza un navío inglés; pero el navío tiene cañones de gran alcance, y las balas, empujadas por la pólvora, corren más que el pobre *Ciervo;* pueden fácilmente romperle una pierna, y entonces al agua patos, porque en el golfo de Guinea los vientos soplan con frecuencia del Sudoeste y los buques tropiezan con grandes dificultades para salir de él, y estas dificultades son más peligrosas para los negreros, que una vez hecho el cargamento les importa mucho no perder el tiempo.

Y Melchor, sonriéndose con bondad y chupando su veguero, volvió á decir:

—Todas estas cosas se las cuento á usted, hija mía, porque me hallo en este viaje indeciso como nunca, y siento dentro de mí cierta inquietud, como si me dominara la preocupación de que tiene que sucedernos algo desagradable.

—¡Qué! ¿Está usted indeciso?—preguntó Cora, cuya inquietud iba en aumento.

—Un poco, hija mía.

—Esa indecisión, esa inquietud, tendrá su causa.

—Ya lo creo; pero poco á poco me iré explicando, pues no tenemos por ahora otra cosa mejor que hacer y que nos convenga más. Yo espero que usted se convencerá de que me guían las mejores intenciones. Continúo, pues, poniendo á usted al corriente de nuestra situación; eso probará á usted que yo quiero ser buen amigo de ese niño que duerme como un ángel.

El capitán volvió á rascarse la barba, mascó en vez de fumar su cigarro, y luego dijo:

—La Guinea, ese vasto mercado de sangre humana, ese país de la ignorancia y la tiranía, con la rica y asombrosa vegetación de sus bosqnes y la feracidad de sus prados, en donde crecen pastos de tres metros de alto; la Guinea, punto del globo donde el calor reina en su más alto grado, suele ser funesta para los europeos. Es preciso pensar esto antes de decidirnos á que usted y ese niño se queden en alguna población de Guinea.

—¡Quedarnos en Africa!... ¡Oh, Dios mío, eso sería matar á mi pobre hijo!—exclamó Cora.—No, no, usted no puede ser tan cruel con nosotros; usted, que tanto nos ha protegido durante el viaje; usted, á quien debemos la vida.

—Un poco de calma, porque también en Guinea hay poblaciones donde los europeos viven muchos años disfrutando de buena salud; y además, en mi plan no entra el que ustedes permanezcan mucho tiempo en esas costas; le suplico, pues, que me escuche sin sobresaltarse.

Y Melchor, mirando á Cora de un modo que demostraba sus buenos deseos y ponía de manifiesto sus simpatías, volvió á decir:

—Al Este del cabo *Mesurado* existe una asociación de americanos fundada el año 1821 y conocida con el nombre de *Liberia*, porque sólo se compone de hombres libres. Su capital se llama *Monrovia*, en honor de Monroe, presidente que fué de los Estados-Unidos. Esta ciudad, que se compone de doscientas casas y de tres mil almas, se halla situada en la cima de una montaña, en cuya base se encuentra un

puerto. Exceptuando una docena de familias y del agente ó gobernador de la colonia, todos los demás habitantes son negros. Como el objeto de la institución de los monroyanos consiste exclusivamente en favorecer á los hombres de color, no admiten entre ellos fácilmente á los blancos, temerosos sin duda de que perturben su paz. Yo, sin embargo, cuento en esa ciudad con una familia amiga, y casi me atrevería á jurar que esa familia no tendrá inconveniente en admitir en su seno á usted y á su hijo hasta que yo haga otro viaje á las costas de Guinea sin llevar á bordo á ese maldito Ventura el catalán, y cargando mi buque de maderas preciosas, de goma, de marfil, de plumas de gazorla, de especies, de ámbar gris y otros productos de lícito comercio, propios del país, y que no está prohibido por las leyes cargar con ellos los buques.

Cora se llevó las manos á la frente, y dijo con doloroso acento:

—¡Ah, señor Tordera! Según veo piensa usted abandonarnos en Africa á mí y á mi hijo.

—Yo no pienso nada, hija mía, busco de dos cosas malas la menos mala, y además, no mando, sino aconsejo,—añadió el capitán.—Si vuelve usted á las costas de Cuba á bordo de un buque cargado de negros y nos libramos de los cruceros ingleses que en pocos años han salvado más de veinte mil negros, creando con ellos colonias de hombres libres, si efectivamente tenemos esa suerte, cuando desembarque usted en la costa de Cuba, el maldito catalán dará parte á las personas que tan mal la quieren, comenzarán de nuevo las persecuciones, y la vida de usted y la de ese niño correrán

grandes peligros. Piense usted bien, hija mía, lo que le voy diciendo. Si yo la dejo á usted en la ciudad de Monrovia, su permanencia en ella será todo lo más de un año; en la Habana la creerán á usted muerta, y como he dicho á usted, me comprometo, y lo juro por mi nieto, volver por usted y desembarcarla en el punto que me indique, porque entonces no temeré á Ventura el catalán ni á los cruceros ingleses.

—Pero, Dios mío, ¿y si usted no vuelve qué va á ser de mí en Africa?

—Sólo una cosa me obligaría á faltar á mi palabra,—añadió Melchor.—Morir, y en ese caso no tendría usted derecho para llamarme hombre informal.

Cora comenzó á llorar amargamente; comprendía las poderosas razones expuestas por su protector.

—Vamos, vamos,—repuso Tordera,—no es ésta ocasión de llorar, sino de pensar lo que más nos convenga. Yo no impongo nada, yo no exijo ni mando nada, sólo indico lo que puede hacerse, y en la situación en que nos encontramos el peligro menor creo que es quedarse en Monrovia. Medítelo usted bien, y luego decida; pero para mis intereses y para la seguridad de usted en lo porvenir yo creo que le conviene quedarse en la colonia *Liberia,* que aunque la mayoría de sus habitantes son negros, todos ellos se hallan educados á la europea y no quieren tratos con las tribus salvajes, de las que se defienden con gran valor, conservando su independencia.

—¡Ah, señor Tordera! Si usted pudiera desembarcarnos á mi hijo y á mí en New-York, debo tener allí un tío, un hermano de mi padre, que aunque no sé de él hace muchos

años, yo le buscaré, y tal vez le encuentre; poseo el inglés lo mismo que el español, y en New York, si no encuentro á mi tío, no ha de faltarme alguna ocupación que me proporcione lo estrictamente necesario para mantener á mi hijo.

Melchor había escuchado esta súplica de Cora moviendo en señal negativa la cabeza.

—Lo que usted me pide es imposible, hija mía,—añadió Tordera,—imposible de todo punto. ¿Cómo quiere usted que cambie de rumbo el bergantín *El Ciervo* llevando en la bodega un cargamento de negros? ¿Cómo quiere usted que un buque de las condiciones del nuestro haga semejante cosa? Eso sería un absurdo, una locura. Por el contrario, el plan que le he propuesto á usted puede realizarse, y entonces yo me comprometo, que si no mi buque, otro la desembarcará á usted y á su hijo en New-York.

Ante esta negativa, que tenía una lógica irresistible, redoblaron las lágrimas de Cora, los suspiros y los gemidos, porque verdaderamente era terrible para aquella pobre madre la idea de quedarse sola con su hijo en Africa.

Melchor, afectado ante las lágrimas y los sollozos de aquella desgraciada, salió del camarote, dejándola sola para que meditara sobre su grave situación.

Aquel día no resolvieron nada; Cora no salió del camarote y Melchor no bajó tampoco á verla.

Tres ó cuatro veces el capitán Tordera llegó hasta la escotilla, pero siempre retrocedía diciéndose para su capote:

—La verdad es que esta pobre mujer tiene razón que le sobra para no quedarse en Africa, porque si yo muero, ¿quién volverá á buscarla?

Estas ideas tenían malhumorado al buen capitán Tordera, porque, ya lo hemos dicho, sentía grandes simpatías por aquel pobre niño y por su madre.

Melchor se paseaba por el puente, refunfuñando en voz baja, y dirigiendo miradas hostiles hacia todas partes, como si buscara una víctima en quien desahogar su mal humor.

Los dos grumetes, que conocían los momentos de mal humor del capitán, procuraban mantenerse á gran distancia de sus manos, y le pedían á Dios que no se acordara de ellos en semejantes momentos.

A la mañana siguiente el capitán Tordera bajó al camarote, pues deseaba ver al pequeño Alejandro; le cogió en brazos para subirle sobre cubierta, y le preguntó á Cora:

—¿Qué ha decidido usted?

—Hacer lo que usted me aconseje,—contestó Cora;—confiarle mi vida y la de mi hijo, no oponerme á nada, sufrir con resignación mi suerte.

—Perfectamente,—añadió Melchor, sin disimular su alegría.—Dios querrá que todo salga como yo deseo, y además, un año se pasa pronto, y yo creo que antes de un año volveré á visitar las aguas del golfo de Guinea en mejores condiciones que ahora. Pero suba usted sobre cubierta, el día está hermoso, el mar parece un lago; tomará usted chocolate con su hijo en el alcázar de popa al aire libre. Eso es sano.

Y Melchor, que ya se dirigía con el niño en brazos hacia la escalera, se detuvo, y sonriéndose, dijo:

—¡Ah! Me olvidaba de decirle á usted que Ventura el catalán está ya bueno de su herida, y me ha pedido que le

saque del calabozo. Yo no me fío de él, es malo de nación, y sería muy capaz de asesinarme si encontrara una coyuntura favorable. Lástima ha sido el que yo no apretara un poco más la mano al darle el golpe con la culata del revólver; pero se conoce que ese perro tiene la cabeza muy dura. No se fíe usted de él; creo, sin embargo, que no se atreverá á dirigirle á usted la palabra después de lo que ha pasado. Yo estoy alerta... ¡Pobre de él si se atreve á tocar un solo hilo de la ropa de este ángel! Vamos, vamos arriba á tomar chocolate.

Subieron los tres sobre cubierta.

El día estaba verdaderamente hermoso, resplandeciente; el mar sin ondas tenía la tersura de los espejos.

Sobre el puente de popa se había colocado una pequeña mesa, y el grumete esperaba la orden para servir el chocolate.

A una seña del capitán corrió hacia la cocina.

El niño dirigía una multitud de preguntas á Melchor que le hacían reir.

Después de tomar chocolate el niño y la madre, Melchor se dirigió hacia proa y mandó que sacaran á Ventura el catalán del calabozo.

El capitán Tordera se hallaba sentado sobre el cabrestante de proa cuando salió por la escotilla de la sentina Ventura.

El rostro de aquel hombre estaba sombrío; su aspecto era repugnante, amenazador, sucio, roto; con la cabeza vendada y la camisa llena de sangre hubiera dado miedo á otro hombre menos valiente y menos enérgico que el capitán Tordera.

Sin embargo, Melchor no ignoraba que el catalán era

mal enemigo, y después de lo que había ocurrido esperaría la ocasión de tomar la revancha.

Esta revancha no era ni difícil ni imposible, sobre todo tratándose del capitán de un buque negrero que tiene que desembarcar en una costa erizada de peligros.

Todo esto lo sabía Tordera, y estaba resuelto á tenerlo presente.

El capitán miró á Ventura, y Ventura miró al capitán.

En estas dos miradas que se cruzaron había algo que respiraba muerte.

—Muy duro has estado conmigo, Melchor,—dijo el catalán después de una pausa.

—Procura que no vuelva á estarlo, eso depende de tí,—contestó el capitán.—Recuerda lo que hiciste y me darás la razón, si queda algún sentimiento humano en tu pecho; ya sabes que yo tengo debilidad por los niños, y que delante de mí no consiento que se les haga el menor daño.

—Me has tratado como á un esclavo,—añadió Ventura con bronco acento y sin atreverse á mirar cara á cara á Melchor;—me has tratado mucho peor que el almirante inglés al soldado de marina que se le sube á las barbas.

—Eso no es verdad, porque el almirante fusila al soldado rebelde, y yo no te he fusilado á tí; pero quién sabe si me veré en el caso, si no de fusilarte, de echarte al mar, lo cual es lo mismo; con que no olvides que yo soy el capitán de *El Ciervo*.

—Sí, pero no olvides tú tampoco que un buque negrero no es un buque de rey; aquí la tripulación debe tener más libertad: somos iguales.

—Estás en un error, Ventura, porque si bien es verdad—añadió Tordera—que en un buque negrero la ordenanza no rige, el capitán procura tener una ordenanza en cada puño, y como es el más fuerte, manda, y si no obedecen, pega; con que repito que no lo olvides, y anda con Dios.

Imposible sería describir la mirada del catalán al escuchar las últimas palabras de Melchor. Si hubiera tenido en las manos un arma de fuego hubiera disparado contra su capitán; pero el capitán llevaba en el cinto una faca de grandes dimensiones y un revólver norte-americano de doce tiros y Ventura estaba desarmado; así es que giró sobre sus talones dando por terminada la escena.

Melchor le vió alejarse y entrar en la cámara de popa.

—Me parece que al fin y al cabo si quiero dormir tranquilo en mi camarote,—se dijo Melchor,—tendré que matar á este lobo rabioso que me está siempre enseñando los colmillos.

CAPITULO VI.

Antecedentes.

Creemos llegado el momento de decir algo á nuestros lectores de la vida y antecedentes de Cora.

Sir Ricardo Mork, norte-americano, llegó á la Habana á regentar un gran almacén de harinas, propiedad de un rico comerciante que vivía en Bostón.

Sir Ricardo era un hombre activo, trabajador, un verdadero yenkee, que desde la edad de diez y seis años no tenía otro afán que enriquecerse honradamente; pero como el hombre propone y Dios dispone, Ricardo Mork había llegado á los treinta y tres años sin conseguir su objeto.

En todos los negocios la desgracia se colocaba á su lado, destruyendo sus mejores combinaciones, sus planes más meditados, y desvaneciendo sus más hermosas esperanzas.

Apenas reunía un pequeño capital, Mork intentaba probar fortuna, pero siempre un acontecimiento inesperado le hundía, obligándole á empezar de nuevo.

Estos contratiempos continuos no desanimaban al perseverante y trabajador yenkee, y si bien no perdía la fe ni la esperanza de conseguir sus deseos, se iba poco á poco agriando su carácter y revistiéndose de una profunda tristeza.

Así las cosas, la casualidad, que está siempre en acecho de las criaturas, puso un día ante el paso de Ricardo Mork á una española de veinte años, hija de un modesto empleado de la Aduana que ocho años antes había llegado á la Habana con la esperanza de reunir una pequeña fortuna, y seguía tan pobre como el día que desembarcó, si bien con una fama de honrado, de modesto y de trabajador que hacía reir á sus jefes y á otros compañeros suyos menos escrupulosos en cuestión de conciencia.

Ricardo Mork encontró muy bonita á Casimira Noblejas, y es fama que aquella noche el yenkee, cuando se acostó y apagó la luz, vió en el fondo oscuro de su alcoba los grandes ojos azules, las frescas y sonrosadas mejillas, los cabellos rubios y la encantadora sonrisa de los rojos labios de Casimira la española.

Y, cosa rara, el anglo-sajón, el taciturno yenkee, aquella noche, en vez de pensar en sus negocios, sólo pensó en la hermosa española que la casualidad había colocado ante su paso.

Como sir Ricardo tenía un carácter emprendedor y una tenacidad norte-americana y no ignoraba que el tiempo era oro, al despertarse, durante esa mediá hora en que el hombre piensa antes de dejar el lecho lo que hizo el día antes y lo que va á hacer en el presente, resolvió casarse con la española, y aquella misma tarde pidió la mano de Casimira.

Como á Casimira no le disgustaba el norte-americano, y como el probo empleado señor Noblejas creía á sir Mork, si no rico, en camino de serlo, después de algunos preliminares propios del asunto, el yenkee fué aceptado como yerno futuro del español y prometido esposo de la española, y aunque el norte-americano pertenecía á la religión reformada y Casimira era católica, apostólica romana, después de dos meses de galanteo y reunidos los papeles indispensables, se casaron en una iglesia de la Habana.

De este matrimonio nació una preciosa niña á quien pusieron por nombre Cora, pues así se llamaba la difunta madre de sir Ricardo Mork, y el hijo quiso tributar este recuerdo de cariño á la que le había dado el sér.

Cuando Cora cumplió cuatro años aún se comía el pan de la boda en casa de sus padres, pues Ricardo y Casimira se amaban más que nunca, si bien es verdad que la fortuna continuaba siendo contraria al honrado y trabajador yenkee, porque así como hay razas de músicos, de atletas, de cómicos y de danzantes, hay también razas de desgraciados, y pertenecer á ella es una verdadera desgracia.

Ricardo y Casimira cuidaban con gran esmero de la educación de aquel ángel que les había tocado en suerte, y Cora, á los ocho años, hablaba el español como su madre y el inglés como su padre.

Pero como los padres de Cora no han de tomar en la presente narración una parte activa, pues sólo son personajes episódicos y de paso, reasumiremos diciendo que Cora, antes de cumplir los catorce años, perdió á su madre de unas calenturas malignas, y un año después vió morir á su padre en

la modesta quinta de *Santa Clara,* que hemos descrito ligeramente al principio de esta historia.

Entre los pocos amigos que asistieron y visitaron durante su enfermedad á sir Ricardo Mork se hallaba un español llamado Mateo de Robledano, primer dependiente de una casa naviera de la Habana, que poseía además dos ó tres ingenios cuyos productos explotaba por su cuenta.

Mateo tendría entonces veintiocho años, era un joven de rostro simpático, modales distinguidos y carácter afectuoso. Había llegado á la Habana como otros muchos españoles, con el afán de enriquecerse, y se hallaba en camino de conseguirlo.

Sir Ricardo le recomendó á Mateo dos cosas antes de morir.

—Tengo—le dijo—un hermano cuyo paradero ignoro, pues como yo, hace años que trabaja buscando una fortuna, y sus negocios tan pronto le llevan á Méjico como á Nueva-York, á San Francisco como á Filadelfia. Procure usted indagar su paradero y escribirle mi muerte. Mi hija queda huérfana y sola en el mundo: sea usted su protector.

Mateo le dió su palabra de honor á aquel padre moribundo de no abandonar á su hija.

En aquellos momentos el ofrecimiento de Robledano era sincero, nacía de su alma, y se dijo:

—Esta pobre muchacha será para mí una hermana.

Cora se quedó sola sin más criados que una negra que le había servido de nodriza y que la amaba con ternura.

Como Mateo vivía en la casa de su principal de la Habana, creyó prudente que por entonces Cora permaneciera en

la modesta quinta de *Santa Clara,* donde había muerto su padre.

Mateo visitaba á Cora con frecuencia y tenía gran cuidado que no le faltase nada.

Algunos días festivos los pasaba en la quinta de *Santa Clara.*

Poco á poco entre Mateo y Cora fueron naciendo esas dulces y afectuosas simpatías que casi siempre son el preludio del amor.

Mateo era amable, respetuoso, y Cora sensible y agradecida. Además, aquella pobre niña, inocente y sencilla, no veía á nadie mas que á su generoso bienhechor y á la negra Martina.

Mateo comprendió que amaba con toda su alma á Cora, y Cora sintió algo desconocido en su virginal corazón.

Así las cosas, el amor, que está siempre en acecho, aprovechó una ocasión, y Mateo declaró á Cora que la amaba.

La pobre huérfana oyó aquella declaración verdaderamente conmovida, y sintió que las dulces palabras que le dirigía Mateo perfumaban su alma como perfuma el ambiente la esencia que exhalan las amarillas y diminutas hojas de las acacias de farnesio.

Naturalmente, Cora aceptó las proposiciones de Mateo, y al aceptarlas se creyó la mujer más feliz de la tierra.

Mateo entonces obraba de buena fe y pensaba cumplirle á Cora todos sus ofrecimientos; pero una circunstancia vino á turbar la serena paz de su conciencia. Su principal, el rico naviero de la Habana, el propietario de tres ingenios y seiscientos negros, el hombre que poseía cuarenta millones de

reales, le propuso un día que se casara con su hija Remedios, que era su única heredera.

Esta proposición aturdió á Mateo: había llegado á la Habana algunos años antes sin otro objeto que el de hacerse rico, y dos millones de duros le salían al encuentro. Para cogerlos, para ser dueño de ellos, sólo necesitaba casarse con una mujer de diez y ocho años, no mal parecida, aunque tenía un carácter atrabiliario y despótico.

Mateo no pudo resistir á la tentación, le cegó el ofrecimiento, vió delante de sus ojos un río de oro, y aceptó la brillante proposición que le hacía su principal; y precisamente el mismo día que Mateo se casaba en la Habana, á cuya boda asistieron las personas más notables de la capital, Cora daba á luz en *Santa Clara* un hermoso niño.

Robledano recibió la noche de novios una carta concebida en estos términos:

«Ven, Mateo, ven pronto. ¡Ah! ¡Qué hermoso es nuestro hijo!—*Cora.*»

Mateo no amaba á la mujer con quien acababa de unirse. Todo su amor, todo su corazón era de Cora. Pero ¿cómo abandonar á la novia en la noche de boda?... ¿Cómo desaparecer de aquel salón lleno de convidados que le felicitaban por su enlace? Imposible. Fué preciso fingir, sonreirse, estar alegre, ahogar en el fondo de su pecho los gritos de la conciencia, ya que había sido bastante infame para sacrificar por un poco de oro á la pobre, á la confiada niña que había tenido la debilidad de creer en sus promesas.

Cora esperó en vano á su amante, al padre de su hijo; no podía explicarse su ausencia, era indudable que le sucedía

algo, porque si no, ¿cómo no corría á su lado? ¿cómo no iba á darle un beso á su hijo?

Cuando Mateo fué al día siguiente á verla se disculpó diciendo que había estado ausente de la Habana aquella noche. Cora le creyó, porque ella no sabía mentir.

Desde aquel día comenzó para Mateo una existencia verdaderamente angustiosa.

Era rico, había logrado su deseo, manejaoa á su antojo la fortuna de su suegro y la de su mujer. Pero aquella mujer exigente, aquella mujer de carácter insufrible, le arrojaba siempre en cara su pobreza y se complacía en ponerle en ridículo.

Este fué el castigo que la Providencia envió á Mateo de Robledano por haber abusado del candor de una pobre y desvalida huérfana.

A los dos años de matrimonio Mateo y la criolla Remedios tuvieron un hijo, pero este hijo siempre fué mirado con indiferencia por Mateo, porque le hacían dudar de su paternidad las liviandades y perfidias de su mujer.

Mateo iba á olvidar sus pesares domésticos y el insufrible carácter de su mujer á la poética quinta de *Santa Clara*, pasando allí algunas horas con Cora y su hijo.

Por mucho que procuró Mateo ocultar sus visitas al poético nido de *Santa Clara*, la criolla Remedios supo que su marido tenía una querida y un hijo, y desde este momento sintió un odio á muerte por aquella mujer, que amenazaba robarle con el tiempo una parte de la fortuna que pertenecía á su hijo.

Así las cosas, Mateo se vió precisado á emprender un viaje

á New-York: se despidió de Cora y de su hijo, ofreciéndoles lo que por entonces era imposible cumplir, legalizar la falsa situación de la madre y dar un apellido al hijo.

Durante esta ausencia tuvo lugar el secuestro de la pobre Cora y de su hijo Alejandro.

Más adelante explicaremos quién era el mulato que llevó á cabo tan infame comisión y hasta dónde llegaba la responsabilidad de Mateo de Robledano en tan criminal proceder.

Ahora volvamos á bordo del bergantín *El Ciervo*, para continuar narrando las desventuras de la infortunada hija y el desgraciado nieto de sir Ricardo Mork.

CAPITULO VII.

La nubecilla blanca.

Desde este día Cora, aconsejada por Melchor, paseaba por el puente de popa. Alguna que otra vez solía ver á lo lejos á Ventura el catalán apoyado en las muras de proa, inmóvil, taciturno y feroz.

Aquel hombre parecía complacerse estableciendo el vacío en derredor suyo.

Toda la tripulación le miraba con recelo.

Una tarde, precisamente al doblar el cabo de *Las Palmas,* Cora, su niño y el capitán se hallaban sentados en uno de los bancos de popa, cuando Melchor, que tenía el niño sobre las rodillas, se lo dió á su madre y se puso á mirar con gran fijeza hacia el horizonte.

Cora notó que el capitán Tordera se ponía serio, y aun creyó advertir cierta inquietud muy marcada en su semblante.

Entonces dirigió su mirada hacia el punto donde tenía Tordera fija la suya, y vió una pequeña nubecilla blanca y brillante que tendría á lo más dos metros de longitud.

El mar estaba sereno y el cielo azul y resplandeciente, sin otra nube que la que contemplaba con fijeza el capitán.

Después de algunos minutos de silencio, Tordera dijo:

—Me disgusta esa nube.

Y moviendo la cabeza, añadió:

—¡Que lástima! Un viaje tan feliz, y ahora que ya casi tocamos la costa con la mano... viene esa nubecilla á trastornar todos nuestros planes.

—¿Esa nube que parece un pañuelo blanco?—preguntó Cora, creyendo exagerados los temores del capitán.

—Sí; porque esa nube durante el estío y el otoño siempre que aparece en el horizonte trae funestas consecuencias para los pobres marineros. Esa nube, hija mía, me anuncia que antes de mucho tendremos encima un terrible huracán, conocido con el nombre de *tornado* ó torbellino.

—Pero si esa nube no se mueve,—añadió Cora.

—Su inmovilidad es completa, pero desgraciadamente no tardará mucho en moverse, en extenderse, en dilatarse y llenar por completo el horizonte, y entonces, que Dios tenga compasión de nosotros, porque los remolinos del impetuoso viento nos envolverán, y tienen tal fuerza, que en la costa arranca de raíz árboles gigantes como el que produce el *pan de mono* y el *boabal,* cuyo cavernoso tronco sirve á veces de templo ó de sala de reunión á una tribu entera. Hija mía, cuando el huracán que presiento se desarrolla no están seguros ni aun los buques anclados en los puertos.

Algunos marineros comenzaban á fijarse también en la pequeña nubecilla blanca.

El capitán mandó arriar todas las velas, pues tenía confianza en la buena construcción del bergantín, y suplicó á Cora que bajara al camarote con su niño.

Cora obedeció: le habían infundido mucho miedo los pronósticos funestos del capitán, y abrazada á su hijo lloró y rezó, esperando el resultado de aquella tempestad terrible que les amenazaba.

No tardó mucho en notar que el movimiento del buque se hacía más sensible; poco después comenzó á cabecear de un modo violento, como si enormes olas, pasando por debajo de la quilla, le levantaran y le hundieran con frecuencia.

De pronto oyó un atronador ruído sobre cubierta, como si una horrible granizada cayera sobre la obra muerta del buque.

En medio de este estruendo pavoroso, Cora, que había caído al suelo abrazada á su hijo y que veía rodar en torno suyo todo el mobiliario del camarote, sintió grandes crujidos de madera. Los mástiles del buque se tronchaban ante el devastador empuje del huracán.

También le pareció oir dos ó tres detonaciones de arma de fuego, y gritos humanos que se confundían con los prepotentes silbidos de los vientos.

Era indudable que sobre su cabeza, en la cubierta del bergantín, tenía lugar una de esas escenas terribles de los anales dramáticos del mar en que los hombres más serenos ven con espanto cernerse la muerte en derredor de ellos.

Cora, mientras tanto, con el cabello en desorden, el rostro

descompuesto, rodando por el suelo abrazada á su hijo, pedía á Dios con fervorosos labios que les librase de aquel peligro inminente que les amenazaba.

Las espumantes é irritadas olas que barrían la cubierta, destrozándolo todo, entraban también por la escotilla de popa.

Cora creyó llegado su último momento, se arrodilló y levantó en alto á su hijo, temerosa de que se ahogara, porque siempre el último pensamiento de una madre en los trances aflictivos de la vida, es salvar á su hijo aun á costa de su existencia.

En medio de esta desolación general llegó la noche, cubriéndolo todo de pavorosas tinieblas.

Cora cerró los ojos, estrechó fuertemente á su hijo contra su pecho, y se dispuso á morir tragada por aquellos mares insaciables.

Hubo un momento de indescriptible angustia. Cora creyó oir una voz que la llamaba, y se incorporó, no sin trabajo, logrando al fin ponerse en pié. Con la mano izquierda se apoyaba para no caerse en el catre y con la derecha oprimía fuertemente á su hijo, que muerto de miedo estaba abrazado al cuello de la madre.

El agua le llegaba á la rodilla.

—Cora, Cora,—gritó por segunda vez la voz;—soy yo, Melchor. El maldito *tornado* ha hecho lo de siempre, lo ha destrozado todo; afortunadamente, lo que tiene de terrible tiene de corto, pues nunca dura más allá de veinte minutos. ¡Oh! Si durara una hora desolaría la costa de Guinea. Pero no tenemos tiempo que perder: el pobre *Ciervo* está de-

rrengado, ni tiene fuerzas para levantar la cabeza, como si hubiera recibido la descarga de cincuenta cañones en cada una de sus bandas. No le queda ni un solo palo, ni un trozo de mura, ni cabrestante; toda la obra muerta ha volado hecha astillas, y con ella casi toda la tripulación, pues sólo quedan arriba dos hombres y un grumete. Al pobre Jenaro el timonel le vi por los aires abrazado á la caña, que tan bien sabía gobernar... ¡Pobre *Ciervo*, pobre bergantín mío, quién te conoce! Tiene la tripa llena de agua y le cuesta gran dificultad moverse; antes de treinta minutos se habrá hundido en las aguas del golfo para siempre.

—¡Y mi hijo!...—exclamó Cora aterrada ante aquellos funestos augurios del capitán.

—Por él y por usted vengo,—añadió Melchor;—afortunadamente, una lancha se ha salvado por milagro y nos espera. El huracán ya va perdiendo la fuerza, antes de mucho cesará por completo; pero siéndonos imposible de todo punto remediar las averías del bergantín, es preciso abandonarle si no queremos hundirnos con él. Vamos, Cora, vamos, deme usted el niño, y cójase fuertemente de mi brazo.

—¡Oh Dios mío, Dios mío, qué va á ser de nosotros!—exclamó Cora.

—Por ahora no vamos librando mal, puesto que aún vivimos; pero vamos, vamos, que el tiempo urge y el bergantín se estremece, preludiando su muerte.

—¿Puedo llevarme esta pequeña maleta donde guardo algunos papeles importantes?—preguntó Cora.

—Puede usted llevarse lo que quiera, pero no respondo de que el viento ó las olas se lo arranque de las manos.

Subieron á cubierta. No se podía dar un paso sin tropezar con las huellas que había dejado el huracán. Todo estaba destrozado: la cubierta del hermoso bergantín *El Ciervo* tenía el aspecto sombrío del campo de la muerte.

El bergantín, inclinado hacia babor, amenazaba hundirse á cada sacudida de las olas.

Melchor condujo á Cora hacia un punto del buque con grandes dificultades, y á no ser por sus fuerzas hercúleas, á no tener la una de sus manos cogida por el brazo y estar siempre á punto para levantarla cuando se caía, le hubiera sido imposible llegar.

Pero aquel honrado marino, aquel hombre valiente y sereno, se había propuesto salvarles ó perecer con ellos.

Dos marineros y un grumete tenían cogido un cable, á cuyo extremo se balanceaba una lancha con violencia.

Aquellos dos hombres y aquel muchacho era todo lo que quedaba de la tripulación del bergantín *El Ciervo.*

—Ánimo, amigos míos,—gritó el capitán,—esto durará poco, el maldito *tornado* está dando las boqueadas.

—Sí, ya pasa,—contestó uno de los marineros;—Dios quiera que en una de esas boqueadas no estrelle la lancha sobre la tripa del bergantín, porque entonces no nos quedará más remedio que hundirnos con el pobre *Ciervo.*

—Dios querrá que no suceda eso, tengamos confianza; yo llevo un ángel en los brazos y estoy seguro que él nos protegerá en este trance amargo.

—Amén,—contestaron los marineros y el grumete.

—¿Habéis embarcado lo que os dije?

—Sí señor, unas cuantas botellas de ron y un saco de

galleta; la despensa está llena de agua y es lo único que hemos podido salvar.

—De prisa, de prisa,—gritó el capitán con voz prepotente,—el pobre *Ciervo* se hunde por la popa; salta á la lancha, Macario, y tente firme con el cable.

Uno de los marineros saltó, con gran peligro de caer al mar, y luego sujetó un momento la lancha.

El capitán entregó el niño á Cora, y luego, cogiéndola por la cintura con el brazo derecho, se agarró á una cuerda con la mano izquierda, procurando al mismo tiempo con los piés que Cora y su hijo no se golpearan sobre las bandas del buque.

Así fué descolgándose y descendiendo hasta colocar su preciosa carga en el fondo de la lancha.

Luego volvió á subir á bordo con gran ligereza, cogió al grumete por un brazo y lo bajó á la lancha.

—Ahora te toca á tí, Miguel,—le dijo al otro marinero que tenía cogido el cable.

Miguel no se hizo repetir la orden.

Un momento después todos se hallaban en la lancha.

El capitán envió un triste adiós al bergantín, saludándole al mismo tiempo con la mano.

—Soltad el cable,—gritó Melchor, aprovechando un momento en que la lancha se separaba del casco del buque.

Una ola les empujó con violencia, separándoles unas cuarenta brazas del bergantín.

Ya era tiempo: el bergantín *El Ciervo* levantó la proa, haciendo el último esfuerzo como un gigante que lucha con la muerte á brazo partido.

Sonó un chasquido espantoso: el destrozado casco del buque giró con violencia, produciendo un ancho remolino, luego las aguas se unieron, y el bergantín desapareció para siempre.

—¡Pobre *Ciervo!* Parece que se ha quejado al morir. Sí, sí, eso ha sido un adiós de agonía que nos ha enviado al hundirse en el abismo,—dijo Tordera, llevándose las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas que dedicaba á su querido buque.

Cora, siempre abrazada á su hijo, tendida en el fondo de la lancha, con la ropa chorreando agua, á pesar del aturdimiento natural que le causaba su aflictiva situación, pudo observar que la tempestad cedía rápidamente, que las olas perdían su irresistible fuerza y que el viento se calmaba.

Las tétricas nubes que cubrían el cielo fueron disipándose y abriéndose en caprichosos girones para dar paso á los claros rayos de la luna.

Entonces pudo ver con alguna claridad á sus compañeros de naufragio.

Ninguno de aquellos marineros era Ventura el catalán, y no estando allí, era indudable que había perecido.

Nada preguntó al capitán, que con el traje roto en girones, el pelo enmarañado, el rostro y el pecho de la camisa manchados de sangre se había quedado inmóvil en el banquillo de popa con la barra del timón en la mano.

Era indudable que aquel hombre se hallaba en uno de esos momentos dolorosos que las grandes desgracias de la vida proporcionan á la criatura.

Tal vez pensaba en su nieto, en aquel niño querido por

quien cruzaba los mares, por quien tanto afán tenía de enriquecerse, y aquel naufragio destruía sus mejores planes, sus más risueñas esperanzas.

El viejo marino había dejado seres muy queridos para él bajo el hermoso cielo de Valencia, en la poética costa del Mediterráneo; miles de leguas les separaban, inmensas soledades de agua se interponían entre ellos; pero al pensamiento, que une las distancias más remotas y los tiempos más fabulosos, le bastó un segundo para unirle con su amada familia.

Durante una hora reinó en la lancha el más profundo silencio. Cora miraba al capitán, preguntándose de dónde procederían aquellas grandes manchas de sangre de su ropa; los dos marineros remaban, el grumete dormía en el fondo de la lancha, el capitán dirigía el timón y Cora acariciaba á su hijo entre sus brazos.

Mientras tanto, las profecías de Tordera se cumplían. El cielo se quedó sin una nube, el mar sin una ola.

Cora no recordaba haber visto nunca una noche más hermosa, un cielo más puro, una luna más clara y un mar más sereno que aquella que siguió al terrible *tornado,* que devoró ocho hombres de la tripulación y destrozó el hermoso bergantín *El Ciervo;* pero sabido es que el sol brilla siempre con más resplandores detrás de la tormenta.

Cora, reanimada ante aquella calma, ante aquella dulce y armoniosa serenidad de la noche, se acercó al banquillo de popa y se sentó al lado del capitán; una vez allí, fijó sus ojos en Melchor con tierna expresión, y le preguntó en voz baja:

—¿Está usted herido?

—No, hija mía,—contestó con dulce expresión el capitán.

—¿Pues y esa sangre?...—añadió Cora, señalándole la camisa.

Melchor dejó asomar una sonrisa á sus labios, y luego repuso:

—Esta sangre no es mía, es la de un traidor, la de un miserable, la de un cobarde, que aprovechándose del conflicto que nos proporcionaba el huracán, ha querido matarme; pero se conoce que no estaba aún firmado mi pasaporte para el otro mundo, pues me disparó dos tiros de revólver á quemarropa sin tocarme, y yo entonces, antes que me disparara el tercero, le hundí mi cuchillo en el cuello hasta el mango.

—Sospecho quién sería ese miserable, Ventura el catalán.

—Sí, hija mía,—contestó con gran naturalidad el capitán,—sí, Ventura el catalán, que no atreviéndose á provocarme cara á cara, se aprovechó del aturdimiento que reinaba á bordo, para herirme á traición, para vengarse como lo hacen los miserables asesinos; pero por esta vez no le ha salido bien la cuenta. ¡Bah! No pensemos más en ello: el fondo del mar guarda su cadáver, ya no nos molestará más; ha tenido el fin que merecía; que Dios le perdone y que no nos olvide á nosotros.

CAPITULO VIII.

Los náufragos.

Los marineros seguían remando siempre en la misma dirección; es decir, hacia el punto donde á la caída de la tarde se habían divisado las costas de Guinea.

Cada media hora el capitán les mandaba hacer alto para que descansaran, y entonces un trago de ron reponía sus fuerzas.

Así pasó la noche, y cuando el sol apareció, llenándolo todo de luz y de alegría, vieron con gran contento, con inefable gozo, que se hallaban á unas dos millas de la costa.

Cora fijó los ojos en una montaña, que bañada por la luz del sol, tenía un tinte azulado en su parte alta y una inmensa franja verde en su falda.

A la derecha de aquella montaña parecía distinguirse un caudaloso río, en cuyas orillas se elevaban gigantescos árboles y una feraz vegetación.

El capitán Melchor, que contemplaba en silencio aquella

montaña y aquel río, dijo, después de un rato de meditación.

—¡Qué casualidad! Creo que ese cerro que se extiende ante nuestros ojos, cerrando el horizonte, es el que sirve de base á la ciudad de *Monrovia.* Si hubiéramos salvado algún anteojo, saldríamos pronto de dudas; pero en fin, enfilemos la proa de nuestra lancha hacia esa montaña: lo primero es llegar á tierra, luego ya veremos.

Los marineros y Tordera bebieren un trago de ron, comieron un poco de galleta, y luego continuaron remando con más vigor.

No tardó mucho el capitán en convencerse de que no se había engañado. El promontorio que tenían á la vista era el cerro y la ciudad de Monrovia.

Aunque confusamente, parecía notarse en aquella parte de la costa gran movimiento.

Sin duda el terrible huracán de la tarde anterior había causado también allí grandes estragos.

El capitán Tordera se puso en pié sobre el banquillo de popa y agitó varias veces al aire un pañuelo.

Sin duda vieron esta señal, pues observaron que salía del puerto un pequeño falucho con su vela latina desplegada y cuatro remeros por banda.

Era una pequeña embarcación inglesa, con un diminuto cañón de bronce en la proa, destinado á vigilar la costa.

Iban á bordo doce soldados ingleses, á las órdenes de un sargento.

Como Melchor y Cora hablaban perfectamente el inglés, cuando el falucho se puso *al habla* de la lancha, preguntán-

doles de dónde venían y quiénes eran, Melchor les contestó que eran náufragos del bergantín *El Ciervo,* de la matrícula de la Habana, que iba á cargar productos del país á las costas de Guinea, y que desgraciadamente había zozobrado la tarde del día anterior á unas veinte millas de la costa. Que la tripulación se componía de once hombres, inclusos el capitán y dos grumetes, y que sólo se habían salvado los que se hallaban en la lancha. Que aquella mujer y aquel niño eran la hija y el nieto del capitán.

El sargento que mandaba la escampavía se dió por satisfecho, y poco después, cuando los náufragos llegaron á tierra, fueron recibidos con gran cariño en una factoría inglesa.

Allí dió Melchor más detalles sobre el naufragio del bergantín *El Ciervo* y la pérdida de ocho de sus tripulantes. Refirió también cómo se habían salvado milagrosamente él, su hija, su nieto, los dos marineros y el grumete.

Porque Melchor, para evitar averiguaciones de las autoridades inglesas, había convenido en que Cora pasara por su hija y el pequeño Alejandro por su nieto, á quienes los médicos habían recomendado un largo viaje por mar, para restablecer su quebrantada salud.

Los naufragios producidos por el terrible *tornado* durante el estío y el otoño son por desgracia bastante frecuentes en aquellas costas, y nadie se extraña por lo tanto de ver arribar náufragos como un regalo que les hace el huracán.

Compadecidos de Cora y de su hijo, les dieron hospitalidad en un miserable casucho de madera, con techo de caña y de ramas, situado en la orilla de un río y como á una legua escasa de la ciudad de Monrovia.

Se les facilitó todo lo necesario para poder vivir allí algunos días, es decir, un par de cacerolas, un cántaro y algunos haces de yerbas secas, que debían servirles de cama.

Reunidos allí los seis náufragos, el capitán Melchor, que era un hombre de bien, aunque por el afán de enriquecerse se había dedicado algunas veces al tráfico de negros, preguntó á los dos marinos y al grumete qué es lo que pensaban hacer.

Los marineros le contestaron que su deseo era embarcarse lo más pronto posible en calidad de tripulantes en algún buque que se dirigiera á Europa ó á América, pues de ningún modo pensaban permanecer en aquellas costas por su voluntad mucho tiempo.

Melchor aprobó el pensamiento, y les aconsejó que se presentaran al capitán del puerto de Monrovia y le expusieran sus deseos, pues sabido es que en todos los puertos de la costa se protege al pobre marinero náufrago que se presenta á implorar la caridad.

Melchor había salvado de la catástrofe algunas onzas de oro, que llevaba en un cinto, y entregó una onza á cada uno de los tres náufragos que con él se habían librado de la muerte.

Contentos y agradecidos quedaron los marineros y el grumete de su capitán, y se dirigieron hacia el puerto de Monrovia en busca de acomodo.

—Ahora, hija mía,—dijo Melchor á Cora cuando se quedaron solos,—como las riberas de los ríos son funestas en Africa para los europeos, yo no quiero que usted y su hijo permanezcan aquí mucho tiempo. Como aquí viviendo sobre

esta humedad, respirando los miasmas de ese río se adquieren las calenturas que producen la muerte, y allá arriba, donde los aires son puros, se goza de buena salud, me voy allá arriba á buscar para usted y para mi querido Alejandro una habitación más sana y más cómoda que ésta.

Y Melchor señaló con la mano las alineadas y limpias casas de la ciudad de Monrovia, que se veían en la cumbre del monte á una legua de distancia.

—¿Luego va usted á dejarme?—le preguntó Cora.

—Sí, hija mía, es preciso; me ausento por dos ó tres horas, porque quiero, si es posible, que no pasen ustedes la noche en esta cabaña.

Melchor dió un beso al niño, estrechó la mano de Cora y salió de la cabaña, tomando á buen paso el camino de la ciudad de Monrovia.

Cora nada le dijo, porque tenía en aquel hombre bondadoso para ella y para su hijo una completa confianza: no hubiera tenido más siendo su padre.

Mientras su niño jugaba en la puerta de la cabaña, bajo el frondoso y verde toldo que formaban los árboles, Cora comenzó á disponer la comida, calculando que al regresar sus compañeros de naufragio traerían buen apetito.

Los comestibles debidos á la caridad de la factoría inglesa se reducían á un enorme trozo de carne de vaca, un tarro de manteca, cuatro panes de maíz, cinco ó seis libras de arroz y algunas frutas indígenas.

También les habían dado cucharas de palo, dos cacerolas de hierro, un cántaro y seis platos de barro, sal y especias.

Los pobres náufragos tenían lo estrictamente necesario

para la vida y el alimento de sus personas durante cinco ó seis días.

Contaban además con algunas botellas de ron y un saco de galleta salvados del naufragio.

Cora condimentó una parte de la carne con patatas, de cuyo caldo se proponía hacer un sustancioso arroz; resignándose á ser el ama de gobierno de sus compañeros de infortunio, porque la resignación está siempre arraigada en las almas generosas.

Serían las doce de la mañana cuando el capitán Tordera se despidió de su protegida, dirigiéndose á la ciudad de Monrovia, en donde, según le había dicho á bordo del bergantín *El Ciervo,* contaba con un amigo de toda su confianza.

Cora, aunque ocupada en sus faenas domésticas, no dejaba por eso de asomarse con frecuencia á la puerta de su cabaña para enterarse de lo que hacía su hijo, que seguía jugando siempre sin preocuparle ni los tristes recuerdos del pasado ni las dudosas vicisitudes que podían sobrevenirle en lo porvenir, porque á la edad de Alejandro la vida se reduce á un presente sin sobresaltos ni inquietudes.

A eso de las cuatro de la tarde el niño comenzó á llamar á su madre, dando grandes gritos de alegría.

Cora salió precipitadamente, y vió á corta distancia al capitán Tordera que se acercaba acompañado de un anciano que vestía un largo levitón de alepín negro y un ancho sombrero de paja.

El anciano, cuyos cabellos y barba eran completamente blancos, llevaba un pollino cogido del ramal.

Melchor comenzó á agitar los brazos desde lejos, diciendo:

—Ya estoy aquí, querida Cora, ya estoy aquí... ¡Pobres hijos míos! De seguro que habréis pasado mucho miedo durante mi ausencia.

Aquélla era la primera vez que Melchor hablaba de *tú* á Cora.

El niño corrió al encuentro del capitán, y éste, levantándole con sus brazos, le puso á caballo del pollino.

Cora miraba con cierta curiosidad al compañero de Melchor.

Este anciano, cuya edad frisaría en los sesenta años, era un pastor protestante muy querido y respetado en la colonia monroyana: se llamaba el venerable padre Jorge Dikson.

El pastor Dikson era un hombre alto, delgado, con el rostro ennegrecido por los ardientes rayos del sol africano. En sus grandes ojos azules llenos de bondad y en la afectuosa sonrisa de sus labios se adivinaba un corazón recto y caritativo y un espíritu sereno.

La colonia americana de *Liberia* le debía grandes servicios por la fe, el valor y la perseverancia con que había contribuído á su engrandecimiento.

Melchor le dijo á Cora que el padre Dikson era el amigo de quien le había hablado, el cual ejercía en la ciudad de Monrovia la doble y honrosa profesión de ministro del Señor y maestro de escuela.

Añadió luego que, atendidas las tristes circunstancias, el pastor Dikson, por la muerte de una hija de veinticuatro años, que era maestra de niñas en la ciudad, no tenía inconveniente en admitir á Cora y al pequeño Alejandro en su casa y tratarles como si fueran hijos suyos.

Todo esto lo decía Tordera en inglés para que el ministro protestante lo entendiera, porque el pastor Dikson era uno de esos norte-americanos de pura raza anglo-sajona que estaba reñido con todas las lenguas menos con la suya, y bien á pesar suyo se había visto precisado á aprender durante sus estudios un poco de latín, y en sus peligrosas misiones por las riberas de los ríos africanos algunos dialectos de los negros ribereños para poder entenderse con ellos y catequizarlos; bien es verdad que tan pronto como el padre Dikson lograba merecer la confianza de alguna tribu, comenzaba á enseñarle palabras inglesas para evitarse hablar de otro modo.

Después de la presentación hecha por el capitán Tordera, el venerable pastor dijo con dulce acento:

—Hija mía, yo recibiré gustoso en mi casa á usted y á su hijo. Ya he hablado al agente general de nuestra colonia, y hemos convenido en que usted podrá sernos útil, pues mi amigo el capitán Tordera me asegura que es usted bastante ilustrada para desempeñar la plaza de maestra de niñas que ha quedado vacante con la muerte de mi querida hija.

Y acentuando un poco más la bondadosa sonrisa de sus labios, añadió:

—Después de todo, la educación de las niñas negras de Monrovia es fácil, pues se reduce á leer, escribir, un poco de aritmética, otro poco de historia sagrada y otro poco de geografía; añadiendo, y esto es lo más esencial, la enseñanza de las labores domésticas, de gran utilidad para toda mujer. Ya ve usted que esto es fácil.

La voz de aquel anciano era tan dulce, tan persuasiva, tan cariñosa, que Cora le escuchaba con mucho agrado; bien

es verdad que el pastor Dikson sabía por la experiencia adquirida en sus excursiones por el interior de Africa que las palabras dulces ablandan las peñas, como dice el versículo.

—En Monrovia—añadió sin dejar nunca la triste sonrisa de sus labios el anciano pastor—se vive, hija mía, como en los pueblos civilizados de Europa y de América, si bien debo confesar que carecemos de algunas cosas; pero gracias á Dios no nos faltan los primeros elementos necesarios para todo hombre libre. Tenemos dos edificios consagrados al culto protestante y uno al católico; poseemos una Audiencia que hace respetar nuestras leyes y nuestras instituciones; una biblioteca pública que procuramos enriquecer, y adonde acuden los negros á ilustrarse. Tenemos también varias escuelas, una de las cuales está á mi cargo, á cuyo mejor desempeño me ayudaba mi pobre hija, formando una clase aparte con las niñas; pero mi pobre hija ha muerto, y usted puede reemplazarla con la autorización del agente general de nuestra colonia. Mucho trabajo nos ha costado establecer nuestra pequeña república de hombres libres en un país donde impera la tiranía y la esclavitud. Para conseguirlo, algunos norte-americanos de noble corazón y probidad intachable vienen trabajando con incansable afán desde el año 1821. La ignorancia es ciega, mira al sol y le ciega su hermosura, ve su luz y vive en las tinieblas. Las tribus cercanas de *gueahs de deys* y los *gurrahs* nos han hecho una guerra cruel, de exterminio. Al principio de nuestro establecimiento en la comarca que separa los dos ríos *Pisos* y *Sestor* nos veíamos precisados á matar los tigres en las mismas puertas de nuestras cabañas, construídas con rastrojo y

ramas de árboles; pero hoy nuestra asociación se extiende de rio á río en una longitud de trescientas millas inglesas, y la colonia de *Liberia* cuenta con más de doce mil habitantes, que están distribuídos en multitud de poblaciones.

Y el pastor Dikson, mirando con fijeza á Cora, y sonriéndose, añadió:

—Por cierto que una de esas poblaciones, levantada en las orillas del río *Sestor,* y que hoy cuenta cerca de mil asociados, lleva el mismo nombre que usted: se llama *Cora.*

—¡Qué casualidad!—repuso la criolla.

—El que fundó ese pueblo tuvo una hija de ese mismo nombre á quien amaba mucho.

—¿Y vive ese hombre?

—Sí, hija mía, vive; es el único blanco del pueblo de *Cora;* el pobre ha tenido la desgracia de perder á toda su familia, pero se ha creado una familia de ochocientos ó novecientos negros que le respetan como á su padre y le adoran como á su Dios; bien es verdad que habrá pocos hombres sobre este valle de lágrimas y penalidades más dignos, más justos y más honrados que el fundador de *Cora.*

—¡Ah! Si no tuviera mis grandes afecciones en España,—exclamó el capitán Tordera sin poderse contener,—de seguro que oyéndole á usted, padre Dikson, me quedaba por el resto de mi vida en la colonia americana, porque veo que aquí el hombre no deja nunca de ser hombre, ni se ve obligado á rebajar su dignidad.

—Sólo un pueblo nuevo—añadió el pastor—puede llegar á la perfección; en Monrovia no hemos tenido que abolir privilegios ni reformar leyes: todo es nuevo; todos somos igua-

les, verdaderamente iguales; los beneficios de nuestras instituciones van ganando mucho camino. Nuestros colonos, armados y disciplinados á la europea, saben hacerse respetar, y dos reyes del país que cuentan con más de quince mil vasallos, se han puesto bajo la protección de nuestra colonia para hacer causa común con ella y rechazar á toda tribu indómita que les ataque. Pues bien, hijos míos, este pueblo nuevo, que tanto ha costado de crear, es casi en su totalidad de raza negra, y hoy aborrece la esclavitud, porque la juzga la mayor vergüenza del hombre. ¡Ah! Desgraciadamente no servirá de ejemplo la república de *Liberia* á esas grandes naciones de Europa y América que hace tantos siglos luchan por conquistar su libertad.

El venerable Dikson se había sentado en el tronco de un árbol que se hallaba tendido á la puerta de la cabaña.

El niño Alejandro le miraba con fijeza, y el anciano, que tenía por costumbre acariciar á los niños para conquistarse el cariño de sus madres, le cogió suavemente por un brazo y se le sentó sobre las rodillas.

Entonces, pasándole la mano con suavidad sobre la cabeza y jugando con los largos y rizados cabellos del niño, le dijo con una voz dulce y conmovedora:

—Hijo mío, en aquella ciudad que se levanta sobre la cima de ese monte, bajo ese cielo azul y trasparente, se enseña á los niños á ser libres como el aire puro que allí se respira. Si te quedas entre nosotros, desde el primer día que la luz de la razón penetre en tu cerebro y te permita definir y desenvolver el pensamiento, te enseñaremos tus derechos y tus deberes, para que se graven en tu memoria de un modo

indeleble, para que nunca faltes á ellos ni permitas jamás que un tirano cercene tus derechos. Allí se adora á Dios, creador del universo, se respeta á los ancianos, se ama á los niños y se levanta un culto en el corazón á la virtud y á la honradez.

Y el pastor Dikson, extendiendo el brazo en dirección á la montaña, cuyas verdes laderas parecían campos de esmeraldas esmaltados por la luz del sol, añadió:

—Esa ciudad, hijo mío, se llama Monrovia; se fundó en honor de un hombre tan grande como justo, de un gran patriota que aborrecía la superstición y odiaba de muerte á los tiranos, de un gran filósofo, de un carácter enérgico de cuyos labios brotó un día en el Parlamento esta sublime frase: «La América debe ser de los americanos».

Y el anciano, quitándose respetuosamente el sombrero y descubriendo su venerable cabeza, añadió, con solemne entonación:

—¡Gloria á Monroe!

Cora escuchaba con religiosa atención á aquel noble anciano, cuyo corazón, puro como el oro y recto como la ley, había conquistado por completo su voluntad y sus simpatías.

En la triste situación en que se hallaba era una gran fortuna para ella y para su hijo encontrar un protector de las condiciones morales del venerable Dikson.

Pero Cora era católica y el padre Dikson protestante, y asaltándole un escrúpulo de conciencia, cayó de rodillas juntando las manos y exclamó:

—Señor, yo soy católica; mi hijo es católico también.

El pastor Dikson acentuó más la dulce sonrisa de sus la-

bios, y colocando con paternal solicitud una de sus manos sobre la cabeza de Cora, dijo con dulce acento:

—Hija mía, tranquiliza tu espíritu; en nuestra colonia, la religión es libre como todo; las leyes que nos rigen no imponen ningún culto, y tú y tu hijo podéis ser católicos sin que nadie os lo impida.

—¡Oh! Entonces, acepto la hospitalidad y la protección que usted me ofrece, y pongo á mi hijo bajo el amparo de esas venerables canas.

Y Cora, después de este arranque espontáneo que brotaba de su alma, se volvió con los ojos llenos de lágrimas hacia donde estaba el capitán Tordera, y exclamó:

—Pero ¿y usted, Melchor, qué va á ser de usted?

—Hija mía,—contestó el capitán exhalando un suspiro,—yo procuraré ingeniarme para volver á la Habana á dar cuenta de mi desgracia y de la pérdida de nuestro hermoso bergantín. No creo que mi armador atribuya la pérdida del *Ciervo* á mi impericia en el oficio. Contra el *tornado,* contra ese terrible huracán que azota las costas de Guinea, sólo Dios puede hacer algo. Los hombres más sabios, los marinos más prácticos y más precavidos, al ver en el horizonte la pequeña nube blanca que anuncia la catástrofe, inclinan la cabeza porque se conceptúan impotentes para evitarla. Esto lo saben todos los que han navegado en el golfo de Guinea. Si mi armador me confía otro buque, entonces ya sabes lo que te tengo ofrecido; si desconfía de mí, como soy capitán viejo en el oficio y tengo buenas relaciones entre los navieros, buscaré otro amo; pero vive tranquila, hija mía, yo tengo buena memoria y cumplo lo que ofrezco.

Y el capitán Tordera, que se hallaba conmovido, se rascó según su costumbre la barba, y mirando á Cora, que lloraba, añadió:

—Yo también siento esta separación, porque me había acostumbrado á veros y á amaros; pero el hombre propone y Dios dispone. Es preciso, por lo tanto, resignarse. Para ganar tiempo, hoy mismo escribiré á la Habana dando cuenta detallada de nuestro naufragio y certificando mi relato como corresponde á todo capitán honrado.

Y bajando la voz, y en español, añadió:

—Para que te veas libre de enemigos y no vuelvan á ocuparse de tí los que tan mal te quieren, diré en mi relato que tú y tu hijo habéis perecido hundiéndoos con mi pobre bergantín en las aguas del pérfido golfo de Guinea.

—Pero ¿no nos veremos más, Melchor?—añadió en inglés Cora, cambiando una mirada de inteligencia con el capitán.

—¡Oh! Yo bien lo quisiera, hija mía; pero Monrovia es una ciudad fortificada donde se prohibe la entrada á los extranjeros, temerosos de que les traigan algo malo de sus países civilizados; y á fe que hacen bien.

Y Tordera, riéndose y mirando al pastor, añadió:

—¿No es verdad, padre Dikson?

—Algo hay de verdad en eso, amigo mío; pero yo me comprometo á proporcionarle á usted un *pase* con el cual podrá ver siempre que quiera á Cora y á su hijo, exceptuando en las horas que se halle ocupada en la escuela, porque el trabajo es una virtud á la que no faltamos nunca los monroyanos.

—Es usted un hombre completo, padre Dikson,—repuso

Tordera,—y ese ofrecimiento me causa un gran placer. Yo seguiré viviendo aquí en esta cabaña con mis compañeros de naufragio hasta que Dios disponga de nuestros cuerpos, pero todos los días subiré á la ciudad á ver á Cora y á su hijo, y, sobre todo, á despedirme de ellos el día que abandone estas costas con rumbo á Europa ó á América.

Y Melchor, observando que Cora permanecía en actitud triste y con los ojos llenos de lágrimas, cambiando de entonación, añadió:

—Vaya, vaya, basta de lloro; dame un abrazo y permite que le dé á tu hijo una docena de besos, y en marcha hacia la ciudad de Monrovia, porque la noche se acerca y la noche no proporciona á los viajeros mas que tropezones y malos pasos. En ese pollino iréis perfectamente tú y tu hijo, y por cierto que formaréis el grupo de la Sagrada Familia si el pastor Dikson, cogiendo el ramal, representa el papel de San José.

Melchor terminó sus palabras soltando una carcajada, como si con aquella expansión ruidosa pretendiera alegrar el espíritu de su protegida.

Cora levantó á su hijo y se lo acercó al capitán Tordera.

El niño rodeó el cuello del marino con sus brazos y comenzó á darle besos.

Estas caricias humedecieron los ojos de aquel lobo de mar, que recordaba á su nieto.

La despedida fué tan tierna como triste.

Melchor entregó á Cora ocho onzas de oro envueltas en un papel, diciéndole:

—Eso es para que le compres ropa al pobre Alejandro y

te la compres á tí, pues no tenéis mas que lo puesto, y por cierto que está en muy mal estado.

Cora, llorando, cogió su pequeña maleta, que era todo su equipaje, y abrazó y besó á Melchor, que levantándola en el aire la puso sobre el pollino como si fuera un niño.

Luego, el anciano sacerdote y el marino se estrecharon las manos.

—Mañana enviaré á usted el *pase,*—dijo el pastor Dikson.

—Gracias, padre,—contestó Melchor enjugándose los ojos.

Cora y el niño lloraban también.

Tordera, de pié junto á la puerta de la cabaña, les estuvo contemplando y saludando con las manos hasta que se perdieron de vista entre la frondosa vegetación del bosque.

CAPITULO IX.

Donde Melchor cumple la palabra.

Efectivamente, como Tordera había dicho, Cora, su hijo y el pastor Dikson llevando el pollino del ronzal, representaban el cuadro de la Sagrada Familia en su huída á Egipto que nos ha dejado la tradición evangelista; sólo que la topografía del país era muy distinta, porque en vez de cruzar las abrasadas arenas del desierto cruzaban un bosque de gigantescos árboles, bordeando las orillas de un río caudaloso.

Cora llevaba sentado en su falda á su hijo Alejandro: sus dos cabezas, rubias é interesantes, se unían, como prestándose apoyo, y sus hermosos ojos azules lloraban gota á gota.

El pastor Dikson, que caminaba delante, volvía de vez en cuándo la cabeza, dirigiendo una sonrisa bondadosa á sus protegidos.

Otras veces entonaba un salmo religioso, cuyo triste y cadencioso ritmo parecía haberse escrito para cantarse en aquellos feraces y solitarios bosques que atravesaban.

Entonces, sin verse á nadie, solía oirse en el interior del bosque voces humanas, que cantaban también el salmo del pastor; eran los negros que trabajaban en las plantaciones inmediatas á las orillas del río, que hacían coro á su maestro espiritual.

A la caída de la tarde, á esa hora en que comienza el crepúsculo, hicieron su entrada en la ciudad de Monrovia Cora, su hijo y el pastor Dikson.

Nada tan respetable, nada tan poético á la vez como aquel grupo, que iluminaba con sus tenues rayos el sol al hundirse en el ocaso.

Algunos vecinos salían á las puertas para verlos.

Los habitantes de Monrovia saludaban con respeto y veneración al padre Dikson, mirando con marcadas muestras de curiosidad á la joven extranjera y á su hermoso hijo.

Algunas mujeres y niños negros se acercaban al pastor, besándole la mano y preguntándole con ingenua sencillez quién era la blanca.

Entonces el pastor Dikson, en cuyos labios la sonrisa era una perpetua ampliación de su boca, les contestaba con dulzura:

—Ya sabéis que no se mueve una hoja de los árboles ni un átomo de polvo en el suelo sin la voluntad de Dios. Dios me ha quitado á mi hija, Dios me envía otra.

Entonces las mujeres negras, que iban formando corro en derredor del interesante grupo que hemos descrito, exclamaban con fervoroso acento:

—Puesto que Dios la envía, bien venida sea.

Así llegaron á la casa del padre Dikson.

Una negra con los cabellos blancos se hallaba sentada sobre un taburete de paja en la puerta.

Al ver al pastor se levantó y le besó la mano.

Aquella negra era la criada de Dikson.

—Mi buena Rebeca,—le dijo el pastor,—aquí traigo la pobre señora náufraga con su hijo; supongo que estará dispuesta la habitación que han de ocupar hasta que Dios decrete otra cosa.

—Todo está corriente, señor, y la comida dispuesta,—contestó la negra;—la habitación es la misma que ocupaba la pobre mis Esther, que en santa gloria se halle.

Desde aquel día Cora encontró en el buen pastor un padre bondadoso, y se esmeraba en tenerle contento.

Con el dinero que le había dado Melchor compró alguna ropa para ella y para su pequeño Alejandro.

Todas las tardes durante un mes subió á la ciudad el capitán Tordera á ver á sus protegidos.

En estas visitas, Melchor colocaba al niño Alejandro sobre sus rodillas, y no cesaba ni un momento de acariciarle y jugar con él.

Diríase que estas visitas eran más por el hijo que por la madre.

—Siempre que veo á este rapaz,—decía el capitán,—pienso en mi nieto; y esto me causa un gran consuelo, porque la verdad es que tengo muchas ganas de comérmele á besos.

Algunas veces, aprovechando la ocasión de no hallarse presente el pastor protestante, le dirigía preguntas en español.

—¿Estás contenta, hija mía? ¿Encuentras buen trato en esta casa? ¿Tienes alguna queja?

—Al contrario,—contestaba Cora;—se tienen conmigo grandes consideraciones, y yo estoy todo lo contenta que puede estarlo una mujer que se halla en mis circunstancias. Sería difícil encontrar un hombre más bondadoso, más delicado y más justo que el pastor Dikson. Pero pienso mucho en aquellas tierras, que sólo Dios sabe si volveré á ver; en aquel hombre causa de todas mis desgracias, y á quien á pesar de eso amo, porque es el padre de mi hijo.

—¡Oh! Comprendo tu situación; ten fe, ten esperanza,—añadía el marino,—porque yo no he de despreciar la oportunidad para cumplirte la palabra que te he dado.

Así trascurrió un mes. Cora, adiestrada en su nuevo cargo de maestra de niñas por el pastor Dikson, lo desempeñaba con gran satisfacción de su anciano bienhechor, que le decía con frecuencia:

—Estoy contento, muy contento de usted, hija mía, y bendigo el instante en que Dios me concedió la fortuna de encontrarla en mi camino. Las pobres niñas negras de Monrovia han ganado mucho con su nueva maestra, y tengo la confianza que este año en los exámenes nos llevaremos los primeros premios.

Una tarde subió á la ciudad Melchor, como de costumbre.

—Vengo á daros un abrazo y á despedirme de vosotros,—dijo.

Cora miró con inquietud á su leal amigo, á su valiente protector, pero no se atrevió á preguntarle nada.

Tordera volvió á decir:

—Mañana salgo con rumbo hacia Londres.

—¡Mañana!...—repitió Cora con emoción.—¡Tan pronto!

—Sí, hija mía; ha sido una cosa inesperada, de ésas que suceden en la vida sin que uno las busque, que salen á nuestro encuentro, que tropiezan con nosotros; y el hombre que se halla en mis circunstancias tiene necesidad de aprovechar las ocasiones.

Cora había dejado caer la frente sobre el pecho, encerrándose en el más profundo silencio.

Melchor continuó:

—Pues sí, mañana se hace á la vela una fragata de la matrícula de Londres, con cargamento de maderas, gomas y especies. Desgraciadamente se ha muerto en la travesía de arribada el piloto, y me ha propuesto el capitan si quiero yo desempeñar la plaza, porque luego precisamente la misma fragata tiene que hacer un viaje á la Habana, cargada de telas y de quincalla. De este modo llegaré adonde deseo sin pagar el pasaje y ganando algún dinero. La proposición es ventajosa, y la he aceptado.

—Me quedo sola en Africa,—dijo Cora en español y como si hablara consigo misma.

—Bien sabe Dios que siento no llevaros conmigo,—contestó Tordera en el mismo idioma;—pero es precisa esta separación. Debe consolarte la idea de que cuanto más pronto me marche más pronto volveré por vosotros, y en buenas condiciones, según espero.

Cora, encerrada en un triste silencio, derramaba abundantes lágrimas, porque sentía separarse de aquel hombre generoso y quedarse sola en Africa.

Pero aquella separación era precisa. El capitán Tordera no podía permanecer toda su vida en las costas de Guinea en calidad de náufrago.

Cora, que así lo comprendía, se despidió de su amigo con la ternura, con el sentimiento que hubiera podido despedirse de un padre.

El pastor Dikson, Cora y su hijo acompañaron al capitán hasta la mitad del camino que desde Monrovia conducía al puerto.

Allí hubo nuevas lágrimas, nuevos abrazos, porque Melchor amaba á Cora como á su hija y al niño Alejandro como á su nieto, y Cora veía en el capitán Tordera un padre afectuoso para ella y un abuelo lleno de ternura y de bondad para su hijo.

Regresaron muy tristes á la ciudad, y Melchor no se dirigió más alegre á su cabaña, donde vivía solo, pues sus compañeros de naufragio habían encontrado colocación en otro buque.

Cora no volvió á ver más á su querido protector; pero pensaba en él, porque su corazón abrigaba la esperanza de que volvería á Africa por ella.

Así trascurrieron dos años. Cora siempre se decía:

—Vendrá, pues me lo ha ofrecido.

Mientras tanto, Cora se iba conquistando el respeto y el cariño de las buenas madres negras de Monrovia, por la dulzura afectuosa con que trataba á sus hijas.

Cora encontraba un consuelo á su profunda tristeza en perfeccionar la educación de aquellas pobres niñas negras que tanto amaban y respetaban á su maestra blanca.

Era verdaderamente un cuadro interesante ver á Cora con sus cabellos rubios, con su tez sonrosada, con sus ojos azules impregnados de dulzura, sentada en su sillón y enseñando á las niñas negras con una paciencia verdaderamente evangélica.

Cora había establecido dos cátedras más en el colegio del pastor Dikson: el idioma español y el solfeo, éste era un adelanto que habían celebrado mucho las autoridades de Monrovia.

Mientras tanto, la educación del niño Alejandro estaba, la parte intelectual, á cargo del honrado pastor Dikson, y de la física ó corporal se había encargado un viejo militar, negro de color y de nacimiento norte-americano, que ejercía, por decirlo así, en aquella república el cargo de ministro de la Guerra inamovible, pues era el organizador y el jefe del ejército monroyano.

Como los negros libres de la colonia Liberia estaban casi siempre en guerra con las fieras de los bosques y las tribus salvajes, el venerable general Samuel Husttón en sus expediciones guerreras y venatorias llevaba siempre al joven Alejandro Mork, cuyo valor, serenidad y destreza eran la admiración de los monroyanos.

Alejandro, á pesar de su juventud, era respetado por todos aquellos negros, que admiraban su valor y su serenidad.

En cuanto al viejo Samuel Husttón, estaba orgulloso de su primer ayudante, como si viera en él al continuador de sus proezas militares; sólo sentía que fuera blanco.

Así creció Alejandro, despreciando los peligros y sin temer á la muerte.

Cora había escrito varias cartas á su tío Eduardo Mork, suponiéndole en Nueva-York.

En estas cartas le explicaba su situación, y le suplicaba que no la abandonara.

Todas estas cartas quedaron sin contestación.

Tal vez su tío había muerto: su silencio al menos así lo indicaba.

Pero á qué prolongar este relato. Cora había perdido toda esperanza de salir de Monrovia, la ciudad africana. Su hijo Alejandro contaba diez y ocho años de edad, y el pastor Dikson setenta y tres.

¿Qué porvenir era el de aquel hijo en las costas de Guinea? Sabía tanto como su maestro; nada más podía enseñarle, y se pensó mandarle á la América del Norte, dedicándole al comercio.

La idea solo de esta separación era un tormento para Cora. Además, los peligros que en sus expediciones guerreras corría Alejandro turbaban su sueño, la tenían inquieta.

Así las cosas, una tarde echó las anclas en el puerto de Monrovia un buque con la bandera española desplegada: aquel buque se llamaba *El Turia,* su capitán, Melchor Tordera.

Grande fué la alegría de Cora al tener noticias de que su amigo y protector volvía á Africa á cumplirle la palabra.

Bajaron al puerto Cora, Alejandro, el pastor Dikson y el general negro Samuel Hustton.

Melchor les recibió con los brazos abiertos; era el mismo hombre de siempre, franco, sereno, fuerte, á pesar de sus sesenta y nueve años; para él había pasado el tiempo sin imprimir la menor huella en su bronceado rostro.

Explicó su larga ausencia de un modo tan sencillo como natural.

Había tardado dos años en llegar á la Habana, pues el buque donde se había embarcado como piloto en la costa de Guinea, al llegar á Londres, sus dueños tuvieron por conveniente que emprendiera un viaje á Manila.

Tordera, al saber este cambio de derrotero, se desesperó, pero no encontrando un buque que saliera con rumbo hacia la Habana y falto de recursos para emprender el viaje por su cuenta, tuvo que resignarse.

Llegó por fin á la Habana, y al presentarse en casa del naviero á explicar su conducta y la catástrofe de *El Ciervo*, fué recibido con la frialdad con que se recibe siempre generalmente á un capitán que ha perdido el buque que se le ha confiado.

Melchor, triste, abatido, con el producto de sus economías tomó pasaje en un vapor que se dirigía á España.

El pobre capitán estaba hambriento de ver á su hija y á su nieto, á los que había escrito algunas cartas para tranquilizarles.

Grande fué su alegría al verlos, pero esta alegría no estuvo exenta de lágrimas, porque el hijo político de Melchor, patrón de una polacra que hacía el tráfico de cabotaje en el Mediterráneo desde Valencia á Marsella, había naufragado en las pérfidas aguas del golfo de San Jorge, perdiendo su buque y pereciendo con él.

La polacra se llamaba *La Joven Juanita,* que era el nombre de la hija de Tordera.

Aquel pequeño buque era la única fortuna de aquella

honrada familia, y representaba en su mayor parte el fruto de las economías del capitán Melchor.

Tordera encontró á su hija y á su nieto en la mayor pobreza.

Era preciso, pues, trabajar para que aquella pobre hija, que había quedado viuda, para que aquel niño que había quedado sin padre, no carecieran al menos de lo necesario. Tordera era su único apoyo.

El capitán Melchor había recorrido todo el mundo, conocía todos los mares, era un marino que contaba más de cincuenta años de navegación y treinta de capitán.

Tenía fama de inteligente, sereno y honrado.

Una casa naviera de Valencia le confió un buque de novecientas toneladas; pero esta casa tenía su mayor tráfico con las repúblicas de la América del Sur, y á Melchor, aunque lo deseaba con toda su alma, le fué imposible volver á las costas de Guinea, como le había ofrecido á Cora.

Cada vez que emprendía un viaje les decía á su hija y á su nieto, abrazándoles:

—Aunque el golfo de Guinea y el maldito *tornado* que allí reina tiene para mí tristes recuerdos, de buena gana tomaría el rumbo hacia aquel continente, porque allí tengo también una hija y un nieto, que de seguro me esperan con impaciencia.

El buen capitán Tordera no había olvidado ni á Cora ni á su hijo: les había escrito varias cartas, sin tener contestación; pero es tan difícil que una carta llegue á esas colonias africanas, que carecen de toda comunicación con Europa, que á Melchor no le extrañaba el silencio de sus protegidos.

Por fin terminó su relato con estas palabras, que llenaron de júbilo el corazón de Cora y de luto el del pastor Dikson:

—Gracias á Dios, me hallo aquí dispuesto á cumplir mi palabra. Dentro de unos días, mi velero buque *El Turia* levará anclas con rumbo hacia la reina de las Antillas, y oye, querida Cora, esta buena noticia que te traigo de la Isla de Cuba y que he guardado para lo último por ser para tí tan agradable como importante. En una villa internada algunas leguas hacia el interior de la Isla de Cuba, rodeada de campos de caña, de algodoneros y cafetales, vive un modesto colono que lleva por nombre Eduardo Mork y que os está esperando con los brazos abiertos.

Cora lanzó un grito: aquel nombre era el de su tío, el del hermano de su padre, á quien ella creía en Nueva-York, y que buscando mejor fortuna se había establecido en la Isla de Cuba.

La casualidad hizo que el capitán Melchor encontrara en la Habana á Eduardo Mork, y como le conocía de nombre por haberle oído nombrar muchas veces á Cora, le preguntó si había tenido una sobrina.

Entonces Eduardo Mork le dijo que había quedado viudo y sin hijos, y aunque su fortuna era muy modesta, que recibiría en su casa á su sobrina y á su hijo con el cariño de un padre.

Cora derramó muchas lágrimas de alegría: iban á realizarse sus más vivos deseos: volver á Cuba, á su país natal, á la más hermosa de las Antillas, bajo cuyo hermoso cielo tanto había gozado y tanto había sufrido á la vez.

Además, allí le esperaba su único pariente y un segun-

do padre para su hijo Alejandro, que de seguro cuidaría con tierna solicitud de su porvenir.

Llegó por fin el día de la partida. Todos en Monrovia lamentaban que Cora les abandonara. La población en masa bajó al puerto á despedirla. Las madres y las niñas negras de la ciudad se arrodillaban para besarla, unas las manos, otras la falda del vestido.

El pastor Dikson iba apoyado en el brazo de Cora y llorando; aquel pobre anciano se había acostumbrado á ver en Cora una hija y en Alejandro á un nieto, y á su edad estas pérdidas son muy sensibles.

—Padre mío,—le dijo Cora,—¿por qué no viene nsted con nosotros á Cuba?... ¡Oh! ¡Qué alegría tan grande si usted accediera á nuestras súplicas!

—No, hija mía... no puedo, no debo, no quiero abandonar á estos pobres negros, pues me honro mucho con haber contribuído á su educación y á su libertad. Hace mucho tiempo que les he dedicado mi vida y mi inteligencia, y en cada uno de ellos veo á un hijo. Moriré en Monrovia, ése es mi deber.

Alejandro se abrazó al cuello de su anciano maestro, diciéndole:

—Mi respetable bienhechor, puesto que usted no quiere venir á Cuba con nosotros, yo le ofrezco á usted volver á Monrovia cuando sea dueño de mi voluntad, para demostrarle que le amo y respeto como amaría y respetaría á mi padre si lo tuviera.

—Cuando tú vuelvas,—añadió el anciano con los ojos arrasados en lágrimas,—el viejo pastor Dikson habrá muer-

to. Tengo setenta y tres años, hijo mío, soy muy viejo, tu viaje sería inútil. Hubiera sido para mí una felicidad que vuestros besos cerraran mis párpados al morir, pero conozco que debéis abandonar estas costas africanas. Partid, y que Dios no os abandone.

Samuel Hustton, el viejo guerrero de los bosques, aquel cazador intrépido que le había enseñado á batirse con los hombres y con las fieras, lloraba también, y sólo le dijo:

—Anda con Dios, hijo mío. Sigue siendo lo que has sido hasta aquí, y no me olvides, como yo no te olvidaré nunca.

El capitán Melchor unió sus ruegos á los de Cora y Alejandro para que el padre Dikson y Samuel Hustton les acompañara.

Todo fué inútil: aquel noble anciano no podía abandonar una ciudad á la que tanto había contribuído á fundar, no podía separarse de unos hombres que, aunque negros, él había enseñado á ser libres, y Samuel aquellos bosques, campo de sus victorias.

La fragata *El Turia* salió del puerto, acompañada de las bendiciones y los lamentos de dolor de todas las madres de Monrovia.

CAPITULO X.

La guerra.

El viaje fué feliz: la fragata *El Turia* echó las anclas en el puerto de Santiago de Cuba, sin haber experimentado en su larga travesía el más ligero contratiempo.

Al día siguiente Melchor alquiló un carruaje, que les condujo á él y á sus ahijados hasta el *ingenio* donde vivía el colono norte-americano sir Eduardo Mork, que recibió á Cora y á Alejandro con grandes muestras de cariño.

El capitán Tordera estaba satisfecho y orgulloso de haber cumplido su palabra, y Cora no sabía cómo demostrarle su gratitud.

Melchor permaneció una sola noche en la quinta del colono Mork, y al despuntar el día regresó en el mismo carruaje á Santiago de Cuba, no sin ofrecerles que volvería á visitarles siempre que su buque atracara en aquellas costas.

Desde aquel día Cora se encargó de los trabajos domésti-

cos de la casa, y Alejandro dispuso su tío que fuese á la Habana á estudiar la carrera de ingeniero, sólo que los últimos años, puesto que Alejandro poseía perfectamente el inglés, se le mandaría á New-York.

Partió Alejandro, y entonces sir Eduardo, encerrándose con su sobrina en una habitación, mantuvo con ella el siguiente diálogo:

—Tú ya sabes, querida Cora, que tu honra es la mía, pues corre por tus venas la sangre de mi pobre hermano.

Cora comprendió de lo que le iba á hablar su tío, y cubriéndose de rubor sus mejillas, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Mork volvió á decir:

—Según tengo entendido, un hombre abusó de tu inocencia, te deshonró dándote palabra de casamiento; ese hombre es el padre de Alejandro, y es preciso que te cumpla la palabra, que se case contigo.

—Ese hombre, querido tío,—dijo Cora temblando,—ha sido causa de todas mis desgracias, y yo no podría ser feliz á su lado. ¡Ah! Si el capitán del bergantín *El Ciervo* no hubiera sido Melchor Tordera, yo y Alejandro hubiéramos muerto antes de llegar á Africa. Nuestros cuerpos descansarían en el fondo del mar. Yo ruego á usted que no se acuerde más de ese hombre, cuyo nombre solo me horroriza. Usted sabe con qué engaño me sacaron de mi modesto retiro de Santa Clara... No puedo, por lo tanto, unirme á ese hombre que desprecio.

—Sin embargo, la ofensa es grande, yo necesito una reparación,—añadió sir Eduardo.

—Yo le perdono y le desprecio.

—Pero ¿y tu hijo?

—Mi hijo piensa como yo, porque nada le he ocultado, y su única ambición se cifra en debérselo todo á sí mismo; jamás, querido tío, ni Alejandro ni yo nos rebajaríamos pidiéndole nada al hombre que tan cruelmente se ha portado con nosotros.

—Está bien,—añadió Mork,—puesto que le despreciáis, no seré yo el que te obligue á casarte con él por fuerza; pero mi pobre hermano me dice desde la tumba que le vengue: yo veré á ese hombre. Mientras tanto, vive tranquila, pues no volveré á hablarte nunca de este asunto.

Algunos días después sir Eduardo Mork, con el pretexto de colocar una partida de café, salió para la Habana; pero la verdadera causa de su viaje no era otra que buscar á don Mateo de Robledano y pedirle una explicación de su conducta.

Sir Eduardo estaba resuelto á matar á aquel hombre que tan villanamente se había portado con su sobrina, pero al llegar á la Habana supo que don Mateo de Robledano se había trasladado á España hacía más de un año, llevándose una gran fortuna.

El colono yankee, con la tenacidad propia de los hombres de su raza, procuró enterarse de todo lo que podía interesarle, y supo que Robledano era viudo y sin hijos, y entonces se dijo:

—Iré á España en cuanto pueda quedarme libre de mis trabajos un par de meses. Es preciso que ese hombre sepa que nadie se burla impunemente de un norte-americano que tiene en más el buen nombre de su familia que su vida.

Sir Eduardo regresó á sus plantaciones, y Cora no supo nunca la verdadera causa de su viaje á la Habana.

La pobre Cora había sufrido tanto, que aquel solitario y tranquilo retiro le parecía un paraíso: no ambicionaba nada.

Alejandro iba á la colonia de su tío todos los meses y pasaba veinticuatro horas con su madre.

Así trascurría el tiempo sin que nadie turbara la triste quietud de Cora, que se creía feliz viendo crecer á su hijo y sacar notas de sobresaliente en todos los exámenes.

Sir Eduardo continuaba con la idea fija de hacer un viaje á España para vengar á su sobrina.

Así se hallaban las cosas, cuando el grito de *¡Viva Cuba libre!* resonó con espanto en todos los ámbitos de la Isla.

Una guerra sin cuartel, inhumana, como no se había conocido nunca, comenzó á desolar el país.

Por todas partes se incendiaban *ingenios,* bastando algunas horas para destruir grandes fortunas que habían costado muchos años de crear. Las víctimas de este ciego furor, de este vértigo, de esta locura que se apoderó de unos hombres que debían llamarse hermanos, porque circulaba una misma sangre por sus venas, eran unas veces los que simpatizaban por la causa de la revolución, otras los que defendían el honor de España.

Nada podían echarse en cara los unos á los otros, todos luchaban ciegos por la ira.

Eduardo Mork enarboló la bandera norte-americana sobre su casa de campo, con la confianza de vivir tranquilo bajo su protección, y esperando que los dos partidos que luchaban respetarían su propiedad como extranjero.

Pero ¡ay! el honrado yankee estaba bien lejos de sospechar hasta dónde conducía el furor de la guerra á los combatientes cubanos.

Era una tarde del mes de Noviembre, mes en que los campos de caña dulce se hallan en toda su encantadora florescencia, y el colono de Cuba los contempla á la caída de la tarde bañados por los rayos del sol con el corazón lleno de gratas esperanzas.

Cora y su tío se hallaban en la azotea de su quinta, disfrutando de ese poético golpe de vista que presentan los campos de caña en su período de madurez.

Ante sus ojos se extendía un ancho tapiz, dorado por los rayos del sol, y lleno por todas partes de cintas matizadas de un hermoso color de púrpura.

La brisa de la tarde hacía cimbrar con perezoso balanceo los blancos plumeros que sirven de cimera á los verdes tallos y que terminan con una franja delicada del más fresco y purísimo color de lila.

Veíanse también desde aquella azotea que dominaba aquel trozo de paraíso terrenal, merced al contacto de los besos de la brisa, el tierno arbolillo que produce el algodón, el aromático cafetero, oriundo de la Arabia Feliz y las anchas y verdes hojas de esa rica y valiosa planta que produce el tabaco.

Aquí y allá, como si trataran de encerrar el rico plantío con sus robustos y protectores brazos, se elevaban árboles colosales, cuyas verdes cimeras prestaban su protectora sombra á los plátanos y á las bananas.

Allí, sobre aquella tierra fecunda, que cual madre cari-

ñosa nutre por igual todas las plantas que producen las dilatadas regiones de Africa, de Asia y de América, contemplaban con silenciosa satisfacción extendida su modesta fortuna Mork y su sobrina Cora.

Sólo un colono sabe apreciar la grata alegría, el goce inefable que produce la vista de un campo que él ha cultivado con cariñosa perseverancia.

—Este es un buen año, querida Cora,—dijo el colono á su sobrina.—Dios derrama sus dones sobre nuestros campos; la cosecha será abundante.

—Sí, muy abundante,—contestó Cora, extendiendo con dulce satisfacción sus miradas por aquellos campos.

El crepúsculo rápido de la Isla de Cuba apareció en el horizonte.

Algunos negros, cantando, se dirigían desde las plantaciones á la casa.

Aquellos hijos del trabajo, á quienes la naturaleza ha dotado de una epidermis susceptible á resistir los ardientes rayos del sol de los trópicos, regresaban alegres y felices después de un día de penoso trabajo, sin ocuparse del porvenir y pensando sólo en el presente.

Sin embargo, algunos de ellos, cuya inteligencia era más clara, comentaban en voz baja y con medrosa entonación aquellos gritos de guerra que habían llegado hasta sus oídos.

Por primera vez en su vida sentían algo desconocido para ellos que les inquietaba en medio de su ignorancia; era el espíritu de la época, era ese grito santo de libertad que se disponía á romper las cadenas de los trescientos veinticuatro mil esclavos que regaban con su sudor la fértil tierra de Cuba.

Pero los negros de sir Eduardo Mork eran tratados como hombres libres y amaban y respetaban á su amo.

Cora y su tío, sentados como hemos dicho en la azotea en dos mecedoras de bejuco, disfrutaban de la brisa que les enviaba el mar.

A lo lejos se divisaban algunas luces movibles que parecían dirigirse hacia la quinta. Eran esos enormes gusanos de luz que tan útiles son durante las noches oscuras á los negros, que se sirven de ellos para alumbrarse en los caminos y en los bosques, colocándolos dentro de una calabaza con agujeros ó en la cabeza de una caballería.

Cerró la noche. Los cánticos de los negros, impregnados de un ritmo melancólico y perezoso, se habían extinguido.

El silencio era profundo, la hermosa noche había comenzado, las estrellas brillaban con deslumbrante fulgor en el espacio.

Cora y Mork permanecían en la azotea en ese dulce éxtasis, en esa grata meditación que producen á los espíritus sensibles las noches americanas. De pronto les pareció oir á larga distancia detonaciones de armas de fuego.

—¿Ha oído usted?—preguntó Cora.

—Sí, me ha parecido como una descarga de armas de fuego, pero muy lejos.

—Dios nos preserve de la guerra, Dios no permita que la insurrección llegue hasta nuestros campos.

—No creo que tengamos la fortuna de librarnos de esa calamidad que con razón te asusta, pero confío que respeten nuestra hacienda; soy norte-americano, y mi bandera me ampara.

—Mejor sería que no invadieran nunca nuestros campos, de ese modo viviríamos tranquilos y nos evitaríamos grandes disgustos, porque esta guerra será la ruína de la Isla. Además, los insurrectos de Cuba son simpáticos á los norte-americanos, y esto lo saben los soldados españoles.

Mork iba á contestar á su sobrina, cuando sonó una segunda descarga, más nutrida y más cerca que la primera.

A esta descarga siguió un fuego graneado, que se iba acercando por momentos.

Mork bajó precipitadamente de la azotea.

Cora le siguió.

Al pié de la escalera se hallaban los dos capataces blancos. Uno de ellos era norte-americano, el otro español.

Los negros, que serían aproximadamente unos cincuenta, habían salido de sus cuadras y se hallaban inquietos y llenos de curiosidad, gesticulando y lanzando gritos, hasta el punto que fué preciso mandarles callar.

Sir Eduardo dispuso que un negro joven, que tenía fama de gran corredor, se dirigiese con la mayor velocidad posible hacia el punto donde se oían las detonaciones de armas de fuego, para que se enterara de lo que ocurría.

El negro salió escapado. La noche era oscura.

Luego Mork dispuso que todo el mundo se armara para defender la casa en el caso de que fuese atacada.

Al principio reinó un momento de desorden; las negras lanzaban dolorosos lamentos, y corrían como locas de un punto á otro de la casa.

Sir Eduardo Mork impuso silencio, y mandó encerrar á las negras y á los niños en sus dormitorios.

Las descargas, los tiros sueltos y los gritos y las blasfemias de los combatientes se iban acercando poco á poco.

Según el cálculo de los capataces del *ingenio,* el sitio donde tenía lugar aquella lucha fratricida debía hallarse á un cuarto de legua escaso de los campos de caña del colono norte-americano.

Sir Eduardo puso centinelas por la parte donde se oía el fragor del combate, mandándoles que hicieran fuego contra todo el que intentara invadir su propiedad.

Pero esta orden era de muy difícil realización, atendidas las condiciones de los defensores del *ingenio* y de los combatientes que se acercaban.

¿Qué podían hacer un puñado de negros medrosos ó indiferentes para oponerse al paso de una partida insurrecta ó de una columna de soldados españoles? Nada absolutamente; huir á la primera descarga que sobre ellos se hiciera.

La ansiedad de sir Eduardo Mork aumentaba por momentos, porque casi toda su fortuna se hallaba esparramada en sus perfectamente cultivados campos de caña, de algodoneros y de cafetales.

Toda aquella riqueza, que tantos desvelos le había costado, podía convertirla la mano de un malvado ó la imprevisión de un aturdido en humo, en cenizas.

Desde el principio de aquella funesta guerra que asolaba la Isla de Cuba el incendio había causado la ruína completa de muchos colonos ricos.

El negro volvió dando grandes alaridos y haciendo ridículos gestos para demostrar su espanto, y al dar cuenta de la comisión que se le había confiado dijo que una partida

de insurrectos había hecho fuego oculta en el bosque á los soldados españoles, y que se dirigía hacia el *ingenio,* perseguida muy de cerca por los defensores de España.

Efectivamente, el estruendo de la pelea se acercaba, se oían con claridad las voces, las blasfemias y los insultos que se prodigaban los combatientes, y las llamaradas de los tiros iluminaban con tétricos reflejos la oscuridad de la noche.

De pronto apareció un gran resplandor que llenó de roja luz el espacio.

Era el incendio de los hermosos campos de caña del colono norte-americano, que comenzaba.

Sir Eduardo exhaló un grito de desesperación: lo que tanto temía acababa de realizarse.

Mandó á los hombres que se hallaban armados que hicieran fuego sobre los que se acercaran á su casa, fuesen españoles ó fuesen insurrectos. Luego mandó á Cora que se retirara á sus habitaciones, cogió su carabina Menchister de diez y ocho tiros y un saco de cartuchos, y subió precipitadamente á la azotea, dispuesto á defender su casa contra el mundo entero que se atreviera á atacarle.

Pero ¡ay! el valor de sir Mork era impotente ante las calamidades que le amenazaban.

Cuando llegó á la azotea, otro grito más doloroso, más prepotente que el primero se escapó de su pecho. La carabina se le escapó de las manos, y con los puños cerrados comenzó á golpearse la cabeza.

El cielo, oscuro poco antes, comenzaba á tomar ese rojo color de la aurora boreal.

Sir Eduardo contemplaba con espanto el horroroso pano-

rama que se extendía ante sus ojos; veía serpentear entre las fantásticas llamas del incendio las pálidas y tristes sombras de la ruína, de la pobreza.

Ante aquel espectáculo sintió que su corazón se rompía en pedazos.

No hay incendio más terrible, no hay llamas que devoren más rápidamente todo cuanto tocan que las que produce un campo de caña dulce que arde.

No necesita el impulso favorable del viento para extenderse con una velocidad vertiginosa, y se le ve correr y ensancharse como si avanzara sobre regueros de pólvora.

Un campo de caña dulce incendiado presenta á la vista de los que le contemplan los horrores más pintorescos que pueda crear la imaginación de un poeta soñador.

Las nubes de blanco humo que envía hacia el cielo dejan trasparentar en su seno, como á través de una gasa, el rojo color del fuego de un modo siniestro.

La caña cruje al consumirse, chisporrotea como si se lamentara, y se retuerce despidiendo pequeñas llamas, que se elevan hacia el cielo culebreando como los cohetes voladores; y en medio de este cuadro desolador, terrible, espantoso, que no se parece al de ningún incendio, se ven cruzar á los negros aterrados, dando alaridos, como sombras fantásticas, y tocando á arrebato al mismo tiempo con vertiginosa rapidez sus grandes conchas para llamar á los colonos vecinos que acudan á prestarles auxilio.

Este toque de arrebato enloquece á los negros, hasta el punto de que algunos de ellos, aturdidos, perecen entre las llamas del incendio redoblando sus conchas.

Sir Mork contemplaba todo este horrible y pavoroso panorama que se extendía ante sus espantados ojos.

¿Cómo evitarlo? Era materialmente imposible; aquella muralla de fuego había detenido por un momento á los españoles, dando tiempo á la partida insurrecta para salvarse en el bosque inmediato, no sin dejar en el campo de batalla muchos muertos y heridos.

Sir Eduardo, no pudiendo resistir aquel espectáculo que tan dolorosamente hería su corazón, bajó de la azotea, se tendió abrumado por la pena sobre su hamaca, y ocultando su rostro con las manos, murmuró estas palabras:

—¡Estoy arruinado!... ¡Qué feroz es el hombre! Pero mi gobierno reclamará, sí, reclamará, y seré indemnizado.

Esto era una esperanza para el colono; pero esta esperanza no tranquilizaba su agitado espíritu, pues sin duda temía que no se realizara.

Cuando los negros, dirigidos por algunos hombres blancos, lograron dominar el incendio, el fuego había devorado todos los hermosos campos de caña que Mork y su sobrina Cora habían contemplado con grata satisfacción á la caída de la tarde que precedió á aquella noche funesta.

La columna de soldados españoles, terminado el combate y no encontrando enemigos, se había alojado en la villa inmediata al ingenio.

Al nacer el sol, sus primeros rayos iluminaron los carbonizados campos del colono norte-americano, presentando la imagen triste de la desolación, de la muerte.

Aquellas inmensas sábanas negras, que poco antes ostentaban los hermosos reflejos de la esmeralda, el oro y la pla-

ta, arrancaban gemidos de dolor, no solamente á sir Eduardo y á su sobrina, sino hasta el último de los negros que los había cultivado regándolos con el sudor de su frente.

El colono montó á caballo, y precedido de dos negros armados se encaminó á Santiago de Cuba á dar parte á su cónsul del atropello que en sus propiedades se había cometido aquella noche.

Cora, con los ojos arrasados en lágrimas, le vió perderse entre las espesuras del bosque.

Pero, ya lo hemos dicho: hay razas de hombres desgraciados. La familia de Mork pertenecía á una de esas razas.

CAPITULO XI.

El mulato Ecequiel.

Cora se encerró en su habitación y continuó llorando.

Trascurrió así mucho tiempo, cuando creyó oir unos golpes en la puerta de su cuarto.

Cora levantó la cabeza, que tenía dolorosamente inclinada sobre el pecho, y como en aquel momento los golpes se repitieran, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, señora; yo, el yegüero Narciso.

—¿Y qué quieres?... ¿Vienes á anunciarme alguna nueva desgracia?...

—No señora; gracias á Dios, ni á mi yeguada ni á mi ranchería del prado llegó el fuego.

—Entra,—añadió Cora.

La puerta se abrió para dar paso á un negro viejo, que saludó tres ó cuatro veces á Cora, haciendo ceremonias y sonriéndose.

—¿Qué quieres? ¿Qué ocurre?

—Esta mañana antes de amanecer—añadió el negro—vi á un hombre que se arrastraba como una culebra, procurando ocultarse entre las yerbas del prado. Yo me llegué á él: era un herido, un mulato, un insurrecto que tenía, según me dijo, un balazo en el vientre; me pidió auxilio, y yo le ayudé á llegar hasta la ranchería.

—Pues bien, ese hombre es un desgraciado,—repuso Cora;—préstale todos los auxilios que puedas, y si necesitas algo pídemelo.

—Eso he hecho, porque conozco la caridad de la niña Cora con los desgraciados, y le ayudé á llegar á mi chozo, como he dicho; pero al preguntárme el herido de quién era el *ingenio* donde se hallaba, al oir el apellido del amo, repitió:

—Mork... Mork... Yo he conocido una mujer que se llamaba Cora Mork.

—¡Toma!—añadí yo.—Cora Mork es la sobrina de mi amo.

Al oir esto, observé que se estremecía sobre el montón de paja en que se hallaba echado, luego se apretó la frente con las manos, y repuso:

—¿Esa Cora Mork tiene un hijo?

—Sí, el niño Alejandro, el que está en la Habana.

Durante algunos momentos guardó silencio, y luego, sacando dos onzas del bolsillo, me las dió, diciendo:

—Toma, son para tí. Corre, corre á decirle á tu ama, á la niña Cora, que un hombre que se muere desea verla para descargar su conciencia. Si no quiere venir, le añades que el moribundo se llama Ecequiel el mulato, y que es el mismo

que una noche fué á buscarla de parte de Mateo de Robledano; que venga, que venga por caridad, puesto que tengo que decirle algo que le importa saber.

Cora había escuchado con creciente agitación las palabras del negro. Ecequiel el mulato debía ser el hombre que la sacó de su casa con el engaño, que la condujo á través de la selva hasta la orilla del mar, que la embarcó á bordo del bergantín *El Ciervo,* dando la orden de matarla en la travesía ó dejarla abandonada á ella y á su hijo en las inhospitalarias costas de Africa.

¿Qué quería decirle aquel hombre en la hora de su muerte? Cora vaciló un momento, pero por fin se decidió á ir al chozo del yegüero, practicando así una obra de caridad.

El prado que apacentaba la yeguada del ingenio se hallaba cerca. Cora y el negro Narciso llegaron en menos de quince minutos.

En el fondo del chozo, sobre un montón de paja, se hallaba echado Ecequiel el mulato.

Desde la puerta el negro le indicó á Cora con la mano que aquél era el herido.

Cora le contempló un breve momento. Tenía los ojos cerrados y las facciones contraídas por el dolor que indudablemente le causaba su mortal herida.

A pesar de los años trascurridos y del estado en que se hallaba aquel infeliz, Cora le reconoció; tan firmemente había quedado impreso en su memoria el rostro feroz y duro de aquel hombre.

Ecequiel abrió los ojos, que comenzaba á velar el soplo de la muerte.

Durante algunos segundos permaneció mirando á Cora con una inmovilidad de muerto. Después se agitaron sus labios, y dijo:

—¡Ah! Gracias, gracias, Cora, por su condescendencia.

Y luego, llevándose una mano á la frente, exhaló un suspiro, añadiendo:

—La casualidad se parece muchas veces á la Providencia... Ella sin duda me ha conducido hasta aquí para revelar á la niña Cora lo que indudablemente no sabe. El único confesor que yo necesitaba en la hora de mi muerte era la niña Cora, y Dios sin duda ha dicho: «Ecequiel, tú morirás cerca de donde está Cora». Y efectivamente, yo me muero, y Cora me está mirando.

Cora se sentó en un banquillo de madera junto al lecho del herido, y fijó en él una mirada compasiva.

—Hace aproximadamente diez y ocho años, si mal no recuerdo,—dijo Ecequiel,—una mujer, á cuyo servicio me hallaba, una mujer que tenía el alma negra como una noche de tempestad, una mujer que odiaba á Cora y á su hijo de muerte, me dijo:

—Ecequiel, ¿quieres ganarte cuatro mil pesos fuertes?

—¿Qué hay que hacer para ganar ese dinero?—le pregunté.

—En primer lugar,—añadió,—escribir una carta que yo te dictaré, imitando la letra de mi marido; luego presentarte con esa carta adonde yo te diré, y entregarla á una mujer que me estorba y quiero que desaparezca, como asimismo su hijo; la conducirás en un carruaje hasta la costa, y se la entregarás al capitán del bergantín *El Ciervo,* que te estará es-

Litog.ª de J. Palacios. Arenal 27

..... Yo me muero, y Cora me está mirando.

perando á cien brazas de la orilla. Este buque se dirige á Africa, y á bordo de él habrá dos personas que tienen también mis instrucciones con respecto á esa mujer y á ese niño, á no ser que tú quieras librarme de ellos antes de llegar á la costa.

—¡Ah!—exclamó Cora sin poderse contener.—¿Luego aquella carta que sirvió para arrancarme de mi casa, luego aquella carta causa de tantas penalidades y peligros para mí y para mi hijo no la escribió Mateo de Robledano?

—No, Cora, no fué Mateo de Robledano el autor de aquella carta, fuí yo, que he tenido siempre gran facilidad para imitar toda clase de letras, y que sólo he empleado esa habilidad para el mal. En la hora de la muerte no se miente; la mujer que pagó el infame servicio que le hice se llamaba Remedios; era la esposa de Mateo, una mujer violenta, despótica, que causaba no pocos disgustos á su marido.

—Pero ¿y Mateo? ¿dónde está Mateo?—preguntó Cora, sintiendo renacer en su alma, ante la revelación que acababa de hacerle el herido, todo el amor que siempre había profesado al padre de su hijo.

—Mateo de Robledano tuvo la suerte de quedar viudo con un hijo, y heredó á su mujer, á quien no amaba, á quien aborrecía,—añadió Ezequiel con una voz que iba apagándose por momentos.—Luego se murió su hijo; y viudo, solo é inmensamente rico, cansado de buscar á Cora inútilmente, pero sospechando siempre que Cora y su hijo habían sido víctimas de Remedios, regresó á España, llevándose una inmensa fortuna.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Cora cayendo de rodillas y juntando las manos en actitud suplicante.—Durante muchos

años yo he creído un infame, un hombre sin corazón al padre de mi hijo; todo le acusaba, todo me decía; «Él es el autor de tus grandes desgracias». Pero la Providencia ha conducido á este infeliz hasta las puertas de mi casa para que me revele la verdad. Gracias, Dios mío, gracias.

—Sí, dices bien, Cora: la Providencia ha sido la que me condujo hasta este chozo para que pueda descargar mi conciencia y decirte: Mateo te amó siempre, creyó siempre que su mujer había sido la causa de tu desaparición y de la de tu hijo. Cien veces le suplicó á Remedios con las lágrimas en los ojos que le revelara vuestro paradero; todo fué inútil, porque aquella mujer tenía un corazón de roca, y le contestaba siempre con una sonrisa provocativa en los labios: «Busca, busca, pero no encontrarás, porque no existen, porque han muerto».

Cora lloraba.

El herido, después de una pausa, añadió:

—Voy á morir pronto; siento un gran frío por todo mi cuerpo; pero he descargado mi conciencia del peso que la abrumaba... Mateo está en España, en Madrid; es muy fácil encontrarle, como se encuentra siempre en las grandes ciudades á los hombres millonarios. Búscale, Cora, búscale, porque él no te ha olvidado, porque él te ama, porque él te recuerda con frecuencia á tí y á su hijo, aunque no se explica vuestro largo silencio más que con la muerte. Os cree muertos. Remedios así se lo ha hecho comprender. Y ahora, perdóname por haberte engañado, por haber contribuído á tus desgracias y á las de tu hijo, por haber sido un infame contigo, que ningún daño me habías hecho.

—Muere tranquilo: yo te perdono, y elevaré á Dios mis oraciones para que Dios te perdone también.

Una hora después, Ezequiel el mulato había muerto, y Cora, profundamente afectada, regresaba al ingenio.

La revelación que acababa de hacerle el mulato era una hermosa esperanza para el corazón de una madre.

Mateo viudo, Mateo solo en el mundo é inmensamente rico, podía aún reconocer á su hijo Alejandro y asegurarle un brillante porvenir.

Cora pasó la mayor parte de la noche pensando estas cosas.

Al día siguiente un negro llegó de Santiago de Cuba con una carta del cónsul norte-americano para Cora.

Esta carta le participaba que sir Eduardo Mork se hallaba gravemente enfermo de un arrebato de sangre á la cabeza.

Cora mandó enganchar una volanta, y se dirigió con rapidez á Santiago de Cuba.

Allí encontró muy grave á su tío Eduardo en una habitación de preferencia del hospital.

Cora quiso trasladarle á su casa, pero los médicos se opusieron, pues no estaba el enfermo para emprender un viaje de algunas leguas: y efectivamente, dos días despues sir Eduardo Mork había dejado de existir.

Tan profunda había sido la impresión recibida por el colono norte-americano al ver incendiados sus campos de caña, que aquel incendio era la causa de su muerte.

Cora regresó á la quinta triste, acompañada de su hijo.

Para aquella desgraciada no cesaban nunca los sufrimientos; su vida era un calvario.

Muerto sir Mork, arruinada su hacienda, comenzó para Cora una vida menos tranquila que la que había disfrutado en compañía de su querido tío.

Trascurrieron algunos meses. Alejandro continuaba sus estudios en la Universidad de la Habana.

El único afán de Cora era trasladarse á España y legalizar la situación de Alejandro, que no codiciaba la fortuna de su padre, sino su apellido; que no quería sus millones, sino que le cumpliera la palabra á su madre.

Pero desgraciadamente, la guerra, cada vez más encarnizada, asolaba la Isla de Cuba, y el valor de las fincas rurales era casi nulo.

En esta situación Cora se vió atacada repentinamente de una de esas enfermedades agudas que destruyen las naturalezas más robustas.

El médico que la asistió perdió la esperanza de salvarla; era uno de esos casos que la ciencia califica de desesperados.

Alejandro, que había llegado de la Habana, no se separaba del lado de su madre, como asimismo el padre Marcelo, venerable sacerdote que después de pasar treinta años de su vida en las misiones de Fernando Póo y sufrir mil penalidades en los bosques de Africa catequizando las tribus salvajes, desempeñaba un modesto curato en la villa inmediata al ingenio de sir Eduardo Mork.

El padre Marcelo era el amigo de confianza de la familia Mork, y les visitaba con frecuencia.

Desde el momento en que Cora se sintió enferma de gravedad el anciano sacerdote pasaba en el inmediato ingenio todas las horas que le dejaban libre sus ocupaciones.

Una tarde que el padre Marcelo y Alejandro procuraban reanimar el decaído espíritu de la enferma, Cora movió tristemente la cabeza como el que ha perdido la última esperanza, y fijando una dolorosa mirada en Alejandro, le dijo:

—Me siento muy mal, hijo mío, y quiero confesarme con el padre Marcelo.

Aquellas palabras resonaron de un modo doloroso en el corazón de Alejandro; quiso hablar, y la voz se ahogó en su garganta, porque Alejandro profesaba á su madre verdadera adoración. Salió de la alcoba con los ojos arrasados en lágrimas.

El padre Marcelo y Cora se quedaron solos.

—Padre,—dijo la enferma,—me siento morir; viviré muy poco... Mi hijo, mi adorado Alejandro, se quedará solo en el mundo antes de mucho... La muerte viene á sorprenderme sin que pueda realizar no solamente mis justos deseos, sino mi deber. Yo pensaba ir á España, pero eso es imposible en el estado en que me encuentro. No, yo no veré á Mateo más, estoy segura de ello. Usted sabe una parte de mi triste y desgraciada historia, oiga usted lo que ignora, y sea después de mi muerte el consejero, el protector de mi querido hijo.

El padre Marcelo cerró la puerta de la habitación, y luego fué á sentarse junto á la cabecera de la enferma.

Cora cogió una de las manos del anciano sacerdote, y besándola con respeto, añadió:

—Mi hijo Alejandro tiene, como usted sabe, un corazón noble, magnánimo, generoso, y un carácter enérgico é independiente. A pesar de su juventud, no se doblega nunca ante lo que él cree injusto. Educado en una pequeña república

americana establecida en las costas de Africa, donde se aborrece la esclavitud y la perfidia, Alejandro no puede explicarse ciertas cosas; tal es la rectitud y la honradez que abriga en su alma.

Y la enferma, con débil y tímido acento, después de aspirar un poco de aire, repuso:

—Muchas veces he hablado á Alejandro de su padre, y he creído observar que guarda en su pecho algún rencor al hombre que le dió el sér. Pero usted, padre Marcelo, después de oir mi confesión, le hará comprender á mi hijo que aún pueden brillar para él días de felicidad, y que su padre no es tan culpable como él supone. Solo usted es mi esperanza, salve usted á mi hijo, sálvele usted, padre Marcelo, reconcíliele usted con su padre; con su padre, que está en España, y á quien yo no puedo ver para pedirle que le dé un apellido á su hijo.

Después de esta súplica Cora comenzó su confesión, parte de la cual se redujo al relato de muchos episodios que hemos narrado en el presente libro, con otros encargos, cuyos resultados verá el curioso lector si continúa leyendo las páginas de este libro.

Ahora trasladémonos á España, en donde nos esperan nuevos personajes y nuevos acontecimientos.

LIBRO II.

LOS MILLONES DEL TIO.

CAPITULO PRIMERO.

La cita.

Don Salvador Verdemar era un agente de negocios muy bien relacionado en Madrid; se le podía proponer toda clase de asuntos, por arriesgados y nebulosos que fuesen, con la seguridad de que no había de ruborizarse, pues su ancha conciencia no conocía escrúpulos tratándose de ganar dinero.

Era hombre que sabía cubrir perfectamente las apariencias, y tenía la habilidad de *nadar y guardar la ropa,* librando el cuerpo de los peligros.

Sin ser escribano, procurador ni abogado, conocía al dedillo las leyes, el Código penal y á la curia, y no era fácil cogerle en uno de esos renuncios que castigan los tribunales con penas aflictivas, colocando en la pierna derecha del delincuente el apéndice de una cadena.

Sus clientes, que eran muchos, le iban proporcionando parroquianos de su *calaña,* porque sabido es que *Dios los*

cria y ellos se juntan; de modo que el señor Verdemar, cuando se presentaba en su despacho algún desconocido con una tarjeta ó carta de recomendación, se decía para su capote: «Ya tengo uno más».

Don Salvador era un hombre de aspecto simpático, bonachón, respirando buena fe por todos los poros; sus ojos eran negros y alegres, su sonrisa afable, su color sano, y unas hermosas patillas que comenzaban á encanecer le daban un aspecto de persona decente que predisponía en favor suyo.

Su edad frisaba en los cuarenta años; vestía con elegancia y era extremadamente limpio.

Si el rostro es el espejo del alma, como aseguran algunos *calumniadores,* don Salvador Verdemar debía tener un alma bellísima; pero desgraciadamente el alma del señor Verdemar era negra como una noche de tempestad.

Mas ¿quién hace caso del fondo cuando la corteza es brillante, seductora y correcta?... Se aplaude ó se censura lo que se ve, lo que nos enseñan, lo que admiramos al primer golpe de vista. Además, un malvado que tiene bastante talento y bastante fuerza de voluntad para vivir años y años representando el papel de hombre de bien, justo es que se le tengan algunas consideraciones si llega á enriquecerse, si tiene buen cocinero y da de comer á sus amigos.

Un malvado pobre es insoportable, se le aplica el Código en todo su rigor, se le manda á presidio ó al patíbulo, librando á la sociedad de su pernicioso contacto, más que por sus crímenes, por la torpeza con que los ha cometido y el poco provecho que ha sacado de ellos. Esto no es muy moral, pero es verdadero, y váyase lo uno por lo otro.

El agente de negocios don Salvador Verdemar era gran conocedor de los hombres y de la sociedad en que vivía, y por eso su único afán era enriquecerse sin mirar los medios, con tal de llegar al fin que se había propuesto, pues todo el que llega á ser millonario se rodea de una aureola de luz y respetabilidad que obliga á cerrar los ojos y á inclinar la frente al noventa por ciento de las personas que le conocen.

En la Bolsa, en los círculos financieros donde se reunen los adoradores del tanto por ciento con el *piadoso fin* de desplumarse mutuamente, se decía que el agente Verdemar se hallaba en buen camino, y más de cuatro que se juzgaban honrados le tenían envidia viéndole crecer como la espuma.

Una tarde se detuvo delante de la Bolsa una berlina nueva, flamante, uncida á un precioso tronco de caballos bayos, y de esta berlina bajó don Salvador Verdemar.

—¡Calla!—se dijo uno de esos mártires que hablan en Bolsa de millones sin tener una peseta.—Verdemar ha puesto coche... y un coche no se pone en Madrid sin añadir treinta mil reales al presupuesto.

Y exhalando un suspiro, añadió:

—¡Llegará!... ¡No hay duda que llegará!...

Efectivamente, don Salvador Verdemar tenía coche propio, lo cual da cierta respetabilidad á los hombres de negocios é inspira gran confianza á sus clientes. Concluiremos este boceto diciendo que Verdemar vivía en la calle Mayor en un entresuelo elegantemente amueblado, y tenía á su servicio un ama de gobierno de treinta y seis años de edad, bastante bien parecida, una cocinera y un muchachote de diez y nueve abriles para los recados y que hacía las veces de lacayo.

Doña Benita, así se llamaba el ama de gobierno, tenía gran confianza con su amo, sobre todo cuando se hallaban sin testigos, y sin duda por la antigüedad de sus relaciones era la única que le conocía verdaderamente á fondo en Madrid.

A pesar de esto, doña Benita, delante de la gente, nunca se tomaba la más pequeña libertad, y tanto el amo como la criada se hablaban de *usted* y con muchísimo respeto.

Entremos en su casa: serían las siete de la noche; don Salvador se hallaba saboreando á pequeños sorbos una taza de café, con esa delicia del hombre que ha comido bien y se dispone á hacer una buena digestión junto al grato calor de la chimenea, porque aquella tarde del mes de Noviembre había sido cruda y desapacible y la noche se presentaba peor.

Doña Benita, ayudada por José, quitaba la mesa, guardando la plata en el cajón del aparador y reprendiendo no pocas veces en voz baja al criado sus torpezas; pero como José era un muchacho sufrido y resignado con su suerte, á cada reprensión dirigía una sonrisa llena de mansedumbre al ama de gobierno, sonrisa muy á propósito para ablandar el corazón más empedernido.

Mientras tanto, don Salvador, con la cabeza reclinada perezosamente en la butaca, unas veces miraba al techo, otras cerraba los ojos y otras saboreaba un sorbo de café, dando una chupada al aromático tabaco que oprimía entre sus dedos.

A pesar de aquella calma aparente, de aquel bienestar inefable, podía notarse en el agente de negocios cierta inquietud, cierta impaciencia nerviosa que con frecuencia hacían estremecer su cuerpo.

Cuando el reloj dió una campanada y las saetas marcaron las siete y media en el horario, don Salvador se incorporó un poco en la butaca, y dijo, como si hablara consigo mismo:

—¡Es extraño!... ¿Habrá sucedido algo?

Y luego, levantando la voz, añadió, dirigiéndole la palabra al ama de gobierno:

—Pero ¿efectivamente no ha venido ninguna carta de Carabanchel?

—Ninguna,—contestó doña Benita, dirigiendo una mirada en derredor suyo para persuadirse que se hallaba sola con su amo.

—¿Has salido tú esta tarde de casa?—añadió Verdemar.

—No he salido en todo el día; he abierto por mi mano la puerta todas las veces que han llamado, porque ya sabes que yo nunca me olvido de los encargos que me haces.

—Ya lo sé, Benita, ya lo sé,—volvió á decir Verdemar, volviendo á arrellanarse en su butaca;—pero estoy esperando una carta de tanto interés, que me extraña no haberla recibido. Es indudable que algo sucede por allá...

Doña Benita miró con fijeza á su amo, y dejando asomar á sus labios una sonrisa de expresión indefinible, dijo:

—Válgame Dios, cuánto afán, cuánto interés te inspiran todos los asuntos, todas las cosas que vienen de Carabanchel.

—Ya lo creo,—dijo sonriéndose Verdemar;—ya sabes que me he propuesto ser millonario, y en Carabanchel precisamente es donde he descubierto la mina que me propongo explotar. ¡Oh! Te aseguro, Benita, que es un filón de oro muy capaz de satisfacer al más ambicioso.

—Dios lo quiera.

—¡Oh! Sí lo querrá, si no Dios, el diablo.

—Pues yo, que te quiero y que me intereso por tí, voy á darte un consejo: que no hagas ningún pacto con el diablo para hacerte rico, porque el diablo suele jugar muy malas partidas á sus consocios.

—¡Bah!

En aquel momento sonó el timbre de la puerta de la escalera. Benita y Salvador se miraron, y el ama de gobierno salió precipitadamente, volviendo al instante con una carta en la mano.

—Aquí está la carta de Carabanchel.

—¿Quién la ha traído?—preguntó Salvador, extendiendo la mano para coger la carta.

—Un criado, y dice que espera por si hay contestación.

—Benita, lleva una luz á mi despacho; supongo que estará la chimenea encendida.

—Sí,—contestó Benita, encendiendo un quinqué que se hallaba sobre el aparador, y saliendo después con él en la mano.

Verdemar abrió la carta, y apenas había leído algunos renglones, su semblante resplandeció con esos tonos alegres que trasmite á la sangre una buena noticia.

Luego se dirigió á su despacho, se sentó en el sillón de su mesa-escritorio, y volvió de nuevo á leer la carta sin fijarse en doña Benita, que de pié junto á la puerta se hallaba inmóvil con los ojos clavados en su amo.

La carta, que ni tenía fecha ni firma, decía así:

«Por fin se ha extendido el testamento.

»Ochenta millones de reales, sin contar las casas de Ma-

drid y de Carabanchel. Es una bonita fortuna que se dividirá entre los tres herederos, aunque injustamente repartida.

»Una cláusula dispone que si alguno de los herederos muere sin tener hijos, pasen los millones de la herencia á los que le sobrevivan.

»Esta cláusula se presta á muchos comentarios... Tú, que eres hombre de negocios, verás sin duda más claro que yo en este asunto.

»Veintisiete millones de reales valen la pena de pensar un poco; ven esta noche á verme.

»El portador de la carta es hombre de toda mi confianza.

»El enfermo muy grave, la muerte es segura; yo procuro permanecer todo el tiempo que puedo junto á la cabecera de su cama.

»Dime si vienes para esperarte.

»Quema esta carta.»

Una sonrisa satánica asomó á los labios de Verdemar, y doblando la carta y guardándola en uno de los cajones de la mesa, se dijo, hablando consigo mismo:

—¡Quemar esta carta!... Yo me guardaré muy mucho. Aunque está escrita con la mano izquierda para desfigurar la letra y no tiene firma, la guardaré con sus hermanas por si me hacen falta algún día.

Y luego, cogiendo un plieguecillo de papel sin timbrar, escribió desfigurando la letra esta sola línea:

«Iré esta noche.»

Luego colocó en un sobre el pliego de papel, y ya iba á tocar el timbre, cuando observó que Benita se hallaba en el despacho.

—¡Ah! ¿Estabas ahí?... Toma, dale esta carta al hombre que espera la contestación.

—Que ha sido corta, según parece.

—Ya lo creo; dos ó tres palabras.

—Cuanto menos se escribe, menos se compromete uno,—añadió Benita dándole vueltas á la carta, que no tenía nada escrito en el sobre.

—Yo no me comprometo nunca, ya lo sabes,—repuso Salvador;—eso queda para los tontos, para los hombres confiados; pero yo afortunadamente no lo soy; pero anda, anda, pues urge que llegue á su destino esa carta. Dile á José que avise al cochero, pues necesito á las diez en punto la berlina con un solo caballo, sin librea, y que lleve el revólver, porque iremos fuera de Madrid.

Benita, en vez de dirigirse hacia la puerta á cumplir las órdenes de su amo, avanzó un poco más hacia la mesa-escritorio, diciendo:

—¿Vas á salir con la noche que hace y fuera de Madrid?

—Sí, cuando se trata de hacer un bonito negocio no me detiene nunca el mal tiempo. Tengo precisión de ir esta noche á Carabanchel...

Benita avanzó otro paso hacia la mesa y dijo en voz baja:

—Salvador, desconfía de esa mujer; tiene una ambición desmedida y un alma perversa... El corazón me dice que te perderá.

—En tal caso puedes tranquilizarte, querida Benita, porque nos perderemos juntos. Pero anda, anda á entregar esa carta; no puedo perder el tiempo en oir pronósticos importunos.

—Sí, dices bien,—repuso Benita con amarga entonación;—de algún tiempo á esta parte mis advertencias desinteresadas, hijas del cariño que te profeso, te son enojosas. Voy á obedecerte, voy á entregarle la carta á ese hombre que espera; pero, créeme, Salvador, vas muy de prisa, y el que camina de prisa sin mirar adónde pone el pié, tropieza y cae.

—Basta, basta de advertencias: sal de aquí,—exclamó frunciendo el entrecejo Verdemar.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Benita, y moviendo con triste expresión la cabeza, dijo:

—Está bien, voy á cumplir las órdenes de mi amo; pero antes quiero decirle que yo también tengo mis derechos adquiridos y sabré reclamarlos cuando llegue la hora.

El ama de gobierno salió del despacho enjugándose los ojos.

—Se va haciendo insoportable,—se dijo hablando consigo mismo Verdemar.—Ve peligros por todas partes; si continúa así, será preciso poner remedio á sus impertinencias.

Verdemar cogió una cuartilla de papel y una pluma y se puso á hacer números, ocupación favorita de los adoradores del becerro de oro.

De vez en cuándo una sonrisa de satisfacción asomaba á sus labios, mientras que murmuraba en voz baja estas palabras:

—¡Veintisiete millones de reales!... Con un millón de duros un hombre como yo puede subir muy alto, tan alto, que el más alto no podrá tocarme los piés con las manos. Entonces podría emprender grandes negocios: empréstitos con el

gobierno, ferrocarriles, contratas de tabacos, etc., etc., y dejarme esos pequeños préstamos, que aunque me produzcan el ciento por ciento, dan muchos disgustos y no pocas mortificaciones al que los hace. Todo el mundo se fija y señala con el dedo al pequeño prestamista que lleva un real por duro á la semana, y le tritura y le hace pedazos, y algunas veces llega hasta escupirle á la cara; pero el que gana de un solo golpe una docena de millones con un empréstito, se le admira y se le aplaude, se le tiene como á un semidios, se cae de rodillas ante él y se le adora.

Cuando más engolfado se encontraba en sus sueños de ambición el agente Verdemar, como si un nuevo pensamiento brotara en su cerebro, se llevó las manos á la frente y añadió con desaliento:

—Pero es muy difícil, muy difícil que nos apoderemos de esos cuatro millones de duros; para ello se necesitaría borrar dos nombres del libro de los vivos, y ¿cómo sin comprometerse? Asunto es éste que necesito meditarlo con gran detenimiento.

Don Salvador se apretó las sienes con las manos y apoyó los codos sobre la mesa. En aquel momento se presentó José en la puerta del despacho con una tarjeta en la mano.

—¿Que haces tú ahí?—le preguntó Verdemar con enojado acento.—¿No has ido á avisar al cochero?

—No señor, porque estaba en la cocina, había venido á tomar órdenes y doña Benita le dió el recado.

—Pero ¿qué quieres?

—Esta tarjeta,—contestó el pobre José, extendiendo el brazo en dirección á su amo.

Y sonriéndose con su peculiar bondad, continuó:

—La ha traído el mismo interesado, y espera en la antesala.

—Pero, pedazo de animal, ¿le has dicho que estaba en casa?—preguntó Verdemar sin mirar la tarjeta.

—Sí señor.

El agente miró entonces la tarjeta, y haciendo un movimiento brusco con todo su cuerpo, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué casualidad!...

Y sonriendo de un modo malicioso, añadió:

—Dicen que el diablo, bajo distintas formas, suele muchas veces entrometerse en los asuntos de los hombres... ¿Será el diablo el que lo envía?..: ¿Y por qué no? De todos modos, sea el diablo ó la casualidad, bien venido sea.

Y levantando la voz, repuso:

—Que pase ese caballero. No estoy en casa para nadie; y te prevengo, José, que si cometes otra torpeza te despido de casa.

CAPITULO II.

Dios los cría...

Verdemar abandonó el sillón, colocándose de pié en medio del despacho como para recibir al dueño de la tarjeta, que no tardó mucho en presentarse en la puerta, exclamando:

—¡Querido Salvador!

—¡Esteban! ¿Tú en Madrid?

Los dos amigos se abrazaron, dándose algunas palmadas familiares en las espaldas.

—Sí, en Madrid, hace cuatro días, y por cierto que he entrado con mal pié en la villa del oso y el madroño.

—¿Y vienes á contarme tus cuitas?—le preguntó Verdemar riéndose.

—Vengo á proponerte un negocio.

—¿Negocio bueno?

—Negocio bueno; pero de los tuyos,—dijo Esteban soltando una carcajada.

Aunque las anteriores palabras fueron pronunciadas con

gran intención, Salvador se sonrió sin demostrarse resentido.

—Sentémonos, querido Esteban, y exponme tu negocio, por si me conviene. Son las nueve menos cuarto, puedo dedicarte una hora, pues á las diez me esperan en otra parte.

Los dos amigos se sentaron en dos butacas junto á la chimenea.

—Comienzo por decirte que necesito tres mil duros antes de veinticuatro horas,—dijo Esteban.

—La cantidad es lo de menos—añadió Salvador sin dejar de sonreirse—cuando la garantía es segura y el préstamo produce una ganancia regular.

—En cuanto á los intereses, puedes poner los que quieras: lo dejo á tu conciencia reconocida,—dijo Esteban riéndose;—tú sabes que nunca te he regateado, y no ignoras que en ocho ó diez años nos hemos comido entre tú, yo y algunos amigos la bonita fortuna que me dejaron mis padres.

—Poco á poco, Esteban, yo no tengo ningún remordimiento de haber devorado esa fortuna que heredaste.

—¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso? Tú has hecho conmigo lo que hacen los hombres de negocios, y bien sabe Dios que no te guardo el menor rencor; necesitaba, me prestabas, con más ó menos réditos, según las circunstancias; hoy necesito y vuelvo á buscarte.

—¿De modo que todas las esperanzas que abrigabas al emprender tu viaje á la Habana se han desvanecido?

—Poco á poco, querido Salvador, porque si de la Habana no traigo dinero, traigo en el corazón muy arraigada la esperanza de reponer con creces mi agotada fortuna, haciendo un brillante casamiento.

—¡Hola!... ¿Has vuelto loca de amor á alguna criolla millonaria?

—Algo hay de eso, y vengo á España por los papeles para casarme. Tú sabes que el apellido de mi padre suena á rico y á honrado en la Isla de Cuba. Don Esteban Terreño fué un armador de Cádiz que tenía cinco grandes buques de vapor en la carrera de la Habana; yo he tenido la debilidad de comerme uno tras otro esos cinco vapores en un banquete que ha durado diez años, sin producirme una mala indigestión, y tú también has disfrutado de ese banquete alguna que otra vez. Cuando fueron concluyéndose mis garantías, tú, como hombre prudente, me cerraste tu caja; pero en cambio, como buen amigo, ya que no me dabas dinero, me diste consejos: siempre es algo. Recuerdo el último. Vine una mañana á pedirte mil duros, y con un acento cariñoso y una entonación verdaderamente paternal, porque tú no pierdes nunca la buena forma, me dijiste, cogiéndome una mano: «Querido Esteban, te veo en mal camino y me aflige que un hombre de tus condiciones y de tu brillante educación no se detenga á reflexionar un poco sobre su porvenir. Te ruego que me permitas hablarte con franqueza, y te suplico que me perdones si involuntariamente te ofende algo de lo que voy á decirte: la amistad me obliga á ser severo contigo. Tú has derrochado en diez años una fortuna de más de ocho millones que te dejaron tus padres; la afición al juego te domina y te pierde. Aún estás á tiempo de reponer tu fortuna; en la Habana te quedan algunos créditos de tu padre por cobrar: vete á la Habana, porque allí el apellido que llevas tiene mucho crédito entre la gente rica. Además,

eres joven, valiente hasta la temeridad, buen mozo y con una educación brillante, y yo te aseguro que por tus prendas personales brillarás en la Habana como has brillado en Madrid. Pero si permaneces aquí sin dinero y desacreditándote, haciendo empréstitos, que con dificultad podrás satisfacer á su vencimiento, estás perdido».

Salvador Verdemar escuchaba á su amigo sin interrumpirle, fumando tranquilamente su cigarro, como el que no quiere aventurar ninguna palabra hasta encontrarse seguro de los planes de su interlocutor.

—Y efectivamente,—prosiguió Esteban,—tu consejo no era malo y lo acepté. Redactaste un suelto que se publicó en algunos periódicos, y en el cual se anunciaba al público que el elegante joven, encanto y delicia de la gran sociedad de Madrid, Esteban Terreño, hijo único del difunto armador gaditano del mismo nombre, pasaba á la Habana á realizar una parte de la gran fortuna que le había dejado su padre, añadiendo además el profundo sentimiento de la alta sociedad madrileña al perder, aunque no fuera mas que temporalmente, á un joven de las condiciones, etc., etc. Luego de esto me compraste por cuatro mil duros mi tronco de caballos, mi carruaje y los muebles de mi cuarto de soltero, con lo que hiciste un bonito negocio, y yo pude tomar pasaje en el primer vapor que con rumbo á la Habana salió del puerto de Barcelona.

—Y de seguro—dijo Salvador—que gracias al buen nombre de tu padre y al suelto que yo escribí é hice publicar en los tres periódicos más populares de Madrid, serías admirablemente recibido en la Habana.

—Así sucedió; todas las puertas de las casas más fuertes se abrieron ante mi paso, y al mes me hallaba admirablemente relacionado con lo más rico de la Habana; cobré con facilidad los créditos de mi padre; jugué con alguna fortuna; tuve un lance con un francés, á quien le suministré una estocada que le obligó á guardar cuarenta días cama, y aquí entra lo más importante de mi relato.

Esteban se detuvo, y Salvador, mirando el reloj, dijo:

—Te suplico que aligeres la narración todo cuanto puedas, pues ya te he dicho que tengo una cita para mí de la mayor importancia á las diez de la noche, á no ser que prefieras almorzar mañana conmigo y contarme con todos los detalles tu historia, y sin la menor prisa.

—¿Tan urgente es esa cita?

—¡Oh! Mucho... Además, se trata de una señora.

—¡Hola! ¿Es una cita de amor?

—¡Bah! Es una cita de millones,—añadió riéndose Verdemar,—y eso, querido Esteban, vale siempre mucho más que el amor.

—En fin, acepto el almuerzo de mañana para hablarte con más calma y detenimiento; pero ahora sólo te diré de paso que necesito algunos miles de duros para regresar á la Habana con mis papeles corrientes y los regalos de ordenanza, pues me hallo en vísperas de casarme con una mujer que me traerá en dote algunos millones de duros.

—¡Diablo!... ¿De duros?

—Sí, de pesos fuertes, como suena, querido Salvador.

—¿Y dónde has encontrado esa hermosa mina de oro?—exclamó Verdemar, brillándole los ojos de codicia.

—No la he encontrado, ha venido ella á buscarme,—repuso con petulancia Esteban.

—¿En la misma Habana?

—No, en un pueblecillo de las cercanías.

—¿Es joven?

—Diez y nueve años.

—¿Hermosa?

—El tipo perfecto de la criolla.

—¿Y el dinero que necesitas, con los intereses que convengamos, no tiene otra garantía que tu proyectado matrimonio con la criolla?

—¿Y qué más quieres?

Salvador guardó silencio, como si meditara, y luego, fijando los ojos en Esteban, añadió:

—¿Qué dinero necesitas?

—Cinco ó seis mil duros, que pueden convertirse para tí en diez ó doce mil antes de cuatro meses.

—No es mal negocio, si se realiza; sin embargo, tal vez mañana pueda yo proponerte otro negocio, haciendo caso omiso de la criolla millonaria, y si lo aceptas de buena fe, no tendré inconveniente en adelantarte la cantidad que necesitas sin obligación de devolvérmela nunca.

—¡Regalarme seis mil duros!... ¡Qué cosa tan extraña!

—Sí, regalarte ciento veinte mil reales en buenos billetes de Banco, sin necesidad de firmar pagarés ni otro documento de crédito, como si los hubieses ganado á una carta.

—Pero yo tendré que hacer algo en cambio de ese dinero.

—Naturalmente; no soy yo bastante rico para regalarle á un amigo treinta mil pesetas.

—¿Y ese algo se puede saber lo que es?

—Hoy no, mañana tal vez sí.

—¿Y podré yo hacerlo?

—¡Toma! ¿Quién lo duda? Lo has hecho algunas veces sin que te valiera un solo real; pero no me preguntes más, porque nada más puedo decirte en este momento. Precisamente la cita donde debo acudir esta noche á las diez se relaciona con el encargo que pienso hacerte; si aceptas mi almuerzo, mañana hablaremos sin prisa de tus asuntos y de los míos, y espero que continuaremos siendo buenos amigos.

—Nosotros, querido Salvador, nos conocemos lo bastante para no extrañarnos ni asombrarnos de ciertos negocios, pues siendo tuyos y míos, de seguro que serán primos hermanos.

Y Esteban, levantándose de su butaca, tendió una mano á Verdemar, añadiendo:

—Hasta mañana á las doce, querido Salvador, y no olvides que yo necesito dinero para volver á la Habana, y que cuando yo necesito dinero lo tomo sin reparar ni en los réditos ni en las condiciones, porque hace tiempo que busco mi conciencia por todos los rincones de mi cuerpo sin encontrarla.

Y soltando una ruidosa carcajada, repuso:

—Nada de escrúpulos: dinero, dinero y dinero, sin lo cual no se puede vivir en este pícaro mundo; no tengo por lo tanto inconveniente en hipotecarte el Palacio Real de Madrid ó todas las fincas de la Puerta del Sol.

—Hasta mañana, pues, querido Esteban.

—Hasta mañana, amigo Salvador.

Verdemar acompañó á su amigo hasta la puerta, y volviendo luego á entrar en su despacho, tiró del llamador de la campanill a.

Benita se presentó en la puerta.

—¿Está el coche?—preguntó Verdemar.

—Sí, acaba de llegar.

—Dame el gabán de abrigo y un sombrero hongo.

—¿Quieres que te acompañe?—preguntó Benita en voz baja.

—¿Para qué?

—Estaría más tranquila esperándote en el coche que aquí.

—No, no, quiero ir solo,—repuso Salvador, guardándose un revólver en el bolsillo de pecho de la levita.

El ama de gobierno le ayudó á ponerse el gabán, no sin exhalar un suspiro, que hizo decir á Salvador:

—Eres una tonta, por todas partes ves peligros; yo te aseguro que esta noche no corro ninguno.

—Lo confieso, Salvador, siempre que esa mujer te cita de noche, tengo miedo.

—¡Bah! ¿Qué sería de ella sin mí? Vive tranquila y deja que explote la mina.

—Es que tú sabes muchas cosas que á ella le importa que no las sepa nadie, y es muy mala; con verle la cara puede formarse su proceso.

—Sí, pero como yo le veo la cara y el alma al mismo tiempo, llevo una gran ventaja... Adiós.

Salvador estrechó la mano de su ama de gobierno, que le acompañó hasta la puerta de la escalera. El cochero, al ver á su amo, se quitó la gorra, inclinándose para oir la orden.

—Carabanchel de Arriba,—le dijo Salvador en voz baja;—te paras á la salida del pueblo, ya sabes dónde.

El caballo partió al trote. Verdemar se rebujó en su gabán, porque la noche estaba fría y desapacible, y acomodándose lo mejor que pudo en un rincón de la berlina, se entregó á sus sueños de ambición, pasatiempo siempre agradable para los hombres como él.

Durante unos tres cuartos de hora, ni el caballo dejó el trote ni Salvador sus meditaciones.

Por fin el coche se detuvo. Verdemar miró á través de los empañados cristales de la ventanilla, y reconociendo el terreno, abrió la portezuela.

—Tomás,—le dijo al cochero,—hace mucho frío, sería mejor que me esperaras en la posada que se halla á la entrada del pueblo; yo iré allí á buscarte.

Luego sacó el revólver del bolsillo de pecho de la levita y lo puso en un bolsillo exterior del gabán de abrigo, y emprendió á buen paso el camino que conducía á una casa de campo que, á pesar de la oscuridad de la noche, se distinguía á unos doscientos pasos de distancia, destacándose sus blancas paredes entre las sombras.

Verdemar caminaba de prisa, como el que conoce el terreno, pero dirigiendo miradas recelosas en derredor suyo, y con la mano derecha en el bolsillo donde guardaba el revólver, como el hombre dispuesto á defenderse de cualquier agresión.

Así llegó á la blanca tapia del jardín, y torciendo á la izquierda, á los pocos pasos se detuvo ante una pequeña puerta practicada en el muro.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil, con el oído junto á la cerradura de la puerta.

El silencio era profundo, la oscuridad impenetrable, y Salvador de vez en cuándo se estremecía á pesar de su gabán de abrigo forrado de pieles.

Por fin Verdemar se irguió, y dijo, hablando consigo mismo:

—Ya viene... Diantre, creo que á pesar de mi robustez y lo abrigado que voy, si permaneciera dos horas junto á esta tapia, mañana me encontrarían helado; pero afortunadamente Teresa tendrá una buena chimenea para que entre en calor.

Estas meditaciones fueron interrumpidas por un silbido melodioso y apenas perceptible que salía por el agujero de la cerradura.

Entonces Salvador arañó la madera de la puerta tres veces con las uñas, dando después tres golpecitos con los nudillos de la mano.

La puerta se abrió.

Una mujer, envuelta en un mantón negro, que la cubría la cabeza y la mayor parte del cuerqo, cerró la puerta tan pronto como entró Salvador en el jardín, y cogiéndole una mano, le dijo en voz baja:

—Yo te guiaré, la noche está muy oscura.

Verdemar siguió á aquella mujer, que comenzó á dirigirse hacia la casa, que se destacaba en medio del jardín velada por las sombras de la noche.

CAPITULO III.

El testamento.

Sin el menor tropiezo, Salvador y la mujer que le guiaba llegaron á la casa, entrando en una habitación del piso bajo, cuya puerta cerraron.

Una lámpara colgada del techo alumbraba agradablemente aquella pieza; en la chimenea ardía un buen fuego, y se gozaba de una temperatura primaveral.

Salvador exhaló uno de esos suspiros que bien pueden traducirse de esta manera: ¡qué bien se está aquí!

La mujer se quitó el mantón y lo arrojó sobre una silla, yendo luego á sentarse en una butaca junto á la chimenea, y señalándole otra á Verdemar para que la ocupara.

—Gracias, Salvador, gracias por haber accedido á mis súplicas en una noche tan cruda como ésta,—dijo la mujer, á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Teresa.

Verdemar hizo un movimiento de indiferencia con los hombros, sacó un cigarrillo de papel, y después de encenderlo, dijo:

—Efectivamente, Teresa, la noche no es la más á propósito para venir desde Madrid á esta solitaria casa; pero tú me necesitas, según parece, y aquí estoy, porque nuestro destino se reduce á vivir en grata armonía, si bien cubriendo las apariencias, hasta que Dios quiera.

—Es verdad, Salvador; pero tú sabes también que cuando llegue la ocasión yo no olvidaré ni tus consejos, ni los buenos servicios que me has prestado.

Salvador hizo un movimiento de aprobación con la cabeza, y como el que desea no perder tiempo, dijo:

—¿Duermen esta noche tus primos aquí ó en Madrid?

—En Madrid; por eso te he escrito citándote. Además, mis primos Diego y Jacobo encuentran mucho más atractivo en las diversiones que les proporcionan las noches madrileñas que en asistir á un pobre viejo enfermo, malhumorado y gruñón. Y sin embargo, mi tío no quiere conocer ciertas cosas: todo lo que mis primos hacen le parece bien, y lo que yo hago le parece mal; es una preferencia que me irrita.

—Por eso yo te aconsejo siempre la calma, la prudencia; pero vamos á nuestro asunto. ¿Conque por fin se hizo el testamento?

—Esta tarde á las cinco vino el notario,—añadió Teresa,—terminaron cerca de las siete, hora en que precipitadamente escribí la carta citándote.

—¿De modo que tú oiste las disposiciones testamentarias del enfermo?

—Oirlas era para mí de la mayor importancia. Cuando llegó el notario, mi tío se hallaba en el sillón de ruedas junto á la ventana que da al jardín. Me mandó colocar un velador

y un tintero, é hizo seña al notario para que se acercara; luego me dijo:

—Teresa, vete y cierra la puerta; que no entre nadie hasta que yo llame.

Yo obedecí: se quedaron solos, pero ya comprenderás que tenía gran interés en oir lo que hablaban, porque estoy decidida á amoldar mi conducta á la suya. Fuí á colocarme detrás de la cortina de la alcoba, entrando por la puerta de escape. Desde allí podía oir, y aun ver, sin que nadie me estorbara; pero por un momento temí que quedaran defraudadas mis esperanzas, pues mi tío sacó un papel del bolsillo de la bata, y entregándoselo al notario, le dijo:

—Estas son las cláusulas de mi testamento, mi última voluntad, que quiero que se respete después de mi muerte. Extiéndalas usted en debida forma, sin alterarlas en lo más mínimo.

Y luego, dirigiendo una triste mirada hacia el cielo, continuó:

—¡Qué triste es la vejez!... Sí, muy triste... tan triste como es hermosa la juventud. Mi médico asegura que estoy grave, y es preciso disponerse para el último viaje.

Mientras tanto, el notario leía junto á los cristales de la ventana la nota que le había entregado mí tío.

Cuando concluyó la lectura extendió sobre la mesa unos pliegos de papel sellado y comenzó á escribir con gran rapidez, como hombre práctico en su oficio.

La noche, mientras tanto, avanzaba. De pronto el notario dejó de escribir, y dijo:

—Será preciso que nos traigan una luz; apenas se ve.

Mi tío, que había dejado caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, y permanecía inmóvil con la mirada fija en el cielo, se incorporó y dijo:

—Es verdad; la noche avanza, y con la noche la melancolía de los pobres enfermos. Tenga usted la bondad de tirar del llamador de la campanilla.

Yo salí precipitadamente de la alcoba, y al llegar al corredor oí la campanilla. Entré en el gabinete.

—Teresa, manda que traigan una luz y acercadme el sillón á la chimenea; hace mucho frío.

Yo obedecí, saliendo luego á colocarme detrás de la cortina de la alcoba. Durante media hora no se oyó más ruído en el gabinete que el que producía la pluma del notario al correr sobre el papel. Cuando terminó su trabajo, dijo:

—¿Quiere usted oir, por si hay algo que enmendar?

—Lea usted,—contestó mi tío.

En aquel momento te confieso, Salvador, que tuve necesidad de apretarme el corazón con las manos para sujetar sus violentos latidos. Iba á saber por fin lo que tanto anhelaba, es decir, cuál era la fortuna de mi tío y cuál de los tres sobrinos era el predilecto. Tenía sobrados motivos para sospechar que no era yo la favorecida, y por nada del mundo hubiera yo abandonado en aquel instante el sitio que ocupaba.

El escribano comenzó la lectura en voz baja, aunque clara y reposada, que me permitía oir perfectamente sin perder una sílaba.

Después de los preliminares de rutina de todo testamento llegó á las cláusulas, que era lo que á mí me interesaba. Mi tío declara en su testamento que posee una fortuna de ochenta

millones de reales en acciones del Banco de España, de París y de Londres, y además una casa en Madrid en la plaza de la Independencia, y esta quinta de Carabanchel con su mobiliario. Deja esta fortuna á sus tres sobrinos carnales Diego y Jacobo Robledano y Teresa Sánchez de Robledano.»

Teresa se detuvo, miró á Salvador con fijeza, se sonrió de un modo extraño, y luego volvió á decir:

—Pero mi señor tío no ha creído conveniente repartir por igual entre sus tres sobrinos esos cuatro millones de duros, y los divide del modo siguiente: treinta y siete millones de reales para Diego, otros treinta y siete para Jacobo, y seis, óyelo bien, Salvador, seis para Teresa; es decir, la sexta parte de lo que les deja á mis primos. Esta casa en que nos hallamos, con sus muebles, sus coches y sus troncos de caballos, se la deja á Diego, como asimismo la de Madrid, que es el heredero predilecto. ¿No es verdad, querido Salvador, que mi tío no ha sido justo repartiendo de este modo su fortuna?

Y en los delgados labios de Teresa se acentuó una sonrisa que tenía mucho de amenaza.

—No por cierto; pues si alguno de los sobrinos merece ser mejorado en el testamento ¿quién con más razón que tú, que te hallas á su lado sufriendo sus impertinencias y cuidándole en su larga y penosa enfermedad?

—Sin embargo, ya lo ves; me posterga, me rebaja á los ojos de mis primos y de todas cuantas personas me conocen y me tratan, porque mi buen tío, aunque hace doce años que ha muerto mi padre, no ha olvidado todavía el rencor que le profesaba, y se venga en su hija. ¡Ah! Si hubiera muerto sin testar,—volvió á decir Teresa bajando la voz,—la herencia

se hubiera repartido por igual entre sus herederos... Pero tú te has opuesto siempre á las violencias, y hoy recibimos el pago.

Teresa estaba pálida, pero con esa palidez lívida, cadavérica de la envidia, que con frecuencia imprime ciertas manchas amarillentas en la epidermis.

Teresa era una mujer de treinta y cuatro años, sumamente delgada, de color cetrino, labios delgados y boca hundida; su frente ancha, desproporcionada, ojos pequeños, pardos y tristes, y un asomo de cejas, que era preciso mirarla muy de cerca para observarlas. Era una de esas mujeres que no tienen que agradecer nada á la naturaleza. Su rostro demacrado, su mirada fría, no inspiraban otro sentimiento que la indiferencia; era, en fin, una de esas mujeres vulgares cuyo exterior nada dice, pero que encierran un alma ambiciosa y un corazón devorado por la envidia.

Hasta la edad de los treinta y tres años jamás hombre alguno le había dirigido una palabra de amor, ni siquiera una de esas frases galantes á que obliga muchas veces la cortesía en sociedad.

Carácter reconcentrado, imaginación poderosa para el mal, había visto pasar por delante de ella, devorando en silencio sus amarguras y las esperanzas de su corazón, esa primavera tan hermosa de la mujer bonita, que comienza á los quince años y termina á los treinta y dos.

Sus oídos estaban vírgenes á ese dulce murmullo que producen las palabras de unos labios enamorados. Había visto casarse á muchas amigas suyas, y como Teresa era pobre, solía decirse:

—Si yo fuera rica también me casaría.

¡Ah, pobre mujer!... Ella esperaba encontrar el amor con algunos millones, y el amor que engrandece el alma y llena de felicidad el corazón no se compra con dinero, porque el amor que se compra es sólo la comedia del amor, que produce hastío, que cansa, que fatiga, que desaparece al fin.

Cuando Teresa quedó huérfana de padre y madre tendría unos diez y ocho años de edad, y vivía sin carecer de nada, aunque modestamente, en casa de una buena señora amiga de su madre.

Su tío don Mateo de Robledano, que se hallaba entonces en América, le pasaba una pensión de doce mil reales al año.

Andando el tiempo, don Mateo, cargado de millones, de achaques y de años, regresó á España, se estableció en Madrid y se llevó á su sobrina Teresa á su casa.

Esta nueva y ventajosa posición devolvió la esperanza á Teresa, pues era la sobrina carnal de un hombre que no tenía hijos y á quien se le suponía millonario con fundado motivo.

Pero la vida retirada y modesta de don Mateo de Robledano no era la más á propósito para que se realizaran los deseos de Teresa, pues su tío no se trataba mas que con hombres de negocios, y entre ellos conoció á don Salvador Verdemar.

Y, cosa extraña, Verdemar y Teresa simpatizaron, como si ambos hubieran adivinado sus almas, como si hubieran leído en sus corazones; y es que los dos deseaban llegar á poseer una gran fortuna sin reparar en los medios.

Verdemar, sospechando por algunos negocios y compra de papel que le había encargado el habanero señor Robleda-

no, que debía tener muchos millones y que su sobrina recibiría una gran parte de ellos en herencia, procuró captarse las simpatías de Teresa, pensando que, aunque poco favorecida por la naturaleza, bien podía un hombre arriesgarse á darle la mano de esposo si heredaba al rico habanero, como llamaban en Madrid á don Mateo.

Don Salvador Verdemar era de esos hombres que defienden la teoría de que la mujer propia debe ser fea, pero limpia, honrada y rica, porque una mujer propia bonita, elegante y coqueta suele ser causa muchas veces de grandes perturbaciones en el matrimonio.

Cuando los achaques del señor Robledano se exacerbaron y los médicos le aconsejaron que viviera en el campo, Verdemar fué el encargado de buscarle una buena finca, situada en los alrededores de Madrid, y compró por diez y seis mil duros una preciosa casa de campo en Carabanchel Alto, que además de ser un edificio de nueva construcción, con todas las comodidades apetecibles, tenía un hermoso jardín de seis fanegas de tierra.

A esta finca se trasladó con su sobrina y su servidumbre por el mes de Abril el viejo millonario, y allí había pasado el verano, esperando restablecerse, y allí le había sorprendido el invierno sin experimentar ninguna mejoría en su salud.

Salvador Verdemar, que entraba y salía en la casa con alguna confianza, creyó muy conveniente para su porvenir captarse las simpatías de Teresa, y hombre poco delicado en cuestión de gusto tratándose de mujeres, vió en la sobrina del rico habanero la resolución del más hermoso de los problemas.

Desde aquel instante procuró ganarse el corazón de Teresa, y como Teresa necesitaba un aliado, no le fué difícil conseguirlo.

En resumen: Verdemar hizo una declaración en toda regla á la sobrina de don Mateo, y desde ese día puede decirse que quedó sellada entre los dos la alianza.

Teresa y Salvador solían verse algunas noches en el jardín de la casa de campo de Carabanchel, y en sus entrevistas, más que de amor, se hablaba de la fortuna del pobre enfermo; bien es verdad que aquellos dos amantes preferían la aritmética al arte de amar de Ovidio. Pero dejemos por ahora estos detalles, y volvamos á reanudar el interrumpido relato de Teresa.

—Pues sí, mi querido Salvador, mi buen tío, que según tengo entendido odiaba á mi padre, me ha hecho el agravio de postergarme, de humillarme en su testamento en pago de los servicios que le he prestado y que le estoy prestando. No se concibe esa desigualdad de las cláusulas de su testamento, y te confieso que soy bastante altiva para haber preferido el que me hubiera desheredado.

Y Teresa, mirando con fijeza á Verdemar, añadió:

—¿No encuentras tú injusta su conducta?

—Injusta á todas luces; tus primos Diego y Jacobo tienen una carrera concluída, y no comprendo, como no comprendería ningún espíritu justo, que se les mejore en el testamento de un modo tan notable. Una mujer, una huérfana como tú, que vive esclava y sacrificada y sufre con resignación las impertinencias de un enfermo, merece que se le tengan toda clase de consideraciones cuando llega la hora de la recom-

pensa. Tu tío no lo ha hecho así, tanto peor para él, porque en la hora de la muerte todo hombre debe ser justo.

—Me alegro, querido Salvador, que estemos de acuerdo sobre este punto, y continúo. Pues en el testamento de mi tío hay una cláusula que se presta á la meditación de dos personas como nosotros y que puede abrirnos un ancho campo para lo porvenir.

Y al decir esto, los ojos de Teresa, generalmente adormecidos, brillaron de un modo irresistible.

—La cláusula dice así, pues he procurado retenerla en la memoria, creyéndola de mucha trascendencia,—añadió Teresa:—escucha. «Es mi voluntad irrevocable que si alguno de mis sobrinos muere sin tener hijos legítimos, le hereden los que le sobrevivan, aunque el muerto sea casado, en cuyo caso se le capitalizará á la viuda la renta de tres mil reales mensuales para sus alimentos mientras viva.

—¡Ah! He ahí una cláusula—exclamó Salvador—que efectivamente, como tú dices, se presta á la meditación, porque si por una casualidad Diego y Jacobo de Robledano, que hoy son solteros, murieran, tú heredarías la fabulosa fortuna de cuatro millones de duros y esta finca y la de Madrid, que con el rico mobiliario que encierran, valen más de doscientos mil duros.

Y Verdemar, haciendo un gesto expresivo, añadió:

—Bonita herencia, Teresa, una herencia que te permitiría brillar en Madrid como una reina y tener en derredor tuyo una corte de adoradores.

—Herencia que yo estoy dispuesta á partir contigo,—repuso Teresa, dejando asomar á sus delgados labios una de

esas sonrisas frías, penetrantes como la punta de un puñal.—Ayúdame, pues, á que mis queridos primos ni se casen ni tengan hijos, y nuestros sueños podrán realizarse.

Aquí hubo una pausa. Teresa y Salvador se miraron como si adivinaran sus pensamientos; pero ambos á dos guardaron silencio, como si temieran traducir á palabras las ideas que cruzaban por su mente.

Por fin Teresa, más audaz que su amante, dijo:

—Pudiera suceder que esa cláusula que mi bueu tío ha consignado en su testamento tuviera aplicación, se realizara, porque según tengo entendido, mi primo Diego es un pendenciero, una especie de Quijote, que además de ser aficionado al juego, vive en el mundo defendiendo malas causas; y en cuanto á mi primo Jacobo, es un abogado fatuo, que también tiene la debilidad de ir perdonando vidas por la tierra, y tú sabes, querido Salvador, que esta clase de hombres suelen encontrar cuando menos se lo piensan la horma de su zapato.

—Lo cual sería una fortuna para tí,—añadió Salvador, adivinando el pensamiento de Teresa.

—Di más bien para los dos, porque nuestra alianza nos obliga á la comunidad de nuestros bienes.

—¿Sabes, Teresa, que sería una casualidad bienhechora el que tus dos primos dejaran de existir?

—No me desagradaría poseer una fortuna de cuatro millones de duros, y si algún hombre de firme voluntad y corazón sereno se interesara por mí, ayudándome á realizar ese buen negocio, le demostraría que no soy ingrata.

—¡Quién sabe! Tal vez exista ese hombre,—contestó Verdemar sonriéndose.

—¡Ah! Pues si tú lo encuentras,—repuso Teresa, entrando de lleno en el delicado asunto que les ocupaba,—entiéndete con él, sin que te duelan prendas, porque el negocio es de tal importancia que no se debe regatear.

—Conozco á un hombre, que ni de encargo podríamos encontrar otro más á propósito que él; reune todas las circunstancias que necesitamos; pero me temo que al proponerle el negocio tenga grandes exigencias.

—Pues bien, háblale, entérate; sepamos qué es lo que quiere.

—Tal vez exija,—añadió Salvador, que siempre trabajaba por cuenta propia,—tal vez exija para librarte de los dos primos la mitad de la fortuna que don Mateo de Robledano consigna en su testamento.

—¡Oh! Eso es mucho.

—Sí, efectivamente, cuarenta millones de reales son mucho dinero; pero, querida, medita un poco este negocio; la comisión es grave, porque ya comprenderás que no ha de librarse de Diego y de Jacobo cometiendo un asesinato vulgar de esos que indignan á la opinión pública y que castiga el Código con un patíbulo. Mi hombre, en el caso de que acepte el negocio y nos entendamos, buscará cara á cara á los herederos de don Mateo, y con un pretexto que nada tenga que ver con la herencia, procurará ponerse enfrente de ellos con un arma en la mano; es decir, tendrá dos desafíos á muerte, arriesgará dos veces su vida, sin que para nada se mezcle en ello tu nombre ni se conciba la menor sospecha.

Salvador guardó silencio; Teresa le miraba con cierta inquietud febril.

—¿Y ese hombre es diestro en el manejo de las armas?—preguntó.

—Como ninguno.

—¿Es valiente?

—No ha conocido nunca el miedo.

—¿Sería una indiscreción preguntarte su nombre?

—Te lo diré tan pronto como me ofrezcas concederme lo que pido.

—La proposición merece meditarse, y te suplico que me concedas cuarenta y ocho horas.

—Te concederé todo el tiempo que quieras; pero yo, por mi parte, querida Teresa, también tengo que imponerte algunas condiciones.

—¡Tú!...

—Es claro, porque como agente en este delicado negocio no dejo de arriesgar algo, y quiero en recompensa tener la seguridad de que serás mía, de que podré en breve llamarte mi esposa.

—¿Dudas de mi palabra? Seré tu esposa y partiré contigo mi fortuna.

—Entonces yo te respondo de mi recomendado, pues es hombre que va siempre recto al negocio sin que le detenga nada.

—Querido Salvador,—dijo Teresa con resolución,—yo creo que nosotros debemos hablar con entera franqueza.

—¡Quién lo duda! Así adelantaremos más terreno; desde el momento que tuve el gusto de leer la carta que me escribiste esta tarde, concebí la idea de librarte de los predilectos herederos de don Mateo, y confío que esta idea se realice para

que doña Teresa Sánchez de Robledano herede cuanto antes á sus primos hermanos Diego y Jacobo.

Y Salvador, sonriéndose, continuó:

—Siempre es honroso reparar las injusticias que cometen los hombres; ten en mí confianza.

—Pues bien, franqueza por franqueza: me ha indignado la injusticia de mi tío, y es ya una cuestión de honra el que mis orgullosos primos no se rían de mí. ¿Quieres ayudarme?

—Con el alma y la vida.

—Entonces, no perdamos el tiempo: habla con ese hombre, ofrécele lo que quieras, entiéndete con él, yo acepto todo lo que tú hagas; defiende mis intereses como si fueran tuyos, porque real y efectivamente lo son. He aquí mi mano.

—Aquí está la mía.

Y Teresa y Salvador se estrecharon las manos con verdadera satisfacción.

Aquellos dos malvados, que se habían adivinado, se unían para robar una millonada de reales sin que sus conciencias tomaran la menor parte.

—Desde mañana comenzaré á preparar el terreno,—añadió Verdemar.

Y luego, con un cinismo propio tan solo de un hombre falto de sentido moral, volvió á decir:

—¿Cuánto tiempo crees tú que vivirá el enfermo?

—Su mal no tiene cura, según la opinión de los facultativos; pero con gran esmero y un cuidado extremo en la asistencia *tirará un poco más,* como se dice vulgarmente. De modo que es muy difícil que llegue á últimos de Diciembre y estamos á fines de Noviembre.

Salvador hizo un gesto de disgusto.

—¿Te parece muy larga la fecha, no es verdad?—preguntó Teresa.

—Es que mañana probablemente se me presentará una buena ocasión para librarme de uno de los dos herederos.

—Pues bien, si se presenta,—exclamó Teresa sin ocultar su alegría,—se aprovecha y asunto concluído; siempre será uno menos para el reparto.

—Sí, pero debemos tener presente que la muerte de Diego ó de Jacobo podía ser causa de que el enfermo dictara otro testamento.

—Es verdad.

Aquí hubo una corta pausa.

—Es verdaderamente una lástima que la agonía de ese buen señor se prolongue tanto,—dijo Verdemar, como si hablara consigo mismo.—En fin, yo iré preparando el terreno, y si tú me autorizas volveré mañana por la noche.

—Debemos evitar, querido Salvador, sobre todo en estos momentos, que se repitan nuestras entrevistas; no temo á los criados, porque están de mi parte, menos uno: el mulato Pancho, que trajo mi tío de la Habana; pero á ése le toca esta noche de guardia junto al enfermo y no hay miedo que se separe de su lado. Mañana me toca á mí la guardia.

—Entonces vendré por la tarde á enterarme, como amigo, de la salud de don Mateo.

—Sí, eso es mejor; si ocurre alguna novedad no nos faltará un momento para que nos la comuniquemos; y ahora, querido Salvador, vamos á separarnos, tengo que subir arriba antes de acostarme, y es muy tarde.

Teresa tendió una mano á Verdemar, y éste al mismo tiempo rodeó con su brazo la cintura de su prometida, depositando un beso en su frente.

Aquel beso causó un fuerte estremecimiento al cuerpo de Teresa.

Era tal vez el primero que un hombre le había dado.

—Querida Teresa, te ruego me perdones el beso que he depositado en tu frente, pues desde esta noche te miro como mi prometida esposa.

La contestación de Teresa fué un suspiro.

Luego salieron al jardín y llegaron á la pequeña puerta de la tapia cogidos de las manos.

Allí el agente de negocios creyó oportuno dedicar algunas palabras cariñosas á aquella mujer, con la que acababa de sellar un pacto infame, y besándole segunda vez en la frente, dijo:

—Hasta mañana, mi querida Teresa.

—Hasta mañana, querido Salvador.

Teresa cerró la puerta. Verdemar, después de levantarse hasta las orejas el cuello del gabán, se dirigió hacia el pueblo en busca de su coche, pensando con gran satisfacción que aquella noche había hecho el negocio más importante de su vida.

CAPITULO IV.

Los dos amigos.

Al día siguiente de los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, á las once en punto de la mañana, se presentó en casa del agente de negocios don Salvador Verdemar su amigo Esteban Terreño.

Digamos nosotros cuatro palabras de este personaje, que ha de tomar una parte bastante activa en el trascurso del relato que nos ocupa.

Esteban, como creemos haber indicado antes, era un hombre de treinta y dos años de edad, alto, bien formado, de hermoso rostro y mirada enérgica, con una frente que no carecía de nobleza y unos ojos negros llenos de fuego. En una palabra, Esteban Terreño era lo que en el lenguaje familiar se llama un buen mozo, de esos que van por el mundo enloqueciendo á las mujeres sensuales y *perdonando la vida á los hombres*.

Hijo único de un armador de Cádiz, que hacía el tráfico

con la Isla de Cuba, había recibido una brillante educación, de esas en que no se olvida nada.

La esgrima, la equitación, la gimnasia, la música, la pintura, todo habían procurado enseñárselo con buenos maestros al joven heredero del señor Terreño.

—Quiero que Esteban sea un hombre perfecto, un cumplido caballero, de esos que ocupan siempre un lugar preferente en la alta sociedad, que brillan en el mundo y se levantan un codo sobre el nivel vulgar de sus contemporáneos.

Esto decía el padre á sus amigos, añadiendo:

—Yo soy bastante rico para que mi hijo no necesite trabajar, y sólo siento no dejarle con mi fortuna un título de conde ó de marqués; pero si vivo algunos años aún espero conseguirlo, y entonces moriré satisfecho y contento de mí mismo.

La madre de Esteban estaba en todo conforme con las apreciaciones y los deseos de su marido, y al ver á su hijo tan hermoso, tan fuerte, tan ágil, tan seductor, exclamaba, con ese embeleso propio de los corazones maternales:

—¡Quién sabe!... Tal vez mi Esteban llegue á ser conde ó marqués, porque después de todo, por sus merecimientos y por sus condiciones particulares merece ser rey.

Esteban seguía la carrera de leyes por puro lujo, pero era un mal estudiante, el peor de toda la clase; así como era el primero en el salón de armas, en el picadero y en el gimnasio.

Así las cosas, y cuando Esteban apenas contaba veinte años, ese terrible azote llamado cólera morbo asiático se presentó de pronto en Cádiz, y las dos primeras víctimas fueron el señor y la señora de Terreño.

Esteban quedó huérfano y heredero absoluto de la fortuna de sus padres.

Pero ¿qué fortuna era la de sus padres?... ¿A cuánto ascendía?... La verdad es que Esteban lo ignoraba, porque nunca se había ocupado de otra cosa que de gastar el dinero alegremente, satisfaciendo sus caprichos y alimentando sus locuras.

La vida de calavera rico y protegido por unos padres excesivamente condescendientes no le dejaba tiempo mas que para divertirse. Pensar en números, proporcionarse quebraderos de cabeza un muchacho de diez y nueve años, un estudiante que tiene asegurados en Madrid doscientos duros mensuales, hubiera sido una estupidez, un contrasentido.

Nadie en la Universidad Central fumaba mejores cigarros que Esteban. Eran siempre legítimos de la Habana, como que se los traían los vapores de su padre. Muchas veces á Esteban se le concluían antes del día 15 los doscientos duros que tenía asignados para sus gastos de estudiante, y en estos casos su buena madre le enviaba una libranza de cuatro mil reales para que pudiera llegar con todo desahogo al día 30 del mes.

Esteban tenía un buen caballo de silla de raza cordobesa, un turno de butaca en el Real y otro en el teatro Español; era socio del Casino de Madrid, y frecuentaba los salones de la alta sociedad, como todo joven rico y elegante que tiene un guardarropa bien provisto y una hermosa voz de barítono.

Con estas condiciones, la vida de estudiante que Esteban hacía en Madrid era alegre y entretenida, no le daba tiempo para aburrirse, si bien es verdad que Esteban era reprobado

todos los años en el examen, y llevaba cuatro estudiando el segundo año de leyes; es decir, estudiando sin mirar los libros y acudiendo lo menos posible á la clase.

Esto causaba algún pequeño disgusto á su padre cuando en la época de las vacaciones iba á Cádiz á pasar una temporada con la familia; pero como Esteban estudiaba por puro adorno la carrera de leyes, el padre se desenojaba pronto, sobre todo viendo á su hijo montar á caballo, tirar al florete, á la pistola y tocar el piano con tanta maestría que era la admiración de todos y el regocijo de sus padres.

Esteban, irreprochable en lo físico, era en lo moral un sér perverso y terrible. Su corazón se conmovía poco, ni ante las lágrimas de las mujeres que habían creído en sus promesas y se veían burladas, ni ante los peligros, pues era temible con un arma en la mano; tan admirablemente las manejaba todas y con tan perversa intención las esgrimía contra sus contrarios, que llegó á adquirir fama de tener mala mano para los desafíos.

Bien es verdad que para Esteban un desafío, uno de esos lances de honor en que dos hombres muchas veces por una cosa baladí arriesgan la vida, era para Terreño un pasatiempo.

Muchas veces, cuando sus amigos íntimos le reprendían su demasiada confianza en los desafíos y la facilidad con que los abordaba y los aceptaba, decía con alegre entonación:

—¡Bah! Yo tengo algo del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla:

pues nunca me imaginé
que pudo matarme á mí
aquel á quien yo maté.

Mientras fué rico y pudo derrochar el dinero á manos llenas, todo lo que llevamos indicado eran méritos personales que le enaltecían á los ojos de sus amigos, pues hasta entonces la imperiosa necesidad, la escasez, no le habían obligado á hacer ciertas canalladas que luego hizo.

Así las cosas, aconteció, como hemos dicho, la inesperada muerte de sus padres, y Esteban se vió de improviso y cuando menos lo esperaba, dueño de una inmensa fortuna.

El jefe de las oficinas del armador Terreño, hombre encanecido en el trabajo y honrado á toda prueba, le aconsejó á Esteban que continuara explotando el negocio del mismo modo que su padre; pero Esteban aborrecía los números, y dispuso que se vendieran los vapores y se realizaran todos los créditos de la casa, pues había resuelto establecerse en Madrid.

El honrado don Cosme, jefe de las oficinas del armador, estaba acostumbrado á obedecer, é inclinó la cabeza ante las órdenes del nuevo amo, á quien había visto nacer.

La realización no era cosa fácil ni del momento: se necesitaba esperar alguna oportunidad ventajosa para la casa, pues no se venden cinco vapores, de dos mil y pico de toneladas cada uno, en el punto y hora que á su propietario se le antoje.

Esteban dió amplios poderes á don Cosme, y se trasladó á Madrid, estableciéndose en un elegante cuarto de soltero con todo el lujo del que es rico y no le duele gastar el dinero.

Lo que le sucedió á Esteban fué la historia de siempre, lo que les sucede á muchos hijos de familia que de pronto se encuentran dueños absolutos de la fortuna que lograron re-

unir sus padres á fuerza de trabajo, de economía y de perseverancia; es decir, arruinarse más ó menos pronto sin haberse fijado ni un solo momento en el valor de un duro cuando se carece de él.

Cuando estos hijos pródigos quieren detenerse y reflexionar es tarde, pues desgraciadamente, ninguno de ellos escarmienta en cabeza ajena.

A Esteban los millones de su padre le duraron escasamente diez años, luego vivió del crédito y de la trampa otros dos años, y por fin se fué á la Habana, siguiendo los consejos de Salvador Verdemar, que tantas veces le había explotado.

Después de esto, aunque algo más podríamos decir de Esteban, vamos á encontrarle en el comedor de Verdemar tomando café, saboreando una copa de coñac y fumándose un tabaco habano.

Durante el almuerzo, como el criado entraba y salía con los platos y doña Benita el ama de gobierno hacía lo mismo, los dos amigos hablaron de cosas insignificantes; pero al terminar el almuerzo, cuando se quedaron solos, comenzó el diálogo del modo siguiente:

—Vamos, hablemos ahora de tu prometida,—dijo Verdemar,—de esa hermosa criolla que has encontrado en la Habana y que tiene, según dices, una gran fortuna.

—Aquélla es la tierra del oro,—respondió Esteban:—allí no se conoce la calderilla, esa moneda que ensucia la mano y que con su poco armonioso sonido pregona la pobreza. Recuerdo, querido Salvador, que la primera vez que fuí á visitar á mi futuro suegro don Candelario Nogales era el cumpleaños de la niña Angustias.

—¿Tu futura esposa?—preguntó riéndose Salvador.

—Sí. Pues bien, se hallaban reunidas con el mismo objeto unas cincuenta personas en el gran salón de la casa de campo de don Candelario Nogales, cuando de pronto vimos entrar al dueño de la casa seguido de un negro que llevaba una enorme bandeja de plata llena de onzas de oro. Te confieso que ante el brillo de aquel montón de peluconas quedé fascinado, sin explicarme por qué nuestro anfitrión las presentaba á nuestros ojos.

—Señores,—dijo el dueño de la casa en voz alta,—vamos á jugar un rato antes de comer á la *banca*, y como alguno de ustedes puede haberse venido sin dinero, puede coger el que quiera de esta bandeja.

Yo estaba absorto—añadió Esteban—ante aquella generosidad, nueva para mí, y recordando las casas de juego de España, en donde si un *banquero* loco hubiera tenido valor para hacer semejante ofrecimiento indudablemente las onzas de la bandeja, la bandeja y el mismo negro hubieran desaparecido en un *santiamén* entre las uñas de los invitados.

—¿Y qué hicísteis vosotros?—preguntó Salvador con interés.

—¡Pásmate, asómbrate! Ni una sola mano se extendió hacia la bandeja para coger las codiciadas onzas de oro, y don Candelario mandó al negro que dejara la bandeja sobre una mesa, con la misma indiferencia que si se hubiera tratado de una petaca llena de cigarros.

—¿Y tú tampoco cogiste ninguna?

—Tampoco; aunque te confieso que se me pasaron grandes ganas de llenarme los bolsillos de aquellas seductoras

peluconas, que tan raras van siendo en España. Pero qué quieres, yo estaba haciendo méritos para conquistarme las simpatías de la hermosa criolla cuyo padre con tanto desprecio miraba el oro.

—Pero ese don Candelario ¿es hijo de algún príncipe indio?

—Nada de eso; su padre llegó á la Habana sin más que lo puesto, como suele decirse; pero con una salud, unos pulmones y unas espaldas de atleta; era un gallego de esos que salen de su tierra con la idea fija de hacerse ricos, y lo consiguen á fuerza de trabajos y economías. Comenzó siendo cargador en el muelle, luego, cuando tuvo reunidas algunas onzas, puso un bodegón; de bodegonero se hizo comerciante ambulante. Se cuenta de él que en una época que había gran escasez de trigo en la Habana, y se esperaban unos buques de los Estados-Unidos cargados de harina, fletó un falucho sin más tripulación que tres hombres, y se metió mar adentro en busca de las embarcaciones norte-americanas, sin decir adónde iba; las encontró y les compró todo el cargamento que llevaban al precio corriente del viaje anterior, ganando algunos millones con aquel negocio, con gran aplauso de todo el mundo. Ya comprenderás, querido Salvador, que un hombre de las condiciones del padre de mi futuro suegro, y á últimos del siglo pasado, debía irremisiblemente hacerse archimillonario en la Habana, porque á su carácter emprendedor se unía una suerte loca, realizando en todos los negocios mayor ganancia que la que se había propuesto al concebirlos.

Y Esteban, riéndose de un modo expansivo, añadió:

—De modo que si yo logro casarme con la criolla An-

gustias, única heredera de la inmensa fortuna de su padre, bien puede decirse que acabaron para mí las estrecheces y las cavilaciones.

—Pero ¿estás seguro de conseguir esa rica mina de oro?

—Tengo todas las seguridades que pueden apetecerse tratándose de una mujer, pues como tú sabes, generalmente la mujer es enemiga de la consecuencia, y suele variar con gran facilidad. Ella jura que me ama, su padre se muestra fino, obsequioso conmigo, y dice que la dejará casarse con aquel que ella elija; yo, con estas seguridades, con estas garantías, he regresado á España en busca de los papeles necesarios para casarme, pero...

Esteban se detuvo y miró con fijeza á Verdemar.

—¡Hola! ¿Tenemos un *pero?* Malo es tropezar con esa conjunción adversativa, que puede echar abajo todas tus esperanzas; te suplico, por lo tanto, que me expliques ese *pero.*

—Confieso que soy un hombre incorregible: he ahí explicado el *pero* que te sobresalta,—repuso Esteban riéndose.—Salí de la Habana, llevando en buenas letras de cambio más de quince mil duros, cantidad suficiente para realizar con desahogo todos mis planes, que se reducían á la compra de algunos regalos para la novia y el pequeño gasto de los papeles indispensables, regresando á la Habana inmediatamente; pero anteanoche tuve la mala ocurrencia de entrar en la sala de juego del Casino, comencé por *apuntar* un billete de dos mil reales, luego otro de cuatro mil, y cuando lo recordé, había perdido quince mil pesetas, es decir, todo lo que llevaba encima.

—Siempre lo mismo.

—Sí, lo confieso, siempre lo mismo; el juego me domina; pero aún no he concluído: buscando la revancha, que generalmente es la perdición de todos los jugadores, me dirigí al hotel de París, donde me hallo alojado, y regresé al Casino con cuatro mil duros más, que perdí en menos de una hora... En fin, chico, reasumiendo: á las seis de la mañana había perdido todo mi capital, exceptuando algunas monedas de oro que me quedaban en el bolsillo del chaleco y que he tenido la virtud de no jugar. Ya puedes comprender mi situación, y si tú no me salvas no me queda otro recurso que levantarme la tapa de los sesos, porque yo no sirvo para pobre.

—¡Salvarte!...—exclamó Verdemar.—Dispensa la franqueza, querido Esteban, pero ella me obliga á decirte que es bastante difícil salvarte.

—¡Cómo! ¿Serías capaz de abandonarme?

—A pesar de mis apreciaciones, estoy dispuesto, como siempre, á ayudarte en todo cuanto pueda, si bien es verdad que hoy por hoy puedo muy poco, porque mis negocios van rematadamente mal, y aquí para *inter nos* te diré muy bajito que en mi persona no es oro todo lo que reluce.

—¡Es posible!... ¡Tú, de quien todo el mundo dice que creces como la espuma!...

—Pues, amigo mío, todo el mundo se engaña; pero yo le dejo en su error por la cuenta que me tiene, porque para un hombre de negocios siempre es una ventaja el que se le crea rico.

—Sin embargo, Salvador, tú tienes coche.

—¡Ay, querido Esteban!... ¿Eso te extraña en Madrid?...

Conozco á muchos que tienen coche, que dan de comer á sus amigos, que se gastan por vanidad veinte mil pesetas al año en el abono del palco del teatro Real, y no obstante, tienen embargada hasta la cama.

—¿Y te hallas tú por desgracia en esa triste situación?

—Poco menos.

—¡Bah!—exclamó Esteban, haciendo una mueca con los labios que demostraba su disgusto.—Di que no quieres socorrerme en esta ocasión, y será más breve y más franco.

—Pero ¿quién te ha dicho que no quiero socorrerte?—repuso con energía Salvador.—¿Qué tiene que ver que yo no tenga dinero disponible para prestártelo? Si no lo tengo yo, tal vez lo tenga alguno de mis clientes, y en ese caso, para tí será igual.

Verdemar dijo las anteriores palabras sonriéndose, y mientras tanto Esteban le miraba con recelo, recordando sin duda el ofrecimiento que le había hecho la noche anterior.

—Nosotros dos—añadió Verdemar—ni debemos ni podemos engañarnos empleando la mentira y la hipocresía, eso sería inútil, porque nos conocemos mucho. Yo no pretendo echarla de hombre justo, escrupuloso, y creo que tú no querrás pasar á mis ojos por un santo. ¿Qué conseguiríamos con eso? Nada: tú te reirías de mí y yo de tí. Hablemos, pues, con entera franqueza, sin que nos detenga el escrúpulo de ruborizarnos mutuamente, lo que es bastante difícil; y si no nos avenimos, si no nos entendemos, tan amigos como antes.

—Acepto la proposición. Habla, te escucho, y ofrezco no enfadarme aunque me llames perro judío.

—Perfectamente: yo te ofrezco lo mismo, y puesto que me cedes la palabra, empiezo.

Verdemar sirvió otra copa de coñac á su amigo, se llenó después la suya, y mirando con fijeza á Esteban como el que desea estudiar el efecto que producen sus palabras, dijo:

—Tú, según me indicaste anoche, necesitas cinco mil duros para emprender el regreso á la Habana con los papeles y algunos regalos para la novia. La única garantía que ofreces para el pago de esos cien mil reales que te hacen falta es el dote de tu futura esposa, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Pues bien, yo te digo que esa garantía no es aceptable para ningún hombre de negocios. Sólo un amigo rico y desprendido puede prestarte, ó por mejor decir, regalarte esos cinco mil duros.

—No estamos conformes, porque un próximo y ventajoso casamiento—añadió Esteban—ha sido muchas veces garantía para préstamos de mayor consideración del que yo necesito.

—¡Quién lo niega! Pero hay casamientos que inspiran gran confianza al prestamista, y el tuyo no es de esos, por desgracia.

—¿Por qué?—preguntó un tanto ofendido Terreño.

—Porque debe efectuarse á la otra parte de los mares, á muchas leguas de aquí; porque no se conoce á la novia; en fin, chico, es preciso hablar claro, y te suplico que no te enojes conmigo.

—¿De modo que tú opinas que no se dará crédito á mis palabras?

—Ninguno, tratándose de un hombre que quiera hacer un negocio seguro.

—Yo daré por esos cinco mil duros al día siguiente de mi casamiento diez mil.

—Aunque ofrezcas quince mil no encontrarás quien te haga ese empréstito. Créeme á mí, que soy en esta clase de asuntos más práctico que tú.

—¿Entonces me juzgas capaz de engañarte?

—Querido Esteban, aquí no se trata de creer ni de dudar, se trata de un negocio, y las condiciones en que tú lo presentas no son aceptables. En la Habana tal vez encuentres algún prestamista que te anticipe la suma que necesitas, y mucho más conociendo al padre de la novia y el dote que le tiene destinado; pero en Madrid nadie te prestará ni veinte duros, aunque le ofrezcas de réditos el quinientos por ciento con esas garantías.

—Es que yo me dirijo á un amigo, me dirijo á tí,—añadió algo contrariado Esteban.

—Sí, ya lo sé; pero desgraciadamente, el amigo no puede servirte en esta ocasión, por mucho que lo desee.

—Sin embargo, anoche me hiciste concebir alguna esperanza, y aun creo que me ofreciste diez mil duros.

—Es verdad; pero desde anoche han pasado muchas horas y han variado las circunstancias.

—¿Es decir que retiras tu ofrecimiento?

—No; pero temo proponerte un negocio que no es lícito y puede ofender tu delicadeza.

—¿Y ese negocio, si lo aceptara, me produciría diez mil duros?—preguntó con marcadas muestras de interés Esteban.

—Indudablemente.

—Habla, pues.

—No me atrevo.

—Yo te autorizo para ello, pues supongo que no vas á proponerme un robo.

—Un poco menos,—contestó riéndose Salvador.

Y mirando con fijeza á su amigo, añadió bajando la voz:

—Es un capricho de una mujer rica... Se trata de quitar de en medio á un hombre que le estorba y á quien aborrece con todo su corazón.

—¡Ah! ¡Un asesinato!...—repuso Esteban sin inmutarse.—Efectivamente, eso es bastante grave.

—Sí, un asesinato brutal es muy grave; ni la opinión pública ni los jueces se compadecen del asesino, y todos apartan de él con horror la mirada; pero un desafío entre dos personas decentes, con armas iguales, teniendo cuatro amigos por testigos y ajustando las condiciones del lance á ese código que se llama la ley del honor, ya es otra cosa, sobre todo cuando se tiene corazón y destreza como tú.

—Efectivamente, reconozco en mí condiciones ventajosas para batirme.

—Y te has batido muchas veces—repuso Verdemar—por el solo placer de batirte.

—Dispensa, querido, siempre que me he colocado delante de un hombre con las armas en la mano ha sido con un motivo fundado y obedeciendo á la voz del honor.

—¡Bah! Muchas veces el motivo ha sido tan pequeño, el agravio tan insignificante, que no valía la pena ni siquiera de madrugar una hora.

—Pero motivo al fin,—repuso precipitadamente Esteban.—Una palabra inconveniente, una mirada importuna, una mueca de desprecio, una apreciación distinta de la mía, han sido muchas veces motivo para batirme con un hombre; pero ten entendido que las pequeñas causas producen siempre grandes efectos en los lances de honor, no solamente entre las personas distinguidas y de la alta clase, sino entre la gente del pueblo, que muchas veces se matan á su manera por una mala jugada al *mus* ó una pobre copa de vino peleón, en que apenas se atraviesan tres céntimos de diferencia.

Y Esteban, como si deseara sondear la intención de su amigo, hizo un movimiento de hombros, y dijo con naturalidad:

—¿Se puede saber quién es el que os estorba?

—Si aceptas sí; si no, para qué.

—Es verdad... Pues bien, acepto.

—¿De buena fe?

Esteban levantó con altivez la cabeza, y fijando en Salvador una mirada serena, dijo:

—Yo pido cuando me hace falta y no me duelen prendas, pero no engaño nunca á nadie. El que dude de mí me ofende; desde el instante en que acepto lo que me propones puedes estar seguro que cumpliré mi palabra. Además, para inspirarte confianza debo decirte que anoche perdí en el Casino el último duro que me quedaba y treinta mil reales bajo palabra de caballero. Esa cantidad la debo á un mocito impertinente, y es preciso que le pague esta noche, pues se ha permitido hacer ciertas apreciaciones de mi persona, y tan pronto como le pague pienso darle una lección de urbanidad.

Ya comprenderás, querido Salvador, que de aquí á las once de la noche necesito encontrar por lo menos esos treinta mil reales, y recurro á tí, confiando en la buena amistad que nos une. Estoy á tus órdenes incondicionalmente, aprovecha la ocasión, habla sin miedo de ruborizarme... ¿Cómo se llama ese hombre que os estorba?

—No es á mí á quien estorba, es á una mujer. Tal vez quiere vengarse de alguna infidelidad; yo ignoro el motivo de ese odio, pero tomo parte en el asunto, pues confío que me produzca algo; ya ves si soy franco.

—Bien, bien, para mí es completamente igual; ni conozco á esa mujer, ni tengo ningún deseo de conocerla; tú eres el intermediario, contigo me entenderé. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Es un oficial de Estado Mayor que se llama Diego de Robledano.

Esteban soltó una ruidosa carcajada.

—¿Por qué te ríes?—le preguntó sobresaltado Verdemar.

—Por una coincidencia, por una rara casualidad que no sé si me atreva á llamar providencial, porque precisamente ese que os estorba es el mocito á quien le debo los treinta mil reales y á quien deseo sentarle la mano tan pronto como le pague.

—¡De veras!—exclamó Salvador con verdadero asombro.

—Tan de veras como yo me llamo Esteban; y desde ahora me comprometo á refrendarle el pasaporte para el otro mundo. Le propondré la espada ó el florete, y echaré mano de alguna de las estocadas mortales que empleo en los casos graves. Tú me conoces, venga esa mano; acepto el trato.

Los dos amigos se estrecharon la mano, pero indudablemente la de Esteban estaba más tranquila y serena que la de Salvador.

—Excuso decirte que en este asunto debemos llevar la mayor reserva,—dijo el agente de negocios.

—A nadie interesa tanto como á mí esa reserva que me encargas. ¡Diantre! Por despreocupado que uno sea y por ancha que tenga la conciencia, ciertas cosas no se dicen nunca. Además, ese mocito se ha permitido decir en el Casino algo que afecta mi honra, y esta noche cuando le pague le pediré cuenta de sus palabras delante de todo el mundo, infiriéndole un agravio de esos que sólo se lavan con sangre. De modo que nadie dudará que me bato por una cuestión mía propia; puedes por lo tanto vivir tranquilo.

—¿Y si se niega á batirse?

—¡Bah! Eso no es posible entre personas bien nacidas y que tienen en algo su decoro. Además, es capitán de Estado Mayor, y un militar español se bate siempre que le provocan.

Salvador se quedó un momento en actitud reflexiva.

Esteban le miraba y fumaba.

—Debo prevenirte—dijo después de una pausa Verdemar—que son dos los hombres que estorban á esa señora.

—¡Dos!... ¡Diantre! Eso es ya más grave; pero en fin, del primero ya tenemos el pretexto aceptable y admitido para el lance; y del segundo, cuando llegue la ocasión procuraremos buscarlo del mejor modo posible.

—Entonces, no se hable más.

—Sí, sí, yo me encargo de los dos. Pero procedamos con orden, porque tú sabes que nada hay tan amigo del orden

como el dinero. ¿Qué cantidad es la que puedes entregarme en el acto?

—Pero ¿te comprometes de veras?—preguntó Salvador con cierto recelo.

—Amigo mío, el negocio que nos ocupa se aparta de la vulgaridad de los negocios. Aquí no podemos recurrir á un escribano que ate perfectamente todos los cabos, asegurando el capital y los intereses del prestamista. Es preciso, por lo tanto, tener confianza; ó la tienes ó no la tienes: en el caso primero, necesito pagar esta noche lo que le debo á Diego de Robledano; en el caso segundo, no hay negocio posible y perdemos una bonita ocasión. Piensa bien lo que acabo de decirte, y resuelve.

Verdemar comprendió la lógica del razonamiento de su amigo, y después de un breve silencio, durante el cual meditó sobre el asunto, dijo:

—Si yo tuviera fondos desde este momento quedaba aceptada tu proposición; pero necesito que me concedas algunas horas: vuelve á las siete á comer conmigo, yo veré mientras tanto á la persona interesada; creo que nos entenderemos por fin.

—Volveré á las siete, puesto que no puedes decidir por tí mismo; pero os aconsejo que aprovechéis la ocasión, sería una lástima perderla.

—Creo lo mismo,—añadió Salvador levantándose.

Esteban se levantó también, y colocando familiarmente una mano sobre la espalda de su amigo, repuso:

—El negocio que acabas de proponerme es sumamente delicado; pero para tranquilizarte, te diré que á mí más que

á nadie le conviene guardar el secreto. Un hombre que se bate por una palabra inconveniente, por una mirada inoportuna ó por un gesto, podrá tachársele de Quijote, pero no de mal caballero. Un hombre que se bate por dinero es un canalla, un miserable, un asesino, y yo no quiero merecer esas calificaciones. No lo olvides.

Y estrechando la mano de Salvador, añadió:

—Hasta esta noche á las siete.

Luego salió del comedor.

Durante algunos segundos Salvador Verdemar permaneció inmóvil como si estuviera enclavado en el suelo.

De pronto sus labios formularon una sonrisa satánica, y murmuró en voz baja estas palabras:

—El negocio se presenta bien: vamos á darle cuenta á mi futura esposa.

Y tirando del llamador de la campanilla, le dijo á José, que se presentó en la puerta:

—El coche lo más pronto posible.

. . . .

Esteban Terreño salió á la calle con la sonrisa en los labios y diciéndose para su capote:

—Creo que he encontrado una mina, y sería un tonto si no la explotara; pero es preciso que yo sepa si Salvador trabaja en este asunto por cuenta ajena ó por cuenta propia; esto es muy importante. Supongo que habrá dado crédito á mi proyectado matrimonio con la criolla. Esto siempre es una garantía para un hombre de negocios como Verdemar. ¡Bah! Le explotaré todo cuanto pueda sin el menor escrúpulo... vaya por las veces que él me ha explotado á mí.

Y dejando de sonreirse, como si una idea poco grata cruzara por su imaginación, añadió:

—La proposición que me ha hecho, y que yo he aceptado, no puede ser más vergonzosa para mí, y ha sido preciso echar mano de toda mi calma para oirla con indiferencia; pero ¡qué remedio! yo me ahogo, y como el náufrago, me agarro adonde puedo... Allá veremos.

Mientras Esteban se dirigía hacia el café Suizo, pensando en estas cosas, Verdemar, esperando el coche que debía conducirle á Carabanchel, se paseaba por el comedor, pensando en la difícil y espinosa comisión que le había encargado su prometida doña Teresa Sánchez de Robledano.

Pero para un hombre de las condiciones del señor Verdemar en la balanza de su conciencia pesaban mucho los cuatro millones de duros, que comenzaban á quitarle el sueño; y si hubiera sido tan diestro en el manejo de las armas, tan valiente y tan sereno como Esteban, de seguro no hubiera buscado á nadie para llevar á cabo tan delicado asunto, pues él mismo se hubiera prestado á ello.

Era preciso, por lo tanto, sacrificar algunos miles de duros; pero como hombre precavido, creyó prudente consultar el caso con Teresa, á quien ya miraba como su prometida esposa.

Salvador se paseaba, como hemos dicho, esperando el coche, que había pedido al marcharse Esteban, y tan embebido se hallaba en sus reflexiones, que no observó que doña Benita desde la puerta tenía en él fijos los ojos, con esa tenacidad de la mujer que desea adivinar por el rostro lo que pasa en el alma.

De pronto Benita avanzó algunos pasos, y colocándose al lado de Verdemar, le dijo en voz muy baja:

—Salvador, haces mal en no tener confianza en mí.

—¿Y por qué me diriges esa reconvención?—preguntó el agente, suspendiendo sus paseos y mirando á Benita con recelo.

—Porque antes me confiabas todos tus asuntos, y de algún tiempo á esta parte me los ocultas. Repito, pues, que haces mal, porque nadie te dará un consejo más desinteresado que yo.

—¿Has escuchado nuestra conversación?—preguntó Salvador frunciendo el ceño.

—No, pero leo en tu cara que algo grave te preocupa.

—Sí, efectivamente, me ocupo de un asunto que si sale bien puede producirme algunos millones; ya ves que la cosa vale la pena.

—¿Y si sale mal?—preguntó Benita, fijando sus ojos en Verdemar.

—Saldrá bien,—añadió Salvador, procurando disimular un ligero estremecimiento que agitó su cuerpo.

—Dios lo quiera,—repuso Benita;—aunque en ciertos negocios no toma parte Dios, sino el diablo.

—¡Bah! El diablo es una antigualla que sólo sirve para asustar á las viejas y á los niños.

—¿Tú no crees en el diablo?

—Ni yo ni nadie; pasó ya la moda del diablo, sobre todo del diablo vestido de verde ó de encarnado, con cuernos de carnero y rabo de cerdo.

—Sí, dices bien, eso pasó de moda; pero hoy el diablo,

para perder á los hombres y á las mujeres, se presenta bajo distinta forma: procura no olvidarlo.

Verdemar se encogió de hombros, y como si deseara poner término á la conversación, añadió:

—Entérate si ha venido el coche. ¡Ah! Me olvidaba decirte que esta tarde á las siete viene á comer conmigo Esteban Terreño.

CAPITULO V.

Lo que intentan muchos y consiguen pocos.

Traslademonos con la imaginación á la casa de campo de Carabanchel, propiedad de don Mateo de Robledano, pobre viejo cargado de achaques y de millones.

Don Mateo, cuarenta años antes del día que nos ocupa, había llegado á la Habana sin otro patrimonio que una salud inmejorable, veinte primaveras de edad, amor al trabajo, grandes deseos de hacerse rico y una carta de recomendación para un comerciante, en cuya casa entró de dependiente.

Mateo era en aquella época un muchacho listo, servicial, inteligente y flexible; había cruzado los mares con la idea fija de hacer fortuna, y despreciando los rigores del clima y los terribles efectos del vómito, desembarcó en la Habana lleno de fe y repleto de esperanzas, llevando este lema escrito en el corazón: dinero, dinero, dinero.

Para que estas esperanzas se convirtieran en realidades Mateo poseía todas las condiciones necesarias, porque lo

mismo en la Habana que en el pueblo más miserable de la península española el hombre trabajador, servicial y económico está más próximo á hacerse rico que el hombre indolente, díscolo y derrochador.

La Habana, en la época que llegó Mateo de Robledano, era un país rico, una mina de oro inagotable, que explotaban los europeos, y en particular los españoles. Hoy aquellas hermosas Antillas han cambiado mucho, y no se consigue tan fácilmente una fortuna; sin embargo, la tradición hace emigrar á mucha gente con rumbo hacia aquella Isla, si bien es verdad que muchos llegan á aquellas hermosas costas con el corazón lleno de esperanzas y salen cargados de desengaños y de achaques.

A los tres meses de su llegada á la Habana, Mateo se había captado por completo la confianza de su principal, y éste solía decir á sus amigos:

—Mateo hará fortuna; es incansable para el trabajo, y tiene mucha inteligencia y penetración para los negocios; desconoce por completo la pereza, y no le arredra este sol de misericordia que agrieta la piel del rostro y derrite los sesos. Desde que Mateo está en mi casa todo marcha con admirable orden: lleva los libros al día, y no deja nunca para mañana lo que puede hacer hoy.

Cuando un comerciante rico de la Habana hace tan brillantes elogios de un dependiente español recién llegado á la Isla, bien puede decirse que su fortuna está asegurada.

A los dos años Mateo era el alma, por decirlo así, de todos los negocios de su principal, que le señaló una pequeña participación en ellos, y Robledano no se acostaba una

sola noche ni se levantaba una mañana sin decirse con esa expansión del hombre satisfecho de sí mismo:

—Llegaré adonde me he propuesto, si Dios quiere preservarme del vómito y las calenturas.

Es tradicional y de la más remota antigüedad la costumbre en el comercio de que un dependiente honrado y laborioso, que ha llegado á conquistarse la confianza de su principal, se case con la hija, si es que tiene hijas el principal.

Cuando Mateo llegó á la Habana, su principal tenía una niña de doce años; cuando esta niña llegó á los diez y ocho, Robledano contaba treinta, y era ya socio de la casa, pues su principal apenas se cuidaba de los negocios; todo estaba á cargo de Mateo, el cual hacía y deshacía, como vulgarmente se dice, y mandaba en jefe.

Por esta época fué cuando Mateo de Robledano conoció en la villa de *Santa Clara* á la desgraciada Cora Mork, y nuestros lectores recordarán las relaciones que con ella le unían.

Pero como Robledano encontraba muy propicio á su principal, y le dirigía algunas sonrisas y palabras embozadas, que sin tenerse por un fatuo presuntuoso podía permitirse alentar sus esperanzas, Mateo ocultó con gran cuidado á todo el mundo sus amores con la solitaria huérfana de *Santa Clara*.

Robledano mantenía consigo mismo esa lucha que entabla el corazón con la cabeza en ciertas situaciones graves de la vida; lucha inevitable para los hombres que tienen gran afán de enriquecerse.

Muchas veces el corazón le decía: «Cora llena todas las

exigencias de tu alma: es dulce, afectuosa y humilde; serás feliz con ella, pero es pobre».

Entonces la cabeza, siempre en guerra con el corazón, le decía: «No seas necio, cásate con la hija de tu principal, que tiene dos millones de duros de dote; eso es lo positivo, porque el que vive de ilusiones corre peligro de morirse de hambre».

La niña criolla, la opulenta hija de su principal, aunque no era un modelo de hermosura, preocupaba más de una vez la imaginación de Mateo, porque siendo hija única y teniendo su padre una gran fortuna, era un negocio redondo casarse con ella.

Efectivamente, como Mateo era un hombre tenaz y perseverante, se dió tan buena maña, que á los treinta y un años se casó con la niña Remedios, que acababa de cumplir diez y nueve abriles, sacrificando á Cora, que había puesto en él todo su amor y toda su confianza.

La criolla Remedios se casó con Mateo como se casan muchas jóvenes, es decir, sin darle importancia á tan grave acto, y como si se tratara de estrenar un traje de capricho. que puede desecharse el día que se cansan de llevarlo puesto.

Ni amaba ni aborrecía á Mateo; pero la niña Remedios era una muchacha cetrina, de ojos negros, delgadita, con la nariz respingada á lo María Antonieta, los labios gruesos y un hoyuelo en la barba. Una muchacha, en fin, de esas que nada dicen y que sólo poseen el encanto de la juventud.

Y no era esto lo peor, sino que la niña Remedios, á pesar de su indolencia y de que pasaba la vida meciéndose en una butaca, tenía en las venas fuego en vez de sangre, y al año

de casada comenzó á darle algunos disgustos á su marido, que hasta entonces había viajado viento en popa por el tranquilo océano de la vida.

Los disgustos del hogar doméstico cambiaron por completo el carácter de Mateo; de franco y alegre, se volvió huraño y triste; pero la niña Remedios no se enmendaba por eso, porque la mujer que llega á ser impenitente y perseverante en la culpa no se enmienda nunca, y al pobre marido no le queda otro recurso que matarla ó sufrir con resignación aquella pesada carga que el infortunio ha arrojado sobre sus espaldas.

Mateo y Remedios tuvieron un hijo á los dos años de matrimonio, pero la verdad es que Mateo quería poco á aquel hijo, sin duda porque no estaba muy seguro de su paternidad, y en cambio amaba con delirio al hijo de Cora.

Sin embargo, aquel niño que tantos recelos inspiraba á su padre, aseguraba á Robledano la fortuna de su madre y de su abuelo, y le fué preciso de vez en cuándo pasarle la mano por la cabeza y darle alguno que otro beso, porque después de todo, llevaba su apellido y era preciso cubrir las apariencias.

Este penoso calvario, sufrido en el hogar doméstico, duró algunos años, y durante esta época aseguraban los murmuradores de la Habana que don Mateo de Robledano buscaba fuera de su casa algún consuelo y alguna expansión en brazos de una encantadora muchacha llamada Cora Mork.

La criolla Remedios, que tantas veces había oído con desdeñosa sonrisa las justas reconvenciones de su esposo por su vida privada, que se ajustaba poco á los preceptos de la

moral, cuando supo que Mateo tenía una querida y un hijo, como ella era madre también, se creyó en el deber de velar por los intereses de su heredero.

Entonces Remedios pensó en librarse de aquella rival, que era una amenaza para su fortuna, y como para llevar á cabo sus planes necesitaba un cómplice de toda su confianza, recurrió á un mulato llamado Ecequiel, hombre poco escrupuloso de conciencia y muy dispuesto á todo, con tal de que su flexibilidad le produjese algunos puñados de oro.

Lo que hizo el mulato Ecequiel por servir á la niña Remedios, que le pagaba, ya lo recordarán nuestros lectores, sólo que Ecequiel echaba toda la culpa de su criminal conducta á Mateo de Robledano, librando á los ojos de Cora de toda responsabilidad á la niña Remedios.

Excusamos describir el asombro y el inmenso disgusto de Mateo cuando al regresar de su viaje de New-York se encontró que Cora y su hijo habían desaparecido de la modesta quinta de *Santa Clara.*

La negra Martina nada pudo decirle para tranquilizarle, porque efectivamente, aquella pobre mujer nada sabía, exceptuando lo que había visto, es decir, que un carruaje se había detenido á la puerta, y que Cora y Alejandro se habían marchado en aquel carruaje, diciendo que don Mateo les llamaba y que iban á reunirse con él.

Aquellas pocas palabras de la afligida negra levantaron una sospecha en el corazón de Mateo, que regresó á la Habana verdaderamente desconsolado.

Era indudable que Remedios había tomado parte en el

secuestro de Cora y de Alejandro, porque sólo á ella interesaba la pérdida de Cora y de su hijo.

Desde este día el hogar de Mateo se convirtió en un infierno, en una batalla continua. Remedios se gozaba en la desesperación de su marido, echándole en cara su pobreza, y repitiendo con frecuencia que se lo debía todo, y que era preciso por lo tanto resignarse y tener paciencia.

Algunas veces, cuando Mateo, disimulando la repugnancia que le inspiraba su mujer, le pedía con acento suplicante que le revelara el paradero de Cora y de su hijo, la criolla, balanceándose lánguidamente en su mecedora y haciéndose aire con su abanico de plumas, soltaba una provocativa carcajada, diciendo:

—Busca, busca, pobre Mateo; busca á esa rapaciña y á su rapacín, que había soñado apoderarse de los millones que legítimamente corresponden á mi hijo.

Mateo, si se hubiera dejado llevar de sus instintos, indudablemente hubiera estrangulado á aquella mujer, tan débil de naturaleza como provocativa; pero todas estas batallas domésticas concluían quedando vencedora la más débil, y Mateo iba á llorar sus angustias y á dominar su rabia encerrado en sus habitaciones.

Mientras tanto, todas las pesquisas hechas por Mateo para encontrar á Cora fueron inútiles, y como creía bastante infame á su mujer para cometer un crimen, comenzó á abrigar el temor de que Cora y Alejandro hubieran sido víctimas de la criolla Remedios.

A pesar de tantos disgustos y tantas inquietudes, preciso es confesar que Mateo era hombre de suerte, pues tuvo la

fortuna de que su esposa se muriese de unas calenturas malignas, y para qué ocultarlo, el señor de Robledano se puso el luto riguroso muy á su gusto.

Reasumiendo: en el trascurso de dos años don Mateo de Robledano vió entrar la muerte tres veces en su casa; la primera se llevó á su mujer, la segunda á su suegro y la tercera á su hijo, quedándose él solo con una fortuna de más de tres millones de pesos; soledad que hombres del carácter de nuestro héroe soportan siempre muy á gusto.

Cuando Mateo se persuadió que su mujer se moría, cuando los médicos le aseguraron que no había ninguna esperanza de salvarla, se encerró solo con ella en su habitación, y entre la moribunda y su marido tuvo lugar el siguiente diálogo, que creemos oportuno consignar en este sitio, para mayor claridad de nuestro relato.

—Remedios,—le dijo Mateo, cogiendo no sin cierta repugnancia una de las manos de su mujer,—juro en nombre de Dios que no te guardo ningún rencor y que te perdono todos los agravios que me has hecho. He sufrido mucho, tú lo sabes; pero teniendo en gran estima mi nombre y el de tu honrado padre, he procurado dominarme y evitar los escándalos; yo, en pago de tanto sacrificio, en esta hora suprema en que te hallas luchando entre la vida y la muerte, voy á pedirte un favor.

La enferma fijó su febril mirada en Mateo, y dijo con apagado acento:

—¡Un favor!... ¿Y cuál?

—Que me reveles por fin el paradero de Cora y de su hijo; tú lo sabes, pues tú los hiciste desaparecer.

La enferma formuló una fría sonrisa y movió varias veces la cabeza, diciendo:

—¡Ah! ¿Tú quieres saber lo que ha sido de Cora y de su hijo? Pues bien, yo no te lo diré, porque ese hijo que buscas y que no encontrarás nunca le robaría á mi hijo la mitad de su fortuna, y yo quiero que mi hijo sea rico, inmensamente rico, porque á él pertenecen los millones de mi padre, porque él es el único heredero de todo lo que poseemos, porque él solo es el rico.

—Pero, desgraciada,—exclamó Mateo con reconcentrado acento,—tú sabes que ese hijo no es mío.

—Lleva tu nombre, y eso basta,—añadió la enferma.

—Pero no lleva mi sangre, y en cambio el hijo de Cora, ese hijo que busco en vano y que tú has hecho desaparecer, es mío, ¿lo oyes? mío, y yo necesito encontrarle.

—Pues bien, búscale,—dijo la enferma cerrando los ojos y sonriéndose;—busca en el fondo del golfo de Guinea los restos del bergantín *El Ciervo,* y en uno de sus camarotes encontrarás el cadáver de Cora y su hijo.

Mateo comprendió que todas las súplicas serían en vano, y salió desesperado de la alcoba.

Al día siguiente la criolla Remedios dejó de existir, llevándose á la tumba el secreto que tanto deseaba saber su marido.

Durante mucho tiempo Mateo de Robledano buscó á Cora y á su hijo inútilmente.

Cuando algún tiempo después se quedó solo en la Habana, Mateo pensó en España, en donde había dejado á su padre, médico de un pueblo, y dos hermanos y una hermana.

Aunque sin seguir una correspondencia muy frecuente con su familia, Mateo no dejaba de mandarles á sus hermanos algunas letras de cambio para que sus hijos siguieran carrera, porque después de todo, en algo tenía que emplear su iumensa fortuna aquel millonario que había salido pobre como un mendigo de su casa.

Por fin don Mateo de Robledano realizó toda su fortuna y regresó á España, estableciéndose en Madrid.

Sus tres hermanos acudieron á abrazarle tan pronto como supieron su llegada, y como era natural, le presentaron sus tres sobrinos: Diego, Jacobo y Teresa, porque un tío rico y sin hijos es siempre una esperanza halagüeña para los sobrinos pobres.

La madre de Teresa, hermana mayor de don Mateo, tenía un genio irascible y era excesivamente envidiosa, y su marido, comandante de carabineros, no le iba en zaga, de modo que en su casa con mucha frecuencia solían andar los platos y las sillas por el aire.

Desde el principio Teresa, pues éste era el nombre de la hermana, quiso dominar á Mateo, y tuvo exigencias tan exageradas, que éste se vió precisado á llamarla al orden.

Pero como Teresa era una de esas mujeres que se disparan y no las detiene nadie, creyéndose con derecho indiscutible á la fortuna de su hermano, se las mantenía tiesas, y hasta le amenazaba.

Y no era esto lo peor, sino que Teresa iba á contarle á su marido los altercados, añadiendo algo de su cosecha, y el comandante de carabineros, que no tenía nada de lo que le sobraba á Salomón, ponía con frecuencia á su cuñado como

un trapo, permitiéndose amenazarle y dividirle en dos de una cuchillada si no accedía á las injustas exigencias de su mujer.

Estas escenas, poco edificantes, irritaron de tal modo á don Mateo, que acabó por cerrar las puertas de su casa á su hermana y á su cuñado.

Excusamos decir que Teresa y su marido el comandante de carabineros hablaban pestes por todas partes del americano, como ellos le llamaban, poniéndole como chupa de dómine.

A pesar de esto, don Mateo les mandó á decir por uno de sus hermanos que podían contar con él siempre que tuvieran un apuro, pero que les suplicaba encarecidamente que no volvieran á poner los piés en su casa.

Mientras tanto, los dos sobrinos, Diego y Jacobo, se iban conquistando poco á poco el cariño de su tío, que les pagaba la carrera y les permitía que se sentaran á su mesa dos veces á la semana.

Así fué pasando el tiempo; la pobre Teresita no iba nunca á ver á su tío, pues su padre el comandante de carabineros se lo había prohibido terminantemente.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, la muerte despiadada dejó á Teresita huérfana en pocos meses de padre y madre, y su tío don Mateo tuvo que recoger á aquella infeliz desheredada, que contaba por entonces veinticinco años de edad.

Teresa se instaló en casa de su tío, pero en vez de captarse las simpatías de aquel pariente millonario, como tenía en sus venas un poco de la sangre de su madre y otro poco

de la sangre de su padre, como la naturaleza en nada la había favorecido, ya que no podía reñir con su tío, reñía con todos los criados, y nadie la podía ver ni pintada en la casa.

La señorita Teresa no se reía nunca; su juventud era triste, huraña; su carácter, grave y frío, y en consonancia con la dureza de sus poco simpáticas facciones.

—Mi sobrina tiene algo repulsivo en su cara,—solía decirse don Mateo;—es una muchacha que se quedará para vestir imágenes, pues veo que ni aun la codicia del dote que yo pueda darle atrae hacia ella á los hombres. Yo no dudo que alguno se casaría con ella, aunque es bastante fea, pero si llega á tratarla, á conocerla, de seguro que no se casa.

Así llegó Teresita á esa edad de los treinta años, que Espronceda llama funesta, y así la encontramos nosotros el día que la presentamos en el escenario del presente libro á nuestros lectores.

Para dar fin á estos antecedentes, que creemos necesarios, sólo diremos que los otros dos sobrinos de don Mateo, Diego y Jacobo, habían concluído brillantemente sus carreras, gracias á la protección de su tío, y que Diego era capitán de Estado Mayor y Jacobo abogado, con bufete abierto en Madrid, y ambos, como Teresa, eran huérfanos de padre y madre.

Ahora entremos en el gabinete del enfermo millonario.

Serían las nueve de la mañana. Don Mateo se había hecho vestir por su ayuda de cámara, y sentándole luego en una butaca de ruedas, le colocaron junto al balcón que daba al jardín.

El día era hermoso; un sol resplandeciente llenaba de luz y de reflejos el cielo y la tierra.

La abundante leña que ardía en la chimenea, las abrigadas cortinas de terciopelo que cortaban el aire, la mullida alfombra, todo contribuía á que se respirara en aquella habitación un ambiente templado, primaveral.

El pobre viejo se quedó mirando á través de los cristales el limpio horizonte que se extendía ante su cansada vista.

De pié, detrás de su sillón, se hallaba su ayuda de cámara, joven mulato de veinticuatro años de edad, á quien llamaban Pancho, y que había entrado al servicio de don Mateo en la Habana desde muy pequeño.

El enfermo tenía una completa confianza en su ayuda de cámara; además Pancho era una de esas naturalezas resignadas, que sufría todas las impertinencias de su amo con la sonrisa en los labios y que nunca protestan ni aun de las injusticias.

Durante algunos minutos reinó en la habitación el más profundo silencio, sólo interrumpido por el chisporroteo de la leña.

—Mira, Pancho,—dijo el enfermo, moviendo pausadamente la cabeza,—mira qué azul tan purísimo tiene el cielo... No hay ni una nube; es una gran pena no poder andar... Yo no creo que esta enfermedad que me postra, que me tiene imposibilitado de las piernas, sea un castigo de Dios, porque yo no recuerdo haber hecho daño á nadie, y además no soy tan viejo, ¿no es verdad, Pancho? Aún no he cumplido los setenta años, y yo y tú hemos conocido un

negro en Guanabacoa que vivió ciento treinta y un años... ¿Te acuerdas, Pancho, te acuerdas? Y estaba sano, robusto, y andaba más que un perro, y montaba á caballo... ¡Qué naturaleza tan privilegiada!... Bien se podían dar una docenita de millones por ella, ¿no es verdad, Pancho? ¡Ah! Siempre me acuerdo con envidia de aquel negro.

—¿Y quién dice que el señor no vivirá ciento cuarenta años?—contestó el mulato sonriéndose y dejando ver unos dientes más blancos que la carne del coco.

—¿Quién lo dice? Pues estas piernas inútiles, hinchadas; esta falta de vida que me postra en este maldito sillón,—exclamó el enfermo.—¡Ah, mi buen Pancho, qué hermosa es la juventud! Daría yo todo cuanto poseo por encontrarme dentro de tu pellejo; pero la juventud y la robustez ni se compran ni se aprecian cuando se poseen.

—Señor, si la juventud y la robustez pudieran comprarse, tenga usted la seguridad que no faltarían pobres que la vendieran.

—Harían muy mal, querido Pancho, muy mal, porque ¿de qué sirve el dinero cuando no se tiene salud?

—El dinero, señor, es siempre de más utilidad para el enfermo que para el sano, ó por mejor decir, el dinero es útil y necesario al hombre. Un enfermo pobre va al hospital y se muere más pronto que un enfermo rico.

—No estoy del todo conforme con esa teoría tuya,—repuso don Mateo sonriéndose con tristeza,—porque cuando el rico reune muchos médicos en derredor de su cama, corre mucho peligro de que entre todos le dejen morir sin acertar su mal.

—Eso es una exageración, señor, y el refrán dice que *cuatro ojos ven más que dos.*

—Sí, pero hay muchos refranes que no son verdaderos. Pero anda, anda, y tráeme aquí el chocolate, porque no conviene hablar de ciertas cosas.

Pancho salió del gabinete.

CAPITULO VI.

La enfermera.

Don Mateo volvió á dirigir su triste mirada hacia el ancho y despejado horizonte que se extendía ante su vista.

Era indudable que en aquellos momentos se entregaba á esa vida de los recuerdos que tan profunda melancolía trasmite al corazón de los ancianos.

Cuando los achaques postran el cuerpo, cuando la vida comienza á escaparse por esas brechas que abren los años, es cuando con más tenacidad se piensa en vivir, se desea prolongar aquella existencia que se ha visto por espacio de muchos años sin pensar en la muerte.

Un anciano rico, un millonario rodeado de oro, se cree el sér más desgraciado de la tierra al considerar impotente aquel oro que tantos afanes le ha costado y que no sirve para comprar un solo minuto de existencia.

El moribundo ve entonces la verdad; hasta aquel momento había creído que en el mundo todo podía comprarse,

pero con los espantados ojos fijos en la pálida y descarnada figura de la muerte, que se acerca hacia su cama, oye una voz que le dice al oído: «Yo no me vendo; sonó para tí la última hora, y todos tus millones no son bastantes para detener mi paso».

Además, el pobre don Mateo solía de vez en cuándo acordarse de Cora y de su hijo, y exhalando uno de esos profundos suspiros que brotan del fondo del corazón, solía decirse:

—Si ellos estuvieran aquí, serían menos tristes las últimas horas de mi vida.

El misterio impenetrable que envolvía la historia de Cora y de su hijo turbaba muchas veces el sueño del anciano enfermo.

De éstas y otras meditaciones que preocupaban siempre la imaginación de don Mateo cuando se hallaba solo le distrajo el ruído de unos pasos, volvió la cabeza y vió á su lado á su sobrina.

—¿Qué es eso?—dijo Teresa.—¿Aún no ha tomado usted el chocolate?

—Ha ido Pancho á por él... ¡Tengo tan poca gana de comer!

Y don Mateo volvió á fijar sus ojos en el horizonte, como si le fuera repulsiva la presencia de su sobrina.

—Los médicos han encargado que se alimente usted bien,—añadió Teresa,—y es preciso seguir sus consejos.

—Los médicos saben que me muero... que no hay remedio humano para mí, y se han dicho: «Que coma lo que quiera, que haga lo que le dé la gana... Para lo que ha de vivir, ¿qué necesidad tenemos de atormentarle?» Después de

todo, yo agradezco mucho la complacencia de los médicos.

Y don Mateo, mirando á su sobrina y sonriéndose con tristeza, repuso:

—Ya os molestaré poco... á tí en particular.

—A mí no me molesta usted, querido tío; asistiéndole noche y día cumplo con un deber de gratitud, porque usted para mí ha sido un segundo padre.

Teresa pronunció estas palabras con una voz áspera, desabrida, y sin que su fisonomía perdiese su proverbial dureza.

Pancho el mulato entró con una bandeja, en donde traía el chocolate de su amo, y la puso sobre un velador.

Don Mateo miró con la indiferencia del inapetente el pocillo de chocolate, los bizcochos y el vaso de leche.

—No sé qué es peor, querido Pancho,—dijo el enfermo,—si tener comida y no tener hambre, ó tener hambre y no tener comida.

—Todos los extremos son malos, señor,—contestó el mulato.

—Pero sin gana se debe comer cuando lo mandan los médicos,—dijo Teresa.

Don Mateo miró á su sobrina, haciendo un gesto como si su voz le molestara.

Luego cogió un bizcocho, lo mojó en el chocolate y se lo comió con gran fatiga.

Viendo Teresa que hacía ademán de apartar la bandeja, replicó con sequedad:

—Otro, querido, tío, otro; eso es muy poco.

—Beberé un sorbo de leche, no quiero más bizcochos: me repugnan.

—Pues es preciso tomarlos.

—¡Tomarlos!...—repitió don Mateo con enojo.—¡Tomarlos cuando me repugnan!... Pancho, llévate esa bandeja.

El mulato obedeció inmediatamente.

—Es usted incorregible, querido tío,—repuso Teresa;—está usted muy débil, es preciso comer, los médicos así lo han dispuesto, y para algo se les llama junto á la cabecera de los enfermos.

—Mira, Teresa, te suplico que no me mortifiques... Deja que viva á mi gusto el poco tiempo que me queda.

—Sí, dice usted bien, yo debo imitar la conducta de mis queridos primos Diego y Jacobo,—añadió Teresa con una voz que tenía algo del silbido de la culebra.

El enfermo miró con fijeza á su sobrina, y dijo con gran pausa:

—Efectivamente, Teresa, deberías imitarles, porque ellos no me mortifican como tú.

Teresa de pálida se tornó lívida, y no pudiendo contener el despecho, pues odiaba mortalmente á sus primos, exclamó:

—Es usted injusto, muy injusto conmigo.

Y dos lágrimas, más bien de rabia que de ternura, asomaron á sus ojos.

Don Mateo continuó mirando á su sobrina, y una triste sonrisa asomó á sus labios.

—Me llamas injusto, y yo te perdono ese calificativo que no merezco y me ofende. Hoy te has levantado según parece con ganas de pelea, y yo, ya lo ves, estoy muy débil para pelearme con nadie.

—Me ha dicho usted que debía imitar á mis primos, ¿qué

hacen ellos para merecer tantas alabanzas, tantos elogios?

—Sencillamente no contradecirme nunca; estar siempre delante de mí con la sonrisa en los labios, y procurando adivinar mis deseos para satisfacerlos; alegrar con su amena conversación las tristes horas de mi vida, y ser afables y cariñosos con este pobre enfermo, cuyo cuerpo se va helando poco á poco al contacto del frío soplo de la muerte, mientras que tú haces todo lo contrario; bien es verdad que llevas como tu padre y como tu madre encarnado en la sangre el espíritu de la contradicción.

Imposible sería describir el efecto que causaron á Teresa estas palabras, que aunque pronunciadas con serenidad y calma, envolvían para ella una terrible reconvención.

—Pues bien, querido tío,—contestó Teresa, enjugándose las lágrimas y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre,—todo está remediado con que yo me marche de esta casa... Mis primos se alegrarán mucho, porque me aborrecen, sólo que tal vez les venga muy cuesta arriba abandonar la alegre vida que llevan en Madrid y venir á este desierto á cuidar á un enfermo.

—Lo mismo... lo mismo que su madre,—murmuró en voz baja don Mateo.

—Sí, querido tío, sí, soy lo mismo que mi madre, es decir, una mujer todo verdad, una mujer que desconoce la hipocresía; pero en cambio esos sobrinos á quienes usted prefiere son todo lo contrario: vienen aquí todas las tardes, montados en sus caballos, por vía de paseo; permanecen junto á su querido tío dos ó tres horas, y luego se marchan más alegres de lo que vinieron á distraerse en Madrid del

aburrimiento que les causa Carabanchel; pero vuelvo á repetirlo, si estorbo, aunque con gran sentimiento y dolor de mi corazón, saldré de esta casa, en donde tan mal se me juzga.

—Basta, Teresa, basta,—exclamó don Mateo, moviéndose con marcadas muestras de inquietud en su sillón.—Tú no puedes salir de mi casa, eres mi sobrina carnal; tu madre, á pesar de su genio insufrible, era mi hermana, y yo no lo olvidé nunca. En cuanto á Diego y á Jacobo, les juzgas mal, ellos no te aborrecen, te compadecen, como te compadezco yo, porque hay personas que ponen todo cuanto está de su parte para ser desgraciadas, y tú te encuentras en ese caso. No olvides, Teresa, que si mis sobrinos sólo vienen á verme por las tardes, y no están siempre junto á mi cama para asistirme, es porque sus ocupaciones les obligan á permanecer en Madrid, y no por falta de cariño hacia su tío.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué desgraciada soy!—exclamó Teresa, cubriéndose el rostro con las manos.

—Sí, muy desgraciada, Teresa, mucho; pero no eches á nadie la culpa. Tú has podido conquistarte mi corazón y hacerte dueña de mi voluntad, pero sólo has conseguido lo contrario. Te suplico que me dejes... quiero estar solo; la soledad es un gran consuelo para mí; me permite mirar ese cielo, hacia donde se dirigen mis últimas esperanzas.

—Me iré, puesto que usted acaba de confesar que me aborrece; me iré ya que usted me echa,—dijo Teresa, lívida como una muerta.

—Pero, testaruda de los demonios,—repuso irritado don Mateo,—¿te has propuesto darme un disgusto?... ¿Quién te

echa, ni quién piensa en semejante cosa?... Mira ese sol, mira ese hermoso cielo que se extiende ante mis ojos, permítele á este pobre enfermo incurable que lo contemple y que piense en Dios; bastantes años ha permanecido indiferente.

Y don Mateo dejó caer la cabeza sobre el pecho, exhalando un profundo suspiro.

Teresa fijó en el enfermo su fría mirada, y como si se hubiera propuesto irritar á aquella naturaleza empobrecida por los años y los achaques, dijo, enjugándose las lágrimas:

—Me marcho, le dejo á usted solo, ya que así lo quiere; pero tal vez algún día sepa usted quién es Teresa y quiénes son esos predilectos sobrinos que le están engañando.

Y sin esperar respuesta, salió del gabinete del enfermo.

—Lo tiene en la sangre,—murmuró en voz baja don Mateo,—odia á sus primos, les aborrece de muerte... Será toda su vida una desgraciada, como lo fué su madre, como lo fué su padre... Yo debería castigarla.

Y haciendo un movimiento con los hombros, añadió:

—Me da lástima... ¿Qué sería de ella si yo la abandonara?... No, no, por muy desagradecida que sea, cumpliré con mi deber; bastante castigada la dejo en mi testamento.

De pronto el semblante del enfermo se trasformó horriblemente. Sus ojos se abrieron, como si el espanto se apoderara del espíritu, y llevándose ambas manos al pecho, murmuró con apagada voz:

—¡Qué horribles dolores!... ¡Qué angustias de muerte!... ¡Pancho!... ¡Pancho!... ¡El ataque!... ¡El ataque!...

El mulato entró precipitadamente en la habitación, y en-

contró á su amo desvanecido en la butaca y arrojando una espuma amarillenta por la boca.

Inmediatamente tiró del llamador de la campanilla y se presentaron dos criados.

—Ayudadme á conducir al señor á su cama; pero con mucho cuidado, ya sabéis que cuando le da el ataque la menor rozadura le produce violentos dolores.

Entre los tres colocaron al pobre viejo en su lecho.

Pancho le desnudó y le abrigó con tierna solicitud.

Don Mateo permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y los labios llenos de amarillenta espuma.

Pancho limpió la boca de su amo, haciendo una seña á los criados para que salieran de la alcoba.

—Uno de vosotros—dijo—que vaya á buscar al médico del pueblo, pues el de Madrid no vendrá hasta las tres de la tarde; el otro que avise á la señorita Teresa, que debe hallarse en sus habitaciones del piso bajo ó paseando por el jardín.

Los criados salieron precipitadamente á cumplir las órdenes del mulato, mientras que éste, junto á la cama del enfermo, contemplaba á su amo en silenciosa y triste actitud.

Pancho quería y respetaba á don Mateo, á cuyo servicio había entrado cuando apenas contaba diez años de edad; á don Mateo le debía la educación que había recibido, y estaba seguro que no había de olvidarle en la hora de su muerte.

La gratitud y el deber hacían del mulato uno de esos criados americanos que, siendo libres, aceptan voluntariamente el papel de esclavos.

Teresa entró precipitadamente en la alcoba del enfermo.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Lo de siempre, señorita, uno de esos ataques que tanto sobresaltan á los médicos.

—¡Pobre tío de mi alma!...—añadió Teresa con hipócrita entonación, llevándose al mismo tiempo las manos á los ojos.—Uno de esos ataques le matará.

Y diciendo esto, pensaba al mismo tiempo que tal vez ella era la causa de aquel ataque tan terrible para la vida del enfermo.

—Sí, uno de estos ataques le matará; ésa al menos es la opinión de los médicos,—repuso Pancho exhalando un suspiro.—Pero si el amo quisiera creerme á mí...

Teresa miró al mulato con cierto recelo, y éste, dejando asomar á sus labios una triste sonrisa, continuó:

—Cuando un país no prueba al hombre que es rico, debe trasladarse á otro. Los seres mas sabios de la creación son las aves emigradoras, pues siempre viven sobre el suelo más conveniente para su salud y para su procreación; pero los hombres no aprenden nada de los animales, y eso que les presentan con frecuencia muchos ejemplos dignos de imitarse.

—¿Crees tú que á mi tío le probaría otro país más que Madrid?—preguntó Teresa.

—Quién lo duda, señorita; Madrid es un pueblo muy malsano; sus variaciones atmosféricas, tan bruscas como inesperadas, son un peligro permanente contra la salud pública. El señor don Mateo estaba connaturalizado con el clima de la Habana: allí nunca tuvo un dolor de cabeza, aquí siempre está malo, y ya lo ve usted, se muere poco á poco.

—Pero en el estado en que se encuentra es imposible viajar; sería una imprudencia, una temeridad.

—Para un pobre sí, para un rico, tal vez no. Hoy el que tiene dinero viaja con muchas comodidades; tendido en su cama, con la temperatura que más conviene á su estado y sin carecer de nada.

—Eso sería una locura.

—Tal vez, señorita Teresa, tal vez; pero qué quiere usted, yo en lugar de don Mateo me decidiría á llevar á cabo esa locura.

El mulato fijó sus grandes ojos en la sobrina de su amo, y sonriéndose, volvió á decir:

—Además, en España no le faltan al señor disgustos, y esos disgustos le matan más que la enfermedad.

—¿Disgustos?—repitió Teresa, mirando con recelo al mulato.—¿Y quién se los da?

—El diablo, señorita, el diablo, que siempre se entromete en lo que no le importa; pero yo, que soy hombre agradecido y que le debo á mi amo muchos favores, estoy dispuesto á luchar con el diablo, y aun tengo la esperanza de vencerle confiando en Dios.

Teresa guardó silencio.

El mulato tocó la frente del enfermo, limpiando el sudor que la inundaba con un pañuelo.

—Mucho dura el desmayo,—dijo.—Pobre amo mío, á manera que avanza el invierno los ataques son más frecuentes y más largos.

En aquel momento don Mateo se estremeció, exhalando un gemido.

—Gracias á Dios; ya vuelve de su desmayo,— dijo Teresa.

—Sí, gracias á Dios,—repitió el mulato.

El enfermo abrió los ojos, dirigió en derredor suyo una mirada vaga, como si nada viera, y volvió á cerrarlos, exhalando un suspiro.

El mulato cogió una botella de la mesa de noche, vertió en una taza como medio cortadillo del líquido que contenía la botella, y se acercó á la cama, diciendo:

—Señor, es preciso tomar esto.

El enfermo entreabrió la boca. Pancho introdujo su brazo izquierdo por debajo de las almohadas, levantando un poco la cabeza de don Mateo, y aplicó el borde de la taza á los labios secos y agrietados del enfermo.

Don Mateo bebió hasta la última gota del contenido de la taza, y dirigiendo una mirada al mulato, murmuró en voz baja:

—Gracias.

Pancho hizo una seña á Teresa para que saliera de la alcoba, y salió él también, corriendo la cortina.

—Una hora de sueño le repondrá,—dijo el mulato.—Yo me quedo aquí por si me llama.

—Yo voy á dar un paseo por el jardín; si ocurre algo...

—Sí, sí, ya lo sé.

Teresa salió del gabinete pensando en las palabras intencionadas que le había dirigido el mulato.

Poco después el médico de Carabanchel se presentó en la puerta del gabinete. Pancho le salió al encuentro.

—El señor duerme,—le dijo en voz baja.

—Eso no es malo, siempre que el sueño sea tranquilo y natural. ¿Cuánto tiempo ha durado el ataque?

—Más de media hora.

El médico movió la cabeza en señal de disgusto.

—¿Le dió usted el calmante recetado?

—Sí señor.

—¿Se durmió luego?

—Sí señor.

—¿A qué hora viene el médico de Madrid?

—A eso de las tres de la tarde.

—Procuraré estar aquí á esa hora y tendremos una consulta.

—¿Quiere usted ver al señor?

—Para qué, no es necesario, puesto que le ha pasado el ataque y duerme; así sufre menos. Hasta luego.

El médico se despidió del mulato, y éste fué á sentarse en una butaca junto á la alcoba.

Teresa esperaba al doctor en la puerta de su habitación, por donde tenía que pasar irremisiblemente al marcharse.

—¿Qué tal, doctor, cómo encuentra usted á mi pobre tío?—le preguntó, así que le vió asomar por el pasillo.

—La enfermedad avanza de un modo notable; en el estado en que se encuentra el pobre don Mateo un brusco cambio de temperatura puede serle funesto; conviene, por lo tanto, que su habitación esté siempre con unos veinticinco grados de calor. Me ha dicho Pancho que el desmayo ha durado más de treinta minutos.

—Sí señor, ha sido el más largo de todos.

—Malos son los síntomas que van presentándose, y aunque me aflige mucho decírselo á usted, sobre todo, me temo que la enfermedad de don Mateo tenga un desenlace funesto.

—¿De modo que usted cree que no hay remedio humano para él?

—Mucho lo temo.

—Pero ¿tan cerca está la muerte?—preguntó Teresa con acento nervioso, que el doctor tomó por un arranque de ternura.

—Señorita, comprendo el profundo dolor que usted siente. Don Mateo, según tengo entendido, no es para usted un tío, sino un padre cariñoso. El mal que le postra es gravísimo, de esos que no se curan, su desenlace es la muerte. Podrá durar más ó menos días, eso depende del esmero con que se le asista; ya sé que aquí ese esmero es grande; temo, sin embargo, que se quede en uno de esos ataques. Yo siento decir á usted todas estas cosas, que indudablemente le destrozarán el corazón, pero en el mundo real conviene no hacerse ilusiones y repetirse con frecuencia esta frase de Plutarco: «Es conveniente acostumbrar el alma al dolor».

Teresa se ocultó el rostro con el pañuelo y se puso á llorar amargamente.

—Vamos, ánimo y resignación, señorita, y no olvide usted lo que le dije ayer: junto al enfermo no estará de más un buen sacerdote.

—Pero ¿tan próxima ve usted la muerte?—preguntó Teresa.

—Demasiado próxima, señorita,—añadió el médico saludando.—Volveré á las tres de la tarde y tendremos una consulta el médico de Madrid y yo.

Cuando Teresa entró en su habitación tenía los ojos secos y una sonrisa asomaba á sus delgados labios.

—Se muere... se muere...—murmuró en voz baja.—Es preciso no perder el tiempo, porque esta mañana me ha demostrado lo que me aborrece, y temo que reforme el testamento, que después de todo, está redactado en condiciones ventajosas para mí. ¡Oh! Maldito, qué agonía tan larga; no parece sino que se goza en desesperarme. Si Salvador no hubiera tenido miedo ya hace días que nos hubiéramos librado de ese viejo ingrato.

Y Teresa, dejándose caer en una butaca, se cubrió el rostro con las manos.

LIBRO III.

CONFESIÓN.

CAPITULO PRIMERO.

Los dos sacerdotes.

El mismo día que nos ocupa, á eso de las once de la mañana, se detuvo en la plaza de Carabanchel de Arriba una tartana desvencijada, uncida á un caballejo de pobre estampa, pelo largo y cuello angosto.

Bajaron de tan modesto vehículo cuatro personas: dos mujeres, un cabo de artillería y un sacerdote.

El sacerdote, que es el único de los cuatro viajeros que interesa conocer á nuestros lectores, era un anciano de respetable y tranquila fisonomía.

Tenía el cabello completamente blanco, y esta blancura hacía resaltar el moreno color de su demacrado semblante.

Bastaba verle para adivinar que aquel hombre se había expuesto muchas veces al rigor del sol y de los vientos.

El sacerdote vestía una especie de balandrán de paño con esclavina á picos, sujeto por una faja de estambre negra arrollada á la cintura, y un sombrero de fieltro de anchas alas.

Su rostro, venerable y simpático, sus ojos grandes y

de un azul oscuro le daban cierto carácter de respetabilidad.

Llevaba en la mano derecha un grueso cayado y un libro de oraciones en la izquierda.

Al bajar de la tartana el sacerdote dirigió una mirada en derredor suyo, y luego le preguntó á una mujer que pasaba por su lado:

—Dispense usted, señora, si la molesto: ¿sabrá usted por casualidad decirme en dónde vive el cura párroco de este pueblo?

La mujer, que miraba con cierta curiosidad al sacerdote, porque su traje se diferenciaba bastante del que usan los curas españoles, contestó:

—Sí señor, vive en esa calle de la derecha, número 64: es la última casa del pueblo.

—Muchas gracias, señora.

—No las merece, padre.

El sacerdote tomó la calle que acababan de indicarle con paso firme, que desmentía la blancura de sus canas, y poco después llamaba en la casa número 64.

Una mujer anciana abrió la puerta, y al ver á un sacerdote, cuyo traje no era el usual en el pueblo, se quedó parada ante él con muestras de curiosidad.

Pero esto duró poco, pues el forastero dijo:

—¿Está en casa el señor cura párroco?

—Sí señor.

—Ruego á usted le diga que un sacerdote, que un misionero que viene de América, desea hablar con él.

Otro sacerdote, casi de la misma edad, asomó su blanca cabeza por una puerta, y dijo con afable entonación:

—Adelante, hermano, adelante.

Los dos sacerdotes entraron en una sala baja, cuya ventana tomaba las luces de un pequeño jardín.

Aquella habitación, modestamente amueblada, era el despacho y la sala de recibo del cura párroco.

Un sofá de Vitoria, cuyo asiento de anea se hallaba oculto bajo uno de esos almohadones caseros forrados de percal, fué el sitio destinado por el amo de casa para ofrecer un asiento al desconocido visitante.

Diremos de paso, y para mayor claridad en el diálogo, que el sacerdote forastero se llamaba el padre Marcelo, y el cura párroco don Rosendo.

Sentados los dos en el sofá, don Rosendo dijo:

—¿En qué puedo servir á usted, compañero?

—Vengo desde América,—contestó el padre Marcelo con reposado acento,—y traigo una de esas misiones de ultratumba respetables para todo hombre de bien, pero sagradas para el sacerdote que vive esclavo de su deber.

Y como don Rosendo le miraba con ojos de asombro, el padre Marcelo, sonriéndose con dulzura, volvió á decir:

—Ante todo debo decirle á usted que esta visita que me proporciona el gusto y la honra de conocerle tiene algo de oficiosa, pues no es á usted á quien vengo á buscar desde América; pero usted puede darme algunas noticias sobre la persona que aquí me conduce.

—¿La conozco yo?

—Supongo que sí.

—Veamos entonces de quién se trata.

—De un millonario que se halla gravemente enfermo, y

que, según me han dicho en Madrid, vive hace algunos meses en las cercanías de este pueblo, en una casa de campo, buscando la salud que le falta.

—Supongo que alude usted á don Mateo de Robledano.

—El mismo, hermano mío; ése es el nombre de la persona que busco.

—Pues el pobre señor está muy enfermo; los médicos que se han encargado de su asistencia facultativa desconfían de salvarle.

—¿Y usted, hermano, le trata, le visita?—preguntó el padre Marcelo.

—Voy á verle con alguna frecuencia.

—¿Y tendría usted inconveniente en decirme qué clase de hombre es ese don Mateo de Robledano?

El cura don Rosendo miró con alguna extrañeza á su interlocutor, que mantuvo con impasible serenidad aquella mirada.

—Hombre,—añadió don Rosendo,—juzgando por las apariencias, le diré á usted que don Mateo parece un hombre de bien; hace bastantes limosnas á los pobres por mi conducto; pero debo confesar que por más que le predico en los ratos que le encuentro de buen humor, no he podido conseguir que cumpla con la Iglesia. No oye misa, ni comulga, ni confiesa: es una lástima.

—Efectivamente,—repuso el padre Marcelo,—es una lástima que un hombre tan caritativo no cumpla con la Iglesia; pero si hace muchas limosnas, los pobres pedirán á Dios por él, y Dios atiende siempre á los pobres.

—Ayer mismo—dijo el padre Rosendo—encontré al

médico del pueblo, que venía de ver á don Mateo, y me dijo: «*Pater,* creo que convendría disponer como cristiano á don Mateo, porque estoy viendo que se nos va de entre las manos». Pues bien, le contesté, que me llamen, estoy á sus órdenes, no deseo otra cosa que cumplir con mi deber; pero temo que no me llamen, si bien es verdad que yo estoy resuelto á ir aunque no me llamen, porque, según me han dicho ayer tarde, el enfermo hizo testamento.

—¡Testamento!...—repitió el padre Marcelo, como si aquella noticia le contrariara un poco.—¡Pues qué! ¿Tiene herederos directos?

—Tiene tres sobrinos, hijos de tres hermanos, y yo creo que ésos serán los que recojan el fortunón de don Mateo.

—Es natural... no teniendo hijos... Pero si los tuviera sería una injusticia desheredarlos, ¿no es verdad, hermano?

—¡Quién lo duda! Pero ¿ha tenido hijos durante su permanencia en América?

—He ahí una pregunta á la que es muy difícil contestar afirmativamente,—contestó el padre Marcelo sonriéndose con tristeza.—Yo, sin embargo, tal vez restablezca la justicia, dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; pero antes de llamar á la puerta de ese enfermo deshauciado por los médicos, de ese desgraciado lleno de millones que siempre tuvo los ojos apartados del cielo, he creído prudente recurrir á usted para enterarme de algunas particularidades. Después de oir la gravedad en que se halla el enfermo y saber que ha hecho testamento, no puedo perder ni un instante; es preciso que yo vea á ese hombre, que llegue hasta su alcoba, que le hable y que derrame algunos

rayos de luz, disipando las tinieblas en que se halla envuelto. ¡Ah! Estoy seguro que me lo ha de agradecer mucho, porque hasta los más réprobos, los más desalmados, les desagrada cometer una injusticia en la hora de la muerte.

Don Rosendo escuchaba asombrado al padre Marcelo sin acabar de comprenderle ni atreverse á pedirle explicaciones; tal era la gravedad evangélica con que hablaba aquel venerable sacerdote.

—Cuente usted conmigo para todo aquello en que pueda serle útil,—dijo después de una corta pausa don Rosendo.

—Gracias, hermano, y después de ese ofrecimiento usted me permitirá que le dirija algunas preguntas.

—Todas las que usted quiera; pues no faltaba más, cuando viene usted nada menos que de América; debe ser de la mayor importancia la comisión que aquí le trae. No pretendo saberla ni me importa; pero repito que me tiene usted á su lado.

El padre Marcelo hizo una ligera inclinación de cabeza, y preguntó:

—¿Qué gente rodea al enfermo que nos ocupa?

—Sus sobrinos y sus criados.

—¿Sus sobrinos viven con él?

—La señorita Teresa sí, don Diego y don Jacobo viven en Madrid, pero vienen todos los días á ver á su tío.

—¿Entre esos criados no hay un joven mulato qne trajo de América don Mateo?

—Sí señor, ese mulato es el ayuda de cámara del señor de Robledano; él es el que le acuesta y le levanta, el que le asiste; no se separa nunca de su lado, y posee toda su con-

fianza; yo supongo que se habrá acordado en su testamento de ese pobre muchacho.

—Sí, es de suponer,—contestó distraidamente el padre Marcelo.

Y cambiando de entonación, repuso:

—Decididamente, es preciso que hoy mismo vea yo á don Mateo de Robledano. ¿Puede usted proporcionarme esa entrevista?

—Por lo menos lo intentaré, sin que ofrezca conseguir lo que usted desea, atendidas las condiciones del enfermo y el retraimiento en que vive. Además, ya creo haber dicho á usted que es un hombre poco afecto á nuestra religión, ó por mejor decir, indiferente.

—En la hora de la muerte todos ponen la esperanza en Dios, y apartando los ojos de la tierra, los fijan en el cielo.

—Eso es verdad; pero también es cierto que don Mateo tiene prohibido en absoluto recibir visitas de personas desconocidas, y desde el momento en que su ayuda de cámara ó su sobrina Teresa le digan que un sacerdote desea verle, me temo mucho que se ponga en guardia para no recibirle, porque el enfermo, aunque grave y amenazado de muerte, según afirman los médicos, conserva la cabeza despejada y el juicio sano. A pesar de todo lo dicho, repito que puede usted contar conmigo, y si me llaman para confesarle, entonces lo arreglaremos de modo que ocupe usted mi lugar, y cumpla así los deseos que me manifiesta.

—¿Cree usted que don Mateo rechace en su última hora los auxilios de la religión?

—Tengo mis temores.

—¿Es protestante?

—Algo peor; es un hombre que en materias de religión no cree en ninguna. Al principio, cuando llegó al pueblo, procuré convencerle y conducirle por el buen camino, pero todo fué en vano, aunque confieso que siempre le encontré propicio para socorrer al menesteroso, y esto ha hecho que yo continuara visitándole.

—Pero hoy se halla, según se dice,—añadió el padre Marcelo,—en grave peligro de muerte, y en esos casos los hombres cambian mucho.

—Esa es mi esperanza. Pero ¿y si don Mateo no cree en la gravedad de su mal? Porque ya sabe usted que mientras la cabeza está despejada se confía y se espera.

—¿Pero efectiva y realmente está ese hombre amenazado de muerte?

—Lo está; la parálisis se ha apoderado de sus piernas, la hinchazón avanza, y no es posible que se salve por bien que se le cuide.

—Entonces no puedo perder un minuto; voy ahora mismo á llamar á las puertas de su casa; Dios guiará mis pasos, Dios me conducirá hasta la alcoba del moribundo.

El padre Marcelo se levantó, pero en aquel momento llamaron á la puerta: era un criado de don Mateo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó don Rosendo.

—Vengo de parte de la señorita Teresa á suplicarle á usted que se pase por casa á la mayor brevedad, pues según parece el amo se halla peor. Ha tenido un ataque que ha durado más de media hora, y los médicos temen que en uno de esos ataques se quede muerto.

—¡Ah!—exclamó don Rosendo mirando al padre Marcelo.—Esto ya es distinto.

Y dirigiéndole la palabra al criado, repuso:

—Dígale usted á la señorita Teresa que iré al momento, pues supongo que se trata de disponer al pobre enfermo.

—Así parece,—contestó el criado.

—Bien, bien; diga usted que ya voy.

El criado salió, y los dos sacerdotes se quedaron solos.

—Vaya, padre Marcelo,—dijo don Rosendo,—parece que Dios se coloca de parte nuestra para que consigamos nuestros deseos; en casa del rico millonario don Mateo de Robledano necesitan un sacerdote y me llaman á mí, como podrían llamar á otro cualquiera; así es que en vez del padre Rosendo irá el padre Marcelo, que viene nada menos que desde América á cumplir un encargo sagrado, y es justo que yo le ceda mi puesto.

—Acepto la proposición,—contestó el padre Marcelo estrechando la mano de su compañero.

—Sólo que tendremos que decir una pequeña mentira,—repuso el cura párroco;—por ejemplo, que yo me he puesto malo. Eso me disgusta un poquillo, pero, ¡qué diantre! no hay más remedio.

—Esa pequeña mentira, que á usted disgusta como me disgusta á mí, producirá un gran bien al enfermo, y tal vez sirva para reparar una gran injusticia.

—Entonces, no se hable más: queda usted nombrado mi sustituto junto al lecho del enfermo, y avisaré al sacristán para que se halle dispuesto por si hay que suministrar al paciente los auxilios de nuestra santa religión. Ahora voy á

escribir dos letras á la señorita Teresa, que le servirán á usted de introducción en la casa.

—¿A la señorita Teresa?

—Sí, es la sobrina del señor de Robledano la que se halla al frente de la casa.

El padre Marcelo guardó silencio; don Rosendo sentóse junto á una mesa y escribió la siguiente carta, leyéndola luego en voz alta:

«Señorita doña Teresa Sánchez de Robledano.

»Muy señora mía y amiga: Una indisposición repentina me impide en este momento pasar por su casa. Como los auxilios espirituales que de nuestra santa religión exige un enfermo grave no deben retardarse, le envío á mi generoso amigo, mientras quedo rogando á Dios por él, al padre Marcelo, portador de esta carta, piadoso sacerdote, que me sustituirá, con la seguridad de que el pobre enfermo encontrará en mi representante todos los consuelos que el alma afligida necesita en el duro trance de la muerte.

»Dios quiera, señorita Teresa, que nuestros temores se desvanezcan, y que el pobre don Mateo se libre de los peligros que le amenazan.

»Soy de usted seguro servidor y afectísimo amigo, que besa sus piés,—*Rosendo.*»

Terminada la lectura, el cura párroco dijo:

—Si á pesar de esta carta de introducción se presentan dificultades para que usted llegue hasta la alcoba del enfermo, entonces buscaremos otro recurso; en fin, cuente usted conmigo.

—Acepto el ofrecimiento, como acepto con gratitud esta

carta, porque sería una desgracia muy grande el que ese pobre enfermo muriera sin oirme antes.

El padre Marcelo estrechó la mano del cura párroco, y salió de su casa convencido de que había tropezado con un buen sacerdote, con un hombre de bien.

La criada del padre Rosendo acompañó al padre Marcelo hasta el camino que conducía á la quinta del americano, como se le llamaba en el pueblo.

CAPITULO II.

El sustituto del padre Rosendo.

Algunos minutos después se detenía ante la verja que daba paso al jardín de la casa de don Mateo de Robledano.

Durante algunos segundos el padre Marcelo, inmóvil y con la frente inclinada sobre el pecho, permaneció delante de la verja.

Diríase que aquel venerable sacerdote mantenía una lucha consigo mismo, y esa lucha le impedía avanzar, enclavándole en la tierra que pisaba.

De pronto levantó los ojos, los fijó en el cielo y murmuró en voz baja estas palabras:

—Dios mío, tú conoces la rectitud de mis intenciones, tú que me has salvado de tantos peligros y me has dado fuerza para sufrir tantos dolores; mi presencia en esta casa producirá indudablemente grandes tempestades, pero yo no debo detenerme, yo debo avanzar, y avanzo.

Y diciendo esto, el padre Marcelo tiró del llamador de la campanilla.

El jardinero acudió á la verja, y al ver á un sacerdote que no era el padre Rosendo, se quitó la gorra, preguntándole antes de abrir:

—¡Qué se ofrece, padre?

—¿Vive aquí don Mateo de Robledano?

—Sí señor; aquí vive.

—¿Está en casa la señorita Teresa?

—Sí señor.

—Entonces, tenga usted la bondad de anunciarle mi visita y decirle que vengo de parte del cura párroco don Rosendo.

El jardinero abrió la verja y condujo al padre Marcelo hasta la habitación del piso bajo, en donde se hallaba la sobrina de don Mateo.

Teresa, al ver á un sacerdote de rostro venerable y cabellos blancos, pero desconocido para ella, se levantó, saludándole con un movimiento de cabeza.

—El padre Rosendo, que se halla algo indispuesto, me ha entregado para usted esta carta,—dijo el padre Marcelo,—pues supongo que es usted la señorita doña Teresa Sánchez de Robledano.

—La misma soy, y muy servidora de usted, padre,—contestó Teresa, cogiendo la carta.

Y rompiendo el sobre, añadió:

—Con el permiso de usted.

Mientras Teresa leía la carta, el padre Marcelo no apartaba de ella los ojos.

Sin poderse explicar la causa, las duras y rígidas facciones, la palidez biliosa de Teresa, le eran repulsivas.

—Tome usted asiento, padre,—dijo Teresa después de

terminada la lectura.—Siento infinito la indisposición de don Rosendo, y sin que remotamente sea mi idea ofender á usted, temo que mi pobre tío no acepte la sustitución.

Teresa hablaba con gran pausa y mirando fijamente al sacerdote, que iba siguiendo una á una sus palabras, moviendo la cabeza y sin dejar de mirarla á su vez.

—Además,—añadió Teresa,—la presencia de un sacerdote desconocido en la alcoba del enfermo puede trastornarle, como usted no ignora; mientras que el padre Rosendo, como es amigo de la casa, no causaría la menor extrañeza, pues nada más natural que verle, sobre todo para mi buen tío, cuya vida nos es á todos tan precisa.

—Hija mía,—repuso el padre Marcelo con dulce y serena entonación,—nunca la presencia de un sacerdote ni los auxilios de la religión producen mal efecto ni tienen funestas consecuencias para los enfermos, sino que por el contrario, les sirven siempre de gran consuelo. Cuando la muerte bate sus alas impalpables sobre el lecho de un moribundo; cuando la ciencia de los médicos desespera de curar el cuerpo y entra el sacerdote á salvar el alma, el moribundo aparta los ojos de la tierra para fijarlos en el cielo, y el sacerdote, conocido ó desconocido, no es un hombre, es algo más, señorita; repito, por lo tanto, que nunca los últimos auxilios de la religión cristiana causaron la muerte de aquellos que los recibieron, sino que por el contrario, devolvieron la salud á muchos, produciéndoles inefables consuelos en tan amargo trance. Deseche usted por consiguiente todo recelo. ¡Quién sabe!... Tal vez Dios me conduce á esta casa, porque, hija mía, en este mundo todo está sujeto á la voluntad de Dios.

Teresa miraba al sacerdote sin pestañear, pues las palabras de aquel venerable anciano resonaban en su corazón de un modo que le oprimía el espíritu.

Sin poderse explicar la causa, creía ver un peligro en la presencia de aquel hombre; así es que dijo con balbuciente acento:

—El caso es, padre mío, que no encuentro el modo de anunciar al enfermo la visita de usted.

—Puede usted decirle, hija mía, que un sacerdote que no es extraño á la medicina, y que viene de América, ha sabido que estaba enfermo y desea verle.

—¡Ah! ¿Es usted médico?...—preguntó con cierto recelo Teresa.—¿Viene usted de América?

El padre Marcelo observó que la palidez de Teresa había aumentado, y que su voz era insegura y temblona al dirigirle las anteriores preguntas.

—Todos los misioneros, hija mía, tenemos por necesidad que dedicarnos algo al estudio de la medicina y al conocimiento de los maravillosos efectos de las plantas y de las flores, porque no en pocos casos la medicina es un auxiliar poderoso de la religión. En Africa, en Asia, en América, adonde he llevado la palabra del Evangelio, me he visto muchas veces precisado no solamente á salvar el alma, sino el cuerpo. ¡Quién sabe si mis cortos conocimientos podrán ser hoy útiles al enfermo que en esta casa lucha con la muerte!

—De nada respondo,—dijo Teresa, mirando con recelosos ojos al sacerdote;—nada espero conseguir, atendido el carácter de mi tío y la situación tristísima en que se halla.

—Un sacerdote no está demás junto al lecho de un mori-

bundo,—añadió el padre Marcelo con dulzura,—procure usted, hija mía, convencerle para que me reciba, porque tal vez yo le traiga la salud del alma, ya que no la del cuerpo.

Los temores de Teresa aumentaban. Aquel sacerdote podía ser un peligro para ella; para ella, que estaba esperando con ansia la muerte de su tío.

Pero ¿cómo oponerse á una súplica dirigida con tan evangélica entonación? ¿Cómo negarle á aquel venerable sacerdote lo que le pedía? Así es que, suplicándole al padre Marcelo tuviera la bondad de esperarla un momento, se dirigió al gabinete de su tío.

Pancho el mulato, que no se separaba nunca del lado de su amo, se hallaba leyendo junto á la alcoba.

Al ver á Teresa se levantó y salió á su encuentro.

—Duerme, y su sueño es tranquilo,—le dijo.

—El sacerdote ha llegado,—repuso Teresa en voz baja;—pero no es el padre Rosendo, es otro.

—¡Cómo otro!... ¿Y por qué?

—Porque el padre Rosendo está indispuesto, y me manda un sustituto en su lugar.

—Eso complica un poco la situación,—añadió Pancho moviendo con cierto disgusto la cabeza.—El padre Rosendo es un amigo de casa, y el señor no se extrañaría al verle entrar en su alcoba; pero un desconocido ya es otra cosa: el señor puede sobresaltarse, y usted sabe que debemos evitar todo lo posible que se repitan los ataques y los desvanecimientos.

—Eso mismo le he dicho yo,—repuso Teresa;—pero según parece, tiene gran empeño en ver á mi tío.

—¿Le conoce?

—Creo que no; pero dice que es un misionero que viene de América, que sabe algo de medicina y que tal vez le traiga al enfermo la salud del cuerpo y del alma.

—¡Es extraño!... ¿Y cómo ha sabido ese sacerdote que don Mateo se encontraba enfermo de gravedad?

—Lo ignoro; pero sin duda se lo ha dicho el padre Rosendo, que no pudiendo venir, me lo recomienda en esta carta.

Y Teresa entregó la carta á Pancho.

El mulato leyó la carta, y luego dijo:

—Todo esto es muy extraño, y á la verdad, señorita Teresa, yo no me atrevo á introducir á ese sacerdote desconocido en la alcoba del amo. Su mal humor aumenta por momentos, todo le sobresalta, todo le inquieta, de todo recela, y por mi parte no quiero cargar con la responsabilidad.

—¿Y qué hacemos?—preguntó Teresa, que comprendía los temores del mulato y estaba dispuesta á no desvanecerlos.—No se planta en la calle á un sacerdote venerable, si bien yo conozco que su presencia puede causarle una viva y desagradable impresión á mi pobre tío.

—¿Dónde está ese buen señor?—preguntó Pancho después de una breve pausa.

—En mi gabinete del piso bajo.

—La consulta de los médicos será hoy á las tres de la tarde, tenemos tiempo; voy, con el permiso de usted, á ver á ese señor sacerdote, y mientras tanto, tenga usted la bondad de quedarse aquí por si el amo pide algo.

Pancho salió precipitadamente de la habitación, y Teresa,

inquieta y sobresaltada, fué á sentarse en una butaca junto á la alcoba.

Trascurrieron quince minutos. El silencio era profundo, sólo interrumpido por la fatigosa respiración del enfermo.

Por fin Pancho se presentó en la puerta del gabinete.

Parecía hallarse conmovido. Teresa le interrogó con una mirada.

—Ese sacerdote está empeñado en ver al amo,—dijo Pancho;—voy, con el permiso de usted, á anunciarle su visita.

Pancho dijo esto encaminándose hacia la alcoba.

Teresa no apartaba los ojos del mulato, manifestando su asombro.

—Es muy extraña la tenacidad de ese buen sacerdote,—se dijo.

—¡Quién sabe!—añadió Pancho.—Tal vez le traiga la salud.

—¿Y va usted á despertar á mi tío?—añadió Teresa.—Los médicos le han recomendado el reposo.

—Pero ¿y si ese misionero trae algún remedio desconocido? No debemos perder tiempo; yo no quiero tener remordimientos, no quiero que me acuse la conciencia, y pondré de mi parte todo cuanto pueda para salvar á mi querido amo.

—¿Qué será esto?—se dijo Teresa hablando consigo misma.—¿Qué le habrá dicho ese sacerdote á Pancho, que tan dispuesto se halla á dejarle franca la entrada? Procuraré saberlo, porque la intranquilidad de mi espíritu me dice que viva alerta.

Y Teresa, levantándose de la butaca, añadió en voz alta:

—Yo me retiro; no quiero cargar con la responsabilidad

del mal efecto que la presencia de ese sacerdote desconocido produzca á mi tío.

Teresa salió del gabinete.

Pancho permaneció un momento indeciso junto á la puerta de la alcoba, y por fin, descorriendo la cortina, entró, quedándose de pié junto á la cama.

En aquel momento el enfermo abrió los ojos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Pancho?—dijo.—He dormido mucho, ¿no es verdad?

—Más de dos horas, señor; y eso es muy bueno, según afirman los médicos.

—Sin embargo, Pancho, me siento muy mal; pronto dejaré de molestarte.

—¡Bah! Lo que yo quisiera es que el señor me molestara por espacio de veinte ó treinta años más, porque por mucho que me moleste nunca le pagaré los beneficios que le debo.

—Ya sé que eres agradecido... ya sé que te aflige la situación en que me hallo; por eso no quiero que sirvas á nadie después de mi muerte; tu porvenir quedará asegurado, y en vez de ser criado serás amo. Dime: ¿no han venido hoy mis sobrinos Diego y Jacobo?

—No señor; pero supongo que no tardarán; ya sabe usted que vienen todas las tardes.

—Nada me extraña... Son jóvenes, y Madrid tiene muchos encantos para los jóvenes.

Y dejando asomar una triste sonrisa á sus labios, añadió:

—Dios me perdone si pienso mal, pero creo que mis sobrinos están deseando que me muera para repartirse mi herencia.

—¡Bah, señor! No piense usted esas cosas.

—Tú eres muy bueno, Pancho, muy leal y muy agradecido; pero no todos son lo mismo.

Y bajando la voz y mirando con fijeza al mulato, añadió:

—En particular Teresa... ¡Oh! Teresa tiene mala sangre, me aborrece y aborrece á sus primos hermanos. Cada sonrisa que se ve obligada á dirigirme le clava una espina en el corazón. Su voz es áspera y desabrida cuando me dirige algunas palabras de cariño. Como que le cuesta una gran violencia pronunciarla; pero yo la compadezco.

—Vamos, señor, creo que no es usted justo; la señorita Teresa tiene su carácter, pero su corazón es bueno; y en cuanto á los señoritos don Diego y don Jacobo, le quieren á usted como á un padre.

—Tú juzgas á los demás por tí mismo, y sigüiendo así, te llevarás muchos desengaños en este mundo.

—¡Ah! Me olvidaba decirle al señor una cosa,—añadió Pancho, recordando en aquel momento al sacerdote que esperaba en la antesala.

—¿Y qué cosa es ésa, Pancho?—preguntó el enfermo.

—Un venerable sacerdote que quiere ver á usted.

—¡A mí!... ¡Un sacerdote!... ¿Tan malo estoy, Pancho, que ya los médicos le dejan la vez al cura?—preguntó don Mateo mirando con fijeza al mulato.

—No es eso, señor,—contestó Pancho, sonriéndose para tranquilizarle.

—Pues entonces...

—Es que ese cura desea ver á usted, porque es médico también y quiere probar si le salva.

—Pero ¿quién es ese cura, es don Rosendo?

—No señor; es un sacerdote que viene de América y que ha estado en las misiones de Africa.

—¡De América!... Pero ¿él me conoce?

—Creo que no.

—¿Y quién le manda?... ¿Por qué quiere verme?—preguntó el enfermo, incorporándose un poco sobre el brazo derecho.

—Sólo sé, señor, que ese venerable misionero tiene gran empeño en ver á usted. Además es médico, según ha dicho, y quién sabe si traerá alguna planta maravillosa que le devuelva á usted la salud.

—Pues bien, déjale entrar y sabremos qué es lo que quiere... Yo nada pierdo con eso, ¿no es verdad, Pancho?

Y el enfermo, dejando asomar á sus ojos un destello de alegría, añadió:

—¡Ah! Si al menos me curara... Pero es muy difícil, ó por mejor decir, imposible.

—Mientras el alma está en el cuerpo nunca deben perderse las esperanzas.

—Dices bien. Que pase, que pase,—añadió el enfermo, dejando caer la cabeza sobre las almohadas.

Pancho salió de la alcoba, y poco después volvió á presentarse, seguido del padre Marcelo.

CAPITULO III.

Recuerdos intimos.

Don Mateo de Robledano era uno de esos infinitos hombres que siendo católicos, apostólicos romanos viven sobre la tierra ocupados en sus negocios, sin acordarse del cielo ni cumplir con la Iglesia.

Oir misa, confesarse y comulgar había sido siempre para don Mateo *letra muerta*.

Jamás le había pasado por la imaginación que un cura fuese el intermediario entre él y Dios, y no pocas veces había creído inútil y de ningún provecho la carrera del sacerdocio.

Así había llegado á la edad de sesenta años, sin que turbaran sus sueños otras inquietudes que las que producen los malos negocios á los hombres que anhelan enriquecerse y los achaques del cuerpo que mortifican.

Sin embargo, desde el momento que la enfermedad le postró y el temor á la muerte conturbó su espíritu, solía de vez en cuándo preguntarse en sus horas de amarga soledad:

—¿Qué habrá después de esta vida?

Pero á esta pregunta nunca acertaba á responderse de un modo satisfactorio, porque la indiferencia, profundamente arraigada en su corazón, llenaba de dudas su cerebro, que no sabía resolver.

Así fué deslizándose la vida de don Mateo, sin que las creencias religiosas se arraigaran en su corazón, y así llegó el día que nos ocupa en el presente capítulo.

El padre Marcelo era uno de esos sacerdotes de rostro venerable, de mirada afable y sonrisa dulce. Todo en aquel sacerdote inspiraba confianza, captándose desde el primer momento las simpatías.

Cuando el padre Marcelo entró en el gabinete del enfermo, hizo una seña á Pancho para que se retirara, y éste salió, cerrando la puerta.

Don Mateo volvió á incorporarse un poco sobre el brazo, y con los ojos inmensamente abiertos vió al venerable sacerdote, que se iba acercando con pausado paso hacia la cama sonriéndose de un modo evangélico, y mirándole con una expresión de infinita ternura.

Ante aquella respetable personalidad, ante aquella cabeza blanca como la nieve que se acercaba á su lecho, don Mateo sintió por primera vez en su vida algo desconocido en el fondo de su corazón, una impresión nueva en su espíritu y un gran deseo de besarle la mano á aquel sacerdote.

Por un momento el enfermo dudó si era un hombre ó un ángel el que se acercaba á su cama.

El padre Marcelo comprendió indudablemente el buen efecto que su presencia producía, pues cuando estuvo junto

á la cabecera de la cama, extendió el brazo y don Mateo le cogió la mano y se la besó.

Durante algunos segundos permanecieron mirándose y sin hablar el padre Marcelo y el enfermo.

En aquella mirada había algo de atracción, de magnetismo, sobre todo para don Mateo, y hasta tal punto, que le hubiera sido imposible hablar.

Por fin el sacerdote dijo:

—Hijo mío, Dios, á quien todo está sujeto en este mundo; Dios, sin cuya voluntad no se mueve ni una hoja de los árboles ni un átomo de polvo de la tierra, me conduce desde los bosques de América hasta esta casa para que cumpla el sagrado encargo que me hizo una pobre mujer moribunda, una desgraciada criatura, cuyo cuerpo bajó á la fosa y cuya alma indudablemente subió al cielo á gozar de las bienaventuranzas.

El sacerdote se detuvo. Don Mateo le miraba con asombro.

—Tal vez llegue á tiempo para reparar una gran injusticia,—volvió á decir el padre Marcelo con solemne entonación, con voz sumamente baja é inclinando la cabeza sobre el cuerpo del enfermo.—El secreto que en mí depositó una moribunda allá en los bosques de América tal vez sirva de bálsamo consolador al corazón de usted; oiga, pues, y luego pida á la conciencia que cumpla con su deber.

El sacerdote se sentó en una silla junto á la cabecera de la cama, y colocando una de sus manos sobre la frente del enfermo, prosiguió:

—Leo en sus ojos el asombro que le causan mis palabras, el efecto que mi voz produce en su espíritu; pero bastará que

yo pronuncie un nombre para que adivine la misión que me conduce aquí desde lejanas tierras: este nombre es Cora.

El enfermo se estremeció visiblemente, sus ojos se agrandaron, y repitió con trémulo acento:

—¡Cora!... ¡Pero Cora ha muerto hace muchos años!

—Hijo mío,—volvió á decir el sacerdote,—Cora ha muerto hace dos meses en mis brazos, y yo vengo á cumplir su última voluntad.

—¡Dos meses!... ¡Dos meses solamente!... ¡Oh! ¡Cómo es posible eso!... Hace muchos años que bajó para mí esa desgraciada á la fosa... Pero por Dios, padre, cierre usted todas las puertas, que nadie nos oiga, puesto que, según creo, va usted á hablarme de Cora; de Cora, á quien he buscado inútilmente; de Cora, que es el único grito que sobresalta mi conciencia; de Cora, á quien hice tan desgraciada... Sí, padre, cierre usted todas las puertas, porque no todos los que me rodean son amigos leales...

El padre Marcelo salió de la alcoba, y viendo la puerta del gabinete cerrada, volvió á sentarse junto á la cabecera del enfermo.

—Estamos solos,—repuso.

Y notando la sobrexcitación del enfermo, repuso:

—Tranquilícese usted, nadie puede oirnos; pero hablaremos sin embargo en voz baja.

—Sí, muy baja para que nadie nos oiga,—dijo el enfermo.

Y exhalando un profundo suspiro, añadió:

—¡Pobre Cora! Hábleme usted de ella; hábleme usted de ella, porque, como he dicho, hay algo en mi conciencia que me acusa, algo que yo quisiera reparar en la hora de mi

muerte, porque si detrás de ese cielo hay para las almas un premio ó un castigo, sería un bien para mí.

—Pobre hijo mío, pobre incrédulo, infeliz ciego,—contestó el padre Marcelo,—que ha caminado por la tierra entre tinieblas sin ocuparse nunca de la luz que tanta falta hace. Sí, detrás de ese cielo está la vida eterna, está el premio y el castigo; desgraciado de aquel que cierra los oídos á la verdad. ¡Quién sino Dios ha guiado mis pasos, quién sino Dios ha permitido que llegue aquí desde lejanas tierras! Pero antes, hijo mío, que yo le hable de Cora, antes que yo le revele los secretos que ella me confió, comience por descargar su conciencia confesando sus culpas, y luego uniré mi relato á su confesión, pidiéndole á Dios que le abra las puertas del paraíso á su alma.

—Es justo, muy justo, padre mío,—murmuró don Mateo, profundamente conmovido ante la solemne entonación del sacerdote.

—Hable usted, le escucho, y no vea en mí otra cosa que la tolerancia, la clemencia, el perdón.

El enfermo, después de una corta pausa, que empleó sin duda en traer á la memoria recuerdos del pasado, habló de esta manera:

—El afán del oro, esa fiebre que se apodera de los hombres cuando corren locos en pos de la fortuna que codician, me llevó á la Habana cuando apenas contaba veinte años de edad. Algunos años después contraje matrimonio con una mujer á quien no amaba, por la que no sentía ni la más pequeña inclinación; pero era rica, inmensamente rica, y le dí el nombre de esposo.

El enfermo respiró con avaricia, como si sus pulmones se sintieran faltos de aire, y luego volvió á decir:

—Fuí muy desgraciado con aquella mujer, padre mío, y para olvidar los inmensos disgustos que me rodeaban, busqué como hombre rico algo que me distrajera de las mortificaciones sufridas en el hogar doméstico. La casualidad, madre siempre de los grandes acontecimientos de la vida, hizo que conociera á Cora en un pueblo de las inmediaciones de la Habana; su padre al morir me la recomendó; la pobre huérfana contaba apenas diez y ocho años de edad. ¡Yo fuí un infame!... Me prendé de sus gracias, le declaré mi amor y fuí correspondido; y ella, creyendo en mis juramentos, dando fe á mis engaños y á mis mentidas palabras, me entregó su cuerpo y su honra, porque como desconocía la perfidia, no podía creer que yo la engañase tan vilmente...

Así pasaba el tiempo,—volvió á decir el enfermo con fatigosa voz,—y así olvidaba yo las amarguras de mi hogar doméstico en los brazos de Cora. Juro á usted, padre mío, que las únicas horas de felicidad que disfrutaba por entonces eran las que pasaba al lado de Cora, contemplando la dulce sonrisa de nuestro hijo, que nos miraba desde su cuna.

Cora, como he dicho, vivía en un pueblo cercano á la Habana, yo iba á visitarla todas las noches; pero un enemigo irreconciliable había descubierto nuestra felicidad, y nos acechaba, deseoso de vengarse de nosotros; este enemigo era mi esposa, era la pérfida mujer que había manchado más de una vez con sus liviandades el tálamo nupcial, era la criatura que yo más despreciaba y aborrecía en el mundo, pero

á la que desgraciadamente el vil interés me tenía sujeto.

Nuestros amores eran un secreto para todo el mundo menos para una pobre negra que había sido nodriza de Cora y era su confidente.

Una noche encontré á Cora llorando junto á la cuna de su hijo. Era la primera vez que yo entraba en el cuarto de Cora sin que saliera á recibirme con los brazos abiertos.

—¿Qué tienes?—le pregunté sobresaltado.

—Un gran dolor en el corazón,—me contestó;—una profunda pena en el alma.

Y juntando las manos y mirándome de una manera que conturbó mi espíritu, repuso:

—¿Qué te he hecho yo para que me mates, para que destroces mi pecho, para que hagas añicos mi felicidad, para que deshonres esa inocente criatura que duerme en esa cuna?

Yo, al ver la expresión de profundo dolor que manifestaba el hermoso semblante de Cora, retrocedí un paso, preguntando con miedo:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Lo que ha pasado, Mateo, es efectivamente muy horrible, muy espantoso para mí.

—Pero ¿qué tienes?—le pregunté, haciendo un ademán como para cogerle la mano.

Cora me miró con fijeza, hizo un esfuerzo para dominarse, y llevándose ambas manos á la frente, exclamó en un arranque de desesperación:

—No, no puede ser cierto lo que me han dicho; no, no quiero creerlo, porque sería horrible tanta perfidia; y sin embargo, por más que procuro tranquilizarme, lloro y tiemblo.

—Pero bien, ¿qué te han dicho?—le pregunté con creciente inquietud.

—Me han dicho, Mateo, me han dicho—exclamó Cora colocando su mano sobre mi hombro y mirándome con fijeza—que eres casado, que tienes un hijo, que no puedes cumplirme tu juramento, que estoy deshonrada, y que ese hijo, inocente de toda culpa, no será otra cosa que un hijo natural, un bastardo.

Esta reconvención, arrojada al rostro por Cora, me oprimió el pecho de un modo doloroso, y en vez de ser franco con ella, me faltó el valor; mentí, sí, mentí, lo confieso avergonzado, y negándole la verdad, llegó mi indisculpable conducta hasta el extremo de convencerla y tranquilizarla.

¡Ah! Mis palabras quemaban mis labios, me avergonzaban á mí mismo desde el fondo de la conciencia, y mientras tanto, Cora se sonreía, y rodeando mi cuello con sus brazos, murmuraba en voz baja:

—No, no era posible que tú cometieras una infamia tan grande con la mujer que tanto te ama, Mateo mío; no era posible que me engañaras de un modo tan cruel, tan inicuo; perdóname si por la primera vez de mi vida te he recibido con desdén y con enojo en este poético nido donde se alberga nuestro amor, en este rincón del mundo donde vive nuestro hijo.

Yo fuí bastante infame—continuó el enfermo con angustiosa voz—para seguir mintiendo, y le dije:

—Mañana parto para New-York, donde me detendrá un negocio muy productivo algunos meses. Esta separación me causa profunda pena, pero ella asegura mi porvenir, el tuyo

y el de nuestro hijo; á mi regreso te cumpliré mi palabra, serás mi esposa y Alejandro tendrá un padre.

¡Pobre Cora! Ella dió crédito á mis nuevas infamias, y abrazada á mi cuello lloraba y me bendecía. ¡Oh! ¡Con cuánta razón me habrá maldecido, me habrá despreciado después!

—Cora, ni ha maldecido á usted nunca,—exclamó el sacerdote,—ni ha despreciado jamás al padre de su hijo. Sufría y esperaba con la resignación de los mártires, porque su alma era todo amor, todo bondad.

—Aunque me hubiese maldecido, aunque me hubiese despreciado, yo no tendría derecho para ofenderme,—repuso don Mateo.—No, no, yo me porté como un malvado; pero bien sabe Dios lo que sufrí cuando al regresar de mi viaje encontré que Cora y su hijo habían desaparecido. Todo cuanto hice por encontrarlos fué inútil, y creyéndolos muertos, derramé abundantes lágrimas, dedicadas á su memoria, tan querida para mí.

Aquí el enfermo se detuvo, llevóse las manos á los ojos, y exclamó en un arranque de desesperación:

—Cora, Cora de mi alma, tu profecía se ha cumplido, pues yo recuerdo que una noche, contándote mis planes, manifestándote mi afán de enriquecerme, me dijiste con dulce y enamorado acento: «Mateo, no consiste la felicidad en ese oro que codicias, en esa riqueza que te preocupa, sino en el cariñoso calor que presta la familia. Yo nada ambiciono tanto como tu amor y el de mi hijo: poseyéndolos me creo verdaderamente feliz, porque aquellos que no abrigan en su alma otra pasión que la avaricia, cuando la vejez les sorprende su hogar es un desierto, un páramo que asfixia, que

ahoga, que mata...» ¡Ah! Cora leía en lo porvenir; yo soy un viejo cargado de millones, de achaques y de dolores; un pobre viejo que agoniza solo y sin familia, como un miserable leproso cuya muerte no arranca ni una lágrima ni un suspiro de compasión. Dios me castiga, y acato con humildad sus fallos.

Abundantes lágrimas corrían de los ojos del enfermo, y profundos sollozos se escapaban de su pecho.

CAPITULO IV.

La alegría en la tristeza.

El padre Marcelo guardó silencio durante algunos minutos, dando tiempo al enfermo para que se repusiera de las emociones que acababa de experimentar.

Cuando le vió un poco más tranquilo, le dijo:

—Mal se ha portado usted, hijo mío, con aquella desgraciada, que por su confianza y su amor era digna de mejor suerte. Pero continúe usted su relato, pues supongo que aún tendrá algo más que decirme.

—Muy poco,—añadió don Mateo.—A pesar de mi opulencia, de mis millones, yo no era feliz. La memoria no podía borrar el recuerdo de Cora y de su hijo, de quienes había perdido la esperanza de ver nunca. La presencia de mi esposa Remedios me era repulsiva, hacía mucho tiempo que vivíamos separados dentro de nuestra misma casa, cubriendo solamente las apariencias ante la sociedad y las personas que nos rodeaban.

Una noche yo me hallaba en mi dormitorio, cuando se

abrió la puerta y vi aparecer á Remedios. Al verla me estremecí, sospechando que iba á darme alguna mala noticia, puesto que se permitía entrar en mi cuarto á una hora tan avanzada de la noche.

Yo parecía adivinarlo, presentirlo, en su fría mirada, en la desdeñosa altivez de su frente.

Confieso que aquella mujer me daba miedo.

Remedios se dejó caer en una mecedora, inclinó la cabeza sobre el respaldo, y mirándome y sonriéndose de un modo provocativo, me dijo:

—Supongo que no habrás encontrado aún á tu querida Cora ni á tu adorado Alejandro.

Aquella pregunta aumentaba mis inquietudes; pero dominándome, contesté:

—No comprendo por qué me diriges esa pregunta, ni por qué te permites entrar en mi dormitorio á estas horas sin pedirme antes permiso; así lo hemos convenido hace tiempo, y veo con disgusto que lo has olvidado.

—Eres muy ingrato, Mateo,—me replicó, sin dejar de mecerse ni de mirarme;—vengo á darte una noticia que te interesa, y me recibes con tu proverbial grosería. ¡Qué ingratitud tan grande!...

Yo adiviné que aquella mujer rencorosa y perversa iba á decirme algo terrible, pues me odiaba de muerte.

—Mucho sentiré—añadió sin dejar de sonreirse—que nuestro hijo tenga tu carácter.

—Tú sabes que ese hijo no es mío,—le contesté con repugnancia.

—¿Que no es tuyo?—añadió con un cinismo irritante.—

Sin embargo, lleva tu apellido, nació en tu casa, se nutrió en las entrañas de la mujer á quien llamas tu esposa, y es el único heredero de la fortuna de su madre, de su padre y de su abuelo. Como yo tengo la obligación de defender los intereses de ese hijo á quien tú le niegas la paternidad, por eso he procurado que desaparezcan la mujer á quien amas y el hijo á quien llamas tuyo; ya ves que te hablo con franqueza.

Al oir estas palabras lancé un grito de rabia, toda la sangre se me subió á la cabeza, y confieso que aquella mujer corrió grandes peligros.

—¡Tú... tú!...—le dije avanzando unos pasos.—¡Tú has hecho desaparecer á Cora y á su hijo! ¡Ah, infame! Si no me revelas al momento su paradero, si no me dices dónde se hallan, ¡pobre de tí!

—¡Quién es capaz de saberlo!...—respondió sonriendo siempre.—Tal vez á estas horas han dejado de existir.

—¡Muertos!... ¡muertos!...—exclamé.—¡Oh! Si eso fuese cierto, tú también morirías.

Remedios hizo una mueca de desprecio, que acabó de inflamar mi sangre, de enloquecerme, y entonces vi pasar por delante de mis ojos una ola de sangre, y extendí los brazos para estrangular á aquella infame.

Pero Dios quiso sin duda evitarme un crimen y las terribles consecuencias que le acompañan, y antes de tocar con mis manos el cuerpo de aquella mujer rencorosa, caí al suelo desplomado y como si un rayo me hubiese herido.

Un ataque cerebral me libró de matar á aquella mujer y morir en un presidio ó en un patíbulo.

Cuando recobré el conocimiento, cuando pude darme cuen-

ta de lo ocurrido, habían pasado quince días, durante los cuales había luchado entre la vida y la muerte.

Una vez restablecido, recuperadas las fuerzas, comencé á buscar á Cora y á mi hijo; pero todo fué en vano: no pude encontrar el menor rastro de su existencia.

Mi desesperación fué grande: llegué hasta el punto de suplicar de rodillas á mi pérfida esposa que me indicara el paradero de aquellos seres que tanto amaba.

Remedios, ó me escuchaba con indiferencia, ó se reía de mi ansiedad.

¡Ah! ¡Cuánto sufrí al lado de aquella mujer! ¡cuánto valor necesité para no cometer un crimen! ¡Qué caros pagué los millones que me llevó en dote! ¡Desdichados de aquellos que, ciegos por la ambición, corren desalentados detrás de una fortuna, que les aparta para siempre de la paz del espíritu, del reposo, de la felicidad! Yo hubiera podido ser dichoso, y he sido y soy muy desgraciado, á pesar de mis millones.»

El enfermo se detuvo sumamente fatigado. Su bronca respiración terminaba con un silbido, que hacía levantar su pecho como si por debajo del tórax se agitase una ola empujada por sus pulmones.

Mientras tanto, el padre Marcelo, inclinado sobre el cuerpo del enfermo, le limpiaba el sudor de la frente con compasiva mano.

—¡Ah, padre mío!—volvió á exclamar don Mateo después de una pausa.—Mil y mil veces supliqué con las lágrimas en los ojos á aquella mujer despiadada que me revelara algo que pusiera fin á las angustias de muerte que sufría. Por sus palabras, por su cruel sonrisa, comprendí que sería inútil espe-

rar de ella una franca declaración. Pero á qué prolongar este relato; busqué á Cora y á mi hijo inútilmente, ellos hubieran sido para mí un gran consuelo, y mi hijo una inmensa felicidad; pero un hombre á quien había comisionado para buscarlos y que estuvo recorriendo por espacio de dos años toda la Isla, me aseguró que Cora y su hijo habían muerto en Santiago de Cuba; esta triste nueva mató mis esperanzas y cubrió de luto mi corazón.

—Pues bien, hijo mío,—exclamó el padre Marcelo con solemne entonación y colocando una mano sobre la frente del enfermo,—Cora, á quien he conocido; Cora, que no dejó de amarle á usted nunca, vivió muchos años más de lo que usted supone; y yo, que la asistí en su última hora, vengo á cumplir su postrera voluntad, porque Cora dejó en el mundo un hijo, y ese hijo tiene el derecho de llamarle á usted padre.

Don Mateo lanzó un grito y se desmayó.

El padre Marcelo, al ver desmayado al enfermo, le estuvo contemplando durante algunos segundos, y murmuró en voz baja:

—Parece que mi revelación le ha hecho efecto... Si este hombre vive, aún confío que repare su injusticia... Pero si muriera esta noche... ¡Oh! Eso sería una gran desgracia para el pobre hijo de Cora.

El sacerdote dirigió una mirada en derredor suyo, aquella mirada no estaba exenta de inquietud, parecía buscar algo con que dar fuerza y vigor á la decaída naturaleza del enfermo.

Como el desmayo se prolongaba y el padre Marcelo no conocía la eficacia de los medicamentos que se hallaban

sobre la mesa, tiró del llamador de la campanilla, é inmediamente entró en la alcoba Pancho el mulato.

—Se ha desmayado,—dijo el sacerdote.

—Eso le sucede con alguna frecuencia; está muy débil,—repuso Francisco.

Y cogiendo un pequeño frasco de cristal de la mesa de noche, abrió con extremada delicadeza la boca del enfermo y dejó caer en ella tres gotas.

Don Mateo abrió los ojos, dirigió una mirada vaga en derredor suyo, suspiró con esa delicia del que torna á la vida, y dijo:

—Vete, Francisco, quiero estar solo con este buen sacerdote; aún no he concluído todo lo que tengo que decirle, aún queda algo que pesa sobre mi conciencia.

El mulato salió de la habitación, diciendo en voz baja al padre Marcelo:

—Si se repiten los desvanecimientos me llama usted, padre; yo estoy en la antesala.

El sacerdote y el enfermo quedaron solos.

Hubo una corta pausa, durante la cual ni el padre Marcelo ni don Mateo dejaron de mirarse.

Por fin el enfermo dijo:

—Padre, después de sus últimas palabras, que tanto han conmovido mi espíritu; después de la revelación que me hizo y que fué causa de mi desvanecimiento, inundando de alegría mi alma, supongo que tendrá usted algo más que decirme... Hable usted, porque en la hora de la muerte justo es que resplandezca la verdad y que se corrijan las injusticias que hemos cometido los pecadores durante la vida.

El padre Marcelo movió pausadamente la cabeza en señal afirmativa, y dijo con reposado acento:

—Yo vengo, hijo mío, desde muy lejanas tierras á revelarle á usted la verdad y á ser un firme apoyo de la inocencia y de la justicia. Mucho me complace encontrar á usted en tan buenas disposiciones. Aún es tiempo de reparar la gran injusticia que usted cometió con la pobre Cora, porque el hijo de Cora y de Mateo de Robledano vive, como he dicho á usted hace poco.

—Vive... vive...—repitió el enfermo, mirando con espantados ojos al sacerdote.—¿Y dónde... dónde se halla, padre mío?...

—En España, en Madrid,—añadió el padre Marcelo bajando la voz.

—Pero ¿es posible eso?—repuso don Mateo llevándose las manos á la frente.—¿Han podido trascurrir tantos años siendo para mí un secreto la existencia del hijo de Cora? ¿Cómo debo juzgar ese silencio de la madre, tan perjudicial para su hijo?

—Misterios de la Providencia ante los cuales las pobres criaturas inclinan la frente,—repuso el sacerdote.—Terribles combinaciones del infortunio que nos afligen con frecuencia. La infeliz Cora sufrió mucho, y murió hace dos meses. Su hijo vive, es un joven lleno de vida, de lozanía, de inteligencia. Yo no dudo que su padre al verle le abrirá los brazos y le estrechará con cariño contra su corazón, porque Alejandro es un vivo retrato de su madre, y tiene tan hermosa el alma como el rostro.

El enfermo temblaba: cogió entre las suyas una de las

manos del venerable sacerdote, y dijo con acento conmovido:

—¡Padre! ¡padre!... No hay tiempo que perder... Siento que mi vida se acaba... ¡Ah! Si muriera en este instante moriría desesperado.

Y bajando la voz, añadió casi al oído del sacerdote:

—Ayer hice mi testamento... Yo ignoraba que tuviera un hijo, había buscado á él y á su madre tanto tiempo inútilmente... Pronto, padre mío, la historia, la historia de Cora; es indudable que usted viene aquí guiado por la Providencia, porque Dios quiere que pague al hijo lo mucho que le debo á la madre.

—Escuche usted—añadió el padre Marcelo con reposado acento—la historia de una mujer desgraciada á quien el infortunio trató con una crueldad inmerecida, pues no había cometido otra culpa que la de amar demasiado á un hombre indigno de ella.

El enfermo exhaló un gemido.

El sacerdote prosiguió de este modo:

—Hace dos meses me hallaba yo desempeñando el curato de un pequeño pueblo situado en el centro de la Isla de Cuba. Aquel curato, tal vez el más pobre de las Antillas españolas, se me había dado en recompensa de mis misiones de Africa; pero yo no he tenido nunca ambición, jamás la codicia del oro ha turbado mis sueños ni mi espíritu; soy un pobre peregrino que cruza el mundo predicando la ley de Cristo. Una noche vinieron á avisarme para confesar á una pobre mujer que se hallaba muy enferma. No me hice esperar, acudí inmediatamente donde me llamaban el deber y la religión.

El negro que guiaba mis pasos me condujo fuera del pue-

blo, á un ingenio, en cuya puerta me esperaba Alejandro, porque la moribunda era Cora, era su madre.

—¡Ah, padre Marcelo!—exclamó Alejandro abrazándome.—¡Mi madre se muere!... ¡Qué desgracia tan grande para mí! Pero entre usted, entre usted, porque le está esperando con impaciencia, pues según dice, tiene que hacerle un encargo de importancia antes de morir.

Cora Mork era respetada y querida de todos los habitantes de la comarca. La dulzura de su carácter, la sólida caridad de su alma, hacía que le profesaran igual respeto y cariño los ricos que los pobres, los blancos que los negros.

Seguí á Alejandro, que me condujo hasta donde estaba la enferma, que al verme extendió las manos con actitud suplicante, y con una voz que tenía mucho de gemido, me dijo:

—Gracias, padre Marcelo... Yo sé que es usted un santo y que cumplirá el encargo que va á hacerle una pobre madre moribunda... Sí, lo sé, y moriré tranquila.

Entonces acerqué un asiento junto á la cabecera de la cama, y Alejandro salió de la habitación.

Nos quedamos solos Cora y yo.

—Padre mío,—me dijo,—aún es tiempo de reparar una gran injusticia que he cometido, aún es tiempo de que un hijo se reconcilie con su padre, á quien no conoce, y á quien desprecia porque yo he infiltrado ese desprecio en su corazón. Pero ¡ay! yo estaba engañada, le creía culpable, hasta un día que la confesión de un moribundo me reveló la verdad, desvaneciendo mi error. Desde entonces siento un gran peso sobre mi conciencia. A usted, que es un hombre justo; á usted, que es un santo, acudo en la hora de mi muerte. Una voz

secreta me dice: «Ten confianza en el padre Marcelo, él velará por tu hijo después de tu muerte».

Así comenzó su confesión aquella infeliz madre, que tanto había sufrido; me habló de sus amores... Pero á qué repetir este relato, que usted conoce perfectamente; reanudaré la historia de Cora desde el punto, ó por mejor decir, desde la noche en que comenzaron para ella grandes penalidades, en que fué vilmente engañada.

Cora—añadió el padre Marcelo después de un breve silencio empleado en reconcentrar sus ideas—recibió una carta firmada por su amante Mateo de Robledano, y al parecer escrita de su puño y letra.

En aquella carta le hacía su amante mil protestas de amor, ofreciéndole casarse con ella y reconocer á su hijo.

—Pero yo no escribí semejante carta,—dijo el enfermo interrumpiendo al padre Marcelo.

—Cora la recibió, y su hijo la conserva, con otros documentos que presentará cuando sea oportuno.

—Juro, padre, por la salvación de mi alma que yo no escribí semejante carta, y usted sabe que en el trance en que me hallo no se miente.

—Lo sé, hijo mío, lo sé,—repuso el padre Marcelo con cariñosa entonación.—Cora, sin embargo, creyó que aquella carta era de su amante, porque estaba admirablemente imitada su letra; los infames querían perderla, y cometieron el delito de falsificación, que castiga el Código.

—Sí, infames, muy infames, porque de ese modo, creyéndome Cora el solo culpable de sus desgracias, tenía que maldecirme, que aborrecerme. Pero continúe usted, padre mío,

continúe usted, pues temo morirme sin oir toda la confesión de Cora.

El padre Marcelo refirió detalladamente la historia de la infeliz Cora desde la tarde que recibió la fatal carta y abandonó con su hijo el modesto retiro de *Santa Clara,* hasta la noche que en el incendiado ingenio de Eduardo Mork entregó el alma á Dios.

Cuando el sacerdote terminó el triste relato, el enfermo, con el rostro cubierto de sudor, la mirada anhelante, temblando en su lecho, exclamó:

—¡Muerta!... ¡Muerta mi pobre Cora!... ¡Oh, Dios mío! Yo he podido correr en su busca, yo he podido salvarla tal vez... ¿De qué me han servido los millones que poseo?... Ella tenía razón, la felicidad no se compra con el oro.

—Sí, muerta en brazos de su hijo Alejandro,—añadió el sacerdote,—que juró sobre el cadáver de su madre venir á España y decirle á don Mateo de Robledano: «Yo soy tu hijo; no vengo por tus millones, no me conduce aquí ni tu riqueza ni el afán de oro; pero necesito tu apellido».

Don Mateo se cubrió el rostro con las manos; abundantes lágrimas corrían de sus ojos, y al mismo tiempo murmuraba en voz baja y desfallecida:

—¡Pobre Cora!... ¡Desgraciada Cora!... Pero tengo un hijo... Quiero ver á mi hijo... quiero verle antes de morir y reparar los agravios que le hice á su madre.

Don Mateo temblaba: el relato del sacerdote le había impresionado, y al mismo tiempo, como si la voz de la conciencia se levantara amenazadora en el fondo de su pecho, murmuró en voz baja:

—Es preciso inutilizar el testamento que dicté ayer.

Y luego, dirigiendo una mirada recelosa en derredor suyo, añadió:

—En usted confío, padre Marcelo, porque no todos los que me rodean son buenos amigos. Que nadie sepa por ahora lo que usted acaba de revelarme.

—Pierda usted cuidado; tranquilícese usted, y convengamos lo que debe hacerse.

—Ante todo, pienso ver á mi hijo,—añadió el enfermo.

—Iré á Madrid á buscarle donde me espera. Indudablemente el pobre Alejandro se hallará inquieto esperando el resultado de mi entrevista con usted.

—Sí, sí, corra usted; no pierda usted tiempo.

—¿Cuál es la persona que inspira á usted más confianza en esta casa?—preguntó el padre Marcelo.

—Pancho mi ayuda de cámara.

—Es preciso entonces encargarle que se me franqueen todas las puertas á cualquiera hora del día ó de la noche que me presente, y decírselo también á la señorita Teresa, su sobrina de usted.

—No, á ésa no.

—¿No le inspira á usted confianza su sobrina?

—Ninguna; me aborrece, la tengo miedo, y si ella supiera... Pero bastará con que reciba Pancho mis órdenes para que se cumplan.

Y el enfermo, extendiendo el brazo, tiró del llamador de la campanilla.

Un momento después Pancho el mulato se presentó en la alcoba.

—Francisco,—le dijo el enfermo,—dispón una habitación inmediata á ésta para que se hospeden este buen sacerdote y una persona que le acompañará esta noche; se les tratará y obedecerá como si fuera yo mismo, y encontrarán francas todas las puertas de esta casa á cualquiera hora que se presenten.

Luego hizo una seña para que se retirara Pancho, y el mulato salió de la alcoba, saludando respetuosamente á su amo y al sacerdote.

—Ahora, padre mío, no olvide usted de traer consigo, no solamente á mi hijo, sino á un notario, pues es preciso dictar un nuevo testamento.

CAPITULO V.

Inquietudes.

Mientras tanto, Teresa, cansada de escuchar junto á la puerta de la alcoba sin oir nada, pues el sacerdote y el enfermo hablaban en voz muy baja, llena de inquietud bajó al jardín y se puso á pasear, entregándose á sus meditaciones.

Esta inquietud no tenía razón de ser, porque ignoraba la misión del padre Marcelo.

A pesar de esta ignorancia, y sin poderse explicar la causa, Teresa estaba inquieta.

Trascurrieron dos horas; la visita del sacerdote se iba prolongando mucho, y Teresa se sentía nerviosa y disgustada por no haber podido oir ni una sola palabra que la orientara.

Cansada de dar paseos arriba y abajo por una de las calles que formaban los árboles del jardín, fué á sentarse á un cenador, desde donde podía ver la puerta y los tres escalones de mármol que daban paso á la casa.

Cuando más embebida estaba en sus reflexiones, vió salir á Pancho el mulato y dirigirse precipitadamente hacia la cochera.

Poco después apareció en la puerta el padre Marcelo.

Teresa vaciló un momento entre salir al encuentro del sacerdote ó permanecer oculta; optó por lo segundo, y desde el cenador vió que los criados enganchaban precipitadamente uno de los carruajes de la casa.

Luego Pancho el mulato habló breves instantes con el padre Marcelo, y le acompañó hasta la verja, en donde ya le estaba esperando el carruaje.

Teresa nada pudo oir, pero comprendió por los ademanes de Pancho y los saludos respetuosos que el portero hacía al sacerdote, que no sería la última vez que les visitara.

El carruaje partió, y Pancho se dirigió precipitadamente hacia la casa.

Teresa tuvo de nuevo la intención de salir al encuentro del mulato, pero no se movió, porque sabía que Pancho era un hombre excesivamente reservado, que cumplía estrictamente las órdenes de su amo.

—¿Qué habrán hablado ese sacerdote y mi tío?—se decía Teresa.—Me ha sido imposible oir ni una sola palabra; pero desde el momento en que se ha puesto un coche á disposición del padre Marcelo, es de suponer que volverá y que se ha captado la confianza de mi tío. Indudablemente aquí hay un misterio. Si yo me atreviera á preguntarle al mulato... Pero no, no, Pancho me mira con desconfianza, como mi tío, y nada conseguiría.

Con estas cavilaciones el malestar de Teresa iba en

aumento; salió del cenador y se dirigió paseando hacia la casilla del jardinero.

Acosada por el deseo de saber algo, Teresa se acercó al jardinero, y le dijo:

—Buenos días, Ramón, ¿quién se ha marchado en el coche?

—Ese señor sacerdote que vino esta mañana.

—Lo había sospechado, y siento á la verdad no haberme despedido de él.

—¡Bah! Tiempo le queda á usted de hacerlo, señorita, porque volverá.

—¡Volverá!... ¿Y cuándo?

—Lo ignoro; pero supongo que esta tarde ó esta noche, porque se me ha dado la orden que á cualquiera hora que se presente le deje entrar con todas las personas que le acompañen.

—Bien, bien, me alegro infinito,—contestó Teresa dominando su malestar,—porque sentía con toda el alma no haberle besado la mano á ese piadoso sacerdote.

Como nada más podía decirle el jardinero, Teresa se dirigió hacia la casa, entró en su gabinete y se dejó caer en una butaca.

Un mundo de ideas, de temores y de sobresaltos fueron cruzando por su cerebro.

Desde su ventana, cuando más embebida se hallaba en sus meditaciones, vió detenerse un coche junto á la verja y bajar de él al agente de negocios don Salvador Verdemar.

Teresa no pudo contener un grito de alegría, porque Verdemar para ella era un buen aliado; corrió á su encuentro,

se estrecharon las manos, comenzando en voz baja el siguiente diálogo:

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó Salvador.

—Al parecer nada,—contestó Teresa.

—¿Cómo que al parecer?

—Porque pudiera haber algo oculto, y tal vez de mucha gravedad para nosotros.

—¡Diantre! A ver, á ver, explícame eso.

—Esta mañana se presentó un sacerdote, que según dijo venía de América,—añadió Teresa,—y este sacerdote, que demostraba gran interés en ver á mi tío, ha permanecido dos horas encerrado con él en su alcoba.

—¿Y tú no has podido oir lo que hablaban?

—Imposible; apliqué el oído á los resquicios de la puerta de escape de la alcoba, permaneciendo más de una hora inmóvil é incrustada en la pared; pero todo fué en vano, hablaban en voz excesivamente baja, y sólo de vez en cuándo oí alguna que otra exclamación, sin sentido para mí; figúrate las angustias que habré pasado.

—¡Diantre! ¡diantre!—dijo Salvador, acariciando sus hermosas patillas,—hubiera sido muy útil en estas circunstancias oir algo de la confesión de tu tío.

—Ya lo creo.

—Tal vez ese sacerdote sea algún amigo de otros tiempos.

—Creo que no se conocen.

—¿Y cómo crees tú eso? ¿Qué razones tienes para ello?

—Porque el mismo sacerdote me lo dijo.

—¡Diablo! Eso no es bastante, porque algunos sacerdotes también mienten si les conviene.

—El padre Marcelo, á juzgar por su aspecto venerable, debe ser un hombre justo, incapaz de mentir.

—No tengo interés en mantener lo contrario; pero dime, ¿ese padre Marcelo se halla aún junto á la cabecera del enfermo?

—No, se ha marchado hace poco á Madrid, según creo, en un carruaje de la casa.

—¡Hola, hola!

Y Salvador, en vez de acariciarse las patillas, se las rascó.

—Hay más. El padre Marcelo volverá probablemente esta noche, y según tengo entendido acompañado de otra persona, pues Pancho ha dado orden al jardinero que á cualquiera hora que se presente el sacerdote y las personas que le acompañen que se le abran las puertas de la casa.

—No sé por qué todo lo que me estás contando me parece algo grave, y hubiera sido de mucha utilidad para nosotros enterarnos de lo que han hablado; pero en fin, como es de suponer que se presente otra ocasión, aún puede ganarse lo perdido.

Y Verdemar, bajando la voz, continuó:

—He encontrado el hombre que nos hacía falta, y está dispuesto á librarnos de la gente que nos estorba.

—¿Sin responsabilidad para nosotros?—preguntó Teresa dejando asomar un relámpago á sus ojos.

—Ninguna, pues las circunstancias nos favorecen notablemente. Mi hombre tiene un resentimiento particular con Diego de Robledano, y al librarnos de uno de los herederos nadie podrá sospechar nunca la verdadera causa, pues sólo

nosotros la sabremos, y nos importa mucho no revelarla. Dos hombres que por una cuestión de honra se baten á muerte delante de cuatro testigos, la sociedad no mira como asesino al vencedor, y los jueces, si saben este lance desagradable, *hacen la vista gorda*, recordando que son caballeros y que las leyes del honor no pueden rechazarse.

—Pero ¿ese hombre que se presta á batirse á muerte con Diego, es persona para tí de confianza?

—Sí, de toda mi confianza; pero pide diez mil duros por Diego y otros diez mil por Jacobo.

—Mucho es,—contestó Teresa.

—Es mucho efectivamente, considerado bajo un punto de vista, pero bajo otro es una miseria, y yo creo que debemos aceptar las proposiciones. Veinte mil duros que pueden producirnos más de dos millones de duros; es un buen negocio, sobre todo cuando no se contrae la menor responsabilidad.

—Dices bien, debemos aceptar; pero yo no tengo esos diez mil duros.

—No es preciso darle de una vez toda la cantidad: por lo pronto basta con que esta noche se le entreguen cuarenta ó cincuenta mil reales, y si tú no tienes esa suma la tengo yo, puesto que con el tiempo nuestros bienes han de ser comunes, según hemos convenido.

Y Salvador, al decir esto, dirigió una sonrisa á Teresa.

—Pero ¿es indispensable entregar esa cantidad esta noche?

—Sí, porque precisamente esta noche tiene que pagar mi hombre una deuda del juego á tu primo Diego, y mientras no la pague no es decente ni admitido que le desafíe.

—¡Ah! ¿Con que mi querido primo hermano juega?

—Juega, y en gordo.

—Ya lo sospechaba yo. A pesar de eso, mi tío le cree un santo. Pero es preciso, amigo Verdemar, tener presente que mientras mi tío viva no debemos exponer cantidad alguna para conseguir nuestros deseos.

—Sin embargo, Teresa, algo debemos hacer, y conviene aprovechar una casualidad ventajosísima que nos librará sin el menor riesgo de uno de los dos herederos. Además, ¿no está verdaderamente amenazado de muerte el enfermo?

—Así lo aseguran los médicos. Pero ¿y si los médicos se engañan? ¿Y si recobra la salud?

—¡Imposible! Nadie se cura á su edad con los padecimientos y achaques que él tiene.

—Sí, lo más probable, ó por mejor decir, lo más seguro es que se muera; pero si ese acontecimiento que esperamos se retarda, y si por uno de esos raros caprichos de los enfermos se le ocurre anular su testamento...

—Siempre en el nuevo que hiciera tendríamos un heredero menos con quien repartir la fortuna, porque es de suponer que no se le ocurra desheredar á sus sobrinos carnales.

Teresa miró con fijeza á Salvador, y dijo con acento sombrío:

—Si supiéramos que esta noche deja de existir...

—¡Oh! Si supiéramos eso, si tuviéramos la seguridad de que el sol de mañana no alumbraba para él... entonces...

Y los ojos de Salvador brillaron con el fuego de la codicia.

Aquí hubo una corta pausa, que interrumpió Salvador, diciendo:

—Nada, nada, es preciso arriesgar algo, querida Teresa; hoy tenemos el hombre que nos hace falta, mañana tal vez no encontraremos otro tan á propósito; yo creo que deben sacrificarse cincuenta ó sesenta mil reales, que pueden producirnos quince ó diez y seis millones. Después de todo, si Diego muere, repito que siempre será un heredero menos en el reparto de la fortuna de don Mateo.

—Es verdad, siempre será un enemigo menos,—añadió Teresa;—es preciso arriesgar esos tres mil duros; dispón de los fondos que me manejas, vende un poco de papel del Estado si hace falta.

—No hablemos más del asunto, corre á cargo mío; y ahora voy á saludar á don Mateo, si es que Pancho me permite verle, pues debemos evitar toda sospecha.

Y Salvador, cambiando de entonación, continuó:

—¿Han venido hoy los sobrinos á ver á su tío?

—No, pero supongo que vendrán esta tarde, y según tengo entendido para no separarse del lado de su tío.

—Yo creo—repuso sonriéndose Verdemar—que Diego y Jacobo sentirán tanto como nosotros la muerte de don Mateo.

—Lo sentirán un poco menos, querido Salvador,—contestó Teresa,—porque sospechan que están mejorados en el testamento. ¡Ah! Mi pobre tío tiene una venda sobre los ojos y no ve nada; más vale así.

—¿Y por qué no has procurado tú arrancarle esa venda? ¿Por qué no le has hecho ver la verdad?

—Porque siempre que lo he intentado me hace callar.

Y Teresa, sonriéndose de un modo frío, murmuró:

—Me juzga envidiosa de la preferencia que les concede,

y además, hace tiempo que no tengo la menor fuerza moral sobre mi tío, y creo que de muy buena gana me desheredaría, á pesar de ser su sobrina carnal.

—Don Mateo ha sido injusto contigo,—dijo Salvador,—pero esa injusticia procuraremos nosotros enmendarla.

Verdemar estrechó la mano de su prometida, diciendo:

—Dios querrá que lleguen para tí tiempos mejores que los presentes, y que te tengan todas las consideraciones que mereces. Voy á saludar á don Mateo. Procuraré verte antes de marcharme.

Salvador se dirigió hacia la casa, situada en el centro del jardín, y Teresa continuó sus paseos junto á la verja.

Apenas habría trascurrido un cuarto de hora, cuando dos jinetes se detuvieron, y uno de ellos tiró del llamador de la campanilla.

El jardinero corrió á abrir la verja, y los jinetes echaron pié á tierra, entregándole las bridas de sus caballos.

Estos dos jinetes eran los sobrinos de don Mateo de Robledano Diego y Jacobo.

Los dos tendrían aproximadamente la misma edad, es decir, veintiséis años. Diego era capitán de Estado Mayor; Jacobo había abierto su bufete de abogado en Madrid, bajo la protección de su tío don Mateo.

Los dos eran huérfanos de padre y madre, y hacían en la corte esa vida alegre y entretenida de los jóvenes solteros que tienen un tío millonario que cuida de sus malos gastos.

Don Mateo había sido para estos dos sobrinos un verdadero padre.

Diego y Jacobo amaban y respetaban á su tío, visitándo-

le todas las tardes y quedándose algunas noches en su casa de campo de Carabanchel; pero á los veintiséis años la vida tiene muchos encantos para dos jóvenes que pueden gastar sus economías sin miedo de arruinarse.

Teresa no podía ver á sus primos, porque, según ella, le robaban, no sólo el cariño, sino la fortuna de su tío.

Pero, ya lo hemos dicho, Teresa era una mujer reconcentrada, taciturna, que sabía dominar los impulsos de su corazón, si bien su rostro antipático le vendía muchas veces.

Al ver á Diego y á Jacobo se dirigió hacia ellos, que la recibieron tendiéndole las manos.

Teresa estrechó aquellas manos, que hubiera quemado de buena gana, y se esforzó por sonreirse.

—¿Cómo sigue el tío?—preguntaron á la vez Diego y Jacobo.

—Muy mal, ó por mejor decir, lo mismo,—contestó Teresa, exhalando un suspiro hipócrita.—Esta mañana ha tenido un ataque y un desvanecimiento que ha durado más de tres cuartos de hora. Esta tarde tenemos otra consulta de médicos. Dios quiera que hagan un milagro. ¡Pobre tío de mi alma!

Y se llevó una mano á los ojos, fingiendo que se enjugaba las lágrimas.

—Sí. ¡Pobre tío!—añadió Diego.—He hecho bien en pedir una licencia para no separarme de su lado.

—Yo también estoy resuelto á permanecer aquí al lado de mi tío; así me lo ordenan la gratitud y el deber; de modo, querida Teresa, que nos tendrás á tu lado para ayudarte; cuenta con nosotros, seremos enfermeros como tú, pagándole

de este modo algo de lo mucho que le debemos á nuestro tío.

—¡Ah! Dios quiera—añadió Teresa moviendo con triste expresión la cabeza—que os tenga á vosotros más consideraciones que me tiene á mí, porque de día en día su genio se va volviendo insufrible; sólo Pancho el mulato es el que priva en la actualidad; Pancho todo lo hace bien, mientras que yo todo lo hago mal.

—¡Bah! Es preciso no hacer caso de las rarezas de los enfermos,—dijo Diego.

Y dirigiéndole la palabra á su primo, volvió á decir:

—Vamos, Jacobo, vamos á ver á nuestro pobre tío.

Adelantémonos nosotros y penetremos un poco antes que Diego y Jacobo en la alcoba del enfermo.

Don Salvador Verdemar se hallaba sentado en una silla junto á la cabecera, y Pancho el mulato de pié en un extremo de la alcoba.

—Yo creo que usted es un poco aprensivo, mi querido don Mateo; ¡qué diantre! en ese cuerpo aún queda mucha vida que matar, y hace usted mal en perder las esperanzas.

—Estoy muy malo, de día en día conozco que la fuerza vital me va abandonando; al principio, deseaba siempre abandonar la cama, hoy en la cama es donde me encuentro mejor; mal síntoma, amigo Verdemar, mal síntoma.

—Yo creo, salvo el parecer de los médicos,—repuso Salvador,—que sería conveniente le bajaran á usted al jardín en esos días de hermoso sol y temperatura primaveral.

—¡Oh! ¡Imposible!... Tengo frío hasta en la cama, y sin embargo, en esta habitación, según el termómetro, reina una temperatura muy alta.

Y el enfermo, indicando con los ojos al mulato, que permanecía inmóvil como una estatua, continuó:

—Ahí tiene usted al pobre Pancho, que no sé ni cuándo duerme ni cuándo come, porque no se separa ni un solo momento de mi lado; él sabe muy bien lo enfermo que está su amo.

—El señor me dispensará que le recuerde que los médicos le han encargado que hable poco.

—Ya lo oye usted, es preciso obedecer á los médicos,—dijo el enfermo, sonriéndose con tristeza.

Verdemar comprendió lo que aquello quería decirle, y levantándose, repuso:

—Excuso decirle á usted, señor don Mateo, que me tiene á sus órdenes. ¿Quiere usted que me quede por las noches?

—Gracias, hay bastante gente en casa; para qué molestar á nadie; además, Pancho se basta y se sobra para asistirme.

—¿Tiene usted algún encargo que hacerme para Madrid?

—Ninguno; ya sabe usted que hace tiempo no me ocupo de los negocios.

—Entonces me retiro, y volveré mañana á enterarme de la salud de usted.

—Adiós, Verdemar, adiós, y hasta mañana.

Don Salvador encontró en la habitación inmediata á los sobrinos de don Mateo, cambió con ellos algunas palabras, y continuó su camino.

Diego y Jacobo entraron en la alcoba de su tío.

—¡Ah! ¿Sois vosotros?—dijo don Mateo, fijando una mirada fría en sus sobrinos.

—Sí, nosotros, querido tío, que venimos á saber de la

preciosa salud de nuestro bienhechor, y dispuestos á no separarnos de su lado.

—Tú no puedes hacer eso, tú eres militar, no te perteneces.

—Efectivamente, querido tío, soy militar,—añadió Diego;—pero he pedido al capitán general una licencia de un mes y me la ha concedido; de modo que dispongo de treinta días, que pasaré al lado de usted siendo su enfermero.

—Y yo, querido tío,—dijo Jacobo,—he encargado los pocos negocios de mi bufete á un compañero; de modo que estoy libre como mi primo, y como él me constituyo en enfermero de mi bienhechor.

En el semblante del enfermo apareció algo que indicaba cierto disgusto, cierto malestar; era indudable que la presencia de sus sobrinos le molestaba, y cambiando una mirada con el mulato, exclamó:

—No, no, aquí no hacéis falta, hay bastante gente para asistirme, y vuestras obligaciones os llaman á Madrid. En buena hora que vengáis á verme todas las tardes, á enteraros de mi salud; pero las noches... las noches son muy largas, os aburriríais. Además, sólo Pancho sabe cogerme y moverme en la cama sin hacerme daño.

—Pero tío,—objetó Diego, algo disgustado de las palabras de don Mateo,—nuestro deber está en esta alcoba.

—Vuestro deber, hijos míos,—repuso el enfermo con alguna sequedad,—está en Madrid; tú, Diego, junto al capitán general, de quien eres ayudante; tú, Jacobo, en tu bufete de abogado, ocupándote de tus negocios.

—Sin embargo, señor, nosotros creíamos—contestó Ja-

cobo—que la gratitud nos imponía el deber de asistir á nuestro tío, que ha sido para nosotros un padre cariñoso.

El enfermo comprendió el mal efecto que habían causado sus palabras.

—Vamos, vamos,—dijo,—no quiero que os enojéis conmigo; al fin y al cabo sois hijos de dos hermanos á quienes quería mucho, y no os quiero menos á vosotros; pero repito que hacéis más falta en Madrid que en Carabanchel.

—Está bien, querido tío, cumpliremos la orden que usted acaba de darnos, aunque nos causa un profundo disgusto.

Don Mateo, en vez de responder, cerró los ojos y guardó silencio.

Diego y Jacobo se miraron; encontraban algo extraña la conducta de su tío para con ellos; nunca les había recibido con tanta sequedad, con tanto despego.

Durante algunos minutos reinó el más profundo silencio en la alcoba.

El mulato, que no había apartado los ojos de su amo, se fué acercando poco á poco hasta llegar junto á la cabecera de la cama.

Una vez allí, inclinó su cabeza sobre la del enfermo, luego se enderezó y salió de la alcoba andando de puntillas, y haciendo una seña á los dos primos para que le siguieran.

Cuando los tres se hallaron junto al balcón del gabinete, el mulato dijo:

—Duerme, y los médicos han recomendado mucho que no se le despierte.

—¿Sabes, querido Pancho,—preguntó en voz baja Diego,—si mi tío duerme efectivamente?

—Sí señor: duerme.

—¡Oh! Pronto ha descendido el sueño sobre sus párpados; ha sido casi de repente,—exclamó Jacobo.

—No deben extrañarlo los señoritos; hace dos días que le sucede eso con mucha frecuencia: está hablando y se queda dormido.

—Forzoso será creer,—repuso Diego, dejando asomar á sus labios una sonrisa de incredulidad.

—¿Y para qué había de engañar yo á ustedes?

—Es verdad, Pancho, es verdad, y el frío recibimiento que nos ha hecho nuestro tío no debemos atribuirlo á otra cosa que á su enfermedad, á sus achaques, á sus años.

—Tiene usted razón, señorito Diego,—repuso el mulato;—para asistir á un enfermo de las condiciones de mi pobre amo se necesita mucho cariño y mucha paciencia.

—Cree, querido Pancho, que te compadezco de todo corazón,—dijo Jacobo.

—¡Bah! El amo es bueno, muy bueno para con todo el mundo, y yo sería un miserable, un hombre ingrato si no sufriera con resignación todas sus impertinencias.

En aquel momento otro coche se detuvo junto á la verja.

—Ahí está el médico de Madrid,—volvió á decir Pancho.

—No viene solo.

—Trae á otro compañero para celebrar la consulta con el médico del pueblo: serán tres; Dios quiera que entre todos ellos encuentren el remedio para salvar á mi querido amo.

—Vamos á su encuentro, querido Jacobo, y creo que ya que no nos permita el tío quedarnos aquí por las noches, nos permitirán los médicos que asistamos á su consulta.

Diego y Jacobo salieron del gabinete.

Pancho, al verse solo, se encaminó con rapidez hacia la alcoba del enfermo.

Don Mateo estaba con los ojos muy abiertos.

—¿Se fueron?—preguntó en voz muy baja.

—Desde el balcón han visto los médicos que vienen de Madrid y han salido á saludarles.

—Pancho, es preciso que esta noche mis sobrinos no se queden aquí: sólo tú, el padre Marcelo y las dos personas que con él vengan de Madrid han de entrar esta noche en mi alcoba; ya lo sabes.

—El señor puede estar tranquilo, cumpliré al pié de la letra todos sus encargos.

—Teresa tampoco debe entrar; ésa menos que nadie.

—Así se hará.

Una sonrisa de satisfacción asomó á los descoloridos labios del enfermo, y extendiendo un brazo, cogió una de las manos de Pancho, y le dijo mirándole con fijeza:

—Nunca he deseado vivir tanto como ahora: voy á verle, Pancho, á verle, á estrecharle entre mis brazos, á remediar en parte todo el daño que le hice á su madre, todas las penalidades que ha sufrido. ¿No es verdad que esto que me sucede parece providencial?

—Sí señor, verdaderamente providencial; lástima grande, señor, que este acontecimiento no hubiera tenido lugar algunos años antes.

—Dices bien, porque mi vida se acaba. ¡Ah! Si yo pudiera prolongarla... Pero eso sólo Dios.

—Pues bien, señor, confiemos en Dios.

En aquel momento se oyeron pasos en la antesala, y el murmullo de una conversación, mantenida en voz baja.

—Ahí están los médicos, señor,—dijo el mulato.

—Que entren. ¡Ah! Si ellos me salvaran...

Los tres facultativos entraron en la alcoba, y después de reconocer detenidamente uno detrás de otro al enfermo, volvieron á salir al gabinete, en donde se hallaban reunidos los tres sobrinos de don Mateo.

Desde este gabinete pasaron á una sala, adonde poder discutir sobre el estado del enfermo sin que éste lo oyera.

A esta consulta asistieron también los tres sobrinos.

Pancho se quedó en la alcoba del enfermo, como siempre.

Generalmente todas las consultas de los médicos tienen el mismo carácter, el mismo sabor.

El médico de cabecera, si es aficionado á la elocuencia, hace un discurso de la historia de la enfermedad.

Este discurso, más ó menos largo, es un pretexto para cargar más ó menos la mano al presentar la cuenta de sus honorarios.

Los médicos que le oyen lo aprueban, aunque no sea más que por respetos á la clase, si bien muchas veces, con exquisita forma y abundancia de elogios, echan abajo el tratamiento del médico de cabecera.

Estas discusiones son más ó menos largas, pero por fin los médicos que las mantienen se ponen de acuerdo y se establece un plan, un régimen, que unas veces cura y otras mata.

Los tres médicos que se ocupaban de la salud de don Mateo convinieron en que el caso era desesperado, que debía

á todo trance evitarse los ataques que sufría, tan peligrosos á su salud; pero que si desgraciadamente la hinchazón de las piernas no podía contenerse, sino que, por el contrario, iba avanzando, lógicamente esta hinchazón mataría al paciente en cuanto llegara á las regiones del corazón.

Reasumiendo: después de hora y media de debate, se resolvió seguir el mismo tratamiento que hasta entonces se había empleado.

Terminada la consultta, los médicos volvieron á entrar en la alcoba del enfermo. Don Mateo les recibió con esa tranquila impasibilidad del hombre resignado con su suerte, y dejando asomar á sus labios una triste sonrisa, dijo:

—¿Estoy muy enfermo, no es verdad?

—Sigue usted lo mismo, señor don Mateo,—contestó el médico de cabecera,—y tengo la satisfacción de anunciarle que ni mis compañeros ni yo perdemos la esperanza de salvarle.

—¡Oh! ¡La esperanza! ¡Qué hermosa es la esperanza, querido doctor! ¡Si al menos pudieran ustedes fortalecer mis piernas y librarme de esta horrible hinchazón que las invade!

—De eso tratamos, y nos proponemos conseguirlo.

—Dios lo quiera.

—Nada, nada, tranquilice su espíritu y ponga usted algo de su parte para ayudarnos en esta ocasión.

. . . .

. . . .

Poco después los médicos abandonaban la casa de campo de don Mateo de Robledano sin ninguna esperanza de salvarle, porque los médicos saben por experiencia que se debe

desconfiar de un enfermo que ha cumplido sesenta y ocho años.

La naturaleza á esa edad se halla poco dispuesta á auxiliar á la medicina.

Diego y Jacobo salieron también de la quinta á la caída de la tarde; le habían ofrecido á su tío por segunda vez quedarse á su lado, pero por segunda vez don Mateo rechazó el ofrecimiento.

Mientras cabalgaban hacia Madrid, iban los dos primos comentando aquella rareza tenaz de su tío, pero ni remotamente sospechaban el *por qué* no les permitía quedarse en la quinta.

CAPITULO VI.

Donde Esteban descubre terreno.

Esteban Terreño salió la mañana del día que nos ocupa con el corazón lleno de esperanzas de casa de su amigo Salvador Verdemar.

Había almorzado bien, veía en perspectiva, y casi al alcance de sus uñas, un rico filón de oro que explotar, y como Esteban era un hombre de ancha conciencia y poco sentido moral, para él la cuestión se reducía á no carecer de dinero, elemento poderoso para pasar la vida agradablemente en este valle de miserias y penalidades.

—Es indudable—se decía mientras caminaba con tranquilo paso en dirección del café Suizo,—es indudable que el misterioso y poco correcto negocio que me ha propuesto Verdemar ha de producirle á él lo menos el ciento por uno. Una estocada á fondo ó un balazo bien dirigido, por el que da Salvador tres ó cuatro mil duros, no hay duda que espera que le valgan á él veinte mil, como no sean más; y aunque yo

acepte la proposición bueno será saber por qué le estorba y á quién estorba Diego de Robledano. Esto es para mí de la mayor importancia.

Pensando estas cosas, llegó á la repostería del Suizo, se sentó en la mesa que tenía de costumbre, y pidió café y una copa de coñac, pues aunque ya lo había tomado en casa de Verdemar, Esteban tenía tal afición al café, que lo tomaba cinco ó seis veces al día.

La casualidad hizo que en una mesa próxima, donde se reunían generalmente algunos médicos, uno de ellos comenzase á hablar de una consulta que aquella tarde tenía en Carabanchel Alto, en el hotel del rico habanero don Mateo de Robledano.

Este apellido llamó la atención de Esteban, y se dispuso á escuchar, sospechando si aquel millonario gravemente enfermo sería padre ó pariente de Diego de Robledano, á quien Salvador deseaba mandar al otro mundo.

Por lo que el médico dijo, Esteban dedujo que el enfermo de Carabanchel estaba muy grave, que era muy viejo, muy rico, y esto afirmó más y más sus sospechas.

Entonces concibió una idea, y se dijo:

—¿Qué pierdo yo enterándome por mí mismo de quién es ese don Mateo y si le une alguna clase de parentesco con mi acreedor Diego de Robledano? De aquí á las siete de la tarde nada tengo que hacer... Bueno sería descubrir algún terreno antes de presentarme en casa de Salvador.

Como Esteban era uno de esos hombres de buena hechura, de maneras elegantes y distinguidas, que llaman la atención en todas partes, para llevar á cabo su pensamiento creyó

prudente cambiar el gabán y el sombrero de copa alta por una americana, una capa y un hongo.

—Aun no son las dos de la tarde; me quedan por lo tanto cinco horas; tengo tiempo de sobra para lo que quiero. Sin embargo, me ahorraría mucho camino el que el doctor me diera algunos antecedentes sobre el enfermo á cuya consulta debe asistir esta tarde. Después de todo, yo nada pierdo, nada arriesgo: probemos.

Esteban, después de las anteriores reflexiones, hizo una seña al camarero para que se acercara, y le dijo en voz baja:

—¿Quién es ese caballero que está hablando?

—Un médico.

—Sí, sí, ya lo sé; lo que yo te pregunto es el nombre.

—Pues se llama el señor Parsent.

En aquel momento el doctor se levantó como para marcharse.

Esteban creyó oportuno aprovechar aquella ocasión, y levantándose también, detuvo al médico, saludándole y diciendo:

—Señor de Parsent, ¿sería usted tan amable que me permitiera dirigirle una pregunta?

El doctor saludó á su vez, y dijo con afable entonación:

—Puede usted dirigirme las que quiera, caballero.

Esteban condujo al médico hacia el mostrador, donde no había gente, y le dijo:

—Hace poco, desde mi mesa donde me hallaba tomando café, le he oído á usted pronunciar el nombre de don Mateo de Robledano.

—¡Ah, sí! Es cierto,—contestó el doctor;—el pobre don

Mateo está enfermo de gravedad en su casa de campo de Carabanchel de Arriba, y esta tarde tenemos una consulta.

—Pues bien, señor Parsent,—volvió á decir Esteban,—yo he llegado hace cuatro días de la Habana, y traigo una carta para ese señor, que es para mí de la mayor importancia, y quisiera merecer de usted me diera las señas de su casa en Carabanchel, y me dijera el estado de su salud, pues sentiría presentarme en un momento inoportuno.

—Pues la casa de don Mateo—repuso el doctor—se halla situada á la salida de Carabanchel de Arriba, á mano derecha de la carretera. No tiene pierde, es un hermoso hotel situado en medio de un gran jardín. En cuanto á la salud del señor de Robledano, es bastante delicada, y tenemos poca esperanza de salvarle, porque el enfermo ha cumplido ya sesenta y ocho años, y á esa edad la naturaleza no suele hacer milagros. Creo por lo tanto que el pobre señor no estará para ocuparse de negocios.

—Pero ¿no hay en la casa ninguna persona que le represente?—preguntó Esteban.

—Creo que no; yo solo he visto allí una señora, que he oído decir que es sobrina de don Mateo, un mulato que ejerce las funciones de ayuda de cámara, y que, según se asegura, es el hombre de confianza del enfermo, y algunos criados que van y vienen por todas partes.

—En fin, de todos modos, doy á usted un millón de gracias, señor doctor,—añadió Esteban;—iré mañana á ver si puede recibirme.

—Siento no poder dar á usted mejores datos.

El doctor salió del café, sin darle ninguna importancia á

las preguntas que le había dirigido aquel caballero tan atento y tan elegante.

Detrás del doctor salió Esteban, llegó al hotel de París, entró en su cuarto, se quitó el gabán y el sombrero, se puso una americana, un hongo y la capa, y volvió á salir, sin haber empleado en todo esto diez minutos.

En la Puerta del Sol tomó un coche de *punto,* no sin elegir antes el caballo más vigoroso y de mejor estampa de todos los carruajes que se hallaban con el *Se alquila* levantado.

—A Carabanchel de Arriba,—dijo Esteban, abriendo la portezuela del *simón.*

—Señorito, ya sabrá usted que en pasando *Los Mataderos* es otra tarifa que en Madrid.

—¿Te conviene que doblemos el precio de la hora?

—Ya estamos andando, mi amo.

—Pues procura andar de prisa, y cuenta además con una buena propina.

—Con esas condiciones, ni el ferrocarril se va á comparar con nosotros.

Y el cochero, sacando de la línea su carruaje, hizo crujir su látigo en el aire.

El caballo era fuerte, trotaba con gran desembarazo; y como el cochero deseaba hacer méritos para ganarse la propina ofrecida, empleó escasamente una hora en llegar á Carabanchel de Arriba.

Esteban no llevaba ningún plan fijo, esperaba que la casualidad le proporcionara algún dato que poder unir á los que le había dado el doctor.

Sabía que el enfermo era un millonario amenazado de

muerte, que tenía una sobrina, y que se llamaba de apellido lo mismo que el hombre que Salvador deseaba borrar del gran libro de los vivos.

—Esto ya es algo,—se decía mientras el coche rodaba con rapidez hacia Carabanchel;—y si consigo poder hablar sin infundir sospechas con algún criado ó algún vecino, no vendrá mal saber si Salvador es amigo del enfermo millonario y de su sobrina.

Y Esteban, sonriéndose con esa satisfacción interior del hombre que ve pasar por su mente una idea luminosa, añadió:

—¡Diantre! ¡Quién sabe!... Tal vez la sobrina sea la persona interesada en suprimir á ese pobre Diego que, según parece, está de más en este mundo. ¡Oh! Si Diego fuese también sobrino, entonces el asunto se presentaría con alguna claridad, porque un tío millonario que tiene dos sobrinos y no tiene hijos, lógicamente se comprende que al repartir su fortuna la deje por igual á estos sobrinos; pero si uno de los dos muere antes...

Esteban soltó una de esas carcajadas interiores que sólo aparecen en los labios con la tranquila manifestación de la sonrisa.

El coche se detuvo á la salida del pueblo, y Esteban desde la ventanilla vió el hotel que le había indicado el doctor.

Junto á la puerta del hotel había un carruaje parado, y Esteban, después de mirarle con alguna detención, se dijo:

—Me parece que conozco esos caballos bayos... ¿Dónde los he visto yo?... Sí, no hay duda, esos caballos son los míos, los que le vendí á Salvador Verdemar cuando levanté mi casa para trasladarme á la Habana.

Y frotándose las manos como el hombre que está satisfecho de sí mismo, añadió:

—Vamos, creo que no he perdido el viaje ni la propina que pienso darle al cochero. Hay días afortunados en que los asuntos marchan suaves como una seda. Ahora sólo me falta saber si Diego de Robledano es pariente de don Mateo de Robledano y espera alguna participación en la herencia de ese enfermo cargado de achaques y de millones.

Como si todo se arreglara á gusto de su deseo, pasaron á galope dos jinetes en dirección al hotel del americano.

Esteban, al verles, estuvo á punto de lanzar un grito, pues reconoció en uno de ellos á su acreedor Diego de Robledano.

—Esto marcha viento en popa,—se dijo frotándose las manos.—Si efectivamente ese carruaje es el de Salvador Verdemar sé por ahora lo bastante para llevar en este negocio la mejor parte; pero ya que tengo tiempo de sobra bueno será continuar mis averiguaciones; el saber no ocupa sitio; todo esto me entretiene y me hace concebir una esperanza halagüeña; ¡quién sabe! tal vez he errado la vocación, y yo, que no sirvo absolutamente para nada, exceptuando para gastar dinero, tal vez sea un gran agente de policía. Pensaré en ello para cuando se concluyan todos mis recursos.

Esteban vió como á la mitad del camino que conducía al hotel del americano un ventorro, y pareciéndole aquel sitio magnífico punto de vista para ver quién entraba y quién salía del hotel, bajó del coche y le dijo al cochero:

—Espérame aquí.

Y embozándose en su capa, se dirigió hacia el ventorrillo.

Esteban entró resueltamente en aquel establecimiento

de última fila, en cuyas paredes se veían algunos anuncios de redacción poco académica.

Le bastó una mirada para elegir el sitio que le convenía, y fué á sentarse junto á una mesa colocada cerca de una ventana.

Desde aquella ventana se veía perfectamente la puerta de hierro del hotel del rico americano don Mateo de Robledano, y Esteban se dijo hablando consigo mismo:

—Esta ventana no tiene precio para mí, y puesto que el hombre precavido vale por dos, según dicen, procuraré captarme las simpatías del dueño de este ventorro por lo que pueda ocurrir.

CAPITULO VII.

Continúan las investigaciones.

El dueño del ventorro se hallaba solo, sin otra compañía que la de un perrillo *barbas,* de genio gruñón, nariz chata y pelo basto.

Cuando entró Esteban el hombre del ventorro se hallaba rascando un guitarrejo, sin duda para entretener sus horas de fastidiosa soledad.

Al ver entrar un parroquiano de tan buen aspecto, el ventero colgó el guitarro de un clavo y le suministró una patada al perro, que ladraba, diciéndole con malhumorado acento:

—A ver si te callas, *Pichichi.*

El perro, que sin duda conocía de sobra á su amo, temeroso de que reincidiera en sus bruscas insinuaciones, se fué á lamentar sus desdichas bajo del mostrador.

Mientras tanto Esteban se decía:

—Bueno es tener amigos en todas partes. Desde esta

ventana veo sin ser visto á todo el que entra y sale del hotel... Conquistémonos la confianza del tabernero, que á juzgar por su cara debe ser hombre comunicativo.

Y pensando esto, dijo en voz alta:

—Vamos á ver, buen amigo, ¿tiene usted ron ó aguardiente de caña?

—No señor, pero tengo un aguardiente con guindas que resucita á los muertos.

—Es igual, traiga usted dos copas, una para usted y otra para mí, pues no me gusta beber solo nunca.

El hombre del ventorro, que se llamaba el tío Tony, puso sobre la mesa dos copas y el frasco del aguardiente con guindas.

Mientras tanto, Esteban sacó su petaca de piel de Rusia y de ella dos tabacos habanos, dándole uno al tío Tony, que después de mirarle por los cuatro costados y olerle repetidas veces, dijo, haciendo un gesto de aprobación:

—Buenos cigarros... No se venden estos en los estancos de Carabanchel.

—No señor,—contestó Esteban,—se venden un poco más lejos.

—Sí, ya sé,—repuso el ventero;—se venden en la Habana, adonde yo tengo un hijo.

—Pues mejor está allí que aquí,—añadió Esteban, que como hemos dicho, deseaba intimar relaciones con el dueño del ventorro.

—Yo le diré á usted, caballero, eso de que mi chico está allí mejor que aquí es según y conforme, porque la guerra es muy mala en aquel país.

—¡Ah! ¿Su hijo de usted es soldado?

—Sí señor, y tengo pocas esperanzas de volverle á ver.

—¡Bah! No todos los que van á América se mueren; muchos vuelven, y vuelven ricos; ¿quién sabe si su hijo de usted hará fortuna en aquella tierra?

—Dios le oiga á usted; pero sabido es que Juan Soldado no hace fortuna en ninguna parte, pero en cambio es el que paga el pato siempre.

El tío Tony llenó las copas y encendió el cigarro, saboreando con inefable delicia el aromático humo, y bendiciendo su buena suerte, que le había hecho entrar por las puertas de su ventorro un parroquiano tan rumboso.

Excusamos decir que desde el primer momento Esteban había sido simpático al tío Tony.

—Bueno es,—dijo Terreño, saboreando el primer sorbo de aquella *bala rasa* que tenía delante.

—Ya lo creo,—añadió el tío Tony;—éste no le sirvo yo á todo el mundo, lo guardo para las personas de gusto que saben apreciar las cosas.

Y moviendo con triste expresión la cabeza, continuó:

—De buena gana le mandaría uno de estos frascos á mi pobre Bautista, al que está en la Habana.

Esteban adivinó que el tabernero era un buen padre, y se dispuso á explotar la ternura paternal que aquel hombre rudo ponía de manifiesto.

—Yo también he estado en la Isla de Cuba, y probablemente tendré que volver allí dentro de poco.

—En la última carta que me escribió mi hijo,—repuso el tío Tony,—me decía que se hallaba en la *manigua,* y que

pasaban muchos trabajos; pero, en fin, los trabajos son patrimonios del pobre y no hay más remedio que inclinar la cabeza y tascar el freno.

Y el tío Tony, pasándose la mano por la boca, repuso:

—Si usted cuando se vaya á la Habana quisiera llevarle á mi Bautista un frasco de aguardiente de guinda...

—¿Y para qué le he de llevar ese frasco de aguardiente? Usted me da sus señas, su nombre y su apellido, el nombre del batallón donde sirve, y yo cuando llegue á la Habana le busco y le regalo media docena de botellas de ron de Jamaica, y asunto concluído.

—¿Pero hará usted eso?—preguntó el tío Tony, mirando con los ojos muy abiertos á su parroquiano.

—¡Pues no lo he de hacer!...—contestó Esteban con naturalidad.—Tengo en la Habana buenas relaciones, y tal vez pueda serle útil á su hijo de usted, consiguiendo que lo rebajen de servicio y esté en la capitanía general de la Habana de ordenanza en vez de estar en la *manigua* expuesto á las emboscadas de los insurrectos y á las terribles calenturas de aquel clima funesto.

—¡Oh! Si usted hiciera eso, entonces el tío Tony le levantaría á usted un altar en mi corazón.

—Pues no se hable más del asunto: le doy á usted mi palabra de honor que antes de marcharme volveré á este ventorro á despedirme de usted.

—¡Ah! Qué contenta se va á poner mi hija cuando se lo diga, y cuánto va á sentir no haberse encontrado aquí.

Esteban ya no tuvo la menor duda de que podía contar para todo con el dueño del ventorro.

—Ahora, caballero, ya que mi buena suerte ha hecho que usted viniera por aquí, voy á sacar un vinillo blanco de Yepes que se puede beber.

—Yo nunca rechazo lo bueno cuando se me ofrece de fina voluntad; venga, pues, ese vinillo blanco de Yepes, y vamos á brindar los dos á la salud de Bautista, el soldado que se halla en la *manigua* defendiendo la honra de España.

El tío Tony le hubiera dado de buena gana un abrazo á aquel caballero cuyas palabras tan dulcemente conmovían su corazón.

Limpió dos copas con gran esmero, sacó un frasco de vino blanco de debajo del mostrador, y colocándolo todo sobre la mesa, llenó las dos copas.

—A la salud de Bautista,—dijo Esteban.

—A la salud de mi pobre hijo, y muchas gracias, señor.

—Este hombre es mío,—dijo Esteban hablando consigo mismo.

—No crea usted que aunque ahora me encuentra usted solo, y como se dice, con el fogón apagado, no siempre le pasa lo mismo al ventorro del tío Tony, porque aquí suelen venir personas de gusto á merendar; mi hija, que es limpia como la plata, tiene mano de santo para guisar el arroz con pimiento, los callos y los caracoles. La pobre trabaja como una negra; esta mañana se fué á lavar y llevaba tarea para todo el día; pero el que ella no esté en el ventorro no ha de ser motivo para que nos muramos de hambre, yo también sé guisar, y si usted tiene apetito, en menos que se persigna un cura loco mato un pollo y lo frío con tomate.

—No, no tengo apetito.

Lit. J. Palacios — Arenal 27, Madrid

dicen que tiene mas millones que dedos

Y Esteban, que deseaba entrar en el asunto que le había conducido hasta el ventorro, dijo con cierta indiferencia:

—Buena casa es esa que se ve enfrente.

—Ya lo creo, como que es de un señor americano que dicen que tiene más millones que dedos.

Esta comparación hizo reir á Esteban, y preguntó:

—¿Americano? ¿Y cómo se llama?

—Pues según me ha dicho el jardinero, que viene aquí de vez en cuándo á tomar alguna copa, se llama don Mateo de Robledano.

—Me parece que he oído yo ese nombre allá en la Habana.

—Sí, de la Habana creo que vino hace algunos años; ahora el pobre está muy enfermo, todas las tardes vienen médicos de Madrid á verle, pero parece que su mal no tiene cura, y según se dice, se muere á pesar de ser tan rico.

—Ante la muerte todos somos iguales,—añadió Esteban;—solamente que la muerte del rico es más agradable para sus herederos que la muerte del pobre.

Y Esteban soltó una carcajada.

—Ya lo creo, como que el pobre se lleva las llaves de la despensa.

—¿Y tiene hijos ese señor?—volvió á preguntar con afectada indiferencia Esteban.

—Hijos no señor.

—Lástima de herencia.

—Pero en cambio tiene dos sobrinos y una sobrina que, según parece, son los herederos de su inmensa fortuna.

Esteban sabía todo lo que deseaba saber; sólo le faltaba

una cosa: tener la seguridad de que el coche que esperaba junto á la verja era el de su amigo Salvador Verdemar.

No tardó mucho en persuadirse de que efectivamente no se había engañado, porque Verdemar en persona apareció en la puerta del jardín, y subió en el coche de los caballos bayos.

Desde este momento Esteban dió por terminado su espionaje, ofreciéndose volver al ventorro por si le era útil ponerse en comunicación con el jardinero de don Mateo de Robledano.

Cuando el coche de Verdemar se perdió entre una nube de polvo por la carretera de Madrid, Esteban llenó por tercera vez las copas de vino blanco de Yepes, y después de apurar la suya, sacó un duro del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? ¿Va usted á pagarme las copas?

—Sí, por la sencilla razón de que yo soy más rico que usted, y le suplico que se guarde lo que sobra para que se compre algunos cigarros y se los fume á mi salud.

—Sin embargo, caballero, yo quería convidarle á usted.

—¡Bah! No es ésta la última vez que vendré por aquí; tengo gran afición á pasear por el campo, y es fácil que recuerde que su hija de usted tiene gran habilidad para guisar el arroz, los callos y los caracoles. Además, lo ofrecido es deuda, y yo no olvidaré, si como espero regreso á la Habana, que tiene usted un hijo que se llama Bautista en la *manigua*.

—Muchas gracias, caballero, muchas gracias y cuente usted con el tío Tony y su ventorro para todo lo que quiera.

Esteban estrechó cordialmente la mano del tabernero y se dirigió hacia la carretera de Madrid, donde le esperaba el coche.

Mientras tanto, el tío Tony, desde la puerta, se deshacía en elogios, echándole no pocas bendiciones y saboreando al sol la colilla del tabaco habano, que se había propuesto apurarla hasta que le quemara los labios.

CAPITULO VIII.

Dondo Terreño ve lo que deseaba.

Si mucha era la impaciencia de Esteban Terreño de que llegara la hora de la cita, no era menos la de Salvador Verdemar esperando en su casa á su convidado.

Salvador sabía por experiencia que en este pícaro mundo es siempre muy útil aprovechar las ocasiones.

Desde el momento que con el amor de Teresa se conceptuaba heredero de la inmensa fortuna del millonario Robledano, tenía prisa en reducir el número de los agraciados en el testamento de don Mateo.

Para un hombre de las condiciones morales del agente Verdemar suprimir á un individuo que puede producir algunos millones de ventaja y sin ninguna responsabilidad, era una cosa corriente; tenía, pues, prisa de terminar aquel asunto.

Además, lo que le había dicho aquella tarde su prometida le inspiraba alguna inquietud, sin explicarse la causa.

¿Quién podía ser aquel sacerdote desconocido que venía nada menos que desde América en ocasión tan inoportuna y ante cuyo paso debían abrirse todas las puertas de la casa?

¿Qué había pasado entre aquel sacerdote y el enfermo?

Salvador no podía verdaderamente contestarse á estas preguntas, pero sentía mucha impaciencia y deseaba ganar tiempo.

Para un hombre tan poco escrupuloso como el agente que nos ocupa, las cláusulas consignadas en el testamento de don Mateo no tenían precio, y esperaba conseguir que Teresa quedara antes de mucho dueña absoluta de la inmensa fortuna de su tío.

Era preciso, por lo tanto, tener sujeta á la heredera del enfermo millonario, porque Salvador, que conocía bastante á las mujeres, desconfiaba de su carácter voluble y caprichoso, y más de una vez se había dicho, hablando consigo mismo:

—Tendría gracia que yo le allanara el camino de esa cuantiosa herencia y luego se casara con otro.

Cuando le asaltaban estos temores, inmediatamente, para tranquilizarse, se le ocurría la siguiente reflexión.

—¡Bah! Eso no es posible; tengo en mi poder armas terribles para convencerla de que no es fácil burlarse de Salvador Verdemar; y además creo, sin que se me tache de vanidoso, que Teresa me ama lo bastante para pronunciar el *sí* al pié de los altares.

También Verdemar abrigaba otros temores, y aunque no dejaban de inquietarle, creía desvanecerlos y dominarlos sacrificando un poco de dinero.

Estos temores eran su ama de gobierno, y solía decirse:

—Benita está un poco escamada; sospecha algo, pero verdaderamente no sabe nada; cuando sepa la verdad, procurará sacar las uñas para arañarme, pero yo haré todo lo posible para cortárselas. En fin, éste es un peligro de segundo orden y no han de faltarme recursos para librarme de él.

Verdemar, como hemos dicho, esperaba con impaciencia á su amigo Esteban, que por el pronto se había comprometido á librarle de uno de los herederos de don Mateo.

A las siete en punto Terreño se presentó en el comedor, alegre como siempre y desafiando los rigores con que le trataba la fortuna.

Debemos confesar sin embargo que para un hombre tan poco escrupuloso como Esteban no le faltaban motivos para estar alegre, pues en el negocio que le había propuesto Salvador veía un rico filón que explotar, después de los descubrimientos que había hecho desde el ventorro del tío Tony.

—Aquí me tienes puntual á la cita,—dijo Esteban tendiendo una mano á su amigo,—y dispuesto á aceptar la comida y el negocio que me has propuesto.

—Pues entonces, querido Esteban, comamos primero, satisfaciendo las necesidades del rebelde y despótico estómago.

—Sí, dices bien; el estómago es el tirano del hombre. ¡Ah! ¡Qué felices seríamos si pudiéramos vivir sin comer!

—Yo creo que por el contrario, nos aburriríamos hasta lo infinito, porque el placer más sólido, más duradero, es el de la mesa.

—Esa es opinión de rico que yo respeto,—añadió Esteban riéndose.—Pero ¿qué hay de nuestro negocio?

—Querido Esteban,—repuso Salvador bajando la voz,—

de nuestro negocio hablaremos luego en mi despacho tomando café, porque hay negocios que es preciso tratarlos en voz muy baja.

Esteban comprendió lo que quería indicarle su amigo, y no habló del asunto de Diego Robledano ni una sola palabra durante la comida; en cambio se despachó á su gusto hablando de la Habana y de la inmensa fortuna de su prometida criolla y comiendo con admirable apetito.

Ni un solo instante dejó Esteban de demostrar su buen humor, su alegría; era indudable que para aquella naturaleza privilegiada, ni existían las inquietudes ni los remordimientos de conciencia.

Su amigo Verdemar le escuchaba asombrado, tal vez envidiándole, porque aunque Verdemar era un hombre sereno y poco escrupuloso, le faltaba mucho para rayar á la altura de Esteban.

Terminada la comida, desde el comedor se trasladaron al despacho, en donde les sirvieron el café y el coñac.

Salvador había cerrado la puerta por dentro para mayor seguridad y sin miedo de que un inoportuno les molestara; sentados uno enfrente de otro, junto á la chimenea, entablaron el siguiente diálogo en voz baja:

—Comienzo por darte una buena noticia,—dijo el agente, mirando con fijeza á su amigo.

—Una buena noticia es siempre un buen principio de conversación entre dos amigos,—contestó Esteban riéndose,—y te doy á tí y me doy á mí la enhorabuena. Habla, te escucho.

—Está aceptado en parte el negocio de que hablamos ayer.

—Es decir, la supresión del mundo de los vivos de ese botaratillo de Diego de Robledano.

Salvador hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me alegro,—volvió á decir Esteban,—porque no puedes pensarte el deseo que tengo de pagarle los treinta mil reales que le debo.

—Le pagarás esta noche.

—Te lo agradezco con toda el alma.

Salvador, que no había cesado de mirar á su amigo, añadió:

—Pagándole esta noche, ¿cuándo abordarás la provocación que ha de ser motivo del lance?

—¡Toma! Esta misma noche. Esas cosas no pueden retardarse. Tan pronto como le entregue el dinero y quedemos en paz le diré delante de todos que es un mal educado, pero eso corre de mi cuenta, tú sabes que no me faltan recursos en esas situaciones y sé buscar las palabras que hacen más sangre. ¡Oh! Yo te aseguro, querido Salvador, que produciré buen efecto en el Casino.

—¿Y si Diego se hace el desentendido á la provocación?—preguntó Verdemar, que por costumbre, cuando se trataba de dar dinero, siempre encontraba dificultades.

—¡Hacerse el desentendido!... ¡Oh! Eso es imposible; aceptará la provocación, estoy seguro de ello. Diego es un capitán de Estado Mayor, y hacerse el sordo en cuestiones de honra sería para él una gran vergüenza. ¡Imposible! ¡imposible! Esa duda no debe preocuparte; se batirá, estoy seguro.

—Sí, dices bien, es imposible,—añadió Salvador después

de reflexionar un momento;—voy á entregarte los treinta mil reales.

—¡Treinta mil reales!...—repitió Esteban haciendo un brusco movimiento en la butaca.—¡Treinta mil reales!... ¿Y qué diablos quieres que haga yo con treinta mil reales?

—Pagar tu deuda.

—Sí, ya lo sé, pagar; pero ¿y después?

Salvador miró á Esteban como si no le comprendiera.

—Necesito mucho más dinero,—añadió Esteban.—Tendría gracia que después de pagar los treinta mil reales me fuera á casa á pié por no tener una peseta para tomar un coche y con un lance pendiente que tal vez me obligue á emprender un viaje y á hacer gastos extraordinarios.

Y Esteban, soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—Qué ideas tan peregrinas y tan graciosas tenéis siempre los hombres de negocios.

—Pero bien, ¿no era eso lo que habíamos convenido?—preguntó Verdemar con admirable candidez.

—Veo, querido Salvador, que tienes poca memoria, al menos en esta ocasión; pero yo procuraré refrescarla para que recuerdes. Ayer te dije que me ofrecía á librarte á tí ó á esa señora que no conozco de Diego Robledano, y te indiqué la cantidad de cinco mil duros en pago del señalado servicio que me ofrecí á prestaros.

—¡Cinco mil duros!... ¡Oh! Eso es mucho dinero, Esteban.

—¡Ah! ¿Te parece mucho dinero cinco mil duros por matar á un hombre sin que recaiga la menor responsabilidad sobre la persona que tiene interés en enviarle al otro mundo? En ese caso, querido Salvador, ya que te veo entrar en el

capítulo de las lamentaciones y las economías te aconsejo que busques un asesino vulgar, soez, grosero, un matón de oficio, que de seguro lo hallarás, y se encargará de matar á tu hombre por doscientos ó trescientos duros, tal vez por menos. Pero te prevengo, por si lo ignoras, que esta clase de cómplices son funestos y proporcionan muy graves consecuencias. La policía les persigue con tenacidad, les encuentra al fin, y en la primera declaración envuelven y comprometen á la persona que les ha pagado, y por lo regular van al palo ó á presidio los dos juntos unidos con la misma cadena, lo cual debe ser deliciosísimo para un hombre que como tú está acostumbrado á darse buena vida y tiene coche.

Y Esteban, dando unas palmaditas amistosas en la espalda de Salvador y sonriéndose maliciosamente, añadió:

—Si es eso lo que tú quieres, puedes buscar á otro, porque yo, querido Verdemar, no trabajo tan barato.

Y Esteban, con un cinismo verdaderamente repugnante, se bebió de un solo sorbo la copa de coñac que tenía al alalcance de su mano, reclinando perezosamente la cabeza en el respaldo de la butaca.

Salvador estaba densamente pálido, pero hizo un esfuerzo para sonreirse, y dijo:

—Qué exagerado eres.

—Lo que te he dicho es la pura verdad, la historia de siempre, lo que sucede con frecuencia en la vida real; en los anales del crimen encontraríamos mil asuntos parecidos. Un hombre estorba á otro y le falta valor para librarse de él por su propia mano, y entonces busca ó paga un asesino que hiere á su antagonista en la sombra, dándole en pago un

puñado de plata ó de oro; pero este asesino hiere de un modo brutal á su víctima, comprometiéndose él y comprometiendo al que le paga. Meditad bien esto; yo en cambio os libro de un hombre cuya muerte, según parece, os interesa, sin la menor responsabilidad por parte vuestra; yo solo soy el que lo arriesga todo. En primer lugar, arriesgo la vida, pues me pongo delante de mi enemigo con armas iguales y puede matarme á mí en vez de matarle yo á él. En segundo lugar, si salgo vencedor como espero, sufriré los remordimientos que siempre causa matar á un prójimo que ningún daño nos ha hecho; en tercer lugar...

—Bien, hombre, bien,—añadió Salvador cortando el discurso de su amigo,—te entregaré cincuenta mil reales y asunto concluído.

—Salvador, estas cosas repito que no se regatean,—añadió Esteban,—se aceptan ó se rechazan. ¿Estorba ese hombre de veras ó no estorba? Yo ignoro el motivo del odio que esa señora ó tú tenéis á Diego; ¡quién sabe! Tal vez no sea sólo el deseo de vengar un agravio el que os impulsa á borrar su nombre del libro de los vivos; tal vez exista otra razón más poderosa, por ejemplo, una gran herencia, y en tal caso es un buen negocio dar cinco mil duros por coger algunos millones.

Salvador miró con recelo á su amigo, pero Esteban hablaba con gran naturalidad y sin que en sus deducciones pudiera sospecharse una segunda intención.

—Tú sabes, querido Salvador, que yo no soy uno de esos hombres que se *caen del nido*, que van por el mundo con el corazón en la mano y llevando en el pecho el emblema de la

buena fe; por consiguiente es lógico que sospeche que la muerte de Diego debe seros provechosa; de modo que me parece muy justo que todos ganemos, y acepto que vosotros ganéis mucho más que yo.

—Vaya, vaya, no discutamos más,—repuso Verdemar;—voy á entregarte setenta mil reales, y si el asunto se lleva á cabo con limpieza, te daré luego los treinta mil que completan la suma que deseas.

Esteban se encogió de hombros, mientras Salvador sacaba de uno de los cajones de la mesa-escritorio un fajo de billetes del Banco de España.

El agente apartó de aquel fajo con escrupulosa detención treinta mil reales, y se los alargó luego á Esteban.

Terreño se los guardó en el bolsillo de pecho de la levita sin contarlos, pues tenía la seguridad de explotar en gran escala el negocio que empezaba produciéndole setenta mil reales.

—¿De modo que esta noche le pagas y le pegas?—preguntó Salvador riéndose y frotándose las manos como un hombre verdaderamente satisfecho.

—Creo, amigo Verdemar, que no habrá necesidad de pegarle, porque los hombres bien educados no se pegan como los gañanes, pero se matan como los caballeros.

—Te lo pregunto porque conviene no perder el tiempo.

—Descuida, pues yo también tengo mucho interés en terminar este asunto y terminarlo bien.

—¿Cuándo sabré el resultado de lo que ocurra esta noche?—preguntó Salvador.

—Mañana vendré yo mismo á contártelo.

—Te esperaré con impaciencia.

—Pudiera muy bien suceder—añadió Esteban—que no fuese esta noche al Casino nuestro hombre; pero probablemente irá, pues tiene que cobrar los treinta mil reales que le debo.

—Sí, dices bien; eso es un aliciente, y acudirá á la cita.

—Pero, ahora que recuerdo,—repuso Esteban,—¿no eres tú socio del Casino?

—Sí, hace muchos años.

—Pues entonces tu natural curiosidad puede quedar satisfecha esta misma noche; ven al Casino y verás por tus propios ojos y oirás por tus propios oídos lo que ocurra entre Diego de Robledano y Esteban Terreño.

—Tal vez siga tu consejo.

Esteban miró el reloj, y dijo:

—Son las diez, tengo que ir á mi hotel á vestirme y quiero llegar antes que Robledano.

Esteban se levantó, y estrechando la mano de su amigo, le dijo:

—Si no te veo esta noche por el Casino vendré mañana á darte cuenta de lo ocurrido.

Esteban se separó de su amigo.

Salvador se quedó solo.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil y en actitud reflexiva en su butaca.

He aquí las ideas, los pensamientos que iban cruzando por el cerebro del agente de negocios:

—Es preciso vivir alerta cuando se tiene un socio de las condiciones de Esteban y se trata de llevar á cabo un asunto

como el que nos ocupa. Si Esteban supiera toda la verdad, tendría exigencias insoportables; pero no es posible que la sepa, y hoy por hoy nos conviene tener á Terreño de nuestra parte, porque nos librará sin ningún riesgo de los dos principales herederos de don Mateo.

Y Salvador, haciendo un movimiento con los hombros, volvió á decir:

—¿Qué son ocho ó diez mil duros comparados con la inmensa fortuna que pueden producirnos? ¡Bah! Demos tiempo al tiempo, pero vivamos alerta.

CAPITULO IX.

Provocación.

Esteban llego al Casino á las once y media y entró en la sala de juego, en donde había muchos parroquianos reunidos con el *piadoso* objeto de devorarse los unos á los otros.

La afición al juego es tan antigua, tan universal, tan innata en el hombre, que en vano las autoridades se desvelan por prohibirlo.

El hombre ha jugado siempre y jugará siempre.

En la cumbre del Calvario, al pié de la cruz, en medio de la desolación que el último suspiro del Mártir del Gólgota produjo á la naturaleza, los sayones se jugaron con impasible indiferencia la túnica *inconsútil* de Jesús.

Para aquellos hombres nada existía en derredor suyo; el mundo estaba reducido á los dados que rodaban sobre la prenda codiciada.

No hay nada que subyugue tanto al hombre como el

juego: para el jugador que lucha con su buena ó mala suerte las horas tienen la duración de los minutos.

Una larga noche de invierno es un soplo para él cuando se halla junto al tapete verde devorado por la fiebre del juego, cegado por el montón de oro y de billetes que codicia.

Para el jugador de pura sangre no hay amistad, no hay familia, no hay patria.

El juego es su Dios, y á él sólo rinde adoración; jugar es vivir, pero una vida que devora, que consume, que empobrece la naturaleza.

Pero ¿qué importa? Todas las amarguras, todos los angustiosos dolores que sufre el jugador pegado al tapete verde y respirando una atmósfera falta de oxígeno, se hallan recompensados cuando llega una hora de buena suerte, cuando consigue *desbancar*; porque así como los militares recuerdan en la vejez sus proezas y sus victorias, y los escritores miran con cierto cariño el libro causa de su gloria y de su reputación, así el jugador recuerda también aquella noche y aquel momento feliz en que tuvo la suerte de *desbancar* y ser la admiración de todos cuantos le rodeaban.

Triste gloria, por cierto, es la del jugador que ha logrado durante su vida *desbancar* una docena de veces y acaba su existencia triste y solitaria en el modesto lecho de un hospital.

Pero volvamos al Casino.

Esteban entró en la sala de juego y abarcó con una mirada la *banca* y los *puntos*.

No estaba Robledano.

Involuntariamente hizo un movimiento como para apode-

rarse de una silla y sentarse junto á la mesa como el que se dispone á jugar, pero de pronto se contuvo y se dijo:

—Tengamos prudencia, aunque no sea más que por una sola vez en la vida. Primero pagaré, luego jugaré; me quedan cuarenta mil reales para probar fortuna y treinta mil en la caja de Salvador, que pienso recoger mañana, mediante Dios.

Esteban, temiendo no poderse contener, porque todas las cartas que iba colocando el *banquero* sobre el tapete le eran simpáticas, salió de la sala de juego y entró en el salón de los billares.

Allí se puso á jugar una partida de cien carambolas para matar el tiempo.

En aquella partida sólo se atravesaba un billete de cincuenta pesetas.

A la mitad de ella entraron en el salón del billar Diego y Jacobo de Robledano.

Esteban le dirigió á Diego una mirada provocativa, saludándole al mismo tiempo con el taco.

Aquel saludo tenía algo de amenaza, pero nadie ni remotamente sospechó las intenciones de Terreño.

De pronto Esteban dejó el taco sobre la mesa, dirigió una mirada en derredor suyo, y dijo en voz alta:

—Señores, muchos de ustedes me conocen, y por consiguiente saben que tengo la buena costumbre de perder ó ganar grandes cantidades en el juego sin descomponerme ni agriar el rostro, y que siempre han sido para mí sagradas las deudas contraídas junto al tapete verde.

Esteban se detuvo. Todos adivinaron que de aquellas pa-

labras debía surgir algo grave, y agrupándose alrededor de la mesa, se dispusieron á escuchar con gran atención.

Reinó el más profundo silencio. Esteban, después de una breve pausa, volvió á decir:

—Pues bien, señores, un hombre ha puesto en duda mi delicadeza, me ha ofendido gravemente al creer incobrable y permitirse ciertos comentarios, la cantidad de treinta mil reales que le quedé á deber después de perder seis mil duros, y como yo no estoy acostumbrado á sufrir ofensas de nadie, le acuso de mal caballero y le escupo á la cara mi desprecio delante de todos ustedes, pues se halla en este salón escuchándome; pero antes le pago los treinta mil reales que le debo.

Y Esteban arrojó sobre la mesa del billar un paquete de billetes del Banco de España, añadiendo:

—Señor Robledano, ¿quiere usted enterarse si está completa la suma que le quedé á deber anoche?

Diego, que á duras penas había podido contenerse desde las primeras palabras de Esteban, ciego de furor se abalanzó hacia él, pero algunos amigos lograron contenerle y evitar una escena poco edificante entre personas decentes.

Esteban, mientras tanto, se sonreía con los brazos cruzados sobre el pecho; aquella sonrisa insultante, aquella actitud provocativa, no eran por cierto las más á propósito para calmar la rabia de Robledano.

—Señor Terreño,—exclamó Diego,—me dará usted una satisfacción de las palabras ofensivas que acaba de dirigirme.

—Estoy á las órdenes de usted, señor Robledano,—añadió Esteban saludándole y sin dejar de sonreirse.—Porque

supongo que usted no ignora qué clase de satisfacción puede dar un caballero cuya honra se ha ofendido. Mantengo por lo tanto mis apreciaciones, no retiro ni una sola de mis palabras, y como al pagar esos treinta mil reales nada la debo á usted, soy libre de juzgarle como mejor me plazca.

Y dirigiéndose á dos de los espectadores, añadió:

—Querido coronel, amigo Mendoza, ¿quieren ustedes honrarme entendiéndose con las personas que designe el señor Robledano?

Los aludidos hicieron un signo afirmativo con la cabeza.

—Muchas gracias, señores,—añadió Esteban;—sólo suplico á ustedes que acepten todas las condiciones, y que este asunto enojoso se resuelva lo más pronto posible.

Y Esteban, cambiando de entonación, añadió:

—Mozo, coja usted esos billetes de Banco y deposítelos en la caja del Casino á nombre de don Diego de Robledano, pues son suyos. Concluyamos la partida, amigo Carranza, y dispense usted esta ligera interrupción.

Algunos amigos habían sacado del salón del billar á Diego, y Esteban continuó tranquilamente su interrumpida partida de carambolas sin que se notara en su pulso la menor alteración.

La noticia del lance desagradable ocurrido en el salón de los billares cundió con ràpidez por el Casino, y como siempre, comenzaron los comentarios, dividiéndose las opiniones según las simpatías que inspiraban á cada cual los dos antagonistas.

Pero en lo que todo el mundo estaba conforme era en que Terreño y Robledano tenían grandes condiciones de valor,

destreza y serenidad; por consiguiente, auguraban que aquel malhadado lance tendría muy funestas consecuencias.

Cuando Esteban terminó las cien carambolas, desde el salón de los billares pasó á la sala de juego.

En el semblante de Terreño no se notaba la más ligera emoción, su serenidad era perfecta, su aspecto tranquilo, como si nada de particular hubiera ocurrido, como si no tuviera pendiente un lance que podía costarle la vida.

Esteban se sentó junto á la mesa de juego y sacó su cartera.

El que estaba tallando le saludó como á un antiguo conocido.

Esteban *apuntó* un billete de cuatro mil reales á un *siete de oros:* ganó.

Puso los ocho mil reales á un *as de bastos* y ganó también.

Esteban pensó que había sido una lástima jugar tan poco dinero, porque sabido es que la ambición de un jugador de pura sangre no queda nunca satisfecha.

Puso los diez y seis mil reales á un *rey,* que salió á la segunda carta.

El banquero miró de un modo receloso á aquel *punto* que había *dado tres golpes,* desmembrando la *banca* en veintiocho mil reales, y que si daba el cuarto golpe la ponía en grave aprieto.

En aquel momento, es decir, cuando Esteban iba á decir «juego» y á colocar junto á un *cinco de copas* treinta y dos mil reales, sintió que le tocaban suavemente en la espalda.

Eran sus padrinos que venían á darle cuenta de su delicada comisión.

—¡Ah! ¿Son ustedes, amigos míos?—dijo Esteban.—¡Qué lástima! Tenía en este momento una racha de fortuna y abrigaba la esperanza de desbancar, pero lo primero es lo primero.

Y Esteban, guardando el oro en los bolsillos y los billetes en la cartera, se levantó y siguió á sus dos padrinos, que le condujeron hasta un gabinete reservado, en donde se encerraron los tres.

—¿Qué ocurre?—preguntó Esteban.

—Se bate usted mañana á las ocho á pistola,—dijo el coronel.

—Perfectamente,—repuso Esteban;—¿á qué distancia?

—El primer disparo á treinta pasos.

—Me parece un poco lejos.

—El segundo á veinticinco.

—Vamos, eso ya es otra cosa.

—Y el tercero á veinte.

—No creo que lleguemos á dispararnos tres tiros.

—Es que Robledano exige que no se dé por terminado el lance hasta que uno de los dos quede fuera de combate,—repuso Mendoza,—y como él es el agraviado, ha sido preciso acceder...

—Perfectamente, señores; estamos en todo de acuerdo y doy á ustedes las más expresivas gracias por la molestia que les proporciono y el madrugón de mañana.

Y Esteban, sonriéndose con cierta fanfarronada impropia de las circunstancias, añadió:

—Parece imposible que dos que se hallan de acuerdo en todo, se batan y arriesguen sus vidas; anomalías de esas leyes llamadas del honor.

Y levantándose, añadió:

—Ruego á ustedes que lo dispongan todo y que vengan á buscarme á la hora oportuna al hotel de París, piso segundo, número 10, donde vivo en la actualidad.

—Tiene usted que firmar antes el acta,—repuso Mendoza presentándole un papel.

Esteban firmó el acta, entregándosela después á sus padrinos.

—Y ahora, amigos míos,—añadió Terreño,—ruego á ustedes me permitan continuar probando fortuna junto al tapete verde.

—No, Esteban, no,—dijo Mendoza con gravedad;—la noche que precede á un duelo es preciso dormir un poco y disponer ciertas cosas, porque la vida está en peligro y el hombre más sereno, más valiente, piensa un poco en lo porvenir.

—Nadie duda del valor de usted, Esteban,—añadió el coronel;—lo tiene probado en varios lances de honor; pero es preciso descansar, dormir, para tener buen pulso.

—Queridos amigos, yo agradezco con toda el alma el interés que por mí se toman; pero afortunadamente soy solo en el mundo y no tengo que despedirme de nadie. Esto ès una gran ventaja. Son las doce y media de la noche, prometo á ustedes retirarme antes de las tres de la madrugada y dormir un par de horas; es lo suficiente para que el pulso esté sereno.

—Veo que es usted incorregible,—repuso el coronel.

—Se me ocurre una cosa,—añadió Esteban.

—Será siempre alguna locura,—dijo Mendoza.

—No, por el contrario, es una cosa muy humana, muy sensata; sacrifico á ustedes mi afición al juego esta noche que estaba de suerte, y propongo que cenemos juntos, pues acabo de ganar veintiocho mil reales mientras ustedes estaban arreglando el modo de que Robledano y yo nos rompiéramos el alma de un modo decente.

—Aceptado,—dijeron á un tiempo los dos testigos.

Los tres amigos se trasladaron al comedor.

Esteban pidió la lista de los platos de la noche y eligió tres, que debían ser sazonados con Borgoña, Jerez y Champagne.

Durante la cena Esteban fué el que estuvo más alegre, más decidor; nadie hubiera sospechado al oirle que aquel hombre debía batirse á las ocho de la mañana.

A las dos de la madrugada el coronel y Mendoza dejaron en la puerta del hotel de París á su ahijado, ofreciendo volver á buscarle á las siete.

Cuando Esteban entró en su cuarto, le dijo al camarero:

—Me despiertas á las seis de la mañana: toma, para que no te olvides.

Y le puso en la mano una moneda de cinco duros.

Luego se acostó, y un momento después dormía profundamente.

. . . .

. . . .

Mientras tanto, Salvador Verdemar se sentía inquieto y pasó la noche desvelado, logrando sólo dormirse al amanecer.

Nuestro agente, que en todas las ocasiones graves de la vida era muy precavido, acudió á las doce de la noche al Ca-

sino, y sin detenerse en ninguna parte, entró en el gabinete de lectura.

No quería encontrarse con Esteban ni presenciar la provocación, pero deseaba saber lo que iba á ocurrir.

Como todos los socios se enteraron del lance, uno de ellos entró en el gabinete de lectura y contó lo ocurrido á los tranquilos lectores.

—¿De modo que se baten mañana?—preguntó Salvador con afectada candidez.

—Quién lo duda,—repuso el que había traído la noticia;—la provocación ha sido terrible y el lance es inevitable entre personas de honor.

—¿Y se sabe el arma que han elegido?

—La peor de todas; la pistola.

—Malas consecuencias tiene la pistola,—repuso Verdemar.

—Y es de esperar que las tenga este malhadado lance, porque según he oído decir, han estipulado hacerse fuego hasta que uno de los dos quede fuera de combate.

—¡Qué barbaridad!—añadió otro.

Como Salvador sabía lo que deseaba, salió del Casino sin que ninguno de sus amigos le viera, y regresó á su casa.

Aunque él no era el que tenía que batirse, y nadie ni remotamente podía sospechar que hubiese tomado una parte tan activa en el desafío, durmió poco y mal, como hemos dicho.

A las nueve de la mañana abandonó la cama, se trasladó desde el dormitorio al despacho y se puso á escribir algunas cartas para matar el tiempo.

Tres ó cuatro veces le había preguntado su ama de gobierno:

—¿Qué tienes? Estás descolorido, ¿has pasado mala noche?

—¿Qué quieres que tenga? Nada absolutamente,—contestaba Salvador con malhumorado acento.

Lo que tenía Verdemar era una gran inquietud, una creciente impaciencia, pues esperaba noticias del lance que debía haberse efectuado aquella mañana en la alameda de Osuna.

Cada cuarto de hora que trascurría redoblaba la ansiedad de Salvador, y este pensamiento iba desarrollándose en su cerebro:

—Si Diego mata á Esteban hemos hecho un mal negocio, pues no sólo habremos perdido setenta mil reales, sino un aliado que puede sernos muy útil en lo sucesivo. He oído decir que Diego es un muchacho valiente y sereno... ¡Diantre! Tendría poca gracia que ganara la partida el sobrinito de don Mateo; pero no, no es posible; Esteban maneja á la perfección todas las armas, yo le he visto en el tiro de pistola hacer prodigios, no yerra nunca el blanco que elige, corta una bala en partes iguales con el filo de un cuchillo.

A pesar de todas estas reflexiones Salvador no se tranquilizaba.

A las diez y cuarto sonó con violencia el timbre de la puerta de la escalera.

Verdemar, que se paseaba inquieto y preocupado por su despacho, se detuvo y se quedó mirando hacia la puerta.

De pronto vió aparecer á Esteban.

Salvador lanzó un grito y corrió á su encuentro abrazándole.

—¡Cuidado!... ¡cuidado!...—le dijo Esteban riéndse.

Entonces observó Verdemar que su amigo llevaba el brazo en cabestrillo.

—¿Estás herido?—le preguntó palideciendo.

—Sí, una simple rozadura, que afortunadamente no ha interesado el hueso.

—Pero ¿y Diego?—preguntó con marcadas muestras de temor Verdemar.

—¡Ah! El pobre Diego ha sido menos afortunado que yo... Puedes decirle á tu amiga que encomiende su alma á Dios.

Salvador, al oir estas palabras, como si le abandonaran las fuerzas, se dejó caer en una butaca, murmurando:

—¡Muerto!... ¡muerto!...

—¡Diantre! No parece sino que lo sientes, cuando tanto has contribuído en este asunto,—repuso Esteban, dirigiéndole una mirada de reconvención á Salvador.

—No, no, más vale que sea él que tú,—exclamó Verdemar con precipitación.—Siéntate y cuéntame algunos pormenores del lance, luego almorzaremos juntos.

—Dispensa, querido, he convidado á almorzar á mis padrinos, y me esperan á las once en punto en casa de Lardy; sólo me he separado de ellos para darte la triste noticia de la muerte de Diego. Él disparó primero, su bala rozó la carne de mi brazo y calentó un poco mi pecho; pero la mía iba mejor encaminada. En fin, tengo prisa, ya hablaremos de esto en otra ocasión, lo importante para nosotros queda terminado; y ahora te suplico que me entregues los treinta mil reales que me debes, porque tal vez me convenga salir esta tarde en el *expreso* de Francia y pasar una corta temporada

en París, hasta que se olviden en Madrid de mí y del muerto. Esto será cuestión de quince días, ya te avisaré lo que ocurra y lo que decida.

Salvador entregó en el acto los treinta mil reales á Esteban, y éste se despidió de su amigo, ofreciendo tenerle al corriente de lo que ocurriera.

Cuando Verdemar se quedó solo exhaló un ruidoso suspiro, y dejando asomar á sus labios una sonrisa de satisfacción, se dijo hablando consigo mismo:

—Uno menos... y diez y ocho millones más para Teresa, es decir, para mí. ¡Oh! Es preciso que Esteban no nos abandone, porque aún nos queda un estorbo: Jacobo de Robledano. Las buenas noticias no deben retardarse; es preciso ir á Carabanchel lo más pronto posible.

Y tirando del llamador de la campanilla, pidió el almuerzo y el coche.

LIBRO IV.

EL HEREDERO.

CAPITULO PRIMERO.

Amor de padre.

Las órdenes que Pancho el mulato trasmitió á todos los criados de la casa, la salida del padre Marcelo en un carruaje de la propiedad de don Mateo de Robledano, fueron un grito de alarma para Teresa, que, naturalmente recelosa, veía por todas partes enemigos codiciosos de la fortuna de su tío.

En vano procuró sondear á Pancho el mulato, pues el pobre sólo sabía lo que su amo le había dicho: es decir, que dispusiera una habitación contigua á la suya para recibir aquella noche en la quinta de Carabanchel á dos huéspedes á quienes era preciso tratar desde el momento en que llegaran con tantas consideraciones como al amo de la casa.

¿Quiénes eran aquellos dos huéspedes?... ¿Qué lazos les unían con el moribundo millonario para tenerles tantas consideraciones?

Atendido el carácter de Teresa, esto le daba bastante en qué pensar, y era sobrado motivo para tenerla inquieta y recelosa.

Dos veces durante la tarde pretendió ver á su tío con el objeto de descubrir algún terreno, pero Pancho el mulato, cerrándole el paso, le había dicho:

—El señor duerme, y me ha prohibido que entre nadie en su alcoba á molestarle.

Así pasó la tarde; y á manera que avanzaba la noche, crecían las inquietudes y los recelos de Teresa, que si bien por una parte se alegraba que sus dos primos hubiesen vuelto á Madrid, por otra le extrañaba que su tío no aceptara el ofrecimiento que le habían hecho de quedarse en la quinta para asistirle.

Mientras tanto, don Mateo no estaba menos inquieto ni menos impaciente que su sobrina Teresa, si bien es verdad que su impaciencia obedecía á una causa más noble, más santa.

Al pobre enfermo le parecían las horas inmensamente largas, de una duración angustiosa.

Había mandado descorrer las cortinas de su alcoba, y un poco incorporado en la cama, dirigía tristes miradas hacia el balcón del jardín, por donde penetraban los rayos hermosos y claros del sol de la tarde.

Poco á poco la luz del día fué debilitándose, y comenzó el crepúsculo.

—Ya no pueden tardar,—se decía el enfermo;—hace más de dos horas que el padre Marcelo salió en busca de Alejandro... ¡Oh! ¡Qué ganas tengo de verles aparecer por esa puerta! ¡Pobre Cora! ¡Cuánto sufrió en este mundo! ¡Qué calvario tan penoso fué el de su vida!... Cuando pienso que yo hubiera podido ahorrarle muchas lágrimas... muchas amar-

guras... Pero ¿cómo?... La busqué inutilmente por todas partes... La creí muerta... Jamás pude imaginarme que se hallara en Africa, eu la costa de Guinea, en la colonia americaua de Liberia. ¡Oh! Si yo lo hubiese sabido, yo mismo hubiera ido á buscarla. ¡Qué placer tan grande hubiese sido el suyo al verme entrar en la ciudad de Monrovia, y con qué gozo hubiera yo pronunciado estas palabras: «Cora, ya han concluído todas tus penas; vengo á cumplirte mi palabra, á darte el nombre de esposo!»... Pero por fin, Dios me devuelve á mi hijo. ¡Bendito sea Dios!

Y el enfermo, en medio de estos soliloquios que mantenía en su debilitada imaginación, exclamaba, verdaderamente conmovido:

—¡Melchor Tordera!... ¡El capitán del bergantín *El Ciervo!* ¡Qué hombre tan bueno! ¡Qué hombre tan generoso! Es preciso que yo le demuestre mi gratitud.

Cuando las primeras sombras de la noche comenzaron á extenderse por la habitación, don Mateo mandó á Pancho que encendiera todas las luces del gabinete, es decir, los candelabros y la lámpara.

—¿Para qué tanta luz, señor?—se atrevió á preguntar el mulato.

—Para verle mejor desde el momento que se presente en esa puerta,—contestó don Mateo.—¡Oh! ¡Tú no sabes lo que es un minuto, un segundo en estos casos!

Pancho creyó que aquella contestación era una de las muchas rarezas y divagaciones que padecía su pobre amo desde que estaba enfermo, y no queriendo disgustarle, encendió los candelabros y la lámpara.

La hermosa luz del sol no hubiera prestado más claridad al gabinete que la que derramó por todos los ámbitos la luz artificial.

—¡Oh! ¡Qué bien le voy á ver!—añadió el enfermo sonriéndose con esa triste melancolía de los enfermos incurables.

—Pero ¿á quién, señor?—le preguntó Pancho.

—Al que estoy esperando,—repuso don Mateo,—al que he buscado durante muchos años inútilmente, al que me envía Dios para endulzar las últimas horas de mi existencia.

Pancho se encogió de hombros y se puso á dar paseos por el gabinete, pues para el mulato las palabras de su amo no tenían sentido común.

De vez en cuándo el enfermo exclamaba:

—¡Cuánto tardan!... Lo menos hace tres horas que el padre Marcelo salió de la quinta, y de aquí á Madrid se puede ir y volver en mucho menos tiempo... ¿Les habrá sucedido algo?... Pero no, Dios no ha conducido las cosas hasta este punto para enviarnos una nueva desgracia.

Pancho, que se hallaba junto al balcón, vió entrar un carruaje en el jardín, y reconociendo los caballos y al cochero que los guiaba, dijo:

—Señor, ahí está el sacerdote que hace algunas horas salió para Madrid.

—¿Viene solo?—preguntó el enfermo haciendo un movimiento como para levantarse.

El coche se detuvo junto á la escalinata del hotel.

—No señor,—contestó Pancho mirando á través de los cristales del balcón,—le acompañan dos caballeros más.

—Corre, Pancho, corre,—exclamó don Mateo;—que no

se detengan, introdúceles aquí; les estaba esperando con gran ansiedad, y luego que nadie nos interrumpa, que nadie nos moleste. En tí confío.

Poco después se presentaron en la puerta del gabinete el padre Marcelo, Alejandro el hijo de Cora y un notario. Éste, que no ignoraba la escena que iba á tener lugar en aquella habitación, se quedó prudentemente en último término hasta que las circunstancias reclamaran su presencia.

Alejandro era un joven de veinticuatro años, gallardo, hermoso, con el cabello rubio y una naciente y fina barba que hacía resaltar el purísimo color de sus ojos azules.

A pesar de su juventud, el aspecto de Alejandro era grave, serio y un tanto impropio de su edad.

El puro y sonrosado color de sus mejillas, que más de una mujer hubiera envidiado, contrastaba con la profunda tristeza de su mirada.

Vestía completamente de negro; la levita ceñida y abrochada hasta el cuello, modelaba su esbelto cuerpo lleno de elegancia y distinción. Era un tipo verdaderamente inglés; hasta en su acento se notaba la gran costumbre de hablar el idioma de Milton.

El padre Marcelo cogió á Alejandro de la mano y le condujo hasta la puerta de la alcoba.

En la noble fisonomía del hijo de Cora se notaba una gran emoción, pero al mismo tiempo, su frente despejada y un tanto pálida expresaba la dignidad y la calma.

El enfermo, sentado en la cama, sostenido el cuerpo por tres almohadones, esperaba á su hijo con la mayor ansiedad propia y natural del padre. Al verle, no pudo conte-

ner un grito de admiración, y juntando las manos, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Es Cora, es su retrato, es ella misma!...

La inmensa claridad que despedían las luces del gabinete iluminaba como la luz del sol la hermosa é interesante figura de Alejandro, que avanzando hacia la cama con una triste sonrisa en los labios, dijo con dulce acento, dejando asomar al mismo tiempo dos lágrimas á sus ojos:

—Sí, soy el retrato de mi buena, de mi infortunada madre; lo dicen todos cuantos nos conocen... Dios, sin duda, ha querido concederme esa semejanza para que mi padre me reconozca sólo al presentarme delante de él.

—Ven, ven, hijo mío; necesito estrecharte entre mis brazos... Necesito que me perdones antes de morir,—exclamó el enfermo con débil acento.

Alejandro se arrojó al cuello de su padre.

Durante algunos minutos aquel anciano moribundo y aquel joven lleno de vida permanecieron abrazados y llorando.

El padre Marcelo y el notario contemplaban aquella tierna escena en el más profundo silencio.

—¡Oh, madre mía!—exclamó por fin Alejandro.—¡Qué feliz hubieras sido presenciando este abrazo que reconcilia á un hijo con un padre, este abrazo que era tu único deseo en el mundo! Pero indudablemente desde el cielo, en donde mora tu alma, presenciarás nuestra reconciliación.

—Sí, la pobre Cora hubiera sido muy feliz,—murmuró el enfermo con voz desfallecida.

Y acariciando los rubios cabellos de Alejandro, añadió:

—Cuando pienso lo que habéis sufrido, porque lo sé todo,

hijo mío, pues el padre Marcelo me ha revelado detalladamente vuestra historia, cuando pienso que á tan poca costa hubiera podido evitaros grandes penalidades... Pero yo ignoraba vuestro paradero... ¡Ah! ¡Cuántas veces me habréis maldecido!

—Nunca, padre mío; mi madre en medio de su desgracia, de sus sufrimientos, de su abandono, culpaba á la fatalidad, pero nunca al hombre á quien tanto había amado, por quien lo había sacrificado todo, y al que murió amando después de la revelación del mulato Ecequiel.

Y Alejandro, desabrochándose la levita y el chaleco, sacó un medallón que llevaba colgado al cuello, y dijo:

—Este medallón encierra dos miniaturas; son dos retratos, el de mi padre y el de mi madre. Pendiente de mi cuello le llevo desde que contaba doce años de edad, pues mi madre me enseñó á amar al hombre á quien debía el ser.

Alejandro abrió el medallón y presentó ante los llorosos ojos del enfermo los dos retratos.

Don Mateo estuvo contemplándolos largo rato y recordando sin duda los días más felices de su vida pasados junto á aquella confiada é inocente huérfana que tanto le había amado.

Luego besó tres veces con respetuosa veneración el retrato de Cora, y devolviéndole el medallón á su hijo, añadió:

—Guarda siempre, hijo mío, ese retrato de tu madre como un recuerdo sagrado del amor que te tuvo y de las penalidades que sufrió durante su vida.

Alejandro sacó una abultada cartera del bolsillo de pecho de la levita, y dejándola sobre la cam a, añadió:

—Aquí están, padre mío, todos los documentos que acreditan mi nacimiento y algunas cartas importantes. Mi madre, en medio de su azarosa existencia, conservó con gran cuidado esos papeles, calculando que algún día podrían serle útiles. Ahora sólo me resta decir que he venido á España, siguiendo los consejos de mi madre moribunda y del virtuoso padre Marcelo, no por una fortuna, pues me siento con fuerzas para ganármela en América por mí mismo, sino por un apellido que falta en mi fe de bautismo.

—Lo tendrás, es justo que lo tengas,—añadió el enfermo;—el mío te corresponde, yo te lo doy con el alma llena de gozo, y bendigo este momento que, cumpliendo con mi deber, descargo mi conciencia de un peso abrumador.

Y el enfermo, levantando un poco la voz, añadió:

—Padre Marcelo, ¿supongo que habrá venido el notario?

—Sí señor,—contestó el sacerdote.—Está esperando que usted le llame.

—Que entre, que entre,—añadió el enfermo.

El notario se presentó en la puerta de la alcoba.

—Señor notario,—volvió á decir el enfermo,—este joven (y señaló á Alejandro) es mi hijo, á quien he buscado inútilmente durante diez y ocho años y á quien Dios me envía en la hora de la muerte. Quiero reconocerle con todas las formalidades de la ley; quiero darle mi apellido y nombrarle mi heredero universal; pero quiero también que termine lo más pronto posible este asunto, pues me siento muy malo y pudiera sorprenderme la muerte de un momento á otro.

El notario inclinó la cabeza en señal afirmativa, y dijo con reposado acento:

—¿Quiere usted que el reconocimiento de este hijo natural sea público desde ahora ó que se guarde el secreto hasta el día que se lea el testamento?

—No tengo interés en ocultarlo, pues mi mayor orgullo, la más grande de todas mis satisfacciones, consiste en llamarme padre de Alejandro; le debo esta reparación á su madre, á mi conciencia, á mi alma.

—Pues entonces, comenzaremos por el reconocimiento. Aquí veo á un venerable sacerdote, que servirá de testigo con algunas otras personas que se encuentren en la casa, y ante las cuales hará usted su declaración y reconocerá á su hijo; luego extenderemos el testamento.

—Alejandro,—repuso el enfermo,—tira del llamador de la campanilla para que venga Pancho, mi ayuda de cámara.

Alejandro obedeció, y un minuto después el joven mulato se hallaba en la alcoba.

—Francisco,—dijo don Mateo,—necesito que vengan aquí todos los criados de la casa, todos, sin que falte uno, porque quiero delante de ellos hacer una declaración importante.

—¿Ahora mismo quiere el señor que vengan?—preguntó el mulato.

—Sí, ahora mismo, sin perder un momento.

Mientras tanto, el notario y el padre Marcelo habían colocado una pequeña mesa en la alcoba y sobre ella recado de escribir y algunos pliegos de papel sellado.

También colocaron sobre aquella mesa la cartera que Alejandro había entregado á su padre, y que éste ni siquiera había tocado con sus manos.

Cinco minutos le bastaron á Francisco el mulato para re-

unir á toda la servidumbre en el cuarto de su moribundo amo.

Teresa, al saber este llamamiento general, sintió una gran inquietud, pues era indudable que sucedía algo extraordinario.

Aunque ella no pertenecía á la servidumbre, entró también con los criados, pero quedándose en último término y buscando un sitio desde donde pudiera ver y oir sin ser vista.

El enfermo incorporado en su cama; junto á la cabecera, de pié, Alejandro, triste y grave. A los piés de la cama el venerable padre Marcelo, y sentado junto á la mesa, el notario, dispuesto á dar fe de aquel acto solemne.

Este cuadro imponente fué el que vieron los criados desde el inmediato gabinete á la alcoba, porque el enfermo había mandado que descorrieran por completo las cortinas.

Teresa, junto á la puerta del gabinete, apretándose el pecho con las manos, pálida como una muerta, y sospechando que la amenazaba una gran desgracia, contempló también en silencio la escena con espantados ojos.

¿Quién era aquel joven desconocido para ella, que tenía á un mismo tiempo la hermosura de un ángel y la severidad de un juez? ¿Qué papel representaba junto al lecho del moribundo millonario? Teresa temblaba, porque, ignorándolo todo, lo temía todo, pues el peligro que más nos arredra es el desconocido.

Durante algunos segundos reinó en la habitación el más profundo silencio, á pesar de hallarse reunidas en ella más de quince personas.

Aquella quietud imponente sólo era interrumpida por la fatigosa respiración del moribundo.

Don Mateo, apoyado en los almohadones, casi sentado en su cama, contempló con apagados ojos todas aquellas cabezas, todos aquellos ojos que le miraban con muestras de curiosidad y asombro.

Don Mateo exhaló un suspiro y preguntó:

—Francisco, ¿están todos?

—Todos, señor,—contestó el mulato, que se hallaba en primera fila y no menos asombrado que sus compañeros.

—Pues bien, amigos míos,—repuso el enfermo,—oid con atención lo que voy á deciros y os suplico que lo grabéis fielmente en vuestra memoria para que seáis testigos mañana si hace falta y podáis repetir las mismas palabras que van á pronunciar mis labios.

El enfermo respiró con la avaricia del que siente escasez de aire en sus pulmones, y extendiendo una mano, la puso sobre la cabeza de Alejandro, diciendo:

—Este joven que toco con mi mano, este joven que se halla junto á la cabecera de mi lecho de muerte, se llama Alejandro de Robledano y Mork; es mi hijo, yo le reconozco á la faz del mundo, yo le concedo desde el fondo de mi corazón todos los derechos que tiene á llevar mi apellido, y le nombro mi heredero universal.

En el gabinete se oyó un murmullo de admiración que los criados no pudieron contener al oir tan inesperada noticia.

—Comprendo vuestro asombro,—añadió el enfermo,—y debo deciros que he buscado durante muchos años inútilmente á este hijo á quien acabo de reconocer y á quien Dios me envía para consuelo de mis últimas horas. Obedeceréis sus

órdenes como las mías propias; veréis en mi hijo Alejandro á vuestro amo; servidle con lealtad como me habéis servido á mí, puesto que desde esta noche Alejandro es mi hijo ante Dios, ante la naturaleza, ante los hombres y ante las leyes.

Y el enfermo, cambiando una mirada con el notario, añadió:

—Podéis retiraros.

Los criados se fueron retirando sin meter el menor ruído, y sus últimas miradas fueron para el joven Alejandro, para su nuevo amo, cuya figura hermosa é interesante había sido simpática á todos.

Teresa fué la primera que abandonó el gabinete de su tío; se dirigió al dormitorio del piso bajo tambaleándose y apoyándose en las paredes como si hubiera recibido en la cabeza uno de esos golpes que aturden, que anonadan.

Cada palabra de las que había pronunciado su tío había caído en su corazón como una gota de plomo candente. Lo que acababa de presenciar le parecía un sueño horrible, una espantosa pesadilla.

Cuando entró en su cuarto se dejó caer en un sofá exhalando rugidos de rabia.

Tenía grandes ganas de llorar, poro sus ojos permanecían secos, porque seca estaba su alma de esas hermosas fuentes de la ternura que tantos consuelos prestan á las mujeres que las poseen.

Aquella falta de lágrimas redoblaba los acerbos dolores de su corazón, que latía de un modo tan violento como si fuera á estallar dentro del pecho.

—¡Oh! ¡Estoy perdida, estoy perdida!... —exclamó Tere-

sa golpeándose la frente con desesperación.—Mi tío anulará el testamento... El hombre que se hallaba escribiendo junto á la mesa debe ser un notario, y de seguro en el nuevo testamento no me dejará seis millones; tal vez me desherede... Porque ese fatal y funesto hijo, que le envía el infierno, á juzgar por el entusiasmo y el cariño con que lo ha reconocido, será nombrado su heredero universal. ¡Oh! ¿Qué hacer? ¿qué hacer?

Y el pensamiento de Teresa se revolvía en un abismo lleno de espantosas tinieblas.

En aquel momento Teresa hubiera llegado hasta el crimen, hubiera hundido un puñal en el corazón de aquel hijo que se presentaba de improviso para robarle la fortuna de su tío.

Esta idea era espantosa; Teresa se retorcía en el sofá exhalando gritos de desesperación, pero sus ojos continuaban secos, las lágrimas eran un consuelo que le negaba su naturaleza.

—¡Oh! Si yo lo hubiera sabido,—repetía,—antes de la llegada inoportuna para mí de ese hombre funesto, mi tío hubiera dejado de existir. Si al menos pudiera avisar á Salvador este contratiempo... Pero ¿cómo? Mandar un hombre á Madrid... imposible en esta noche... llegaría tarde... ¡Ah! ¡Que Dios me conceda la serenidad que necesito para no cometer una imprudencia!...

Y levantando los puños hacia el cielo en són de amenaza, exclamó, riéndose de un modo terrible:

—¡Quién sabe!... Valor, Teresa, valor; tal vez esos cuatro millones de duros que codicias sean tuyos; tengamos fe en lo

porvenir. Si Salvador ha combinado ya la muerte de Diego Robledano... que muera, siempre será un pariente menos; yo los aborrezco á todos.

Aquí llegaban los tétricos pensamientos de Teresa, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

Teresa se levantó y abrió.

Era Pancho el mulato que, sonriéndose, dijo:

—Supongo que sabrá usted la gran novedad que ocurre en la casa.

—Sí, lo sé por un criado, y por cierto que me extraña que mi tío no me llamara.

—A eso vengo, señorita; el amo me dijo: Pancho, reune en mi gabinete á todos los criados de casa, pues tengo que hacerles una declaración importante. Yo así lo hice; si no avisé á la señorita fué porque el amo no la nombró; pero ahora me ha llamado y me ha dicho: no he visto á Teresa, cuéntale lo que ocurre y dile que suba, pues su primo quiere conocerla.

—Está bien; dile que subo al momento,—contestó Teresa procurando dominarse.

Adelantémonos nosotros.

Tan pronto como se retiraron los criados de la habitación del enfermo, éste suplicó al padre Marcelo y á Alejandro que le dejaran solo con el notario.

En pocas palabras le expuso su deseo; le dijo:

—Nombro heredero universal de mi fortuna, que asciende aproximadamente á cuatro millones de duros, á mi hijo Alejandro: dejo á mis sobrinos Diego, Jacobo y Teresa un millón á cada uno de ellos; á mi ayuda de cámara Francisco Zárate,

ocho mil duros, y dos mensualidades de gratificación á cada uno de mis criados.

Estas eran las disposiciones generales del testamento; el notario extendió á la ligera un borrador, le leyó al enfermo y quedó conforme.

Entonces, comprendiendo el notario que en la mesa de la alcoba ni él se hallaba bien para escribir el testamento y además molestaba al enfermo, pidió pasar á otra habitación y Pancho le condujo al despacho de su amo.

Entonces Alejandro volvió á sentarse junto á la cabecera del enfermo, que después de tantas emociones se sentía fatigado.

—Padre mío,—le dijo Alejandro,—al llegar á esta casa vi á una joven en el jardín que se paseaba... Me saludó al pasar, pero hace poco, cuando se reunieron en este gabinete todos los criados de la casa, no la he visto; ¿quién era esa joven?

—Esa joven debe ser Teresa, tu prima hermana, mi sobrina,—contestó el enfermo.

—¡Ah! Padre mío, yo ignoraba ese parentesco, y deseo ofrecerle á Teresa mis disculpas y mis respetos.

—Pues bien, le diremos que suba; tiene un carácter retraído, bastante huraño, se parece á su madre, á su pobre madre. Es huérfana, yo la tengo en casa hace muchos años. ¡Ah! Me olvidaba, también tienes en Madrid dos primos más: Diego y Jacobo de Robledano; Diego es capitán de Estado Mayor, Jacobo abogado.

—Deseo conocerles para darles el dulce nombre de hermanos.

—Mañana los conocerás; vienen á verme desde Madrid todas las tardes.

Y don Mateo, tirando del cordón de la campanilla, le dijo á Pancho:

—Baja á la habitación de Teresa y dile que suba, pues su primo Alejandro tiene deseos de conocerla.

Y formulando una sonrisa, añadió:

—Cuéntale de paso, si lo ignora, lo que ha sucedido.

Apenas había salido Pancho de la alcoba, Alejandro se acercó al enfermo y le dijo:

—Padre mío, ruego á usted que me permita bajar á la habitación de mi prima; como hombre bien educado, debo respeto á las señoras, y es más justo que yo baje que no que ella suba á verme.

—Querido Alejandro, soy egoista como todos los enfermos que han cumplido sesenta años. Tu presencia parece que me ha devuelto algo de la salud perdida. Ni yo mismo me explico cómo he tenido fuerzas para resistir tantas emociones. Esta tarde me creía morir y ahora me siento mejor; pero baja á ver á tu prima y no tardes, pues te espero con impaciencia.

Alejandro dió un beso á su padre en la frente y salió del gabinete.

En la escalera encontró á Teresa y á Pancho que subían.

—¿Supongo que esta señorita es mi prima?—preguntó Alejandro saludando.

Teresa se quedó fascinada ante aquel hermoso joven, quiso hablar y no pudo.

—Sí señor, esta señorita es la sobrina de mi buen amo,—dijo Pancho.

—Entonces, querida prima,—dijo Alejandro,—permítame usted que le dé el brazo y la acompañe á su habitación.

—Pero me ha dicho Pancho que me esperaba mi tío,—dijo Teresa con trémulo acento.

—Es verdad; pero como lo justo es que yo baje á verla á usted y á ofrecerle mis respetos como primo hermano, y no que usted suba á verme y conocerme á mí, bajemos, querida prima, bajemos á su habitación, porque yo no olvido nunca lo que se debe á las señoras.

Teresa se apoyó en el brazo de su primo y le condujo hasta su habitación.

CAPITULO II.

Buen efecto.

Un hombre bien educado, que no transige nunca con las faltas de urbanidad, uno de esos hombres á quienes puede dársele sin la menor vacilación el calificativo de caballeros, y que siempre tienen en los labios una galantería para el bello sexo, se conquista con facilidad las simpatías de la mujer.

Teresa odiaba á aquel joven que se presentaba de repente á robarle una fortuna que ella creía suya; le había contrariado la orden de su tío de subir á rendir vasallaje á aquel primo á quien odiaba sin conocer; pero al verle en la escalera, al oir su voz dulce y armoniosa, al ver los hermosos resplandores de sus azules ojos, se sintió vivamente impresionada.

Todo en aquel joven respiraba bondad, modestia. Un millonario moribundo, un hombre inmensamente rico acababa de decirle delante de toda la servidumbre: Tú eres el único

heredero; dispón, manda, y serás obedecido. Y aquel joven, indudablemente pobre, había oído aquellas palabras sin conmoverse, casi con indiferencia.

Teresa condujo á su primo Alejandro hasta su habitación, y allí se sentaron los dos en un sofá.

—Querida prima,—le dijo Alejandro,—comienzo por decirle á usted que yo he venido á España, no en busca de una fortuna, pues ignoraba la posición social de mi padre, sino en busca de un apellido que me hacía falta. Un buen sacerdote, uno de esos hombres que cruzan la tierra con el corazón inflamado por el amor al prójimo, me dijo que mi buena madre al morir le había manifestado el deseo de que yo viniera á Madrid á buscar á mi padre. Este hombre es el padre Marcelo, un virtuoso sacerdote. Vine, pues, y Dios tocó el alma de mi padre, pues me ha reconocido. Creo una obligación satisfacer la natural curiosidad de usted. Mi padre me ha dicho que tengo además de usted otros dos primos; mañana mismo les escribiré suplicándoles que vengan á verme ó que me indiquen dónde podré yo visitarlos. Aunque yo espero que accederán á mis súplicas, pues no quisiera separarme del lado de mi padre, pues junto á su lecho me detiene el deber y el cariño. Supongo, pues, querida prima, que seremos buenos amigos, puesto que los dos hemos de vivir bajo un mismo techo siempre, mientras usted no rechace mi amistad.

—¡Yo, señor! Soy una pobre huérfana sin más apoyo en el mundo que mi buen tío, y sería una locura, una soberbia incalificable rechazar la amistad de un pariente millonario.

Teresa hizo heróicos esfuerzos para darle á su voz una

dulce vibración, pero no pudo conseguirlo, pues su voz era agria, nerviosa, y algunas veces las palabras terminaban con una especie de silbido.

—Tal vez mi inesperada presencia en Madrid—añadió Alejandro—cause á ustedes algún perjuicio; pero yo espero remediarlo con el tiempo, pues he dicho que no he venido á España por una fortuna, sino por un nombre y una familia.

Y como Teresa guardaba silencio, Alejandro repuso:

—Quedamos, pues, convenidos, querida prima, en que seremos buenos amigos, y puesto que su madre de usted y mi padre fueron hermanos, seámoslo nosotros también.

Alejandro tendió una mano á Teresa, que ésta apenas tocó con una de las suyas.

Aquella frialdad llamó la atención del joven americano, pero la encontraba muy natural después de los acontecimientos que habían tenido lugar aquella noche y ser la primera entrevista que tenía con su prima.

Así es que sospechando que su presencia mortificaba algún tanto á Teresa, y habiendo cumplido su deber al visitarla y ofrecerle sus respetos, se despidió de ella, subiendo al gabinete de su padre.

Al entrar, una seña del padre Marcelo le indicó que el enfermo dormía.

Aquel sueño, que Alejandro contempló un instante desde la puerta de la alcoba, era muy conveniente para el pobre enfermo, que había pasado una tarde agitada y llena de emociones.

Alejandro se sentó en una butaca, y reclinando la frente sobre el pecho, guardó silencio.

Mientras tanto, el padre Marcelo rezaba con el breviario en la mano sentado junto á un velador, y Pancho el mulato, de pié junto á la puerta, esperaba como siempre las órdenes de su amo.

Un silencio profundo se extendió por los ámbitos de la habitación.

Así trascurrió una hora. Durante estos sesenta minutos Alejandro se asomó cinco veces á la puerta de la alcoba, pero como siempre dormía el enfermo, volvía de nuevo, andando de puntillas para no meter ruído, á sentarse en su butaca.

Con frecuencia miraba al mulato, cuyas pronunciadas facciones respiraban franqueza y honradez. Alejandro sabía que aquel joven era el hombre de confianza de don Mateo y que sólo él, con un celo incansable, asistía al enfermo.

Algunas veces se encontraban las miradas de Alejandro y de Pancho, como si aquellos dos jóvenes, que habían nacido bajo el ardiente sol de América, se comunicaran en silencio las simpatías que mutuamente se inspiraban.

Por fin Alejandro se levantó é hizo una seña á Pancho para que le siguiera.

El mulato obedeció, dirigiendo antes una mirada hacia la alcoba donde dormía su amo.

Cuando se hallaron en el corredor, Alejandro, que no conocía de la casa mas que el gabinete de su padre y el cuarto de Teresa, dijo:

—Supongo que se me habrá dispuesto una habitación, como asimismo al padre Marcelo.

—Sí señor,—contestó el mulato inclinándose,—don Mateo así lo ha mandado esta tarde.

—¿Y esa habitación estará cerca de la de mi padre?

—Sólo la separa una puerta de escape.

—Perfectamente; tenga usted la bondad de conducirme á esa habitación.

Pancho volvió á saludar, y dijo:

—Pasaré delante, con el permiso de usted.

Pancho condujo al amo joven, como empezaron á llamarle los criados, á un gabinete exactamente igual al que ocupaba el enfermo; tenía también un balcón con vistas al jardín, y las dos alcobas, separadas por un tabique, tenían una pequeña puerta de comunicación.

La chimenea estaba encendida, y una preciosa lámpara colgada del artesonado techo iluminaba con viva claridad la habitación.

En la alcoba, que era muy grande, había dos camas separadas por un biombo de terciopelo.

—Como ésta es la habitación más inmediata á la del señor don Mateo,—añadió Pancho,—me mandó que se dispusiera para que la ocuparan usted y el padre Marcelo, porque quiere tenerles á ustedes dos cerca mientras dure su enfermedad. Pero si usted dispone otra cosa se hará en el acto.

—No, está bien dispuesto. Además, mi padre es el amo y todos debemos obedecerle sin replicar.

Alejandro, después de reconocer la habitación con una mirada, se sentó en una butaca junto á la chimenea, y dijo:

—Siéntese usted, Pancho, tenemos que hablar.

—¡Sentarme, señor, delante de mi amo!...—repuso el mulato con marcado embarazo.—No estoy acostumbrado...

—Amigo Pancho,—exclamó Alejandro sonriéndose,—yo me he educado en una ciudad de Africa donde los hombres son libres y no se olvidan nunca ni de sus derechos ni de sus deberes; y usted se ha educado en un país donde la mayoría de los habitantes son esclavos, sin otros derechos que los que quieren concederles sus amos en un rato de buen humor; por eso, amigo Francisco, lo que á usted le asombra á mí me parece lo más natural del mundo.

Alejandro hablaba con dulce y cariñosa entonación. El pobre Pancho el mulato no estaba acostumbrado á que sus amos le trataran con tantas consideraciones.

—Desde muy pequeño—continuó Alejandro—estoy acostumbrado á ver negros libres arrostrar la vida con heróico valor por su independencia. Esto le parecerá á usted una anomalía; á usted, que según creo nació en la Habana, en donde el hombre blanco se cree un sér superior; cuando se contempla ante un espejo y se compara con un negro se cree que Dios le ha concedido grandes privilegios, y atribuye á un acto de clemencia divina lo que no es otra cosa que un capricho de la naturaleza, porque Dios no puede ser tan injusto con sus criaturas. Usted y yo, amigo Pancho, somos iguales, como lo son todos los hombres, sólo que yo soy, según creo, rico, y usted es pobre; á mí me llaman el amo y á usted el criado; usted me sirve y yo le pago, usted tiene sus derechos y sus deberes y yo tengo los míos. Un amo que reprende duramente á su doméstico, que le humilla, que le ofende con calificativos denigrantes, falta á su deber. Yo no haré nunca semejante cosa. Mi padre me ha dicho que usted es un servidor leal, y yo deseo que sea usted para mí lo

mismo que ha sido para ese pobre enfermo que tan gravemente se halla.

—Lo seré, señor, porque así me lo aconseja la gratitud que debo á don Mateo,—contestó Pancho, á quien el razonamiento extraño de Alejandro había asombrado.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted al servicio de mi padre?—preguntó Alejandro.

—Diez y seis años; entré á los diez años y cuento veintiséis. Cuando don Mateo se resolvió á abandonar la Habaua me dijo si le quería seguir á España, y le contesté que sí; estoy contento en la casa, pues he recibido muchos favores de mi amo.

—Yo espero que no quedará usted menos contento de mí... Ahora hablemos de otra cosa; pero vuelvo á decir á usted que se siente, estamos solos.

Pancho se sentó; aquel joven comenzaba á conquistarse todas sus simpatías.

—Ante todo, ruego á usted me dé algunas noticias de los tres sobrinos de mi padre, es decir, de mis primos hermanos, pues he creído notar en mi corta entrevista con Teresa algo desagradable, no solamente en su fisonomía, sino hasta en el timbre de su voz. Yo bien conozco que mi inesperada aparición les ha causado algunos perjuicios, pero no es culpa mía si los acontecimientos me han conducido junto al lecho de mi padre moribundo.

—La señorita Teresa—añadió el mulato—tiene un carácter retraído y taciturno, se ríe pocas veces, no se comunica con nadie; en una palabra, es poco simpática; mi pobre amo se lo dice con frecuencia.

Y Pancho, dejando asomar una sonrisa maliciosa, prosiguió:

—La inesperada presencia de usted en esta casa, el sitio que justamente viene usted á ocupar en ella, es natural que cambien las cosas de un modo notable y con algún perjuicio para la señorita Teresa y los dos primos hermanos que viven en Madrid y que ignoran el acontecimiento.

—¡Cómo!... ¿Mi aparición puede causarles perjuicios?—preguntó Alejandro.

—¡Quién lo duda! Ayer los herederos de don Mateo de Robledano eran la señorita Teresa, don Diego y don Jacobo de Robledano; hoy ya es otra cosa, don Mateo ha encontrado providencialmente un hijo, que creyó perdido para siempre, y las cláusulas de su testamento se cambiarán de un modo notable.

—Es verdad, Pancho,—contestó Alejandro, quedándose pensativo;—puedo jurarle á usted que no había caído en ello, y ahora comprendo el tono desabrido con que recibió mi prima Teresa mis ofrecimientos.

Y Alejandro, haciendo un movimiento con la cabeza, continuó:

—Dios quiera que mis primos se resignen á ser buenos amigos míos, pues yo he entrado en esta casa con la rama de olivo que simboliza la paz en la mano, y sentiría mucho que no aceptaran de buena fe mi alianza.

—Los señoritos don Diego y don Jacobo tienen un carácter más franco y más expresivo que la señorita Teresa.

—Pero ¿amaban real y efectivamente á su tío?—preguntó Alejandro interrogando al mulato.

Pancho se encogió de hombros y expresó algo con la fisonomía, que demostraba lo penoso que le era contestar á la pregunta.

—Yo ruego á usted que me hable con franqueza,—añadió Alejandro;—necesito conocer á mi familia, y quiero que usted, que posee la confianza de mi padre, posea también la mía.

—Diantre, señorito, me pone usted en un gran aprieto, porque es muy difícil leer en la conciencia de los hombres. Al parecer no dejan de respetar y querer á su tío. Pero sin que yo sea un Salomón, bien puedo hacerme ciertas deducciones y decirme: Un tío sin hijos que tiene cuatro millones de duros de fortuna siempre les vendrá bien á sus sobrinos que se muera si tienen la seguridad de heredarle, y mucho más, si estos sobrinos no son millonarios.

—Es verdad,—contestó Alejandro,—mi presencia en esta casa ha de producir mal efecto, y temo mucho que mis primos, en vez de ser buenos amigos míos, se conviertan en enemigos irreconciliables. Dios quiera que me equivoque, que mis sospechas sean infundadas; pero si así sucede, culpa será de los destinos de la Providencia que no puede evitar nunca la criatura, pues yo, por mi parte, haré todo cuanto pueda por conquistarme su cariño.

Y levantándose, repuso:

—Amigo Pancho, mañana temprano dará usted la comisión á una persona de su confianza para que vaya á Madrid á recoger nuestros equipajes de la fonda de Las Peninsulares y á dar á mis primos Diego y Jacobo lo que no me atrevo á llamar funesta noticia para ellos de que don Mateo de

Robledano ha encontrado á su hijo, y que este hijo tiene grandes deseos de conocerles y abrazarles.

—Está bien, señor, esa comisión la desempeñaré yo, si mi amo no dispone otra cosa.

—Sí, es mejor que vaya usted; y ahora, volvamos al gabinete de nuestro pobre y querido enfermo.

CAPITULO III.

Malas nuevas.

A la mañana siguiente el médico del pueblo encontró al enfermo mucho mejor, y esta mejoría le causó una gran extrañeza.

Don Mateo le recibió con la sonrisa en los labios y una expresión tan serena en el semblante, que el galeno no podía explicarse aquel notable cambio.

El enfermo se hállaba sentado en su butaca junto al balcón, envuelto con su bata forrada de pieles. A su lado se hallaban un sacerdote y un joven, ambos desconocidos para el médico.

Don Mateo, adivinando el asombro del médico, dijo sin dejar de sonreirse:

—Me encuentra usted mejor, ¿no es verdad?

—Ya lo creo, mucho mejor,—contestó el médico;—y esto me indica que los medicamentos que ayer recetamos le han proporcionado á usted una buena noche; con seis noches así de tranquilo sueño.....

—Sí, tal vez sea eso,—añadió el enfermo;—pero ¿no cree usted, querido doctor, que las grandes alegrías pueden producir fenómenos en los enfermos desahuciados por la ciencia de curar?

—Una gran alegría puede efectivamente producir alguna fuerza al decaído espíritu... pero...

El médico se detuvo.

—Pero no cura á los enfermos incurables, ¿no es verdad?—preguntó don Mateo moviendo la cabeza.—Eso mismo me he dicho yo al sentirme reanimado. Esta mejoría será corta, pero de gran utilidad para mí. No me hago ilusiones, sé que estoy herido de muerte.

Y cambiando de entonación, repuso:

—Querido doctor, presento á usted á mi hijo Alejandro, á quien creía muerto, á quien había buscado inútilmente durante muchos años, y que el señor—dijo señalando al padre Marcelo—me ha devuelto ayer noche, llenándome el corazón de alegría.

El doctor y Alejandro se saludaron con un movimiento de cabeza simultáneo.

—¡Ah! No puede usted pensarse qué grande es el placer que experimento viéndole á mi lado,—continuó el enfermo.—He ahí explicada la causa de mi mejoría. Le creía muerto y le encuentro vivo, le perdí siendo un niño y le hallo un hombre: esto es un gran consuelo para mí.

—Doy á usted la más franca enhorabuena por este fausto acontecimiento,—añadió el médico,—y me la doy á mí mismo, porque este joven, con sólo su presencia, ha sido un poderoso auxiliar de la medicina.

—¡Ah! Si yo me salvara...—murmuró el enfermo.

Alejandro y el médico se miraron; en la mirada del joven parecía leerse esta pregunta: ¿Tiene usted esperanza de salvarle? Pero en la del doctor se adivinaba esta respuesta: Su mal es incurable.

El médico permaneció algunos minutos más, y encargó que se siguiera en todo el mismo plan que se había convenido el día anterior.

Cuando don Mateo, Alejandro y el padre Marcelo se quedaron solos, el enfermo dijo, mirando con fijeza á su hijo:

—Qué alegría tan grande hubiera sido para tu pobre madre presenciar nuestra felicidad, porque yo en estos momentos soy feliz, hijo mío, muy feliz viéndote á mi lado.

—No lo soy yo menos, padre mío,—contestó Alejandro,—aunque confieso que me aflige el perjuicio que mi inesperada aparición causará á mis primos.

—¡Tus primos!... ¡Ah! Tus primos...—añadió el enfermo, moviendo la cabeza con triste expresión.—Indudablemente tu presencia les causa un gran perjuicio, pero te aseguro que ese perjuicio no me causa el menor disgusto ni el más pequeño remordimiento. Yo he hecho por ellos todo cuanto pudiera hacer un buen padre. A mí me deben la carrera que han terminado y la posición que ocupan. Si no son agradecidos, tanto peor para ellos. Si no te aman como á un hermano, faltarán á su deber. Además, no les olvido en mi testamento; pero tú eres mi hijo, y por consiguiente mi heredero.

Y el enfermo, haciendo un movimiento con los hombros, volvió á decir:

—Y á propósito de mis sobrinos, desde ayer tarde no he visto á Teresa, ¿está mala?

—He oído decir que se sentía un poco indispuesta y que no se había levantado,—contestó Alejandro.

Don Mateo se sonrió, diciendo:

—Esa indisposición es muy natural atendido su carácter; será alguna rabieta. Esa muchacha no ha nacido para ganar amigos y conquistarse simpatías. Lo mejor es dejarla.

—Bajaré á preguntar cómo se encuentra,—repuso Alejandro.

—No, no, hijo mío. Conozco bien á mi sobrina, y es natural en ella ese retraimiento. Cuando venga Pancho de Madrid él se enterará del estado de Teresa, y por cierto que Pancho tarda mucho. Salió á las ocho de la mañana y son cerca de las once. ¿Ha ido á pié?

—No señor, se llevó la jardinera con el tronco de yeguas; le vi salir desde este balcón.

—Pues entonces es más extraño, porque las yeguas se plantan en la Puerta del Sol en media hora.

—Aunque así sea, eran tres las comisiones que debía desempeñar: recoger nuestro equipaje de la fonda y luego visitar á mis primos Diego y Jacobo, dándoles cuenta de mi inesperada aparición,—añadió Alejandro.—Su curiosidad habrá sido natural y grande su asombro; le habrán dirigido mil preguntas, y todo esto reclama tiempo.

—Sí, dices bien; la noticia para ellos es bastante inesperada, les producirá gran efecto.

—Y muy malo, padre mío.

—¡Bah! ¿Qué me importa á mí que les produzca mal

efecto? Tú eres mi hijo, y ellos sólo son mis sobrinos, y si cometieran la menor imprudencia... si te ofendieran, podría costarles caro.

—No lo espero. Además, ya procuraré yo que seamos buenos amigos.

En aquel momento entró en el jardín un carruaje; en el pescante iban dos hombres: uno de ellos era Pancho, el otro el cochero.

—Ahí está Pancho,—dijo el padre Marcelo, que se hallaba de pié junto á los cristales del balcón.

—Es extraño,—añadió Alejandro:—viene solo.

—¡Solo!—repuso el enfermo, incorporándose un poco para mirar hacia el jardín.

—Yo creí que mis primos se apresurarían á venir á conocerme personalmente.

—Pues ya lo ves, no vienen; tanto peor para ellos,—exclamó el enfermo, haciendo un movimiento con los hombros para demostrar su indiferencia.

Y como al mismo tiempo observara algún disgusto en el fresco y hermoso semblante de su hijo, añadió:

—No te aflijas por eso, porque después de todo, la ingratitud es natural en los hombres.

Un momento después, Pancho el mulato entraba en el gabinete de don Mateo.

Sólo al verle se adivinaba la emoción que sentía.

—¿Cómo no vienen mis sobrinos contigo?—le preguntó el enfermo.—¿No les has dicho que he encontrado á mi hijo, y que mi hijo deseaba conocerles?

Pancho, sin atreverse á mirar á su amo, dijo:

—Cuando llegué á casa del señorito Diego, su criado me dijo que había salido á las seis de la mañana, y me demostró alguna inquietud por su tardanza.

El mulato se detuvo. Todos tenían en él fijos los ojos; se le notaba vacilar en la elección de las palabras, como el que es portador de una mala noticia, como el que está verdaderamente afectado y procura disimularlo.

—A tí te sucede algo, Pancho,—añadió el enfermo.—Estás conmovido, te cuesta trabajo pronunciar las palabras; serénate y danos cuenta de tu comisión, sin tartamudeos ni vacilaciones.

—Pues bien, señor, como el criado de don Diego manifestó ciertos temores de que su amo había ido á batirse aquella madrugada, resolví esperarle para saber la verdad.

—¡A batirse!—exclamó el enfermo, apoyando las manos en los brazos de la butaca, y mirando con ansiedad al mulato.—¡A batirse! ¿Y con quién?... ¿Y por qué?

Alejandro y el padre Marcelo nada decían, pero escuchaban con creciente interés á Pancho.

—Lo ignoro, señor; sólo sé que el desafío era cierto, pues á las diez de la mañana se detuvo un carruaje en la puerta de la calle, y en este carruaje, acompañado de dos amigos y un médico, traían gravemente herido al señorito Diego.

—¡Herido!... ¡Pobre Diego!—añadió don Mateo.—Pero tú oirías el pronóstico del médico.

—Sí señor.

—¿Y qué dijo?

—Desgraciadamente, dijo que la herida era muy grave.

—¿Y Jacobo? ¿Jacobo no estaba allí?

—El señorito Jacobo era uno de los padrinos, y estaba tan pálido ó más que el pobre herido. Al ver el estado en que se hallaba su primo hermano, al oir el fatal pronóstico del médico, se dejó caer en una butaca muy trastornado. En aquel momento confieso que me olvidé hasta de la comisión que me había conducido á aquella casa.

—Pero ¿quién ha herido mortalmente al pobre Diego?—preguntó don Mateo.

—Uno de los testigos que hablaba con el médico pronunció su nombre: se llama, si mal no recuerdo, Esteban Terreño.

—Esteban Terreño...—repitió Alejandro.—¿Ese hombre ha estado en la Habana?

—Lo ignoro.

—¿Le conoces tú?

—Si es el que yo digo, sí señor; le conocí en la Habana,—repuso Alejandro con indiferencia.

—¡Oh! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande para el pobre Diego! ¡Morir á los veintiséis años, y con un brillante porvenir! ¡Ah! ¡Qué locuras cometen los jóvenes!

Y don Mateo se llevó una mano á los ojos para enjugarse las lágrimas, porque verdaderamente quería á sus sobrinos.

—Por fin—añadió Pancho—pude decirle al señorito Jacobo el motivo que allí me conducía. La noticia le causó algún efecto, y me dijo: «Ya ves, Pancho, que en la situación en que se encuentra mi primo hermano no puedo abandonarle. Díselo así á mi tío y á su hijo, añadiendo que deseo conocerle y darle un abrazo».

—Sí, sí, Jacobo es un buen muchacho,—añadió el enfer-

mo,—y estoy seguro que seréis buenos amigos. Pero oye, Pancho, es preciso que vuelvas á Madrid sin perder tiempo, que busques á los médicos más famosos, para que vean y asistan á mi pobre sobrino, cueste lo que cueste.

—¡Ah, padre mío!—repuso Alejandro.—Quisiera yo desempeñar esa comisión que le da usted á Pancho. ¡Me sería tan grato ser útil á un primo mío!...

—No, no, hijo mío; tú no puedes separarte de mi lado,—objetó el enfermo;—yo te necesito, yo quiero verte siempre; bastante tiempo hemos estado separados. Además, yo me hallo enfermo y grave... Ya que Dios me ha concedido la inmensa dicha de encontrarte, no quiero que me sorprenda la muerte sin tenerte á mi lado... no quiero que otro que tú reciba mi último aliento y cierre mis párpados.

—Está bien, padre mío; mi deber y mi cariño me retienen aquí... Voy á escribir una carta á mi primo Jacobo, manifestándole mi sentimiento por la desgracia que aflige al pobre Diego.

Alejandro salió de la habitación de su padre, haciendo una seña á Pancho para que le siguiera.

Cuando llegaron al gabinete de Alejandro, éste se sentó junto á una mesa, se puso delante un pliego de papel y cogió una pluma.

Entonces el mulato, bajando la voz y acercándose á Alejandro, le dijo:

—Desgraciadamente, el señorito Diego ha muerto.

—¡Muerto!—repitió Alejandro con asombro, dejando la pluma sobre la mesa.

—Sí señor. Yo no he querido dar de pronto y sin prepa-

rarle esa fatal noticia á mi buen amo en el estado en que se encuentra. ¡Oh! Le hubiera producido un efecto fatal.

—Pero ¿le ha visto usted muerto?—preguntó Alejandro.

—No señor, porque murió en el sitio que tuvo lugar el desafío, y los padrinos y el médico se han visto en la dolorosa precisión de dejarle abandonado en el campo, colocándole en la cartera una carta, que se había escrito de antemano, y en la cual confiesa que, cansado de la vida, se ha suicidado.

—Pero ¿lo han dejado en el campo?

—Sí señor, no tenían otro remedio si no querían comprometerse. Un herido se conduce, por grave que sea la herida, á su casa ó á la de un amigo; pero un muerto en desafío, se deja en el campo para que pase por suicida y la justicia haga la vista gorda. El señorito Jacobo, que ha sido padrino, se ha visto en la dolorosa situación de abandonar á su primo hermano, después de verle morir. Pero tan pronto como la justicia levante el cadáver lo reclamará, para darle la sepultura que le corresponde por su clase. Por ese motivo no ha venido conmigo aquí, ni yo he querido decir la verdad á don Mateo.

—Ha hecho usted bien. Voy, sin embargo, á escribir algunas líneas á Jacobo, y mientras usted se dirige á Madrid yo prepararé á mi padre. Cuando usted regrese traerá definitivamente la noticia fatal de la muerte de Diego.

—Así lo haré.

. . . .

. . . .

Pancho el mulato, al regresar de su primera expedición

de Madrid, había visto á la señorita Teresa paseándose por el jardín, y rápidamente, y sin detalles, le había contado la muerte de su primo hermano Diego.

Aunque Teresa esperaba recibir aquella mañana ó bien una carta, ó bien á Salvador Verdemar en persona con una noticia parecida á la que le daba de golpe y porrazo el mulato, demostró quedarse sobrecogida; y en verdad que no le faltaban motivos para sobrecogerse de veras.

Pancho se separó de Teresa para dar cuenta de la comisión, y Teresa se quedó paseando por el jardín, entregada á sus reflexiones.

No podía ver ni á Diego ni á Jacobo: les odiaba mortalmente, les miraba como dos enemigos que le arrebataban la inmensa fortuna de su tío; pero con la presentación de aquel hijo inesperado en Carabanchel, la muerte de Diego era inútil, porque don Mateo reformaría su testamento, desapareciendo de él aquella cláusula de heredarse mutuamente los sobrinos, llenando de esperanzas el corazón de Teresa y el de Salvador.

Entonces se arrepintió de no haber enviado una contraorden á Verdemar, porque la muerte de Diego le costaba algunos miles de duros sin producirle nada; y además, aquella sangre vertida sin provecho caía sobre su conciencia.

Abismada en sus reflexiones, se paseaba Teresa por la calle ancha del jardín que conducía desde la escalinata del hotel á la puerta de hierro de entrada.

La situación de Teresa no dejaba de ser difícil y embarazosa; hasta tal punto, que no se atrevía á subir al gabinete de su tío á darle los buenos días y preguntarle cómo había

pasado la noche; bien es verdad que desde la tarde anterior, siempre que había intentado ver á su tío se le había dicho que estaba descansando, y concluyó por sospechar que se le prohibía la entrada.

A éstas y otras cavilaciones se hallaba entregada Teresa, cuando le llamó la atención el ruído de un carruaje que se detuvo ante la verja del jardín, y vió bajar de él á su amigo, socio y prometido esposo Salvador Verdemar.

Salvador era para Teresa un buen aliado, y al verle no pudo contener un grito de alegría; pero dominándose en el acto, se dirigió tranquila y reposadamente hacia la puerta, como si continuara sus paseos.

Salvador avanzaba en dirección opuesta, de modo que pronto se encontraron á la mitad de la ancha calle de árboles que conducía á la entrada principal del hotel.

Como á los dos les importaba por entonces que no se descubriera la íntima amistad que les unía, se dieron las manos, saludándose con respeto y dirigiendo disimuladamente al mismo tiempo una mirada en derredor, como para enterarse si algún inoportuno podía oirles.

S- hallaban solos y bastante lejos de la casa; así es que Teresa dijo en voz muy baja:

—Aquí ocurren grandes novedades.

—No son menores las que ocurren en Madrid. El pobre Diego...—añadió Verdemar.

—Sí, ya sé que ha muerto,—repuso Teresa interrumpiéndole.

—¡Cómo!... ¿Sabes que ha muerto? ¿Y por quién, cuando es un secreto para todo el mundo?

—Lo sé por Pancho, que ha ido esta mañana á Madrid á llamarles á él y á Jacobo de parte de mi tío, y se enteró de todo. Pero no es eso lo grave, lo importante para nosotros, lo que destruye todos nuestros planes, lo que nos arruina y nos hunde por completo.

Salvador se quedó mirando con asombro á Teresa y sin atreverse á preguntarle nada, como si temiera oir las malas nuevas que le anunciaba.

Por otra parte, Teresa estaba muy pálida y se estremecía con mucha frecuencia, como si los nervios la molestaran.

—¡Oh! No es posible que ni remotamente sospeches lo que aquí sucede. Es verdaderamente extraordinario.

—Pero bien, ¿qué ocurre?—se atrevió á preguntar Salvador.

—Mi tío tiene un hijo.

—¡Un hijo don Mateo!...—exclamó Verdemar retrocediendo un paso.

—Sí, un hijo natural, que ha reconocido y á quien ha nombrado heredero de todos sus bienes.

—Pero ¿dónde está ese hijo?

—Aquí. Llegó anoche, y se halla junto al lecho de su padre. Es un joven de veinticuatro años, hermoso y distinguido. Figúrate el asombro que á todos nos habrá causado este inesperado acontecimiento. Mi tío llamó á toda la servidumbre de casa junto á su lecho, y delante de un sacerdote y un notario reconoció al hijo que creía muerto hace muchos años, encargando á todos que le obedecieran y respetaran como á él mismo.

—Pero ¿ese joven se ha presentado solo,—preguntó Ver-

demar,—ó ha sido él el que ha venido á decirle yo soy tu hijo?

—No: primero se presentó un sacerdote, y estuvo cerca de tres horas encerrado en la alcoba del enfermo. Después este sacerdote se marchó á Madrid y volvió con Alejandro, es decir, con el que se llama hijo de mi tío.

—¿Y no podrá ser eso una farsa para apoderarse de los millones de don Mateo?

—Nada más puedo decirte, porque ignoro los detalles que preceden á ese fatal reconocimiento que nos arruina; pero supongo que el sacerdote que tan directamente ha intervenido en este asunto habrá presentado á mi tío los documentos y pruebas necesarias para que le proclame su heredero delante de un notario y de toda la servidumbre de la casa.

—¿De modo que el testamento que hizo hace tres días será nulo?

—Completamente.

—¡Ah!—exclamó Salvador con desesperación.—¿De qué nos ha servido entonces matar á un hombre? ¿De qué sacrificar una suma crecida y tener un remordimiento sobre la conciencia?

—De nada, Salvador, de nada. Pero tal vez nos estén observando desde el gabinete de mi tío. Sube á verle, pues he oído decir al médico que se halla mucho mejor.

—Sin embargo, Teresa, es preciso no perder la esperanza de que esos millones sean nuestros; ahora más que nunca necesitamos el disimulo, la astucia y el fingimiento; esta noche vendré á verte; espérame á las doce en punto en la pequeña puerta del jardín.

—Creo más prudente que no vengas hasta que yo te escriba; quisiera antes sondear el carácter de mi nuevo primo. Además, es preciso que seamos muy cautos, muy precavidos.

—¿Qué opinión has formado de ese hijo llovido del cielo?

—Que es un hombre muy fino, muy atento. Esta mañana bajó á visitarme, y me dijo que no había venido á España á buscar una fortuna, sino un apellido y una familia, y que esperaba ser buen amigo mío y no causarme la menor contrariedad con su inesperada aparición. Esperemos, Salvador, esperemos.

—Está bien; pero conviene captarse la voluntad y la confianza de ese joven, que, según parece, prefiere la paz á la guerra. Voy á ver á tu tío, y no olvides escribirme todo lo que ocurra y pueda interesarnos. Ánimo, Teresa, este contratiempo no debe abatirnos.

Salvador se dirigió hacia el hotel y Teresa continuó paseándose por el jardín.

CAPITULO IV.

Recuerdos.

Don Mateo estaba tan contento de haber encontrado á su hijo y de un modo, según él, providencial; tenía tantas ganas de hablar con su Alejandro, de recordarle á su querida madre, que dió la orden terminante que sólo se permitiera la entrada en su gabinete á los individuos de la familia, es decir, á sus sobrinos y á los médicos de Madrid. De modo que don Salvador Verdemar tuvo que volverse por donde había ido, sin ver al enfermo ni conocer al intempestivo hijo que había tenido la mala ocurrencia de presentarse en momento tan inoportuno para él y para Teresa.

El pobre enfermo no se cansaba de mirar á su hijo, que era un verdadero retrato de Cora, con la única diferencia de que Alejandro tenía las facciones más enérgicas, más varoniles que su madre.

Hablando con su hijo, ni sentía cansancio ni se acordaba de su enfermedad; le dirigía cien preguntas, á las que Alejandro contestaba cariñosamente unas veces, satisfaciendo la

natural curiosidad de su padre otras, tranquilizándole en los sobresaltos que sentía en su conciencia.

El padre Marcelo, cuya gravedad inalterable inspiraba respeto, tomaba algunas veces parte en estos diálogos, pero gran conocedor del corazón humano, pronto dejaba entregados á sus relatos á aquel padre y á aquel hijo.

—¡Oh! Cuando pienso las amarguras, las penalidades que hubiera podido evitaros...—exclamaba.—Yo, inmensamente rico, solo en el mundo, pensando en Cora, pensando en tí, á quien creía muertos, mientras vosotros os hallábais en la costa de Guinea, tal vez maldiciéndome, porque me creíais autor de todas vuestras desgracias.

—Mi madre no supo nunca odiar ni aborrecer,—añadió Alejandro.—Su corazón era todo amor, y ni una sola vez me habló mal de mi padre.

—Porque Cora era un ángel que había bajado á la tierra destinado al martirio, y á los ángeles jamás les dominan las flaquezas humanas.

Y el enfermo, mirando con dolorosa expresión á su hijo, añadió:

—Ayer, cuando ignoraba que tú, hijo mío, te hallabas tan cerca de mí, cuando estaba lejos de sospechar que iba á estrecharte entre mis brazos, me era indiferente este resto de pobre y débil vida que queda en mi cuerpo; pero ahora que te veo, ahora que estás á mi lado, que oigo el eco de tu voz llamarme padre, quiero vivir, sí, vivir un poco de tiempo más para amarte, para ser amado, para hablar de tu madre.

—Pues bien, padre mío, ¿por qué no ha de vivir usted? El médico acaba de decirnos que le encuentra á usted nota-

blemente mejorado, y esto es una buena noticia después de las emociones que usted ha experimentado durante la última noche, una verdadera esperanza que debe alentarnos.

—Confiemos en Dios,—decía el padre Marcelo,—puesto que usted, que lógicamente debía estar peor, se halla notablemente mejorado.

—Sí, sí, confiemos en Dios,—añadió el enfermo,—puesto que Dios me ha enviado á mi querido hijo.

Y luego, dirigiéndose al sacerdote, añadió:

—Padre Marcelo, grande sería mi satisfacción y mi gozo si antes de morir pudiera estrechar contra mi pecho y demostrarle mi agradecimiento al generoso y valiente marino que salvó á Cora y á Alejandro de una espantosa muerte y fué luego á buscarles á las costas de Guinea. Supuesto que vive debe ser muy viejo; pero si él no vive, vivirá su nieto, causa de la protección qne prestó á mi hijo y á su madre.

—El buen Melchor Tordera, si vive, debe tener ochenta años,—añadió el sacerdote,—y aunque no es una edad inverosímil tratándose de un hombre robusto y fuerte, pocos llegan á ella; pero Valencia no está lejos de Madrid, en cuarenta y ocho horas se puede hacer el viaje de ida y vuelta con tiempo suficiente para enterarse en el pueblo del Grao si vive el capitán Tordera, y puesto que usted lo desea, esta noche saldré para Valencia en el tren correo, y mañana por la tarde recibirán ustedes un parte telegráfico indicándoles el resultado de mis investigaciones y anunciándoles mi regreso á Madrid.

—¡Ah! Gracias, padre Marcelo, gracias,—exclamó don Mateo.

—¡Bah! No vale la pena, estoy acostumbrado á emprender viajes más largos y más penosos siempre que he creído ser útil á mi prójimo; en los bosques de África y de América no he sido otra cosa que un misionero incansable que he llevado por todas partes la fe, la resignación y la santa doctrina del Evangelio. Esta noche partiré para Valencia, pues creo justo que si el honrado capitán de *El Ciervo* vive, le demuestre usted su gratitud. ¡Quién sabe! Tal vez mi viaje pueda ser útil, si no al pobre Tordera, porque haya muerto, al menos á algún individuo de su familia.

—Gran gozo, gran satisfacción sería para mí y para mi hijo—volvió á decir don Mateo—poder ser útil á ese generoso marino á quien tanto debemos.

Desde aquel momento quedó resuelto el viaje del padre Marcelo, con gran satisfacción del enfermo y de su hijo.

A la una de la tarde regresó Pancho el mulato de Mabrid, y don Mateo, al verle entrar solo en el gabinete, frunció el entrecejo.

—El señorito Diego se halla perfectamente asistido,—dijo Pancho;—pero por desgracia, su herida es mortal; así lo han pronosticado los tres médicos que le asisten.

—Los médicos se engañan muchas veces.

—Sí, padre mío, la medicina se engaña, pero la cirugía acierta siempre.

—¡Pobre Diego! Su desgracia me afecta, era un buen muchacho á quien yo quería como á un hijo, y estoy seguro que hubiera sido un hermano para tí.

—Yo también, padre mío, le hubiera amado como á un hermano, pero aunque me aflige mucho su desgracia,—aña-

dió Alejandro,—me consuela la idea de que me quedan mi primo Jacobo y mi prima Teresa.

—Teresa... Teresa no ama á nadie,—murmuró casi con voz ininteligible el enfermo.

Reinó un largo silencio sin que nadie se atreviera á interrumpir la triste inmovilidad del enfermo.

Era indudable que el pobre anciano sentía profundamente la desgracia de su sobrino, era indudable que le afectaba aquella nueva tan funesta como inesperada, pues se le oyó murmurar en voz baja:

—¡La muerte!... ¡Quién puede adivinar, quién puede saber por dónde viene la muerte!... Ayer Diego se hallaba lleno de vida, de juventud, de esperanza; hoy agoniza, hoy tal vez ha muerto, y yo aún vivo...

Alejandro dedicó algunas palabras cariñosas para consolar á su padre, que seguía triste y abatido.

La inesperada desgracia de Diego le había afectado.

Tal vez hubiera sido mejor ocultarle la verdad, pero la impaciencia del enfermo era grande por ver á sus sobrinos y presenciar el abrazo fraternal que delante de él debían darle á su querido hijo.

Grande, inmensa había sido la alegría de don Mateo al encontrar al hijo de Cora; pero el pobre anciano amaba también á Diego y á Jacobo, á aquellos sobrinos que estaba acostumbrado á proteger como un padre y cuya educación había corrido á su cargo.

A las tres de la tarde llegó el médico de Madrid, y con gran asombro suyo encontró también muy mejorado al enfermo.

Quiso saber la causa, y se enteró entonces del acontecimiento ocurrido.

La mejoría de don Mateo puede decirse que era puramente moral; era el efecto de una de esas grandes alegrías que reaniman por algunas horas el decaído espíritu de un enfermo grave cuando no producen el efecto contrario y le matan.

Cuando terminó la visita del médico, Alejandro, que le acompañó hasta su coche, le preguntó:

—¿Cree usted, doctor, que podremos salvar á mi padre?... ¿Cree usted que esa mejoría indica un cambio favorable para el enfermo?

—Aunque es indudable que lo encuentro mucho mejor,—contestó el médico,—aunque está limpio de calentura y el estado moral es bueno, la vida de don Mateo es corta, y casi lo conceptuaría un milagro que se salvara. La hinchazón de las piernas es un síntoma grave, cuando llegue al corazón morirá infaliblemente.

—Pero ¿ese plazo es largo ó corto?

—Creo que corto, sobre todo en la rigurosa estación que vamos á entrar; pero en fin, la mejoría es patente y no deben perderse las esperanzas. Dios quiera que me equivoque; sin embargo, á la edad que tiene el enfermo, los médicos no podemos esperar que nos ayude mucho la naturaleza.

Este pronóstico era poco tranquilizador, y Alejandro creyó inútil dirigir nuevas preguntas.

CAPITULO V.

Los dos primos.

Poco después de marcharse el médico llegó á la quinta de Carabanchel Jacobo de Robledano.

Entró en el gabinete del enfermo bastante conmovido, y en verdad que no le faltaban motivos para estarlo, porque eran muy grandes las emociones que había experimentado durante el día.

A primera hora había sido testigo del funesto desafío, causa de la temprana muerte de Diego; de Diego, á quien Jacobo amaba como á un hermano.

Aún no se había repuesto de tan funesta desgracia, cuando supo por Pancho el mulato la inesperada aparición de un hijo de don Mateo, á quien nadie conocía y que indudablemente, al ser legitimado por su padre, le arrebataba la herencia de su tío.

La aparición de Alejandro no podía ser para Jacobo más inoportuna.

A pesar de estos dos golpes fatales, Jacobo procuró aparentar una serenidad que estaba muy lejos de tener.

Al presentarse en el gabinete del enfermo, Jacobo estaba muy pálido, se notaba en su hermoso semblante el abatimiento de su espíritu, había envejecido diez años en algunas horas.

Abrazó á su tío, y luego, dirigiéndose á Alejandro con una triste sonrisa en los labios, le dijo:

—Supongo que es usted mi primo hermano, el hijo de mi querido tío.

—Sí, Jacobo,—dijo el enfermo,—abraza á tu primo y háblale de *tú,* como deben hablarse los hermanos.

—Con mucho gusto,—añadió Jacobo, dirigiéndose á Alejandro con los brazos abiertos.

Los dos primos se abrazaron, y don Mateo, que les contemplaba con verdadera satisfacción, añadió:

—Así, así, hijos míos... Ese abrazo me causa un gran placer, pues yo deseo que os améis como dos hermanos.

—¡Ah! No quedará por mí si así no sucede,—contestó Jacobo con su carácter franco y expansivo.

—Ni por mí tampoco, querido primo,—añadió Alejandro con su dulce y simpática gravedad.

—Sólo siento que sean para mí tan tristes las circunstancias en que la casualidad me hace encontrar á mi primo Alejandro,—repuso Jacobo.—Mi querido Diego, á quien estaba acostumbrado desde pequeño á amar como á un hermano, ya no existe. Yo le he visto exhalar su último aliento esta mañana en mis brazos. Ayer lleno de vida y de esperanzas, hoy cadáver inanimado que espera en el fondo de su

ataud que la familia y la amistad le conduzcan á la mansión de los muertos; ruego por lo tanto á mi querido tío y á mi amado primo Alejandro, que me dispensen si la permanencia en esta casa es corta. En Madrid me esperan otros deberes penosos que cumplir. Mañana, después de darle tierra sagrada al cadáver de Diego, volveré aquí á ponerme á las órdenes de ustedes y á permanecer á su lado todo el tiempo que gusten.

Jacobo había pronunciado las anteriores palabras con verdadero sentimiento.

El padre Marcelo contemplaba aquella escena en silencio desde un extremo de la habitación, y tal vez su gran experiencia de mundo le hacía temer que la amistad aparente de aquellos dos jóvenes no fuese durable.

—Vamos, Jacobo,—añadió el enfermo,—cuéntanos cómo ha sucedido esa horrible desgracia al pobre Diego, pues según me han dicho, tú has sido testigo de ese malhadado lance.

Jacobo, con tanta sencillez como ingenuidad, refirió la escena ocurrida en el Casino y que había sido causa de aquel duelo desgraciado.

Su relato terminó con estas palabras:

—La agresión fué terrible, el insulto patente. Diego, como caballero y capitán de Estado Mayor, como hombre pundonoroso que tiene en más su honra que su vida, no podía tolerar la provocación ni rechazar el duelo. Cumpliendo con su deber acudió al campo del honor, y desgraciadamente le tocó la peor parte... ¡Pobre Diego!...

—Sí, pobre Diego, ha sido una gran desgracia,—murmuró el enfermo.

—¿Dices—añadió Alejandro—que el que ha muerto á Diego se llama Esteban Terreño?

—Sí, ése es su nombre.

—Le he conocido en la Habana; es un mal sujeto, un jugador de oficio,—añadió Alejandro.

—¡Un jugador!...—repitió el enfermo.—¿Qué relaciones podía tener mi sobrino Diego con un jugador de oficio?

—Lo ignoro, querido tío,—repuso Jacobo, que había ocultado la verdadera causa del lance, es decir, la deuda contraída en el juego.—Pero en Madrid no juzgan á Esteban Terreño tan desventajosamente como lo hace mi primo Alejandro. Aquí todos le creen una persona decente, un poco calavera y otro poco agresivo, y nadie ignora que Esteban ha derrochado en pocos años la gran fortuna que le dejaron sus padres; lo que no impide que se le reciba en todas partes y se le abran todas las puertas.

—Aquí no le conocen,—añadió Alejandro con impasible entonación,—si le conocieran, de seguro que no le admitirían en un Casino donde los socios son personas decentes, porque yo que le conozco no tendría ningún inconveniente en llamarle cara á cara jugador de oficio y aun jugador *de ventaja,* si era necesario.

—No, no; pero tú no harás semejante cosa,—exclamó don Mateo sobresaltado y temiendo que su hijo cometiera alguna imprudencia.—Ese hombre es un espadachín, un matón de oficio, y se le debe mirar como á un mal enemigo.

Alejandro se sonrió desdeñosamente, y dijo:

—No lo haré, padre mío, porque espero no tener ningún roce con semejante hombre. Es demasiado despreciable para

que yo le dirija nunca la palabra. Por lo demás, yo me preocupo poco de esos perdonavidas de oficio, porque desde que tengo uso de razón, siempre he creído que el valor más sólido es el que se basa en el decoro, en la educación, en la honra.

Jacobo odiaba naturalmente al matador de su primo hermano, y las palabras de Alejandro habían llamado su atención. Era indudable que su nuevo primo sabía algo de la vida privada de Esteban Terreño, del hombre funesto que había muerto á Diego.

Las afirmaciones de Alejandro sobre la conducta de Esteban eran graves: tenían una gran trascendencia.

Jacobo permaneció una hora con su tío, pidiéndole después permiso para regresar á Madrid, donde el triste deber de velar el cadáver de su primo y enterrarle le llamaba.

—De buena gana te acompañaría en esos deberes tristes y penosos, querido primo,—le dijo Alejandro,—pero el deber de hijo me retiene junto á mi padre.

—No, no; tú debes permanecer aquí,—añadió Jacobo.—Mañana después de dar sepultura al cadáver de mi primo vendré á reunirme con ustedes.

Y Jacobo, dirigiendo una mirada en derredor suyo como si echara algo de menos, añadió:

—No he visto á mi prima Teresa.

—Teresa, querido Jacobo,—contestó don Mateo,—no ha subido hoy á ver á su tío; ya conoces su carácter.

—Teresa ha subido tres veces, padre mío,—repuso Alejandro,—pero no se le ha permitido entrar porque estaba usted descansando.

—La señorita Teresa—añadió el mulato—se ha afectado tanto al saber la muerte de su primo don Diego, que se ha metido en cama.

Una sonrisa incrédula asomó á los labios del enfermo.

—¿Se habrá enviado á llamar al médico?—preguntó Alejandro.

—No señor,—contestó Pancho;—yo así pensaba hacerlo, pero la señorita me lo ha prohibido, asegurándome que no era nada.

Jacobo abrazó á su tío y á su primo, saliendo después del gabinete.

Entonces el padre Marcelo, abandonando el rincón donde se hallaba, se acercó al enfermo y le dijo:

—¿Continúa usted con el deseo de que emprenda mi viaje á Valencia?

—¡Oh! ¡Sí, padre Marcelo, sí! Me siento mejor, y esta tregua que prolongará indudablemente un poco mi vida, quisiera aprovecharla en adquirir noticias del buen capitán Tordera. Yo bien conozco que es una nueva molestia que á usted le causo, pero nadie mejor que usted puede buscar á ese hombre á quien tanto le debemos.

Y don Mateo, dirigiéndole la palabra al mulato, añadió:

—Pancho, entrégale al padre Marcelo la cantidad de dinero que te pida; que enganchen un carruaje y acompáñale hasta la estación del Mediodía, porque esta noche debe salir en el tren correo de Valencia.

—Voy, pues, á disponer mi modesto equipaje; en cuanto á dinero, como nunca he sido rico y estoy acostumbrado á vivir y á viajar como pobre, creo que tendré de sobra con

treinta duros, pues no he de permanecer en Valencia mas que algunas horas.

—No, no,—repuso precipitadamente el enfermo;—se lleva usted dos mil duros, ¿oyes, Pancho? dos mil duros en oro. No es el pobre misionero de Africa y de América el que viaja; es el amigo, el representante de un millonario.

—Pero eso es mucho dinero, señor don Mateo,—añadió el sacerdote;—me asustaría llevarlo conmigo.

—Y si el capitán Tordera ó alguno de su familia—añadió el enfermo—se halla necesitado, ¿cómo va usted á socorrerle con treinta duros y pagarse el billete de ida y vuelta? Y si desgraciadamente son pobres, ¿qué auxilio puede usted prestarles con un puñado de plata? No, no; yo soy bastante rico para librar de la pobreza al capitán Tordera y á su familia; así cumpliré con mi deber, así les pagaré algo de lo mucho que les debo, y estoy seguro que Cora me lo agradecerá desde el cielo.

El padre Marcelo inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y salió, seguido de Pancho el mulato.

LIBRO V.

RECOMPENSA.

CAPITULO PRIMERO.

Valencia.

Viajemos un poco con la imaginación, y aun debemos sentir no hacerlo con el cuerpo, puesto que vamos á abandonar el ingrato y desabrido clima de Madrid por la primaveral y grata temperatura del reino de Valencia.

Desde los Carabancheles con sus escarchas, sus insalubres heladas, sus vientos, sus bruscos cambios atmosféricos y su crudo invierno, vamos á trasladarnos al *Pueblo nuevo del mar* situado á media legua escasa de Valencia y conocido por los habitantes de la región edetana con el nombre del *Grao,* voz lemosina introducida hace años en la lengua castellana para indicar la playa ó puerto donde acostumbran ó pueden desembarcar los buques.

Todo hijo de Valencia que se ha aclimatado hasta los veinte años bajo aquel hermoso cielo aspirando el perfume de los jazmines, del azahar, de los limoneros y de la madreselva, todo el que ha disfrutado durante algunos años de esa

temperatura primaveral que empieza en Septiembre y termina en Mayo, cuando las circunstancias, la política, los negocios ó el afán de enriquecerse le obligan á vivir en Madrid, en esos días crudos de invierno que el viento de la sierra barre las calles de la coronada villa repartiendo catarros y pulmonías, vuelve los ojos con amor hacia su patria nativa, dedicándole un recuerdo cariñoso á su hermosa Valencia.

¡Ah! No es posible olvidar aquellos campos de flores y aquel cielo sin nubes, sobre todo cuando la vejez avanza, cuando los achaques mortifican el cuerpo y el frío de las canas empobrece la sangre.

Entonces se recuerda á Valencia como recuerda la golondrina el amante nido durante sus largas emigraciones.

Afortunadamente para Madrid y su engrandecimiento, muchos ricos que viven atormentados por padecimientos crónicos se creen inmortales, y continúan instalados en la villa del oso y del madroño, aspirando en sus alfombradas habitaciones el calor del insalubre carbón de cok que seca los bronquios y abre las puertas á las bronquitis y á las pulmonías.

La muerte todo el mundo sabe que es un acto natural de la vida, una letra con plazo indefinido que se acepta al nacer y que nadie se libra de pagar. Se ven diariamente por las calles carros fúnebres conduciendo cadáveres á los cementerios; sin embargo, el hombre, siempre incorregible, no escarmienta nunca en cabeza ajena. Esto es sin duda una felicidad que muchas veces se paga con la vida.

Los ricos tienen la costumbre de veranear, y muchos pobres, como cuestión de moda, como un tributo á la vanidad, hacen grandes sacrificios por imitarles, y precisamente hu-

yen de Madrid durante los meses que la mortandad es más corta y vuelven á Madrid á luchar con sus achaques durante los funestos é insufribles meses de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, período terrible en que los cementerios de la coronada villa se llenan de cadáveres y las pulmonías pueden considerarse como una verdadera epidemia. Si el hombre fuera tan sabio como las aves emigradoras, si tuviera el instinto de la conservación y de la higiene como tienen los patos, las grullas, las alondras, las codornices y otra multitud de avecillas, en vez de veranear por capricho ó por vanidad, invernarían buscando el clima más conveniente á su constitución.

¿Quién puede jactarse de haber pasado en Madrid un invierno sin sentirse molestado de los bronquios, sin sufrir un catarro, sin experimentar esa tos que destroza el pecho y conmueve el cerebro? Nadie. Sólo un hombre de bronce, una naturaleza de acero, y los hombres de bronce, además de ser pocos, se agrietan con gran facilidad en Madrid, donde el barómetro y el termómetro suben y bajan con tan rápida y caprichosa frecuencia, mortificando al cuerpo humano.

Pero volvamos á nuestra interrumpida narración, no sin suplicar al lector antes nos perdone el inocente desahogo que acabamos de permitirnos, pues mientras escribimos las presentes líneas, el viento Norte, con despiadada furia, agita las persianas de nuestro balcón y un cielo plomizo y triste, que preludia nieve, se extiende por todo el horizonte.

Además, nosotros aborrecemos el frío, somos veraniegos, partidarios del sol que lo fecundiza todo.

Dicen las crónicas que Carlos III, cuando llegaba el mes

de Septiembre, se asomaba á los balcones de su palacio que dan al Campo del Moro, y frotándose las manos y sonriéndose de aquel modo que él sabía hacerlo y que tanto disgustaba á los jesuitas, exclamaba:

—Ya tengo un añito más, ¡viva el invierno!

Pero con perdón de S. M., nosotros creemos que Carlos III estaba en un gran error, y enmendándole la plana, decimos cuando llega el mes de Mayo: Ya tengo un añito más, ¡viva el verano! porque la muerte no es otra cosa que la ausencia del calor.

. . . .

. . . .

Si el padre Marcelo se hubiera dejado llevar de sus instintos económicos, hubiera tomado un billete de segunda en el tren correo de Valencia, pues no lo hay de tercera, porque el pobre sacerdote estaba acostumbrado á pasar hambres y fríos, miserias y penalidades durante su azarosa y larga vida de misionero; pero como Pancho le acompañó á la estación y le puso en la mano un billete de primera, le fué preciso resignarse á viajar como un arzobispo.

Aunque la noche era cruda y en esos campos espartarios de la Mancha que atraviesa el tren se deja sentir de un modo bastante acentuado el frío, gracias á los caloríferos remudados con frecuencia y á una buena manta inglesa que le había proporcionado Pancho, el buen sacerdote no tuvo frío.

Se acomodó lo mejor que pudo en un rincón, y como viajaba solo, sacó un libro de oraciones; pero pronto se convenció de que la débil luz del farol no permitía leer á sus cansados ojos.

Convencido de esto, comenzó sus rezos de memoria y acabó por sucederle lo que á toda conciencia tranquila, es decir, que se durmió, despertando cuando la luz de la aurora comenzaba á disipar las sombras de la noche.

El padre Marcelo, al abrir los ojos después de persignarse tres veces y rezar en voz baja su oración matinal, comenzó á limpiar con su pañuelo el escarchado cristal de la ventanilla que le impedía ver el cielo que, iluminado con los primeros rayos del sol, iba revistiéndose poco á poco de un azul purísimo.

Durante algunos minutos el buen sacerdote permaneció contemplando el sereno y limpio horizonte que se extendía ante sus ojos.

El padre Marcelo había viajado mucho por América, por Africa, recorriendo antes algunas provincias de España, pero nunca había estado en Valencia.

A pesar de esto, no ignoraba que sus pesquisas para encontrar al capitán Tordera no debían efectuarse en la misma Valencia, sino en el *Pueblo Nuevo del Mar* denominado el *Grao,* que era la residencia de la marinería regional.

Al llegar á Játiva se extendió ante los ojos del sacerdote el hermoso y pintoresco panorama que acompaña hasta Valencia á los viajeros que vienen de Madrid en el tren.

Las palmeras con su esbelto penacho, que iluminaba un hermoso sol, le recordaron algunos puntos de Africa, y la fecunda y dilatada vega que atravesaba con vertiginosa rapidez la locomotora le traía también á la memoria otras vegas americanas favorecidas por la pródiga naturaleza.

Desde Játiva á Valencia el viajero que cruza por la pri-

mera vez aquel trayecto, no cesa ni un solo instante de admirar el encantador espectáculo que aquel interminable jardín presenta á sus ojos.

Cuando distingue la Albufera y los arrozales, cuando ve aquellos campos de esmeralda que despiden millones de reflejos de plata, no puede menos de exclamar: «¡Qué hermoso es todo esto!...»

El padre Marcelo era un verdadero adorador de la naturaleza, porque en cada uno de sus prodigios veía á Dios; así es que con frecuencia, juntando las manos y elevando su mirada al cielo, decía:

—¡Qué grande, qué infinito es el poder de Dios!.. Bendigamos sus obras.

A las diez de la mañana el tren llegó á Valencia.

Como la única misión del sacerdote se reducía á indagar el paradero del capitán Tordera ó su familia, cogió la maleta de mano, que era todo su equipaje y en donde llevaba los dos mil duros en oro y billetes, y salió de la estación.

El padre Marcelo no ignoraba que no era en Valencia, sino en el Grao adonde debía dirigir sus pesquisas, y subió en una de las muchas tartanas que se hallaban esperando viajeros.

—¿Adónde vamos, padre?—le preguntó con alegre entonación el tartanero.

—Al pueblo Nuevo del Mar, al Grao, á la fonda que usted quiera.

—¿Hay que recoger equipaje?

—No señor; todo mi equipaje se reduce á este saco de noche que llevo en la mano.

El tartanero sospechó que el cura que le había tocado en suerte no era ningún millonario. Subió de un salto al pequeño asiento sujeto á la vara derecha de la tartana, y animando á su reluciente y gorda jaca con la palabra, tomó á buen paso el camino del mar.

No era menos agradable el aspecto que presentó á los ojos del padre Marcelo el ancho y hermoso camino que desde Valencia conduce al mar que la encantadora ribera que poco antes había atravesado con la rapidez de la locomotora.

El camino del Grao es verdaderamente hermoso; aquellas cuatro filas de árboles gigantes que en verano juntan sus elevadas copas formando un verde y movible toldo de hojas; aquellas huertas admirablemente cultivadas; aquellas blancas barracas con techos de cenicienta paja que ostenta la tradicional cruz de madera en su cúspide, arrancan siempre más de un grito de admiración al viajero que lo contempla por vez primera.

El labrador valenciano es incansable; su perseverancia en el trabajo es digna de elogio; todo lo aprovecha, no hay un sendero en su huerta, no hay una sola pulgada de tierra que no esté aprovechada; lo que no sirve para frutos, sirve para flores, porque el labrador valenciano, ayudado por el alma de su casa, que es su mujer, no solamente se ocupa de lo útil, sino de lo hermoso, de lo bello.

El padre Marcelo continuaba admirando el panorama que se extendía ante sus ojos.

Los tartaneros son generalmente alegres y comunicativos. La situación que ocupan en su asiento les coloca al mismo nivel de los pasajeros, y esto les permite familiarizar-

se con ellos. Además, la familiaridad es una condición peculiar de los valencianos.

No hay provincia en España donde las clases estén más unidas, sin duda porque aún queda algo de aquellos hermosos fueros que les concedió un rey aragonés y les quitó en mal hora un rey francés.

Además, los tartaneros valencianos tienen mucho, sin sospecharlo ellos mismos, del *cicerone* italiano, sobre todo los tartaneros que se ganan la vida trasportando viajeros desde el mar á Valencia; algunos de ellos, á fuerza de conducir ingleses, franceses, alemanes, etc., etc., hablan varios idiomas sin conocer ninguno; pero lo cierto es que ellos se dejan entender y entienden á los que conducen en sus tartanas. Así es que con frecuencia se ve á un tartanero con su vehículo cargado de ingleses, que les conduce por todas partes satisfaciendo todos sus deseos y procurando explotarles de la manera más suave y cordial del mundo.

Pero sabido es que todo marino que después de una navegación de siete ú ocho meses salta á tierra es rumboso y gasta el dinero con facilidad, y el tartanero hace bien en aprovecharse de las circunstancias.

El tartanero que conducía al padre Marcelo, que ya iba más callado de lo que tenía por costumbre, conociendo que el cura no era del país, así que entraron en el camino del Grao, le preguntó:

—Padre, ¿usted no ha estado nunca en Valencia?

—No señor; ésta es la primera vez,—contestó el padre Marcelo.

—Pues ya verá usted, ya verá usted. Valencia es la me-

jor tierrecita del mundo, y no porque yo lo diga, sino porque es verdad. Aquí se cría todo. Mire usted, traen cualquier planta de América, la plantan y *agarra* y da fruto; y lo mismo sucede con las de Africa y las de la China. Aquí todo prevalece, como que, según dicen, Dios crió á Valencia un día que estaba muy contento, uno de esos días en que le salen á uno bien los negocios; por eso se ríen los campos, se ríe el cielo, se ríen los hombres y se ríen las mujeres. ¡Arre, jaca!

—Efectivamente,—contestó el padre Marcelo sonriéndose á su vez al oir los elogios exagerados de su conductor,—Dios ha derramado á manos llenas sus dones sobre las campiñas valencianas: lo que he visto desde Játiva hasta aquí es un verdadero jardín admirablemente cultivado.

—Pues lo mismo verá usted por todas partes donde vaya,—añadió el tartanero, alentado por las palabras del sacerdote.—Yo no sé cómo algunos hombres viven en otra parte que en Valencia y su reino. Mire usted, señor cura, yo tuve que ir el año pasado á Madrid á llevar unas cuantas jacas andaluzas recriadas en Valencia. Era por este tiempo, es decir, en invierno. Un horchatero que había pasado algunos inviernos en Madrid esterando las casas, me dijo: «*Chimo,* llévate toda la ropa de abrigo que tengas, porque allí hace mucho frío.» Pues señor, embarcamos las jacas bien trabadas y bien enmantadas en dos vagones. Salimos de Valencia sudando, pero ¡ya, ya! cuando aquella noche llegamos á la Mancha comencé á *soplarme los dedos,* y al llegar á Madrid, si no hubiera sido por consideración á las bestias, me pongo las doce mantas de las doce jacas que estaban á mi cargo.

El padre Marcelo, viendo que no le había tocado en suer-

te un tartanero mudo, le dejaba hablar, sin fijarse mucho en lo que le decía.

—Yo no sé cómo puede vivir en Madrid ningún cristiano,—añadió el tartanero.—Una tarde subía yo por la calle de Alcalá, por la acera del ministerio de la Guerra y tenía calor; pero una hora después bajé por la acera de enfrente y tiritaba de frío... Eso no es sano. En Valencia siempre hace buen tiempo. ¡Arre, jaca!

Así llegaron al Grao, y el padre Marcelo estaba convencido de que la elocuencia de su conductor hubiera sido tan fecunda en un viaje alrededor del mundo como lo había sido desde Valencia al Grao.

La tartana se detuvo por fin delante de una fonda situada en el paseo del contramuelle.

El sacerdote se instaló en un cuarto con vistas al mar, desde cuyo balcón se veía el muelle viejo, el contramuelle que se hallaba en construcción y los restos del desventurado pueblo de Nazarhet, que poco á poco iba devorando el mar con su insaciable apetito.

CAPITULO II.

Un inválido del mar.

El padre Marcelo se hizo servir el almuerzo en su mismo cuarto.

Desde su mesa veía el mar, sereno como un lago, y el hermoso y dilatado cielo de un azul purísimo que se extendía ante sus ojos.

A lo lejos, y siguiendo varias direcciones, se veían multitud de pequeñas barcas con sus velas latinas desplegadas que se dedicaban al penoso y arriesgado oficio de la pesca.

En el puerto se hallaban anclados un centenar de buques, inmóviles como si estuvieran en tierra firme.

¡Oh! ¡Qué hermoso es el mar en uno de esos días de dulce calma, que el cielo sin nubes refleja sobre sus trasparentes aguas! Los ojos no se cansan de contemplarlo, y los pulmones respiran con avaricia la saludable brisa que les envía.

Como el padre Marcelo no quería perder tiempo, tan pronto como el camarero le sirvió el primer plato creyó que

debía comenzar también sus pesquisas para descubrir el paradero del hombre que buscaba; así es que entabló el siguiente diálogo:

—¿Usted conocerá á todos los capitanes mercantes de la matrícula del Pueblo Nuevo del Mar?—preguntó al camarero el padre Marcelo.

—Si no los conozco á todos, conozco á muchos,—contestó el criado.

—El que yo deseo ver,—repuso el sacerdote,—si vive, será muy viejo: se llama Melchor Tordera.

—¡El señor Tordera!—repuso el camarero.—¿Quién no conoce en el Grao al señor Tordera? ¡Pues si es más conocido que la ruda!

—¿Luego vive?—preguntó el padre Marcelo sin disimular su alegría.

—¡Pues ya lo creo! Y tan fuerte y tan sano como está, á pesar de sus setenta y seis años y su pierna de palo.

El sacerdote miró al camarero, sospechando si aquel buen hombre se habría equivocado, y deseoso de salir pronto de dudas, añadió:

—¡Cómo!...¿Ha perdido una pierna el capitán Tordera?

—Sí señor, la pierna izquierda.

—Lo ignoraba, y á fe que siento le haya sucedido esa desgracia á un hombre tan honrado y tan valiente.

—Todos lo sentimos mucho en el Grao,—añadió el camarero, amoldando su entonación á la del sacerdote,—porque lo que hizo el capitán Tordera á los sesenta y ocho años lo hacen pocos jóvenes. ¡Lástima grande fué que le costara tan caro su arrojo!

—Pero ¿qué hizo?—preguntó el padre Marcelo con gran interés.

—Pues verá usted, señor,—respondió el camarero:—reinaba un viento de Levante muy fuerte, y las olas del mar se estrellaban con tal furia sobre las rocas del muelle, que algunas veces pasaban por cima de las murallas, barriéndolo todo. Las autoridades, el sindicato de la marina y casi todos los vecinos del Grao se hallaban en el puerto y en el terrado de la Aduana, pues algunos buques que estaban á la vista hacían desesperadas señales de socorro.

Entre estos buques, el que corría más peligro era una enorme fragata norte-americana que traía cargamento de guano. La fragata había perdido el palo mayor, el trinquete, el timón y las lanchas; sus averías eran grandes en la obra muerta y embarcaba bastante agua; así es que se la veía cabecear con gran fatiga con la proa al viento. En una palabra, señor, aquel pobre buque, juguete de los vientos y de las olas, corría peligro de irse á pique de un momento á otro.

El camarero tomó un poco de aliento, y volvió á decir:

—Todos contemplaban con espanto aquel cuadro desolador, temiendo que la fragata se fuera á fondo; pero de pronto el capitán Tordera, volviéndose á los que le rodeaban, les dijo en alta voz:

—Señores, esa fragata está perdida, y se hundirá en el fondo del mar de un momento á otro. Si hay aquí ocho hombres de buena voluntad vamos á salvar á los tripulantes que nos piden socorro, que son marinos y son hermanos. El que quiera seguirme que se ponga á mi lado.

El vecindario del Grao—continuó el camarero—ha dado

siempre pruebas de caritativo, y no abandona nunca á los pobres buques que le piden socorro. En un instante se reunieron cincuenta hombres dispuestos á seguir al capitán Tordera; él eligió ocho, todos solteros, jóvenes y robustos; se puso al timón de una buena lancha recién construída, y con la sonrisa en los labios saludó con el sombrero á los que le admiraban y le bendecían desde el muelle, pidiéndole al mismo tiempo á Dios que no le abandonara.

Grande fué la inquietud y la ansiedad de todos los que presencíabamos aquel atrevimiento heróico del capitán Tordera.

La lancha saltaba sobre las irritadas olas como un arenque.

Algunas veces desaparecía como si se la hubiese tragado el mar, y entonces todos lanzábamos un grito de dolor; pero al verla reaparecer levantada por otra ola, aplaudíamos con frenética alegría.

Aquello fué una hora de angustia mortal; pero los bravos marineros, dirigidos por el valiente capitán Tordera, seguían adelante, dispuestos á perecer en su empresa humanitaria ó á salvar á los pobres tripulantes de la fragata que imploraban su auxilio.

Por fin llegaron á las inmediaciones de la fragata, que les tiró un cable; Tordera se agarró á él y subió á la mura de estribor con la agilidad de un grumete, á pesar de sus años. Lo primero que vió fué una mujer tendida en el suelo: estaba desmayada; la cogió en brazos y la bajó á la lancha, donde ya se habían refugiado los ocho tripulantes de la fragata.

Entonces Tordera preguntó en inglés si quedaba alguno

más en el buque, le contestaron que no, y ya iba á soltar el cable, cuya aproximación era un peligro, cuando oyó un grito en el fondo de la lancha, y una voz de mujer que decia:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!...

Esta mujer hablaba en español, y Tordera exclamó:

—¡Tu hijo!... ¿Y dónde está tu hijo?

—En el camarote de popa, en el catre... ¡Salvadle, salvadle!

Aquella infeliz había subido sobre cubierta aterrada, cayendo junto á la mura, muerta de miedo y sin conocimiento, y dejándose á su pobre hijo en el camarote. Era la pobre viuda de un español muerto en Nueva York, que regresaba á Valencia, su país natal, con su hijo, y se le había proporcionado pasaje en aquella fragata cargada de guano.

Todo esto lo supimos después; pero Tordera al oir el grito de aquella madre, dejándose llevar por los impulsos de su generoso corazón, exclamó:

—No se dirá que he salvado á la madre y he abandonado al hijo.

Y como tenía cogido el cable, volvió á subir á la fragata, desapareció detrás de la mura, y dos minutos después volvió á aparecer, llevando en los brazos un niño de tres años.

Aquella madre al ver á su hijo lanzó un grito tan inmenso, que todas las madres que presenciaban aquella escena desde el puerto aseguraron que lo habían oído resonar en el fondo de sus almas.

Tordera se deslizó á favor del cable desde la mura de la fragata á la lancha, pero desgraciadamente, en el momento

que iba á apoyar el pié, la lancha, empujada por una ola, tropezó con la banda de la fragata, cogiendo el pié izquierdo del pobre capitán Tordera y despedazándoselo de un modo horrible.

A pesar del inmenso dolor que le causaba aquella espantosa magulladura, Tordera ni soltó el cable ni el niño, y permaneció algunos segundos suspendido sobre el abismo.

La lancha logró aproximarse, y entonces Melchor soltó el cable y cayó en el fondo de la lancha, entregando el niño á su madre, que le estrechó contra su pecho, llorando y riendo á la vez.

Excuso decir á usted—continuó el camarero—el recibimiento que le hicimos al capitán Tordera y á sus valientes compañeros cuando la lancha atracó en el puerto; pero el capitán Tordera no podía andar, tenía el pié izquierdo completamente destrozado; se le condujo en brazos hasta la Aduana, se le colocó en una cama, y cinco minutos después se hallaban cuatro médicos y todas las autoridades rodeando el lecho del desgraciado Tordera.

Se le hizo la primera cura, pero la contusión había sido tan violenta, que dos de los cuatro médicos opinaron que era preciso cortarle el pié sin perder tiempo.

Tordera fué conducido á su casa en una camilla, y como todo el mundo estaba interesado en salvar á aquel marino noble y generoso, las autoridades mandaron inmediatamente por dos de los mejores médicos de Valencia, y aquella noche hubo una consulta.

En fin, señor, como Tordera defendía su pié, porque le disgustaba quedar inútil para la vida de mar, pasaron ocho

días, y por último no hubo otro remedio que cortarle la pierna por la rodilla, porque la gangrena se había indicado y avanzaba con rapidez.

Cuando le participaron tan triste resolución al capitán Tordera, exhaló un suspiro, y dijo:

—Lo siento, porque quedo inútil y no soy bastante rico para vivir sin trabajar.

He aquí, señor, cómo perdió la pierna el pobre capitán Tordera.»

El padre Marcelo había escuchado con vivo interés el relato que acababa de hacerle el camarero de la fonda, con esa verdad propia del que cuenta una escena dramática que ha presenciado y le ha conmovido.

—Lástima grande fué,—dijo el padre Marcelo.

—Sí señor, una lástima muy grande,—repuso el camarero,—y crea usted que en el Grao todos lo sentimos de veras. Como el rasgo heróico del capitán Tordera lo refirieron los periódicos de Valencia con todos sus detalles, el señor gobernador tomó parte en el asunto, se formó expediente, y el gobierno le concedió la gran cruz de Beneficencia.

—Esa es la cruz—añadió el sacerdote—que el hombre honrado y justo debe tener en más estima y llevar con más satisfacción sobre su pecho. Pero me ha dicho usted antes que el capitán Tordera era pobre.

—Sí señor, muy pobre,—contestó el camarero;—hasta hace poco vivía aunque modestamente sin carecer de lo necesario en compañía de su hija y de su nieto.

—¡Ah! ¿Vive su nieto?—preguntó con rapidez el padre Marcelo.

—Sí señor, era capitán de una polacra mercante que hacía el comercio de cabotaje de Valencia á Marsella; pero según parece, el nieto del capitán Tordera ha tenido algún enemigo y le han quitado el mando de la polacra, de modo que está demás, como suele decirse, y esto les hace pasar algunas estrechuras.

Aquellas noticias, que á otro hubieran entristecido, causaron una inmensa alegría al padre Marcelo, pues se le presentaba una buena ocasión de que don Mateo de Robledano fuese útil á la familia de Tordera, demostrándole su agradecimiento.

El sacerdote, que se hallaba en terreno de averiguar todo lo que deseaba, preguntó:

—¿Y qué tal persona es el nieto del capitán Tordera?

—Pues es un muchacho de veintiún años, tan inteligente, tan honrado y tan valiente como su abuelo.

—Según parece,—añadió el sacerdote,—usted quiere mucho á la familia de Tordera.

—No soy yo solo, le quieren todos los que le conocen.

—¿Y viven muy lejos de esta fonda? Pues tengo necesidad de verles.

—Precisamente en la calle inmediata; pero si usted quiere ver á Melchor el viejo, porque como su nieto se llama Melchor también, nosotros le llamamos á uno el viejo y á otro el joven, no tiene usted necesidad de ir á su casa, pues desde aquí puede usted verle.

—¿Desde aquí?—preguntó el padre Marcelo.

—Sí señor, porque se pasa el día pescando en el contramuelle; va usted á verle.

Cuando el P. Marcelo se halló á unos cinco pasos del pescador, se detuvo..

Y el camarero, sacando su anteojo de bolsillo del pecho de la chaqueta, se lo entregó al sacerdote, añadiendo:

—Venga usted aquí, al balcón. ¿Ve usted allá en la puerta del contramuelle un hombre sentado sobre una roca que está pescando? Pues bien, aquél es el capitán Tordera; con el anteojo le verá usted perfectamente.

El padre Marcelo dirigió el catalejo hacia el punto indicado, y gracias á la claridad de la atmósfera y á la potencia de los cristales pudo ver perfectamente hasta las facciones del hombre que pescaba.

Después, devolviendo el anteojo al camarero, dijo:

—No quiero perder tiempo; voy ahora mismo á saludar al capitán Tordera.

—¿Le conoce usted?—preguntó el camarero mientras levantaba el mantel y los platos de la mesa.

—No, jamás le he visto, pero conozco su historia y le estimo en lo que vale. Además, estoy seguro que él se alegrará mucho de conocerme.

El padre Marcelo metió en un cajón de la cómoda la maleta, cerrándolo y guardándose la llave. Luego cogió el sombrero y el bastón y se encaminó con tranquilo paso hacia el contramuelle.

La distancia que le separaba del pacífico pescador de caña no era larga, y el sacerdote la atravesó en algunos minutos.

Cuando el padre Marcelo se halló á unos cinco pasos del pescador, se detuvo para contemplar aquel hombre de barba y cabellos blancos, tez tostada por el sol de los trópicos y los vientos del Océano, aquel inválido del mar con su pierna de palo y su aspecto rudo y sereno.

Un pescador de caña no se asombra nunca cuando un desocupado se pára á ver si pican ó no pican los peces; por eso sin duda el viejo marino encontró muy natural que aquel sacerdote se detuviera á contemplarle.

Sin embargo, le saludó con un movimiento de cabeza, pensando para su capote si aquel cura sería también aficionado á la pesca.

Durante cuatro minutos el padre Marcelo no se movió. Diríase que se gozaba en la muda y silenciosa contemplación de aquel hombre, cuya honrada historia tanto le había interesado.

El pescador de caña, como hombre práctico, no perdía de vista el corcho que sobrenadaba sobre las tranquilas aguas del mar, dispuesto siempre á enganchar del sutil anzuelo al inocente pez que se atreviera á morder el tentador cebo.

CAPITULO III.

Una noticia de la fuerza de cien mil duros.

Como todo en el mundo tiene su término, aquel mutismo entre el sacerdote y el pescador terminó también, y para que esto sucediera fué precisa la intervención de un inocente barbo que se clavó en el anzuelo. Como el barbo pesaba más de una libra, llenó de regocijo al pescador, proporcionándole un rato agradable, rato que sólo pueden apreciar los aficionados á la pesca de caña.

El padre Marcelo aprovechó este regocijo del inválido del mar para dirigirle la palabra.

—Señor Tordera,—le dijo,—hace una hora he llegado de Madrid, sin otro objeto que el de buscar al valiente y generoso capitán del bergantín *El Ciervo,* que naufragó en las costas de Guinea hace veinte años.

—¡Ah! ¿Sabe usted también aquella pasada serrana que me jugó el *tornado?*—dijo Tordera, dejando la caña sobre las rocas.—Mal rato me dió, y poco faltó para que no nos

arrastrara al fondo á las pocas personas que quedábamos con vida á bordo.

Y el viejo marino, mirando con más detención al sacerdote, añadió:

—Pero ¿dice usted que viene desde Madrid de exprofeso á buscarme?

—Sí señor; he llegado hoy en el tren correo.

—Es muy extraño,—añadió riéndose Melchor,—porque en Madrid los marinos no hacemos buen papel, estamos como el pez fuera del agua; aquella tierra firme nos produce mareos, no es nuestro elemento. Pero quién sabe; tal vez el gobierno necesite algún inválido de mar para nombrarle almirante de la escuadra que tiene en el estanque del Retiro; aunque yo sospecho que ni aun para eso sirve el pobre viejo Melchor Tordera, con su pata de palo por base y sus setenta y ocho años sobre las espaldas.

El padre Marcelo, que oía al marino con complacencia y sonriéndose, contestó:

—No, no es el gobierno el que me ha dado la comisión de buscar en el pueblo del Grao de Valencia al capitán Tordera, sino una persona inmensamente rica, á quien usted ha prestado favores de tal naturaleza que no puede olvidar nunca un corazón agradecido.

La mirada de Melchor se acentuó un poco más al oir las palabras del sacerdote, cuya bondadosa sonrisa y venerable semblante le inspiraban confianza.

—No sé de quién puede hablarme usted, porque no conozco en Madrid absolutamente á nadie,—repuso el marino encogiéndose de hombros.

—Las buenas acciones, señor Tordera, quedan grabadas en la memoria de las personas que se precian de honradas y de agradecidas. Si usted no conoce á nadie en Madrid hay en Madrid gente que le conoce á usted. ¿Recuerda usted á una pobre madre y su inocente hijo, á quienes usted condujo y salvó en más de una ocasión la vida desde las costas de la Isla de Cuba á las de Guinea? ¿Recuerda usted aquella infeliz madre y á su hijo, que dejó en la ciudad de Monrovia, y adonde usted, fiel á su palabra, fué á buscarlos después de algunos años para volverlos á Cuba?

—¡Ah, diantre!... Es verdad. Ciertas cosas no se olvidan nunca,—exclamó el viejo marino levantándose y apoyándose en su bastón.—Esa madre que usted dice se llamaba Cora, y su hijo Alejandro. Pero ¿vive Cora? ¿vive Alejandro? Mucho me alegraría de darles un abrazo, porque confieso que en la larga travesía que hicieron conmigo en el pobre bergantín *El Ciervo* llegué á tenerles un gran cariño; sí señor, quise á Cora como se quiere á una hija y al pequeño Alejandro como se quiere á un nieto.

—Cora, desgraciadamente, ha muerto,—añadió el sacerdote:—yo la ayudé á bien morir y oí su confesión; por ella supe todo lo que el capitán Melchor Tordera había hecho por Cora y su hijo.

—¡Pobre mujer!...—dijo el marino, moviendo con marcadas muestras de disgusto la cabeza.—La hicieron sufrir mucho sus enemigos; era buena como el pan. Pero ¿y su hijo?

—Su hijo vive, y en su nombre y en el de su padre vengo desde Madrid á buscar al capitán Melchor Tordera para decirle: «Capitán, dos hombres inmensamente ricos, al saber

que los asuntos de usted no iban muy bien, me envían para ofrecerle á usted su fortuna y su amistad».

El viejo marino miró con expresión de asombro al sacerdote, luego se llevó una mano á los ojos, restregándoselos con alguna dureza, como si temiera estar dormido y quisiera despertar, porque aquel ofrecimiento, y sobre todo en momentos tan oportunos, le parecía un sueño.

—¡Ah! ¿Conque Alejandro el hijo de Cora,—dijo,—conque el rapacín que tantas veces me tiraba de la barba vive en Madrid y es rico?

—Sí señor; posee una fortuna de cuatro millones de pesos fuertes.

—¡Diablo! Pues ya son pesos. Vaya, me alegro de todo corazón.

Y exhalando un suspiro, añadió:

—No ha sido tan afortunado mi pobre nieto Melchor, y en verdad que es digno de mejor suerte; y lo que yo digo no debe tomarse como artículo de fe porque soy su abuelo, pero en el pueblo del Grao lo dice todo el mundo. Con mi nieto se ha cometido una gran injusticia, y como es un muchacho honrado y pundonoroso, esa injusticia le tiene triste y cabizbajo.

—Lo sé, señor Tordera, lo sé,—añadió el sacerdote,—y mi satisfacción es grande y mi alegría inmensa, pues llego en momento tan oportuno. Su nieto de usted de hoy en adelante no necesitará vivir sujeto á los caprichos de un armador, de un amo, porque si le gusta la vida de mar, si le place ser marino como su abuelo y su padre, el buque que mande se construirá á su gusto, será absolutamente suyo.

Cada palabra que aparecía en los labios del sacerdote iba aumentando el asombro del viejo marino. ¿Era verdad lo que oía?... ¿Llegaría á ver realizados todos los deseos, todos los sueños de su larga vida de marino, ó era un loco aquel anciano sacerdote de rostro venerable?

Poseer su nieto Melchor un buque construído á su gusto, un buque de grandes condiciones marineras, un buque de su absoluta propiedad, ¡oh! aquel ofrecimiento, si se llegaba á realizar, era verdaderamente un milagro.

Melchor quiso hablar, pero sólo pudo sonreirse.

El padre Marcelo, comprendiendo el efecto que su ofrecimiento había causado y compadecido de la violenta situación en que al parecer se encontraba aquel honrado marino, dijo:

—Pues sí, amigo Tordera, su nieto de usted Melchor, á quien ya deseo conocer, tendrá un buque suyo, perfectamente suyo, y este buque se construirá en el astillero que él indique, bajo la dirección de usted. Las personas que aquí me envían desean demostrar su agradecimiento al valiente y honrado capitán mercante don Melchor Tordera. Por lo tanto, se acabaron para usted todas las penas, todos los disgustos que proporcionan á una honrada familia la escasez y las vicisitudes de la vida.

—Pero, padre, ¿sabe usted lo que nos ofrece?—preguntó por fin el marino, exhalando antes un ruidoso suspiro.

—Pues sencillamente—añadió el sacerdote sonriéndose con bondad—un buque construído con todos los adelantos modernos y de las toneladas que á ustedes les convengan.

—Pero un bergantín construído á conciencia, forrado en cobre hasta las cintas, con aparejos dobles y con la cabida de

ochocientas toneladas, vale treinta mil duros, y eso es mucho dinero,—exclamó Tordera.

—Pues bien, yo le autorizo á usted para que gaste en ese bergantín un millón de reales, y además les ofrezco á ustedes veinticinco mil duros para que el primer flete que embarque en su bodega sea de la propiedad absoluta de la familia Tordera.

El viejo marino se llevó las manos á la frente: sudaba, y al mismo tiempo tenía los labios secos, y con frecuencia sacaba la lengua como para humedecerlos.

—Vaya, vaya, tranquilícese usted, señor Melchor,—repuso el padre Marcelo, sin abandonar su bondadosa sonrisa.—El hijo de Cora tiene, como he dicho á usted, ochenta millones de reales, y le dará con gusto cien mil duros al honrado marino que salvó á su madre y á él de una muerte segura, y que tan decidida protección les prestó contra los miserables que tenían empeño en suprimirles del mundo de los vivos. Sobre este punto no tenemos más que hablar: los señores que aquí me envían han resuelto que ustedes sean ricos, y lo serán; tienen empeño en asegurar el porvenir de Tordera y de su familia. Y ahora recoja usted los chismes de pescar, pues ya deseo conocer á su hija y á su nieto. Además, tengo que poner un parte telegráfico á Madrid, participándoles la buena nueva de que he encontrado á usted bueno y á su familia; me lo encargaron mucho, y yo sé que estarán esperando noticias mías con impaciencia.

—Mire usted, padre, yo quisiera decir muchas cosas para demostrar mi agradecimiento, y la verdad es que no se me ocurre nada; quiero hablar, y la lengua se niega, porque lo

que usted me dice y lo que usted me ofrece es muy bastante para que se trastorne y aturda un pobre hombre como yo. Jamás me he encontrado en una situación tan difícil como ésta, ni la tarde en que perdí en el golfo de Guinea mi bergantín *El Ciervo* me vi tan apurado; yo creo que usted me comprenderá, aunque no me explique, porque hay cosas que se adivinan.

Y el viejo marino se apoderó de una de las manos del padre Marcelo y se la besó repetidas veces, llorando y diciendo:

—Gracias en nombre de mi hija, gracias en nombre de mi nieto.

Después de este arranque de sentimiento, que conmovió al padre Marcelo hasta el punto de hacerle derramar algunas lágrimas, el capitán Tordera recogió todos los chismes, desarmó la caña, se colocó la chistera á la espalda, y dijo:

—Vamos, padre, vamos á mi casa, porque las buenas noticias no deben retardarse.

Por el camino el padre Marcelo le contó á Melchor la inmensa alegría de don Mateo de Robledano, padre del hijo de Cora, al saber que su hijo no había muerto, y el gran deseo de demostrar su agradecimiento al honrado marino que tanto había protegido á su hijo.

Este relato, sencillo y breve, terminó con estas palabras:

—Grande sería el placer del señor don Mateo de Robledano si pudiera darle á usted un abrazo antes de morir.

—Pero ¿tan enfermo está ese señor?—preguntó Tordera.

—Sus días son contados, su enfermedad es mortal,—contestó el sacerdote;—la gran alegría que le ha causado el en-

contrar á su hijo, á quien creía muerto, ha reanimado un poco su decaído espíritu, con gran asombro de los médicos que le asisten; pero esta mejoría será pasajera, porque, como he dicho, desgraciadamente su enfermedad es mortal.

—¡Pobre señor!—murmuró el marino.

—Ayer tarde, al despedirme de don Mateo para venir á desempeñar aquí la noble y santa comisión que me ha confiado, me decía con acento suplicante: «Padre Marcelo, usted me ha traído á mi hijo desde las apartadas regiones americanas, para que sean menos amargas las últimas horas de mi vida; si usted me trajera al capitán Melchor Tordera para que estrechara su mano antes de morir, demostrándole mi profundo agradecimiento, creo que moriría más tranquilo».

—Pues bien,—añadió conmovido Melchor,—hablaremos á mi nieto y á mi hija, y preciso será darle gusto á ese buen señor, que se ha acordado de nosotros y que con su generosidad nos salva, proporcionándonos los medios para que se realice lo que he estado ambicionando desde el día que nació mi nieto Melchor, es decir, durante veintiocho años. ¡Ah! ¡Qué alegría tan grande para mí y para su madre ver á Melchor de capitán de un buque propio, siguiendo siempre el derrotero que más le acomode! ¡Qué diantre! Aunque ese buque fuera un modesto laúd para el tráfico de cabotaje, nos daríamos por contentos, porque con un laúd bien acondicionado y bien estivado los marineros valencianos van por todas partes. Pero entremos, padre, entremos; esta pobre casa es la de usted.

Y Tordera, llevándose una mano al pecho, añadió:

—¡Ah! La alegría ensancha el corazón, la desgracia lo

oprime... Con tal de que mi pobre Juana y mi querido Melchor no se pongan malos al saber la fortuna que se les entra por las puertas de su casa sin avisarles, todo va bien.

Melchor empujó la puerta y entró en su casa, seguido del padre Marcelo.

CAPITULO IV.

La alegría no mata.

Detrás de la puerta había un pequeño recibimiento con un zócalo de azulejos blancos como el armiño, de tres piés de elevación y un banco de madera arrimado á la pared.

A la derecha de este recibimiento, muy á propósito para tomar el fresco en las noches de verano, se hallaba una puerta que daba paso á la sala.

Lo primero que vió el padre Marcelo desde la puerta fué una mujer sentada que lloraba, ó por lo menos tenía el rostro cubierto con las manos, y á un joven de veintiocho á treinta años que se paseaba con las manos metidas en los bolsillos de su americana de paño; los muebles que decoraban aquella habitación eran modestos. Una cómoda de nogal, sobre esta cómoda una pequeña Virgen de talla encerrada en su urna de cristal, seis sillas de Vitoria con su sofá, una mesa de pino con tapete de hule y algunas estampas clavadas en la pared que representaban retratos de marineros célebres, entre

los que se veía á Colón, Barceló, Gravina, Churruca y otros varios.

Aquel mobiliario, á fuerza de limpio, brillaba.

El joven que daba paseos á lo largo de la habitación era alto, fornido, con la barba negra, la nariz aguileña y los ojos grandes y expresivos.

Todo en él revelaba ese carácter franco y resuelto del marino, y era lo que se llama vulgarmente un muchacho hermoso, aunque un poco rudo y desgarbado como todo hombre que tiene mucha fuerza.

Al ruído que hicieron los pasos de Tordera y del padre Marcelo, la mujer levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, y pudo verse que efectivamente lloraba.

Aquella mujer, á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Juana, era la hija del capitán Tordera y madre de Melchor, tenia cuarenta y ocho años de edad, conservando aún en sus varoniles facciones un resto de su pasada hermosura.

Juana, aunque hacía más de ocho años que había quedado viuda, vestía aún de negro, color muy admitido entre las mujeres del Grao y del Cabañal de Valencia, cuyos maridos se hallan ganándose honradamente la vida en el mar.

El capitán Tordera entró con resolución en la sala, seguido del padre Marcelo, á quien miraron Melchor y su madre con algún asombro, pues no esperaban la visita de un desconocido.

—Buenos días, Juana; buenos días, Melchor,—dijo el capitán Tordera, dejando la caña y los trebejos de pescar en un rincón. Veo que estás llorando como siempre, hija mía, como

si las lágrimas que tienes dentro te ahogaran y quisieras echarlas fuera. Veo también con pena que te falta valor para sufrir el viento de proa que hace algún tiempo nos castiga; y tú, querido Melchor, de día en día vas juntando las cejas y adquiriendo un carácter taciturno y poco sociable; pero todo esto es preciso que concluya, ¡qué diantre! nadie mejor que un marino sabe que el mal tiempo no dura siempre, y que no hay espectáculo más hermoso después de la tormenta, que contemplar el sol y el mar en calma desde el puente de popa fumándose un buen cigarro y saboreando una taza de café de esas que sólo se toman á bordo de los buques.

Juana y Melchor miraban siempre al viejo Tordera con profundo respeto, y aunque aquel discurso que acababa de pronunciar les parecía incoherente, guardaron silencio.

Tordera señaló con la mano al padre Marcelo y volvió á decir:

—¿Véis á este venerable sacerdote? Pues bien, arrodillaos á sus piés y besadle las manos, porque viene á traernos un bergantín de ochocientas toneladas forrado en cobre, con un cargamento en la tripa del valor de veinticinco mil duros.

Juana se levantó de la silla y se puso pálida; Melchor miró á su abuelo con asombro y retrocedió un paso, creyendo sin duda que se había vuelto loco.

Mientras tanto, Tordera se reía y el sacerdote se sonreía.

—Padre, ¿qué es lo que usted dice?—preguntó Juana juntando las manos.

—Digo la verdad; porque ya somos ricos, porque ya no tenemos que mendigar favores de nadie, Dios lo ha dispuesto así... Pero tú ¿por qué llorabas?

—Porque el naviero de Valencia, á quien Melchor ha ido á ver esta mañana para pedirle el mando de la polacra *San Rafael* le ha dicho que era demasiado joven para confiarle el mando de un buque, y mi hijo me lo estaba contando cuando usted llegó; por eso lloraba.

—¡Ah! ¿Conque para el armador de Valencia mi nieto es joven? Vaya un defecto que le ha puesto,—añadió Tordera riéndose.—Pues si es joven, tanto mejor; si á los veintiocho años has dado ya dos vueltas al mundo y has hecho quince viajes á América, ¿qué más puede pedirle á un marino ese animal, que aunque tiene veinte buques por el mar de su propiedad, entiende menos de náutica que el último marinero *matelote* de los buques de rey?

Y Tordera concluyó sus palabras haciendo una mueca de desprecio con los labios.

Luego añadió:

—¡Bah! ¿Y qué nos importa á nosotros la desconfianza de ese señor que nos niega el mando de una polacra vieja y carcomida, con las tripas rellenas de estopa, y que apenas la cargan cuatrocientas toneladas hunde el bauprés en el agua cabeceando y pidiendo socorro como el que se ahoga? Valiente caso haremos nosotros de ese cascajo viejo que acaban de pintar de negro para taparle las arrugas, de ese pontón inútil cuyo vientre se clarea como una cesta.

Y el capitán Tordera, satisfecho de haber apostrofado á su gusto á la polacra *San Rafael*, que le negaban á su nieto, soltó una ruidosa carcajada y volvió á decir:

—¿No es verdad, padre Marcelo, que nosotros no hacemos caso de todo eso, y que podemos echarle roncas al

naviero de Valencia, que se atreve á ponerle á mi nieto el defecto de que es joven para mandar un buque?

—Sí, hijo mío,—añadió el sacerdote, que hasta entonces no había pronunciado una palabra.—Lo que ha dicho el capitán Tordera es cierto; yo vengo á ofrecerles á ustedes un buque nuevo de mil toneladas, y un cargamento de medio millón de reales.

Y como el asombro de la madre y del hijo iba en aumento, el viejo marino añadió:

—¿Sabéis quién nos hace ese regalo? El hijo de Cora, de aquella pobre madre de quien tantas veces os he hablado, de aquella mujer infeliz que dejé en la costa de Guinea, en la ciudad de Monrovia, después del naufragio de mi bergantín *El Ciervo*, de aquella desgraciada criolla por la que tantas fatigas pasé viendo que trascurría el tiempo sin poder cumplirle mi palabra. Pues bien, aquel niño, que pasó muchos años de su vida viviendo pobremente en una ciudad africana, ha encontrado á su padre y hoy posee ochenta millones de reales y lo primero que ha hecho al verse rico, es lo que hacen siempre los hombres de bien, buscar á aquellos á quien les deben favores y decirles: «Cuenta con mi amistad, con mi gratitud y con mi fortuna.» De rodillas, Melchor, de rodillas, Juana, besadle las manos á este venerable sacerdote, porque él es el mensajero de nuestro bienestar, de nuestra prosperidad; desde hoy comenzamos á tener vida propia. Dios no permite que la desgracia persiga siempre á una familia honrada.

Juana y Melchor se arrodillaron, pero el padre Marcelo, levantándoles, dijo:

—No, no es á mí á quien deben ustedes agradecer ese

acto de justicia, es á los que se hallan en Madrid, á los que me envían, á don Mateo de Robledano y á su hijo Alejandro.

—De todas maneras, señor cura,—dijo Juana,—bendito sea usted que tan oportunamente ha llegado á esta casa.

—Sí, sí, padre,—añadió Melchor,—reciba usted la expresión de nuestro agradecimiento hasta el día que podamos demostrárselo á nuestros bienhechores.

—A uno de ellos será fácil, hijo mío,—añadió el padre Marcelo,—porque el otro se halla gravemente enfermo, en las puertas de la muerte. ¡Ah! Grande sería su satisfacción si antes de morir pudiera estrechar la mano del hombre que salvó á su hijo.

—Ya lo oyes,—añadió Tordera,—en cambio de los grandes beneficios que nos ofrece, sólo nos pide ese buen señor que le hagamos una visita; ya veis que es bien poca cosa.

—¿Y por qué no va usted á verle, padre?—dijo Juana.—A usted es al que verdaderamente desea ver, porque á usted es á quien está agradecido.

—Pueden ustedes venir todos si gustan,—añadió el sacerdote,—pues todos igualmente serán recibidos con cariñoso afecto.

—No; debe ir mi padre solo y dar las gracias por tan generoso ofrecimiento á ese noble caballero,—repuso Melchor;—pero como un buque nuevo de ochocientas toneladas, con el flete necesario para el primer viaje, vale mucho dinero, es necesario que mi padre convenga con ese señor la manera de pagarle tan cuantioso anticipo.

—¡Pagar!... ¿Y quién piensa en eso?—añadió el padre Marcelo.—No es un préstamo lo que yo vengo á ofrecer á

ustedes, es una donación justa, una recompensa de grandes favores recibidos.

Melchor miró á su abuelo; aquella mirada parecía decirle: «Nosotros no podemos aceptar un regalo de tanta consideración, porque nunca podríamos pagarlo como corresponde á nuestra honradez.»

El viejo Tordera, que con ese egoismo natural de la vejez, sólo deseaba ver á su nieto rico y feliz, hizo un movimiento característico con los hombros y la fisonomía, y contestó:

—¡Bah! Querido Melchor, no es cuerdo cerrarle la puerta á la fortuna cuando se empeña en entrar en nuestra casa. Iré á ver á ese caballero, puesto que según dice este buen sacerdote, se empeña en darme un abrazo y estrecharme la mano antes de morir, y luego, Dios dirá; pero para tranquilizarte, ten entendido que tu abuelo no hará nada que no sea digno de tí y de él.

El padre Marcelo, contento de la resolución del viejo marino, á quien ni su hija ni su nieto se atrevieron á replicar, sacó su modesto reloj de plata y miró la esfera, diciendo:

—Son las tres de la tarde; el correo de Madrid sale, según me dijeron, á las cuatro y media de la estación de Valencia, si pudiéramos salir esta tarde ganaríamos mucho tiempo.

—Pues en marcha, padre cura,—añadió el marino, que estaba acostumbrado á otros viajes de más consideración.—Vamos, Juana, sácame la ropa de los días de fiesta, mi americana, mi chaleco, mi pantalón de paño negro y el gabán de á bordo, porque en Madrid, según dicen, hace un frío que se chupa uno los dedos.

—Yo, mientras tanto,—repuso el padre Marcelo,—voy á la fonda á pagar mi almuerzo y á recoger mi saco de noche.

—Melchor, acompáñale tú,—dijo Tordera.

—Pero ¡Dios mío! ¿Por qué no descansa usted esta noche, y mañana emprenderán ustedes el viaje?—añadió Juana dirigiéndole la palabra al sacerdote.

—Hija mía, su padre de usted y yo, aunque viejos, tenemos el cuerpo acostumbrado á la fatiga.

Cuando el sacerdote y Melchor regresaron de la fonda, el capitán Tordera estaba vestido, y bien podríamos decir reformado.

Juana, con las lágrimas en los ojos, cepillaba el viejo y abrigador gabán de su padre, que tantos servicios le había prestado en sus viajes.

El padre Marcelo, aprovechando una ocasión, es decir, en el momento en que Melchor abrazaba á su abuelo, dejó sobre la cómoda un saquito de lienzo, y le dijo en voz baja á Juana:

—Su hijo de usted será pronto propietario y capitán de un buque de ochocientas toneladas. Ahí en ese saquito encontrará usted lo necesario para mudarse á una casa mejor que ésta y amueblarla cual corresponde á un hombre rico.

Juana no comprendió en aquel momento lo que la quería decir el sacerdote; tan aturdida se encontraba aquella buena y honrada madre con los acontecimientos inesperados de aquel día.

Una tartana les condujo en media hora desde el Grao á la estación del ferrocarril, porque Tordera había encargado al tartanero que avivara el paso de la jaca para coger el tren correo.

El padre Marcelo tomó dos billetes de primera y se dirigió luego al telégrafo, en donde puso un parte á Alejandro diciéndole que había encontrado al capitán Tordera y que salía con él en el tren correo.

No se olvidó consignar en el parte lo oportuna que había sido su llegada al Grao para la familia del marino.

Poco después, la velocidad de la locomotora conducía hacia Madrid á los dos honrados ancianos, que conversaban como antiguos camaradas, contándose mutuamente sus viajes y los peligros que habían arrostrado, el uno por mar y el otro por los bosques de África, Tordera como marino y el padre Marcelo como misionero propagador del Evangelio.

Cuando Juana se apercibió del saquito que el padre Marcelo se había dejado sobre la cómoda, obedeciendo á un impulso de la curiosidad propia de su sexo, quiso saber lo que contenía y lanzó un grito de asombro al ver aquella cantidad de oro y de billetes del Banco de España.

Entonces llamó á su hijo, que se paseaba meditabundo por la sala, y notando que entre los billetes había un pedazo de papel blanco, dijo:

—Mira, Melchor, mira lo que se ha dejado ese buen sacerdote.

Melchor cogió el papel y lo leyó. Decía así:

«Los treinta y ocho mil reales que encontrará Juana dentro del saquito son para que busque una casa y la amueble á su gusto y como corresponde á personas que tienen ya asegurado su porvenir.

»Obrando así cumplo las órdenes que he recibido,—*Marcelo.*»

El buen sacerdote había dejado, efectivamente, treinta y ocho mil reales de los cuarenta mil que le había entregado Pancho, quedándose sólo con cien duros para los billetes del ferrocarril y las eventualidades del viaje.

Bien es verdad que aquel honrado sacerdote no se había ocupado nunca del dinero, y en vez de atesorar en la tierra atesoraba en el cielo.

Juana, señalando el oro y los billetes, le preguntó á su hijo:

—¿Y qué hacemos de eso?

Guardarlo en el cajón de la cómoda sin tocar un solo céntimo hasta que regrese de Madrid mi abuelo.

—Es verdad, hijo mío.

Y Juana colocó el oro y los billetes en un cajón de la cómoda, cerró y se guardó la llave en el pecho.

CAPITULO V.

Un enfermo que no se hace ilusiones.

Don Mateo de Robledano había vivido por espacio de veinticuatro horas gracias á uno de esos esfuerzos del espíritu que reaniman á los moribundos y que la medicina no sabe definir; pero el pobre enfermo, después de oir el relato del padre Marcelo y de estrechar contra su pecho á Alejandro, después de reconocer á aquel hijo adorado y terminar el testamento, comenzó para él una postración, una falta de vida que tenía algo de ese preludio que precede á la muerte.

Serían las nueve de la noche. Alejandro se hallaba sentado junto á la cabecera del lecho de su padre.

El enfermo, al parecer, dormía; el silencio era profundo. Alejandro contemplaba con triste expresión el cadavérico semblante de su padre.

Pancho el mulato entró de puntillas en el gabinete y le enseñó un papel azul que tenía en la mano á su amo joven, como comenzaban á llamar en la casa al hijo de don Mateo.

Aquel papel era el parte telegráfico del padre Marcelo expedido desde Valencia.

Alejandro lo cogió, y al comenzarlo á leer, el enfermo abrió los ojos.

—¿Qué es eso, hijo mío?—preguntó don Mateo, viendo que Alejandro tenía un papel en las manos.

—Un parte telegráfico que nos envía desde Valencia el padre Marcelo,—contestó Alejandro.

—¡Ah! ¿Y qué dice?... ¡Ha encontrado al capitán Tordera?... ¿Vive aún ese noble marino... ese noble protector de mi querida Cora?

—Sí, padre mío, vive, y el padre Marcelo nos anuncia en este parte que ha salido hoy en el tren correo de Valencia y que mañana temprano se hallará aquí acompañado del capitán Tordera.

—¡Ah! ¿Conque por fin mañana—exclamó don Mateo demostrando su alegría—podré abrazar á ese honrado marino que tanto se interesó por vosotros?

—Sí señor, mañana tendremos esa satisfacción.

—Dios ha oído mis súplicas.

—Parece ser—añadió Alejandro—que el padre Marcelo ha llegado en un momento oportuno, pues según deja entender en su parte, el capitán Tordera y su familia no se hallan en la actualidad muy favorecidos por la fortuna.

—Tanto mejor para nosotros, pues así podremos demostrarle nuestro agradecimiento. El padre Marcelo llevaba amplios poderes, estaba autorizado para disponer de nuestra fortuna en favor de ese pobre marino, y yo estoy seguro que habrá cumplido dignamente mi encargo.

—Dice usted bien, padre mío,—añadió Alejandro,—ese noble y bondadoso sacerdote á cuyos sabios consejos debo el hallarme en España y haber conocido á mi padre, es un hombre justo en quien se debe tener completa confianza. Grande será mi pena el día que me abandone, que se vuelva á América ó á las misiones de Fernando Póo en Africa. Su amor al prójimo es tan grande, tan inmensa la vocación que siente por el sagrado sacerdocio que desempeña, tan verdadero es su amor por el Evangelio, que su misión en la tierra se reduce á buscar á los desgraciados para llorar con ellos y consolar sus penas. Al padre Marcelo le place vivir entre los pobres, huye de los ricos y huirá de mí, estoy seguro de ello.

—¡Abandonarte, huir de tí!—repuso el enfermo.—No, hijo mío; es preciso que ese noble anciano se quede á tu lado después de mi muerte; yo se lo suplicaré, y confío que atenderá á mis súplicas. ¿Quién mejor que él podrá servirte de consejero cuando te quedes solo en el mundo?

—Padre, usted tiene siempre la palabra *muerte* en los labios, y yo confío que usted vivirá aún muchos años.

El enfermo cerró y abrió los ojos con triste expresión, y luego, dejando asomar á sus pálidos labios una sonrisa, repuso con pausado acento:

—No creas, hijo mío, que yo soy de aquellos enfermos cobardes que repiten con frecuencia que están muy malos, que se mueren, y mientras dicen eso están muy lejos de creerlo, porque si lo creyeran, no lo dirían. No, no pertenezco á esa clase de enfermos; yo he oído de boca de los médicos mi sentencia de muerte sin inmutarme. Conozco además que la enfermedad que me postra es incurable, y te juro por lo

más sagrado que después de haberte estrechado entre mis brazos, después de haber cumplido con mi deber, el prolongar un poco de tiempo más mi existencia me importa poco, porque estoy cansado de vivir, porque mis achaques son más fuertes que mi espíritu, porque vivir como vivo no es vivir.

Y don Mateo, después de una corta pausa, añadió:

—Cuando yo era joven, cuando la sangre hervía en mis venas, la salud vigorizaba mi cuerpo y las ilusiones revoloteaban en mi corazón y en mi cerebro, en aquella época feliz, en aquella hermosa primavera de la vida que sólo se aprecia en lo que vale cuando se contempla desde la vejez, siempre que veía á un anciano achacoso y enfermo engañarse á sí mismo y echar planes para lo porvenir, yo me decía: «Cuando sea viejo como ese pobre enfermo no me haré ilusiones; la vida tiene un término, á cierta edad la naturaleza se descompone, y todos los médicos del mundo y todo el oro del universo son impotentes para componer la máquina humana, el organismo gastado de un hombre que se inclina hacia la tierra cargado de años y de achaques.» No, no se compran bronquios, no se compran pulmones, mi hora ha llegado, querido Alejandro, me muero, y pronto, sin que puedan salvarme ni tu cariño, ni mi deseo, ni la ciencia de los médicos, ni los ochenta millones que poseo. Por un instante el espíritu vital se ha reanimado en mi cuerpo, la luz que se apagaba ha recobrado un poco de vida, y he tenido el consuelo de verte á mi lado, de estrecharte contra mi pecho, de dedicarte mis últimos suspiros. ¿Qué más puedo pedirle á Dios? Me ha concedido todo cuanto deseaba, casi me creo feliz.

Don Mateo hablaba con gran fatiga: quiso continuar y no

pudo; se llevó las manos á la garganta para indicar que se ahogaba y perdió el conocimiento.

Alejandro, sobresaltado, tiró del llamador de la campanilla.

Pancho el mulato entró precipitadamente en la alcoba, y al ver á su amo, dijo:

—Esos desmayos le sobrecogen con frecuencia.

—Será conveniente llamar al médico del pueblo,—añadió Alejandro.

—Probemos antes el medicamento indicado por los facultativos de Madrid, que tan buenos efectos le producen.

Pancho cogió una pequeña botella de la mesa de noche que contenía un líquido verdoso.

Don Mateo tenía los labios cerrados y los dientes unidos.

Pancho, con un cuchillo de plata, le abrió los dientes dejando caer seis gotas del líquido de la botella en la boca del enfermo.

Inmediatamente don Mateo exhaló un gran suspiro, abrió los ojos, y los volvió á cerrar.

El cuerpo del enfermo tenía la inmovilidad de los cadáveres, la palidez de su demacrado semblante era lívida y algunas gotas de sudor asomaban á su frente.

—Ahora, señorito Alejandro,—añadió Pancho,—lo que conviene es dejarle descansar, así lo han recomendado los médicos, tal vez duerma algunas horas. Siempre que se agita ó se conmueve tiene esos desmayos, que se parecen mucho á la muerte y que son por desgracia funestos para el enfermo.

—Pobre padre mío, su débil naturaleza ha sufrido rudas emociones en pocas horas, y temo que no pueda resistir mucho esa terrible batalla que mantiene con la muerte.

Alejandro salió de la alcoba, fué á sentarse junto á una mesa, y maquinalmente cogió un libro.

Pancho fué á ocupar su sillón junto á la puerta, porque el noble y fiel criado, desde que su amo se hallaba gravemente enfermo, no se había acostado en su cama.

. . . .

. . . .

Cuando el tren de Valencia llegó á las ocho de la mañana á la estación de Madrid, Pancho estaba esperando en el andén.

Al ver al padre Marcelo y al capitán Tordera les saludó respetuosamente, diciendo:

—El señorito Alejandro ruega al señor capitán Tordera le dispense si no ha venido á esperarle á la estación. Don Mateo ha pasado muy mala noche y no quiere que su hijo se separe de la cabecera de su cama.

—¿Luego está peor?—preguntó con interés el padre Marcelo.

—Sí, mucho peor,—contestó el mulato;—el mal avanza con rapidez, creo que no podremos salvarle.

—Vamos, vamos á verle sin pérdida de tiempo,—repuso el sacerdote;—que se cumplan al menos sus deseos de abrazar al capitán Tordera antes de morir.

Una carretela, uncida á un vigoroso tronco de caballos tordos, les esperaba en la estación.

Media hora después entraba el carruaje en el jardín de la quinta de Carabanchel y se detenía junto á la escalinata.

Teresa, que iba de sobresalto en sobresalto, vió bajar del carruaje al padre Marcelo y á su compañero de viaje con su pierna de palo, su traje negro y su tosco gabán de abrigo.

Aquel viejo, con los cabellos canos y la barba blanca, que parecía un menestral con el traje de los días de fiesta, inquietó á Teresa, que le observaba oculta detrás de los visillos de su ventana; pero á pesar de sus temores, sus inquietudes, sus sobresaltos y la gran curiosidad que la dominaba, permaneció oculta en su habitación, procurando que nadie observara su espionaje.

El padre Marcelo y el viejo marino encontraron á Alejandro en la escalera, que les salía al encuentro, pues también les había visto desde el balcón del gabinete de su padre.

Alejandro se arrojó en los brazos de Tordera, exclamando:

—¡Ah! ¡Mi generoso bienhechor! Gracias, gracias por haber accedido á los deseos de mi pobre padre y los míos.

—Vaya, vaya, hijo mío,—añadió Tordera con conmovido acento por aquel afectuoso recibimiento.—Está usted hecho un buen mozo. ¡Ah! No me olvido nunca de los tirones que le daba usted á mi barba y á mis narices cuando nos hallábamos á bordo de mi hermoso bergantín *El Ciervo,* navegando con rumbo á las costas de Guinea.

—Ni yo tampoco, amigo Tordera; lástima grande que no esté aquí mi pobre madre presenciando esta escena.

—Sí, una gran lástima,—añadió el marino,—porque las mujeres como Cora no deberían morirse nunca.

—Vamos, vamos, mi padre está esperando con impaciencia,—repuso Alejandro.

Y reparando entonces en la pierna de palo que llevaba Melchor, retrocedió un paso, y dijo con sorpresa:

—¿Y eso?... Yo ignoraba...

—Esto,—contestó el capitán golpeando con el bastón que

llevaba en la mano su pierna de madera,—esto me lo gané en una batalla que tuve en las aguas del Mediterráneo con la tempestad para arrancar de sus garras á una madre y á un pobre niño que se ahogaban.

Y luego, sonriéndose y haciendo un gesto de indiferencia, repuso:

—No estoy arrepentido... Me he quedado inválido... ¡Bah! ¡Qué me importa á mí una pierna más ó menos, á mí, á un pobre viejo marino que no sirve para nada! Creo, sin embargo, que hice una buena obra salvando á aquella infeliz y á su hijo, y el gobierno me ha recompensado más de lo que merecía concediéndome esto.

Y Tordera, desabrochando su tosco gabán, enseñó la gran cruz de Beneficencia que llevaba en el pecho de su raída y pobre americana de paño negro.

Alejandro volvió á abrazar á Tordera, diciendo:

—Siempre bueno, siempre generoso con los desvalidos; ya me contará usted la historia de esa batalla gloriosa con el mar, que le costó una pierna y le valió la mejor de todas las condecoraciones para los hombres honrados. Pero ahora vamos, vamos á ver á mi padre.

—Vamos adonde usted quiera, hijo mío,—contestó el marino.

CAPITULO VI.

Donde el capitán Tordera tiene el recibimiento que merece.

Don Mateo, cuyas fuerzas vitales se iban agotando de hora en hora, se hallaba sentado en la cama y apoyadas las espaldas y la cabeza en unos almohadones.

Su debilidad era extremada. Sus ojos, apagados y tristes se hallaban fijos en la puerta por donde debía entrar el marino esperado con tanta impaciencia.

El último deseo del pobre moribundo se reducía á ver y abrazar al hombre que con tanta nobleza, con tanta generosidad se había portado con Cora y su hijo.

Alejandro, con el capitán Tordera de la mano, se presentó en el gabinete.

—Padre mío, tengo la honra de presentar á usted—dijo—al generoso marino, al noble capitán don Melchor Tordera, que nos salvó la vida á mi madre y á mí.

—Señor Tordera,—añadió el enfermo dejando asomar un resto de vida y de fulgor en sus apagados ojos,—si no le re-

pugna á usted abrazar á un moribundo, yo me honraría mucho de estrechar contra mi pecho á un hombre tan valiente, tan noble como el capitán del bergantín *El Ciervo.*

El viejo marino avanzó hasta la cama y abrazó á don Mateo, diciendo:

—Yo soy el honrado, señor mío; además, lo que yo hice á bordo del bergantín *El Ciervo* no creo que sea ningún arco de iglesia, todo hombre honrado hubiera hecho lo mismo.

—Gracias, capitán,—murmuró con débil acento el enfermo,—gracias; sé que mi desgraciada Cora y mi querido hijo Alejandro encontraron en usted un valiente protector; y yo me creo feliz en demostrarle á usted antes de morir mi inmensa gratitud. Mi hijo Alejandro, después de mi muerte, será mi único heredero, y él yo deseamos que el capitán Tordera y su familia no carezcan de nada, y desde este momento ponemos nuestra fortuna á su disposición.

—Señor,—añadió el marino con voz conmovida,—lo que yo hice cuando era capitán del bergantín *El Ciervo*, si tiene algún mérito, si se aparta del camino vulgar que trillan los hombres, no es á mí á quien se debe agradecer, sino á mi nieto Melchor y á mi hija Juana. Mi corazón siempre ha tenido para ellos una fibra sensible y dispuesta á conmoverse. Cora y Alejandro tenían la misma edad que Juana y Melchor cuando los recibí á bordo de mi buque, y recordando á la madre y al hijo que se hallaban en el Grao de Valencia, tomé cariño á la madre y al hijo que la desgracia y la mala voluntad de ciertas personas habían sentenciado á muerte. Cumplí con mi deber, y los hombres honrados tenemos por la mejor recompensa la satisfacción que nos producen las buenas

acciones. A mí se me había engañado, y se quiso que cometiera una infamia; á algún miserable le costó caro este engaño, pero yo cumplí con mi deber.

Y el capitán Tordera, sonriéndose con una franqueza propia de un marino honrado, continuó:

—Además, Alejandro, desde el primer día que le conocí, me demostró particular cariño, y se permitía cuando le llevaba en brazos ciertas confianzas con mis barbas y con mis narices, que desde el primer momento me fué simpático. ¡Qué quiere usted, señor! yo era un abuelo que me hallaba á muchos cientos de leguas de mi nieto, y Alejandro fué un gran consuelo para mí; tenía la misma edad que el rapacín que me había dejado en Valencia, y al recibir las caricias de Alejandro y al acariciarle yo á mi vez, me hacía la ilusión de que llevaba á bordo á mi nieto; de modo que creo que si alguno debe algo soy yo y no ustedes.

Don Mateo oía con marcadas muestras de complacencia el modo franco y sencillo con que el viejo marino procuraba quitar la importancia á los favores que había hecho á Cora y á Alejandro.

—Cuando hay nobleza en el corazón y hermosos sentimientos en el alma,—dijo el padre Marcelo acercándose á la cama,—no se ve una desgracia sin conmoverse, sin interesarse.

Y el sacerdote, colocando una mano sobre el hombro de Tordera, añadió:

—Este honrado marino perdió una pierna y estuvo á punto de perder la vida por salvar á una madre y á su hijo de la próxima muerte que les amenazaba, y á fe que el señor Tor-

dera no conocía á la infeliz madre y al infeliz hijo de la fragata norte-americana que se fué á pique á la vista del puerto del Grao. No, para salvarlos no necesitó conocerlos: vió el peligro que corrían, y con asombro de todos llevó á cabo una proeza digna sólo de un héroe, porque pudo en el honrado marino Tordera más que el egoismo de conservar su vida, el impulso de su generoso corazón, que le gritaba desde el fondo del pecho: «Salva á esos náufragos, que te piden auxilio con desesperados gritos». Tordera les salvó, perdiendo una pierna en su noble empresa. Es inútil, por lo tanto, que trate de empequeñecer la grandeza de su conducta entre las personas que le conocen, que le admiran y que le quieren.

—¡Ah! ¿Luego usted sabe por qué perdí esta pierna?—preguntó casi avergonzado el viejo marino.

—En el Grao de Valencia—volvió á decir el sacerdote—lo sabe todo el mundo y lo comentan con admiración; á mí me lo refirió el camarero de la fonda, haciendo mil elogios del arrojo, el valor y la serenidad que demostró aquel día el capitán Melchor Tordera.

—¡Bah! El camarero de la fonda es un hablador,—añadió el marino, ruborizándose de oir tantos elogios.—El hombre que no cumple con su deber es un infame, y yo no falto nunca al mío. En la lancha que prestó auxilio á la fragata norte-americana iban ocho marineros volùntarios, y todos arriesgaron igualmente su vida como yo. El gobierno nos recompensó á todos con la cruz de Beneficencia, pero cometió una injusticia al darme á mí una grande y á ellos una pequeña; pero así es el mundo y la gente, como yo era el capitán, saqué más parte que los soldados.

—Bien, Tordera, bien; es usted un hombre honrado,—dijo don Mateo,—y si yo no tuviera motivos para saberlo creo que lo adivinaría con sólo oir sus palabras y ver su franco y noble semblante.

Y dirigiendo la palabra á su hijo, añadió:

—Alejandro, acompaña al capitán Tordera á su habitación. A nuestra edad un viaje fatiga, y tal vez necesite descansar algunas horas; yo mientras tanto hablaré con el padre Marcelo de un asunto que me interesa.

—No estoy fatigado, señor,—contestó el marino.—Aunque muy viejo, soy hombre fuerte y duro, y sobre todo muy acostumbrado á viajar. Pero ya que usted quiere hablar con el padre Marcelo, yo mientras tanto escribiré una carta á mi nieto, dándole cuenta de mi llegada á Madrid y del cariñoso recibimiento que se me ha hecho en esta casa.

Don Mateo volvió á abrazar al capitán, y le dijo en voz baja:

—No cierre usted la carta de su nieto, porque indudablemente tendrá que ponerle una posdata. Además, hay tiempo de sobra, el correo de Valencia no sale hasta las siete de la tarde.

Alejandro cogió del brazo á Tordera y le condujo hasta la habitación que le había dispuesto para hospedarle.

El padre Marcelo se sentó junto á la cabecera del enfermo y comenzó á darle cuenta de su comisión en el Grao de Valencia.

Cuando el viejo marino se sentó con Alejandro en un sofá, dijo, sonriéndose y dirigiendo una mirada en derredor suyo:

—Mejor camarote es éste que el que yo le cedí en el ber-

gantín *El Ciervo* á su madre de usted. ¡Ah! Quién me hubiera dicho entonces que veinte años después aquel niño me pagaría la hospitalidad que le daba á su madre.

—Querido capitán, yo no podré pagarle nunca la hospitalidad que nos dió á bordo del bergantín *El Ciervo*,—repuso Alejandro.—Cuando un hijo debe la vida de su madre á un hombre, no le paga jamás, aunque le dé en cambio un monte de oro.

—¡Bah!—añadió el marino haciendo una mueca.—No hay nada tan fácil ni tan barato como salvar la vida á un prójimo. La casualidad presenta la ocasión, el hombre extiende la mano ó se coloca delante del peligro por instinto, y asunto concluído. A esos actos naturales de la vida se les da más importancia de la que real y efectivamente tienen, y muchas veces se cacarea un rasgo de valor, con gran asombro del mismo que lo ha llevado á cabo, que ni siquiera pensó en lo que hacía.

—Sería inútil, amigo Tordera, que usted se empeñe en aminorar, en empequeñecer el amparo y la protección que entonces nos prestó; nosotros sabemos lo que vale y no lo olvidaremos nunca.

—Pues entonces, no se hable más de eso,—añadió el marino;—sólo siento que la pobre Cora no viva; hubiera sido tan feliz viendo á su Alejandro en los brazos de su padre... ése era todo su afán, todo su deseo.

—¡Pobre madre mía! Digna fué por cierto de mejor suerte,—repuso Alejandro:—Pero dice usted bien, amigo Tordera, hablemos de otra cosa, hablemos de usted.

—¡De mí!...

—Ó por mejor decir, de su nieto de usted.

—¡Ah! ¿De mi nieto? Esa es una conversación que no me cansa nunca; hablemos de Melchor.

—¿Por qué no ha venido?

—¿Qué iba á hacer en Madrid?

—Darme un abrazo; porque, después de todo, aunque no le conozco personalmente, bien merece que le abrace, ya que tanto ha influído en nuestra salvación; pero si él no viene aquí, yo iré donde él se halle, porque es preciso que seamos buenos amigos. Supongo que Melchor es marino.

—Sí señor, como su abuelo, como su padre, como todos sus antepasados; nuestra raza siempre ha pertenecido al mar. Mi nieto Melchor, aunque no cuenta mas que veintiséis años de edad, ya ha dado dos veces la vuelta al mundo y ha hecho diez viajes redondos á América; y no lo digo aconsejado por la pasión de abuelo, Melchor es un muchacho aprovechadísimo, formal, sereno y honrado; esto lo saben todos los que le conocen y le tratan.

—Manda algún buque?

—No señor,—contestó Tordera exhalando un suspiro.

—¡Cómo! ¿No ha encontrado ningún naviero que le confíe un buque?

—Comenzó muy joven la carrera de capitán mercante, hizo algunos viajes á la Habana, á Méjico y al Brasil; pero su armador, que había reunido una buena fortuna, vendió los doce buques que tenía por el mar. Mi pobre nieto tuvo la desgracia de que el buque que él mandaba lo comprara un antiguo capitán, y naturalmente, le dejó en tierra. Esto fué un contratiempo para nosotros.

—Pero ¿no encontró otra casa que le confiara un buque?—preguntó Alejandro.

—No señor; esperaba colocarse en casa de un naviero de Valencia, pero precisamente, después de entretenerle dos meses con buenas palabras, anteayer le dijo que no podía confiarle ningún buque, pues tenía grandes compromisos con otros capitanes más antiguos que él, y el pobre Melchor está verdaderamente afligido. ¡Qué diantre! el muchacho tiene una novia tan bonita como honrada y tan honrada como hacendosa, y pensaba casarse, muy á gusto de todos, tan pronto como le dieran el mando de un buque.

—Querido capitán,—añadió Alejandro sonriéndose,—me doy la enhorabuena por encontrar cesante y en tierra á su nieto de usted, pues yo tengo un buque de nueva construcción, de ochocientas toneladas y forrado en cobre hasta las cintas, y precisamente me hace falta un capitán que lo mande. Nombro, pues, desde este momento capitán de mi fragata *Cora* al nieto de usted.

—¡Cómo!... ¿Tiene usted una fragata que lleva el nombre de su buena madre?—preguntó el marino con asombro.

—Me la están construyendo en el astillero de Liverpool,—añadió Alejandro,—y cuando la bauticemos le pondremos el nombre de mi madre. Su nieto de usted será capitán de *Cora,* capitán y propietario.

—Vamos á cuentas, hijo mío,—repuso el marino.—Un buque de las condiciones que usted acaba de indicarme llenaría indudablemente todas las exigencias y todos los deseos de un capitán mercante; pero ese buque vale mucho dinero, y nosotros no podríamos pagarlo nunca.

—Amigo Tordera,—añadió Alejandro,—mi padre y yo deseamos demostrar á ustedes nuestro agradecimiento, y hemos resuelto comprar un buque para que el abuelo Tordera se lo regale si quiere á su nieto Melchor. No debe por lo tanto preocupar á ustedes cómo se pagará ese buque, porque no es vendido, sino regalado. Cuando allá en las costas de Africa mi pobre madre y yo éramos dos infelices náufragos, que debían la vida al capitán Tordera, ese mismo capitán le dió á mi madre al despedirse de ella un puñado de onzas, y mi madre las aceptó, aun teniendo la seguridad de no podérselas pagar nunca. Aquellos inmensos favores han devengado grandes réditos que, acumulados al capital, forman la suma suficiente para comprar un buque de ochocientas toneladas. Melchor el nieto de usted será capitán y propietario de ese buque; no hablemos más de este asunto.

El marino estaba conmovido. Aquella gran fortuna, para él inesperada, le aturdía.

—Desgraciadamente,—volvió á decir Alejandro,—el grave estado en que se encuentra mi padre no me permite por ahora abandonarle y acompañar á usted á Londres ó Liverpool para comprar el buque; pero usted irá solo ó con su nieto, se le abrirá un crédito ilimitado para comprar el buque á su gusto, con el bien entendido que me disgustaría altamente que usted se contentara con un buquecillo para el tráfico de cabotaje en las costas del Mediterráneo. Yo quiero que Melchor sea capitán en alta escala, y no rebajo la cabida del buque en una sola tonelada de ochocientas; pero de ahí para arriba las que usted quiera. Y ahora le dejo á usted solo para que escriba á su familia, dándoles tan buena noticia, añadien-

do que Melchor puede contarse capitán de la fragata *Cora*, y no se verá precisado á mendigar favores de ningún naviero.

El viejo marino, con los ojos llenos de lágrimas, conmovido hasta el punto de no poder hablar, quiso besarle las manos á Alejandro, pero éste le dió un abrazo y salió precipitadamente de la habitación.

El capitán Tordera se dejó caer en una butaca, murmurando al mismo tiempo en voz baja:

—Esto debe ser un sueño, sí, un sueño muy parecido á los que tuve en otro tiempo á bordo del bergantín *El Ciervo*.

CAPITULO VII.

La muerte.

A la caída de la tarde el enfermo iba perdiendo terreno.

Los médicos de Madrid salieron de la quinta de Carabanchel moviendo la cabeza en señal de disgusto y augurando un desenlace fatal.

El padre Marcelo, notando que don Mateo iba perdiendo vida, había suplicado al médico del pueblo que pasara la noche con ellos. El médico accedió á estos deseos, comprendiendo que los temores del sacerdote no eran infundados. además, á un enfermo millonario sabido es que se le tienen toda clase de consideraciones.

Los pobres suelen morirse solos, á los ricos nunca les falta gente en derredor de su lecho cuando les llega la hora de la muerte.

El capitán Melchor Tordera, aunque era mucha su impaciencia por comunicar á su familia de palabra las buenas noticias que les daba en su carta, creyó prudente pasar la

noche en la quinta de Carabanchel, ya que, según los médicos, don Mateo se hallaba tan grave.

Así llegó la noche. El enfermo se recargó un poco, cayendo en una de esas postraciones que muchas veces son el preludio de la agonía.

Los que le rodeaban notaron que iba perdiendo la vista y el oído, síntomas fatales para un enfermo.

Don Mateo murmuraba palabras incoherentes en voz baja, y sólo se le entendía con alguna dificultad el nombre de Cora, Alejandro y Africa.

Con frecuencia sacaba los brazos y movía los dedos de las manos como si quisiera explicar por señas lo que la garganta no podía decir.

Su respiración era fatigosa, y por su demacrado semblante iba extendiéndose ese color amoratado que trasmite á la piel las angustias de la asfixia.

Era indudable que la sangre circulaba con gran fatiga en aquel cuerpo, padecido por tan larga y penosa enfermedad.

Alejandro se hallaba sentado á la cabecera de la cama. En el gabinete inmediato, el padre Marcelo, el capitán Tordera, el médico y Pancho el mulato conversaban en voz muy baja, comentando los efectos rápidos de la enfermedad de don Mateo.

—En el estado en que se encuentra—decía el médico—nada bueno debemos esperar. La mejoría que el enfermo experimentó ayer y que á todos nos llenó de esperanzas, fué esa mejoría peculiar de la muerte en los enfermos graves. Yo temo que al amanecer se desenlace de un modo funesto la enfermedad de don Mateo.

Ante este pronóstico nadie tuvo una palabra que objetar, y se estableció ese profundo silencio que reina siempre junto á la cama de los moribundos.

Mientras tanto, Teresa, la sobrina carnal de don Mateo, con el pretexto de que se hallaba mala, no había salido en toda la tarde de su habitación, y para fingir mejor se había acostado.

Alejandro bajó dos veces á verla, permaneciendo algunos momentos en su compañía.

Teresa le recibía siempre con amabilidad, lamentándose siempre de la gran pérdida que era para ella la muerte de su tío.

Alejandro procuraba tranquilizarla, dándole á entender que él nunca la abandonaría.

Tan pronto como el hijo de Cora salía de la alcoba de Teresa, ésta cambiaba por completo, y la expresión humilde y resignada de su fisonomía desaparecía rápidamente, tomando un aspecto distinto.

Porque Teresa no podía resignarse al inesperado golpe que el infortunio descargaba sobre ella.

Su rabia, su desesperación eran grandes. La presencia de Alejandro en Carabanchel había sido un golpe fatal, uno de esos golpes que aturden, que aplanan por lo inesperado, que matan moralmente.

Aquella inmensa fortuna que ya acariciaba entre sus manos, aquellos ochenta millones que estaba resuelta á disputarles á sus primos, y que se desvanecían de repente, la sangre de Diego inútilmente vertida, los diez mil duros que aquella sangre le había costado, eran suficiente motivo para

que Teresa se revolcara en su lecho como una furia maldiciendo su suerte.

Tal vez allí, sola consigo misma, sintiendo el fuego del infierno circular por sus venas, se arrepentía de no haber contribuído un mes antes á concluir con la enojosa vida de aquel viejo achacoso, de aquel tío que siempre la había tratado con aspereza, porque era el único que conocía la perversidad de su corazón.

Sí, Teresa era bastante infame para arrepentirse de no haber envenenado al hermano de su madre, y entonces Alejandro hubiera llegado tarde para recoger la inmensa fortuna que ella codiciaba.

Aquella misma tarde había ido á Carabanchel Salvador Verdemar á enterarse de la salud del enfermo, y de paso había entrado á saludar á Teresa.

La conversación fué corta, como sucede siempre entre dos personas que temen ser oídas.

Cuando Salvador entró en la habitación de Teresa, ésta se hallaba sentada en una butaca.

Verdemar, antes de despegar los labios, dirigió una mirada recelosa en derredor suyo.

Teresa, adivinando aquella mirada, dijo:

—Estoy sola.

—Parece que se muere.

—Sí.

—¿Tienes algo que decirme?

—Nada bueno. Alejandro es el heredero universal.

—Pero ¿y á vosotros, á sus sobrinos, qué les deja?

—Lo ignoro, pero supongo que muy poco ó nada.

—¡Nada!...—añadió Salvador, haciendo un gesto de disgusto.—¡Nada, después de haberle sufrido tanto tiempo!

—Esa ha sido mi torpeza,—contestó Teresa, dejando asomar á sus labios una sonrisa, fría como la punta de un puñal.

—Pero tu primo Alejandro me parece un muchacho muy bueno, y no creo que sea desconsiderado contigo.

Teresa se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia con la fisonomía, y repuso:

—Quién sabe si á los ocho días de muerto su padre me arrojará á mí á la calle.

—¡Oh! No es posible eso, Teresa, no es posible. Sin embargo, conozco que las cosas han cambiado mucho, y es preciso que busquemos una ocasión para hablar con calma, para que pensemos en lo porvenir, para que veamos qué es lo que ha de hacerse, porque verdaderamente lo que nos sucede es una fatalidad.

Y Salvador, moviendo en señal de disgusto la cabeza, añadió en voz muy baja:

—A saber esto, hubieras podido ahorrarte los diez mil duros que te ha costado el malhadado lance de Diego y Terreño. Pero quién podía pensar semejante cosa; esos diez mil duros iban á proporcionarte quince ó veinte millones. El negocio era bueno, pero la fatalidad ha destruído nuestros planes; eso sucede con frecuencia en la vida, cree uno ganar y pierde.

Teresa, mientras Salvador hablaba, creía notar cierta frialdad en el hombre de toda su confianza, en su amante, y esto le hacía daño.

—En fin, me retiro, Teresa, me retiro, porque no quiero inspirar recelos; ya nos veremos.

Y Verdemar salió casi precipitadamente de la habitación.

Teresa no le dirigió ni una sola palabra para detenerle; pero una sonrisa amarga asomó á su boca.

De pronto exhaló un rugido, y golpeándose la frente, se dijo:

—Sí, sí, ese hombre no me ha amado nunca; lo que él amaba, lo que él codiciaba eran los ochenta millones de mi tío, y al ver que se escapan de mis manos, retrocede, se retira, me abandona; lo he leído en sus ojos, en su semblante, en su voz... Eso es natural, es lógico, porque Salvador y yo sólo tenemos una pasión en el alma: el oro, y desde el momento que el oro se desvanece, el hielo de la indiferencia penetra en nuestros corazones. Sin embargo, yo no retrocedo, veremos si Salvador es más cobarde que yo.

Poco á poco Teresa fué serenándose, y comenzó á meditar con tranquilidad sobre su situación.

La vida de don Mateo era corta, de un momento á otro esperaban los médicos su muerte, y entonces, cuando esto sucediera, ¿cuál sería la conducta de aquel hijo, nombrado heredero universal de la inmensa fortuna de su padre? ¿Qué sería de ella? ¿La arrojarían á la calle? ¿Se le tendría alguna consideración? ¿Seguiría viviendo en la misma casa que Alejandro?

Motivos eran éstos para tener desvelada á Teresa, que después de muchas horas de revolcarse entre angustiosas incertidumbres en su lecho, fatigados sus nervios y su espíritu, acabó por serenarse como hemos dicho.

Entonces Teresa resolvió embozarse con el humilde manto de la hipocresía y esperar los acontecimientos.

—Yo amoldaré mi conducta—se dijo—á la de ese primo que el infierno confunda; yo besaré su mano hasta el momento que pueda morderla y envenenar su sangre. Así lo quiere mi suerte, mi destino; es preciso fingir, es preciso engañar, es preciso llevar siempre una careta puesta. ¿Tendré fuerzas, tendré paciencia, tendré resignación para representar el papel? Creo que sí.

Teresa, verdaderamente fatigada, logró dormirse á las tres de la mañana; pero apenas había cerrado los párpados al sueño, cuando una voz, que pronunciaba repetidas veces su nombre, la despertó sebresaltada.

Teresa se levantó de la cama, y como había dejado la lámpara encendida, vió á un hombre en medio de la sala: era el jardinero.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Teresa.

—Que el pobre don Mateo se está muriendo, y el señorito Alejandro ha preguntado por usted dos ó tres veces.

Teresa se vistió precipitadamente y subió al piso principal.

Al entrar en el gabinete de su tío, se detuvo.

Rodeaban la cama del enfermo cinco personas: Alejandro, el padre Marcelo, el doctor, el capitán Tordera y Pancho.

Teresa avanzó sin meter ruído, sin que nadie la oyera, y penetró en la alcoba. Había concebido un pensamiento, es decir, arrodillarse en uno de los ángulos de la alcoba y permanecer allí fingiendo que rezaba por el alma de su tío, hasta que Alejandro reparara en ella.

Teresa deseaba interesar en favor suyo á aquel joven que iba á heredar los millones de su padre, y que indudablemente no conocía á nadie en Madrid.

Alejandro tenía entre las suyas una de las manos del moribundo.

Don Mateo miraba á su hijo con gran fijeza, y hacía al mismo tiempo grandes esfuerzos para abrir más los ojos, pero no le veía; movía precipitadamente los labios como á impulsos de una agitación nerviosa, pero le era imposible hablar.

El médico, mientras tanto, le tenía cogida la otra mano y le pulsaba, cambiando miradas con el padre Marcelo, que rezaba en voz baja.

A los piés de la cama se hallaban el capitán Tordera y Pancho el mulato, presenciando aquel doloroso cuadro, inmóviles, graves, conmovidos.

—Padre... padre mío, ¿me oye usted, me ve usted?—le decía Alejandro, en cuyos hermosos ojos brillaban dos lágrimas.

El enfermo movió la cabeza varias veces, pero nada dijo; su garganta había perdido la fuerza para formular la palabra.

—¡Ah! Doctor, conozco que mi padre se muere,—añadió Alejandro.

—El pulso se debilita de una manera notable,—contestó el médico.—Sería inútil ocultar la gravedad de su situación; la muerte se acerca.

—Pero ¿no hay ningún remedio para él?—preguntó Alejandro.

—Ninguno, joven; la ciencia tiene un límite, y cuando

llega á él se detiene; este límite se llama la muerte y prueba la pequeñez de los hombres.

El padre Marcelo rezaba por aquella alma, próxima á abandonar el cuerpo.

De pronto el enfermo hizo un esfuerzo como para incorporarse, abrió los ojos, los cerró, y dijo con una voz que tenía mucho de gemido:

—¡Cora!... ¡Cora!... ¡Perdón!

Y su cabeza cayó desplomada sobre las almohadas, exhalando su pecho un sordo lamento.

Luego se quedó inmóvil.

—Todo ha concluído,—dijo el médico, soltando la mano de don Mateo.

Alejandro se abrazó á su padre y besó repetidas veces su helado y sudoroso rostro.

Trascurrieron algunos minutos.

Entonces el padre Marcelo, extendiendo las manos sobre el cuerpo helado de don Mateo, le bendijo y rezó la oración de difuntos.

Luego, cogiendo por un brazo á Alejandro, repuso, con dulce y cariñosa voz:

—Hijo mío, aquí no estás bien, yo basto para velar el cadáver; retírate á tus habitaciones.

Al volverse Alejandro vió á Teresa arrodillada en un rincón de la alcoba, y corrió hacia ella.

Teresa rezaba y tenía los ojos llenos de lágrimas; su rostro conmovido expresaba una profunda pena.

—¡Ah, querida prima, ha muerto, ha muerto!—exclamó Alejandro, levantándola y abrazándola.

Teresa se acercó al cadáver, depositó un beso en su frente, luego se arrodilló á los piés de la cama y continuó rezando, mientras el médico y el capitán Tordera sacaban á Alejandro de la alcoba.

En aquel momento el reloj del gabinete dió las cuatro de la mañana.

LIBRO VI.

LA BARONESA DE MORGAL.

CAPITULO PRIMERO.

Reunión de confianza.

Han trascurrido doce meses desde la muerte de don Mateo de Robledano.

El invierno empieza, y la familia feliz, los elegidos, se disponen á disfrutar de esas largas veladas que tantos placeres proporcionan á los ricos y tantas angustias á los pobres.

La sociedad del gran mundo se divierte; los desocupados disfrutan de la vida, la aristocracia del dinero, de la sangre y del talento, tienen donde elegir, porque ya en las columnas de los periódicos anuncian que los lunes reciben los duques de A... los martes los condes de B... los miércoles los marqueses de C..., etc., etc., y así sucesivamente el completo de la semana.

Estos anuncios son el asunto *saliente* de la época; no es posible aburrirse, sobre todo en esas reuniones de confianza como las que dan á sus amigos los barones de Morgal, en donde los hombres acuden siempre en mayor número que las señoras, y donde se toma buen café, buen té, sabrosos empa-

redados de jamón, exquisito Champagne, legítimo coñac, y donde se puede fumar aromáticos tabacos de la Vuelta de Abajo en un gabinetito inmediato al salón.

Además, la tertulia de confianza de Isabel de Romelia, baronesa de Morgal, tenía muchos encantos para los *estómagos estragados,* pues se permitía murmurar del prójimo, siempre que se empleara el ingenio y la buena forma y no se ofendieran los sanos principios de la moral.

En esta parte no siempre se cumplía el reglamento, porque á los hombres de ingenio chispeante no es fácil taparles la boca cuando están de vena, y los hombres de ingenio abundaban en la reunión de la baronesa, sin que por eso dejaran de acudir también algunos tontos; pero entre los tontos y los listos se forma esa agradable salsa que tan á gusto se saborea por las mayorías en las reuniones de confianza.

Todo el mundo conocía en Madrid á la baronesa de Morgal, mujer encantadora, de radiante y apetitosa hermosura, que se hallaba en toda la fuerza de la juventud, pues acababa de cumplir veintiséis años.

Isabel era una de esas andaluzas morenas, de cutis trasparente; su pelo y sus ojos, negros; en la redonda y bien formada barba tenía un provocativo hoyuelo; sus labios, un tanto gruesos, pero de un color encendido, húmedo y brillante, se sonreían siempre, y al imprimir á su boca esa ampliación de la sonrisa, se marcaban otros dos hoyuelos en el centro de sus mejillas.

Un poeta viejo, hombre de gran mundo, ocurrente, oportuno y muy amigo de los barones de Morgal, solía decir:

—Cuando Isabel se sonríe, las tres Gracias de la mitolo-

Litª de Palacios. Arenal, 27 Madrid

La baronesa de Morgal.

gía griega aparecen en su hermoso semblante, esparciendo en torno suyo un sentimiento inefable de placer y de bienestar. Eufrosina se refugia en el hoyuelo de la barba, y Aglae y Talía en los hoyuelos de las mejillas; así es que si yo fuera joven no me atrevería á mirar un minuto seguido á la baronesa sin cerrar los ojos, temeroso de cometer alguna barbaridad impropia de todo hombre civilizado.

La baronesa y el barón de Morgal querían mucho á su viejo poeta, como ellos le llamaban, y le hablaban de *usted;* el poeta les hablaba de *tú,* pues les conocía desde niños, privilegio de la vejez que todos los que han cumplido setenta años lo cederían de buena gana por un poco del calor que se disfruta en la primavera de la vida.

Este amigo íntimo, que no faltaba á ninguna reunión y que comía tres veces por semana en casa de los barones de Morgal, se llamaba don Amadeo Nasón, y allá en su juventud sus compañeros de *gremio* le pusieron de apodo *Ovidio,* no sólo por su apellido, sino porque era muy aficionado á poner en acción el célebre *Arte de amar* del famoso poeta latino que tuvo la desgracia de enamorarse y ser correspondido de la veleidosa hija de un emperador romano.

El barón Andrés Augusto de Morgal era un hombre de cuarenta años, tipo vulgar, de esos que nada dicen ni al espíritu ni á la materia; no había en él nada elegante ni distinguido; su talento no pasaba de ese nivel de los hombres adocenados, pero poseía una buena fortuna y un título de rancia y acreditada procedencia.

Se había casado con Isabel de Romelia verdaderamente enamorado; pero lo que Andrés Augusto creía amor sin duda no

era otra cosa que el deseo de poseer tan preciosa muchacha, pues á los seis meses de matrimonio, el barón, después de comer, se dormía tranquilamente al amor de la lumbre, sin importarle un comino de que su mujer se aburriera en presencia de aquel sueño poco galante de su marido.

Estos sueños, productos de la digestión de un hombre que ha comido bien, hicieron comprender pronto á la baronesa el porvenir que le esperaba, y buscando el medio de aburrirse menos, acabó por encontrarlo, porque sabido es que la consecuente tenacidad de una gota de agua que cae sobre una peña acaba por horadarla.

En voz baja solían decir algunas malas lenguas que la baronesa de Morgal *se había distraído* alguna que otra vez, pero estas murmuraciones no llegaban nunca á oídos del editor responsable de Isabel de Romelia, que vivía muy tranquilo sin sospechar siquiera que su mujer pudiese olvidarse de la epístola de San Pablo que le habían leído con toda solemnidad al pié de los altares.

A pesar de esto, todo el mundo deseaba ser admitido en las reuniones de confianza de la baronesa, en donde se pasaba de un modo encantador la velada.

—Querida Isabel,—le decía el poeta Nasón, que conocía á Isabel desde su nacimiento,—he observado que miras con mucha frecuencia á Fulanito, y tus ojos son demasiado hermosos para que pasen desapercibidos.

—No hay cuidado, querido papá Nasón,—contestaba Isabel riéndose,—porque mi marido no me mira nunca.

—Hija mía, te recomiendo el proverbio que dice: *En la confianza está el peligro.*

—Lo tendré presente, mi querido poeta.

—Yo también te lo recordaré por si lo olvidas, porque aunque soy un solterón empedernido de sesenta años, tengo la debilidad de quererte como á una hija.

Estas advertencias las repetía con frecuencia el poeta Amadeo Nasón, pero la baronesa se olvidaba del refrán y el barón de mirar á su mujer.

Así pasaba el tiempo, y el matrimonio de Isabel de Romelia con el barón Andrés Augusto de Morgal contaba seis años de antigüedad en el momento que los presentamos en escena.

Era el primer jueves de Noviembre. En el salón donde recibían á sus amigos los barones de Morgal se hallaban reunidas unas cuantas personas.

El sexo fuerte estaba en mayoría. La baronesa, que como el sol, lo llenaba todo de luz, de reflejos y de alegría, no permanecía cinco minutos en un mismo sitio, era una especie de mariposa que volaba de flor en flor teniendo siempre en los labios una amable sonrisa y una palabra agradable para sus tertulianos.

Isabel de Romelia sabía hacer á la perfección los honores de su casa, no era posible aburrirse; así es que todos sus amigos la presentaban como un modelo de educación y de amabilidad.

Un maestro compositor, cuyos valses y polkas estaban muy en moda por entonces, se hallaba sentado al piano haciendo conocer á algunos admiradores de ambos sexos sus últimas inspiraciones musicales que no habían *visto* aún, como se dice, *la luz pública*.

Al extremo del salón, y casi ocultos entre los pliegues de

una ancha cortina de terciopelo, se hallaban sentados en dos sillones Andrés Augusto, barón de Morgal, y el poeta Amadeo Nasón.

En otro grupo de ricos capitalistas y famosos jugadores de Bolsa de esos que con tanta frecuencia especulan con la miseria pública, se hallaba nuestro antiguo conocido don Salvador Verdemar hablando con gran calor de la liquidación de últimos del mes anterior, cuya inmotivada baja había produducido la ruína de dos docenas de incautos.

Hablando con una viuda rica, que hacía heróicos esfuerzos para disimular sus cincuenta años cumplidos, se hallaba Esteban Terreño, que á pesar de su vida dudosa y llena de alternativas, estaba en todas partes y seguía derrochando el dinero siempre que le era favorable la suerte en el juego.

Pero ¿quién se atreve en Madrid á preguntarle de qué rentas vive á un joven que ha devorado en pocos años una fortuna de ocho millones, que viste con elegancia, que se produce en sociedad como un cumplido caballero, que no pierde nunca las buenas formas, y que por añadidura le basta una palabra inconveniente ó una sola mirada para batirse con cualquiera? Nadie, seguramente que nadie.

Esteban había tenido media docena de lances, y sabía ponerse tan bien el frac como manejar las armas; así es que todo el mundo le daba la mano y le abría las puertas de su casa, sin averiguar ni profundizar ciertos detalles de su vida privada.

Su último desafío, es decir, el que tuvo con Diego de Robledano, había puesto una mordaza á la maledicencia, porque un hombre que paga treinta mil reales de una deuda del jue-

go y después de pagar mata á su acreedor porque se ha atrevido á dudar de su honradez, bien puede tenérsele por un caballero.

Además, Diego de Robledano era un capitán de Estado Mayor, valiente, diestro en el manejo de toda clase de armas y acostumbrado á batirse; por consiguiente, no era una víctima inofensiva conducida al matadero por la honra, el decoro y el *qué dirán*.

En cuanto al motivo de aquel lance desgraciado, nuestros lectores lo saben y no hay para qué repetirlo; lo que nosotros no podemos decir, es si Esteban Terreño, que recibió diez mil duros por matar á un prójimo, tuvo remordimientos, aunque suponemos que no, atendidas las condiciones de su carácter.

Esteban, espiando la quinta del millonario don Mateo de Robledano, desde el ventorro del tío Tony, había sabido muchas cosas que pensaba explotar á su tiempo; pero no adelantemos los acontecimientos y oigamos algunas conversaciones, para ir conociendo lo mejor posible á los personajes que toman parte en la presente historia.

CAPITULO II.

De flor en flor.

—Desde aquí estoy viendo á un hombre verdaderamente feliz,—dijo el viejo poeta Amadeo Nasón al barón de Morgal, que se hallaba á su lado.

—Un hombre feliz es un ave rara,—contestó el barón sin cambiar de postura.

—Pues por lo mismo hace rato que me estoy gozando en su contemplación, porque la felicidad no es muy común entre los hombres y las mujeres; sin embargo, la mayor parte de las veces ellos solos tienen la culpa de no ser felices.

—¿Y quién es ese hombre feliz?—preguntó el barón dominando un bostezo.

—El maestro compositor que se halla ejecutando al piano con sus manos, con su alma y con su cuerpo las creaciones de su genio musical. Yo he conocido algunos autores que al leer sus versos se reían ellos más que el auditorio que los escuchaba. Esto siempre es una felicidad; á mí, en cambio, me sucede lo contrario; escribo unos versos y al escribirlos casi

me gustan; pero al día siguiente, cuando los vuelvo á leer, me parecen detestables, y generalmente acabo por quemarlos, temeroso de dejar mala semilla después de mi muerte.

—Mi querido poeta, yo no he comprendido nunca ni la música ni la poesía,—añadió Morgal.

—No me extraño,—contestó el poeta sonriéndose,—pues para que tú comprendas la música y la poesía, permíteme que te diga, querido Augusto, que le faltan á tu espíritu lo menos lo menos cincuenta purificaciones.

—¡Bah! La música es un ruído menos molesto que otro cualquiera.

—Sí, eso decía Napoleón primero, aquel genio de la guerra, que después de ser señor del mundo fué á morir, como el ave *fragata*, triste y melancólicamente sobre un peñasco, sobre un nido de águilas colocado en medio del Océano.

—¡Ah! ¿Conque á Napoleón tampoco le gustaba la música?

—Las descargas de artillería eran para él las notas más armoniosas.

—Me alegro de parecerme en algo á un gran hombre.

—Dispensa, querido Augusto, tú no te pareces á Napoleón, pero te pareces desgraciadamente á los seres que se aburren, y cuando un hombre rico y joven, cuando un eterno desocupado como tú se aburre, bien puede conceptuarse infeliz. ¿Qué es lo que á tí te gusta ó te distrae en el mundo? Tienes una mujer encantadora, una preciosidad femenina, y bostezas cuando no te duermes á su lado. Gracias á mi celo, á mi perseverancia, posees una buena biblioteca, de la que nunca te has tomado el trabajo de sacar un libro para

hojearle. Eres propietario de hermosos cuadros, y no te gozas nunca en la contemplación admiratoria del genio de sus autores. Tienes en la cuadra tres preciosos caballos de silla, uno ruso, otro árabe y otro cordobés recriado en Valencia, y nunca los montas. Reunes en tu casa todos los jueves dos docenas de amigos, cuya amena é ingeniosa conversación te produce sueño. La política te da náuseas, la caza te parece molesta; créeme, Augusto, ésos son síntomas funestos para un hombre rico y joven, porque á los cuarenta años el hombre se halla en toda la fuerza de su vida, y si no te enmiendas, si no procuras estimular con algo las fibras de tu corazón, estás perdido, te lo asegura un viejo con mucha experiencia que te quiere como á un hijo y que jamás ha cometido la tontería de hastiarse, de aburrirse.

El barón oyó á su viejo amigo con la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento y sin interrumpirle, pues estaba acostumbrado á las cariñosas reconvenciones de don Amadeo y las oía como quien oye llover, según la frase gráfica con que se describe la indiferencia.

Don Amadeo dirigió una mirada de compasión á Morgal, y levantándose, dijo:

—Me aparto de tí temeroso de que me contagies el fastidio que te devora, y me voy á respirar otra atmósfera más en armonía con mis necesidades y mi manera de ser.

El barón se encogió de hombros y continuó en su cómoda postura, porque la indiferencia era el estado habitual de aquel millonario.

El poeta Amadeo Nasón cruzó el salón á lo largo con paso firme y seguro, á pesar de sus sesenta años, porque Ama-

deo tenía una naturaleza privilegiada de esas que no se descomponen nunca ni sufren los rigores de los achaques hasta el supremo instante de la muerte.

La idea del viejo poeta era fumarse un cigarro en el gabinete dedicado á los fumadores, y hacia él se encaminaba, abrigando la esperanza que no había de faltarle allí algún maldiciente para murmurar un poco del prójimo, porque la murmuración es la salsa más sabrosa de las reuniones, lo mismo de las altas que de las bajas esferas.

Una voz femenina le detuvo en el camino de su propósito. Esta voz pronunció su nombre; Amadeo se detuvo, volvió la cabeza y vió á la encantadora Isabel de Romelia rodeada de un círculo de admiradores.

Esto no era extraño, porque los encantos de la baronesa tenían ciertos atractivos irresistibles.

—Oiga usted, oiga usted, mi querido poeta, la narración de una historia digna de ponerse en verso,—dijo la baronesa.

—No seré yo el que la escriba, por muy interesante que sea,—añadió Amadeo,—porque hoy las historias en verso producen poco. Pero ¿de qué se trata?

Y el viejo poeta se colocó formando corro.

—Tiene la palabra el señor Verdemar,—añadió la baronesa,—y se trata de un tipo inverosímil, de un joven que se ha criado en una república de la costa de Guinea, en África, en el país de la esclavitud, donde sólo predomina la fuerza.

—Entonces supongo—añadió el poeta—que se estará hablando de la colonia americana de Liberia, de la ciudad de Monrovia, de esa admirable asociación que han llevado á cabo algunos hombres de carácter.

—¡Ah! ¿Luego usted conoce esa república?—preguntó un millonario, que aunque le faltaba mucho de aquello que le sobraba á Salomón, se había hecho rico; prueba inequívoca de que no era tonto.

—Sí señor, la conozco,—contestó el poeta.

—Pues, hombre, yo no la había oído nombrar nunca.

—No tiene nada de particular, si usted no ha estudiado la geografía, cuyo estudio tal vez no le hubiera producido un céntimo; en cambio ha estudiado usted de un modo maravilloso la aritmética, que le ha proporcionado algunos millones.

—Lo cual vale mucho más que conocer repúblicas en África,—contestó el millonario riéndose.

—Quién lo duda,—repuso el poeta imitando el tono del millonario.—Bretón de los Herreros ha dicho que *el que sabe hacerse rico tiene sobrado talento,* y preciso es dar crédito á un autor tan eminente. Además, usted, sabiendo geografía, tal vez no hubiera pasado de maestro de escuela, y sabiendo la aritmética ha llegado á banquero; usted está en lo firme, amigo mío.

—Señores, suplico á ustedes que se suspenda la discusión sobre la geografía y la aritmética,—añadió la baronesa.—El señor Verdemar tiene la palabra. Continúe usted, amigo mío, la historia del héroe del día, puesto que tiene usted, según parece, la fortuna de ser su amigo.

—Efectivamente,—añadió Verdemar,—me honro con su amistad, me siento con frecuencia á su mesa y me confía algunos negocios.

—Señores, á mí me gusta conocer las historias desde el principio,—repuso Amadeo interrumpiendo al orador,—rue-

go á ustedes, por lo tanto, que me pongan al corriente, ya que según parece he llegado tan tarde.

—¿De modo, querido poeta, que no sabe usted lo que ha ocurrido esta tarde en el paseo de la Castellana?—preguntó Isabel.

—No, hija mía, he salido de mi casa á las diez de la noche para venir á la tuya.

—¿Y no conoce usted á ese joven hermoso como un arcángel, rico como Creso, valiente como el Cid, á ese héroe de novela que ha caído en Madrid como llovido del cielo?

—Me precio de conocer á todos los hombres grandes, á todas las eminencias del universo, al menos de nombre, pero confieso que no conozco á ese héroe novelesco de quien me estás hablando; te suplico, por lo tanto, que me des algunos datos.

—Pues voy á ejercer con usted una obra de misericordia, enseñar al que no sabe,—contestó riéndose la baronesa,—y luego continuará usted su historia, amigo Verdemar.

El agente hizo un movimiento de aprobación con la cabeza.

—Figúrese usted, mi querido papá Nasón,—repuso Isabel,—que esta tarde, cuando más concurrido se hallaba el paseo de la Castellana, dos hombres soeces, dos de esos salvajes que desgraciadamente no faltan en las capitales civilizadas, comenzaron á hacer burla de una infeliz negra, hasta el punto de que uno de ellos la empujó tan brutalmente que la pobre negra cayó por tierra, estropeándose la cara. De pronto se arrojó de una carretela un joven vestido de riguroso luto, una especie de Apolo, alto, bien formado y con los cabellos rubios como el oro. De dos saltos, como un león que

ataca resueltamente á sus enemigos, atravesó la distancia que le separaba de los hombres que maltrataban á la negra. Aquello fué visto y no visto. El elegante y generoso joven sacudió á uno de aquellos salvajes un terrible puñetazo en la nuca que le hizo caer al suelo como herido por un rayo. El otro, al ver á su compañero tan malparado, sacó una enorme navaja y se abalanzó sobre el defensor de la negra. Todos lanzamos un grito, pero el héroe de los cabellos rubios, con una ligereza asombrosa, cogió aquel brazo armado que amenazaba su vida y le arrancó la navaja, y luego, descargando un terrible puñetazo sobre el pecho de su enemigo, le hizo rodar por el suelo junto á su compañero. Después de este rasgo de heróico valor se acercó á la negra, la levantó del suelo con tierna solicitud y la llevó en sus brazos como si fuera una muñeca á su carruaje, la colocó perfectamente bien en los almohadones, limpió con su pañuelo la sangre que manchaba el rostro de aquella infeliz, y luego se sentó á su lado. En todo esto empleó mucho menos tiempo del que he empleado yo para contarlo, y cuando el asombro dejó su vez al entusiasmo, cuando los que presenciamos aquel heróico y caritativo rasgo quisimos demostrar nuestra admiración, el carruaje, el valiente joven y la negra habían desaparecido de la escena. Con que ya ve usted, querido poeta, que no todos los elegantes de Madrid se hallan dispuestos á arriesgar su vida por defender á una pobre negra vieja y fea.

—Y hacen muy bien,—repuso Amadeo,—porque el que afronta esa clase de batallas tiene más probabilidades de perder que de ganar, y sabido es que el hombre tiene en todos los actos de su vida más deseos de ganar que de perder.

—Así piensan los egoistas,—dijo la baronesa riéndose.

—No, hija mía, así piensa la prudencia, la razón. Los héroes que afrontan batallas desiguales no dejan de tener algo de locos, porque lo natural, lo lógico, nos aconseja la conservación del individuo. Además, en primer lugar, no sabemos por qué aquellos dos hombres maltrataban á la negra, y aunque siempre son repulsivos los actos de fuerza bruta, cuando una mano armada de una navaja se levanta amenazadora y guiada por la ira, es fácil que el prójimo que se halla más cerca reciba una puñalada, sobre todo en esta tierra de *madrugadores,* como dice la *gente del bronce.*

—Sin embargo,—añadió Isabel,—confesemos que la conducta del joven que nos ocupa fué heróica y digna de aplauso.

—¡Quién lo duda!... Hizo lo que hubieran hecho pocos en su lugar, y de buena gana le hubiera estrechado la mano y le hubiera dado un abrazo á encontrarme en el sitio de la ocurrencia.

—Me alegro infinito que aplauda usted á nuestro héroe,—añadió la baronesa;—y ahora, amigo Verdemar, puesto que ya sabe don Amadeo lo ocurrido en la Castellana, ruego á usted prosiga la interrumpida historia de ese joven africano, de ese hombre de la naturaleza que ha venido á establecerse en Madrid y á resucitar aquellas famosas hazañas de los caballeros andantes de la Edad Media.

Salvador Verdemar se inclinó saludando á la baronesa de Morgal, y dejando asomar á sus labios una sonrisa de hombre complaciente, dijo:

—Ese joven, que esta tarde ha representado el papel de héroe en la Castellana, es efectivamente, como usted ha di-

cho, un africano, un hijo de la naturaleza, una planta exótica, y creo bastante difícil que se aclimate en Madrid. Una tempestad le arrojó siendo muy niño sobre las costas de golfo de Guinea. Su vida es una verdadera novela, porque nada hay tan inverosímil como la verdad, como los hechos consumados que forman la historia de la vida real. Educado por un pastor protestante de la república de Liberia, tan vigoroso de cuerpo como de espíritu, creció respirando una educación verdaderamente patriarcal. Desde la edad de catorce años ha vivido luchando con las tribus salvajes de Africa y sin otro objeto que darles la libertad y enseñarles á ser hombres libres, dominando á aquellos infelices moradores de la selva con su valor, su generosidad y su hermosura. La casualidad, madre siempre de grandes acontecimientos, le condujo segunda vez á la Isla de Cuba con su desgraciada madre, á quien amaba con toda su alma. Esa misma casualidad le hizo saber en Cuba que en Madrid vivía el autor de sus días, y vino á Madrid á dar el último abrazo á su padre, á quien no conocía, y á recibir una herencia, que tal vez exceda de cuatro millones de duros. Pero Alejandro de Robledano se ahoga en Madrid, le falta ambiente que respirar, echa de menos los bosques vírgenes de Africa y de América, el trato sencillo de aquellos negros por los que tantas veces arriesgó su vida, de aquellos desheredados á los que enseñó á ser hombres, y yo me temo que el día menos pensado Alejandro dé un adiós á España y se vuelva á la república de Monrovia, que, según él, es la tierra perfecta, es el país de los hombres libres.

—¡Oh! Sería verdaderamente una lástima,—repuso la baronesa;—los hombres de carácter enérgico, esos seres que

acatan como una ley los impulsos generosos de su corazón, son por desgracia muy escasos. Yo no conozco á ese joven africano mas que de vista, le he visto tres veces y he formado de él una buena opinión; debe ser un hombre leal, noble, valiente: basta el rasgo heróico que ha llevado á cabo esta tarde en la Castellana para juzgarle así.

—Precisamente por ese rasgo, que todos admiramos,—añadió el poeta Nasón,—creo, como el señor Verdemar, que ese muchacho es una planta exótica entre nosotros; y yo, si fuera su amigo, le aconsejaría que si piensa vivir en un país civilizado, en una gran población como Madrid, París ó Londres, que confiara un poco menos en la fuerza y un poco más en la astucia, porque aquí, señores, ese nuevo Alejandro no va á resolver á puñetazos todas las cuestiones graves que se le presenten como lo hacía en Africa, y es fácil que el día menos pensado se tropiece con algún señorito débil, delicado como una colegiala, que le falte fuerza para levantar una silla, y tenga, sin embargo, habilidad para introducirle una bala en el corazón.

—De todos modos,—repuso Isabel de Romelia,—confesemos que será una lástima que nos abandone nuestro joven africano.

El poeta Nasón se sonrió de un modo que sólo pudo apreciar la baronesa de Morgal. Aquella sonrisa parecía decirle:

«Conozco tus debilidades, y esa persistencia en hablar del joven africano me enseña un poco lo que pasa en estos momentos en tu corazón.»

Esteban Terreño, que era también asiduo tertuliano de la baronesa, y que había escuchado en silencio el relato de Sal-

vador Verdemar, dijo, tomando parte en el diálogo y sonriéndose como el que sabe algo que puede interesar á los que le escuchan:

—Pues yo creo, señores, á pesar de la opinión de mi amigo Verdemar, que por ahora Alejandro de Robledano no saldrá de Madrid.

—¡Ah! ¿Y en qué funda usted esa opinión?—preguntó Isabel sin poderse contener.

—La fundo, señora baronesa, en que el amor tiene unas redes de oro que fascinan los ojos y aprisionan la voluntad de los hombres y de las mujeres,—añadió Esteban sin dejar de sonreirse.—Todo el mundo sabe que al rapaz vendado le basta colocar su pequeña y sonrosada manecita sobre el hombro de Hércules y decirle «quieto ahí», para que Hércules no se mueva á pesar de la fuerza fabulosa que le permitía matar á un toro de un puñetazo.

Estas palabras de Terreño produjeron una gran curiosidad entre sus oyentes, pero en particular á la baronesa de Morgal, que preguntó con una vehemencia algo inconveniente:

—¡Ah! ¿Según eso, nuestro joven africano está enamorado?

Esteban hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Supongo que no será de la negra que ha salvado esta tarde en la Castellana?—preguntó uno de esos almibarados impertinentes que la echan de graciosos y que no faltan nunca en las reuniones.

—No tiene tan mal gusto, querido vizconde,—contestó Terreño.

—Sí, efectivamente,—repuso el vizconde,—para nosotros sería tener un gusto horrible enamorarse de una negra, pero como ese joven se ha educado entre negros...

Isabel de Romelia hizo un gesto de impaciencia, como si aquellas interrupciones del impertinente vizconde la disgustaran.

El poeta Nasón, que escuchaba en silencio aquel diálogo, creyó notar que su amiga la baronesa de Morgal se hallaba un poco conmovida.

—Pues sí,—añadió Esteban,—opino que el amor detendrá en Madrid por lo menos algunos meses á nuestro héroe Alejandro de Robledano.

—¿Y quién es ella?—preguntaron algunas voces femeninas, entre las cuales sobresalía la de la baronesa.

—Pues ella—añadió Esteban—es una encantadora criatura, una preciosidad femenina á quien todos admiramos y aplaudimos en Madrid, y á quien Alejandro persigue por toda Europa.

—¡Su nombre, su nombre!...—repitieron varias voces.

—Como nadie me ha encargado el secreto, no tengo inconveniente en revelarlo; la que según creo se ha hecho dueña del indomable corazón de nuestro africano se llama Gabriela de los Angeles.

—¡Ah! ¿La célebre *prima donna* que hace unos días *debutó* en el papel de Rossina de *El Barbero de Sevilla?*—preguntó la baronesa.

—La misma en cuerpo y alma,—contestó Esteban.

—Efectivamente, es una preciosa muchacha,—dijo uno de los oyentes.

—Se asegura que es muy honrada,—añadió una *jamona* cuya conducta no era muy correcta.

—¡Oh! Sí, Gabriela de los Angeles es la virtud misma, según se asegura,—objetó Esteban.

—¡Bah! Será una virtud de telón adentro.

—Una Lucrecia de bastidores.

—Poco á poco, señores,—añadió el poeta Nasón,—en el teatro hay también mujeres honradas, yo he conocido muchas.

—Esa *prima donna* tiene nombre de monja,—repuso una señora gruesa que tenía el aspecto de superiora de convento.

—Pero ¿es apellido eso de los Angeles? Yo lo dudo mucho,—repuso otro de los tertulianos.—Dicen que Gabriela es española.

—Hija de Madrid; pero según he oído decir, se marchó á Italia de muy pequeñuela.

—¿Tiene familia?

—Tiene, según se asegura, un protector á quien debe su educación y su carrera,—añadió Esteban.

—¡Ah! ¿Y ese protector es Alejandro de Robledano?—preguntó la baronesa.

—No señora, es otro,—repuso Esteban.

—¿Y qué edad tiene ese protector?—preguntó un vejete sonriéndose, que tenía fama de ser poco devoto de la moral.

—Es un hombre joven aún, tendrá cuarenta y cuatro años; pero ustedes deben conocerle, el protector de Gabriela de los Angeles, el que la llevó á Italia y ha hecho de ella una *prima donna* notable, es el maestro compositor don Carlos Ferrán.

—¡Ferrán!...—repitió la baronesa palideciendo.

Isabel de Romelia pronunció el nombre del célebre músico como un grito de terror que se escapaba de su alma á pesar suyo.

El poeta Amadeo se acercó á Esteban y le dijo al oído, en voz baja:

—Usted sin duda ignora que ese célebre músico que acaba de nombrar mató en desafío al padre de la baronesa.

—Señores,—añadió Isabel de Romelia reponiéndose un poco del efecto que le habían causado las palabras de Esteban,—creo que nos apartamos de nuestra conversación; se trataba de los amores de Alejandro el africano, como hemos convenido en llamarle, y de la célebre cantante Gabriela de los Angeles, y yo espero que nuestro amigo Terreño nos dirá todo cuanto sepa sobre el particular.

—Desgraciadamente sé muy poco, baronesa; se dice que Alejandro está locamente enamorado de la célebre *prima donna,* y como Alejandro tiene muchos millones y es hombre que no retrocede fácilmente de sus empeños, nada tendría de particular que se realizaran sus deseos.

En aquel momento, un caballero anunció en voz alta desde el piano, que la marquesa y el marqués del Sut iban á cantar un dúo.

Este anuncio suspendió todas las conversaciones, resignándose á oir con paciencia aquel dúo que tal vez iba á apedrear sus oídos; pero algo era preciso hacer en obsequio de las agradables veladas y el delicado *buffet* que los barones de Morgal ofrecían á sus amigos.

Mientras cantan el dúo de *Los Hugonotes,* celebran á los cantantes y la baronesa de Morgal cambia algunas palabras

con su agente de negocios Salvador Verdemar, nosotros vamos á contarles á nuestros lectores por qué el maestro Carlos Ferrán había muerto en un duelo al conde de Romelia, padre de la baronesa de Morgal.

Pero esto reclama capítulo aparte.

CAPITULO III.

La historia de siempre.

El profesor de violín don Agustín Segura, maestro de Carlos Ferrán, tenía una hija llamada Carlota, preciosa muchacha, cuya casta mirada hizo sentir á Carlos las primeras impresiones del amor.

Carlota tenía por entonces diez y seis años, Carlos diez y nueve; trataba á Carlos como á un hermano, nunca Carlos la había dicho que la amaba, y quizás el honrado don Agustín más de una vez, viéndoles tocar á dúo el piano y el violín, pensó que su discípulo predilecto y su hija harían una encantadora pareja; pero estos pensamientos del honrado profesor de violín permanecían ocultos en un rinconcito de su cerebro.

El destino, que destruye todas nuestras combinaciones, por bien meditadas y lógicas que sean, había dispuesto otra cosa. Carlos tuvo que emprender un viaje á Roma, pues quería recibir las lecciones de un gran concertista de violín que vivía por entonces en la ciudad eterna.

Además, ambicionaba el título de socio de la Academia de Santa Cecilia de Roma, y el gobierno le había concedido una pensión con este objeto.

Este viaje, ó por mejor decir, esta ausencia, que costó algunas lágrimas á todos, duró dos años.

Carlos regresó de Italia hecho un gran profesor de violín; además, había escrito algunas piezas musicales que le habían hecho adquirir gran fama.

Cuando Ferrán volvió á Madrid, su primera visita fué para su antiguo maestro don Agustín, y aunque fué recibido con cariño, creyó advertir que su presencia causaba cierto malestar al padre y á la hija.

Como Carlos tenía una posición adquirida con el estudio y el talento, como su nombre comenzaba á ser una gloria nacional y estaba seguro de mantener dignamente á la esposa que eligiera su corazón, se resolvió á hablarle á Carlota de su amor; pero Carlota, que sólo le amaba como á un hermano, mirándole con tristeza, le contestó:

—Eso que me pides, Carlos, es imposible.

—¡Imposible!—repitió Ferrán palideciendo.

—Sí, porque amo á otro hombre, porque he jurado ser suya, y yo no soy de esas mujeres que juegan con el corazón.

Carlos creía imposible que Carlota amara á otro hombre que á él; se quedó aterrado, ni aun quiso saber quién era el rival que le arrebataba toda su felicidad; salió de aquella casa tambaleándose como un beodo, sin darse cuenta de lo que le sucedía, pero llevándose una profunda herida en el corazón.

Algunos días después partió para Italia.

Desde entonces Ferrán se entregó con verdadero furor á los estudios y á los viajes, pero llevando siempre en el fondo de su alma el recuerdo de Carlota.

Procuró en el estrépito de la gloria, en el aturdimiento fascinador de la popularidad olvidar aquel doloroso desengaño de su primer amor.

En uno de sus viajes á Madrid, Carlos supo por casualidad que don Agustín y Carlota se hallaban en mala posición, y que un hombre infame había abusado de ellos.

Carlos luchó durante algunos días consigo mismo: deseaba verles y temía al mismo tiempo avergonzarles con su presencia; entonces les socorrió ocultando la mano, y salió de Madrid.

Este segundo viaje duró cerca de dos años. Carlos volvió á Madrid, y entonces le dijeron que Carlota había muerto, dejando una hija, y que esta infeliz criatura vivía con su abuelito en la mayor miseria.

Los buscó con gran empeño, y consiguió por fin encontrarlos en una miserable buhardilla de la calle del Sombrerete.

Un día más, é indudablemente aquel pobre anciano y la infeliz niña, que apenas contaba cinco años de edad, tal vez hubieran muerto de hambre.

Carlos se los llevó á su casa y los rodeó de comodidades, como si hubiera encontrado á su padre y á su hija.

. . . .

. . . .

Nada satisface tanto á un hombre honrado como llevar á cabo una buena acción. Carlos Ferrán estaba contento de sí

mismo, había salvado dos vidas: una en el crepúsculo de la infancia y otra en el ocaso de la vejez, y al abrirles las puertas de su casa, al decirles: Vivid tranquilos, yo velo por vosotros, de hoy en adelante no careceréis de nada, Carlos había sentido una gran satisfacción en su alma.

Hay seres que no comprenden el placer que se experimenta haciendo bien; esos seres son verdaderamente desgraciados y se les debe compadecer.

Carlos estaba contento de sí mismo; además, aquel pobre viejo había sido su maestro, el segundo padre de su alma, y no podía olvidar nunca la cariñosa bondad con que había procurado enseñarle los secretos del arte musical.

Siempre que en los grandes conciertos el público tributaba estrepitosos aplausos á Ferrán, éste se acordaba del bondadoso profesor que con santa paciencia había educado su mano y su inteligencia.

En estos casos, el discípulo, agradecido, solía exclamar:

—Una parte de estos aplausos pertenecen en justicia á don Agustín Segura, pues yo siento su espíritu deslizarse sobre las cuerdas de mi violín. Él me enseñó á coger el arco y á trasmitir los impulsos del alma que conmueven y fascinan; á él, pues, le debo una parte de esa gloria que entre olas de aplausos y bravos me envía el público.

Viendo en su casa y bajo su amparo á aquellos dos seres desvalidos, pensó en el porvenir de la niña Gabriela, y se dijo, hablando consigo mismo:

—Carlota ha muerto despreciando al hombre que la deshonró, y prefiriendo el hambre, la miseria, la muerte, á suplicar á un malvado que tan villanamente se había portado

con ella; pero ese malvado es rico, es el padre de Gabriela, y yo no puedo permitir que la deje abandonada en mitad del arroyo; además, mañana podría reclamarme á su hija, arrancarla de mi lado, y es preciso caminar con mucho tiento en este asunto. Carlota me llamaba en otro tiempo su hermano, cumplamos, pues, como corresponde á un hermano; es preciso buscar á ese hombre, hacerle saber que su hija vive y que necesita un protector; si él se niega á serlo, entonces lo seré yo; pero conviene que sepa que Gabriela no se halla sola sobre la tierra.

Carlos frecuentaba todas las reuniones aristocráticas de Madrid.

Una noche, en los salones de un duque que recibía á sus amigos todos los jueves, Ferrán se encontró frente á frente con el conde de Romelia, seductor de Carlota y padre de Gabriela.

Se hallaban en el saloncillo de fumar.

El conde aspiraba con cierta delicia, reclinado en un diván, las aromáticas emanaciones de un rico tabaco habano.

Todo el mundo conocía en Madrid al popular, al célebre maestro Carlos Ferrán.

El conde y el músico se saludaron, cambiando un ligero movimiento de cabeza.

Carlos sacó un pitillo de su petaca y se sentó en el mismo diván donde se hallaba el conde.

El conde era un hombre que tendría próximamente la misma edad que Carlos, es decir, treinta años. Era lo que se llamaba un buen mozo, tan derrochador como calavera.

Contaba en su vida privada por cientos las aventuras

galantes, y tenía fama de no retroceder ante ninguno de sus caprichos, por difícil que fuera realizarlos.

El conde era casado, tenía una preciosa niña de seis ó siete años llamada Isabel.

Los que conocían la vida privada del conde aseguraban que se había casado por reponer su fortuna con la hija de un alto empleado de Ultramar, que había dejado en la Isla de Cuba una gran parte de su conciencia en cambio de los millones que se había traído á España.

Se aseguraba también que el conde ni amaba á su mujer ni á su hija, pero que seguía como siempre, firmemente enamorado de sus vicios.

—Señor conde,—dijo Carlos, esforzándose por dominar la repugnancia que aquel hombre le causaba,—tengo un deber que cumplir acerca de usted y voy á aprovechar esta ocasión que la casualidad me depara.

El conde hizo un signo de aprobación con la cabeza.

—Yo no ignoro—añadió Ferrán—que es muy escabroso el asunto que me ocupa; pero soy hombre que me rijo siempre por la conciencia, y ella me manda que moleste algunos minutos la atención de usted.

El conde, cuyos asuntos no iban bien por entonces, y que sin duda se hallaba en un momento de mal humor, se encogió de hombros, como queriendo decir: ¿A mí qué me importa la conciencia del maestro de música Carlos Ferrán?

Carlos adivinó el pensamiento del conde, y dejando asomar á sus labios una sonrisa en la que no había menos desprecio que en el encogimiento de hombros del aristócrata, dijo:

—Señor conde, usted que es padre, usted que sabe cómo se quiere á los hijos, y que además tiene un profundo conocimiento del corazón humano, podrá darme un consejo que me ilumine en la situación embarazosa en que me encuentro.

—Querido maestro,—contestó el conde con una entonación impertinente,—el mejor consejo que puede darse á aquel que nos lo pide es decirle que haga lo que le dé la gana, porque yo soy de aquellos hombres que creen que á los amigos se les debe dar todo menos un consejo.

—Sin embargo, en el asunto que me preocupa usted más que nadie puede darme el consejo que le pido,—repuso Carlos dominándose.—Voy, pues, con el permiso de usted, á entrar de lleno en la cuestión.

Otra inclinación de cabeza del conde indicó que estaba dispuesto á escuchar á su interlocutor.

—Hace cuatro noches, precisamente la noche de la gran nevada,—prosiguió Ferrán,—al retirarme á mi casa me hallé á una pobre niña de cinco años abandonada y casi muerta de frío y de hambre sobre el dintel de una puerta. Compadecido de tanta desgracia en tan tierna edad, la cogí en mis brazos y la llevé á mi casa, salvando de una muerte cierta á aquel pobre ángel desheredado.

Carlos, que había desfigurado los hechos, no apartaba los ojos del conde, procurando adivinar el efecto de sus palabras; pero el conde continuaba fumando con gran impasibilidad.

—Naturalmente, he procurado inquirir—volvió á decir Carlos—si la pobre niña abandonada tiene padre ó familia en Madrid, y he sabido que su desgraciada madre, digna por todos conceptos de mejor suerte, murió de vergüenza y de

miseria al verse despreciada por el hombre que la deshonró, empleando el engaño; pero que su padre vive, es rico, y ocupa una alta posición en la aristocrática sociedad madrileña. ¡Ah! Yo no puedo creer que exista un hombre bastante infame, que siendo rico deje morir de hambre á su pobre hija, en esa edad en que más necesita de apoyo y protección.

Carlos, que había dejado caer una por una las anteriores palabras, creyó notar un ligero estremecimiento en la fisonomía del conde.

—La niña—añadió Ferrán—es un prodigio de hermosura, tiene una inteligencia superior á su edad, y una gracia que fascina; en una palabra, señor conde, yo estoy verdaderamente enamorado de esa preciosa criatura que la Providencia ha puesto en mi camino, y con gran placer la aprohijaría, dándole mi nombre y nombrándola heredera de todo cuanto poseo y pueda poseer; pero vive su padre, podría reclamármela mañana y aun acusarme ante los tribunales de secuestrador de menores si me negaba á devolvérsela, y antes de que esto suceda necesito el consejo de una persona tan ilustrada y tan competente como el señor conde de Romelia, y por eso me atrevo á dirigirle esta pregunta: ¿Qué haría usted en mi lugar, señor conde?

Era indudable que el conde de Romelia había adivinado las intenciones de Carlos Ferrán. Aquella pregunta se había hecho con una entonación intencionada.

Una ligera palidez se extendió por el semblante del conde, y meneando distraidamente el tabaco que tenía en los labios, contestó con acento inseguro:

—Efectivamente, señor Ferrán, el asunto que usted me

consulta es delicado, porque el padre puede reclamar algún día á su hija, y yo en su lugar de usted para evitarme disgustos en lo sucesivo, entregaría la muchacha á uno de esos piadosos asilos donde la caridad recoge á los huérfanos abandonados.

Al oir esta respuesta, que revelaba todo el cinismo de aquel hombre, Carlos sintió una ola de sangre que le subía del corazón á la cabeza.

Necesitó un momento para serenarse y poder decir:

—¿Y no cree usted que antes de dar ese paso sería conveniente ver al padre de la inocente niña y decirle: Esta es tu hija; mírala, y si queda en tu corazón una fibra sensible, abre tus brazos y protégela, porque hasta las fieras aman á sus hijos?

El conde, cuya palidez iba en aumento, hizo un esfuerzo para sonreirse, y dijo:

—Querido maestro, yo soy poco dado á la sensiblería, y además voy á dirigirle á usted una pregunta: ¿Sabe usted si ese padre está perfectamente seguro de la paternidad de esa niña que se le atribuye? ¡Oh! En estos casos hay que tener presente aquel refrán que dice: *los hijos de mi hija, hijos míos son, mas los de mi hijo, lo son ó no lo son.*

—¡Caballero!—exclamó Carlos, dominando apenas la indignación que sentía.—Todos los que hemos conocido y tratado á la desgraciada madre de la niña que nos ocupa teníamos un gran concepto formado de su candor y de su honradez. Creo que bastará que yo pronuncie su nombre para que usted sienta alguna compasión hacia la infeliz que ya no existe, porque la mató el dolor y la vergüenza al verse aban-

donada por aquel á quien lo había sacrificado todo: esta desgraciada se llamaba Carlota Segura.

Al oir este nombre, el conde se puso en pié sin darse cuenta de lo que hacía.

—Veo, señor conde, que al menos no ha olvidado usted el nombre de su víctima,—añadió Carlos sonriendo;—y ahora sólo me falta añadir que la niña que recogí es la hija de Carlota y del hombre que, siendo casado, cometió la infamia de seducirla, ofreciéndole su amor y su mano.

—¿Y con qué derecho viene usted á recordarme una historia que hace tiempo he procurado olvidar?—preguntó el conde con altanería.

—Con el derecho que tiene todo hombre honrado de velar por los seres débiles y desvalidos, cuya honra pisotea un infame con la cobarde impunidad del más fuerte.

El conde avanzó un poco, estaba lívido y trémulo de coraje, puso su mano sobre el hombro de Carlos, y mirándole con centelleantes ojos, le preguntó:

—¿Soy yo ese hombre infame? ¿ese sér fuerte que se goza en pisotear al débil?

—Usted lo ha dicho, señor conde.

—Está bien: esa apreciación que tiene usted de mi persona tal vez le cueste más de lo que imagina. Mañana enviaré á usted á dos amigos para que arreglen este asunto.

—Los recibiré con mucho gusto, señor conde; pero quisiera antes saber qué piensa usted de su inocente hija.

—No acostumbro á confiar mis pensamientos y mis propósitos á nadie,—contestó el conde, saliendo del salón de fumar.

Carlos, al quedarse solo, pensó que se había dejado llevar del odio que le inspiraba aquel hombre; pero allá en el fondo de su corazón se alegraba de batirse con el conde de Romelia.

—Estoy seguro—se dijo—que ese infame no hará nada nunca por su hija; tiene el corazón podrido por los vicios. Carlota le conocía cuando le impuso á su padre el que no le pidiera nada. ¡Ah! Si tengo la suerte de matarle vengaré á Carlota y libraré á la sociedad de un canalla de frac y guante blanco.

Dos días después, el conde de Romelia y el maestro Carlos Ferrán se batieron á pistola en una quinta de los alrededores de Madrid.

Los cuatro padrinos que arreglaron el lance daban por muerto al pobre maestro de música, que nunca había cogido una pistola en sus manos, y que iba á ponerse á veinticinco pasos de distancia delante del conde de Romelia, que era un gran tiradór, un duelista afamado.

En voz baja se aseguraba que aquel desafío era un asesinato; pero como el *hombre propone y Dios dispone,* con gran asombro de los testigos, al hacer la señal y oirse las dos detonaciones, vieron caer al conde y permanecer en pié al músico.

La bala de la pistola del maestro Ferrán había atravesado el corazón del seductor de Carlota.

Pocos días después, Carlos emprendió un viaje por el extranjero; pero antes dejó encargado á don Agustín lo que debía hacerse para la educación de Gabriela, que desde entonces miraba como á una hija.

—Yo he muerto á su padre,—se dijo;—pues bien, yo seré su padre de hoy en adelante.

El maestro Ferrán cumplió su palabra; hizo de la pobre niña abandonada una artista notable, una cantante de primer orden, que recorría la Europa admirando y entusiasmando á los públicos. Su fama creció y vino á Madrid, debutando en el teatro Real con el papel de Rossina de *El Barbero de Sevilla*.

El pobre don Agustín no tuvo valor para asistir al estreno de su nieta, prefirió quedarse en casa, porque el papel de Rossina es de grandes dificultades para una tiple.

Pero qué horas tan largas fueron para el pobre abuelito las de aquella noche. Hubo momentos en que llegó á creer que el tiempo detenía su periódica marcha sólo por atormentarle.

Y sin embargo, al terminar cada uno de los actos se le enviaba un dependiente de la empresa para darle noticias del gran éxito que estaba alcanzando Gabriela.

Al final del segundo acto ya podía asegurarse que la ovación de la *prima donna* española era colosal.

Don Agustín esperaba á su nieta sentado en una butaca en el gabinete de estudio, y mirando á cada minuto la esfera del reloj, cuyas saetas apenas distinguían sus cansados ojos, pero oía perfectamente la campana.

Cuando dieron las doce, se dijo:

—Ya no puede tardar; pero los admiradores, que nunca faltan en las noches de estreno en que las artistas tienen un éxito completo, entrarán en su cuarto á rendirle vasallaje, prodigándole todo ese repertorio vulgar y rutinario de los

Y Gabriela comenzó á poner coronas sobre la cabeza.

elogios de bastidores. ¡Ah! Si ellos supieran la impaciencia que me devora, el deseo que tengo de verla entrar por esa puerta, de seguro que no la entretendrían tanto, y compadecidos de este pobre abuelo le dirían: «Corra usted, corra usted á su casa, que allí está esperando don Agustín con los brazos abiertos».

Todas estas cosas se las decía don Agustín á sí mismo; tenía necesidad de hablar de Gabriela, porque así le parecía que pasaba el tiempo con más rapidez.

A la una menos cuarto se oyó el ruído de un carruaje que se detuvo en la puerta de la calle.

El primer movimiento de don Agustín fué levantarse, pero volvió á caer en la butaca como si le faltaran las fuerzas, exclamando:

—Ahí están, ahí están... Jacoba, abra usted la puerta.

Efectivamente, era Gabriela, que cargada de coronas y de ramos entró en el gabinete loca de alegría, y exclamando:

—¡Ah! Qué noche se ha perdido mi pobre abuelito; pero yo le traigo estos símbolos de la gloria de su nieta, pues á él le pertenecen como le pertenece mi corazón.

Y Gabriela comenzó á poner coronas sobre la cabeza, las rodillas y los hombros de aquel pobre anciano, que la contemplaba arrobado de felicidad sin decir una palabra, y sonriéndose con esa seráfica expresión de un niño enfermo á quien su madre para alegrarle le llena la cama de juguetes.

¡Hablar!... Don Agustín no podía hablar. ¿Quién habla cuando el sentimiento dilata el alma y conmueve todas las fibras del corazón?

¡Ah! En estos momentos de inmensa felicidad, se siente,

se enmudece y se llora; eso hizo aquel pobre anciano la noche que nos ocupa.

Para él su nieta era un sol que le deslumbraba; pero á pesar de los vivos resplandores que le dejaban ciego, allá en el fondo de su pecho tal vez murmuraba estas palabras:

—Bendita, bendita seas, Gabriela de mi alma.

CAPITULO IV.

Donde Isabel de Romelia encarga un negocio á Salvador Verdemar.

Explicados los antecedentes de la célebre cantante Gabriela de los Angeles, volvamos á los salones de la baronesa de Morgal.

Dos cosas habían causado un profundo efecto á Isabel de Romelia: la noticia de que Alejandro estaba enamorado de Gabriela y el saber que el protector de la célebre cantante era Carlos Ferrán, es decir, el hombre funesto que había muerto en desafío á su padre.

Isabel no conocía á Carlos personalmente, pero le había oído nombrar muchas veces, no solamente á su madre, sino á los amigos y en las reuniones que frecuentaba, porque el maestro Carlos Ferrán era un hombre tan popular como solicitado.

Sin embargo, Isabel de Romelia en aquellos momentos pensaba más en el joven africano, en el héroe del día, que en el célebre compositor.

Era preciso que aquel hijo de los bosques, que aquel hombre de la naturaleza, hermoso como un arcángel, fuerte como un atleta y rico como Creso, concurriera á sus reuniones.

Quería verle de cerca, oirle, aspirar ese perfume salvaje que tanto admiraban; en una palabra, fascinarle, tenderle esas redes del amor con las que la débil Onfalia aprisionó al invencible Hércules, Dalila á Sansón y Esther á Asuero.

Pero para esto necesitaba una persona de confianza, un amigo leal y seguro que presentara á Alejandro, que le abriera las puertas de la casa de los barones de Morgal.

El primero, el más noble, el más leal amigo de la baronesa, era el viejo poeta Amadeo Nasón; pero á este amigo no podía confiarle semejante asunto, porque se hubiera negado á complacerla.

Isabel comenzó á buscar otra persona conocida que pudiera ayudarla y serle útil.

Esto pensaba la baronesa, mientras los marqueses del Sut destrozaban junto al piano un dúo de *Los Hugonotes;* pero no por cantarlo mal dejaban de oirlo con complacencia, demostrando de vez en cuándo exclamaciones de aprobación.

La baronesa de Morgal era una de esas mujeres privilegiadas que viven en el mundo con la voluntad virgen de contrariedades.

Educada por una madre débil y condescendiente, esposa de un hombre flemático y tranquilo, que por no disgustarse decía á todo que sí, Isabel era la reina absoluta de su casa.

Con talento, gran práctica del mundo, hermosa, joven y elegante, se había creído con condiciones para escribir este lema en su corazón: querer es poder.

A todas estas condiciones, morales y físicas, debemos añadir que la baronesa había tenido dos ó tres deslices, sin el menor contratiempo, sin que la más ligera nubecilla empañara el hermoso cielo de su hogar doméstico.

Esta impunidad la alentaba para no retroceder en el camino de sus caprichos.

Sólo un hombre se atrevía á decirle duras y amargas verdades, reprendiéndola con paternal cariño; pero este hombre le inspiraba gran confianza, y aunque muchas veces le disgustaban sus advertencias, sus consejos, sus reconvenciones y sus pronósticos, estaba plenamente segura de su lealtad y le creía muy capaz de sacrificar por ella hasta la vida; este hombre era el poeta Amadeo Nasón.

Aquel noble anciano había sido el amigo leal de sus padres, y estaba acostumbrado á mirarla como á una hija desde pequeñuela; era preciso, por lo tanto, sufrir con resignación lo que ella llamaba las impertinencias de su viejo poeta.

Isabel de Romelia, después de meditar un poco, encontró la persona que le hacía falta para la presentación en su casa de Alejandro de Robledano.

Esta persona, dócil, flexible, sobre todo cuando podía producirle algo su flexibilidad, era nuestro antiguo conocido Salvador Verdemar, que en su calidad de agente de negocios del barón de Morgal, no era posible que se negara á satisfacer un capricho venial de la baronesa.

Isabel buscó con la vista á Salvador, que se hallaba cerca de aquel sitio hablando con un caballero. Esperó que Verdemar mirara, y entonces le hizo una seña con el abanico.

Salvador acudió en el acto; la baronesa le indicó un sillón

que se hallaba vacío á su lado, y le dijo al agente de negocios en voz baja:

—Siéntese usted, amigo Verdemar, pues tengo que pedirle un favor.

—Estoy siempre á las órdenes de la señora baronesa,—contestó Salvador, inclinándose con respeto.

—Usted, amigo Verdemar, me inspira completa confianza.

—La señora baronesa me honra demasiado y le doy las más expresivas gracias.

—Lo que voy á pedirle á usted hubiera podido pedirlo á una docena de amigos que se hallan á estas horas paseando por mis salones.

—Esa preferencia me honra, señora,—añadió Salvador, martirizando su imaginación no poco por adivinar qué iría á pedirle la baronesa; pues sabido es que las baronesas, las marquesas, las condesas y las duquesas también suelen pedir dinero prestado á los agentes de negocios de sus maridos, encargándoles por supuesto el secreto.

—Vamos al caso, amigo mío,—repuso Isabel.—Usted, según me ha dicho esta noche, conoce y visita á Alejandro de Robledano, ese joven valiente que esta tarde fué el héroe de la Castellana, salvando á una pobre negra de la brutalidad de dos miserables.

—Sí señora; don Alejandro de Robledano me honra con su amistad y con la confianza que me dispensa encargándome algunos negocios y compras y admitiéndome á comer en su mesa con alguna frecuencia. Yo era además agente de su difunto padre, y continúo en la casa.

—Perfectamente,—añadió la baronesa, satisfecha de lo

que acababa de decirle Salvador.—Usted, amigo Verdemar, no ignora que el gran mundo, que la sociedad aristocrática de Madrid, lo mismo que la de París y la de Londres, necesitan siempre algo que les conmueva, que les distraiga, que les ayude á matar las horas de aburrimiento que proporciona el ser rico, el no carecer de nada. Pues bien, amigo mío, yo estoy segura que después del lance de esta tarde en la Castellana y de la interesante historia que usted nos ha contado, Alejandro de Robledano será el hombre de moda, el héroe de Madrid, y naturalmente, por el deseo de oirle y de verle de cerca se lo disputarán en todas las reuniones. Ahora bien, amigo mío: usted sabe que yo soy una mujer franca, á quien repugna la hipocresía; por eso, sin andarme con rodeos, le digo: Señor Verdemar, yo quisiera ver en mi casa á ese héroe de novela, cuyo nombre corre de boca en boca, y espero que usted le convencerá á que nos visite el primer jueves, haciendo usted, como amigo de la casa, su presentación en toda regla.

Y la baronesa, recurriendo á la más amable de sus sonrisas y jugando con su abanico de plumas, continuó:

—Usted me conoce, amigo Salvador, usted sabe que en todo me gusta ser la primera, y sentiría que otra casa aristocrática de las que reciben semanalmente á sus amigos, se me adelantara; confío, pues, que traerá usted al joven Alejandro de Robledano, y sé que es usted muy galante para guardar el secreto de este capricho sin importancia de una dama que es su amiga.

—Señora baronesa, cuente usted conmigo,—añadió Verdemar, colocando una mano sobre el pecho é inclinando la

cabeza.—Pondré de mi parte todo cuanto pueda para que se realicen los deseos de usted; pero de nada respondo, porque como he tenido el gusto de decirle hace poco, Alejandro, aunque es un joven perfectamente educado, muy instruído y muy amable, tiene arranques salvajes y una independencia de carácter indomable. Creo, sin embargo, que conseguiré traerle.

—Píntele usted lo agradablemente que se pasan las veladas en estas reuniones de confianza, hágale usted comprender que si ha de vivir en Madrid preciso es que se relacione con la gente que vale, que brilla, que tiene importancia social.

—Alejandro, señora baronesa, tiene días que es dócil, cariñoso y condescendiente como un niño, y otros que se encierra en sus habitaciones y no quiere ver á nadie mas que al padre Marcelo y al mulato Pancho.

—¡Ah! ¿Estará enamorado de alguna joven africana, de alguna reina salvaje de las tribus de los bosques de Guinea?—preguntó riéndose la baronesa.

—Yo no creo que la melancolía que se apodera alguna que otra vez de Alejandro sea motivada por el amor, más bien creo que se acuerda de su infeliz madre, que tanto sufrió en este mundo, y á la que, según parece, amaba con toda su alma.

—El amor que se siente por una madre—dijo Isabel—es más tranquilo y menos taciturno; pero en fin, sea como sea Alejandro de Robledano, lo importante es que usted nos lo presente, que concurra á nuestras reuniones; y ahora que ya hemos quedado de acuerdo sobre ese punto, permítame usted que le dirija una pregunta, propia de la proverbial curiosidad de mi sexo.

Verdemar se inclinó, demostrando que esperaba la pregunta.

—¿Cree usted que Alejandro está enamorado de la célebre cantante Gabriela de los Angeles, como afirmaba hace poco Esteban Terreño?—preguntó Isabel.

Salvador, antes de contestar, miró con fijeza á Isabel, sin duda adivinando el motivo de aquella pregunta.

—Alejandro es un hombre que oculta poco sus impresiones,—añadió Verdemar;—va por el mundo con el corazón en la mano; desconoce la mentira y el engaño, está acostumbrado á decir la verdad, por ruda que sea, y á revelar sus impresiones. Si efectivamente ama á Gabriela de los Angeles, como ha dicho Esteban, pues yo lo ignoro, no tardará mucho en declararle su pasión y ofrecerle su mano y sus millones. Pero antes de que esto suceda estoy seguro que Alejandro se enterará perfectamente y con detenimiento si Gabriela es digna de ser amada y de merecer la confianza de un hombre como él.

—Todo eso demuestra que ese joven tiene un fondo honrado y un espíritu recto.

—Ayer, almorzando,—continuó Verdemar,—le oí decir que le tenía altamente disgustado el ser rico por una herencia, y que muchas veces sentía vergüenza al verse poseedor de unos millones que había ganado su padre, pues el dinero sólo debe satisfacer á aquel que lo gana honradamente y con su trabajo.

—¡Oh! De seguro que no piensan en Madrid una docena de personas como piensa ese joven,—repuso la baronesa riéndose.

—¡Una docena!... Creo que la señora baronesa ha puesto once de más; así no piensa nadie hoy en día, por eso he dicho que Alejandro era una planta exótica entre nosotros, y creo firmemente que no se aclimatará. La otra tarde vió á uno de sus criados que tenía un billete de lotería en la mano, se lo quitó, lo quemó en la chimenea, y dándole el dinero que le había costado, le dijo: «Amigo mío, si usted tiene afán en ser rico, le aconsejo que no busque la fortuna por el juego, sino por el trabajo».

—Sería una lástima que nos abandonara un joven de tan relevantes prendas; es preciso retenerle en Madrid, donde desgraciadamente van escaseando los hombres como Alejandro de Robledano.

Y la baronesa, creyendo que había dicho demasiado, añadió, sin dejar de reirse:

—Sobre todo para las muchachas casaderas que aspiran á cargar con la cruz del matrimonio.

Y luego, levantándose y tendiendo una mano á Salvador, repuso:

—Con que, amigo Verdemar, quedamos en que el jueves nos presentará usted al joven africano.

—Haré todo lo posible por que así suceda, señora.

Isabel saludó y fué á reunirse con unas señoras que se hallaban á la parte opuesta del salón.

Salvador, satisfecho de la comisión que le había dado la baronesa, y abrigando la confianza de que aquel negocio podía serle provechoso, se dirigió á la salita de fumar, en donde se hallaba medio tendido en un diván su amigo Esteban Terreño.

—Tu historia de los amores de Alejandro con Gabriela de los Angeles ha producido buen efecto,—dijo Salvador en voz baja, sentándose al lado de su amigo.

—Lo esperaba; hay ciertas mujeres, amigo Salvador, que no saben dominar las impresiones de su corazón, que revelan en sus ojos los impulsos de su alma, y la baronesa pertenece á ese género.

—Yo creo que Isabel de Romelia comienza á sentir las primeras simpatías del amor por nuestro joven africano, por el que ha venido á destruir todos nuestros planes.

—Yo creo lo mismo; pero cuenta, cuenta tu escena con la baronesa, pues ya sabes que los dos estamos interesados en que ese joven africano que nos ha caído de las nubes, ó por mejor decir, que nos ha traído un huracán desde el golfo de Guinea, muera sin herederos forzosos.

CAPITULO V.

Donde la baronesa se lamenta del sueño de su marido.

El poeta Amadeo Nasón, que amaba á Isabel de Romelia como á una hija, que conocía á fondo su carácter, sus debilidades y sus caprichos, temía siempre que cometiera alguna inconveniencia de esas ruidosas que ponen fin á la paz del matrimonio, dando principio á una era de disgustos y batallas domésticas.

Sin otros vínculos que los de la buena amistad que le habían unido en otros tiempos con los condes de Romelia y el cariño verdaderamente paternal que profesaba á Isabel, el viejo poeta vivía siempre sobresaltado y diciéndose alguna que otra vez para su capote que si Dios no le había dado hijos, en cambio el demonio le daba sobrinos y quebraderos de cabeza.

La noche que nos ocupa, don Amadeo creyó notar que la baronesa estaba muy nerviosa y sobre todo que tomaba con un calor algo inconveniente las proezas y las excentricidades

del joven africano que había llevado á cabo una barbaridad de á folio en la Castellana, porque barbaridad y no floja es ponerse á luchar un hombre desarmado con dos hombres armados de navaja.

Deseaba, pues, dar un consejo á su hija adoptiva antes que sus imprudencias revelaran á otros lo que él ya sospechaba y temía.

Aprovechando, pues, una ocasión, cogió del brazo á la baronesa y se la llevó al ángulo más solitario del salón, y sentándola en una silla, ocupó él otra á su lado.

—¿Qué es esto, querido papá?—le dijo Isabel con alegre entonación.—¿Por qué me conduce usted tan lejos de la gente? ¿Va usted á hacerme una declaración de amor?... Cuidado, señor poeta, cuidado, porque mi celoso marido puede despertarse; hace dos horas que duerme como un bienaventurado detrás de aquella cortina de terciopelo.

Y la baronesa, si no soltó una carcajada porque hubiera sido inconveniente, se rió de un modo muy acentuado.

—Siempre fuiste una loquilla encantadora y temo que sigas siéndolo hasta la hora de tu muerte,—añadió Nasón sonriéndose.—Tratas á tu marido con un desprecio que me disgusta, siempre te hallas dispuesta á burlarte de él, eres incorregible; deberías respetarle un poco más, porque Andrés es un hombre de bien que se desvive por complacerte y tiene en tí una completa confianza, y esta confianza obliga mucho á las mujeres casadas.

—¡Cómo!...—exclamó Isabel haciendo un gesto encantador.—¡El señor barón de Morgal se desvive por alguien!... ¿Sería posible eso, mi querido Catón, mi adorado censor?...

¡Mi marido pasar frío por su mujercita! ¡Mi caro esposo, cuya vida es un sueño prolongado que sólo se interrumpe para comer y bostezar!

Aquí la baronesa hizo un gesto tan cómico, que don Amadeo no pudo contener la risa.

—Vamos, Isabel, ten un poco de formalidad si quieres que seamos buenos amigos y que te quiera como á una hija.

—Seré todo lo formal que usted quiera, pero no por eso dormirá menos; es un vicio que tiene en la sangre, tal vez una enfermedad, y francamente, mi querido Aristarco, míreme usted bien á la cara: ¿no cree usted que ese sueño es ofensivo para una mujer de mis condiciones? ¡Ah! Un marido que duerme veinte horas al día no puede exigirle á su mujer que sea una Penélope, una Saffo, una Eloísa ó una Isabel Segura.

—Bien, bien; dejemos á tu marido y hablemos de tí.

—Puesto que usted se declara en derrota sobre ese punto, hablemos de lo que usted quiera.

—Querida Isabel, te prevengo que si desoyes mis consejos, si sigues siendo incorregible, me enfado contigo, me encierro en mi casa y no vengo á verte más.

—En ese caso iré yo á verle á usted, y asunto concluído.

Este arranque de carriño enterneció indudablemente el alma sensible del viejo poeta, y dijo con sentida y dulce entonación:

—Verdaderamente, hija mía, es una gran desgracia para tí y para tu marido la incompatibilidad de vuestros caracteres y de vuestro temperamento.

—No, no; para él no, pues pasa la vida durmiendo; la

desgracia es para mí sola, que me paso la vida velando su sueño.

—Cuando el mal no tiene remedio, la mujer que es digna y aprecia su nombre debe sacrificarse, sufrirlo todo con resignación.

—Esa es una apreciación dictada por el egoismo de los hombres; pero desgraciadamente yo no tengo vocación para ser mártir, y me rebelo ante la indiferencia humillante y vergonzosa que me hace pasar mi marido.

—Sí, tú lo has dicho; te rebelás, y algunas veces te olvidas de tí misma.

—¡Ah! Mi querido amigo, le veo dispuesto á entrar en un terreno resbaladizo... Cambiemos de conversación.

—Bien, puesto que lo quieres, dejemos á tu marido dormir tranquilamente y hablemos un poco de ese joven africano que os trae alborotadas con sus proezas novelescas.

Don Amadeo dijo las anteriores palabras con el tono más natural del mundo; pero la baronesa, sonriéndose con malicia, añadió:

—No sé por qué se me figura que ese cambio de conversación que yo propongo y usted acepta no es tal cambio, y nos va á conducir de nuevo al punto de partida.

—¡Ah! ¿Me supones una segunda intención?

—¿No ve usted, mi querido don Amadeo, que nos conocemos mucho los dos?

—Lo cual es una gran ventaja, pues lo difícil, hija mía, en este pícaro mundo es conocer á las personas que tratamos; pero luego de conocidas, ya no hay peligro de que nos engañen.

—Vamos, mi viejo poeta, hablemos con franqueza: ¿qué es lo que usted quiere decirme?... porque usted quiere decirme algo.

—¡Quién lo duda!—añadió Nasón.—Quiero decirte que he notado, con sentimiento, que te ocupas más de lo que conviene de ese joven á quien llamáis el africano, y como ya hemos convenido que nos conocemos mutuamente, temo que cometas alguna locura y que esta locura nos proporcione á todos muchos disgustos.

—¿De manera que para usted, mi querido papá Amadeo, es una locura sentir simpatías por una persona?

—Según y conforme. Las simpatías que una mujer joven y hermosa como tú siente por un joven y hermoso como Alejandro de Robledano suelen degenerar en amor, y una mujer casada sólo debe amar á su marido.

—¿Aunque el marido se duerma y ronque?—preguntó Isabel inclinando su preciosa cabeza sobre el hombro derecho y mirando de un modo picaresco á su viejo amigo.

—Sí, aunque se duerma y ronque; sólo que la mujer sensata procura despertarle de un modo dulce, y hacerle comprender que no es higiénico dormir tanto.

—El sueño tiene una grosería insoportable, y además, eso que usted quiere es muy difícil en nuestros tiempos.

—¡Difícil!... ¿Y por qué?

—Toma, porque ya los ángeles no bajan á la tierra como en los tiempos bienaventurados del patriarca Abrahám.

—¡Ah! Querida Isabel,—exclamó Nasón, moviendo la cabeza en señal de disgusto.—Tú posees todas las condiciones para ser un verdadero ángel de la tierra y te empeñas en ser

un diablillo. Dios quiera que ese capricho femenino no nos proporcione grandes disgustos.

—Si así sucede, la culpa no será toda mía, pues alguna parte de ella le corresponderá á mi dormilón y prosaico marido, porque usted, que tan perfectamente conoce el corazón humano; usted, que es hombre de mundo y de talento, no ignora que casi siempre que una mujer casada se distrae y compara, la culpa es del marido, que entra demasiado pronto en la vida de la prosa, pierde las formas galantes que tanto nos seducen, y se presenta en la alcoba conyugal con el horrible gorro de dormir calado hasta las cejas y bostezando con toda la boca como un patán. Créame usted, querido papá, el peor enemigo de un hombre casado, que tiene una mujer bonita, es siempre el mismo marido. La experiencia lo viene demostrando desde tiempo inmemorial, y sin embargo, el hombre es tan malo, tan egoista, que no cesa de echar la culpa á las pobres mujeres que, con un poco de cariño, otro poco de poesía y otro poco de consideraciones, se las conduce adonde se quiere como débiles ovejas.

Amadeo escuchaba con complacencia á la baronesa, pero al mismo tiempo la compadecía en el fondo de su alma.

—¡Qué lástima tan grande!—dijo, como si hablara consigo mismo.—Eres una mujer encantadora, posees condiciones para hacer feliz á un hombre, pero...

—Querido viejo mío, yo no soy otra cosa que una mujer que se aburre,—dijo precipitadamente Isabel;—una mujer de veintiséis años que tiene un marido que se duerme, que bosteza, que nada desea, y francamente, no sé adónde me conducirá esa indiferencia y ese sueño eterno.

—Di más bien adónde te ha conducido,—añadió Amadeo con cariñosa severidad.—Si en algo aprecias á este pobre viejo que tanto te ama, créeme, Isabel, borra de tu memoria ese nuevo nombre que desde esta tarde se ha grabado en ella con tenacidad... Es una desgracia el sueño de tu marido; pero óyeme y medita mis palabras: el día que el barón de Morgal despierte, esa desgracia puede convertirse en una catástrofe. Yo conozco á tu marido, yo te conozco á tí; no olvides mis consejos.

Y Amadeo, levantándose de la silla, añadió:

—Un escándalo sería una desgracia para todos... Medítalo bien. Buenas noches, hija mía.

Y el poeta Nasón se separó de la baronesa, dejándola un tanto preocupada con sus consejos.

LIBRO VII.

VIDA NUEVA.

CAPITULO PRIMERO.

Donde comienza la comedia.

Teresa había cambiado completamente de conducta desde el día siguiente que dejó de existir su tío don Mateo de Robledano.

Aleccionada por Salvador Verdemar, hombre de su confianza, y viendo que nosolamente estaba arruinada, sino que todos sus planes se derrumbaban con la aparición inesperada de Alejandro, de aquel hijo ignorado que acababa de llegar de América, comprendió que era preciso á toda costa ganarse la voluntad, la confianza y el corazón de aquel primo aborrecido que la desheredaba y á quien hubiera muerto, dejándose llevar de su instinto, á no temer las consecuencias de un crimen.

Atendido su carácter, el nuevo papel que se proponía representar iba á costarle gran violencia; pero supo dominarse, cubrir bajo la careta de la más inofensiva humildad todo el odio que encerraba su corazón, porque aquel malhadado due-

lo, que le había costado casi todas sus economías, la dejaba arruinada.

Teresa pasó largas horas de meditación, y resuelta por fin á seguir los consejos de Salvador y á cambiar por completo de conducta, al día siguiente de enterrar á su tío se presentó en la habitación de Alejandro vestida de luto y con el tímido ademán de una pobre muchacha, de una mártir resignada con su suerte.

—Alejandro, vengo á despedirme de tí,—le dijo bajando los ojos llenos de lágrimas.

—¡A despedirte!... ¿Pues adónde vas?—le preguntó Alejandro sin disimular su asombro.

—No lo sé aún,—contestó Teresa haciendo un movimiento significativo con los hombros;—pero conozco que, muerto mi tío, mi bienhechor, mi segundo padre, el hermano de mi madre, como las cosas han cambiado mucho en esta casa, no debo permanecer en ella.

—Muerto tu tío, te queda tu primo hermano, que soy yo,—contestó Alejandro con su proverbial franqueza,—y por consiguiente puedes permanecer aquí lo mismo que antes, pues no creo que me juzgues tan malo que desconozca la situación en que te hallas y el parentesco que nos une.

—Pero en esta casa no permanecerás tú siempre,—repuso Teresa con tono humilde;—eres joven, libre, sin lazos que te unan á Madrid, tienes gran afición á los viajes, y creo que no te propondrás llevarme contigo, porque yo sería una rémora, un obstáculo para tí.

—Efectivamente, querida Teresa, es muy probable que emprenda algún viaje, que visite América, Africa; pero es-

toy seguro de que no he de llevarme acuestas esta casa—, añadió Alejandro riéndose,—y aunque yo me vaya, tú te quedarás aquí como verdadera dueña y legítima representante de tu primo.

—Pero ¿con qué condiciones?—preguntó Teresa con disimulado recelo.

—Con las que tú quieras; ya te he dicho que serás el ama durante mi ausencia, y cuando yo permanezca aquí serás el ama también, porque puedes creerme, Teresa, yo no he venido á España á causarte el menor perjuicio voluntariamente.

—Sí, ya lo comprendo, Alejandro, y aunque hace poco tiempo que te trato, sé que tu corazón es noble y generoso.

—Yo no ignoro, querida Teresa, que á no presentarme yo en esta casa como caído del cielo y precisamente cuando mi padre se hallaba agonizando, es de suponer que hubiera nombrado á sus sobrinos herederos de su fortuna. Yo digo siempre lo que siento, aunque sea en perjuicio mío. Antepongo la verdad á todo; pero vive tranquila, yo no he de desconocer el daño que te he hecho, y te suplico que permanezcas en esta casa, que es la tuya. Además, necesito una persona de mi completa confianza que se encargue del gobierno de mi casa, que se entienda con los criados, que disponga y mande en absoluto, que pague las cuentas sin necesidad de consultarme, y nadie mejor que tú; por consiguiente, no me hables más de marcharte, te encierro en mi casa, ¿lo entiendes?... Te retengo prisionera con el derecho de la fuerza, y asunto concluído.

Alejandro, cuyo hermoso corazón no conocía la perfidia,

cogió con fraternal cariño con el índice y el pulgar de la mano derecha la barba de Teresa, y añadió:

—¡Ah! Te autorizo para que me reprendas severamente siempre que me veas hacer algo que no sea correcto, porque desde hoy quedas revestida de todos los atributos de hermana.

Teresa, que aquellas francas declaraciones la llenaban de inmensa alegría, cogió una de las manos de Alejandro, y besándola y humedeciéndola con sus lágrimas, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué bueno eres!... No es posible que exista un corazón más hermoso que el tuyo; yo necesito que me perdones, pues lo confieso, Alejandro, lo confieso llena de rubor: al verte entrar en esta casa pensé mal de tí, te miré con malos ojos; pero desde ahora, yo te lo juro por la memoria de mi madre, haré lo que tú me mandes, porque, muerto mi querido tío, el noble protector que me recogió niña y huérfana, mi segundo padre, no tengo pariente ni otro amparo sobre la tierra que tú.

—Pues precisamente, querida Teresa, á mí me sucede lo mismo; tú y Jacobo sois los únicos parientes que me quedan, y me avergonzaría de mí mismo si algún día os diera motivo para que me tratárais de desnaturalizado. Pero tranquilízate, ese día no llegará.

Desde la mañana que tuvo lugar la anterior escena, Teresa se encargó del gobierno de la casa, con gran disgusto de los criados, y en particular de Pancho el mulato, pues á todos era antipática y repulsiva aquella mujer tan desfavorecida por la naturaleza.

Pero Teresa se había propuesto representar una comedia,

y representarla bien; su carácter áspero y desabrido se tornó dulce, y su intemperancia en cariñosa humildad.

La metamorfosis fué tan completa, que todo el mundo en la casa se asombraba, y á fuer de gente justa, fueron poco á poco ratificando la opinión que les merecía la señorita Teresa.

Sólo una personalidad permanecía en guardia: el mulato Pancho, el leal servidor de don Mateo, que le había oído decir mil veces estas palabras: «Mi sobrina es mala, es envidiosa, rencorosa, desagradecida, lo lleva en la sangre como su madre; estoy seguro que si pudiera matarme con una mirada, me mataría. Cuando la reprendo baja la cabeza y se muerde los labios hasta hacerse sangre; pero con más gusto me mordería á mí. Sin embargo, es preciso tenerla lástima, compadecerse de ella, y á pesar de sus defectos, no la olvidaré en mi testamento, le dejaré un pedazo de pan para que no se vea precisada á pedir limosna.»

Pancho recordaba todas estas conversaciones que había tenido con su amo, y le causaba no poco asombro el cambio radical de la señorita Teresa.

El carácter es lo que generalmente menos cambia en la criatura; un hombre flaco, como don Quijote , puede engordar hasta adquirir las setecientas libras de peso de Ricardo Brik, el famoso negociante inglés; pero generalmente el carácter nace y muere con la criatura, y sólo la educación suele modificarlo un poco.

Como Pancho el mulato era un hombre leal, se propuso vivir alerta, sin comunicar sus recelos y sus temores á su nuevo amo.

Mientras tanto, Teresa no estaba descontenta del giro que iban tomando sus negocios.

Por el pronto, como Alejandro era un hombre generoso, no examinaba las cuentas, y ella podía ir poco á poco haciendo su pacotilla, es decir, guardando como la hormiga para el invierno.

Durante el novenario que siguió á la muerte de don Mateo de Robledano, Alejandro no salió de la quinta de Carabanchel.

Mataba el tiempo hablando de su difunta madre con el capitán Tordera y con el padre Marcelo, dos huéspedes que procuraba retener á su lado, porque sentía hacia ellos un verdadero cariño.

Los tres paseaban largos ratos por el jardín hablando de América y de Africa.

En estos días de retraimiento, Alejandro escribió una larga carta al pastor Dikson, de la ciudad de Monrovia.

En esta carta le daba cuenta de su cambio de fortuna y de la sentida muerte de su madre, ofreciéndole hacer un viaje al golfo de Guinea sólo por el placer de darle un abrazo y dejar un recuerdo en la república de Liberia, su patria adoptiva, que en una época tristísima de su vida le había recibido á él y á su madre con los brazos abiertos.

Un hombre como Alejandro no podía olvidar aquellas tierras hospitalarias en donde había aprendido á ser hombre libre; su corazón era demasiado grande, demasiado hermoso para mancharse con la ingratitud.

Salvador Verdemar, que visitaba todas las tardes la quinta de Carabanchel, iba poco á poco conquistándose las sim-

patías y la confianza de Alejandro, porque Salvador era uno de esos hombres serviciales que están siempre dispuestos á decir que sí á todo y en cuyos labios juguetea siempre una sonrisa.

Salvador no encontraba nunca obstáculos ni dificultades cuando se trataba de complacer á Alejandro.

Todas las tardes, al presentarse Salvador en la quinta de Carabanchel, Alejandro le daba una nota de los libros que le hacían falta, porque el difunto don Mateo, que tenía una fortuna de ochenta millones de reales, tenía una biblioteca excesivamente pobre, que no llegaba á cien volúmenes. Bien es verdad que don Mateo no se había hecho rico con las letras, sino con los números, y jamás se había tomado la molestia de consignar en su presupuesto la menor cantidad para libros.

Alejandro pensaba de otra manera que su padre, y quiso tener una biblioteca digna de un hombre ilustrado que poseía varios idiomas. A esta faena literaria se dedicaban algunas horas el padre Marcelo y él; por eso todas las tardes Salvador Verdemar recibía una lista de títulos para comprar libros en Madrid.

Como nuestro agente se desvivía por complacer á Alejandro, fué poco á poco adquiriendo sus simpatías, y con las simpatías cierta autoridad que le daba voz y voto en la casa.

Algunas tardes, paseándose por el jardín, Verdemar le hacía comprender á Alejandro que un hombre joven y rico como él debía tener casa en Madrid y no vivir siempre en la solitaria quinta en donde había muerto su padre.

Al principio Alejandro rechazó el consejo de establecerse

en Madrid, diciendo que le gustaba el campo, los árboles, extender la vista por el dilatado cielo y respirar el aire puro; pero al fin se convenció de que un joven no podía vivir siempre en aquel destierro, por más que tuviese tres ó cuatro carruajes á su disposición para traerlo y llevarlo á Madrid á cualquier hora del día ó de la noche que se le ocurriese.

—No faltan en Madrid árboles ni hoteles con jardín,—repetía Salvador,—en donde se respira aire puro y se disfruta de hermosos horizontes. Usted es joven y necesita vivir en sociedad; la misantropía á los veinticinco años y ochenta millones en la gaveta es un contrasentido que está reñido con la naturaleza.

—¡Ah! Es verdad. En Madrid hay árboles raquíticos, jardines microscópicos que en nada se parecen á los bosques vírgenes de América y Africa,—contestaba Alejandro suspirando ante el recuerdo de aquellas selvas feraces, en donde había pasado y vivido libre la mayor parte de su vida.

Para un hombre que ha crecido en los bosques de Africa, que ha disfrutado de la sombra del gigantesco *boabat,* un hotel en la Castellana no es otra cosa que la jaula de un grillo, entre cuyos alambres se han colocado algunas hojitas de escarola.

Pero por fin Alejandro, como hemos dicho, accedió á los consejos de Verdemar, y se dijo:

—Mientras construyen en Inglaterra el buque para el hijo del capitán Tordera, ya que estoy en España no estará de sobra que estudie un poco la sociedad madrileña; pasaremos este invierno en Madrid, luego Dios dirá.

Alejandro autorizó á Salvador para que le buscara casa

en Madrid, y Salvador alquiló un hermoso piso principal en la plaza de la Independencia, con vistas al Retiro y un ancho y dilatado horizonte delante de sus balcones.

Se dió el encargo á uno de los mejores tapiceros de que amueblara aquellas habitaciones como correspondía á un soltero inmensamente rico, y desde entonces Alejandro pasaba unos días en Madrid y otros en Carabanchel, en grata compañía con el padre Marcelo, el capitán Tordera y su prima Teresa.

Salvador no estaba descontento del giro que habían tomado los negocios, y esperaba con paciencia y mala intención coger algún día el fruto de sus trabajos.

Sólo una nube empañaba el hermoso cielo de sus esperanzas, y esta nube era Esteban Terreño, porque Salvador sabía que Esteban era mal enemigo, y en cuanto á tenerle por amigo y socio, debía irse con gran cuidado, porque Terreño, como el león, quería siempre la mejor parte.

CAPITULO II.

Quitarse la careta.

Así las cosas, Salvador Verdemar, que estaba satisfecho de sí mismo, una mañana vió entrar en su despacho á Esteban Terreño, á quien no había visto hacía algunos días.

Esteban, con la franqueza propia de su carácter, se dejó caer en una butaca, y encendiendo un cigarrillo de papel, miró con cierta expresión burlona á su amigo, y le dijo:

—Querido Salvador, ya ves que he dejado pasar el novenario de la muerte de don Mateo de Robledano sin molestarte en lo más mínimo. He comprendido que tendrías grandes ocupaciones en la casa mortuoria, y he respetado esas ocupaciones; pero ahora, que te supongo libre y tranquilo, vengo á que hablemos con la franqueza, con la lealtad que corresponde á dos buenos amigos como nosotros.

Salvador comprendió al momento, por el tono con que fueron pronunciadas las anteriores palabras, que Esteban tenía algo que pedirle, y que de seguro aquella visita terminaría con un atentado contra su gaveta.

Desde este instante se puso en guardia, porque conociendo á fondo á su amigo, no estaba demás ponerse en guardia.

—Yo tendría motivos para reconvenirte por tu falta de franqueza y de lealtad conmigo,—añadió Esteban, chupando su cigarrillo con perfecta indiferencia;—pero no soy rencoroso, y como comprendo que aún puedo serte útil, olvido mi resentimiento, y ya lo ves, vengo á verte con la humildad propia de mi carácter.

—Con franqueza, querido Esteban, todo lo que me dices está para mí en griego, pues no entiendo una palabra,—dijo Salvador, haciendo un movimiento característico con los hombros.

—Siempre te he creído un hombre listo, de esos que aciertan, que adivinan los pensamientos; pero ya que hoy tu inteligencia, según parece, se encuentra algo ofuscada, procuraré, hablándote con perfecta claridad, que me comprendas.

Esteban chupó su cigarro, miró á Salvador con fijeza, y volvió á decir:

—Antes de presentarse en Madrid Alejandro, ese hijo del amor á quien nadie esperaba, tu plan y el de Teresa era sencillamente apoderarse de la fortuna de don Mateo, plan que yo apruebo, y que siento con toda el alma que no lo hayáis realizado, porque, chico, ochenta millones de reales valen la pena de arriesgar algo.

—No te comprendo,—dijo Salvador, palideciendo un poco ante la franca y brusca introducción de su amigo.

—Un poco de calma, que ya me comprenderás, pues yo sé que tu inteligencia es clara y despejada como pocas. Supongo que no habréis borrado de la memoria que yo, de un

modo digno y caballeresco, que tiene el mérito de ahuyentar toda sospecha, os libré de un pariente que estorbaba para la realización de vuestro plan, y quizás os hubiera librado del otro. Pero como el hombre propone y Dios dispone, antes de que el viejo moribundo exhalara el último suspiro vino un hijo del otro mundo, y con sus manos lavadas *copó la banca.* Esto fué un contratiempo funesto.

—Querido Esteban, veo que caminas por un terreno falso y de puras suposiciones.

—No son suposiciones, querido Salvador, son hechos consumados que tienen una gran fuerza ante la lógica y la razón.

Salvador hizo un gesto de indiferencia.

Esteban volvió á decir:

—No me precio de ser un Salomón, pero tampoco me creo un estúpido de esos que *se caen del nido.* Desde el momento que tú me dabas dinero por despachar á quien tú sabes, conociéndote á fondo, supuse que te convenía, que era un buen negocio. Como para algunos caracteres tenaces querer es poder, quise saber algo más de lo que tú me habías dicho, quise conocer á la señora que se interesaba en la muerte de un prójimo, y á fuerza de indagar, de inquirir y de pasar algunas horas en acecho en un ventorro de Carabanchel, he llegado á saber la verdad, es decir, que tú y Teresa...

Al oir este nombre, Salvador se estremeció visiblemente, y Esteban continuó, sonriéndose con malicia:

—Sí, Teresa, la sobrina carnal de don Mateo, la prima hermana del que se batió conmigo; Teresa, tu asociada, la que te ayuda á tender las redes para pescar esos ochenta millones de reales, suma que redondea á cualquiera, por muy exigente

sea; y como tú y yo somos buenos amigos, y sin que me supongas vanidoso creo que puedo serte útil para terminar ese negocio, vengo á ofrecerme incondicionalmente, pero al mismo tiempo vengo también á pedir mi parte: esto me parece justo.

—Aun en el caso de que fuera cierto lo que supones,—repuso Salvador algo inquieto,—muerto don Mateo de Robledano y nombrado en toda regla heredero universal á su hijo Alejandro, todo concluyó, y ese plan que, según dices, habíamos formado Teresa y yo, se derrumba como un castillo de naipes ante un débil soplo de viento.

—Poco á poco,—repuso Esteban.—Si una funesta casualidad os ha impedido heredar al padre, puede otra casualidad bienhechora poneros en situación de heredar al hijo.

Verdemar se quedó mirando á Esteban, que le miraba á su vez sonriéndose.

—A mí me parece más fácil heredar al hijo que heredar al padre,—repuso Esteban, después de una corta pausa;—porque Alejandro es joven, impetuoso, con un carácter más propio para vivir en un bosque de Africa que en los salones del gran mundo, porque en estos centros aristocráticos, donde la buena forma lo es todo, una inconveniencia se suelta pronto, y no falta alguno que la recoja con el cañón de una pistola ó con la punta de un florete. En fin, yo creo que tú y y Teresa me necesitáis para salir airosos en vuestro empeño; sin mí, vuestro negocio no vale un cigarrillo de papel.

Y Esteban, como Salvador guardaba silencio, volvió á decir:

—Conozco á Alejandro, le he tratado en la Habana, y aun

creo que no me tiene muy buena voluntad. Su carácter es quebradizo, poco sufrido, y como es valiente y tiene en mucho su decoro, nada tan fácil como sacarle de quicio el día que se quiera.

Salvador comenzaba á comprender á su amigo.

—A un hombre como Alejandro se le conduce adonde se quiere, porque sabido es que el leal sólo vive lo que el traidor quiere. Pero antes de provocarle, antes de tener un choque con él, en el que no dudo que se arriesga la vida, conviene que alguna persona de la familia se gane sus simpatías, que es, como si dijéramos, ganarse una gran parte de sus millones. ¿No te parece que esa persona podía ser su prima Teresa?

Salvador comprendió que un aliado como Esteban Terreño, dispuesto siempre á jugarse la vida por un puñado de oro, podía serle muy conveniente en ciertas ocasiones, y si bien nada dijo que le comprometiera, porque Verdemar era un hombre astuto y receloso, le dejó entender que aceptaba en parte su alianza.

Desde aquel momento, Alejandro no dió un paso sin que le espiaran, ó Teresa, ó Salvador, ó Esteban.

Como Alejandro era un hombre impresionable y vehemente, que ignoraba el modo de ocultar sus afecciones, no era difícil adivinarle hasta los pensamientos, porque era un hombre tan franco, tan expansivo, que ignoraba por completo el fingimiento.

Así estaban las cosas á la terminación del primer mes de luto, cuando una mañana Alejandro participó á su prima Teresa que se marchaba á Londres con el capitán Tordera; pero

había podido conseguir del padre Marcelo que se quedara en Madrid hasta su regreso.

—Todo seguirá aquí lo mismo, como si yo estuviera,—añadió Alejandro,—aunque nada puedo decirte del tiempo que durará mi viaje. El padre Marcelo, accediendo á mis súplicas, será nuestro apoderado general hasta mi vuelta, y él tiene orden de entregarte todas las cantidades que necesites para el gasto de la casa.

Al día siguiente, Alejandro y el capitán Tordera salieron de Madrid en el expreso de Francia.

Desde Londres, Alejandro y Tordera se trasladaron á Liverpool, sin otro objeto que el de comprar el buque ofrecido.

—Nada de miserias, amigo Tordera,—le dijo Alejandro;—es preciso comprar un buque digno de un marino como usted, un buque de esos que llaman la atención cuando echan las anclas en un puerto. Además, mi padre así me lo tiene encargado, y sus deseos son órdenes para mí.

En los astilleros de Liverpool se estaba terminando un hermoso buque destinado á un rico armador francés que lo había mandado construir para su hijo, capitán mercante de la carrera de América.

El viejo Tordera quedó prendado de aquel precioso buque que, según él, debía tener grandes condiciones marineras.

El viejo capitán movía en señal de asombro la cabeza y juntaba las manos, dando vueltas en derredor de aquella preciosidad náutica.

Alejandro propuso entonces al constructor que se lo cediera, y se hizo la venta, mediante una prima, mandando que se pusiera en la popa el nombre de *Cora*.

Después de esto, el capitán Tordera se quedó en una fonda de Liverpool para inspeccionar la terminación del buque y esperar á su hijo y á los marineros que debían tripularle.

—Quisiera encontrar flete para España, sobre todo para Valencia, para que todos los amigos y parientes vieran entrar en el puerto á nuestra hermosa *Cora*.

Alejandro, desde Liverpool, se trasladó á Londres, pues tenía que ver al superior de las misiones de Africa para tratar con él de un asunto del padre Marcelo.

Un día, al subir Alejandro las escaleras de su hotel, le llamó la atención una hermosa y elegante joven que bajaba apoyada en el brazo de un caballero, que indudablemente debía ser su padre.

Aquella joven miró también á Alejandro, y éste, involuntariamente y como fascinado por aquella mirada, se detuvo.

La desconocida iba hablando en español, y el timbre de su voz era tan claro, tan armonioso, que llamó vivamente la atención de Alejandro.

En el primer llano de la escalera se hallaba un camarero, y Alejandro, dejándose llevar de los impulsos de su corazón, le preguntó:

—¿Quién es esa joven?

—¿No la conoce usted?—contestó con asombro el camarero.

—Si la conociera no me tomaría el trabajo de preguntárselo á usted,—añadió Alejandro.

—Es verdad,—repuso el criado riéndose;—pues esa señorita es la célebre *prima donna* del teatro de la Ópera Italiana, que ha *debutado* hace unos días y que ha tenido un

gran éxito. En todo Londres no se habla de otra cosa; se llama Gabriela de los Angeles, es española.

Alejandro entró en su cuarto pensando en aquella joven que con una sola mirada le había fascinado.

Aquel mismo día compró un precioso retrato de Gabriela en un almacén de música, en cuyo lujoso escaparate se hallaban expuestas las fotografías de todos los artistas de la Ópera Italiana.

Alejandro, al regresar á la fonda, puso el retrato de Gabriela sobre la mesa, se sentó en una silla, y estuvo contemplándolo mucho rato.

Aquella contemplación le hacía sentir efectos desconocidos para él hasta entonces.

Durante ocho días mantuvo una lucha tenaz consigo mismo; deseaba oir á la célebre cantante de quien todo el mundo hablaba con gran elogio, pero el deber le recordaba que no era muy correcto ir al teatro estando de riguroso luto por la muerte de su padre.

Alejandro no era hipócrita, comprendía que el luto no debe llevarse sobre el cuerpo, sino en el alma. La muerte de su padre le había afectado poco, no así la de su madre, que le había dejado un profundo vacío en el corazón.

—Pero ¿quién me conoce en Londres?—se decía para disculpar los deseos de oir á Gabriela.—Nadie; soy uno de esos ochocientos mil forasteros que entran y salen diariamente en la capital de Inglaterra sin que nadie se fije en ellos; estoy seguro que no vendrán á reconvenirme porque vaya al teatro.

A pesar de estas reflexiones, que se dirigía para tranqui-

lizar su conciencia, Alejandro no se decidía á ir al teatro, pero en cambio leía con avidez todos los periódicos que hablaban de la famosa cantante, y procuraba encontrarla cuando iba á los ensayos ó salía á paseo, siempre del brazo de aquel caballero con quien la había visto la primera vez.

Aquel hombre, joven aún, elegante y hermoso, le preocupaba un tanto, porque á no ser su padre ¿qué relaciones le unían con Gabriela de los Angeles?

La prensa anunció el beneficio y la despedida de Londres de la célebre *diva* española. La función se componía de un acto de *El Barbero de Sevilla,* y varios dúos y arias de distintas óperas.

Aseguraban que el beneficio de la tiple iba á ser un acontecimiento musical, porque se había elegido lo más selecto de su repertorio.

Alejandro no pudo resistir, y fué á encargar una butaca de orquesta en la contaduría del teatro.

Llegó la noche designada para el beneficio. La concurrencia fué tan numerosa como escogida; la familia real ocupaba el palco regio; todos los embajadores, toda la aristocracia de la sangre, de la banca y del talento se habían citado aquella noche en el coliseo para despedirse de la artista española.

Alejandro ocupó su localidad antes de que comenzara la sinfonía.

—¡Ah! Desde aquí la veré mejor que nadie,—se dijo;—no se me escapará ni un gesto, ni una sonrisa, ni una mirada.

Y al decir esto, un estremecimiento general agitó su cuerpo.

¿Qué era aquello que sentía? Ni él mismo podía explicárselo, pero por nada del mundo hubiera abandonado su butaca.

Cuando Gabriela salió á la escena fué saludada por un aplauso que duró dos minutos.

Alejandro no aplaudió; sus manos permanecieron inmóviles; pero su voluntad, su alma, aplaudían con frenesí, y su corazón latía con violencia.

Estaba fascinado, no apartaba los gemelos de aquella joven encantadora, que agradecía los aplausos del público inclinando la frente con modestia y sonriéndose como un ángel.

El teatro, los triunfos de los grandes artistas, ese ruído armonioso y embriagador que produce la gloria, era entonces un espectáculo nuevo para Alejandro, que había pasado la mayor parte de su vida en los bosques de Guinea luchando por la libertad de sus salvajes tribus.

Cuando el escenario se cubrió de flores y coronas, tributadas como justo homenaje á la privilegiada garganta de la *diva,* Alejandro hubiera querido tener toda la flor americana, todos los perfumes de la Arabia, para arrojarlos á los piés de aquella mujer encantadora.

Se retiró á su hotel embriagado ante el triunfo de Gabriela, durmió poco y mal aquella noche; en el fondo oscuro de su alcoba, aun con los ojos cerrados, veía á Gabriela rodeada de luz y sonriéndose.

El amor comenzaba á ejercer su poderosa influencia en aquella naturaleza virgen, semisalvaje, llena de vida.

Por un camarero del hotel supo al día siguiente que la cantante española salía para París, adonde iba á dar treinta representaciones.

Alejandro, que siempre se dejaba llevar por los impulsos de su corazón, y que ninguna ocupación importante le detenía en Londres, escribió una carta al capitán Melchor Tordera, que se hallaba en Liverpool, y salió para París.

Cruzó el Canal de la Mancha en el mismo vapor que Gabriela y Carlos Ferrán; pero durante la corta travesía, no vió á Gabriela, que algo indispuesta por el mareo, hizo el viaje encerrada en su camarote.

Desde el Havre á París fué en el mismo tren que la *prima donna,* y en París se hospedó en la misma fonda.

Asistía todas las noches al gran teatro de la Ópera cuando cantaba Gabriela. Su localidad era una butaca de proscenio pegada al escenario.

Algunas tardes, Gabriela y Carlos Ferrán paseaban en carretela descubierta por el bosque de Bolonia.

Alejandro se paseaba también á caballo.

Desde París, siguió á la célebre cantante á Berlín. Desde la capital de Alemania, á Florencia, y de Florencia, á Madrid.

Todas las noches Alejandro arrojaba á los piés de la *prima donna* un ramo de camelias blancas perfumadas con exquisitas esencias.

Oculta en el ramo iba siempre una tarjeta de cartulina que decía: «Un africano admirador de la cantante española.»

En Florencia, un crítico, sin duda en un rato de mal humor, ó por otras causas menos correctas, en una revista musical, trató con mortificante dureza á la *prima donna* Gabriela de los Angeles.

Alejandro se indignó ante tanta injusticia, fué á visitar al crítico, y le exigió una rectificación.

—Eso es imposible, amigo mío,—le contestó el revistero, dejando asomar á sus labios una sonrisa provocativa.—Lo escrito, escrito está; yo no tengo la mala costumbre de retractarme nunca. Además, ¿quién es usted para exigirme semejante sacrificio?... ¿Es usted el esposo, el hermano, el amante?

Alejandro hizo un brusco movimiento como para castigar á aquel insolente, pero se contuvo, y dijo:

—Soy un admirador de esa artista que usted ha tratado con tanta injusticia.

—Pues siento en el alma no poderle complacer.

—En ese caso, espero que me complazca usted en otro asunto.

—Según y conforme,—añadió el periodista.

—¡Oh! Es un asunto que acepta siempre todo hombre bien nacido, todo el que se precia de caballero, todo aquel que estima en algo su decoro y su honra; por lo tanto, creo que no tendrá usted inconveniente en batirse conmigo.

—Eso no lo rehuso yo nunca.

—Así lo esperaba.

Dos días después Alejandro y el periodista se batieron á pistola.

Alejandro destrozó de un balazo la mano derecha del crítico que con tanta injusticia había tratado á la *prima donna.*

En Florencia se habló mucho de este lance, y como el crítico era un hombre antipático por la agresiva forma de sus revistas y la parcialidad irritante de sus apreciaciones, nadie se compadeció de su desgracia, pues se creyó justo y casi providencial que le hubieran destrozado aquella mano, inutilizándosela para esgrimir su pluma mojada en hiel.

Así las cosas, Gabriela llegó á Madrid, y en la primera representación vió caer á sus piés un ramo de camelias blancas con su correspondiente tarjeta.

—¡Ah! Ya tenemos aquí al africano,—exclamó Gabriela, dirigiéndole la palabra á Carlos Ferrán.

—Ese hombre nos persigue como si fuera nuestra sombra,—añadió el maestro riéndose.

—Pero preciso es confesar que es una sombra muy simpática, y sobre todo, muy blanca y muy perfumada,—añadió Gabriela, aspirando la fragancia que despedían las camelias.

—Es preciso que yo conozca á ese misterioso admirador, que no solamente nos sigue por todas partes y va arrojándote ramos de camelias, sino que se convierte en otro don Quijote desfacedor de entuertos.

—Pero ¿es real y efectivamente un africano, un hombre de color de bronce, con alquicel blanco y turbante verde?—preguntó riéndose Gabriela.

—En Florencia me aseguraron que el que se había batido con el crítico era un joven elegante y simpático.

—Pues entonces, ¿por qué se firma el africano?—preguntó Gabriela.

—Lo ignoro,—contestó Ferrán;—pero preciso será que lo sepamos.

—¡Oh! Sí, sí; tengo una gran curiosidad por conocer á ese misterioso personaje que nos sigue por todas partes, aunque yo sospecho que le conozco, y efectivamente, no tiene tipo árabe, pues más bien me parece inglés.

—Esa tenacidad tiene efectivamente algo del carácter excéntrico de los hijos de la Gran Bretaña; pero lo que desde

ahora puedo asegurar son dos cosas,—añadió Ferrán:—la primera, que es hombre rico, y la segunda que está enamorado de tí.

—Lo sentiría con toda mi alma,—añadió Gabriela riéndose,—porque á mí, entre amar á mi abuelito, amar á mi bienhechor y amar al divino arte de la música, no me queda amor para amar á un hombre.

—¡Bah! ¿Y qué sabes tú lo que queda dentro de tu hermoso corazoncito? El amor, hija mía, es una fuente inagotable de ternura que experimenta efectos tan variados como las flores de la tierra. Se puede amar de mil distintos modos cuando un alma sensible se difunde por nuestro sér, porque entonces todo en nosotros es amor.

Y Carlos, mirando con profunda expresión á Gabriela, continuó:

—Hay un amor, sin embargo, más potente, más poderoso, más avasallador que todos; ese amor hace de la criatura que lo siente un héroe ó un malvado, un santo ó un réprobo, conduce á la gloria, á la inmortalidad, á la admiración, ó nos empuja hacia ese negro abismo en donde se rebulle el desprecio y la ignorancia. Es tan dominante, tan absoluto, que no nos pide permiso para apoderarse de nuestra voluntad y de nuestro corazón. Manda y obedecemos, conduce á Saffo al suicidio, obliga á Páris á que arruine á su patria, eleva á Eloísa á la inmortalidad y á Isabel Segura á la admiración de las edades futuras. Si algún día sientes tú ese amor, pide á Dios que te lo inspire un hombre digno de merecerlo.

CAPITULO III.

Un artista jubilado.

Así estaban las cosas, cuando Alejandro de Robledano, después de once meses de viajar por el extranjero, regresó á Madrid, siguiendo siempre los pasos de Gabriela y el maestro Ferrán.

Teresa le reprendió tan dulcemente por su larga ausencia, que Alejandro se mostró complacido por el interés que su buena prima le demostraba.

Durante este tiempo todos los planes de Teresa, Salvador y Esteban quedaron, por decirlo así, paralizados; nada podían hacer mientras Alejandro permaneciera ausente, y no pocas veces se lamentaron de tan largo viaje.

Digamos ahora para concluir con estos antecedentes cómo Esteban supo, ó sospechó por lo menos, que Alejandro amaba á la célebre *prima donna* Gabriela de los Angeles.

Este amor, á ser cierto, destruía en parte sus planes, por-

que cuando se codicia la fortuna de un soltero que no tiene herederos forzosos siempre causa sobresalto el saber que trata de casarse con una mujer joven.

Era preciso por lo tanto evitar este matrimonio, poner obstáculos para que no se realizara.

Esteban Terreño conocía de las casas de juego, de esas *timbas* poco correctas que desgraciadamente hay en todas las grandes capitales, á un tenor de *cuarta fila* que se había quedado sin voz.

Este inválido de la escena italiana y de origen español, vivía unas veces de la caridad de los cantantes y otras de la generosidad de los jugadores gananciosos.

Era un hombre de buen trato, de finos modales: había pasado algunos años en Italia y recorrido toda la Europa, hablaba tres idiomas con bastante perfección, el francés, el italiano y el español; pero el vicio del juego le dominaba y le hacía sufrir grandes alternativas.

Siempre que llegaba al teatro Real de Madrid algún cantante nuevo, Faustino, pues éste era el nombre del tenor que nos ocupa, se presentaba á ofrecerle sus servicios, y como era hombre bien educado y de amena y correcta conversación, generalmente le aceptaban de intérprete y *cicerone,* protegiendo de esta manera al pobre profesor de canto, á quien una enfermedad de garganta había dejado sin voz.

Faustino nunca ponía precio á sus servicios, tomaba lo que le daban, lo mismo una moneda de cinco pesetas que un billete de mil francos, un pantalón que un gabán, porque sabido es que al pobre todo le hace.

Nuestro averiado tenor, que con buena ropa parecía un

caballero, sabía las vidas privadas de casi todes los cantantes más célebres de Europa.

Su conversación era amena, chispeante, tenía el talento de amoldarla á los oídos que la escuchaban, y á los postres de una comida, cuando el Champagne establecía la verbosidad y la confianza en derredor de la mesa, Faustino tenía un rico caudal de cuentos, de historietas de bastidores para todos los gustos, y las explicaba con gran oportunidad.

Jamás cometía la menor inconveniencia, y cuando era preciso no ver, cerraba los ojos.

En una palabra: Faustino vivía en el mundo sin enemigos y conquistándose simpatías por todas partes.

A pesar de estos dones inapreciables, nuestro tenor, por la pícara afición al juego, pasaba malas temporadas de dolorosa abstinencia, y algunas noches solía acostarse sin cenar.

Pero Faustino tenía un corazón grande y una resignación de mártir, y al acostarse bostezando sobre el inmundo jergón que le servía de cama, exclamaba con todo el extoicismo de los grandes filósofos de la antigüedad:

—El bien y el mal no duran cien años, detrás de esta abstinencia vendrá la abundancia, y entonces me vengaré de estas noches sin luz y sin pan. A dormir, y mañana será otro día.

Y efectivamente, Faustino se quedaba dormido, y tenía la dicha de soñar que Asuero y Lúculo le habían convidado á un banquete.

Pocos días después del estreno en el teatro Real de Madrid de Gabriela de los Angeles, Esteban se encontró á Faustino en la calle del Arenal.

El tenor sin voz estaba desconocido; sombrero, botas y gabán nuevo, cadena de oro, en fin, flamante como en aquellas épocas felices de su vida que tenía voz y cobraba nómina en los teatros italianos.

Esteban y Faustino, al verse, lanzaron una exclamación de gozo y se abrazaron como dos antiguos amigos que se encuentran después de mucho tiempo de no verse.

—¡Ah! Mi querido Faustino, estás hecho un príncipe, veo con satisfación que nadas en la abundancia, todo en tí brilla como el oro, y te doy mi más cordial enhorabuena.

—Sí, querido Esteban, sí,—contestó Faustino con petulancia,—en la actualidad no estoy mal, y sería injusto quejarme de la suerte.

—¿De modo que la *ruleta,* tu juego favorito, se porta bien?

—No, no es la *ruleta,* es que he encontrado un filón de oro, y lo estoy explotando.

—¡Ay, amigo mío! Los filones suelen perderse con facilidad.

—¡Qué le hemos de hacer!—añadió Faustino.—Cuando se pierda el que yo he encontrado tendré paciencia, y siempre me veré en la precisión de agradecerle esta envoltura que cubre mi cuerpo y que ha llamado tu atención, porque si me hubieras visto hace una semana, de seguro que te hubieras apartado de mí como de un leproso: había llegado á la cúspide de la decadencia, á la derrota más completa; figúrate que ni en la *timba* me dejaban entrar los porteros, tenía el aspecto de uno de esos futuros suicidas que andan por las calles de Madrid á sopapos con el hambre.

—¿Y á qué se debe esa trasformación, esa metamorfosis que celebro?—preguntó Esteban riéndose.

—Sólo el amor hace milagros,—contestó Faustino poniendo los ojos en blanco, y como si fuera á cantar el *espíritu gentil* del último acto de *La Favorita*.

—¡Ah, diantre! ¿Se ha enamorado de tí alguna vieja millonaria?

—Mi querido Esteban,—dijo Faustino poniéndose serio,—yo soy todo un caballero, aunque muchas veces no tengo ni reloj ni calendario; pero á pesar de eso, ni aun en los períodos de más álgida pobreza jamás se me ha ocurrido vender mi cuerpo como hacen algunos *traviatos,* que me inspiran tanto desprecio como repugnancia. Conste, pues, que yo no vendo mi cuerpo, pero que no tengo inconveniente en alquilar mi inteligencia; esto es más distinguido, y lo han hecho siempre los grandes hombres. Los canallas arruinan á las mujeres, viven á su costa, se hacen pagar sus caricias; los caballeros nos arruinamos por ellas. El hombre que come y viste del salario que le pasa su querida, se cubre de lodo y de vergüenza, se rebaja del nivel marcado por la dignidad humana...

—Etcétera, etcétera, etcétera,—añadió Esteban riéndose y dándole unas palmadas en la espalda á su amigo, aunque no pensaba de un modo tan digno como el arruinado tenor.—Lo importante, querido Faustino, es que prosperes, sea debido á tu cuerpo, ó á tu inteligencia.

—A mi inteligencia solamente, al repertorio inagotable de mi talento y de su poderoso auxiliar la memoria, que pongo siempre al servicio de aquel que los necesita, y muchas veces caen parroquianos rumbosos que me pagan bien; por

ejemplo, el que la casualidad me ha deparado hace algunos días, un joven millonario á quien Dios conserve su fortuna y su generosidad.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó Esteban.

—Se llama Alejandro de Robledano.

Al oir este nombre Esteban no pudo contener un brusco movimiento, y Faustino al notarle, le preguntó:

—¡Calla! ¿Le conoces?

—Personalmente no, pero he oído su nombre.

—Es un joven simpático, hermoso, franco, una especie de Otelo, pero menos moreno que el celoso amante de Desdémona. Según todos los síntomas, sospecho que mi generoso Mecenas está perdidamente enamorado de la *prima donna* Gabriela de los Angeles.

—Pero esas sospechas tendrán su fundamento.

—Yo he estudiado lógica, esa ciencia que enseña á discurrir y razonar con exactitud por medio de deducciones metódicas, y en todos los actos y apreciaciones de la vida me apoyo en la lógica. Un hombre que se acostara poniendo la mesa de noche por almohada ó que comiera con la cabeza en el suelo y los piés sobre la mesa, sería un hombre reñido con la lógica, ó por mejor decir, un pobre loco.

—¿De modo que crees que tu protector está enamorado de Gabriela?

—Estoy seguro de ello.

—Entonces te aconsejo que explotes ese amor.

—Haré todo cuanto pueda por complacerte.

—Pero ¿cómo diablos te ha caído esa fortuna de las nubes?

—No lo sé, ni he procurado averiguarlo; sin duda la Providencia, que no abandona nunca á los hombres de bien, ha tomado parte en este asunto, y compadecida ha dicho: «Voy á hacerle una caricia al pobre Faustino, es todo un caballero, con un corazón de oro y vestido de harapos». Sí, sí, indudablemente ha sido la Providencia.

Y Faustino se sonrió de un modo poco ortodoxo, porque el tenor inválido ni creía en Dios ni en el diablo.

—Pero ¿tú conocías á ese nuevo Alejandro?—preguntó Esteban, que tenía grandes deseos de hacer hablar á Faustino sin inspirarle sospechas.

—No por cierto. Pocas criaturas conocen bajo qué forma se les va á presentar la fortuna ni si para encontrarla es preciso echar por la derecha ó por la izquierda; pero figúrate que una noche me entregó el portero de bastidores del teatro Real una tarjeta que decía: «Una persona que tiene necesidad de hablar con usted de un asunto reservado le espera mañana á las siete de la noche en el restaurant de los Cisnes. Bastará que diga usted su nombre al encargado del mostrador para que le conduzcan al cuarto en donde se le espera para comer».

Faustino, haciendo un gesto expresivo, añadió:

—Al principio creí que aquello podría ser una broma de algún malintencionado, luego sospeché si sería alguna cotorrona despreocupada de aquellas que conocí en mis épocas de prosperidad, y esto me disgustaba, porque yo, á fuer de caballero, siempre que he comido con señoras he pagado la comida, y aquel día me encontraba casualmente sin un real.

—¿No iba firmada la tarjeta?

—Era un pedazo de cartulina blanca metida en un sobre.

—Continúa esa historia, me interesa; pero se me ocurre una cosa: el *café de Lisboa* está á dos pasos de aquí, vamos á tomar una botella de cerveza alemana y podrás contarme esa aventura con más comodidad.

—Dices bien, vamos á *Lisboa*,—contestó Faustino.

Un momento después, sentados en un cómodo diván y con dos copas de cerveza delante, continuaba Faustino su interrumpido relato.

—Acudí á la cita con buen apetito, porque aquel día casualmente me fué imposible almorzar, no por falta de tiempo, sino por falta de dinero. Excuso decirte que cepillé el gabán y el sombrero lo mejor que pude, y me puse un cuello postizo para presentarme con decencia. El encargado del mostrador dió orden á un camarero para que me acompañara hasta el cuarto donde ya me estaban esperando. Al abrir la puerta vi á un joven elegante sentado en una butaca; se levantó y nos saludamos mutuamente con un ligero movimiento de cabeza.

—Señor Faustino,—me dijo,—me he tomado la libertad de convidar á usted á comer, y le agradezco que haya aceptado la invitación.

La mesa estaba espléndidamente servida; sobre un pequeño velador se veía una gran bandeja de plata llena de ostras y una botella de Soterre.

Te aseguro que el espectáculo que contemplaba mi vista era satisfactorio, sorprendente, seductor. Mi estómago fué á dar un rugido, pero yo le contuve, porque no me olvido nunca de que soy un caballero.

—Hace tiempo que la desgracia me azota sin compasión,—le dije inclinando con cierta dignidad la frente,—y permítame usted que le diga la profunda extrañeza que me causa el que usted, á quien no tengo el honor de conocer, se acuerde de mí para invitarme á comer.

—Señor Faustino,—contestó,—soy hombre franco y no tengo la mala costumbre de mentir nunca; le he invitado á usted á comer, porque necesito que usted me entere de ciertas cosas que tengo interés en saber. Si como espero me sirve usted con lealtad en esta ocasión, yo procuraré que la desgracia no continúe tratando á usted tan rudamente.

Comenzamos con las otras: estaban exquisitas, les hice el honor de comerme cinco docenas remojadas con tres copas de vino de Soterre. ¡Oh! Bienaventurados los ricos que pueden comer ostras y beber Soterre. ¡Qué estupidez tan grande ser pobre!

Durante los primeros platos reinó el más gastronómico silencio. Esto me demostró que mi joven anfitrión era hombre de talento, pues conociendo por mi pelaje, por la expresión de mi fisonomía y por mi modo de comer que tenía el hambre atrasada, no quiso molestarme con preguntas hasta que mi estómago se llenara, porque un estómago lleno es siempre agradecido.

Después se quedó mirándome con cierta benévola satisfacción, y me dijo:

—Usted, señor Faustino, tiene fama entre los cantantes de saber la vida y milagros de todos ellos, y yo necesito saber la historia de Gabriela de los Angeles y de ese hombre que la acompaña por todas partes, pues los he visto juntos

en Viena, en Londres, en Florencia, en París y en Madrid; sólo que en Madrid, en vez de vivir en un hotel como en otras capitales de España, viven en su casa, calle de Isabel la Católica, según me han dicho: ¿Quién es ese hombre? ¿Es padre de Gabriela?

—Pues ese hombre—le contesté—se llama Carlos Ferrán, es un famoso compositor, un gran músico; pero yo dudo que sea el padre de Gabriela, ó por mejor decir, casi me atrevería á asegurar que no es su padre.

—¡Ah! ¿No es su padre?—exclamó.

En esta exclamación y en el gesto sombrío que puso el joven Lúculo adiviné que amaba á Gabriela y que tenía celos del maestro Ferrán.

Yo soy generalmente compasivo, sobre todo con el prójimo que me convida á comer cuando tengo hambre; procuré tranquilizarle, y le dije:

—Pero estoy seguro, pues le conozco mucho, que el maestro Ferrán considera y respeta á Gabriela como si fuera su hija, y al anciano abuelo de Gabriela como si fuera su padre.

—¿Vive el abuelo de Gabriela?—me preguntó.

—Sí señor,—le respondí;—es un honrado profesor de violín, le conozco hace muchos años, desde que tocaba en la orquesta del teatro Real; Ferrán fué su discípulo, y le quiere y respeta como á un padre.

Por estas palabras comprendió mi anfitrión que no le habían engañado, que sabía la historia de Gabriela, de su abuelo y del maestro Ferrán, y me suplicó que se la contara con todos sus detalles.

Ya podrás suponer, querido Esteban, que accedí gustoso

á su súplica, y creo que quedó satisfecho de mí, pues á la conclusión del relato, de un modo tan fino como delicado, puso en mi mano un billete de mil pesetas, y me dijo con acento cariñoso:

—Señor Faustino, como supongo y deseo que seamos de hoy en adelante buenos amigos y pudiera suceder que algún día necesitara de usted, sería conveniente que un sastre se encargara mañana de trocar ese traje que usted lleva por otro nuevo. El hombre no debe abandonar nunca el aseo de su persona. En Africa, donde yo he vivido muchos años, sería otra cosa, allí la ropa no es nada, aquí lo es todo; y además, como tengo mi plan, tal vez necesite que reanude usted sus antiguas relaciones con el maestro Ferrán y el abuelito de Gabriela.

Después de esto me dió su reloj y su cadena de oro, añadiendo:

—Guárdelo usted como un recuerdo mío.

Y apuntándose las señas de mi casa y dándome á su vez las suyas, dió por terminada nuestra primera entrevista.

Ahora bien: como yo comprendo que puedo explotar, siéndole útil á la vez, la generosa y proctectora amistad de don Alejandro de Robledano, todas las mañanas paso por su habitación de la plaza de la Independencia á preguntarle si le puedo ser útil en algo, porque me precio de hombre agradecido.

—Bien, querido Faustino, bien,—exclamó Esteban con alegre entonación,—veo que eres un hombre aprovechado, y te auguro desde ahora que esa nueva amistad ha de producirte pingües ganancias.

—Así lo espero, y por eso procuro hacerme digno de ella.

—¿Y tú no sospechas en qué puede emplearte tu Mecenas?... ¿Por qué desea que vayas bien vestido?—preguntó Esteban.

—¡Ah, querido! Yo sospecho muchas cosas, pero de lo que está en lo porvenir aconseja la experiencia que no se diga una palabra.

—Pues yo supongo que vas á desempeñar con tu nuevo protector el papel de dios Mercurio.

—Pertenezco al teatro, y estoy dispuesto á representar cualquier papel, con tal de que me lo paguen bien.

—El empresario es rico y rumboso,—añadió riéndose Esteban.

—Efectivamente, cuatro mil reales de préstamo y un reloj con su cadena de oro de regalo; no tengo la menor queja, y le serviré con alma y vida.

—Ahora lo que te conviene, querido Faustino, es no visitar durante algún tiempo ninguna *timba*, porque de lo contrario, pudiera evaporarse en una hora de mala suerte tu reloj y cadena de oro y tu flamante guardarropa.

—Me lo he jurado; pero conozco al mismo tiempo que soy hombre poco firme en mis propósitos.

Así fué como Esteban Terreño supo que Alejandro de Robledano estaba enamorado de Gabriela de los Angeles.

Ahora, explicados estos antecedentes, que hemos creído indispensables, continuaremos nuestra narración.

CAPITULO IV.

El héroe del día.

Si aquel famoso y nunca bien ponderado rey de España que quería marchar el primero al frente de la civilización y el progreso pudiera tornar á la vida, abandonando por algunas horas su panteón del Escorial, grande, superlativo sería su asombro viendo lo que los españoles habían progresado desde aquel tiempo en que sus súbditos gritaban: ¡Vivan las *caenas!* y pedían á voz en cuello un rey *absolutamente absoluto.*

Indudablemente el rey Fernando volvería á bajar á su tumba entristecido ante la marcha política, filosófica y social de sus buenos españoles, exclamando para su capote:

—Este no es mi pueblo, se ha echado á perder; no vale la pena de ser rey de una gente que piensa así.

Porque progreso y no poco es saber diariamente por conducto de la prensa todo lo más notable que ocurre en el universo.

Nuestros antepasados tardaban un par de meses en saber la muerte de un emperador de Rusia, y hoy se tardan algunas horas en saber que el famoso gimnasta X se ha roto una pierna en Pekín, trabajando delante del celeste emperador de la China.

La prensa, esa servidora poderosa del telégrafo, esa incansable ilustradora de la humanidad que viene á saludarnos diariamente á nuestro domicilio por una módica cantidad al mes; la prensa, esa amiga leal y desinteresada que nos avisa los peligros y nos predispone para evitarlos, enalteció en todos los tonos de que es susceptible la palabra el rasgo de valor y generosa temeridad llevado á cabo en la Castellana por el joven millonario don Alejandro de Robledano.

Todos los periódicos de Madrid contaron el hecho, enalteciendo hasta los cuernos de la luna al protagonista, al héroe, porque su acción, su noble arranque, tenía el doble mérito por ser la víctima salvada una infeliz negra, fea y vieja, uno de esos seres de los que la generalidad de los prójimos apartan la vista con repugnancia, y no se comprendía cómo un joven elegante y millonario se había convertido en el Don Quijote de aquella infeliz desheredada.

Porque la verdad es que aquellos tiempos ilógicos de los caballeros andantes han caducado, pasaron para no volver más; hoy se reflexiona, se raciocina de distinto modo que en los tiempos de Amadis de Gaula.

Arriesgar la vida por salvar á una preciosa muchacha que tiene dos millones de dote, es lógico y se ve con frecuencia, pero arriesgar la vida por salvar la de una negra que pide limosna, eso es absurdo, es inverosímil.

El caso era tan notable, tan extraordinario, tan nuevo, que la prensa lo comentó en los tonos más levantados, colocando á Alejandro en la categoría de los héroes.

Algunos periódicos, sin duda mejor informados, porque lo que no averigua un periodista noticiero de pura sangre no lo averigua el diablo, se permitieron contar algo de la vida privada del moderno Alejandro y consignar de paso ciertos rasgos de valor durante la permanencia de nuestro héroe en los bosques de la costa de Guinea.

La verdad es que *había tela,* como vulgarmente se dice, para escribir una novela de aquel joven que había pasado muchos años de su vida batiéndose con las tribus salvajes de Africa para darles la libertad y la civilización.

Como por otra parte el hijo de la desgraciada Cora no ocultaba á nadie su pasado, y hablaba con las personas de su confianza de la vida patriarcal, de la honradez y de las buenas costumbres de los habitantes de la ciudad de Monrovia, fué poco á poco adquiriendo el sobrenombre de *el africano.*

No le disgustaba este apodo, recordando que como honroso tributo los romanos se lo habían dado también al gran Scipión.

Así es que algunas veces Alejandro solía decir, sonriéndose:

—Yo me honro mucho con ser africano de la pacífica y civilizada república de Liberia, en donde el hombre es libre y el amor á la verdad, á la justicia y al progreso forman una segunda naturaleza y son la base del patriarcal código que les rige.

Pero continuemos.

Alejandro se había establecido en su casa de la plaza de la Independencia, pensando que era mejor vivir en Madrid que en Carabanchel Alto, mientras estuviese en Madrid *la señora de sus pensamientos.*

Amaba á Gabriela con todo el entusiasmo de su fogoso y noble corazón; pero este amor era un secreto que guardaba en el santuario de su alma.

Alejandro era uno de esos hombres valientes hasta la temeridad, que no conocen el miedo cuando se trata de arriesgar la vida, pero que tiemblan ante la mujer que aman, y no se atreven á declararle la pasión que les domina, temerosos de una derrota.

En una palabra, aquel atleta ante los hombres, era un niño tímido ante Gabriela.

Tenía también otras razones para no decidirse á declarar su pasión. Gabriela era una de esas mujeres radiantes que fascinan, una de esas mujeres que de tarde en tarde se presentan sobre el escenario de un teatro arrebatando á los espectadores por su hermosura, por su talento, y Alejandro temía que su amor fuese rechazado, ó que aquella mujer, á quien amaba con toda su alma, fuera indigna de él.

Estos temores le mantenían en perpetua lucha, atendidas las condiciones de su carácter y de la educación patriarcal que había recibido en Monrovia.

Si Gabriela hubiera sido una joven modesta, una de esas criaturas espirituales que viven encerradas en el santuario del hogar doméstico, Alejandro le hubiera dicho: «Poseo una fortuna de ochenta millones, el amor que me inspiras llena

por completo mi corazón; si quieres ser mi esposa, ésta es mi mano».

Pero Gabriela no era una mujer así, era una cantante célebre que recorría el mundo recibiendo de sus admiradores una lluvia de flores, y Alejandro vacilaba, tenía miedo.

El viernes por la mañana, es decir, al día siguiente de su acto de temerario valor en la Castellana, Alejandro se despertó muy temprano, como tenía por costumbre, y extendiendo el brazo tiró del llamador de la campanilla.

Pancho el mulato se presentó en la puerta del gabinete.

—Abre esos balcones,—le dijo Alejandro, incorporándose en su cama,—que entre el sol, que entre el aire, es decir, la vida y la luz. ¡Ah! Verdaderamente no sé cómo no se ahogan los hombres viviendo en estas casas, que no hay una sola puerta que no tenga una cortina para cortar el aire.

Pancho abrió el balcón.

El mulato, que seguía ejerciendo en la casa los mismos cargos que había ejercido con el padre, dijo:

—Efectivamente, señor, aquellos bosques no se olvidan con facilidad.

—A propósito de aquellos bosques,—añadió Alejandro, que comenzó á vestirse solo y sin el auxilio de su ayuda de cámara.—¿Cómo sigue esa pobre morenilla que traje ayer en tan mal estado?

—Perfectamente, señor,—contestó el mulato.—La infeliz está un poco magullada por los golpes que le dieron aquellos miserables, pero se ha levantado. Nuestra raza tiene el cuerpo duro, resiste bien los golpes.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—Le ha dado de alta; dice que lo que necesita es comer bien y nada más; pero ella me ha preguntado si puede marcharse.

—¡Marcharse!...—repitió Alejandro saliendo de la alcoba y encendiendo un cigarro.

—La pobre es muy tímida y siente molestar; está además muy agradecida del gran servicio que la ha prestado el señor.

—Aquí no molesta,—dijo Alejandro;—además, el color de su piel es una recomendación para mí. He recibido tantos beneficios, tanto cariño y tantos favores de los negros cuando mi querida madre y yo éramos pobres, que hoy que soy rico justo es que me acuerde de ellos y les demuestre siempre que pueda mi gratitud. Le dirás á esa pobre mujer que si quiere quedarse aquí puede hacerlo con entera confianza. Supongo que le habrás preguntado de dónde es.

—Sí señor, dice que ha nacido en la Habana.

—Entonces, somos paisanos ella, tú y yo,—añadió riéndose Alejandro.

Y luego dijo:

—¿Y cómo ha venido á España, se lo has preguntado?

—Sí señor, dice que vino á Madrid con su ama, una buena señora á quien arruinó la guerra de Cuba, matándole además á sus tres hijos y á su esposo.

—¡Ah! ¿Era partidaria su ama de la insurrección, y sin embargo se atreve á venir á España? He aquí una cosa que no me explico.

—No señor, su ama era española, llegó á la Habana de edad de diez y seis años con su padre, que era un alto em-

pleado, y se casó con un cubano y tuvo tres hijos. Estos hijos y su esposo se fueron con los insurrectos, dando el grito de *¡Cuba libre!* y murieron en la *manigua*. La pobre señora se quedó sola y arruinada. Entonces pensó en España, en Madrid, donde había dejado algunos parientes, y se vino con esa negra, que había sido la nodriza de dos de sus hijos. Desgraciadamente, como esa pobre señora hacía veinticinco años que faltaba de Madrid, no encontró á nadie de su familia, y el dolor y la miseria pusieron fin á su existencia.

—¡Ah! ¡Qué cosa tan funesta es la guerra, y sobre todo la guerra entre hermanos! ¡Cuánta sangre derramada, cuánta ruína! A Cuba y á España le costará mucho tiempo reponerse de esa guerra.

Y Alejandro, dando un cambio á su entonación, continuó:

—De modo que esa pobre negra se halla sola en el mundo. Su lealtad, esa lealtad sublime que tantas veces ha elevado los esclavos sobre los hombres libres, la obligó á seguir á su ama, pobre y enferma, á compartir con ella su miseria y sus dolores.

—Precisamente ayer venía esa pobre negra del cementerio de rezar sobre la sepultura de su ama, cuando aquellos dos malvados comenzaron á burlarse de ella y á darle golpes. Afortunadamente, el señor la salvó de aquellos miserables.

—Pero ¿adónde iba?

—Iba, según me ha dicho, á su buhardilla; á la triste habitación en donde había muerto su ama hace cuatro días.

—¿Y qué pensaba hacer?

—No se había ocupado de semejante cosa; tal vez pedir limosna, tal vez morirse de hambre.

Alejandro, pasándose la mano por la frente, como si quisiera desechar tristes recuerdos, añadió:

—Encárgate de que no le falte nada á esa pobre negra. Ayer observé que iba muy mal vestida, que se le haga un traje de luto, puesto que luto lleva en su alma por la muerte de su ama; suplícale que se quede en casa y recomiéndala á la señorita Teresa; dile que yo me he criado en el país en donde indudablemente nacieron sus antepasados, porque las costas de Guinea son el gran bazar que surte de esclavos á las Antillas españolas; dile, por fin, que en mí encontrará un protector, tanto si quiere regresar á Cuba como si prefiere quedarse en España.

Pancho, enternecido ante las nobles palabras de su amo, y dejándose llevar de uno de esos impulsos del corazón, le cogió una mano y se la besó.

—¿Qué haces?—dijo Alejandro retirando la mano.

—Señor,—añadió Pancho,—yo he amado como á un padre al difunto don Mateo, porque fueron muchos los favores y la confianza que le merecí. Cuando le vi exhalar el último suspiro creía firmemente que no era posible que amase á ningún amo tanto como le había amado á él; pero que me perdone desde su tumba, hoy más que á él amo á su hijo. Yo doy las gracias al señor en nombre de esa pobre negra, porque negra era también la desgraciada que me nutrió en sus entrañas.

Alejandro abrazó á Pancho, y dándole unas palmadas en la espalda, dijo:

—Eres un buen muchacho, un servidor leal... Vive tranquilo, yo no he de olvidarlo nunca; y aunque parezca una

aberración en tierra de blancos, yo siempre seré el protector de los negros.

En aquel instante se oyó una voz que decía desde la puerta:

—¿Se puede?...

—Adelante, amigo Verdemar,—contestó Alejandro.—¿Supongo que viene usted á almorzar conmigo?

—Siempre será una honra para mí—contestó Salvador, inclinándose con afectado respeto—sentarme á la mesa del héroe del día, del valiente campeón de quien todo Madrid habla con entusiasmo.

—¿Y soy yo ese héroe, ese valiente campeón?...—preguntó Alejandro riéndose.

—Estos periódicos lo acreditan, esta moderna trompa de la fama lo pregona,—repuso Salvador, sacando una porción de periódicos del bolsillo de pecho de su gabán.—Sí señor, aquí está impreso en letras de molde para que nadie lo dude, y pronto se extenderá por el universo el nombre de mi querido amigo y cliente don Alejandro de Robledano, con cuya amistad me honro.

—¿De veras que se ocupan de mí los periódicos?—preguntó Alejandro con franca y alegre entonación.—Pero ¿qué he hecho yo para merecer tan alta honra? Pues declaro, amigo Verdemar, que lo que yo hice ayer me parece lo más natural del mundo, y siempre que vea á un sér débil maltratado por un sér fuerte y brutal, haré lo mismo, sin ocuparme de si lleva una navaja ó un revólver en la mano, pues me avergonzaría á mí mismo no prestar auxilio al que lo necesita.

—Sin embargo, es muy expuesto, mi querido don Ale-

jandro, lo que hizo usted ayer, porque se arriesga la vida, y la vida es muy preciosa.

—Estoy acostumbrado á despreciarla, me ocupo poco de ella, porque aunque usted se admire, yo no creo en la muerte.

Salvador se quedó mirando á Alejandro como si hubiera dicho un absurdo.

—Sí, amigo mío,—añadió sonriéndose el hijo de Cora.—Desde muy antiguo es una opinión universalmente aceptada por los sabios y los ignorantes que la muerte da la vida. El sabio Herby asegura que todo procede de los disueltos elementos de la vida precedente, y Geofroy, Cubier y Flaimbille afirman que todo es vida, presente y pasado, que lo que ha vivido puede dormir y conservar la vida latente y en actitud para vivir. ¿Quién está verdaderamente muerto? Nadie.

Y Alejandro, riéndose, volvió á decir:

—Deseche usted, mi querido amigo, el brutal egoismo; tenga usted menos apego á la conservación del individuo y un poco de fe en las teorías que acabo de indicarle, y yo le aseguro que no le darán á usted miedo ni las navajas ni los revólveres.

—Pero es muy difícil tener esa fe, esa abnegación, ese desprendimiento de la vida cuando uno no es valiente,—añadió Salvador sonriéndose.—Pero en fin, sea lo que sea, y respetando el parecer de esos sabios que usted acaba de nombrar, la verdad es que anoche la aristocrática sociedad de Madrid no se ocupaba de otra cosa que del rasgo heróico llevado á cabo en la Castellana por el joven don Alejandro de Robledano.

—Los desocupados, amigo mío, sabido es que necesitan siempre algo en qué entretener el ocio,—exclamó Alejandro, haciendo un movimiento con los hombros.

—Confesemos que la conducta de usted es merecedora al entusiasmo que ha producido.

—¡Bah!

—¿Quiere usted leer los periódicos?—preguntó Verdemar.

—Sí, los leeré luego, ya que ha tenido usted la amabilidad de traérmelos.

Salvador los dejó sobre una mesa.

Luego, mirando á su cliente con cierta sonrisa de fingida timidez, añadió:

—Tengo una comisión, ó por mejor decir, soy el embajador de varias damas, y la verdad es que no sé si me atreva, aunque me he ofrecido á ello.

—¿Y es para mí esa comisión?.... ¿Esa embajada que le tiene á usted perplejo?

—Sí, para usted, para el héroe del día.

—Sepamos de qué se trata.

—De una cosa muy corriente entre la buena sociedad de las grandes capitales.

—Sí, de esa sociedad á la que yo no estoy acostumbrado á frecuentar.

—¡Bah! Un hombre como usted se acostumbra pronto á esas cosas. Los señores barones de Morgal reciben todos los jueves por la noche á sus amigos,—añadió Salvador;—es una reunión de confianza encantadora, adonde concurre la sociedad más escogida de Madrid. Yo no sé por dónde diablos han sabido que yo era agente de negocios de usted, honrán-

dome además con su amistad, y anoche los dueños de la casa me suplicaron encarecidamente que le presentara á usted el jueves que viene. Desean conocer de cerca al hombre que admiran de lejos.

—¡Oh, diantre! Hoy, según parece, es un día de aplauso y de enhorabuenas para mí, todo brilla en derredor mío; si yo fuera más dado á la vanidad, casi me sentiría orgulloso. En fin, si se ha comprometido usted en presentarme, preciso será no dejarle mal.

—Me he comprometido hasta cierto punto, porque yo, señor don Alejandro, soy un hombre que no traspaso nunca la línea que me separa de mis clientes.

—Pues bien, amigo Verdemar, usted se ha comprometido hasta cierto punto, ¿no es eso?

—Sí señor.

—Pues de ese mismo modo me comprometo yo con usted, porque pudiera tener otra ocupación el jueves por la noche; de modo que ni digo que sí ni digo que no; ya hablaremos de este asunto el jueves por la tarde. Falta aún mucho tiempo.

En aquel momento Pancho el mulato entregó á su amo una tarjeta, y apenas fijó Alejandro en ella los ojos, dijo:

—Conduce á mi despacho á la persona que te ha entregado esta tarjeta.

Luego, dirigiendo la palabra á Salvador, añadió:

—Amigo Verdemar, ruego á usted me dispense si le dejo un momento: tenía una cita con la persona que me espera.

—¡Oh! Entre nosotros debe reinar la franqueza, y si usted me lo permite pasaré á saludar á la señorita Teresa.

—Sí, sí, haga usted lo que guste: á las once nos servirán el almuerzo.

Y Alejandro, después de estrechar cordialmente la mano de Salvador, salió del gabinete.

Sigámosle nosotros.

CAPITULO V.

Donde Faustino continúa explotando el filón.

La persona que esperaba Alejandro era Faustino, el tenor jubilado, tan flamante y tan limpio como el día que le encontró en la calle del Arenal, causándole un verdadero asombro, su amigo Esteban Terreño.

Muchas habían sido las tentaciones que habían asaltado á Faustino durante ocho días de visitar las *timbas,* de probar fortuna junto al tapete verde; pero se había dominado, y por la primera vez de su vida había sido firme en sus propósitos.

Bien es verdad que los golpes del infortunio enseñan á las pobres criaturas, y Faustino había pasado grandes penalidades y no pocas abstinencias en su azarosa vida.

Por eso sin duda y á fuerza de heróicos sacrificios había procurado no borrar de su memoria los prudentes consejos que le había dado su generoso anfitrión en el gabinete reservado de *Los Cisnes.*

—Tengamos fuerza de voluntad,—se había dicho Faus-

tino mientras se ponía delante del espejo su corbata nueva. ¡Quién sabe hasta dónde podrá elevarme la generosa protección de ese joven africano que la Providencia ha puesto ante mi paso! Abstengámonos por ahora de la irresistible *ruleta* y el seductor *monte;* dejemos el trato de esa colección de mártires adoradores del tapete verde, cuya amena conversación ha sido muchas veces bálsamo de mis dolores. El corazón me dice que detrás de un billete de mil pesetas mi generoso protector me dará otro, y luego otro. ¿Qué necesidad tengo yo de ir á buscar un *pleno* arriesgando mi gabán y mi reloj de oro, cuando el *pleno* viene á buscarme á mí bajo la forma de un joven enamorado? Prudencia, Faustino, prudencia, y el porvenir es tuyo.

Esto se había dicho el ex-tenor, y había sabido cumplir como bueno y abstenerse de visitar las *timbas;* pero en cambio visitaba con frecuencia á su antiguo amigo Carlos Ferrán, escudado en su flamante equipaje y aspecto próspero, procurando adquirir noticias que pudieran ser del agrado de su noble Mecenas, como verá el curioso lector si continúa leyendo nuestro relato.

Alejandro, entrando en su despacho, estrechó la mano de Faustino y le condujo hasta un diván, en donde se sentaron los dos.

Aquella cariñosa deferencia llenó de alegría el magullado corazón del ex-tenor, porque siempre es grato para un pobre el sentir que el brazo de un millonario le rodea la cintura y le sienta á su lado.

—¿Supongo, amigo Faustino, que me traerá usted alguna noticia agradable?—preguntó Alejandro.

—Sí señor,—contestó Faustino, echándose la solapa del gabán sobre el hombro, sin duda para enseñar su blanca camisa y su cadena de oro.—Esta noche nuestra encantadora *diva* no canta; pero en cambio ella y el maestro Ferrán se han comprometido á asistir al baile de la embajada inglesa. Mañana canta *La Africana.* En esta ópera Gabriela está inimitable. ¡Qué prodigios de garganta! ¡qué escuela tan sublime! Es indudablemente la perla del teatro italiano.

Y Faustino, sonriéndose con cierta principalidad aristocrática, añadió:

—Tengo que darle á usted una buena noticia.

—Pues las buenas noticias no deben retardarse, amigo Faustino.

—Usted es un hombre franco, y por consiguiente, no debe extrañarle que yo lo sea.

—Al contrario, me complace sobremanera.

—Sentado esto, continúo. En casa de nuestra sublime *prima donna* ha comenzado á sospecharse quién es el admirador impertérrito y consecuente que en Londres, en Viena, en Florencia, en París y en Madrid no ha cesado de echar ramos de camelias blancas á la *diva.*

—¡Ah! ¿Y por dónde pueden saber...

—Los periódicos de anoche han levantado, como vulgarmente se dice, la liebre: han descorrido un poco la cortina, por supuesto con la mejor intención del mundo, y al referir lo acontecido en la Castellana y darle á usted el sobrenombre de *africano,* Gabriela y Ferrán han sospechado si el africano de frac, si el joven elegante y millonario que salvó á la infeliz negra sería el mismo africano *dilettanti* que le

arroja los ramos de camelias perfumadas y la sigue por todas partes.

Alejandro se sintió conmovido, hasta el punto de no despegar los labios.

El ex-tenor volvió á decir:

—La sospecha es lógica, tiene un gran fundamento, porque sólo un carácter, una organización que se aparta de lo vulgar, y sobre todo un hombre rico, sigue por todas partes á una artista célebre, lo cual es raro y cuesta mucho dinero, y salva á una pobre negra de la brutalidad de dos salvajes empadronados en un país civilizado.

El ex-tenor, que, como había dicho á su amigo Terreño, estaba dispuesto á explotar el filón de aquella mina que le deparaba su buena suerte, añadió:

—Pues sí, se sospecha y se me han dirigido algunas preguntas. Yo no sé si habré cometido una imprudencia al decir que tenía la honra de conocer á usted y dar algunos detalles de la personalidad de mi bienhechor; pero en tal caso, declaro que lo hice con la mejor intención y procurando colocar á usted en el alto lugar que se merece.

—¿Pues qué ha ocurrido?—preguntó Alejandro con cierta timidez, que en otras circunstancias hubiera hecho reir á Faustino.

—Yo creo, señor don Alejandro,—añadió el ex-tenor, que los buenos servidores deben aprovechar las ocasiones para demostrar su lealtad y su gratitud á aquellos á quienes están obligados. Además, las vicisitudes de mi vida me han hecho conocer un poco el corazón humano, y, sin que se me tache de inmodesto, me precio de ser oportuno.

Alejandro escuchaba con impaciencia á Faustino, pero al mismo tiempo no se atrevía á interrumpirle.

El ex-tenor, por su parte, había adivinado que su generoso Mecenas era tan valiente con los hombres como cobarde con las mujeres, y que aquel joven, de naturaleza impetuosa hasta la temeridad, muy capaz de reñir á brazo partido con un león y hundir de un puñetazo las costillas de un prójimo, no tenía valor para decirle á Gabriela de los Ángeles: «yo te amo».

Persuadido de esto, Faustino se propuso ayudarle en su empresa amorosa, con la seguridad que no perdería el tiempo tratándose de un joven tan generoso y tan rico como Alejandro.

Además, la circunstancia de ser Faustino antiguo amigo de Carlos Ferrán, á quien hablaba de *tú*, y entrar en la casa con alguna confianza, le hacían necesario á los ojos de Alejandro.

—Pues sí,—añadió el ex-tenor,—anoche en el *blanco* del segundo al tercer acto el maestro Ferrán leyó en voz alta en el cuarto de Gabriela uno de los periódicos que más detalladamente refería el lance ocurrido en la Castellana. Gabriela, que tiene un corazón de oro dispuesto siempre á conmoverse ante las nobles y generosas acciones, exclamó, con uno de esos gritos que brotan del alma y que ella tan bien sabe expresar:

—Me hubiera gustado presenciar ese acto de valor y generosidad que acaba de leer el papá Ferrán.

Y luego, juntando las manos y dándole á su encantador semblante una expresión de franca alegría, dijo:

—¡Calla! ¿Si será ese africano el que me sigue por todas partes arrojándome preciosos ramos de camelias blancas, y causando mi admiración por su delicada y misteriosa perseverancia?

Entonces creí oportuno descorrer un poco la incógnita, porque, seamos francos, señor don Alejandro, usted ama á Gabriela, y tarde ó temprano será preciso decidirse por el vao ó por el puente, errar ó quitar el banco, como decimos los españoles.

Alejandro continuaba callado, pero un principio de palidez asomó á sus morenas mejillas.

Faustino volvió á decir:

—Creí, pues, como he dicho, oportuno satisfacer en parte la viva curiosidad que demostraba Gabriela, y dije:

—Yo conozco á ese joven á quien llaman el africano y que ha salvado á la negra en la Castellana, y casi me atrevería á asegurar que es el mismo africano de los ramos de camelias blancas, aunque esto no es más que una suposición mía.

—¡Ah! ¿Le conoce usted, amigo Faustino?—exclamó Gabriela sin disimular la alegría que semejante noticia le causaba.

Porque Gabriela es una muchacha que desconoce la doblez y la hipocresía.

—Creo conocerle,—repuse yo con cierta malicia, que siempre es un estímulo apetitoso é incitante para la curiosidad femenina.

—Entonces no tendrá usted inconveniente—repuso Gabriela—de decirnos qué clase de hombre es ese misterioso

personaje que expone la vida por salvar á una negra y recorre la Europa arrojándole ramos á una *prima donna*.

—No tengo ningún inconveniente, hija mía,—le contesté,—porque ni me ha encargado el secreto, ni creo que su vida sea un secreto para nadie de cuantos le tratan. El héroe que nos ocupa es un joven de veintiocho años, alto, hermoso, varonil, de aspecto simpático, de modales distinguidos; uno de esos hombres á quienes la naturaleza enriqueció con todos sus más preciosos dones, y que va por el mundo conquistando voluntades.

—¡Ah! ¿Oyes, papá Carlos?—repuso Gabriela.—Esas señas corresponden perfectamente á la persona que nosotros sospechamos.

—¿Dijo eso?—preguntó Alejandro estremeciéndose.

—Sí señor,—repuso Faustino;—y como yo creí encontrarme en buena situación y me precio de oportuno, calculé que, después de hablar de las prendas físicas de mi bienhechor don Alejandro de Robledano, no estaría demás decir algo de sus prendas morales. La justicia y la gratitud guiaron mis labios, y mi relato produjo tan buen efecto, que la hermosa, la espiritual Gabriela, que tiene un corazón impresionable, oyéndome, exclamó más de una vez, dejándose llevar por los impulsos de su alma angelical:

—Querido papá Carlos, ya oyes lo que dice Faustino de ese simpático y valiente africano de frac negro y corbata blanca; por consiguiente, quiero que seas su amigo, y cuando os vea juntos tendré la dicha de exclamar: ¡He ahí los dos hombres mejores del mundo!

—Y el maestro Ferrán ¿qué contestó al oir ese deseo de

Gabriela?—preguntó Alejandro sin tomarse el trabajo de ocultar la inmensa alegría de su alma.

—El maestro Ferrán se sonrió con encantadora bondad, y contestó:

—Querida Gabriela, hace mucho tiempo que no tengo otra voluntad que la tuya, y por consiguiente tus deseos son órdenes para mí; pero hace también mucho tiempo que voy buscando por el mundo un hombre perfecto para decirle: seamos hermanos. La experiencia, hija mía, me aconseja que no debe uno dejarse llevar por los impulsos del corazón, porque esos impulsos suelen producirnos una gran cosecha de desengaños. Si ese joven, que según parece, nos persigue por todas partes, es tal y como nos lo ha descrito Faustino, yo te prometo que será amigo nuestro; pero antes es preciso meditarlo un poco, porque no debe darse ni admitir la amistad á tontas y á locas.

Alejandro, que desconocía las perfidias y las bajezas de los hombres; Alejandro, que tenía el alma saturada de las costumbres sencillas, puras y patriarcales de los monroyanos, y que no era otra cosa que un niño grande, se llevó ambas manos al pecho, y oprimiéndolo con fuerza, exhaló un suspiro.

Aquel suspiro hubiera hecho reir en otras circunstancias al ex-tenor, pero se guardó muy bien de reirse entonces.

¡Qué mayor fortuna para él que explotar el candor infantil de aquel atleta cargado de millones, de aquel hombre de la naturaleza que con el corazón en la mano se había presentado ante su paso!

—Yo creo, señor don Alejandro,—repuso Faustino des-

pués de una corta pausa,—que con muy poco que ponga usted de su parte conseguiría ser un buen amigo del maestro Ferrán y de su ahijada Gabriela de los Ángeles.

Alejandro añadió:

—¡Oh, amigo mío! Lo que á usted le parece fácil se presenta ante mis ojos como una montaña inaccesible. ¿Qué haría usted en mi lugar?

—Si usted pudiera ir esta noche al baile de la embajada inglesa y allí conociera usted alguna persona que le presentara al maestro Ferrán, porque yo le presentaría á usted, honrándome mucho con ello; pero yo soy un sér tan insignificante en esta sociedad...

—¡Ah! Precisamente soy amigo del secretario de la embajada,—dijo Alejandro.

—¡Hosanna! ¡aleluya!—exclamó Faustino, levantando las manos á la altura de su cabeza.

—Sir Pik y yo hemos cazado juntos en los bosques de Guinea, y luego, cuando estuve en Londres, me convidó á una cacería de zorras en el parque de un lord pariente suyo. Sir Pik es un joven valiente y simpático: ignora que me hallo en Madrid, pues estoy seguro que hubiera venido á verme; le haré hoy una visita para que me proporcione una papeleta de convite.

—¡Admirable, señor don Alejandro, admirable!... Tenemos todo lo que nos hacía falta, y el asunto marchará como una seda. Es de suponer que cuando el maestro Carlos Ferrán acude al baile de la embajada con Gabriela, conoce al embajador, y el embajador ó su secretario pueden hacer la presentación de usted dignamente. Ahora permítame usted

que le dé un consejo: conozco un poco el corazón humano, y aunque hoy he descendido por desgracia mucho en la escala social, en otro tiempo he vivido en la alta sociedad. El terreno está bien preparado: Gabriela habrá pensado más de una vez en el hombre que le arroja los ramos de camelias, en el valiente joven que salvó á la pobre negra en la Castellana; con que así, un poco de valor, amigo mío, un poco de valor, y la victoria será completa, porque á las mujeres les gustan los hombres valerosos.

—¡Valor, valor!—exclamó Alejandro.—¡Ah! Si se tratara solamente de tener valor, ése no me ha faltado nunca. Si se abriera un palenque para disputar con las armas en la mano á esa mujer, estoy seguro que el triunfo sería mío.

—Pues yo creo que no se trata de otra cosa; pero usted, segun veo, no conoce más que una clase de valor, es decir, el valor de ponerse delante de los hombres con un arma en la mano y arriesgando la vida. Para vivir en sociedad, se necesita también poseer otra clase de valor: ser valientes con las mujeres, con los obstáculos, con los contratiempos, etcétera, etcétera, etcétera.

Y Faustino, sonriéndose con protectora bondad, añadió:

—La incertidumbre es una enfermedad del espíritu que nos da muy malos ratos, que nos conturba y nos aplana en grado superlativo. Si yo fuera Alejandro de Robledano, si yo me hallara en la ventajosa situación de usted, esta noche en la embajada inglesa saldría de dudas, procurando descubrir si en el corazón de Gabriela de los Ángeles hay algo más que curiosidad femenina para el hombre que la ama. Todo esto á mí me parece sumamente fácil.

—Sí, sí, dice usted bien, amigo Faustino; es preciso olvidarse de los bosques de África, de aquellas costumbres sencillas y patriarcales, y pensar que nos hallamos en Madrid, en donde la gente vive y discurre de otro modo. A quí se dice lo que se piensa ó nos conviene, y allá se dice lo que se siente.

Y Alejandro, levantándose del diván, como si obedeciera á un impulso de la sangre superior á su voluntad, se puso á dar paseos por el despacho.

—Créame usted, don Alejandro,—añadió Faustino,—cuando se tiene una buena fortuna, una buena figura y veintiocho años de edad, bien puede uno permitirse la esperanza de ser amado, porque no todas las mujeres son como la hermosa Hiparquia, que, arrojando su fortuna al mar, se casó con el filósofo Crates, viejo, pobre y jorobado.

Alejandro continuaba sus paseos, como si no oyera al ex-tenor.

Era indudable que se hallaba en uno de esos momentos de lucha entre el corazón y la cabeza, esos momentos que suelen producir grandes tempestades durante los cuales el hombre se halla bajo la poderosa influencia de sus terribles efectos, momentos en que todo desaparece menos la idea que se agita y batalla en nuestro cráneo.

Esta situación duró algunos minutos. De pronto Alejandro se detuvo, y mirando al ex-tenor con fijeza, le dijo:

—Usted me ha prestado un gran servicio, usted es pobre, yo soy rico, y quiero que seamos amigos.

—En esa proposición que me enorgullece yo soy el honrado,—contestó Faustino, inclinando la frente con respeto.

Alejandro abrió el cajón de una arquimesa, sacó cinco billetes de á mil pesetas, y alargándoselos al ex-tenor, añadió sonriéndose:

—Espero que continuará usted prestándome sus buenos servicios y aprovechando las ocasiones que se presenten. Por ahora ahí va eso á buena cuenta, y si mis deseos se realizan, entonces me portaré como debo.

—¡Ah, señor don Alejandro!—exclamó Faustino, dejando asomar dos lágrimas de gratitud á sus ojos.—Jamás podré pagar tantos beneficios; yo me hallaba en el abismo y usted me ha salvado... ¡Bendito sea usted!

Poco después Faustino, bajando las escaleras de la casa de Alejandro con los mil duros en el bolsillo y rebosando de felicidad, se decía:

—¡Qué suerte tan fabulosa!—He acertado cinco *plenos* de á cuatro mil reales cada uno. Que venga el Sunsuncorda si se atreve á hacer otro tanto... ¡Pobre muchacho! Si en vez de enamorarse de Gabriela de los Ángeles, que es una muchacha honrada á toda prueba, se hubiese enamorado de una Dalila poco escrupulosa, antes de dos años, á pesar de sus ochenta millones, tendría que volverse á los bosques de África entre aquellos salvajes, ó pegarse un tiro. Bendigamos á Dios, que nos ha puesto delante de nuestro paso una mina tan productiva.

Faustino salió á la calle, detuvo un coche de alquiler y le dijo al conductor:

—Restaurant de *Los Cisnes.*

Y luego añadió para su capote:

—Un hombre que lleva en su bolsillo cinco mil y pico de

pesetas bien vale la pena de que se suministre un almuerzo de veinte reales.

Y Faustino, cerrando dulcemente los ojos y reclinando la cabeza en los almohadones, se creyó el hombre más feliz de la creación, á pesar de su averiada garganta.

Dejémosle por ahora en su prosperidad al ex-tenor, á la ruína del teatro de la Ópera, y volvamos á casa de Alejandro de Robledano.

CAPITULO VI.

Temores.

Mientras tanto, Salvador Verdemar había entrado en la habitación de Teresa á saludarla, y como la encontró sola y nadie podía oirles, le dijo en voz baja, sentándose á su lado:

—¿Sabes lo que ocurre?

Teresa fijó sus apagados ojos en su amante, y empleando el mismo tono, preguntó con su habitual hipocresía:

—No, pero supongo que tú me lo dirás.

—A eso vengo, porque veo un peligro grave cernerse sobre nosotros.

—¡Un peligro!

—Sí, Alejandro está perdidamente enamorado, y si se casa, ya comprendes...

Teresa dirigió una mirada recelosa en derredor suyo, como el que teme porque obra mal.

—He sospechado algo de eso,—dijo;—la otra noche sor-

prendí algunas palabras que le dirigía el padre Marcelo, ese sacerdote, cuya severidad me tiene inquieta, ese buen misionero que siempre se está marchando y nunca se marcha.

—¿Y qué es lo que oiste?—preguntó Verdemar.

—El padre Marcelo y Alejandro se hallaban en el despacho, yo iba á entrar, cuando oí que Alejandro decía:

—Pues á mí me parece un ángel.

Instintivamente me detuve y me oculté detrás del *portier*, como si una voz secreta me dijera: Oye lo que van á hablar.

El padre Marcelo tomó la palabra, y repuso:

—Muchas veces, hijo mío, el demonio toma la forma del ángel para engañar con más facilidad á los hombres. Te aconsejo que desconfíes de las mujeres.

—¡De las mujeres!—exclamó Alejandro.—Pues qué, ¿no era mujer mi madre? ¿Causó nunca el menor daño á nadie?

—Sí, pero tu madre no era una mujer de teatro, acostumbrada á vivir en ese mundo corrompido. Tu madre era un ángel del hogar, una madre cariñosa, un ángel de la tierra.

—¿Y por qué no puede ser lo mismo la mujer que amo?

Después de este corto diálogo reinó un gran silencio, y calculando que había concluído la conversación, abandoné aquel sitio temiendo que me vieran. Después he notado que Alejandro está distraído, que alguna idea fija le preocupa.

—Esa idea—añadió Salvador—es que ama á una mujer, que por su radiante hermosura y sus especiales condiciones debe inspirarnos recelo.

—¿Y quién es esa mujer?—preguntó Teresa con desabrida y fría entonación.

—La célebre cantante del teatro Real, Gabriela de los Angeles.

—He visto sobre el mármol de la chimenea del dormitorio de Alejandro el retrato de esa mujer; lo tiene en un marco de oro en forma de caballete, y algunas veces lo he encontrado también sobre la mesa de noche.

—¿Es hermosa, no es verdad?

—Sí, muy hermosa, preciso es confesarlo,—dijo Teresa.

—Ya ves que si se casa con ella se destruyen nuestros planes.

—Sería una desgracia para nosotros.

—Una gran desgracia que debemos evitar, empleando todos los medios que estén á nuestro alcance.

—¡Bah! Aún no se ha casado,—contestó Teresa sonriéndose.

—Si se hubiera casado ¿de qué servirían nuestras combinaciones?—añadió Verdemar con marcado disgusto.—Me extraña que tomes con tanta frialdad un asunto tan grave. Alejandro es joven, la mujer que ama es joven también, tendrán hijos, esto es lo lógico, y entonces, en vez de la fortuna que codiciamos, te darían á tí una limosna para que no te murieras de hambre, y asunto concluído.

Teresa, cuya verdosa palidez había aumentado al oir las deducciones de su amante, contestó:

—No conviene aturdirse ni acobardarse; Alejandro es un hombre ingenuo, sencillo, no conoce la mentira, pero al mismo tiempo es impresionable y violento; su primer pronto es temible. Los hombres así se les maneja con facilidad y se les conduce adonde se quiere.

Y Teresa, sonriéndose de un modo frío y amenazador, repuso:

—A Yago le bastó un pañuelo para causar la desesperación y la ruína de Otelo y de Desdémona. No creo que á nosotros nos falte algún recurso para producir los mismos efectos en esa naturaleza salvaje; procura tú estar al corriente de esos amores, entérate de su marcha, que cuando llegue el momento no hemos de perder por un necio escrúpulo lo que hace tanto tiempo es causa de nuestros desvelos.

—Pierde cuidado, que no he de dormirme en las pajas, como vulgarmente se dice.

—¿Sabe algo de esos amores Esteban Terreño?—preguntó Teresa.

—Sí; él es el primero que los ha descubierto.

—Me parece que Esteban es un buen aliado.

—Excelente, pero un poco caro.

—¡Bah! Siendo útil...

—Eso es preciso confesarlo. Esteban está siempre dispuesto á todo, incluso á batirse con Alejandro y despacharle como despachó al pobre Diego.

—Un hombre así no tiene precio.

—Sin embargo, yo no confío mucho en él, porque sería capaz de vendernos si encontrara otro que le pagara más que nosotros.

—Sí, pero como eso no lo encontrará...

—¡Quién sabe!... El porvenir es un misterio que nos está vedado á los pobres mortales, sentenciados á caminar á ciegas por este pícaro mundo.

—Pues yo—dijo Teresa—te aconsejo que no le demues-

tres la menor desconfianza, porque esto le haría vivir alerta.

—Estamos conformes: á tí puedo decirte lo que pienso, á él es muy distinto.

—¿Y tú crees que Esteban es bastante diestro y bastante valiente para colocarse con un arma en la mano delante de un hombre como Alejandro?

—No tengo la menor duda, y aun sospecho que lo desea; diré más: creo que le odia.

—¿Sabes la causa?

—No me lo ha dicho, pero por algunas palabras cogidas al azar creo que Alejandro y Esteban se conocieron en la Habana.

—Entonces, es preciso tenerle contento.

—Sí, sí, pero te advierto que es un hombre insaciable, no cesa de pedir, le gusta vivir á lo príncipe, le domina el vicio del juego, y ya comprenderás que no somos bastante ricos, y que si tardan en realizarse nuestros planes corremos peligro de arruinarnos.

Aquí llegaba la conversación, cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta del gabinete.

Salvador Verdemar se puso en pié.

—Adelante,—dijo Teresa con tranquilo acento.

Era un criado que venía á anunciar que don Alejandro esperaba en el comedor y que iba á servirse el almuerzo.

Cuando Verdemar y Teresa entraron en el comedor, creyeron advertir cierta alegría expansiva en el rostro de Alejandro.

Durante el almuerzo el joven africano estuvo alegre y decidor, hablando mucho más que de costumbre.

Esto llamó la atención de Verdemar y de Teresa, porque Alejandro estaba muy triste y taciturno desde que había regresado de su viaje.

Tan notable cambio debía indudablemente obedecer á alguna causa.

Antes de terminar el almuerzo Alejandro pidió el coche, diciendo que tenía que hacer una visita á un amigo que había conocido en las costas de Guinea.

El padre Marcelo no habló una palabra durante el almuerzo. Su severa tristeza contrastaba con la alegre verbosidad de Alejandro.

Todo esto fué muy suficiente para que Salvador y Teresa se sobresaltaran, pero disimularon el estado inquieto de sus espíritus.

Terminado el almuerzo, Alejandro se despidió de Salvador con un franco apretón de manos, dió un beso en la frente del venerable padre Marcelo y abrazó á su prima Teresa.

Poco después el coche de Alejandro se detuvo en la puerta de la embajada inglesa, y el lacayo subió al piso principal una tarjeta respaldada de este modo: «Suplica á sir Pik, su compañero de caza en Africa, Alejandro, que le conceda cinco minutos de audiencia».

El lacayo bajó al momento y le dijo á su amo:

—Sir Pik espera á usted con mucho gusto.

Alejandro subió de dos en dos las escaleras. En la antesala del piso principal se hallaba en la puerta un joven de treinta años excesivamente rubio y simpático.

Este joven era sir Pik, que al ver á Alejandro corrió hacia él con los brazos abiertos, exclamando:

—¡Ah! Bien venido sea mi valiente salvador, mi hermano adoptivo.

Los dos jóvenes permanecieron un momento abrazados.

Luego sir Pik rodeó la cintura de Alejandro con su brazo derecho y le condujo hasta su despacho.

—¿Cuándo ha regresado usted de ese viaje por Europa sin plan ni concierto?—preguntó Pik riéndose.

—Hace quince días,—contestó Alejandro.

—¡Oh, amigo mío! ¿Y durante quince días no ha tenido usted tiempo de avisarme su llegada? Tendría motivos para enfadarme, si no me acordara de aquella hermosa noche de luna, de aquel bosque africano y de aquella hermosa pantera cuya ardiente respiración sentí sobre mi rostro al mismo tiempo que el brillo de sus pupilas de fuego me fascinaba.

—¡Bah! ¿Quién recuerda eso? Fué una aventurilla de caza y nada más, en la que yo llevé la mejor parte, porque sin correr ningún peligro pude hacer un favor á un amigo y salir ileso de mi empresa.

—Amigo Alejandro, achaque fué siempre de hombres generosos empequeñecer y quitar la importancia á los beneficios que prestan á sus prójimos.

—Pero el deber de un hombre honrado es prestarlos siempre que se le presenta ocasión.

Y Alejandro, sonriéndose con su proverbial franqueza, añadió:

—También es un deber de los hombres honrados decir la verdad á sus amigos. Pues bien, declaro que si hoy he venido á darle á usted un abrazo es porque necesito que usted me haga un favor; de lo contrario, probablemente hubiera dejado

pasar otros quince días sin tener el gusto de verle y abrazarle.

—Siempre el mismo; los frecuentes viajes por las capitales de Europa y los millones que ha heredado usted de su padre no le han hecho olvidar la patriarcal ciudad de Monrovia, la honrada república de Liberia, donde se postra todo ante la justicia y la verdad. Sepamos qué favor es ése que de mí espera, y que de antemano queda concedido.

—El favor consiste en que tengo un vivo interés en asistir esta noche al baile que dan ustedes.

—¡Oh! Eso no es un favor, amigo mío,—añadió Pik,—eso es una honra para nosotros, tratándose de un hombre de las condiciones de usted; y á saber que se hallaba usted en Madrid no me hubiera olvidado de invitarle.

—Es que necesito aún más, necesito que usted ó el señor embajador me presenten á una persona que asistirá esta noche al baile.

—¿Quién es esa persona?

—El maestro compositor don Carlos Ferrán.

—¡Ah! Es muy amigo nuestro, y una prueba de ello es el haber accedido á traer al baile á su famosa discípula Gabriela y ofrecernos además que cantará algunas piezas acompañadas al piano por él.

—¿De modo que seré presentado al maestro Ferrán?—preguntó con marcadas muestras de alegría Alejandro.

—Será usted presentado en toda regla.

—¿Por usted?

—No, por mi ilustre jefe, por el embajador.

—Pero yo no lo conozco.

—¿Y qué importa, si le conoce él á usted?

—¡A mí!. . ¿Y de dónde?... No recuerdo haberle visto nunca.

—Lord Pik es tío mío, hermano de mi padre, y me quiere como á un hijo, y lord Pik sabe que en un bosque de Guinea usted me salvó la vida; por consiguiente, tendrá mucho gusto en estrecharle á usted la mano y presentarle á sus amigos, entre los que aprecia y distingue como á ninguno al maestro Carlos Ferrán.

Y sir Pik, levantándose, añadió:

—Ruego á usted me dispense si le dejo solo un breve momento; voy por la papeleta de invitación.

Algunos minutos después sir Ricardo Pik volvía á entrar en el despacho con una carta en la mano, que entregó á Alejandro, y éste se guardó en el bolsillo de pecho de la levita.

Los dos amigos hablaron durante media hora de sus famosas cacerías en los bosques de Africa y de las terribles luchas de las tribus que aún defendían su esclavitud, rechazando la condición de hombres libres y la civilización que les ofrecían los monroyanos.

Luego se separaron, dándose un segundo abrazo.

Cuando Alejandro se vió en su coche sacó la carta, y creyendo encontrar una cartulina impresa, se encontró con un autógrafo de puño y letra del embajador, que decía:

«Lord Pik tiene la honra de invitar para el baile que da esta noche la embajada inglesa á don Alejandro de Robledano, que salvó la vida de su sobrino sir Arturo Pik en los bosques de Guinea.

»El embajador de Inglaterra aprovecha esta ocasión para

ofrecer su amistad y su gratitud á don Alejandro de Robledano.—*Guillermo Pik.*»

Alejandro se guardó de nuevo en el bolsillo el autógrafo del embajador, sin darle la menor importancia; bien es verdad que Alejandro estaba más enterado de las costumbres de la república de Liberia que de las del gran mundo europeo.

CAPITULO VII.

Un mundo nuevo.

El baile de la embajada inglesa tenía un doble atractivo para los invitados la noche que nos ocupa: iba á cantar algunas piezas la célebre *prima donna* Gabriela de los Angeles y á tocar un dúo de violín con el famoso maestro Carlos Ferrán.

Atendida la celebridad de Gabriela y de Ferrán, aquello debía ser un acontecimiento de esos que dejan un grato recuerdo á los aficionados á la música.

Decían los que estaban bien informados que Gabriela, al firmar la escritura con el empresario del teatro Real, le había exigido la condición que las noches que quedara libre era dueña de cantar en las reuniones que quisiera. Decían también que el empresario se había resistido á firmar esa condición, y que entonces Gabriela le había dicho:

—Amigo mío, Madrid es mi patria, en Madrid tiene mi maestro, mi padre adoptivo, grandes relaciones, y no han de faltarle compromisos; querrá que frecuente con él los salones

del gran mundo, y no es cosa de que nos privemos de ser galantes si nos piden que cante alguna pieza; pero pierda usted cuidado, me prodigaré lo menos que pueda, procurando no perjudicar la contaduría del teatro.

El empresario firmó; y el primer salón aristocrático de Madrid que iba á oir cantar en traje de sociedad á Gabriela era el de la embajada inglesa.

Sir Pik estaba encargado de recibir á Gabriela y á Ferrán, y presentarlos después á su ilustre tía la embajadora.

Alejandro se presentó á las diez de la noche. Llevaba en la solapa del frac dos condecoraciones: una española de Beneficencia de primera clase, y otra inglesa que se concede solamente para premiar los rasgos de valor heróico.

Como para Alejandro aquel mundo bien podía decirse que era completamente nuevo, buscó á sir Arturo Pik, y le dijo:

—Amigo mío, después de darle á usted las gracias por la invitación autógrafa del señor ministro, que tanto me honra, voy á suplicarle que no me abandone esta noche, que sea mi Mentor, pues le juro que me encontraba menos embarazado en los bosques de Africa ó de América con mi escopeta Scott de dos cañones y mis perros de caza, que en este palacio y entre esta sociedad, nueva para mí, porque preciso es confesar, á fuer de hombre franco, que conservo aún algo del pelo de la dehesa.

Sir Pik miró de arriba á abajo á su amigo con benévola y cariñosa sonrisa, y contestó:

—No encuentro nada incorrecto en el traje de usted; veo con placer que lleva usted con la misma desenvoltura la blusa de dril del cazador africano que el frac negro y la corbata

blanca del hombre de sociedad. En cuanto á la aristocrática clase que comienza á rodearnos, y que esta noche llenará por completo los salones de la embajada, debe preocuparle á usted poco, pues esa sociedad tiene más ganas de conocerle á usted que usted á ella. Mi ilustre tío, lord Pik, presentará á usted esta noche á sus amigos, que mañana lo serán de usted. La prensa, sin sospecharlo, ha preparado perfectamente el terreno para que usted produzca buen efecto en su aparición en el gran mundo. Yo tengo un encargo, y no puedo moverme de este sitio; cuando termine este encargo, que supongo será pronto, presentaré á usted al embajador.

—¿Y hay inconveniente en que yo me quede aquí con usted? Porque ¿qué diantre me voy á hacer solo por esos salones?

—Ninguno, pues mi comisión se reduce á esperar al maestro Ferrán y á su ahijada Gabriela de los Angeles, para presentarlos á la embajadora.

—¡Ah! Entonces con doble motivo me quedo, pues ya sabe usted que el maestro Ferrán es la causa que me trae esta noche al baile de la embajada.

Los invitados no cesaban de entrar.

Alejandro contemplaba con marcadas muestras de curiosidad aquellas damas cubiertas de sedas, de blondas, diamantes y perlas, que radiantes como estrellas y despidiendo olas de embriagadores perfumes, pasaban por su lado.

En cuanto á los hombres, no era menos la curiosidad que inspiraban á Alejandro por sus vistosos uniformes, sus bandas y sus condecoraciones.

¡Ah! Cuánta distancia mediaba entre aquellos bosques de

Guinea, entre aquellas chozas levantadas en las orillas de los ríos Segur y Esquer y el baile de la embajada inglesa.

Alejandro no pudo menos de dedicarles un recuerdo á aquellos infelices negros que tantas veces había protegido dándoles su pan y batiéndose á su lado por su independencia.

En este momento de melancólica comparación se hallaba Alejandro, cuando sintió que su amigo Pik le tocaba en el hombro, y le decía en voz baja:

—Ahí viene la mujer más hermosa, más encantadora de Madrid.

Alejandro se estremeció, y volvió rápidamente la cabeza. Para él, la mujer más hermosa, no solamente de Madrid, sino del mundo, era Gabriela; porque achaque de enamorado es el imaginarse que la señora de sus pensamientos posee todas las perfecciones físicas y morales de que es susceptible la criatura.

Alejandro no conocía á aquella mujer que se acercaba, no la había visto nunca; iba apoyada en el brazo de un caballero de más edad que ella, y que vestía de frac, con bastante desaliño.

—Efectivamente, es muy hermosa,—contestó Alejandro con indiferencia.—¿Quién es?

—La baronesa de Morgal; una mujer seductora, con una conversación que seduce; no hay nada tan ameno como las reuniones de confianza que da esa señora todos los jueves á sus amigos; el que va una vez no las olvida nunca.

—¡Ah! Ahora recuerdo que estoy invitado á ir el jueves á casa de la baronesa de Morgal.

—Pues le aconsejo á usted que no falte, y le aseguro que pasará una buena noche.

—Sí, una buena noche, si no me aburro.

—No es fácil eso, si la baronesa se empeña en que no se aburra usted.

Mientras tanto, los barones de Morgal iban acercándose poco á poco hacia los dos amigos.

La baronesa vestía un traje color de oro, con blondas blancas y guirnaldas de rosas. Llevaba muy bajo el escote para lucir sus redondos y provocativos hombros. Estaba radiante de hermosura.

Al pasar junto á Pik le saludó y le dirigió una sonrisa que hizo marcar tres hoyos en su redonda y provocativa cara. Pero de pronto, la baronesa hizo un movimiento como para detenerse, y clavó en Alejandro sus grandes y negros ojos con una tenacidad tan provocativa como inconveniente.

Era indudable que había conocido al joven africano, al héroe de la Castellana.

—Parece, amigo Alejandro, que ha producido usted buen efecto á la baronesa, porque esa mujer tiene el dón de expresar con los ojos todo lo que quiere.

—¿Y quién es ese caballero que la acompaña?—preguntó Alejandro.

—Su marido,—contestó Pik.

—Creí que era su padre.

—Casi le dobla la edad,—añadió sir Pik sonriéndose;—es un buen señor, muy tranquilo, que padece la enfermedad del sueño; se duerme en cualquier parte; la música, la conversación, todo para él tiene un dulce arrullo que le obliga á cerrar los párpados. Su mujer se aburre, y una mujer casada que se aburre es siempre una amenaza para su marido.

—¡Pobre hombre!—dijo con indiferencia Alejandro.

Pero apenas había terminado la frase, se escapó de su pecho un pequeño grito acompañado de este nombre:

—¡Gabriela!

Sir Pik miró á su amigo: estaba muy pálido, un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, el inglés creyó adivinar la causa de aquellos efectos.

—Ahí tenemos á la reina de la fiesta,—dijo sir Pik.

—¡Ah, qué hermosa es!—exclamó Alejandro como si hablara consigo mismo.

Gabriela vestía un traje de gro blanco con blondas negras y una guirnalda de camelias.

Ni una sola perla, ni un solo diamante adornaban su cuerpo: su peinado era una sencilla imitación de los buenos tiempos de la república romana.

Alejandro creyó ver en derredor de la cabeza de Gabriela una aureola de luz que le fascinaba.

Le parecía más hermosa de cerca que en el teatro.

La diva se apoyaba en el brazo del maestro Ferrán, que vestía de frac negro, la gran placa de Carlos III en el pecho y la cruz de la Legión de Honor en la solapa.

El maestro Ferrán era uno de esos hombres verdaderamente hermosos que comienzan á envejecer; aquellas canas y aquellos preludios de arrugas no carecían de encanto, le daban cierta respetabilidad simpática.

Alejandro les vió acercarse fascinado, y allá en el fondo de su alma se dijo:

—Si el maestro Ferrán no es el padre de Gabriela, debería serlo.

Sir Pik les salió al encuentro, y después de estrecharles las manos como amigo de confianza, dijo:

—Querido maestro, usted me permitirá que le arrebate á este precioso ángel que va por el mundo robando corazones, pues tengo el encargo de presentarle á mi ilustre tía la embajadora de Inglaterra.

El maestro Ferrán hizo con la cabeza un signo de aprobación.

Sir Pik ofreció el brazo á Gabriela, que ella aceptó sonriéndose y mirando á Alejandro, cuya inmovilidad y hermosura habían llamado su atención.

Sir Pik era un joven acostumbrado desde pequeño al trato del gran mundo, y á pesar de que sólo tenía veintiocho años, era bastante conocedor del corazón humano.

Viendo á Alejandro, estudiando el efecto que Gabriela le había producido, comprendió que había llegado la ocasión de pagarle algo de lo mucho que le debía; así es, que bajando la voz, le dijo á Gabriela:

—Ahí tiene usted al héroe del día, al joven africano que ensalza la prensa.

—¡Ah! ¿Es ése?—contestó Gabriela volviendo á mirar á Alejandro.

—El mismo; hace esta noche su entrada en el gran mundo; yo le quiero como á un hermano, no he conocido nunca un alma más hermosa ni un corazón más noble que el suyo; allá en un bosque de Africa, por salvarme la vida á mí, á quien no conocía, estuvo á punto de ser despedazado por una pantera.

Gabriela miró por tercera vez á Alejandro, que al influjo

de aquellas miradas comenzaba á sentir desvanecimientos de cabeza.

Sir Pik continuó hablando en voz baja con Gabriela y conduciéndola del brazo hasta donde estaba su tía la embajadora.

Todos saludaban al pasar á Gabriela, y ella contestaba á todos con tanta gracia como distinción.

Alejandro, maquinalmente, y como absorbido por una fuerza superior á su voluntad, siguió á Gabriela y á Pik.

Ni siquiera se apercibió que el maestro Ferrán caminaba á su lado.

La señora del embajador se hallaba al extremo del salón sentada en un diván.

Al ver á Gabriela se levantó, y á pesar de su gravedad inglesa, y sin esperar á que se la presentaran, es decir, faltando á todas las leyes tiránicas de la etiqueta, salió al encuentro de la *diva*, y le dió un beso en la frente, diciéndole:

—Gracias, hija mía, gracias por haber accedido á mis deseos.

Y volviéndose á las personas que la rodeaban, añadió:

—Este es un verdadero ángel, y sospecho que esta noche mis salones se van á convertir en un paraíso.

Los ojos de Gabriela se humedecieron ante aquel cariñoso recibimiento.

La embajadora se sentó en el diván, colocando á Gabriela á su lado.

Todos celebraron aquellos arranques expansivos de la embajadora, que tenía fama de grave y *etiquetera;* pero aquella noche, fascinada ante el candor de Gabriela, se había dejado

llevar por los impulsos de su corazón, olvidándose que era la embajadora de la Gran Bretaña en Madrid.

Sir Pik, terminada su comisión, fué á reunirse con Alejandro, que apoyado en una columna que servía de base á una estatua de bronce de la reina Vitoria, no apartaba los ojos de Gabriela, importándole poco todo cuanto le rodeaba.

—Ahora, amigo mío,—le dijo sir Pik,—vamos á ver al embajador; pero alegre usted ese semblante, pues en este mundo aristocrático en donde nos hallamos se lleva una gran ventaja sabiendo disimular los afectos de nuestro corazón.

Y sir Pik, sonriéndose al ver el efecto y el asombro que sus palabras causaban á Alejandro, añadió:

—Amigo mío, creo que le he prestado á usted esta noche un pequeño favor; conste, pues, que no soy desagradecido.

Alejandro no comprendió la intención de estas palabras, que aludían, indudablemente, á la conversación que sobre el joven africano había mantenido en voz baja con Gabriela de los Angeles.

CAPITULO VIII.

Episodio de caza.

La baronesa de Morgal no había perdido ni una sola de las emociones que la presencia de Gabriela de los Angeles había causado al joven africano.

Sentada en un sillón no lejos del sitio en donde se hallaba Alejandro, inmóvil y embebido en la contemplación de la hermosa *prima donna*, Isabel de Romelia pensaba que Esteban Terreño no se había equivocado al decir que Alejandro amaba á Gabriela.

Desde el primer momento comprendió que las pasiones debían ser violentas y grandes en el corazón de aquel hombre tan valiente como hermoso, que había pasado la mayor parte de su vida en los bosques de Africa.

Comprendió también que iba á luchar con grandes desventajas, no porque Gabriela fuese más hermosa ni más seductora que ella, sino que por una de esas combinaciones funestas de la vida, Gabriela, sin saberlo, sin sospecharlo, se había apoderado antes del alma de Alejandro.

Sabido es que siempre se ha considerado como una desgracia llegar tarde en cuestiones de amor, sobre todo porque la oporutunidad tiene un parentesco muy inmediato con el éxito.

Sin embargo, la baronesa no perdía la esperanza de coger con las seductoras redes de sus encantos á aquel joven que tan vivamente le había impresionado.

Persuadida Isabel de Romelia de que Alejandro amaba á Gabriela, descubrimiento fácil para una mujer como la baronesa, tratándose de un hombre de las condiciones de Alejandro, se propuso indagar si la célebre *prima donna* amaba á su vez al joven africano.

Esto lo conceptuaba un poco más difícil, porque las mujeres ocultan las afecciones de su alma con más maestría que los hombres, y además, Gabriela era una gran artista, y era de suponer que su voluntad, su talento, sabrían dominar su corazón.

Desde el sitio en donde se hallaba la baronesa veía perfectamente á Gabriela, y podía estudiar, no solamente sus miradas, sino hasta el menor de sus movimientos.

Pero por desgracia para la baronesa, como sucede á toda mujer hermosa y de amable trato, no le faltaron admiradores que la importunaran con sus galanterías, y el espionaje que se había propuesto ejercer fué bastante imperfecto, y sobre todo, difícil.

Isabel hubiera querido ser aquella noche invisible para sus amigos y poseer el don de ver sin ser vista.

Alejandro había desaparecido del salón con Arturo Pik, y la baronesa estaba impaciente por verle reaparecer.

Sir Pik era uno de los adoradores de Isabel de Romelia; pero la baronesa miraba con indiferencia á aquel rubio, casi albino que le dirigía frases galantes en un español chapurrado de inglés, que muchas veces le hacía reir, bien á pesar suyo.

Mientras Isabel espiaba á Gabriela, un hombre espiaba á Isabel, y á pesar de ser una maestra en el arte del fingimiento y la coquetería, el poeta Amadeo Nasón, que formaba parte del círculo de amigos que rodeaban á la baronesa, advirtió que estaba distraída y que miraba con frecuencia hacia una de las puertas del salón, como si esperase á alguno.

Por aquella puerta habían desaparecido poco antes Alejandro y Pik.

—Querido papá Amadeo, con permiso de estos señores, deme usted el brazo y acompáñeme hasta el tocador,—dijo la baronesa levantándose.

Todos los que rodeaban á la baronesa envidiaron al poeta Nasón, pero ninguno tuvo celos de la preferencia concedida á aquel viejo, cuyo ingenio y amena conversación le habían abierto todas las puertas de los salones aristocráticos de Madrid.

—¿Qué tienes?—le preguntó Amadeo en voz baja así que se hallaron libres de importunos.—Estás inquieta. ¿A quién esperas? ¿á quién buscas? ¿es á tu marido?...

—¡Mi marido!...—exclamó Isabel con acento burlón.—De seguro que se halla durmiendo como un bienaventurado en algún rincón y oculto detrás de una cortina para que no le molesten las luces.

—Pues entonces, buscas á otro,—añadió Amadeo.—Estás nerviosa; ya sabes que te conozco y que te adivino.

—Pues bien, sí, busco á otro,—exclamó Isabel,—y espero que mi buen amigo, que mi segundo padre, que tanto me quiero, respetará, al menos por esta vez, lo que él llama debilidad femenina.

—Vamos, Isabel,—repuso Amadeo con dulce y paternal acento,—para vivir en este mundo es preciso dominar un poco los impulsos de la sangre, procurar que la cabeza mande y el corazón obedezca, y no ir diciendo por todas partes lo que debe permanecer oculto en el fondo de nuestra alma.

—Ó lo que es lo mismo,—añadió precipitadamente Isabel:—para vivir en este mundo es preciso ser hipócrita, fingir lo que no se siente, engañar á los que nos rodean.

—No es eso, hija mía; pero como repito que estás nerviosa y no querrás entenderme, no voy á cuestionar contigo la diferencia que hay de la razón, que muchas veces nos aconseja sacrificarnos, á la hipocresía, que finge para engañar. A tí no te falta talento para comprender esto; pero sabido es que no hay peor sordo que el que no quiere oir.

—¡Ah!—exclamó la baronesa sin escuchar á su viejo amigo, viendo aparecer en el salón al embajador de Inglaterra apoyado en el brazo de Alejandro.

—Vamos, ya sabía yo á quién buscabas,—murmuró con marcado disgusto Amadeo.

El embajador y el joven africano cruzaron á lo largo el salón, encaminándose hacia el sitio en donde se hallaban la embajadora, Gabriela, Carlos Ferrán y algunos caballeros formando corro.

La baronesa se soltó del brazo del poeta Nasón y se cogió del brazo de Arturo Pik que pasaba por su lado, diciéndole al mismo tiempo con encantadora alegría:

—Me acojo bajo el pabellón de la hospitalaria Inglaterra para que me libre de la curiosidad que me persigue desde que he entrado en este salón.

—¡Ah, señora!—contestó Pik.—Preciso será, que al menos por esta vez, Inglaterra se incline ante España y espere sus órdenes.

—¿Hace usted de buena fe el ofrecimiento?

—No habla mi lengua, habla mi corazón, baronesa.

—Un diplomático hablando con el corazón es verdaderamente un ave rara.

—En este momento no soy un diplomático, sino un súbdito de la hermosura que inclina la cabeza y obedece.

—Pues bien, amigo mío, comenzaré por decirle que yo soy muy curiosa,—dijo Isabel de Romelia poniendo en juego sus miradas y sus sonrisas más seductoras,—y como supongo que usted puede satisfacer mi curiosidad, á usted me dirijo para preguntarle: ¿Conoce usted á ese joven á quien toda la prensa enaltece y á quien apodan *el africano?*

—¡Si le conozco!... ¡Ya lo creo, señora! ¡No he de conocer al hombre á quien le debo la vida!...

—¡Ah! La vida...—exclamó Isabel con gran interés.—Esa es una deuda que no debe olvidarse nunca entre personas bien nacidas.

—Yo espero no olvidarla tampoco; así es que miro á Alejandro de Robledano, más que como á un amigo, como á un hermano.

—Lo que usted acaba de decirme redobla mi curiosidad, y si no temiera pecar de imprudente le suplicaría me relatara en qué ocasión y cómo le salvó á usted la vida ese joven cuyo nombre corre hoy de boca en boca.

—No lo oculto á nadie,—añadió sir Pik,—y me complazco en referirlo siempre que tengo ocasión.

—Pues entonces, le escucho á usted con el mayor interés y aun á trueque de que alguno piense mal viéndonos hablar en voz baja. Como supongo que el relato será interesante, creo que deberíamos sentarnos.

—No tengo voluntad propia, señora.

La baronesa y sir Pik se sentaron en dos sillas á un extremo del salón, como dos amantes que huyen de los importunos.

El poeta Amadeo, que les había seguido con la mirada, se dijo hablando consigo mismo:

—¿Qué nuevo capricho será el de Isabel?... ¡Ah! ¡Qué lástima! Presiento que el pobre barón despertará algo tarde de su sueño; pero su despertar será terrible, como el de todo hombre confiado cuando toca la espantosa realidad.

Mientras tanto, Pik había empezado el relato de este modo:

—Hace algunos años, durante mi primer viaje y después de visitar las posesiones inglesas de Sierra Leona, hice una excursión por la costa de Guinea y por las orillas del río Seger, en donde no faltan fieras indómitas y tribus negras tan salvajes como las fieras.

Yo contaba entonces escasamente veinte años de edad, y me sentía hambriento por consignar en mi diario de á bordo grandes y temerarias empresas.

Uno de mis más vivos deseos era matar por mi mano una pantera ó un león, y llevármelo á Londres disecado, como un trofeo de mi valor, y efectivamente, encontrándome en las orillas del río Seger, en donde abundaban las fieras, combiné con dos negros cazadores que formaban parte de la tripulación de nuestra falúa, emprender una expedición sin dar cuenta á nadie de nuestro proyecto é internarnos en el bosque en busca de las fieras, que eran mi monomanía constante.

Saltamos á tierra una noche sin que nadie á bordo se apercibiera de nuestra ausencia. Ibamos armados de escopetas de dos cañones y grandes cuchillos de monte. Yo, con la alegría del joven que desconoce el peligro y que goza de antemano con la admiración que va á causar á sus semejantes, me interné en la selva acompañado de mis dos negros, que conocían el terreno y eran cazadores.

Al amanecer, uno de los negros me indicó ciertas yerbas tronchadas en donde se veían muchas escarbaduras en el suelo.

—Aquí tiene la cama una pantera ó un tigre,—dijo el negro reconociendo el terreno;—aquí ha dormido, y probablemente no estará lejos.

—Tanto mejor, pues que venimos á buscarla,—exclamé yo con la alegría de la ignorancia.

—Sin embargo, los tigres y las panteras son traidores, y es preciso obrar con prudencia,—añadió el negro, que no cesaba de reconocer el terreno.—El león es más noble, más confiado; ataca frente á frente, y por lo regular da un bramido para anunciarse. Bueno será reconocer estos alrededores.

Súbase usted á un árbol mientras éste y yo inspeccionamos estas espesuras.

—¿Y por qué no he de reconocer yo con vosotros el terreno?—dije ofendido de aquellas precauciones.

—Como usted disponga,—contestó con humildad el negro;—pero desde el árbol se ve más terreno que desde aquí abajo.

—Sigamos adelante,—añadí yo, sin tener en cuenta la experiencia de aquellos hombres.

El bosque era excesivamente espeso, apenas podíamos abrirnos camino. El negro que había tomado la palabra iba delante, yo le seguía, y detrás iba el otro negro.

De pronto noté que se detuvo, haciendo un movimiento rápido, y le vi retroceder con los cabellos erizados, los ojos y la boca inmensamente abiertos y todos los síntomas característicos del más grande terror impresos en el semblante.

—¿Qué ocurre?—le pregunté sobresaltado.

—Salgamos de aquí,—me contestó,—es una hembra, tiene la madriguera junto á ese árbol y he visto sus cachorros. Además, en este terreno no podemos defendernos con desenvoltura.

Y el negro, como si en aquel momento, aconsejado por el peligro, tomara la voz de mando, añadió:

—Fuera, fuera de aquí; cada uno á un árbol, la hembra vendrá siguiendo nuestro rastro, y cuando la veamos vacilar y dudando á cuál de nosotros elegir como presa, fuego sobre ella y mucho cuidado, sir Pik, porque detrás de la hembra vendrá el macho.

Apenas había pronunciado estas palabras, oí un bramido

espantoso que me heló la sangre y un gran estruendo en la maleza.

El negro que iba delante ¡pobre hombre! era un valiente, un cazador práctico. Se puso la escopeta á la cara, pero no tuvo tiempo de hacer fuego. Una pantera enorme saltó con vertiginosa rapidez sobre él, derribándole por el suelo.

¡Oh! Aquello fué un espectáculo horrible. Yo vi saltar por el aire los pedazos de carne del cuerpo de aquel infeliz, que con aterrado acento nos pedía socorro, mientras la terrible fiera le despedazaba.

A pesar del aturdimiento y de la emoción que sentía hice fuego por dos veces sobre la pantera, que sin soltar su presa, continuaba lanzando espantosos rugidos.

Indudablemente, las balas de mi escopeta ó no hirieron á la fiera ó la hirieron ligeramente, porque no la vi hacer ninguno de esos movimientos que indican al cazador que ha dado en el blanco.

Busqué con una mirada en aquel momento de desesperación y de angustia al otro negro, extrañándome que no disparara, pero no le vi; había desaparecido cobardemente, sin duda loco por el pánico al ver el desastroso fin de su compañero.

La pantera dejó de gruñir, y recogiéndose sobre sus cuatro patas, entre las que se hallaba el destrozado cadáver del infeliz negro, levantó su enorme cabeza y se quedó mirándome.

Sus redondos y encendidos ojos ejercían en mí una influencia magnética que me dominaba. De vez en cuándo abría su enorme boca, y con su áspera y roja lengua se relamía con placer el redondo hocico manchado de sangre.

Parecía dudar entre soltar la presa que tenía entre sus garras ó atacarme á mí, que con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y el cuchillo de monte en la mano, permanecía inmóvil.

Confieso, baronesa, que fué un momento de verdadera angustia para mí; ni siquiera me acordé de cargar la escopeta, me creí tan muerto como el pobre negro que se hallaba tendido á pocos pasos de distancia sobre un charco de sangre, que de vez en cuándo lamía con placer la pantera.

Aquello indudablemente duró poco, pero á mí me pareció un siglo. Por fin la fiera se decidió á atacarme; la vi avanzar arrastrándose por el suelo como una culebra. Sus ojos se movían con vertiginosa precipitación. Caminaba muy despacio y deteniéndose á cada paso; parecía gozarse en mi espanto. Diríase que estaba segura de su presa, porque de vez en cuándo sacaba la lengua y se relamía con placer los ásperos bigotes.»

Sir Pik miró á la baronesa; estaba muy pálida y aspiraba con frecuencia la esencia de una pequeña redomita de oro.

—¿Se pone usted mala, señora?—le preguntó.

—No, no es nada; los nervios se han afectado un poquillo, porque la narración es efectivamente interesante.

—En ese caso, la suspenderemos por ahora.

—¡Ah! De ninguna manera. Es demasiado interesante para suspenderla, y sobre todo, cuando, según sospecho, va á presentarse en escena el héroe de la novela.

—Efectivamente, señora, va á presentarse el héroe, pero no de novela, sino de historia, porque nada hay tan inverosímil y tan portentoso como la vida real.

La baronesa, esforzándose por sonreirse, añadió:

—Ruego á usted, amigo Pik, que continúe su interesante narración.

—Obedezco, y prosigo: pues como iba diciendo, la pantera ganaba terreno, se acercaba hacia mí, produciéndome una angustia mortal, porque ¿cómo iba yo á defenderme con mi cuchillo, ni con la poca serenidad de mi espíritu de sus terribles garras, de sus potentes mandíbulas?

Han trascurrido algunos años desde aquel día de mortal angustia: cuando pienso en la terrible aventura de los bosques de Guinea, ni yo mismo me explico lo que pasó, y me parece imposible el haber salido ileso de un lance tan apurado.

La pantera llegó arrastrándose hasta el pié del árbol en donde yo me hallaba apoyado. Entonces se levantó. Yo creí sentir el abrasador aliento de su boca sobre mi rostro y hundirse sus aceradas uñas en mi pecho; pero con gran asombro mío, la vi volver la cabeza dos ó tres veces hacia el espeso matorral donde tenía su madriguera, como si aquel sitio le llamara más la atención que mi persona.

Entonces sucedió una cosa extraña, inexplicable; mi perturbada imaginación lo creyó un sueño: vi abrirse la maleza y aparecer un joven, hermoso como un arcángel. Iba vestido de dril blanco, llevaba un ancho sombrero de paja en la cabeza.

En la mano derecha empuñaba una escopeta de dos cañones, y en la mano izquierda, cogido por las patas, llevaba uno de los cachorrillos de la pantera, gruñendo de un modo desesperado.

Aquel joven se sonreía con una tranquilidad inexplicable

en aquella situación. Me saludó con la cabeza, y luego arrojó por el aire el cachorrillo, que fué á caer á cuatro pasos de la pantera.

La fiera dió un salto, se puso sobre su hijo, y comenzó á lamerle.

En aquel momento el joven apuntó á la pantera y sonó una detonación.

Aquel feroz animal lanzó un gruñido terrible: quiso levantarse y no pudo, cayendo, después de unos momentos de lucha desesperada, y revolcándose por el suelo entre las angustiosas convulsiones de la muerte.

El disparo del joven desconocido había sido tan certero, que la bala le había partido el corazón.

Yo continuaba inmóvil y sin hablar, pegado al árbol, mirando con asombro á mi joven salvador y absorto ante el increible rasgo de serenidad que había demostrado.

El desconocido se acercó sonriéndose, y tendiéndome una mano, me dijo en perfecto inglés:

—De buena nos hemos librado, amigo; para cazar fieras es preciso ser más precavido y tener mala intención. Esa pantera tenía á sus cinco cachorros ocultos entre la maleza. Yo la había dejado viuda esta noche matando á su macho, y su irritación era terrible, peligrosa.

Y luego, dirigiendo una mirada compasiva hacia el cadáver del negro, añadió:

—Siento no haber llegado un poco antes, hubiera salvado tal vez á ese infeliz, aprovechándome de la ternura maternal que hasta las panteras sienten por sus hijos.

Y sonriéndose de un modo triste, añadió:

Lit. J. Palacios Arenal, 27 Madrid

Alejandro disparó.....

—Son ardides del hombre, el más feroz y el más temible de todos los animales, á quien la naturaleza ha concedido grandes dones para que pueda llamarse con orgullo rey de la creación.

—Me ha salvado usted la vida,—le dije,—mi gratitud será eterna; justo es que sepa el nombre de mi salvador para no borrarle nunca de mi memoria.

—Soy un monroyano, un hombre libre de la colonia norte-americana de Liberia. Nuestra misión se reduce á exterminar las fieras de estos bosques y á establecer en ellos la civilización.

—La misión es muy noble, pero arriesgada,—le dije.—Inglaterra ha fundado también un establecimiento en la costa de Sierra Leona con el mismo objeto.

—Sí, con la notable diferencia—añadió—de que Inglaterra sólo se ocupa de evitar el tráfico inhumano y cruel de los negros, y nosotros los hacemos hombres libres, civilizados y útiles. Los que antes se aborrecían y se despedazaban en perpetuas y sangrientas guerras, hoy se aman, se protegen, fundan pueblos y se llaman hermanos.

—¿Y dónde se halla ese país modelo?—preguntó la baronesa, vivamente impresionada con aquel relato.

—En Guinea, señora, al Este del Cabo Mesurado,—contestó Pik.—La ciudad de Monrovia es su capital, se halla situada sobre la cumbre de un monte, á cuyas faldas está su puerto. Su territorio se extiende desde el río Pissos al río Sestor, en una longitud de trescientas millas inglesas por cuarenta hacia el interior. Hace treinta años, los tigres, las panteras y los leones arrebataban durante la noche á los hi-

jos y las mujeres de los negros de sus mismas cabañas. Hoy aquellas cabañas se han convertido en pueblos, que saben defenderse porque son libres y civilizados. Sus guerras interiores, cuyos prisioneros eran vendidos como esclavos, han concluído; hoy son hermanos, y se protegen contra el enemigo común; es decir, contra las fieras y contra las hordas indomables que les rodean.

—¿Y es Alejandro hijo de ese país?—preguntó Isabel de Romelia con creciente interés.

—No, Alejandro es blanco, y los veinte mil habitantes de la república de Monrovia son negros.

—¿Y era Alejandro el solo blanco de aquella colonia?

—Había dos blancos más: la madre de Alejandro y un venerable sacerdote.

La baronesa miraba con los ojos inmensamente abiertos á sir Pik.

Aquella mujer impresionable se había olvidado que se hallaba en el gran baile de la embajada inglesa: tal era el interés que el relato le producía.

CAPITULO IX.

Historias incompletas.

Sir Pik, después de una ligera pausa, volvió á decir:

—La historia de ese joven que me salvó la vida es sumamente interesante: un novelista sacaría gran partido de ella. Yo sólo le relato á usted el episodio en que tomé parte. Repuesto de la terrible emoción que había experimentado y viéndome solo y perdido en aquel bosque, le supliqué me indicara el camino que debía seguir para llegar á las orillas del rio Pissos, en donde se hallaba anclada mi falúa y en donde el negro fugitivo habría indudablemente llevado la alarma.

—Yo mismo le acompañaré á usted,—me dijo;—pero antes es preciso dar sepultura á ese infeliz negro, á ese hermano. Mis compañeros no están muy lejos, se hallan emboscados en estas inmediaciones, esperando á la pantera que yo he tenido la fortuna de matar, y á la que perseguíamos hace cuatro ó seis noches.

Y mi salvador, aplicando á sus labios una bocina cons-

truída con un trozo de corteza de árbol, le hizo producir un sonido potente y prolongado, que lo repitió por tres veces.

Inmediatamente se oyó el mismo sonido en seis ó siete partes distintas del bosque, y no tardaron en ir apareciendo entre la maleza algunos negros armados de carabinas con bayoneta y vestidos de lienzo blanco.

Aquellos negros, que rodearon á mi salvador con muestras de respeto, me saludaron llevándose las manos á los sombreros, pero sin quitárselos.

Entonces mi salvador en pocas palabras les refirió lo que había sucedido, terminando de este modo:

—Ha sido una desgracia el que yo llegara un poco tarde, porque hubiera salvado á un hermano. Vamos, pues, á darle sepultura y á cumplir con nuestro deber.

Todos aquellos negros hablaban perfectamente el inglés, y demostraban haber recibido una educación á la europea; eran ciudadanos libres de la colonia norte-americana de Liberia.

Yo les contemplaba con verdadera admiración. Con sus hachas abrieron una sepultura bastante profunda. Mi salvador trabajaba lo mismo que todos en aquella piadosa faena, pero todos parecían mostrarle tanto cariño como respeto.

Luego enterraron el cadáver del negro, y arrodillándose y quitándose los sombreros, rezaron una oración en voz baja.

Alejandro dió algunas órdenes á su gente, que yo no pude entender, y sin preguntarme quién era me acompañó hasta las orillas del río Pissos, en donde se hallaba anclada mi falúa.

A la mitad del camino encontramos á un oficial, ocho marineros y al negro fugitivo, que venían en mi ayuda, aun-

que la verdad es que me creían muerto, porque así lo había dado á entender el pobre negro con sus lamentos y su desesperación.

Grande fué su alegría al verme sano y libre, y cuando pronunció mi nombre el oficial que los capitaneaba, mi joven salvador dijo:

—¡Ah! ¿Es usted Arturo Pik?

—Sí señor,—le respondí.

—¿No hay un contraalmirante de este nombre en la marina inglesa?

—El hijo de ese contraalmirante soy yo, á quien usted ha salvado la vida,—añadí.

Alejandro pareció no darle importancia á la alta jerarquía de mi padre, y fijando en mí sus limpios y hermosos ojos, me preguntó:

—¿Tiene usted madre?

—No señor, la perdí cuando apenas tenía un año de edad.

—Gran pérdida,—añadió.—Es la mayor que puede experimentar un hijo. Los padres suelen á veces no amar á sus hijos, pero las madres, ¡oh! las madres son todo amor, todo ternura. Una madre que no ama á sus hijos es un sér reñido con la naturaleza, no se concibe. El cariño de una madre le ha salvado á usted la vida más que la bala de mi escopeta. La pantera le tenía ya á usted al alcance de sus garras y de sus mandíbulas, pero dejó su presa por lamer y acariciar á su cachorrillo, que la llamaba con débil y quejumbroso acento. Siempre que encuentre usted en su camino alguna madre, respétela usted y protéjala usted, aunque no sea más que en agra-

decimiento de lo que hoy ha visto y que no se borrará nunca de su memoria.

Alejandro pronunció estas palabras con una entonación tan sentida, que me hizo gran efecto. Advertí también que sus ojos se humedecían, pero esto pasó como un relámpago, y luego, cambiando de entonación, añadió:

—Mañana mandaré al delegado inglés del puerto de Monrovia las dos pieles con las cabezas y las garras de las panteras que hoy he muerto y los cinco cachorrillos encontrados en la madriguera. Es un recuerdo que le suplico á usted acepte de un colono de la república de Liberia.

Este fué el fin de aquella aventura, que pudo muy bien costarme la vida en los bosques de Guinea; un minuto de retraso, y mi muerte era segura; un instante de vacilación en mi salvador, y hoy no existiría Arturo Pik.

En aquella situación se reunió todo para salvarme, la oportunidad, el valor, la serenidad y el conocimiento del peligro, porque es indudable que si Alejandro no recurre al cariño maternal de la pantera, arrojándole á uno de sus hijos, aquel feroz animal me hubiera despedazado.

—Sí, sí, fué verdaderamente un milagro encontrar á un hombre de condiciones excepcionales en tan crítico momento,—añadió la baronesa verdaderamente conmovida.

—Al día siguiente—repuso sir Pik—recibí el regalo ofrecido, con una carta que conservo y que sé de memoria.

Decía así:

«A sir Arturo Pik: Tengo el gusto de remitir á usted las pieles preparadas para que se conserven hasta que usted llegue á Londres y pueda mandarlas á un disecador.

»Son dos ejemplares notables. También remito á usted los cinco cachorrillos, que podrá criarlos con leche, pues la toman con avaricia. Es una familia felina completa de padre, madre y cinco hijos; la civilización no puede permitir que esta clase de seres vivan libres en los bosques, pues ya sólo deben verse ó disecadas para admirar su hermosura, ó en las jaulas de los domadores.

»La república de Monrovia abriga la esperanza de que dentro de poco no exista un solo animal dañino en sus bosques ni en sus plantaciones agrícolas.

»Deseo á usted toda clase de prosperidades, y le suplico que siempre que se le presente ocasión trate y proteja á los negros como á hermanos, rindiendo así un tributo á la civilización y á la humanidad.

»*Alejandro Mork*, ciudadano libre de la colonia norte-americana de Liberia.»

—¡Alejandro Mork!....—exclamó la baronesa.—¡Pues qué! ¿No se llama ese joven Alejandro de Robledano?

—Entonces, según creo, llevaba el apellido de su madre, hoy ha heredado ochenta millones, y se llama Robledano. Pero es otra historia de la que yo no estoy muy enterado, y lo poco que de ella sé no me atrevería á revelarlo, temeroso de cometer alguna indiscreción.

—¡Ah! ¿Es un secreto esa segunda historia? Lo siento, porque voy á morirme de curiosidad. Sería una traición, amigo Pik, dejarme, como vulgarmente se dice, con la miel en los labios, pues sospecho que la vida de ese joven está llena de aventuras interesantes, de rasgos de valor heróico.

—Efectivamente, es una vida llena de episodios intere-

santes; pero volviendo á mi aventura de los bosques de Guinea y para poner fin á aquel episodio de mi vida, le diré á usted que las dos panteras se hallan disecadas en el salón regio del palacio de mi tío el embajador en Londres; una de las panteras, el macho, lleva colgado del cuello un cartel, en donde está lacónicamente escrita la relación de aquella aventura de Africa, y consignado el nombre del cazador que le dió muerte. Los cinco cachorrillos, que hoy son cinco hermosas panteras, se hallan en una jaula en el parque del mismo palacio.

Todos los periódicos ingleses refirieron detalladamente esta aventura, y como llegó á oídos de nuestra soberana la reina Vitoria, mandó que se premiara el heróico valor y la serenidad del joven africano dándole una condecoración que se concede á muy pocos.

—He visto que llevaba además una gran placa en el pecho,—añadió Isabel de Romelia.

—Es la gran cruz de Beneficencia española, ganada por otro rasgo de heroismo, pues salvó en la Habana de una muerte cierta, y arriesgando gravemente su vida, á una pobre madre y á sus dos pequeños hijos.

—He ahí el principio de otra historia,—repuso la baronesa sonriéndose,—que viene á aumentar de un modo superlativo mi curiosidad, y yo confío que, si no hoy, otro día mi amigo sir Pik acabará de contarme la vida llena de episodios interesantes de ese joven africano.

—Pero antes le pediremos permiso al protagonista, y es de suponer que, tratándose de la noble baronesa de Morgal, nos lo conceda.

—Ya sabe usted, amigo Pik,—que recibo todos los jueves á mis amigos de confianza. ¿Por qué no trae usted á Alejandro el jueves próximo?

—Procuraré hacerlo.

—La amistad de un hombre de las condiciones de Alejandro es siempre honrosa, y mi marido tendrá mucho gusto en contarle en el número de sus amigos.

La baronesa había olvidado por completo que se hallaba en el baile de la embajada inglesa; tal era la impresión que el relato de sir Pik le había causado.

El poeta Nasón, que amaba á Isabel como á una hija, que siempre estaba inquieto temiendo sus imprudencias, no la perdía de vista.

Amadeo no podía explicarse aquella larga conversación mantenida en voz baja entre una mujer hermosa y un joven galante, sin que el amor tomara una parte activa.

Sin embargo, en aquellos momentos Amadeo no ignoraba que el hombre que preocupaba la imaginación de la baronesa no era sir Pik, sino Alejandro de Robledano, el héroe del día.

Inquieto por lo que él creía una imprudencia, creyó llegado el momento de interrumpir aquella conversación demasiado larga, y acercándose con la sonrisa en los labios y con esa buena forma del hombre de sociedad, dijo:

—Con el permiso de sir Pik, vengo por mi pareja para el primer rigodón.

—¡Ah! ¿Va á comenzar el baile?—preguntó la baronesa disgustada.

—Sí, hija mía,—añadió Amadeo,—lo ofrecido es deuda;

te suplico por lo tanto que te cojas de mi brazo y vamos á ocupar el sitio que nos destinan.

Isabel se levantó, diciendo:

—Yo creo que será imposible bailar; hay mucha gente, y lo que todos deseamos es oir á la célebre *prima donna,* á la incomparable Gabriela.

Y luego, mirando á sir Pik y enviándole una de sus más seductoras sonrisas, añadió:

—Amigo Arturo, espero que sea usted tan amable que me conceda dos cosas.

Pik inclinó la cabeza en prueba de aprobación, y dijo sonriéndose:

—Concedidas, señora.

—Una de ellas es el final de la interesante historia del hombre libre de la colonia norte-americana de Liberia, y la otra la presentación en mi casa el jueves próximo del protagonista de esa historia, pues deseo contarle en el número de mis amigos.

Amadeo, al oir estas palabras, hizo un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido para la baronesa.

—Haré todo cuanto pueda por complacer á usted, señora,—añadió Pik.

Isabel se apoyó en el brazo de su viejo poeta, saludando con el abanico á sir Arturo.

—Eres una imprudente,—le dijo Amadeo en voz baja, conduciéndola al extremo opuesto del salón.

—¡Imprudente!... ¡Me asusta esa entonación!... ¿Y por qué soy imprudente, mi querido viejo?

—Porque no te basta amar á ese joven salvaje que según

parece está hoy de moda, sino que lo vas pregonando á voces, cometiendo el peor de los pecados: el escándalo.

La baronesa hizo una mueca encantadora, é inclinando con cierta coquetería su cabeza hasta tocar el hombro de Amadeo, añadió:

—¡Bah! ¡Qué importa, mientras mi marido duerma!

CAPITULO X.

Simpatías.

Mientras tanto, el embajador había presentado á sus amigos á Alejandro de Robledano.

La primera presentación fué á la embajadora, que ya le conocía de nombre por haber salvado á su sobrino; luego le presentó al maestro Ferrán y á Gabriela; pero lo había hecho dejando esa forma rutinaria en que sólo se pronuncian los dos nombres de los presentados.

Lord Guillermo Pik, á pesar de su gravedad y de ser sobrio en palabras, presentó á Alejandro como al salvador del heredero de su nombre, pues no tenía hijos, y dedicándole frases de cariño; de modo que al joven africano puede decirse que le bastó una noche para que se abrieran ante él todas las puertas de los salones aristocráticos de Madrid, y más de una mujer hermosa fijó sus ojos en el ciudadano de Monrovia, creyéndole una buena conquista.

Después de aquella honrosa y distinguida presentación

por el grave lord Guillermo Pik, embajador de Inglaterra, ¿quién dejaría de invitarle para sus reuniones? Nadie. El porvenir se presentaba lleno de hermosos horizontes para nuestro héroe.

Pero Alejandro había acudido á los salones de la embajada inglesa por ver á Gabriela de cerca, por oir su voz y relacionarse con ella y con el maestro Ferrán.

Así es que después de presentado por el embajador, cuando los deberes de dueño de la casa llamaron á otra parte á lord Pik, Alejandro permaneció al lado de Ferrán y de Gabriela, hablando con ellos.

Más de una vez, durante esta conversación, en que se habló de música y de viajes, los ojos de Gabriela y de Alejandro se encontraron, cambiando miradas de simpatías, que no pasaban desapercibidas para el maestro Ferrán.

A Gabriela no le quedaba la menor duda de que aquel joven, tan hermoso como valiente y tan valiente como simpático, era el mismo admirador que le arrojaba todas las noches ramos de camelias blancas.

Recurriendo á su memoria, creía recordar que aquella fisonomía no le era desconocida, que la había visto en alguna parte.

El maestro Ferrán, que se sentía atraído por aquel joven, después de hablarle de música, le habló de África, de América, preguntándole si en Madrid echaba de menos aquella vida del hombre de la naturaleza.

—La gratitud—contestó Alejandro con natural y sentida entonación—me recuerda con frecuencia aquellos buenos y leales negros de la república de Liberia. Una tempestad nos

arrojó sobre la costa á mi adorada madre y á mí. Pobres náufragos, destrozados y hambrientos, nos recogieron en la pequeña ciudad de Monrovia con el cariño de hermanos. Un viejo pastor protestante nos abrió las puertas de su casa, y nos dijo: «Entrad, éste es vuestro hogar, bien venidos seáis». Mi buena madre hablaba y escribía el inglés como el español; era además una buena profesora de piano. Como en aquella colonia americana todo el mundo trabaja, mi madre fué nombrada directora de un colegio de niñas negras. De mi educación se encargó el venerable pastor Dikson; me llegó á querer como á un hijo, y yo á él como á un padre. Muchas veces cierro los ojos y veo en ese espejo de la memoria, donde se reflejan los acontecimientos pasados, á mi querida madre con sus cabellos rubios, su hermoso semblante sonrosado como las adelfas, rodeada de cuarenta ó cincuenta niñas negras, y sonriéndose con la dulce tristeza de los mártires. Aquellas niñas la tenían una verdadera adoración, la llamaban «nuestra mamá Cora», y los negros de la ciudad la apellidaban «el ángel de Monrovia». ¡Pobre madre mía, qué buena y qué desgraciada fué!

Al llegar aquí, dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Alejandro, y como las lágrimas son simpáticas, Gabriela y Ferrán sintieron también que sus ojos se humedecían.

Alejandro se repuso en el acto, y sonriéndose, añadió:

—Ruego á ustedes me dispensen si he evocado un recuerdo que no se borra nunca de mi memoria... ¡Pobre madre mía!... Su vida fué un penoso calvario, y hoy que podría pagarle una parte de lo mucho que le debo, hoy descansan sus restos en una modesta sepultura muy lejos de España.

—Los buenos hijos no olvidan nunca á sus madres,—dijo Gabriela, dejándose llevar de los impulsos de su corazón.—Yo perdí también la mía siendo muy niña, y su recuerdo está siempre vivo en mi memoria.

—Sí, pero el sitio en donde nos hallamos no es el más á propósito para evocar recuerdos tristes,—repuso el maestro Ferrán.—¡Oh! Estoy seguro que se reirían de nosotros si vieran nuestras lágrimas; pero afortunadamente nadie nos ha visto, y esto ya pasó.

—Dice usted bien, señor Ferrán, á estas reuniones viene la gente á divertirse; un rostro triste es una planta exótica que molesta á la sociedad que se ríe, que goza de los privilegios de los elegidos.

—Vamos, hija mía,—repuso el maestro,—ha llegado la hora de que tu privilegiada garganta les entretenga y les entusiasme. A eso hemos venido.

Carlos dió el brazo á Gabriela y la condujo hasta el piano.

Alejandro quedó enclavado en el mismo sitio en que se hallaba, pero siguió con la mirada á Gabriela, porque detrás de ella iba su alma.

Por el salón se extendió un murmullo de aprobación. Todas las conversaciones se suspendieron. Iba á cantar Gabriela de los Ángeles.

Alejandro observó que, particularmente los hombres, rodearon el piano, sin duda para ver de más cerca á la hermosa cantante.

Quiso hacer lo mismo, y sin embargo, no se atrevió. Sentía dos voluntades dentro de su sér: una que le empujaba, otra que le detenía.

En aquel momento un brazo se apoyó en su brazo, y una voz le dijo al oído:

—¿Qué hace usted aquí tan lejos? Cuando canta una mujer como Gabriela no basta oir su voz, es preciso ver su semblante. Vamos, pues, á admirar ese sol lo más cerca posible, aunque nos ciegue con sus resplandores.

El que así hablaba era sir Pik, que había adivinado la pasión de Alejandro y deseaba pagarle algo de lo mucho que le debía.

Alejandro se dejó conducir hasta el mismo piano, y sir Arturo le colocó de modo que podía ver frente á frente á la cantante á dos pasos de distancia.

—Este pobre muchacho—se había dicho Arturo Pik—no sabe una palabra de las costumbres de nuestra alta sociedad, pero tiene grandes condiciones para brillar en ella; justo es que yo, en agradecimiento de lo mucho que le debo, me nombre su Mentor para sacarle adelante.

Gabriela y Ferrán, al ver á Alejandro tan cerca, le dirigieron una sonrisa, esa sonrisa que se cambia siempre con los buenos amigos y con las personas que nos son simpáticas.

Durante la pieza de canto Gabriela apartó los ojos del papel de música que había en el sostenedor del piano y los fijó en Alejandro dos ó tres veces; pero éste la miraba siempre inmóvil, sin pestañear, con una tenacidad algo inconveniente, atendido el sitio donde se hallaba.

También entonces sintió dos voluntades batallando dentao de sí mismo: una que le decía: «mira», y otra que le aconsejaba que no mirara...

Pero Alejandro era un hombre poco avezado á disimular

los afectos de su corazón, era un hombre de la naturaleza, y para él la mentira, el fingimiento, eran una gran violencia que rechazaba su carácter.

Afortunadamente, otros caballeros miraban también con tenacidad á Gabriela, aplaudiendo con estrepitosos bravos y frenéticos aplausos todas las dificultades vencidas brillantemente por la privilegiada garganta de la *diva*.

Alejandro, en cambio, no aplaudía, y aun le disgustaban aquellos alardes de entusiasmo de los que él, en el fondo de su alma, llamaba importunos.

Una mujer, no muy lejos del piano, sentada en un sillón, miraba á Alejandro con tanta fijeza como Alejandro miraba á Gabriela: esta mujer era la baronesa de Morgal, que comenzaba á sentir una pasión violenta por el joven africano, y esta pasión nacía acompañada de unos terribles celos, pues no le quedaba la menor duda de que Alejandro amaba á Gabriela.

Isabel de Romelia no había amado nunca á nadie. Su marido le fué indiferente desde el día que la condujo al altar. Su matrimonio fué de conveniencia, en él no tomó ninguna parte el corazón.

Siempre que Gabriela apartaba los ojos del papel de música y los fijaba en Alejandro, la baronesa se preguntaba en el fondo de su alma:

—¿Le amará ella también?

Esta pregunta, á la que tenía miedo de contestar de un modo afirmativo, le hacía daño, pero un daño terrible, desconocido para ella hasta entonces, el daño de ese acerado puñal que los celos clavan en el corazón poco á poco, como si se gozaran en prolongar el sufrimiento de la víctima que eligen.

¡Celos!... ¿Era posible que Isabel de Romelia tuviera celos de otra mujer?... Ella, la más hermosa, la más elegante, la más seductora de Madrid, rebajarse hasta el punto de tener celos de una artista, de una mujer de teatro, que recibía un sueldo diario para entretener el ocio del público que le pagaba?

Estas ideas la irritaban consigo misma, y mucho más porque temía que todas sus seducciones, que todos sus encantos no fueran bastante aliciente para conquistar el corazón de aquel hombre extraordinario, que sin duda la fatalidad colocaba en su camino para vengar á las muchas víctimas de su coquetería.

Pero Isabel era una mujer valiente, decidida, de esas que no encuentran obstáculos cuando se trata de satisfacer algunos de sus caprichos, y estaba resuelta á luchar y á salir victoriosa en su empeño.

Cuando Gabriela terminó su pieza de canto entre frenéticos aplausos y gritos de aclamaciones, que convirtieron el salón de la embajada en un teatro, á la baronesa no le quedaba la menor duda de que la *prima donna* amaba á Alejandro.

Había sorprendido miradas que dicen mucho á una mujer de las condiciones de Isabel de Romelia. No era posible que ella se engañara, y esta certidumbre abrió una nueva herida en su corazón.

Mientras tanto, sir Pik le había dicho á Alejandro al oído, cuando Gabriela terminó su aria:

—Ofrézcale usted el brazo antes que nadie y condúzcala usted al mismo sitio donde estaba antes de cantar.

El joven africano, aunque poco práctico en las costumbres

de la etiqueta de la alta sociedad, se apresuró á seguir el consejo de su amigo.

Gabriela se apoyó ligeramente en el brazo de Alejandro, que mudo y pálido como un muerto, y estremeciéndose al contacto de aquel brazo, la condujo al extremo del salón, adonde se hallaba la ilustre embajadora de Inglaterra.

Sir Arturo Pik se cogió del brazo del maestro Ferrán, y ambos siguieron á Gabriela y á Alejandro.

—Querido maestro,—le dijo Arturo en voz baja,—fíjese usted en ese valiente joven que no conoce el miedo, en ese matador de tigres y leones á quien debo la vida; está pálido como un muerto, parece que le falta aire que respirar.

—Es que de esta atmósfera de los salones á la de los bosques de América y África hay una gran diferencia; aquí se ahoga, allá respiraba con libertad.

—Y sin embargo,—añadió con malicia Pik,—lleva un ángel del brazo.

—¡Quién sabe!—repuso el maestro riéndose.—Tal vez, amigo Pik, ese ángel es el que le ahoga.

—Pudiera ser,—contestó Arturo.

LIBRO VIII.

EL HÉROE DE LA VELADA.

CAPITULO PRIMERO.

Nueva infamia.

Han trascurrido tres días desde los últimos acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior.

Los periódicos continuaban dando curiosos detalles de la vida privada de Alejandro de Robledano. La aventura de los bosques de Guinea, la muerte de las dos panteras, contada por sir Arturo Pik á la baronesa, se publicó también, dándole esa forma amena y entretenida de la novela.

El nombre del joven monroyano corrió de boca en boca impulsado por la trompa de la Fama; era el hombre á la moda, porque sabido es que en las grandes ciudades la gente desocupada, la familia feliz, necesita siempre algún acontecimiento que comentar y admirar en los ratos de ocio.

Alejandro no le daba á todo esto la menor importancia, y aun se negó á que un periódico ilustrado publicara su retrato.

¿Qué mérito tenía para él matar una pantera, un tigre ó

un león? Desde muy joven se había visto en esos trances y le parecía la cosa más natural del mundo, porque el hombre, aunque luche con fieras, siempre lleva una gran ventaja por su mala intención, su inteligencia y las armas que lleva para defenderse.

Llegó por fin el jueves, es decir, el día esperado con afán por la baronesa de Morgal, pues confiaba que, bien Salvador Verdemar ó Arturo Pik, presentarían en su casa al joven africano, y de esta presentación Isabel esperaba sacar algo de provecho: tender las redes del amor y coger en ellas al hombre que se había apoderado en absoluto de su corazón.

Las reuniones de confianza de los barones de Morgal tenían un carácter *sui generis*. En ellas no se observaba la enojosa etiqueta de los grandes bailes de la embajada inglesa.

En casa de Isabel de Romelia se hablaba de todo, se comentaba todo, había también sus momentos de grata murmuración, sin olvidarse nunca de la buena forma, y solía hacerse sangre con la palabra, valiéndose de esos chistes que como los mosquitos, mortifican la epidermis.

En casa de los barones de Morgal se pasaban cuatro horas deliciosas y se cenaba bien. La baronesa era la reina de aquella pequeña corte, que bien podríamos llamar de la confianza, que su amabilidad, su hermosura y su talento habían logrado reunir en derredor de ella.

Pero antes de penetrar por segunda vez en los salones de la baronesa de Morgal, el lector nos permitirá que le conduzcamos á casa del agente de negocios don Salvador Verdemar, porque así importa á la buena marcha de la presente historia.

Serían las siete de la noche del jueves que nos ocupa.

Salvador Verdemar acababa de comer y se hallaba conversando amigablemente con su ama de gobierno doña Benita, que de algún tiempo á aquella parte vivía en perpetuo recelo.

En vano Salvador procuraba tranquilizarla, concluyendo siempre sus debates caseros por esta frase sacramental tan peculiar en los hombres:

—Yo sé lo que me hago.

Un criado entró á anunciar que don Esteban Terreño esperaba en la antesala.

Salvador mandó que condujeran á su despacho á Terreño y que les sirvieran allí el café, porque Verdemar, hombre precavido, no gustaba que nadie se enterara de sus conversaciones con Esteban, y sobre todo su ama de gobierno doña Benita.

—Querido Salvador,—dijo Benita apenas salió el criado,—veo con disgusto que en vez de romper para siempre tus relaciones con Terreño las estrechas más y más, como si te fuera imposible vivir sin la amistad de ese hombre á quien yo conceptúo un canalla.

—¡Bah! Le tienes mala voluntad; juzgas á mis amigos por la impresión que te causan, te dejas llevar del corazón y nunca de la cabeza, y muchas veces les aborreces sin razón, sin fundamento.

—No, ese hombre es malo. Además, tú me lo has dicho muchas veces: si te busca es para explotarte.

—Todos los hombres, querida Benita, no pueden ser tan buenos, tan impecables, tan justos como Juan de Dios ó Vicente de Paul,—contestó riéndose Salvador.

Y como deseaba terminar aquel diálogo, salió del comedor, dirigiéndose á su despacho.

Allí le esperaba Esteban Terreño, sentado en una butaca y fumando.

Al ver á su amigo no hizo el menor movimiento, como el hombre que se encuentra agradablemente bien y no quiere cambiar de postura.

Un criado puso sobre el velador el servicio de café, y Esteban se sirvió una taza con la misma confianza que si estuviera en su casa.

Salvador acercó una butaca al velador y se sirvió otra taza.

Mientras tanto, ni el uno ni el otro hablaban una palabra.

Cuando se retiró el criado, Salvador se levantó, cerró la puerta del despacho, y sentándose de nuevo, preguntó á su amigo en voz baja:

—¿Qué hay?

—Grandes novedades que nos obligarán á adelantar los acontecimientos,—contestó Esteban.

—Habla.

—A eso vengo... Pero supongo que nadie podrá oirnos.

—Para evitar oídos importunos te he hecho entrar aquí. En el comedor hay muchas puertas: aquí sólo esa que he cerrado; sin embargo, baja la voz todo cuanto puedas, como medida de prudencia.

—Me alegro de esa precaución, porque he notado que tu ama de gobierno me mira con malos ojos.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de un ama de gobierno?

—De un ama de gobierno no se hace caso, porque si se

rebela se le ajusta la cuenta, se le da su dinero, se la despide, y en paz.

Y Esteban, sonriéndose y mirando á su amigo, añadió:

—Pero como por ahí se dice que Benita es tu querida...

—Yo no hago caso nunca de la maledicencia de algún criado envidioso que se le ocurre extender una especie calumniosa. Pero te suplico que no hablemos de Benita, es una buena mujer tan cuidadosa de mi persona como de mis intereses, y que hace muchos años se halla al frente del gobierno de esta casa. Hablemos de lo que á tí y á mí nos importa, hablemos de Alejandro. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que está ciegamente enamorado de Gabriela.

—Eso ya lo sabíamos.

—Pero lo que tú no sabías y vengo á decirte, es que Gabriela está enamorada de Alejandro.

—¡Ah! Eso ya es una novedad.

—Y de gran importancia,—añadió Esteban,—atendidas las condiciones de la *casta diva* y el carácter impetuoso del joven africano.

—¿Y qué es lo que temes?

—Temo que el día menos pensado nos digan que Gabriela y Alejandro se casan.

—Para casarse es preciso pensarlo mucho,—añadió Salvador, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca de indiferencia con los labios.

—Según y conforme, querido Verdemar; hay quien lo piensa mucho y acaba por no casarse, hay quien no lo piensa, y se casa al momento; y ya comprenderás que esa boda echa abajo todos nuestros planes.

—Explícate con más claridad.

—Ni tú ni yo hemos sido invitados al baile de la embajada; aquellos salones están cerrados para nosotros. Sin embargo, no ignoramos el gran efecto que en ellos produjo Alejandro.

—Sí, lo he leído en los periódicos; ese diantre de muchacho ha llegado á Madrid y ha besado el santo, como vulgarmente se dice.

—El mismo embajador en persona presentó á Alejandro á todos sus amigos, y en particular al maestro Ferrán y á Gabriela de los Angeles; y parece ser, según las noticias que me ha trasmitido la persona que puede estar enterada, parece ser que á la *prima donna* no le ha disgustado el joven africano.

—Pero de eso á casarse hay mucha distancia.

—No tanta como tú crees, porque ayer Alejandro visitó á Ferrán en su casa: Gabriela estuvo presente durante la visita, y no escasearón por una y otra parte las muestras de simpatías, las miradas y las sonrisas, es decir, todo ese tren que lleva por delante el amor.

Y Esteban, bajando mucho la voz, añadió:

—Alejandro no tiene hoy otro heredero que Teresa. Esos ochenta millones de reales nos ofrecen un brillante porvenir. Si Alejandro se casara... sería fatal para nosotros.

—Es verdad,—contestó algo preocupado Salvador,—porque lo lógico, cuando se casan dos jóvenes enamorados, es tener hijos, y esos hijos matarían por completo nuestras esperanzas. Pero para desbaratar ese amor tenemos una poderosa aliada, sin que ella misma lo sospeche, aliada que no ha

de pedirnos un solo céntimo de la herencia de Alejandro y que ha de trabajar con más afán que nosotros.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Esteban.

—La baronesa de Morgal, que ama á Alejandro de tal modo, que la veo dispuesta á no detenerse ni ante el escándalo por conseguir su amor.

—Yo en este negocio, querido Salvador, desconfío de todos los recursos que no están en mi mano, que no dependen de mi voluntad. La baronesa es una mujer caprichosa, hoy ama á Alejandro, mañana amará á otro.

—Sin embargo, Isabel de Romelia, con sus imprudencias, puede comprometer á Alejandro.

—¿Y si Alejandro no la ama?...

—¿Crees posible eso, tratándose de una mujer tan seductora como la baronesa?

—Si se tratara de un hombre como nosotros, de un hombre de esos que toman el amor como un pasatiemqo agradable, me parecería imposible resistir, porque Isabel es una mujer verdaderamente seductora; pero Alejandro es un hombre que se aparta de la vulgaridad, un sér excepcional que se ha criado en otro mundo que el nuestro; ama á Gabriela con toda la fuerza del primer amor, y las demás mujeres del mundo le son indiferentes. ¡Oh! Le creo muy capaz de cometer la incalificable grosería de rechazar el amor de la baronesa, aunque se arrodille á sus piés y le diga: «Soy tuya».

—¿Entonces, qué es lo que tú piensas que debe hacerse?

—Mi plan es bastante arriesgado para mí, pero lo creo más seguro que el tuyo.

—Sin embargo, la baronesa es casada.

—Pero su marido está ciego, duerme siempre.

—Puede despertársele, y de eso me encargo yo.

—Se perdería mucho tiempo. Cuando Gabriela concluya su contrata con el teatro Real de Madrid, irá á cantar á otra capital de Europa ó de América, porque tiene, según se dice, muchas contratas. Alejandro la seguirá indudablemente, irá donde ella vaya, y quién sabe lo que puede suceder. Repito que siguiendo tu plan perdemos mucho tiempo.

—Habla: di lo que piensas.

—Ya sabes que yo conocí en la Habana á un rico millonario llamado don Candelario Nogales, y cuya única heredera, su hija Angustias, me pareció un buen partido para cargar con la cruz del matrimonio. Pues bien, en casa de este rico millonario, en una quinta próxima á la Habana, conocí á Alejandro, y aun creo que no me tiene muy buena voluntad. No sé por qué, mi presencia en aquella casa le molestaba, y aun llegué á sospechar que mi personalidad le era repulsiva. Yo ignoro la causa de estas antipatías. Allá en la Habana creí que era porque amaba á la misma mujer que yo solicitaba, pero hoy sospecho que era otra la causa. Atendidas las condiciones de Alejandro, nada tan fácil como ponerle en el caso de que cometa una imprudencia; por ejemplo, esta noche, si acude como creemos á casa de la baronesa.

Esteban se detuvo. Salvador le miró.

—Esta imprudencia—añadió Terreño—puede dar lugar á un desafío; y nada hay tan natural como recibir un balazo ó una estocada batiéndose. Pero Alejandro no es un hombre despreciable, sino temible. Al colocarme delante de él con armas iguales no llevo ninguna ventaja, arriesgo la vida.

—¿Y tú provocarías esa cuestión?—preguntó Verdemar.

—Esta misma noche en casa de la baronesa, si nos arreglamos,—contestó Esteban con gran serenidad.

Salvador comprendió que su amigo iba á pedirle dinero. Esteban era un aliado tan útil como temible, pero Verdemar le había dejado tomar una parte demasiado activa en sus negocios privados, y no podía deshacerse de él sin correr graves peligros.

—¿Y si yo tuviera medios de proporcionarle á Alejandro un desafío á muerte sin que tú arriesgaras la vida?—preguntó Salvador.

—Me alegraría mucho, pero me parece difícil. Tú confías en el barón de Morgal que, según se dice, en otro tiempo, antes de estar atacado por el sueño, fué un gran espadachín, que tuvo la mano muy dura para los lances de honor; pero aquellos tiempos pasaron ya para el pobre barón.

—No, Esteban, no, el valor es una cualidad del corazón que nace y muere con el individuo, es un temperamento de la sangre que no se compra, que se hereda; yo ya sé que los años templan ese valor, pero nunca lo hacen desaparecer del todo; yo estoy seguro que el barón se portará siempre como un caballero.

—Pues yo te repito, querido Salvador, que estamos perdiendo un tiempo precioso.

—En ciertos negocios conviene mucho no ser impaciente.

—En todos los negocios del mundo es de la mayor importancia llegar á tiempo.

—No soy de tu opinión.

—Como quieras,—añadió Esteban;—pero culpa tuya será

si el día menos pensado desaparecen de Madrid Alejandro y Gabriela, y leemos en un periódico de París, de Viena ó de Londres que la célebre *prima donna* española ha dejado el teatro para unirse con el lazo estrecho del matrimonio con el joven millonario Alejandro de Robledano. Esto sería una noticia para nosotros de la fuerza de cuatro millones de duros; medítalo bien.

Este temor de Esteban, que no carecía de fundamento, inquietó un poco á Verdemar; así es que añadió:

—Pero tú, querido Esteban, ¿estás resuelto á provocarle esta noche?

—¿Y por qué no, si nos entendemos?—contestó Terreño.—Jamás me dió miedo ningún hombre; tú lo sabes, pues lo he probado muchas veces. Yo estoy seguro que no habrá necesidad de provocarle, de dirigirle el menor insulto directamente: bastarán media docena de palabras pronunciadas con cierta intención para que Alejandro cometa alguna imprudencia grave y se olvide de los deberes que la sociedad impone á los hombres bien educados; es decir, le pondré en el caso de que todo el mundo me dé á mí la razón.

—¿Y qué es lo que quieres? Porque supongo que tú quieres algo.

—Veo que tienes talento y te felicito por ello,—añadió Esteban riéndose.—Lo que yo necesito para llevar á cabo mi arriesgada empresa es una bicoca, una miseria: dos mil duros.

Salvador hizo un brusco movimiento, como si le hubieran arrojado un puñado de arena en los ojos.

—Estoy sin un cuarto,—añadió Esteban.—En casa de la

baronesa se juega, y á mí se me tiene por un hombre rico; quiero jugar, y sobre todo necesito tener dinero por si es preciso de repente hacer un viaje á París ó á Londres.

—Reflexiona, Esteban, que tienes tomados á cuenta de este negocio, cuya realización es aún problemática, más de ocho mil duros.

—¿Y qué son ocho mil duros cuando se trata de ochenta millones? Yo he arriesgado una vez mi vida por ese negocio; esta noche la arriesgaré de nuevo: si la pierdo, libres sois de repartiros la parte mía; pero ya procuraré yo defenderla, por la cuenta que me trae: no estoy cansado de vivir, sobre todo abrigando la esperanza de llegar en breve á millonario.

Salvador meditó un momento, y aunque le costaba gran violencia desprenderse de los dos mil duros que le pedía Esteban, dijo:

—Acepto tus condiciones: te daré los cuarenta mil reales que necesitas.

—Corriente; me complace que al fin y al cabo nos entendamos.

—¡Oh! En cuanto á eso, tú sabes que nos hemos entendido siempre,—añadió Salvador;—pues aunque sé que me conduces á la ruína, tengo la debilidad de darte todo cuanto me pides.

—No he dudado nunca de tu generosidad,—repuso Esteban sonriéndose maliciosamente.—Mañana hablará todo Madrid del lance de honor pendiente entre Alejandro de Robledano y Esteban Terreño. ¡Oh! Será preciso probarle á ese valiente africano que no es tan fácil matar á Terreño como matar á un tigre ó á una pantera.

Salvador se levantó, y sacando de uno de los cajones de la mesa-escritorio diez billetes del Banco de España de á mil pesetas, se los entregó á Esteban, diciendo:

—Si este negocio se desgracia, Teresa y yo quedamos arruinados para siempre.

—Y yo muerto, que es la peor ruína que puede sobrevenirle á un hombre de mi edad; pero descuida: todo se arreglará á gusto de nuestros deseos, porque á la gente de nuestra calaña no le falta nunca un diablo familiar que le saque á flote en todas sus empresas.

Esteban se despidió de su amigo para ir á vestirse, y ofreció estar á las once en punto en casa de la baronesa.

Cuando Salvador se quedó solo se dijo, hablando consigo mismo:

—Por mucho pan nunca es mal año; no perdamos el tiempo... Despertemos de su profundo sueño al señor barón de Morgal, porque siempre dos enemigos pueden hacer más daño que uno solo.

Salvador cogió un pliego de papel sin membrete y se puso á escribir con la mano izquierda una carta anónima dedicada al barón de Morgal.

CAPITULO II.

Donde un poeta trata de despertar á un barón.

La misma noche que nos ocupa, el poeta Amadeo Nasón se había quedado á comer con los barones de Morgal, cosa que hacía con mucha frecuencia, pues les trataba con íntima confianza, como hemos dicho en otra parte.

Amadeo, más que un amigo, era, por decirlo así, un individuo de la familia; para él no había secretos en la casa; trataba al barón como á un hermano, y á la baronesa como á una hija.

Durante la comida Isabel hizo el gasto de la conversación, y estuvo muy alegre, muy decidora y muy oportuna.

Esta alegría tenía su explicación, su causa lógica para la baronesa, pues aquella misma tarde había recibido un aviso del agente de negocios Salvador Verdemar, en el que le anunciaba que por la noche sería presentado en casa de los barones de Morgal Alejandro de Robledano por su amigo sir Arturo Pik.

Terminada la comida á eso de las ocho y cuarto de la noche, la baronesa se retiró á su tocador con una de sus doncellas, porque Isabel tenía gran interés en parecer aquella noche más hermosa, más seductora que nunca, y era cuestión de mucho detenimiento la elección del vestido y del peinado.

El barón y Amadeo se quedaron en el comedor saboreando una copa de coñac y fumando.

El barón, que como hemos dicho, era propenso al sueño, y mucho más después de comer bien, se había acomodado en una butaca, disponiéndose sin duda á disfrutar del dulce sueño que produce una buena digestión al calor de la lumbre.

El poeta Nasón, que por el contrario, dormía excesivamente poco, conociendo á su amigo el barón de Morgal, sospechó lo que le esperaba, es decir, ser el solitario acompañante del tranquilo sueño de aquella criatura privilegiada.

—Querido Andrés,—le dijo,—te veo casi casi con la frente reclinada en el blando regazo de Morfeo, y en verdad que eso me aflige. La tenacidad del sueño, de ese sueño grosero que nos domina, que nos aplana, que no guarda ninguna consideración, suele ser muchas veces anunciadora de la apoplejía. Es preciso, por lo tanto, que cambies de vida, de lo contrario, estás perdido.

—Siempre he sido dormilón; allá en el colegio costaba Dios y ayuda el hacerme abandonar la cama, y algunas veces aun echándome agua en la cabeza continuaba dormido,—contestó el barón, sonriéndose con dulzura;—pero confieso que desde que me he casado el sueño me domina, es más fuerte que mi deseo, y opino como tú, que es una enfermedad, la enfermedad más dulce de todas las enfermedades

conocidas, porque no me duele nada, y sus ataques me producen un bienestar infinito.

—Las enfermedades, aunque no nos produzcan molestia material, se les debe atacar con mano vigorosa antes que invadan nuestro organismo y nos lleven á la sepultura.

—¡Bah! Nadie se muere hasta que Dios quiere.

—Bueno es tener fe y resignarse con los fallos de la Providencia, pero no tanto, amigo Andrés, porque también dijo Dios: ayúdate y te ayudaré.

—Pero, ¿qué quieres que haga?

—Que comiences una vida más activa, que te ocupes de algo, que montes á caballo, que emprendas expediciones de caza.

—No tengo valor para hacer lo que me propones; no monto á caballo hace lo menos cuatro años, porque temo dormirme y estrellarme; en cuanto á la caza, es un ejercicio demasiado violento para mí; déjame, querido Amadeo, que espere la muerte dulcemente dormido.

—Pero ahora que recuerdo,—añadió Nasón,—antes me has dicho que desde que te has casado te domina el sueño.

—Esa es la verdad.

—¿Sabes, querido Andrés, que si tu mujer te escuchara tendría motivo para sacarte los ojos?

—Si alguna cosa le es indiferente á mi mujer en este mundo, es su marido.

—Andrés, ni en broma debe decir un hombre casado esas cosas.

—Yo no lo digo en broma, lo digo porque así lo siento y tengo motivo para sentirlo. El mismo caso hace Isabel de

mi sueño que del sueño del celeste emperador de la China.

—Me aflige que os coloquéis uno y otro en una situación tan falsa como tirante.

—No es culpa mía.

—Lo mismo dice Isabel.

—Pues entonces, tú que nos conoces íntimamente á los dos; tú, para quien no tenemos secretos, júzganos, y di quién está en el terreno más firme, Isabel ó yo.

—En cuanto á eso, dispénsame, Andrés, si te digo lo mismo que le digo á Isabel: ninguno de los dos.

—Tal vez tengas razón, jamás me he creído un hombre irreprochable, tengo mis imperfecciones como toda criatura; pero mi mujer, que tiene catorce años menos que yo, me cree un viejo, y así me lo ha dicho muchas veces riéndose de un modo encantador, y enseñándome unos dientes blancos y pequeñitos, que de buena gana me hubieran mordido en algunas ocasiones; pero yo, que tolero que me llame viejo y dormilón, no estoy dispuesto á tolerar que me muerda, porque siempre he sido muy sensible á los dolores físicos.

—No, no, Isabel no puede creer que un hombre á los cuarenta años sea viejo, y ella sabe que su marido se halla en la flor de su vida.

—Pues qué quieres, ella piensa así, y como me parece faena demasiado penosa el desengañarla, la dejo en su error y sigo durmiendo.

—Lo que yo veo en todo esto, querido Andrés, es que pudiendo ser felices no lo sois.

—¿Y quién te ha dicho á tí que yo no soy feliz? Dormir es una felicidad, y mi vida no es otra cosa que un dulcísimo

sueño; por lo tanto, te agradecería, querido Amadeo, que me permitieras hacer un viajecillo de media hora por esa pequeña muerte de la vida que llamamos sueño. He comido admirablemente, la digestión comienza sus importantes funciones; me siento bien, perfectamente bien; le encuentro á este coñac un sabor delicioso, y á este tabaco un perfume exquisito. Esta noche tenemos reunión en casa, como sabes, y no han de faltarnos importunos que nos molesten; por caridad, déjame dormir, ya que tienes talento, ya que eres tan discreto que no te confundes nunca con esa turba de zánganos que todos los jueves vienen á molestarnos y á tomar por asalto los vinos y los manjares de mi *buffet*.

El poeta Nasón, deseando despertar aquella naturaleza dormida, y ansioso como leal amigo de la paz de aquel matrimonio, que en tan mal camino veía, se resolvió á llevar la conversación á un punto, que por lo delicado no se había atrevido á tocar nunca.

Pero temiendo los caprichos y las locuras de la baronesa, y con el noble propósito de evitar mayores desgracias, se decidió, y dijo:

—Querido barón, tú sabes que es preciso dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

—Sí, eso dijo Jesús, el Hijo de Dios, el que bajó á la tierra á sufrir por los pecadores, el que murió en el Gólgota.

Y el barón, sonriéndose con los ojos medio entornados, continuó:

—Pero tú sabes, querido Amadeo, que no todos nacemos con la vocación de mártires, y mucho más en esta época en que ya no canoniza la Iglesia.

—¡Bah! ¿Y quién te ha dicho que yo quiero que seas mártir? Quiero que te coloques en la situación que te corresponde, quiero que duermas menos y obsequies á tu mujer un poco más; que pongas de tu parte todo cuanto puedas para que renazca en tu hogar doméstico esa poesía encantadora de la luna de miel, que derrama una lluvia de flores y de perfumes sobre los matrimonios felices. No olvides, querido Andrés, que la mayor parte de las veces la desgracia de un matrimonio consiste en el aburrimiento en que caen las mujeres, aburrimiento que muchas veces tiene por base un miserable grano de arena; procuremos, pues, quitar ese grano de arena.

El barón se incorporó un poco en la butaca, como si comprendiera adónde quería ir á parar su amigo. Sus ojos, poco antes velados por el sueño, se abrieron con admirable serenidad, y con una calma perfecta, dijo:

—¿Qué entiendes tú por la desgracia de un matrimonio? ¿que la mujer se canse de ser fiel á su marido y se entregue en brazos de un amante?... ¿que arrastre por el suelo la honra de su esposo? ¿que sea una adúltera?... ¡Oh! Eso no es una desgracia, querido Amadeo, eso es casi una felicidad, porque á la mujer que se olvida hasta tal punto de sí misma se la mata ó se la encierra en una *galera* y asunto concluído. ¿Y sabes tú lo que dice la gente del marido que se porta como acabo de indicarte? Pues dice: Ese que pasa por ahí es un hombre digno y honrado, su mujer le engañó y él la mató; ha hecho bien, porque en esta clase de asuntos no puede exigirse menos de vida por honra.

Andrés pronunció éstas palabras sin la menor alteración

ni en la voz ni el semblante; diríase que se trataba de una cosa indiferente para él.

—No quiero yo suponer—añadió Amadeo—que las cosas lleguen á ese extremo.

—Ni yo tampoco; jamás me he ocupado de eso; Isabel tendrá muchos defectos, muchos caprichos, pero ni en sueños se me ha ocurrido nunca que pudiera humillarse hasta el punto que lo hacen otras, permitiéndose el lujo de un amante, porque si así fuera, tardaría en castigarla lo que tardara en tener prueba plena de su falta.

Aquella tranquilidad de espíritu, de voz y de semblante le producían cierto malestar á Amadeo, porque el poeta no ignoraba que la vida privada de Isabel de Romelia no era muy correcta.

Además, un nuevo peligro se presentaba: el joven africano, por el que la baronesa sentía una verdadera pasión.

Amadeo se resolvió á impedir á todo trance que Isabel cometiera alguna imprudencia, alguna locura, pues estaba seguro de que su marido la mataría.

—Con que, querido Amadeo,—volvió á decir el barón después de una corta pausa,—por nuestra antigua y fraternal amistad te pido que me dejes descabezar el sueño, aunque no sea mas que media hora, porque si no esta noche voy á estar insufrible y me dormiré hablando con la gente.

Amadeo, preocupado con la sentencia formulada por el barón contra las mujeres adúlteras, autorizó por fin á su amigo para que se durmiera, y dos minutos después el barón de Morgal, con la boca abierta y la cabeza reclinada en el respaldo de la butaca, dormía como un bienaventurado.

Amadeo cogió un periódico y se puso á leer.

Durante una hora no se oyó otro ruído en el comedor que la pausada respiración de don Andrés de Morgal.

Cuando el reloj marcó las nueve y media, Amadeo despertó á su amigo.

—Vamos, Andrés, supongo qne no te presentarás delante de tus tertulianos con el frac sucio y los ojos turbios por el sueño; anda y que te dé una buena mano tu ayuda de cámara, porque la hora se acerca de recibir dignamente á tus amigos.

Andrés se levantó de la butaca bostezando, y cogiéndose del brazo de Amadeo, se dirigieron los dos al tocador.

El tocado del barón fué corto, porque era hombre que no rendía gran culto ni á la pulcritud ni á la elegancia.

Ya iba á salir del tocador, cuando se presentó un criado que traía una carta colocada sobre una pequeña bandeja de plata.

—¿Qué es eso?—preguntó el barón.

—Una carta que dice en el sobre «urgente»,—contestó el criado.

—¿Urgente?—añadió Andrés.—Veamos si la urgencia es para mí ó para el que la escribe.

El barón rompió el sobre, se acercó á uno de los candelabros de su tocador, y se puso á leer para sí.

Mientras tanto, Amadeo le miraba, y por la impasibilidad del semblante supuso que era una carta sin importancia.

—¿Quién ha traído esta carta?—preguntó el barón.

—Un mozo de cuerda, según me ha dicho el portero.

—Está bien, vete.

Así que salió el criado, el barón se quedó mirando á Amadeo, y le dijo:

—En este pícaro mundo siempre hay gente dispuesta á entrometerse en lo que no les importa. El famoso corregidor de Almagro y el no menos célebre alcalde de Totana dejaron muchos descendientes sobre la tierra. Oye, querido Amadeo, oye lo que dice este anónimo.

—¡Ah! ¿Es un anónimo?—preguntó con marcado interés el poeta.

—Sí, una carta sin firma, una villanía que rebaja siempre á quien la escribe.

—¿Y no conoces la letra?—preguntó con creciente interés Amadeo.

—¡Diantre! Si la conociera no sería anónima; la letra, sin ser un calígrafo, comprende cualquiera que está desfigurada, hecha de exprofeso por la mano de algún amigo, cuya letra natural se conoce; pero oye, oye la carta, merece la pena de que tú la oigas, se trata de mí y de Isabel, tu hija adoptiva.

Amadeo se estremeció.

El barón se puso á leer en voz alta, pero con imperturbable tranquilidad, lo que sigue:

«Un marido, atacado por el sueño, un marido que se duerme siempre y tiene una mujer hermosa, seductora y ligera de cascos, se pone en ridículo ante los ojos de todos aquellos que le conocen y le compadecen; pero en cambio ese sueño eterno es una felicidad para su mujer y otra felicidad para su bienaventurado marido.

»Despierta, barón, despierta, ó por mejor decir, finge que duermes y espía á tu mujer, que envalentonada con algunas

aventuras galantes que ha llevado á cabo con toda felicidad, sin que tú sospecharas la menor cosa, se dispone á conquistar el corazón de un nuevo amante, á quien los periódicos de Madrid han hecho célebre y tú conociste en el baile de la embajada inglesa.

»La baronesa de Morgal ha tendido sus seductoras redes para coger en ellas á ese hermoso africano que es hoy el ídolo de Madrid.

»Despierta, barón, pero por tu honra y la de tus antepasados, y por el ridículo que te rodea, procura no despertar tarde.»

Andrés miró á su amigo, y soltando una carcajada, exclamó:

—¡Diantre! Querido Amadeo, no parece sino que tú eres el marido, según la cara que pones; pero ¿quién hace caso de un anónimo, de una cobarde acusación?

Y Andrés quemó el anónimo á la luz de una bujía, y cogiéndose del brazo de Amadeo, añadió:

—Vamos al salón, pero te prohibo que le digas nada de esto á Isabel; la pobre tendría un disgusto, y no vale la pena. Ya ves, amigo Amadeo, que tenía mucha razón aquel que dijo: «A las mujeres hermosas no les basta ser honradas, es preciso también que lo parezcan».

—Sí, porque una mujer hermosa incita la envidia, y la envidia tiene un gran parentesco con la calumnia,—dijo el poeta.

CAPITULO III.

Inquietudes.

Cuando el barón de Morgal y Amadeo entraron en el salón, sólo cuatro ó seis tertulianos habían acudido y se hallaban hablando junto á la chimenea.

Uno de estos tertulianos era Salvador Verdemar, que no queriendo perder ni el más pequeño acontecimiento de aquella noche, había sido el primero en presentarse en los salones de sus aristocráticos amigos.

Verdemar, como habrán comprendido nuestros lectores, era el autor de la carta anónima que poco antes había recibido el barón, y al ver la perfecta tranquilidad y el risueño aspecto de don Andrés, dudó si habría llegado la carta á sus manos.

Esto era de suma importancia para el agente de negocios. Pero ¿cómo saberlo? preguntar era una estupidez.

El barón saludó á sus amigos, y contra su costumbre, permaneció en pié formando parte del corro y hablando con todos.

Ni en la voz ni en la fisonomía de don Andrés se notaba la menor alteración.

Salvador se dijo para su capote:

—Será una lástima que no haya recibido el anónimo, porque esto preparaba el terreno para los acontecimientos que van á tener lugar esta noche en este salón.

Uno de los tertulianos que había asistido al gran baile de la embajada, uno de esos hombres superficiales que no hacen otra cosa durante su vida que seguir la corriente y que nunca tienen una idea propia, dijo:

—¿Conque esta noche tendremos aquí, según me han dicho, al joven africano, á ese famoso cazador de fieras que está llamando la atención en Madrid?

—Efectivamente,—contestó el barón con su proverbial calma;—parece ser que sir Arturo Pik es el encargado de presentárnoslo, aunque yo ya le ofrecí mi casa el lunes en el baile de la embajada, cuando me lo presentó lord Guillermo Pik.

—He ahí un muchacho que está dando más trabajo á los periódicos de Madrid que los ministros cuando hay crisis,—repuso otro.

—En las grandes capitales son de absoluta necesidad esos héroes del día cuya popularidad es corta como la vida de las flores,—dijo Amadeo, que trataba de empequeñecer la importancia que había adquirido Alejandro.—Son fuegos fatuos que pasan, que se disipan y luego nadie se acuerda de ellos. En mi larga vida habré visto yo diez ó doce mil héroes de ese calibre.

—Poco á poco, amigo Nasón,—repuso el hombre superfi-

cial que había comenzado el tema.—Un cazador de tigres y de leones, un hombre que arriesga la vida por salvar la del prójimo, no es un cazador de alondras. Yo estoy seguro que sir Arturo Pik no olvidará tan fácilmente á su salvador.

—Quién lo duda,—añadió Amadeo.—Nadie, á no ser un ingrato despreciable, olvida al hombre que le ha salvado la vida; pero muchas veces, señores, se debe más á la casualidad que á un rasgo de heróico valor. Por otra parte, en España no hay tigres, ni panteras, ni leones, y casi podemos asegurar que ese joven africano no salvará nuestros cuerpos de las terribles garras y trituradoras mandíbulas de esos felinos que tanto abundan en los bosques de Africa.

—Pero hay osos, querido Amadeo,—añadió riéndose el barón,—y cuando venga de París mi ilustre amigo el marqués de Campo Sagrado, que tan aficionado es á dar batidas á los osos en sus posesiones de Asturias, le suplicaré que convide á ese joven africano á una cacería de osos.

—Te suplico, querido Andrés, que no hagas semejante cosa, porque Campo Sagrado, que es un cazador de pura sangre y corazón sereno; Campo Sagrado, que lleva muertos muchos osos, le creo muy capaz de trasladarse á Africa con Alejandro, una vez sean amigos, á matar una docena de tigres y de leones en los bosques de Guinea. Repito, pues, que yo en tu lugar no los presentaría, porque esa presentación pudiera con el tiempo causarte algún remordimiento.

—¡Remordimiento!... ¿Y por qué?

—¡Toma! Todo el que va á cazar un león, un tigre ó un oso, arriesga la vida y puede ser cazado á la vez; y si tú, querido barón, eres la causa de esta cacería funesta, natural-

mente, cuando te participen la catástrofe, debes tener remordimientos.

—La verdad es, señores,—repuso Verdemar,—que la vida de Alejandro de Robledano es sumamente interesante. Yo que le trato y me honro con su amistad, declaro que no he conocido nunca un hombre más sencillo, más ingenuo, más de buena fe. Desconoce por completo la vanidad: la franqueza es la base de todas sus acciones, hasta tal punto, que creo muy difícil se aclimate entre nosotros. En Madrid se aburre, se fastidia, como si le faltara aire que respirar, y el día menos pensado se vuelve á Africa ó á América y se establece allí en alguno de sus bosques.

—Lo cual, amigo Verdemar,—añadió otro,—no dejará de ser una barbaridad, teniendo, como se asegura, veintiocho años de edad y ochenta millones de fortuna.

En aquel momento se presentó en el salón la baronesa rodeaba de algunas amigas, y como sin duda había oído las últimas palabras, dijo en voz alta:

—Buenas noches, señores. ¿A quién se está despellejando sin mi permiso, sin estar yo delante para defenderle?

Todos salieron al encuentro de la baronesa, que repartió sonrisas y apretones de manos entre sus amigos.

Isabel se había vestido y peinado aquella noche con una sencillez y una elegancia irreprochable.

—Pues estamos hablando, querida Isabel,—contestó el barón,—de ese valiente matador de tigres, que según parece, ó por mejor decir, según la opinión de nuestro amigo Verdemar, el día menos pensado nos abandona y se establece en un bosque de Africa.

—No creo que sea hombre de tan mal gusto,—repuso Isabel,—sobre todo después de haber saboreado las dulzuras que proporciona la vida en las grandes capitales de Europa á un joven millonario.

Y la baronesa, sonriéndose con franca expresión, añadió:

—Las noches sobre todo en los bosques de Africa deben ser horribles. Se pasan aquí mucho mejor, ¿no es verdad, señores?

—Sin la menor duda; ¡viva Madrid!—exclamó el hombre sin ideas, orgulloso por su entusiasmo.

La baronesa y las señoras que con ella habían entrado en el salón se sentaron, y los caballeros, de pié, formaron un círculo en derredor de ellas, porque ya hemos dicho que en las reuniones de Isabel de Romelia reinaba una agradable confianza entre los tertulianos, esa confianza de la gente bien educada que no traspasa nunca las conveniencias sociales.

El barón y la baronesa hablaban del joven africano con gran naturalidad, casi con indiferencia; pero Amadeo y Salvador Verdemar adivinaban algo que preludiaba la tempestad bajo aquella aparente calma.

El poeta Nasón, que contra su costumbre aquella noche hablaba poco y había dejado de ser ocurrente y oportuno, miraba con frecuencia á Isabel, como si quisiera avisarla con aquellas miradas los peligros que corría. Jamás la había encontrado tan hermosa; en sus ojos, en su sonrisa, en todos los movimientos de su encantadora cabeza, notaba ese afán de la mujer coqueta en fascinar á los hombres, en absorber, por decirlo así, la voluntad de cuantos la rodeaban.

Amadeo miraba á Isabel con gran fijeza, y pensaba al

mismo tiempo que sería muy difícil á un hombre lleno de vida y de juventud resistir á tantas seducciones.

—Si no viniera...—se dijo hablando consigo mismo,—porque si viene me temo alguna imprudencia por parte de Isabel. ¡Oh! Ella le ama, sí, le ama; yo leo en su corazón como en las páginas de un libro, y si se ha propuesto conquistar á ese hermoso salvaje atropellará por todo, y el escándalo, la catástrofe, será inevitable. Ese infame anónimo está escrito indudablemente por la mano de un hombre ó de una mujer que conoce á Isabel como la conozco yo. Ese anónimo es un grito de alerta, un toque de alarma que en vano ha procurado Andrés ocultarme el efecto que le ha producido. Es preciso vivir con mucha cautela y evitar la desgracia que nos amenaza, si es posible.

—Querida baronesa,—dijo una señora entrada en años contra su voluntad y de esas que se resisten á pasar el equinoccio de las arrugas,—según he leído en los periódicos la vida de ese joven africano es interesantísima, y si usted pudiera lograr que nos la contara él mismo desde el principio hasta el fin pasaríamos una velada deliciosa.

—Querida condesa, qué más puede decirnos ese joven de lo que han dicho los periódicos...—añadió Isabel.—Hace cuatro días que no cesan de darnos noticias, y no tendrá nada de particular que el día menos pensado nos anuncien que se ha puesto á la venta una obra nueva titulada *El africano.*

—Que yo me apresuraría á comprar; pero hasta ahora sólo nos dan episodios salteados, y esto es un fastidio, le deja á una con la miel en los labios; á mí los cuadros y las historias me gustan bien acabaditos, sin que queden cabos sueltos.

—La señora condesa—dijo Amadeo decidiéndose á tomar parte en la conversación para él enojosa—quisiera, según parece, saber la historia de ese joven desde el día de su nacimiento hasta hoy día de la fecha, porque las historias no pueden tener un término mientras el héroe vive.

—Eso es, eso es precisamente, porque yo supongo que ese cazador africano habrá tenido madre, habrá tenido algún amorcillo, y nada de eso nos dicen los periódicos.

—Es que los periódicos, señora, se van con mucho tiento cuando se trata de dar ciertas noticias de la vida privada,—repuso Amadeo.

—¡Bah! Los periodistas lo cuentan todo,—añadió la pertinaz condesa;—yo no sé cómo se lo arreglan para adquirir noticias; se encuentran en todas partes, lo saben todo. ¡Ah! Son temibles.

—¡Oh! Los periodistas, yo creo que los periodistas—añadió otro tertuliano—poseen el poder del diablo Cojuelo, y para ellos no hay puerta cerrada.

—Amigo don Cosme,—repuso Amadeo,—¿ha sido usted periodista alguna vez?

—No señor, me falta talento para dedicarme á esa profesión.

Y riéndose con la buena fe del hombre que tiene los garbanzos asegurados, continuó:

—Yo no entiendo mas que de números.

—Pues yo, querido don Cosme, he tenido varias veces la honra de ser periodista, y sé que los periodistas no extienden el brazo mas que hasta donde lógicamente pueden llegar con la punta de los dedos. Créame usted, en las cuestiones

de la vida privada se andan con mucho tiento, y á pesar de eso muchas veces tienen disgustos graves por dar crédito á las confianzas falsas que les hacen, y estos disgustos suelen concluir en un terreno al que usted indudablemente no ha llevado nunca los suyos.

Don Cosme no comprendió bien á don Amadeo, pero se rió como si le hubiera entendido.

Nuevos tertulianos que se presentaron en el salón hicieron cambiar el tema que se discutía; pero Amadeo comprendió que aquella noche el héroe de la velada forzosamente debía de ser Alejandro de Robledano, y se propuso estar alerta para evitar con su prudencia cualquier escena desagradable que pudiera ocurrir.

A las once de la noche había más de cincuenta personas en el salón de los barones de Morgal.

Puede decirse que ya no faltaba nadie de los asiduos tertulianos, y á pesar de esto se notaba un gran vacío, y todo el mundo esperaba con cierta impaciencia á sir Arturo Pik y al joven africano, á quien iba á presentar.

La baronesa, como siempre, era el alma de aquella reunión de confianza, la radiante luz, en derredor de la cual revoloteaban como deslumbradas mariposas sus amigos.

Isabel, sin embargo, disimulaba perfectamente su impaciencia, y más de una vez había dirigido sus hermosos ojos hacia la puerta del salón.

Si aquella noche sir Pik no le presentaba á Alejandro era indudable que Alejandro miraba con indiferencia la amistad de la baronesa.

Esto era una gran ofensa para una mujer como Isabel de

Romelia, acostumbrada á ver siempre en derredor suyo multitud de adoradores dispuestos á proclamarse sus esclavos.

A pesar de esto, Isabel sabía dominarse, y ni un solo instante desapareció de sus frescos y provocativos labios esa encantadora sonrisa que preludia la perfecta tranquilidad del espíritu de una criatura feliz.

Amadeo buscaba una ocasión para hablar sin testigos con Isabel, temía sus imprudencias, sus exageraciones, los arranques de aquella voluntad virgen y caprichosa, y deseaba advertirla de los peligros que la amenazaban y aconsejarle la prudencia y el disimulo.

Permanecía, pues, de pié junto al diván en donde se hallaba sentada la baronesa hablando con dos de sus amigas.

Amadeo en aquel instante tenía algo del honrado centinela qua vela por el honor de la casa.

Isabel conocía mucho á su leal y viejo amigo, y al notar su silenciosa gravedad, comprendió que algo le pasaba á su poeta, como ella le llamaba cariñosamente. Una seña casi imperceptible de Amadeo la afirmó en su sospecha.

—Mi querido viejo,—le dijo,—con permiso de estas señoras deme usted el brazo; me he olvidado en mi tocador mi pomito de esencia y no puedo pasarme sin él: es una nesesidad de mis nervios.

Amadeo avanzó dos pasos y ofreció su brazo á Isabel de Romelia.

—Vuelvo al instante, señores,—añadió la baronesa,—y continuaremos despellejando á los hombres, que bien lo merecen, y el primero de todos mi marido; reclamo el privilegio para él de los primeros arañazos.

Y la baronesa, separándose de sus amigas, dijo casi al oído de Amadeo.

—¿Por qué pone usted esa cara de pocos amigos? ¿Está usted malo? ¿Ha sucedido algo?

—Estoy triste, hija mía,—contestó el poeta.

—¡Triste!... ¿Y por qué?

—Pues precisamente, porque tú estás demasiado contenta y tu alegría me hace daño.

Isabel se quedó mirando con asombro á su viejo amigo, é iba á soltar indudablemente una carcajada; pero se contuvo, adivinando algo grave en el semblante de Amadeo, algo grave que rechazaba como inoportuna la risa.

—Isabel, tú sabes que el cariño que te profeso es desinteresado. Yo no tengo en el mundo más afecciones que tú, te amo como á una hija y estoy vivamente interesado en tu felicidad; pues bien, esa felicidad la veo amenazada, y ésa es la causa de mi tristeza.

Amadeo había pronunciado con tan triste expresión las anteriores palabras, que Isabel dejó de sonreirse y le preguntó con inquietud:

—¿Pues qué ocurre?... ¿Qué peligros son los que me amenazan?

—Tienes enemigos, hija mía.

—¿Y quiénes son esos enemigos?

—¡Oh! Si yo les conociera les arrancaría la máscara; pero se ocultan en la sombra para herir devorados por la envidia, por esa pequeñez del alma que tantas catástrofes ha causado á las criaturas.

—Vamos, vamos, querido viejo mío, creo que usted ve

visiones que le espantan; yo no tengo enemigos. Afortunadamente, soy, según se dice, simpática á todo el mundo; no he hecho daño á nadie. ¿Quién puede quererme mal?

—Oye, hija mía,—añadió Amadeo con sentida entonación,—en este mundo no es preciso obrar mal para tener enemigos; pero dejando á un lado á los envidiosos ó las envidiosas que procuran llenar de obstáculos tu camino para que tropieces y caigas, tengo el deber de advertirte que tu marido no es tan indiferente como imaginas. Bajo esa apariencia flemática, bajo ese sueño que le domina, late un corazón celoso de su honra, que sabría vengarse de un modo terrible si llegara á saber que su esposa le engaña.

—¡Ah! ¿Es mi marido el peligro que me amenaza? Entonces estoy tranquila,—contestó la baronesa haciendo una mueca de desdén.—Desgraciadamente la enfermedad del pobre Andrés es incurable; tiene linfa por sangre y durante las veinticuatro horas del día sólo se ocupa en dormir, porque yo creo que aun cuando está comiendo está dormido. Viva usted tranquilo, el barón de Morgal no se parece en nada al amante de Desdémona, al feroz Otelo; si se propusiera representar su papel, haría reir á todo el mundo.

—Eres incorregible, Isabel, y temo que el día menos pensado te suceda una gran desgracia.

—Esa desgracia me ha sucedido ya; comenzó el día de mi matrimonio.

Amadeo, bajando la voz, continuó:

—Hay quien sospecha que amas á ese joven africano... Cuidado, Isabel, cuidado; la menor imprudencia en estas circunstancias podría perderte.

—Esta noche está usted insufrible, mi querido viejo; pero yo me he propuesto estar contenta, no perder mi carácter, mi buen humor, huir de todo lo que pueda entristecerme.

Y la baronesa, soltando el brazo de Amadeo, fué á saludar á una amiga que entraba en aquel momento en el salón.

CAPITULO IV.

Curiosidad.

A las once menos cuarto se presento Esteban Terreño. Salvador le salió al encuentro, y antes de darle tiempo para que saludara á los dueños de la casa, le dijo rápidamente:

—No ha venido.

—Aún no es tarde,—contestó Esteban.

—Pero ¿y si no viene?

—Sería un contratiempo, porque yo estoy dispuesto á provocarle, y ningún sitio más á propósito que esta casa.

—No sé qué advierto en tu semblante,—añadió Salvador mirando á su amigo.

—Semblante de pendencia, que pide guerra, ¿no es verdad? ¡Ah! Querido Salvador, ¿qué cara quieres que ponga un hombre que acaba de perder dos mil duros, es decir, toda su fortuna?

—¡Cómo! ¿Has perdido la cantidad que te dí esta tarde?...

—Hasta la última peseta: me he visto obligado á venir á

pié por no tener dinero para alquilar un coche. Jamás vi una suerte tan traidora. ¡Oh! Necesito desahogar mi rabia con alguno, y sentiría que no viniese Alejandro.

—Eres incorregible, Esteban,—añadió con marcado disgusto Salvador.—Siguiendo ese camino, tu porvenir será desastroso.

—¡Bah! Mañana seremos ricos: lo importante es que venga esta noche.

—Antes de realizar lo que dices, no lo dudes, Esteban, pasará mucho tiempo.

En aquel momento sir Pik y Alejandro se presentaron en la puerta del salón.

—¡Ah! Me alegro; ahí está mi hombre,—dijo Terreño.

—Dispensa si te dejo; es preciso cubrir las apariencias,—añadió Salvador, dirigiéndose hacia donde estaba Alejandro.

Terreño, como si deseara por entonces ocultarse á la vista de Robledano, se dirigió al extremo opuesto del salón, y desde allí, á la saleta donde se jugaba al tresillo y al *ecarté*.

Mientras tanto, sir Arturo Pik y Alejandro de Robledano se acercaron adonde estaba la baronesa, que ya les había visto y les esperaba con la sonrisa más amable y más seductora del mundo.

Amadeo, muy cerca del sitio en donde se hallaba Isabel, espiaba hasta el menor movimiento de su hija adoptiva.

—Señora baronesa,—dijo sir Pik saludando,—tengo la honra de presentar á usted á mi íntimo amigo don Alejandro de Robledano.

—Doy á usted las gracias, señor Pik, por haberme cumplido la palabra,—dijo la baronesa fijando sus encantadoras

miradas en el joven africano.—En cuanto al señor de Robledano, que verdaderamente esperábamos con impaciencia, nos honrará mucho teniendo esta casa por suya y contándonos en el número de sus amigos y de sus admiradores.

—La honra es mía, señora,—contestó Alejandro, inclinándose para saludar,—pues mi insignificante persona no merece el cariñoso recibimiento que se le hace.

—Pero ¡Dios mío! ¿En dónde está mi marido?—exclamó la baronesa con alegre entonación y enviándole miradas y sonrisas á Alejandro.—Amigo Verdemar, ¿quiere usted hacerme el obsequio de buscar al barón y decirle que yo le suplico que venga á saludar á estos señores? Estará jugando su partida de tresillo.

Verdemar desapareció en busca del barón.

—Señor de Robledano,—añadió la baronesa, poniendo en juego todos sus atractivos para llamar la atención del joven,—le prevengo á usted que esta noche va usted á ser víctima de la curiosidad femenina... Pero procuraremos no aburrirle mucho para que no nos aborrezca y asista con frecuencia á nuestras reuniones de confianza.

—Señora, no recuerdo haber aborrecido nunca á nadie, y además sería una aberración, una ingratitud incalificable, aborrecer á una dama que tan cariñosamente me recibe en su casa.

Alejandro hablaba con reposado y dulce acento; su hermoso semblante se hallaba revestido de una gravedad triste, impropia de su juventud, y era que, educado por una madre desgraciada, había crecido infiltrándose poco á poco la melancolía en su corazón.

La baronesa devoraba á aquel hombre con sus miradas; de su memoria se habían borrado los consejos que poco antes le diera su leal amigo Amadeo Nasón. De buena gana, á no vedárselo las leyes de la dignidad y de la etiqueta, hubiera despedido á todos los importunos que la rodeaban, quedándose sola con aquel joven, cuya voz conmovía su alma impresionable.

Pero fué preciso fingir, distribuir por igual sus sonrisas á sus amigos, sufriendo en lo más profundo de su pecho ese gran tormento de la mujer que se llama «esperar»; tormento que sufren por igual desde la reina hasta la infeliz proletaria.

El barón, acompañado de Salvador, se presentó en el círculo que rodeaba á la baronesa.

Don Andrés parecía más risueño que de costumbre, más animado. Estrechó la mano de Alejandro y de Pik, cambiando con ellos frases cariñosas que llamaron la atención de don Amadeo, porque el estado habitual del barón, desde algún tiempo á aquella parte, era la indiferencia.

La conversación se hizo general y animada; todo el mundo quería oir la voz y contemplar á su sabor á aquel hombre de la naturaleza, á aquel héroe de los bosques de Guinea que en los ratos de ocio se ocupaba en matar tigres y leones y en hacer la guerra á las tribus salvajes, convirtiéndose en un misionero de la civilización; porque sabido es que siempre que un hombre brilla en las grandes ciudades y llama la atención, justa ó injustamente, y su nombre corre de boca en boca, esa mayoría que no pasa nunca el nivel de la vulgaridad, tiene el afán de decir por todas partes:

—Yo le conozco, yo he hablado con él, yo he estrechado su mano.

La condesa del Tanguillo, que ardía en deseos de saber detalladamente la historia completa del joven africano, y que á pesar de sus cincuenta años de roce con la alta sociedad tenía fama de ser inoportuna, cuando no era inconveniente, se puso á mirar con sus lentes de mano á Alejandro, y después de examinarle durante un minuto con ridícula impertinencia, le dijo:

—Debe usted estar muy contento con lo que dicen los periódicos. Desde que se ocupan de usted los leo con gran interés, no solamente yo, sino todo Madrid.

—Los periódicos, señora, me han cogido, efectivamente, por su cuenta,—repuso Alejandro sonriéndose con dulzura,—y hasta tal punto me enaltecen, que ni yo mismo me reconozco. Así es que les he suplicado se ocupen lo menos posible de mi insignificante persona, porque lo que yo he hecho desde que tengo uso de razón seguiré haciéndolo siempre, porque lo creo natural y obligatorio para todo hombre que se precie de honrado y de justo. Si yo viera á un prójimo en peligro de muerte y no me apresurara á salvarle, me avergonzaría de mí mismo, y no quiero avergonzarme.

—Eso que usted llama justo y obligatorio en la vida real se llama extraordinario,—dijo Amadeo avanzando un paso.—Para vivir en nuestra sociedad se necesita ser un poquito egoista, porque en las grandes ciudades, esa filantropía, llevada al grado más sublime, suele ser casi siempre la desgracia y la ruína de aquellos que le rinden adoración.

Alejandro miró con fijeza á aquel anciano, de aspecto ve-

nerable, que le aconsejaba el egoismo, es decir, el defecto, según él, más repugnante de la criatura.

—Yo, caballero,—le dijo,—no me he educado en una gran ciudad de Europa, sino en un pequeño pueblo perdido en los feraces bosques de Guinea. Allí basta un grito de socorro ó un lamento de dolor para que todo el que lo oye acuda á prestar auxilio sin preguntar quién es la víctima ni qué clase de peligros le amenazan. Se salva al prójimo, si se puede, aunque sea arriesgando la vida, porque el prójimo es un hermano, después regresa uno á su hogar satisfecho de haber cumplido con su deber.

—Ese será un país habitado por ángeles,—añadió Amadeo, dejando asomar á sus labios una sonrisa de incredulidad.

—No, es un país habitado por hombres libres,—contestó Alejandro con cierta energía y mirando con mucha fijeza al poeta Nasón,—de hombres libres que se han reunido y jurado ampararse y amarse como hermanos, y que cumplen con lealtad su juramento. Ese país, que supongo que usted conocerá, al menos por la geografía, ese país, que pudiera servir de modelo á algunas naciones de Europa, se llama la república de Liberia.

—Sí, la conozco, amigo mío, la conozco por la geografía, como usted dice, y á no ser tan viejo, le juro que emprendería un viaje hacia aquellas lejanas costas sólo por hacerme ciudadano de Monrovia.

Alejandro creyó adivinar cierta burla en las palabras de don Amadeo, pero respetando la casa donde se hallaba y las canas de su interlocutor, dijo con dignidad:

—Probablemente no le admitirían á usted en aquella colonia libre.

—¡Ah, diantre! ¿Y por qué?—preguntó Nasón acentuando más su sonrisa.

—Porque es usted blanco, y tienen motivos sobrados los monroyanos para temer á los blancos, porque los blancos fueron siempre una perturbación de su república.

Este diálogo había excitado el interés de tal modo, que nadie interrumpía á los dos interlocutores.

—Pues si en aquella república no admiten á los blancos, ¿cómo se explica que le admitieran á usted?—preguntó Amadeo.

—A mi madre y á mí nos arrojó el huracán sobre aquellas playas cuando yo apenas contaba cuatro años de edad. En nosotros no vieron otra cosa que dos infelices náufragos hambrientos y destrozados que les pedían hospitalidad con las lágrimas en los ojos. Nos admitieron como una excepción de la regla, faltaron á su constitución por un impulso de caridad. Mi pobre madre poseía el inglés, que es el idioma de los monroyanos, y era además una buena profesora de piano. El ayuntamiento de Monrovia la nombró directora de un colegio de niñas negras, encargó al venerable pastor Dikson mi educación, y allí permanecimos diez y ocho años. En aquella república, que cuenta ya treinta mil habitantes de color, sólo había tres blancos, el pastor Dikson, mi madre y yo. Mientras viva, guardaré profunda gratitud á aquellos hombres libres que me enseñaron á seguir los impulsos del alma cuando son nobles y levantados, y á rechazarlos cuando son mezquinos y egoistas, porque allí no se estrecha jamás la

mano de un hombre infame ni se tolera el contacto con los malvados, se dice lo que se piensa y se rinde adoración á la verdad y á la justicia.

—¿De modo que usted recordará siempre aquellos feraces bosques de Guinea?—preguntó la baronesa verdaderamente conmovida.

—Siempre, señora; y hoy que soy rico pienso visitarlos para demostrar á mis amigos de la ciudad de Monrovia que no cabe en mi pecho la ingratitud. Sería yo el más despreciable de los hombres si olvidara lo mucho que hicieron por mi madre y por mí.

—Señor de Robledano,—repuso Isabel,—aquí tiene usted á estas señoras que se están muriendo de curiosidad, y aquí me tiene usted á mí que me sucede lo propio. Los periódicos se han ocupado de usted, del valiente cazador de tigres; pero no dicen una palabra de la madre de usted, cuya historia debe ser interesantísima.

—Siempre lo es la historia de una mártir,—añadió con acento de profunda tristeza Alejandro.—Mi pobre madre fué tan buena, que murió sin aborrecer á sus enemigos, que tanto daño la habían hecho; sus últimas palabras fueron para recomendarme que no los aborreciera y que les perdonara; yo, que conocía su alma hermosa, juré obedecerla, y le he cumplido la palabra.

—Pero ¿cómo fué el emprender ese viaje á Africa?—preguntó una de las señoras, viendo al joven africano en buen camino para satisfacer su curiosidad.

—No emprendimos voluntariamente ese viaje,—repuso Alejandro con dulce acento y sentida entonación.—Se em-

pleó el engaño para secuestrarnos á mi madre y á mí, y nos embarcaron en un buque negrero con el piadoso fin de arrojarnos al mar durante la travesía de la Isla de Cuba á la costa de Guinea.

—¡Qué horror!...—exclamó la baronesa, en cuyo hermoso semblante se pintaba el espanto.

—Pero afortunadamente para nosotros,—añadió Alejandro,—el capitán negrero que debía ejecutar tan bárbaras órdenes tenía una fibra sensible en el corazón, era abuelo y amaba con delirio á un nietecito, precisamente de mi misma edad; me tomó cariño y acabó por convertirse en nuestro generoso bienhechor.

Aquí Alejandro siguió narrando á grandes rasgos y con natural sencillez las consideraciones que les había dispensado el capitán de *El Ciervo,* su naufragio en la costa de Guinea, el ofrecimiento hecho y cumplido por Melchor Tordera, y por último, la muerte de sus padres y la herencia que había recibido.

Todos estaban pendientes de los labios de aquel joven, cuya vida era una novela interesante. Nadie le interrumpía; las señoras más de una vez se llevaron los pañuelos á los ojos para enjugarse las lágrimas.

La baronesa, verdaderamente conmovida, no apartaba los ojos de aquel hombre, que se había apoderado de su voluntad y de su corazón.

Esta persistencia en la mirada no pasó desapercibida ni para el barón de Morgal ni para el viejo poeta, que la juzgaba allá en el fondo de su pecho como una imprudencia.

Hubo momentos en que Isabel se quedó extasiada miran-

do al joven africano, mientras que allá en el fondo de su alma se decía:

—Es preciso que este hombre me ame, puesto que él solo me ha hecho comprender lo que es el amor.

Alejandro terminó su relato de este modo:

—Los monroyanos, aquella colonia de hombres libres que sentían por mi santa madre tanta adoración como respeto, fundaron un pueblo y le pusieron su nombre: *Cora*. Yo quiero que ese pueblo, levantado en las orillas del río Pisso y perdido entre los seculares árboles de un bosque, sea feliz y no carezca de nada. Sus casas de madera con techos de rastrojo podrán convertirse en cómodos *chalets* con algunos puñados de oro. Yo sembraré ese oro para que se bendiga eternamente el recuerdo de mi madre. Ahora, señores, sólo me resta decir que me conceptúo una planta exótica de difícil aclimatación en la sociedad del gran mundo de Europa, y pido á ustedes perdón de las inconveniencias que haya podido cometer esta noche. Ustedes deseaban saber la historia de mi madre y la mía, yo la he relatado, no con la boca, con el corazón.

Todo el mundo quiso abrazar y estrechar la mano de Alejandro, que recibió aquellas muestras de cariño y simpatías de un modo tan humilde como bondadoso.

La baronesa también estrechó su mano, pero de un modo tan expresivo, que Alejandro hizo un movimiento y la miró.

Isabel mantuvo aquella mirada enviándole á la vez una cariñosa sonrisa.

El barón y Amadeo se apercibieron indudablemente del movimiento involuntario de Alejandro.

—Señor de Robledano,—dijo Isabel,—nos ha proporcionado

usted un rato de verdadero placer que no olvidaremos fácilmente. Ha sabido usted conmover nuestros corazones, y damos á usted un millón de gracias por su amabilidad.

—Y después de esto,—añadió el barón, cogiendo del brazo á Alejandro,—como el señor de Robledano es fumador, y han estado ustedes monopolizándole durante una hora, me lo llevo para que fume y descanse algunos momentos.

—Sí, vamos á fumar mientras estas señoras comentan á sus anchas la interesante historia que acaba de narrarnos el señor de Robledano.

Y Amadeo, diciendo esto, se cogió del brazo de sir Arturo Pik, que no había despegado los labios durante el relato de su amigo y salvador.

CAPITULO V.

Comentarios.

—Es un joven muy fino, muy distinguido y muy complaciente,—dijo la condesa del Tanguillo cuando se quedaron solas las señoras.—Yo no creo que sea una planta exótica entre nosotros, como él dice, y tengo la seguridad que se aclimataría antes de poco si se propusiera. ¿Han visto ustedes con qué desenvoltura lleva el frac? El más exigente no podría ponerle un reproche á sus aristocráticos modales. Nadie diría que se ha criado en los bosques de Africa... En cambio conozco yo á algunos que nacieron en Madrid y parecen marroquíes disfrazados de caballeros.

—¿De manera, querida condesa,—añadió Isabel, riéndose ante las francas manifestaciones de la vieja aristócrata,—de manera que usted opina que ese joven debe quedarse entre nosotros?

—¡Ya lo creo!—exclamó la condesa con exaltación.—Deberíamos formar una cruzada para impedirle que se fuera

de Madrid, al menos durante el invierno, porque ese muchacho está destinado á dar mucho juego; es un tipo que por todos conceptos, en lo moral y en lo físico, se levanta cien codos sobre la vulgaridad.

—¿Sabe usted, condesa,—añadió Isabel,—que esa idea de la cruzada femenina que acaba usted de indicar si se realiza no han de faltarle partidarias?

—Pues si se acepta, desde ahora abro una lista de suscrición, encabezándola con mi nombre.

—¡Oh! Eso tendría por lo menos un gran mérito: el de la novedad,—repuso la baronesa;—pero pobres de nosotras si los periodistas descubren nuestra asociación y nos toman por su cuenta.

—Pues bien, para evitar ese peligro reunimos aquí una noche á los periodistas, se les pide su apoyo y protección, y los periodistas son demasiado galantes para desairar las súplicas de las damas. Además, yo creo, querida condesa, que Robledano es efectivamente una planta exótica entre nosotros, y me parece difícil retenerle en Madrid. Se acuerda mucho de Africa.

—Hay un medio infalible para retener á los hombres,—contestó la condesa,—medio que ha producido efecto en todos los tiempos y en todos los países del mundo.

—Sí, el amor, ¿no es verdad?—contestó Isabel, riéndose para disimular lo que sentía su alma.

—Cierto, porque el amor aprisiona la voluntad de los hombres y convierte en esclavos á los más absolutos señores.

—¿Y si el corazón de ese joven está ya preso en las redes del amor?

—Nada nos ha dicho sobre ese punto. ¿Estará enamorado de alguna negra monroyana de los bosques de Guinea? ¡Oh! ¡Eso sería una lástima!...

Todas las señoras soltaron una carcajada.

—Por Dios, condesa, no le haga usted el agravio de tener tan mal gusto. ¡Un hombre como Alejandro enamorado de una negra!... ¡Oh! Eso sería el horror de los horrores, y á mis ojos, y creo que á los ojos de todas ustedes, caería del alto pedestal en donde se halla colocado.

—Poco á poco, baronesa, no sería el primer blanco que hubiese tenido el mal gusto de enamorarse de una negra. Para responder de esta verdad ahí está la raza mulata de nuestras Antillas que lo pregona á voces. Los hombres cometen grandes extravagancias en materias de amor. Yo he conocido á un tambor mayor que tenía seis piés y cuatro pulgadas de estatura, y se casó con una enana que enseñaban en el mesón del Peine.

La hilaridad iba en aumento, porque aquella noche la condesa del Tanguillo estaba inspirada.

—Sí, sí, ríanse ustedes todo cuanto quieran,—prosiguió la condesa sin enfadarse;—muchos buenos mozos he visto yo casados con mujeres desmedradas, raquíticas y poco favorecidas por la naturaleza; por eso se dice: *La suerte de la fea la bonita la desea.*

—No, no es probable que Alejandro ame á una mujer de los bosques de Africa, á una negra.

—Pero no es probable tampoco que esté sin amar un corazón tan noble, tan impresionable, tan hermoso como el de ese joven.

—En ese caso estoy segura que amará á una mujer digna de él,—añadió la baronesa.

—Para el complemento de la historia que hace poco ha tenido la amabilidad de contarnos, sólo nos falta saber si ama, y en caso afirmativo, conocer á la señora de sus pensamientos.

—Cómo, condesa, ¿tendría usted valor de dirigirle esa pregunta?

—¿Y por qué no? Todo se puede preguntar, lo difícil es encontrar la forma para que no se ofenda el preguntado.

—Exigirle que nos revele los secretos de su corazón lo creo una imprudencia,—objetó otra señora.

—¡Bah! ¡bah! Las imprudencias es moneda corriente entre las damas; yo no me quedo con la curiosidad, á la primera ocasión que se me presente le pregunto si tiene novia y quién es.

Las genialidades de la condesa iban en aumento, las carcajadas del bello sexo menudeaban.

—Esta noche está usted terrible, querida condesa,—dijo Isabel.

—Estoy como siempre, y como dicen por ahí los amigos que tengo *cosas*, puedo decir impunemente lo que se me ocurra, lo cual es una gran ventaja para vivir en el mundo.

Tres ó cuatro tertulianos que salían de la saleta de juego se acercaron poco á poco á las señoras.

Entre estos tertulianos iban Esteban Terreño y Salvador Verdemar.

—He ahí un hombre—exclamó la baronesa—que podría satisfacer nuestra curiosidad.

—¿Quién?—preguntaron varias señoras.

—Esteban Terreño.

—¿Es amigo de Alejandro?—preguntó la condesa.

—Lo ignoro; pero no tengo la menor duda de que sabe algo de lo que nosotras deseamos saber.

—Pues lo más sencillo me parece preguntárselo,—repuso la condesa.

Y sin esperar la aprobación de sus amigas, añadió:

—Señor Terreño, ¿tiene usted la amabilidad de oir unas palabras?

—Estoy á las órdenes de usted, condesa,—contestó Esteban acercándose al grupo de las señoras.

Isabel dejó que su amiga la condesa del Tanguillo tomara la palabra en aquella cuestión que tanto le interesaba.

—Alejandro de Robledano nos ha contado la interesante historia de su vida,—dijo la condesa.

—Así me lo han dicho en la saleta de juego, donde yo estaba, y en verdad que he sentido mucho no oirla.

—Sin embargo, aquí se dice que es usted amigo íntimo de Alejandro, y que sabe usted todos los secretos de su corazón.

—No soy amigo de ese joven, señora. Le conocí en la Habana en una reunión en donde asistimos los dos. Entonces Alejandro llevaba el apellido de su madre y era pobre, después encontró á su padre y heredó una bonita fortuna.

—Sí, sí, todo eso ya nos lo ha dicho él,—repuso la condesa, que era incansable tratándose de averiguar algo.—Aquí lo que deseamos es saber otra cosa, y esa cosa asegura la baronesa que usted la sabe.

—Lo aseguro, porque el señor Terreño me lo ha dicho á mí.

—¡Ah! Sí, dije que creía que Alejandro amaba á la célebre *prima donna* Gabriela de los Angeles, y efectivamente, la ama, y aun creo que es correspondido.

La baronesa se estremeció, y una ligera palidez se extendió por su hermoso semblante.

—Es verdaderamente extraño que sin ser amigo íntimo de Alejandro sepa usted de positivo lo que acaba de decir,—añadió la baronesa con acento trémulo.

—A mí me parece lo más natural del mundo; puede ser otro el amigo, el confidente de Alejandro y contármelo á mí.

Terreño volvió hacia la sala de fumar la cabeza como si esperara á alguien, y repuso:

—En este mundo, baronesa, se saben muchas cosas por conductos indirectos, por terceras personas; yo, sin ser amigo de Alejandro, de Gabriela, ni del maestro Ferrán, sé que todas las noches Alejandro visita á la *prima donna* en su cuarto del teatro Real, y que ayer comió en su casa, en donde pasaron una velada deliciosa, puramente en familia, hablando de música y de viajes, una de esas veladas que dejan un grato recuerdo en la memoria.

La baronesa hacía heróicos esfuerzos para dominarse. Las palabras de Esteban levantaban una tempestad de celos en su corazón.

—Se comprende—volvió á decir Terreño con una entonación de afectada indiferencia—que Alejandro sea simpático á Gabriela y Gabriela á Alejandro. En la vida de esos dos jóvenes hay cierta analogía que les atrae; además, preciso

es confesar que si algún día se casan formarán una pareja encantadora.

—Efectivamente,—añadió la condesa,—no es posible reunir dos tipos más interesantes, dos cabezas más hermosas si se unen con los sagrados lazos del matrimonio; irán por el mundo causando envidia.

—Pero, Dios mío, ¿tan adelantados están esos amores?—preguntó esforzándose por sonreirse la baronesa, y jugando con su abanico.

—Se tratan desde hace cuatro días,—dijo Esteban, que estudiaba en el rostro de la baronesa el efecto de sus palabras,—precisamente desde la noche del baile de la embajada; pero parece ser que Alejandro amaba á Gabriela sin decírselo y la seguía por todas partes arrojándole ramos de camelias blancas á la escena. Era un amor platónico y consecuente de un espectador hacia una gran artista, y no es extraño que reciba su recompensa tratándose de una joven buena y sentimental como Gabriela de los Angeles.

—Vamos, amigo Terreño, por fuerza tiene usted en casa de la *diva* su policía,—repuso Isabel.

—¡Ah, señora! La policía cuesta cara, y además sería un gasto inútil, porque yo no tengo ningún interés en desbaratar los amores de Alejandro y Gabriela; me son insignificantes.

—Pues entonces, ¿cómo sabe usted tantas cosas?—preguntó la condesa del Tanguillo.—Porque según veo está usted enterado de lo que ocurre en la casa día por día, hora por hora.

—Conozco á un pobre diablo—añadió Esteban—que tra-

ta al maestro Ferrán con bastante intimidad, se hablan de *tú* desde muy antiguo; es un tenor que perdió la voz, una ruína del teatro que vive de la caridad de sus amigos. Hoy su protector, su Mecenas, es Alejandro de Robledano. Algunos días viene á almorzar conmigo y me paga el almuerzo, dándome cuenta de algunos chismecillos de bastidores.

—Vamos, sí; es uno de esos hombres que explotan á sus amigos y los venden después,—añadió la condesa haciendo una mueca de desprecio.

—¡Ah, señora condesa! Juzga usted mal al pobre Faustino, pues éste es el nombre del tenor jubilado. Siempre que me habla de Gabriela y de Alejandro lo hace con tanta veneración como agradecimiento. Dice que son dos ángeles que han bajado á la tierra, dos criaturas perfectas, dos corazones de oro que no es posible se manchen nunca con el fango asqueroso de este mundo corrompido... ¡Oh! Les aseguro á ustedes que muchas veces me río con él lo que no es decible. Ayer, por ejemplo, me decía con esa entonación que no pierden nunca los artistas de teatro: «Desengáñate, Esteban, Dios los cría y ellos se juntan. Gabriela ha nacido para Alejandro y Alejandro para Gabriela. Se han visto y se han amado; los dos son hijos del amor, los dos han sufrido rudos golpes del infortunio durante su infancia, los dos crecieron sin conocer á sus padres; él, pobre náufrago arrojado sobre la costa de Guinea, ella recogida en el dintel de una puerta en una noche cruda de invierno por el maestro Ferrán... ¿Quién ha hecho el milagro de convertir á los dos pobres niños desheredados en dos jóvenes ricos, hermosos y distinguidos?... ¿Quién le dió á Alejandro una fortuna de ochenta millones y

á Gabriela una garganta privilegiada que vale otra gran fortuna? La Providencia. Pues bien, querido Esteban, como la Providencia no hace nada á medias ni imperfecto, estoy seguro que ella se encargará de unir con el lazo de flores del amor esas dos almas que viven exhalando perfumes, porque no hay duda que han nacido el uno para el otro.»

La palidez de la baronesa aumentaba, era indudable que estaba sufriendo de un modo horrible. Aquellos pronósticos destrozaban su corazón, porque comprendía que podían realizarse.

Esteban, por su parte, se gozaba en su obra; los celos de aquella mujer podían serle útiles para sus planes.

—A pesar de los pronósticos y de los augurios bonancibles y de color de rosa de mi amigo Faustino,—añadió Esteban marcando las palabras y sonriéndose con malicia,—pronósticos basados en la gratitud, y por lo tanto respetables y meritorios, yo creo que han de encontrar algún obstáculo grave los amores de Alejandro y de Gabriela.

La baronesa respiró con fuerza, como el náufrago que concibe la esperanza de salvación.

Esteban miró otra vez hacia la puerta, á tiempo que Salvador Verdemar le hizo una seña imperceptible para todos menos para su amigo.

—¿Un obstáculo?...—preguntó la condesa, en cuyo semblante se veía retratada la más viva curiosidad.

—Sí señora, y bastante grande,—contestó Esteban sin abandonar su maliciosa sonrisa.

—¿Y qué obstáulo es ése?—preguntó á su vez la baronesa.

—He ahí una pregunta á la que no puedo contestar sin cometer una grave indiscreción,—repuso Esteban.

—¿Y por qué?—preguntaron todas las señoras á la vez.

—Porque ese obstáculo pertenece á la vida privada del maestro Ferrán y de su hija adoptiva Gabriela de los Angeles, y es un terreno muy resbaladizo, en el que no debe entrar ningún hombre que se precie de prudente y de discreto.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo Terreño, de los que nos hacen la ofensa de creer que las mujeres no sabemos guardar los secretos?—repuso la condesa.

—Líbreme Dios de tener tan mala opinión de las damas; siempre las he respetado y distinguido mucho, y no ignoro que saben guardar los secretos hasta el punto de borrarlos de su memoria.

—Entonces, ¿á qué esas vacilaciones, á qué esas reticencias y desconfianzas ofensivas para nosotras?—preguntó la baronesa.—¿Va usted á dejar de ser galante en las postrimerías de una historia que tanto nos ha interesado?

—Señora, los secretos que no nos pertenecen y que llegan á nuestros oídos por una casualidad no debemos divulgarlos. Además, ese obstáculo que acabo de indicar tal vez no sea más que una suposición mía, y por consiguiente, me abstengo de revelarla.

En aquel momento Esteban vió salir á Alejandro rodeado de algunos amigos, entre los que iban el barón de Morgal y sir Pik.

Las cuatro señoras que hablaban con Esteban se hallaban tan preocupadas, tan deseosas de saber qué clase de obstáculo era el que podía oponerse á la felicidad de Gabriela

y Alejandro, que no se apercibieron de los que se iban acercando; bien es verdad que se hallaban sentadas de espalda á la saleta de fumar.

—Señor Terreño, es una traición dejarnos con la miel en los labios,—añadió la condesa amenazándole con el abanico.—Es preciso que usted nos diga todo cuanto sepa; de lo contrario, le retiramos á usted nuestra amistad y nos declaramos desde ahora enemigas irreconciliables.

—Sí, sí, la condesa tiene razón,—añadió otra señora,—le declaramos á usted guerra sin cuartel.

—¡Ah! No es posible que un hombre tan galante como Terreño no acceda á nuestras súplicas,—añadió Isabel, dirigiéndole una encantadora sonrisa á Esteban.

—¡Diantre! Es muy grave lo que ustedes me piden,—contestó Terreño, procurando amoldar su fisonomía á sus palabras.—Se trata tal vez de la honra de una pobre muchacha que ningún daño me ha hecho y á quien le deseo toda clase de prosperidades.

Estas reticencias, estas vacilaciones, aumentaron la curiosidad de las señoras, y la condesa del Tanguillo, cuyas genialidades é inoportunidades eran bien conocidas en la alta sociedad, dijo levantando la voz:

—¡Ah! ¿Luego se trata de la honra de Gabriela de los Angeles?

—Por Dios, condesa, por Dios,—exclamó Esteban, afectando cierta sorpresa, mientras que allá en el fondo de su alma bendecía la intemperancia de la vieja aristócrata, porque indudablemente su voz había llegado con gran oportunidad á los oídos de Alejandro.

—Sí, sí, se trata de ella, y esto es muy interesante,—añadió la impertinente condesa.

—Señora, no penetremos en terreno resbaladizo. No debe darse crédito á todo lo que se dice, la calumnia se ceba siempre de un modo cruel en las mujeres de teatro. Es verdad que esa pobre muchacha fué recogida por el maestro Ferrán una noche de nieve en el quicio de una puerta. El maestro se la llevó á su casa, la crió y la educó, hizo de la niña mendiga, de aquel sér desheredado, una gran artista; ha vivido siempre con ella, han recorrido juntos toda la Europa. Pues bien, yo creo que todo esto puede hacerlo un hombre por caridad; pero la maledicencia, que está siempre dispuesta á herir, afirma que el maestro Ferrán es demasiado joven para mirar con indiferencia á su discípula, á quien ama con toda el alma, y se supone que no ha de permitir que Alejandro, con sus manos lavadas, le arrebate lo que hace veinte años es causa de sus afanes y sus desvelos. Esto podrá ser una sospecha calumniosa, pero no deja tampoco de tener cierta lógica, porque es muy difícil vivir con gran intimidad con una joven tan seductora como Gabriela sin amarla.

Una mano se apoyó en la espalda de Esteban, y al volver la cabeza se encontró frente á frente de Alejandro.

CAPITULO VI.

Situación difícil.

Las señoras, comprendiendo que allí iba á suceder algo grave y que su insistencia y curiosidad eran la causa, enmudecieron.

Alejandro miró con fijeza á Esteban durante algunos segundos; sus labios se sonreían con insultante desdén, una palidez imponente sombreaba su hermoso semblante. El barón, sir Pik, Verdemar y algunos tertulianos guardaban silencio. Esteban Terreño miraba á su vez á Alejandro y se sonreía.

Aquella sonrisa era una verdadera provocación. Todo el mundo comprendió que Esteban no tenía miedo.

—En los bosques de Africa,—dijo con pausado acento Alejandro,—allá en aquella colonia monroyana donde yo me he educado, es costumbre arrancar la lengua á los calumniadores y no estrechar la mano de los hombres indignos.

—Arrancar una lengua,—añadió sonriéndose y con gran

calma Esteban,—arrancar una lengua cuando su propietario está dispuesto á defenderla con energía, es bastante difícil, lo mismo en Africa que en España.

—Eso lo veremos mañana en otro sitio. Ahora ruego á estas damas que no se sobresalten,—repuso Alejandro sin dejar de sonreirse,—aquí no va á suceder nada; el respeto que me inspira la casa en donde nos hallamos así me lo aconseja; pero ya que esta noche ha sido noche de contar historiàs, pido á mis amigos los barones de Morgal permiso para referirles una, que aunque corta y poco interesante, servirá para arrancarle la careta á un hombre que vive hace tiempo engañando á la sociedad.

Alejandro miró de un modo despreciativo á Esteban, que á pesar de su audacia, se estremeció, como todo todo hombre, por valiente que sea, que no tiene tranquila la conciencia.

—¿Y ese hombre se halla entre nosotros?—preguntó con gravedad el barón de Morgal.

—Sí, amigo mío, nos está oyendo,—añadió Alejandro moviendo la cabeza en señal afirmativa.

—Entonces yo soy el que le suplico á usted que nos refiera esa historia, porque es un deber de los hombres honrados desenmascarar á los canallas.

Un silencio de muerte se extendió por el salón. Alejandro saludó de nuevo, y después de pasear una mirada serena alrededor de su auditorio, la detuvo un momento en Esteban, y dijo:

—Conocí en la Habana á un hombre á quien la naturaleza, por uno de sus caprichos inexplicables, había dotado de

un exterior simpático y de un alma perversa; bien es verdad que un frac negro de hechura irrepochable, una corbata blanca y unos modales distinguidos, suelen ser desgraciadamente bastante garantía para que ciertos individuos penetren en las casas honradas, se les juzgue por las apariencias y se les abran las puertas, porque á conocerles á fondo, ni se estrecharía su mano ni se les admitiría en el trato íntimo de una familia honrada.

Nuestro hombre había derrochado una bonita fortuna entre sus vicios y el juego. Viéndose pobre, se propuso enriquecerse sin reparar en los medios. Durante algún tiempo fué por Madrid perdonando la vida á las gentes y *cobrando el barato* en las casas de juego, porque era un gran espadachín. Como se tenía por buen mozo y audaz, comenzó á buscar una mujer rica que le redondeara; le importaba poco que fuese joven ó vieja, y en cuanto á las prendas morales, le eran de todo punto insignificantes, con tal de que tuviera cuatro ó seis millones.

Alejandro hablaba con gran pausa y sin dejar de sonreirse. Nadie le interrumpía; todos le escuchaban con gran interés, sospechando que al final de aquella historia sucedería algo grave.

En cuanto á Esteban Terreño, se notaba claramente su malestar; pero dominando la rabia, el despecho que hervía en su corazón, procuraba aparecer sereno como si nada le importara aquel relato.

Ni uno solo de los tertulianos de los barones dudaba de quién era el protagonista de la historia que estaba refiriendo el joven africano. Esto hacía más violenta la situación de

Esteban, porque con frecuencia se fijaban en él las miradas de los tertulianos del barón.

Alejandro volvió á decir:

—No encontrando mi héroe lo que buscaba en Madrid, fijó los ojos en la Isla de Cuba, en donde aún contaba con algunos amigos de su padre, que ni le conocían, ni él les conocía personalmente. Llegó á la Habana, y su primera visita fué para don Candelario Nogales, rico comerciante que tenía una hija de diez y nueve años de edad llamada Angustias.

Estos dos nombres produjeron una viva impresión á Esteban, que no pasó desapercibida para nadie.

Alejandro, siempre en el mismo tono y con la misma sonrisa en los labios, volvió á decir:

—Angustias era una muchacha débil, enfermiza, soñadora; una de esas espirituales criollas que pasan la vida meciéndose en una hamaca, que no pisan el polvo de la calle nunca, que no pueden abrir los ojos ante la luz del sol; en fin, una de esas sensitivas americanas que sólo pueden vivir, como las plantas delicadas, en una estufa. Nuestro aventurero calculó que conquistarse el corazón de aquella muchacha era lo mismo que apoderarse de los millones de su padre; pero desgraciadamente no era tan fácil, pues Angustias amaba á un joven criollo y era correspondida por él. Estos amores, que tenían su origen casi en la infancia, eran verdaderamente un obstáculo para nuestro vividor español; pero el que va á las Antillas con el afán de hacerse rico, y se deja en España los escrúpulos, la honra y el decoro, procura romper los obstáculos que se interponen ante su paso y llegar al fin que se proponen. El español buscó un pretexto fútil para provo-

car al criollo, que jamás había cogido un arma en la mano, y puso su pecho ante la espada de su contrario, que le asesinó infamemente.

Un murmullo de horror se oyó en torno de Alejandro, que levantando la cabeza con altivez, repuso:

—Sí, le asesinó cobardemente, lo digo y lo mantengo, porque el español era un diestro espadachín, todas las ventajas estaban de su parte, y pudo impunemente dirigir la punta de su espada al corazón de su contrario, sin correr el menor riesgo. Esto lo saben todos aquellos que han dedicado algunas horas al estudio de las armas.

—Pero eso es una infamia, un duelo inaceptable entre caballeros,—exclamó el barón fijando al mismo tiempo en Esteban su mirada, que pálido, inmóvil y haciendo esfuerzos por aparecer indiferente, dejaba asomar á sus ojos esa expresión siniestra, sombría, que denuncia á los criminales.

—Usted lo ha dicho, señor barón,—añadió Alejandro, en cuyos hermosos y serenos ojos brillaba la tranquilidad de su conciencia;—usted lo ha dicho; fué una infamia, un asesinato que rechazan con horror los hombres honrados. El infeliz criollo, durante el duelo, estuvo siempre descubierto ante la espada de su contrario. El español pudo herirle ligeramente en un hombro, en un brazo, y dar por terminado aquel lance desigual; pero esto hubiera sido noble y digno, y aquel miserable desconocía la nobleza y la dignidad; por eso, aprovechando un descuido, se echó á fondo y le atravesó el corazón.

Otro murmullo de indignación se oyó en derredor de Alejandro, que volvió á decir:

—Libre ya de su rival, se creyó dueño de los millones de

don Candelario, cuya confianza fué poco á poco conquistándose. La infeliz criolla, la débil Angustias, le aborrecía, pero le temía al mismo tiempo, porque siempre le estaba repitiendo al oído: «Te amo, y es preciso que seas mía; desgraciado del hombre que fije en tí sus miradas, desgraciado de aquél á quien tú le dirijas una sonrisa de cariño, porque le espera la misma suerte que á tu primer amante.»

Afortunadamente para don Candelario—prosiguió Alejandro—y su desventurada hija, á los malvados les pierde siempre la prisa de enriquecerse y cometen ruines acciones que destruyen sus más meditados planes y les arrancan la careta con que cubren su verdadero rostro. Un día, sin duda por aquello de *la ocasión hace al ladrón,* el aventurero español robó de la caja del comerciante habanero veinticinco mil pesos. No podía negar el robo, fué cogido *in fraganti,* y cuando el honrado don Candelario, que había sido muy amigo de su padre, le reconvino con verdadera pena por tan mala acción, el aventurero le dijo, con un cinismo digno del grillete:

—Estoy esperando una letra de España, debo esa cantidad y necesito pagarla. Me han obligado á jugar, me han engañado; por la antigua amistad que usted tuvo con mi padre, sálveme usted; soy rico, poseo una buena fortuna en Cádiz; voy á darle á usted un recibo de esa suma que la necesidad ó el aturdimiento de mi situación me obligaron á coger de la caja, que estaba abierta cuando entré en este despacho.

El aventurero, con los ojos llenos de lágrimas y fingiendo lo que no sentía, cayó de rodillas á los piés de don Candelario que, compadecido, le prestó el medio millón de reales, recordando la antigua amistad que había tenido con su pa-

dre y de quien había sido consocio en su empresa naviera.

Pero al día siguiente el honrado comerciante habanero supo, con profundo pesar, que el hijo de su amigo se había embarcado para España en el vapor correo, y que había dejado en la Habana otras estafas de mal género, porque era un perdido, un jugador, un malvado, y que su única fortuna en Cádiz consistía en su audacia y en su cinismo.

Pero á qué continuar este relato, que afecta á las señoras y nos disgusta á todos. Tendría aún mucho más que decir, pero basta con lo dicho. Ahora, señor barón, si usted quiere conocer al héroe de mi historia, le bastará con dirigir una mirada en derredor de nosotros para que él mismo se denuncie, sin necesidad de que mis labios se manchen al pronunciar su nombre.

Las últimas palabras de Alejandro eran terribles; todos se estremecieron al escucharlas, y todos al mismo tiempo fijaron sus miradas en Esteban Terreño, que parecía hallarse enclavado sobre la alfombra.

El barón de Morgal avanzó algunos pasos, se colocó frente á frente de Esteban, y después de mirarle de arriba abajo y de abajo arriba, le preguntó con una voz trémula por la ira:

—¿Es usted ese asesino, ese ladrón cuya historia edificante acaba de contarnos el señor de Robledano?

Esteban se estremeció como si una voz pavorosa le despertara, y dejando asomar á sus labios una sonrisa horrible, dijo tartamudeando:

—Señor barón, ese hombre me ha calumniado, pero mañana le mataré.

—Él mismo se denuncia,—añadió Alejandro sonriéndose con serenidad.—Yo no he pronunciado su nombre, y dice que le calumnio; pero en fin, sea.

Esteban hizo un movimiento como para dirigirse adonde estaba Alejandro; pero el barón, extendiendo el brazo en dirección á la puerta, dijo con imperiosa sequedad:

—Salga usted de mi casa.

Esteban comprendió que allí no le quedaba un solo amigo, y aturdido, tropezando con los muebles y sin despedirse de nadie, salió precipitadamente del salón, como el criminal que huye temeroso de caer en manos de la justicia.

El barón hizo sonar con mano nerviosa un timbre, y tres ó cuatro criados se presentaron en la puerta.

—A ese hombre que acaba de salir—dijo en voz alta—se le cierran desde esta noche las puertas de mi casa; trasmitid esta orden á toda mi servidumbre: si alguno la desobedece, será despedido.

Y luego, endulzando un tanto la aspereza de su voz, se dirigió á sus tertulianos, diciendo:

—Señores, yo supongo que este desagradable lance en nada enfriará la amistad que de antiguo nos profesamos. Ruego á ustedes que olviden este mal rato.

—De todo lo que he dicho, señor barón,—añadió Alejandro,—espero que el canalla que acaba de marcharse no me pida cuenta ante los tribunales, porque él le tiene miedo á la justicia y procura rozarse con ella lo menos posible. Además, aún viven en la Habana don Cándido Nogales y su hija Angustias, que cuentan con horror la historia de ese miserable á todos los que quieren oirla.

—Temo, señor de Robledano,—dijo la baronesa, que se hallaba verdaderamente conmovida,—temo que se ha creado usted un mal enemigo, y le recomiendo que viva alerta, pues he creído ver en el fulgor de sus ojos y en la palidez de su torvo semblante algo que daba miedo.

—Me preocupa poco eso, señora. He creído un deber desenmascarar á ese hombre, y lo he hecho. Todas las acciones de mi vida se rigen por mi conciencia. Además, me indignó la calumnia con que pretendía manchar la pureza de un ángel. Pero no hablemos más de esto... Pido á ustedes perdón por el mal rato que les he proporcionado.

—Al contrario, amigo mío,—añadió el barón,—pues con la historia que usted nos ha contado nos libra de la vergüenza de recibir en nuestra casa á un canalla, de estrechar la mano de un asesino. Cuando esto se sepa por Madrid, servirá de ejemplo para que no nos fiemos solamente de las apariencias. Usted nos ha hecho un bien, y repito que le estoy agradecido.

La conversación se hizo general: todos hablaban y comentaban lo sucedido; parecía que aquellas señoras y aquellos caballeros respiraban con más libertad desde que Esteban Terreño había abandonado el salón.

Sólo Salvador Verdemar continuaba callado y conmovido, sintiendo esa debilidad de piernas tan propia del miedo.

El agente de negocios temía que alguno de los tertulianos del barón de Morgal dijera: «Ese es un cómplice de las infamias de Esteban Terreño; ése es el que le da el dinero para que mande al otro mundo á todo el que le estorba.»

Afortunadamente esto se ignoraba: era un secreto que no

pertenecía al dominio público, y poco á poco el agente de negocios se fué tranquilizando, si bien se hacía estas reflexiones allá en el fondo de su conciencia:

—Ahora sólo falta que Alejandro no quiera batirse con ese hombre á quien juzga ladrón y asesino, y en este caso voy á perder, no solamente el dinero que le he adelantado, sino el que me pida en lo sucesivo empleando la amenaza; porque está visto que me ha nombrado su cajero... Creo que me he metido en un mal negocio. Esteban, si quiere, puede perderme, puede desenmascararme. Benita tenía razón al asegurar que la amistad de Esteban me sería funesta.»

Estas ideas eran muy á propósito para tener preocupado al agente de negocios.

Restablecida la calma, fué desapareciendo la mala impresión que había producido la historia de Terreño.

El barón de Morgal, que nunca había estado más cariñoso y complaciente que aquella noche, invitó á sus amigos á que pasaran al *buffet*, y dijo riéndose:

—Señores, es preciso que nos quitemos el mal sabor que á todos nos ha dejado la historia de ese *caballero de industria*.

Alejandro dió el brazo á la baronesa, que, nerviosa aún y temiendo que á Robledano le sucediera alguna desgracia, le dijo en voz baja:

—Alejandro, desconfíe usted de ese hombre á quien acaba de quitarle la máscara.

—Agradezco el interés que usted se toma por mí, señora, pero estoy tranquilo: él me conoce, y yo sé hacerme respetar.

El barón, que iba detrás cogido del brazo de Amadeo, le dijo al oído:

—Querido poeta, ¿no te parece que mi pobre mujer está muy nerviosa? Debe haberse afectado mucho esta noche. Mira, mira con qué languidez se apoya en el brazo del joven africano.

—¡Oh, diantre!—contestó el poeta afectando una alegría que estaba lejos de sentir;—la cosa no ha sido para menos. Hubo un momento en que temí que esos dos jóvenes, fuertes y robustos, vinieran á las manos olvidándose de la casa donde estaban.

—Más vale así,—añadió el barón riéndose,—porque en ese caso me hubiera visto precisado á echar á los dos á la calle, y esto hubiera indudablemente causado un gran disgusto á mi sensible mujercita.

Y luego añadió:

—¿Sabes, Amadeo, que sería gracioso que el autor del anónimo nos hubiera dicho la verdad?... Mira, mira á tu hija adoptiva: sin duda está suplicándole al joven africano que le cuente otra historia de emoción... ¡Oh! A una mujer que mira de ese modo no se le niega nada.

Amadeo sintió resonar dentro de su cráneo de un modo lúgubre aquellas palabras, porque amaba á Isabel como á una hija y la había visto aquella noche cometer muchas imprudencias.

. . . .

. . . .

Algunas horas después, cuando la baronesa de Morgal se retiró á su dormitorio, cuando se quedó sola, esta exclama-

ción, que brotaba del fondo de su alma, se escapó de su pecho:

—Es preciso que ese hombre me ame, y me amará.

Cuando una mujer casada se duerme pensando lo que pensaba Isabel de Romelia la noche que nos ocupa, la paz se halla amenazada en el hogar doméstico.

LIBRO IX.

DUELO Á MUERTE.

CAPITULO PRIMERO.

Los rugidos de la fiera.

El reloj del ministerio de la Gobernación acababa de dar las dos de la madrugada, cuando Salvador Verdemar, con el cuello del gabán levantado y las manos en los bolsillos, entró en la calle Mayor en dirección á su casa.

Como el agente de negocios iba bastante preocupado con los acontecimientos de aquella noche, tan funestos para sus planes, no se apercibió que junto á la puerta de su casa había un hombre, de capa y sombrero hongo, parado.

Al verle, de pronto retrocedió dos pasos sobresaltado, y ya iba á llamar al sereno, cuando el hombre se desembozó y le dijo:

—No tengas miedo; soy yo.

—¡Ah, diantre! ¿Eres tú, Esteban? Pues te aseguro que me has dado un susto.

—¿Y qué culpa tengo yo de que seas tan pobre de espíritu?—contestó Terreño con brusca entonación.

—Hombre, si todos fuéramos valientes,—añadió Verdemar sonriéndose,—la raza humana desaparecería pronto de la tierra, porque tú ya sabes que el buen vino y los valientes duran poco.

—Pues bien,—dijo con marcado mal humor Esteban,—tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—Sí; ahora.

—Pero ¿en dónde?... En la calle me parece imprudente y en mi casa lo mismo.

—Iremos á la mía: está cerca, calle de las Hileras; ya sabes que vivo solo con un criado, que es hombre de toda mi confianza. Además, á estas horas está durmiendo.

—Pero ¿no podríamos dejarlo para mañana? Hace un frío horrible, estoy fatigado,—añadió Salvador, esquivando la escena que le proponía su amigo.

Esteban cogió bruscamente á Verdemar por un brazo, y apretándoselo con fuerza, le dijo con voz imperiosa:

—No, no; es preciso que hablemos esta noche: es preciso que, después de lo que ha ocurrido, nos pongamos de acuerdo, porque tu suerte es la mía, porque tú y yo seguimos el mismo camino cogidos del brazo desde que me pagaste aquella estocada que mandó al otro mundo á Diego de Robledano.

—En fin, como quieras,—contestó Salvador, suspirando como el que se resigna á la fuerza.

—Vamos.

Cuando llegaron á la calle de las Hileras, Esteban llamó al sereno, que les abrió la puerta.

Terreño ocupaba el entresuelo de la casa: abrió con el llavín y entraron.

La lámpara de la antesala estaba encendida; cruzaron un pasillo á cuyo extremo se hallaba un gabinete.

La chimenea tenía un buen fuego: sobre una mesa había un quinqué encendido.

La temperatura de aquella habitación era primaveral.

Esteban arrojó la capa y el hongo sobre un sofá, y se dejó caer en una butaca, exclamando:

—¡Qué noche!... ¡qué noche!... ¡Ah! Yo mataré á ese hombre.

Mientras tanto, Verdemar se había quitado el gabán, y sentándose en otra butaca, dijo:

—Efectivamente, Esteban, habrás pasado un mal rato.

Terreño, con los codos sobre una mesa y la frente apoyada en las palmas de las manos, guardaba silencio.

Salvador volvió á decir con timidez:

—Pero ¿es verdad lo que Alejandro ha dicho?

—No creo que tenga pruebas para probarlo,—repuso con bronco acento Terreño.

—Querido Esteban, es muy arriesgado decir ciertas cosas en público sin tener pruebas.

—No, no puede tenerlas... Pero ¿te la vas á echar conmigo de escrupuloso?

—Hombre, yo...

—No te lo permito; ya sabes que te conozco.

—Bien, bien; no riñamos por eso.

—El agravio que he recibido es incalificable. Es preciso que Alejandro se bata conmigo: necesito matarle cara á cara;

pero si se niega á batirse le mataré como pueda, sin que me detenga nada, sin que me importen nada los resultados, porque te prevengo que estoy resuelto á todo. Mañana se sabrá en Madrid lo ocurrido en casa del barón de Morgal, y si no mato al calumniador me cerrarán las puertas de esa sociedad donde estoy acostumbrado á vivir, y una gran vergüenza caerá sobre mi nombre.

Y Esteban, después de golpearse la frente con los puños, se levantó y se puso á dar paseos con el rostro descompuesto y los ojos echando llamas.

—Vamos, vamos, tranquilízate,—repuso Salvador.—En las situaciones graves es cuando más se necesita la calma y la serenidad para salir de ellas lo más airosamente posible. La ira llena de nubes nuestros ojos y no nos deja ver claro.

—Ante todo, necesito saber lo que ha pasado en casa del barón después de mi salida,—exclamó Esteban, parándose delante de la butaca donde se hallaba Verdemar y mirándole con fijeza.

—Pues nada, lo que era natural: así que desapareciste todos los que hasta entonces habían guardado silencio comenzaron á hablar y á comentar la historia de un modo poco favorable para tí; pero el barón nos invitó á entrar en el *buffet*, dándole antes las gracias á Alejandro por su conducta. Yo no debo ocultarte la verdad: algunos aconsejaron á Alejandro que viviera alerta, diciéndole que tú eres un mal enemigo.

—¡Mal enemigo!... ¡Ah! ¡No saben ellos de lo que es capaz Esteban Terreño! Aquí,—añadió golpeándose el pecho,—aquí en el fondo de mi corazón está sentenciado á muerte

Alejandro de Robledano; y cuando yo sentencio á alguno, difícilmente se salva. Guerra sin cuartel, porque uno de los dos sobra en este mundo... Ya sé yo que es valiente, pero yo también lo soy; ya sé yo que es diestro, pero yo no soy manco.

Y sonriéndose de un modo siniestro, añadió:

—Todo se reduce á tener un poco más de cuidado y un poco más de mala intención, y entonces, no te quepa duda, todas las ventajas están de mi parte.

—¿De modo que estás resuelto á enviarle tu cartel de desafío?

—Sí; le escribiré una carta insultándole de un modo grosero y enviaré mis padrinos.

—Si él no tuviera pruebas de lo que ha dicho esta noche...

—No debe tenerlas.

—Entonces ¿por qué no le citas ante un juez? ¿por qué no entablas una demanda de injuria y calumnia? Si no puede probártelo, irá á la cárcel y quedarás vindicado á los ojos de la sociedad: entonces podrías batirte con grandes ventajas, pues tendrías, como ofendido, la elección de armas. Bien es verdad que si él puede probarte lo que te ha dicho, entonces serías tú el que fuese á presidio.

Salvador, que había intencionalmente dado este consejo á su amigo, creyó notar que Esteban se estremecía, lo cual le demostró que no estaba muy tranquilo.

—Llevar este asunto á los tribunales no es costumbre entre los hombres de corazón. Cuando se recibe un agravio, se venga con las armas en la mano. Los procedimientos judiciales son largos y enojosos: se pierde mucho tiempo antes

de llegar á una resolución definitiva; prefiero enviarle mis padrinos.

—Pero ¿encontrarás padrinos que te defiendan cuando les digas el motivo que te obliga á batirte?

—Sí; los encontraré.

—¿Y si él no los acepta?

—¿Le crees tan cobarde? Si no los acepta, le abofetearé en la calle y tendrá que batirse por fuerza.

—Querido Esteban,—añadió Salvador, moviendo en señal de disgusto la cabeza,—creo que te hallas colocado en una mala situación, y bien sabe Dios que lo siento con toda mi alma.

—Te he dicho que ese hombre no puede tener las pruebas de lo que esta noche ha dicho en casa de los barones de Morgal; es cierto que maté al criollo, pero fué cara á cara y con armas iguales. Es cierto que le debo á don Candelario una suma, pero le dejé recibo de ella, y una deuda no es un robo; por consiguiente, si Alejandro se niega á batirse le escupiré en el rostro, porque ya te he dicho que estoy resuelto á matarle ó á que me mate.

—Ya que tienes esa seguridad, ya que no temes que pueda presentar pruebas de lo que ha dicho, apruebo tus planes,—añadió Salvador respirando con más tranquilidad,—porque, después de todo, tú no puedes dudar del interés que tengo en este asunto. ¡Ah! Si lograras librarnos de Alejandro en un duelo en toda regla como nos libraste de Diego, nuevos horizontes brillarían para nosotros.

—Os libraré de él; yo lo juro. Pero ¿tú crees que Alejandro no tiene hecho su testamento?

—¡Su testamento!... ¿Y en favor de quién?... No tiene parientes directos. Además, es joven, ve la muerte lejos y no se ocupa de semejante cosa.

—¿De modo que si la muerte le sorprendiera Teresa sería su heredera?

—Naturalmente; son primos carnales. Pero hay otro heredero.

—¿Otro?... ¿Y quién es?

—¡Toma! Jacobo de Robledano, el hermano del muerto; pero poco á poco llegaremos al fin, mientras no nos falte la unión y la perseverancia.

—Sobre todo mientras no os falte mi corazón y mi brazo,—añadió Esteban marcando las palabras.

—Ni Teresa ni yo desconocemos que eres un poderoso auxiliar para nuestro asunto, y creo que cuando llegue el día deseado no quedarás descontento de nosotros.

Y Salvador, haciendo un movimiento expresivo con los ojos, añadió:

—Es muy tarde, y si no tienes nada más que decirme, me retiro.

—Lo que tengo que decirte ya lo supondrás en las circunstancias que me hallo.

Salvador formuló una sonrisita forzada, y repuso:

—Necesitas dinero, ¿no es eso?

—Sí; estoy sin un céntimo.

—¡Qué lástima! Si tú no tuvieras el feo vicio de jugar, otra capa te luciría.

—Voy siendo viejo para enmendarme,—añadió Terreño con mal humor.

—Bien, bien; mañana temprano te mandaré diez mil reales. ¿Tienes bastante?

—Mándame mil duros; los desafíos siempre ocasionan algunos gastos extraordinarios.

—Sí; pero quinientos duros no son dos pesetas, y además, te prevengo que yo me hallo bastante mal de dinero.

—No estoy de humor para oir lloros; mándame lo que quieras. Yo me porto según se portan conmigo.

—En fin, haré un esfuerzo; te mandaré los veinte mil reales,—repuso Salvador exhalando un suspiro.

—Espero á tu criado antes de las nueve de la mañana; necesito encargar un almuerzo de persona decente en casa de Lhardy y tener un coche de lujo á mi disposición.

—Mi criado estará aquí antes de las nueve.

Esteban abrió la puerta á su amigo Salvador, que se dirigió á su casa cabizbajo y pensando que el asunto que llevaba entre manos podía muy bien arruinarle con un socio tan exigente como Esteban Terreño.

Pero ya no le era fácil retroceder. La sangre del pobre Diego de Robledano, vertida inútilmente, le unía á aquel hombre, dominante y vicioso, con esos lazos indisolubles del crimen que podían muy bien conducirle á un presidio.

Cuentan las crónicas que el agente de negocios Salvador Verdemar durmió poco y mal aquella noche, y que más de un suspiro angustioso se escapó de su pecho.

CAPITULO II.

Los padrinos de Esteban.

El vizconde Justa y el comandante Mollet pertenecían á esa galería de caprichosos tipos que sólo se aclimatan en las grandes ciudades, sufriendo alternativas tercianarias en sus fortunas, y siendo problemas vivos de difícil solución para todos aquellos que les conocen y tratan.

Nadie hubiera podido jurar, bajo la honrada fe de su palabra, que don Indalecio Mollet era efectivamente comandante de caballería de reemplazo, y que el vizconde Justa tenía todos los viejos pergaminos y el rancio árbol genealógico para probar que corría sangre azul de primera clase por sus venas.

Se les veía por Madrid en todas partes, unas veces á caballo, otras á pié; se les encontraba en los teatros las noches de estreno, en el Casino, ganando unas veces y perdiendo otras; vestían con elegancia, fumaban buenos tabacos; su aspecto era el de personas decentes, sus modales

no carecían de cierta elegancia, aunque un poco afectada; se permitían pasar durante el verano dos meses en el extranjero, y lo que era más importante para que se les tolerara en todas partes, se habían batido media docena de veces, quedando como unos caballeros; y sabido es que el hombre que se bate y mata á su contrario inspira cierto respeto y se abre paso por todas partes.

La sociedad no exige nada más que buenas formas y apariencia, porque la sociedad siempre es superficial en sus apreciaciones, ve más fácilmente una mancha en la pechera de la camisa que una mancha en la conciencia; y se comprende que así suceda, porque lo demás es *meterse en libros de caballería,* inaceptables en este siglo positivista.

¿Quién es el imbécil, quién es el *Quijote* que se pone delante de un hombre como el comandante Mollet, que cuenta los desafíos por docenas, que tiene la mano dura y ha mandado á tres ó cuatro prójimos al otro mundo, y le dice:

—Señor Mollet, usted ni es comandante ni es persona decente, y por lo tanto le prohibo que me salude y que me dé la mano?

Y luego, dirigiéndole la palabra al señor vizconde Justa, le repite las mismas palabras.

Para hacer esto es preciso estar loco, es preciso pensar de un modo que no se acostumbra en la actualidad, en donde los caballeros *desfacedores de entuertos,* á la usanza del manchego de la triste figura, son mirados como tipos bufos que hacen reir.

El vizconde Justa y el comandante Mollet daban todas las noches una vuelta á última hora por el Casino. Cuando

tenían dinero probaban fortuna en el juego; cuando el dinero faltaba leían los periódicos, se enteraban de los acontecimientos del día, y cenaban, aumentando su cuenta en el *restaurant,* que satisfacían religiosamente en la primera *racha* de fortuna que se presentaba.

Era preciso pasar en el Casino hasta las cinco de la mañana. La costumbre es una segunda naturaleza, y Justa y Mollet tenían la costumbre de trasnochar.

En voz baja, y sin que ellos lo oyeran, solían comentarse algunas acciones poco correctas de su vida privada. Se decía que el vizconde Justa explotaba en sus ratos de ocio á una *jamona,* tan rica de fortuna como pobre en gracias personales, y del comandante Mollet que sacaba algún partido de las conspiraciones.

Pero nadie se atrevía á decirles esto cara á cara; se les toleraba en público y se les despreciaba privadamente.

La noche que tuvo lugar la escena que hemos referido en casa de los barones de Morgal, y precisamente á la misma hora en que Esteban y Salvador se hallaban en la calle de las Hileras hablando de sus planes, el vizconde Justa y el comandante Mollet entraban en el Casino, y el portero les entregó dos tarjetas, encerradas en sus correspondientes sobres.

Abrió primero la suya el vizconde Justa, y leyó lo siguiente:

«Para hablarle de un asunto de la mayor importancia espera á su amigo el vizconde Justa, mañana viernes á las once en punto de la mañana, su amigo Esteban Terreño, en su casa, calle de las Hileras, número ..., entresuelo.»

Lo mismo decía la tarjeta del comandante Mollet. Y al preguntarle al portero quién había traído aquellas tarjetas, contestó que un criado.

—Algo grave debe sucederle á nuestro amigo Esteban,—dijo el vizconde dirigiéndose al comandante,—pues necesitando con urgencia vernos mañana no viene él esta noche á buscarnos al Casino.

—Esto me huele á desafío,—añadió el comandante Mollet.

—Lo mismo creo.

—Un madrugón más.

—Es lo único que me disgusta de los lances de honor; por lo demás, siempre me ha entretenido agradablemente ver á dos hombres de corazón frente á frente con armas iguales defendiendo su vida.

—Dices bien, no hay espectáculo más hermoso, querido vizconde.

Y los dos amigos, guardándose las tarjetas en los bolsillos con la mayor indiferencia, se dirigieron á la sala de juego.

Al día siguiente, á las once y cuarto de la mañana, Esteban Terreño, el vizconde Justa y el comandante Mollet se hallaban almorzando con buen apetito en el comedor de la casa de la calle de las Hileras.

—Pues sí, necesito de vosotros y os llamo; los amigos son para las ocasiones.

Como la mesa estaba espléndidamente servida, los vinos eran de primera clase y los platos que se servían exquisitos, el vizconde y el comandante calcularon con sobrada lógica que Esteban estaba en alza, y esto era siempre una garantía

entre ellos, porque sabido es que para cierta gente la abundancia atrae y la miseria repele.

Debemos decir que el que servía la mesa era el criado de confianza de Terreño, al cual le daban los platos dos camareros de casa de Lhardy que había en la cocina; por eso los tres amigos hablaban con la mayor confianza.

—Dices bien,—contestó el vizconde:—y para probarte que respeto los fueros de la amistad, que soy esclavo de ellos, me bebo esta copa de *Chateau Laffite* á tu salud.

—Pues yo á la tuya.

—Pues yo á la de los dos.

Los tres amigos apuraron sus copas.

El comandante Mollet, que era un hombre que tenía el privilegio de comer y hablar con gran facilidad á un tiempo, repuso:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que pasa? ¿Tenemos algún lance de honor?

—Sí, un duelo á muerte; nada de simulacros ni de componendas, á no ser que mi contrario se niegue á batirse.

—¡Cómo!... ¿Es de los que se niegan á batirse cuando llega el caso?—preguntó haciendo un gesto el vizconde.

—¿Se trata de un cobarde, de un hombre sin decoro?—añadió Mollet.—Entonces se le abofetea en público y asunto concluído.

—No, no es un cobarde; por el contrario, es un valiente hasta la temeridad,—contestó Esteban;—lo ha probado cien veces, y estoy seguro que por él se batiría en el acto, dejándome hasta la elección del arma; pero también estoy seguro que tratarán de impedírselo las personas que le rodean.

—Vamos, ya comprendo, es un valiente débil de carácter,—repuso el vizconde;—así conozco yo á muchos hombres.

—Explícanos más detalladamente el asunto,—preguntó Mollet.

—Anoche, en una reunión aristocrática,—dijo Esteban,—el hombre que nos ocupa me insultó de un modo terrible; tuvo el atrevimiento de llamarme delante de todos asesino y ladrón.

Los dos amigos apartaron los ojos del plato para fijarlos con asombro en Esteban.

—¡Asesino!...—repitió el vizconde.

—¡Ladrón!—añadió Mollet.—¿Y no le arrancaste la lengua?

—No lo hice por respetos á la casa en donde nos hallábamos, y porque además no había pronunciado mi nombre. Escuchad lo que pasó.

Aquí Esteban Terreño hizo un relato á su manera, pero bastante ceñido á la verdad, de la escena ocurrida en el salón de los barones de Morgal.

El vizconde y el comandante le escucharon sin interrumpirle, y comiendo como gente de buen apetito que les gustan los manjares que ven al alcance de sus manos.

—Ahora bien,—continuó Esteban:—¿vosotros creéis que es asesino el que mata á un hombre cara á cara con armas iguales delante de cuatro testigos?

—De ninguna manera,—contestaron á la vez los dos amigos.

—¿Vosotros creéis que es un ladrón—repuso Terreño—

el jugador desgraciado que pierde y se ve precisado á pedir una suma bajo recibo y que no puede pagarla?

—De ninguna manera,—repitieron á dúo el vizconde y el comandante.

—Tenemos en apoyo de nuestras apreciaciones á un gran poeta, á un célebre autor dramático, que dijo:

El hombre más caballero,
cuando no tiene dinero,
no lo tiene y no lo paga.

Y el vizconde Justa, después de recitar con gran énfasis los tres versos famosos del inmortal Adelardo de Ayala, se llevó á la boca, satisfecho de sí mismo, un trozo de salmón.

—Pues ése es el caso en que yo me encuentro,—exclamó Esteban;—me han llamado asesino, porque conozco las armás que empuña mi mano, porque maté en la Habana á un hombre cara á cara y delante de cuatro testigos; me han llamado ladrón, porque debo y no pago; ladrón á mí, que todo el mundo sabe que he derrochado una fortuna inmensa, y que mi dinero ha sido siempre de mis amigos, que cuando yo era rico no había pobres á mi lado. Pero el hombre que me ha arrojado ese insulto al rostro tiene una fortuna de ochenta millones de reales, se halla relacionado con lo más florido de la aristocrática sociedad de Madrid, es, por decirlo así, el hombre á la moda, el niño mimado, y sospecho que sus padrinos encontrarán alguna dificultad para que se bata. ¿Queréis, pues, apadrinarme vosotros?

—Con el alma y la vida,—contestó el vizconde.

—Lo mismo digo,—añadió Mollet.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Todo el mundo le conoce en Madrid, los periódicos se han ocupado mucho estos días de él; se llama Alejandro de Robledano.

—¡Ah! ¿Es ese á quien apellidan el africano?

—El mismo.

—Chico, ése es un desafío que honra á cualquiera; cuenta conmigo.

—Veremos si es tan sereno delante de un hombre como delante de una pantera,—repuso Mollet.

—¿Dónde vive?—preguntó el vizconde.

—En la plaza de la Independencia.

—Hoy mismo le haremos la primera visita de ordenanza para suplicarle que nos indique con quién tenemos que entendernos.

—Os doy las gracias por vuestra condescendencia,—dijo Terreño,—y confío que me defenderéis dignamente si se ataca mi honor.

—Vive tranquilo,—contestó el comandante Mollet;—el que te ofenda á tí nos ofende á nosotros, que te representamos, y se guardará muy mucho de hacerlo, porque tendría que batirse también con nosotros.

—Ahora vais á oir el borrador de una carta que le he enviado esta mañana y la carta de presentación que le llevaréis vosotros.

Esteban se levantó, cogió dos cartas que había en una bandeja sobre el mármol de la chimenea, y leyó lo siguiente:

«Señor don Alejandro de Robledano.

»Ayer noche me hizo usted uno de esos agravios que sólo se lavan con sangre.

»Yo podría demandar á usted ante los tribunales por injuria y calumnia; pero los caballeros no buscan á la justicia para que venguen las ofensas que reciben, se vengan por sus propias manos.

»Como le supongo á usted un hombre de corazón, le mandaré esta misma tarde á dos amigos para que se entiendan con las personas que usted designe; pero si me engañara, si todos esos elogios tributados por la prensa al valor, á la serenidad de aquel á quien llama el africano fueran pura ilusión; si usted no aceptara el duelo á muerte que mi honra mancillada exige; si usted fuera tan cobarde que rechazara el batirse conmigo con armas iguales, no dude usted que tendría el disgusto de escupirle á la cara y de abofetearle en la calle, en un teatro, en donde le encontrara.

»Evíteme usted la vergüenza de manchar mi mano con el contacto de su rostro.—*Esteban Terreño.*»

Al terminar la lectura de la carta Esteban miró á sus amigos.

—No tiene desperdicio,—añadió el comandante Mollet.

—Después de esa carta,—repuso el vizconde,—sólo veo una solución: matar al que la ha escrito.

—Eso es lo que me propongo,—contestó Esteban:—que se bata conmigo, que me mate si puede, como yo me propongo matarle á él aprovechándome del primer descuido, porque ya comprenderéis que después de los insultos que me dirigió anoche y de la carta que yo le dirijo hoy, uno de los dos sobra en este mundo; veamos, pues, á quién le toca hacer el viaje para la eternidad. Ahora oid las dos líneas que le escribo y que os servirán de introducción.

Esteban volvió á leer lo que sigue:

«Señor don Alejandro de Robledano.

»Muy señor mío: Los dadores de ésta, señor vizconde Justa y don Indalecio de Mollet, son las personas designadas por mí para que arreglen la cuestión de honra que tenemos pendiente.

»Espero que usted designará otros dos amigos que arreglen con los míos las condiciones del duelo á muerte que es indispensable se efectúe entre nosotros.

»Sentiría mucho verme precisado á publicar en los periódicos, que tanto han enaltecido el valor de usted, la carta que le he escrito esta mañana.

»Su seguro servidor,—*Esteban Terreño.*»

—Perfectamente,—añadió el vizconde, cogiendo la segunda carta y guardándosela en un bolsillo.—Sólo falta que hablemos cuatro palabras como buenos amigos. Tú eres el ofendido, según resulta de tu relato, y tienes por consiguiente la elección de armas. ¿Cómo quieres batirte?

—Haréis todo lo posible porque el lance se efectúe á espada española ó á florete,—dijo Terreño.

—Esas armas, amigo Esteban, manejadas por manos diestras, suelen ser de funestos resultados,—objetó Mollet.

—Por eso precisamente las elijo.

—Pero ¿y si se empeña en que sea á pistola ó á sable?—preguntó el vizconde.

—Haced todo lo posible por defender mis derechos,—repuso Esteban.

—Se hará, pero podrían empeñarse en otra arma, y al no avenirnos echarlo á la suerte.

—A espada ó florete tengo como sabéis algunos recursos.

—Trabajaremos el asunto para conseguir lo que deseas.

Esteban tiró del timbre y entró su criado.

—¿Ha venido el coche?—le preguntó.

—Sí señor.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es una berlina nueva con un magnífico tronco de yeguas.

—El coche está esperando, podéis ir ahora, yo os aguardo aquí.

El vizconde y Mollet dieron la mano á su amigo Esteban, y salieron á cumplir la delicada y grave comisión que les había dado.

Pero los dos padrinos de Terreño eran hombres prácticos en tales asuntos, y un desafío para ellos no alteraba en lo más mínimo su sistema nervioso.

CAPITULO III.

Distintas opiniones.

Alejandro recibió muy temprano la carta de Esteban, la leyó sin inmutarse, á pesar de los insultos que contenía, y luego, dejándola sobre el mármol de la chimenea con marcada indiferencia, se dijo:

—Desgraciado de él si se atreviera á inferirme en público los insultos con que me amenaza; tengo bastante fuerza para estrangularle con mis manos... No, no lo hará, pero lo que sí es capaz de hacer es calumniar á la pobre Gabriela, que ningún daño le ha hecho, á ese ángel que yo amo; y como sin duda ha descubierto este amor, trata de mortificarme en despecho sin duda de lo que yo le mortifiqué una noche en la Habana. Es un miserable.

Alejandro dejó caer la frente en las palmas de las manos, y volvió á decirse:

—Sí, es un miserable, un malvado; sù vida no es otra cosa que un tejido de estafas y de truhanerías dignas de ex-

piarse en un presidio. Pero ¿qué fin se lleva difamando á Gabriela?

Y haciendo un movimiento con los hombros, después de una pausa, añadió:

—¡Bah! Puesto que lo desea, lo más sencillo es concederle la honra de que se bata conmigo, y concluir de una vez con sus infames calumnias. ¿No me he batido con los leones, con las panteras, con los tigres? Pues bien, me batiré con esa hiena humana, y asunto concluído.

Después de estas reflexiones, Alejandro escribió una carta á su amigo Pik, suplicándole que fuese á almorzar con él, dispensándole esta molestia, pues no podía salir de su casa por razones que le explicaría cuando le viera.

Mandó la carta, encargando al criado que tomara un coche de alquiler para llegar antes, y luego, cogiendo un libro, se tumbó en una butaca.

Salvador Verdemar, que deseaba captarse las simpatías y el aprecio de Alejandro, le visitaba todas las mañanas para recibir sus órdenes; así es que á las diez en punto, hora reglamentaria, anunciaron á Alejandro la visita de Verdemar.

Aquel día Salvador tenía un doble motivo: deseaba descubrir terreno, saber lo que pensaba Alejandro.

Entró en el gabinete como siempre, es decir, con una sonrisa verdaderamente seráfica en los labios, la sonrisa del hombre de bien dispuesto siempre á servir con humildad á su prójimo.

—¿Qué tal, se ha descansado?—preguntó Verdemar estrechando la mano que le tendía Alejandro.

—Perfectamente bien, amigo Verdemar.

—¡Caramba! Pues yo he dormido mal y poco, porque pasé un rato en casa de los barones, que ya, ya.

Y Salvador, imitando la entonación de un hombre de buena fe y poco aficionado á pendencias, añadió:

—Pero diga usted, señor don Alejandro, ¿es verdaderamente ese Esteban Terreño, que se le encuentra por todas partes y que está relacionado con la *crema* de la sociedad madrileña, un asesino... un ladrón, como usted le dijo anoche en casa de Morgal?...

—Es un canalla á quien ningún hombre honrado debe darle la mano ni admitirle en su casa.

—Vaya, vaya, yo no sé cómo tienen valor algunos hombres para presentarse en sociedad con tanto desparpajo... ¿Quién hubiera dicho?... Bien es verdad que este mundo está lleno de lodo y de podredumbre, y la gente de buena fe vivimos de milagro.

Como Alejandro guardaba silencio, Salvador volvió á decir:

—¡Caramba! La verdad es, señor Robledano, que le arrojó usted á la cara ciertos calificativos que ardían en un candil.

—Los que se merece.

—Sí, sí, ya lo comprendo, y con el mero hecho de marcharse cuando el barón le dirigió la palabra se denunció culpable, porque yo no dudo que usted tendrá pruebas.

—Tengo todas las que me hacen falta, amigo Verdemar, y puedo pedir otras á la Habana, que me mandarían en el acto. Yo no calumnio nunca á nadie.

—Pues entonces, estoy tranquilo, porque después de oir

á usted anoche, ya no me cabe la menor duda de que ese señor Terreño debe ser un mal bicho.

—De los de peor especie.

Salvador comprendió que Alejandro tenía pocas ganas de hablar; y como no quería merecer el calificativo de pesado, se resolvió á poner fin á aquella corta entrevista, y dijo:

—¿Tiene usted algo que mandarme?

—Por ahora nada, amigo Verdemar.

—Entonces me retiro, porque hoy, con la liquidación de último de mes, tengo el día muy ocupado; pero si ocurre algo lo dejo todo para ponerme á sus órdenes.

Cuando el agente de negocios salió del despacho de Alejandro, se dijo para su capote:

—Si no tiene pruebas, según sospecho, aún no se ha perdido todo, porque Esteban estoy seguro que no cederá hasta que se batan, y entonces...

Un cuarto de hora después, sir Arturo Pik entraba en el gabinete de Alejandro, que le salió al encuentro, y después de abrazarle, le condujo hasta un diván, en donde se sentaron los dos.

—Ante todo, amigo Arturo, ruego á usted me dispense si le he obligado á salir tan temprano de su casa.

—Amigo Alejandro, ya sabe usted que puede disponer de mi persona á cualquiera hora del día ó de la noche. Pero ¿qué ocurre?

—Una carta que he recibido de ese canalla, de Esteban Terreño.

—¡Hola! ¿Se permite escribir á las personas decentes? ¿Y qué es lo que quiere?

—Léala usted, es edificante. Bien merece una estocada á fondo dirigida al corazón.

Sir Pik leyó la carta de Esteban con esa impasibilidad peculiar de los hijos de la Gran Bretaña, y luego, devolviéndosela á Alejandro, le preguntó:

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Pienso concederle la honra de batirme con él.

—No haría yo semejante cosa.

—Ha calumniado á Gabriela, y temo, si no me bato, que me juzgue cobarde y siga calumniándola.

—Las calumnias, amigo mío, en ciertos labios, ni deshonran ni manchan.

—Sin embargo, no todos los que conocen á ese canalla saben quién es.

—¿Tiene usted pruebas de que efectivamente es un asesino, un ladrón?—preguntó Arturo con interés.

—Sí, puesto que mató infamemente al criollo y robó veinticinco mil pesos al pobre don Candelario.

—Entonces, no debe usted batirse.

—Amigo Pik, usted es inglés y usted sabe que en Londres existen unos veinte mil ladrones á quienes conoce la policía, y sin embargo de conocerles les deja pasear libremente por la gran ciudad, les espía y espera la ocasión de cogerles *in fraganti,* porque la Constitución no prohibe á nadie en Inglaterra que se pasee de noche ó de dia, porque si algún pacífico *policement* se atreviera á preguntarle á uno «¿adónde va usted?» el preguntado contestaría: «me paseo»; y las leyes inglesas prohiben que se moleste á nadie. Pues bien, yo en esta ocasión, amigo Arturo, soy el *policement* de Londres, y

Esteban Terreño el *pik-pockts* cuyo nombre está consignado con notas poco honrosas en los registros de la policía; pero yo no le he cogido aún con las manos en la masa, como vulgarmente se dice. Sé que es un canalla, que es un tahur, que es un mal hombre, tengo algunas cartas en mi poder de las personas á quienes ha estafado; robó, efectivamente, aprovechándose de un descuido, veinticinco mil duros á don Candelario Nogales, los sustrajo de la caja sin el permiso de su dueño; sé que el desafío con el pobre criollo fué un asesinato; pero la verdad, esa prueba plena que exige la justicia, no la poseo, porque esa prueba plena es muy difícil.

—Todo eso es muy cierto,—contestó sir Arturo,—pero desde el momento en que se conoce á un hombre y se tiene la certeza de que es un canalla, no se le debe tratar como á un caballero, ni mucho menos concederle la honra de batirse con él.

—Yo, amigo mío, tengo algo, y aun creo que mucho,—contestó Alejandro riéndose,—de ese admirable tipo creado por la simpar pluma de Miguel de Cervantes. Confieso que soy un don Quijote moderno, dispuesto siempre á desfacer agravios y enderezar entuertos. Allá en la Habana, oyendo las lamentaciones de la tímida criolla Angustias, que vivía aterrada por las amenazas de Esteban, y llorando siempre la muerte del amante, del infeliz criollo, me proclamé, por voluntad propia, el defensor de aquella pobre niña; pero el aventurero español creyó esta defensa interesada, y supuso que yo buscaba el dote de la joven habanera, vió en mí á un nuevo rival, y trató de intimidarme valiéndose de su fama de espadachín. Nos hallábamos en el puerto: serían las doce de la

noche, el sitio era solitario y sin otra luz que la de las estrellas de una noche sin luna.

Esteban me había conducido hasta allí casi sin hablar.

—Yo supongo que usted no ignora—me dijo de pronto—que yo amo á Angustias y que tengo la aprobación de su padre; así es que no puedo explicarme con qué derecho se mezcla usted en mis asuntos. ¿Ama usted á Angustias?

—La amo,—le dije,—como amo á todo lo que es débil y necesita apoyo.

—¿Luego no es su mano y su dote lo que le han obligado á proclamarse su defensor?—me preguntó Esteban con áspero acento.

—Jamás he pensado enriquecerme con el dote de una mujer; tengo yo demasiado orgullo para eso, pues me basto y sobro para conquistarme una fortuna ó vivir pobre y honrado toda mi vida. Defiendo á Angustias y me entrometo en sus asuntos, porque ella me ha dicho, con las lágrimas en los ojos, que aborrece á usted, que le inspira usted horror; y ahora á mi vez voy á suplicarle á usted que no atormente más á esa pobre niña débil y enferma. Entre usted y ella se levanta el ensangrentado cadáver de su primer amor, del joven á quien amaba con toda su alma, del hombre que llamó por primera vez á las puertas de su corazón y le enseñó á amar. La felicidad entre usted y Angustias no es posible; sea usted generoso, vuélvase usted á España y deje tranquila á esa infeliz criatura.

—¡Ah! ¿Me da usted un consejo?—añadió Esteban soltando una ruidosa carcajada.—Tiene gracia eso... pero mucha gracia.

—Sí, por ahora le doy á usted un consejo,—añadí,—y si usted no lo sigue, tanto peor para usted, porque me he propuesto defender, amparar á Angustias como á una hermana, ya que su padre es bastante débil y bastante ciego para no ver los sufrimientos de su hija.

—Siempre me ha gustado la franqueza,—repuso Terreño,—y así como usted me ha dado el consejo de que me vuelva á España, yo, á fuer de agradecido, voy á darle á usted otro: que no vuelva usted á pisar la casa de don Candelario Nogales si en algo aprecia su vida.

—¿Ese es un consejo ó una amenaza?—le pregunté.

—Las dos cosas reasumidas en una,—exclamó con descompuesto acento,—pues voy á probarle á usted que es altamente perjudicial entrometerse en mis asuntos.

Al decir esto, extendió una mano como para cogerme por el cuello, y mientras tanto, observé que buscaba algo con la derecha en el bolsillo de pecho de su americana.

Entonces comprendí que me había conducido hasta aquel sitio solitario con no muy buenas intenciones, y que yo verdaderamente le estorbaba para llevar á cabo sus ambiciosos planes.

Acostumbrado á luchar á brazo partido desde muy pequeño en los bosques de Guinea, con fuerzas no escasas para defenderme, hice un rápido movimiento, y tuve la fortuna de cogerle con oportunidad por las dos muñecas, paralizando su acción agresiva.

Entonces pude ver que su mano derecha estaba armada de un pequeño puñal, cuya hoja estrecha y aguda relucía en la oscuridad.

Aquel miserable llevaba sin duda la intención de asesinarme y arrojar después mi cadáver al mar; pero mi serenidad y mi fuerza desbarataron su criminal proyecto. Yo pude matarle, porque le arranqué el puñal de la mano y le empujé con fuerza hasta hacerle caer de espaldas sobre unos fardos que había amontonados en aquel sitio del puerto.

—Eres un canalla,—le dije,—yo haría un bien á la humanidad clavando este puñal en tu podrido corazón, pero no quiero mancharme las manos con tu sangre... Oye: desde hoy te prohibo que vuelvas á importunar á Angustias; desgraciado de tí si pisas los dinteles de su casa; levántate y vete... Procura que yo no vuelva á encontrarte en mi camino.

Y volviéndole la espalda, me dirigí tranquilamente hacia la Habana.

Dos días después, aquel miserable efectuó el robo de medio millón de reales de la caja de don Candelario, y embarcándose en el vapor correo, regresó á España.

Con que ya ve usted, querido Arturo, que ese hombre es un enemigo irreconciliable. Creo que sin mi presencia en la Habana, hubiera realizado sus infames propósitos de casarse con Angustias. Me odia de muerte, ha calumniado á Gabriela porque sabe que la amo, no sé por dónde, y cree hacerme daño; es preciso, por lo tanto, dejarle fuera de combate, inutilizarle para siempre; por eso acepto el desafío que me propone, y le suplico á usted encarecidamente que se encargue de buscar á otro amigo y que me apadrinen.

—Querido Alejandro,—añadió sir Pik,—no estamos conformes; con un hombre de las condiciones de Esteban Terreño no debe batirse un caballero.

—Pero ¿olvida usted su carta?... Me amenaza con abofetearme, con escupirme en público.

—No lo hará.

—¿Y si lo hace?... ¡Oh! Entonces me vería precisado á estrangularle entre mis manos, y la justicia tomaría parte en el asunto. No, no, amigo mío, es más sencillo batirme con él.

—¿Y no sería mejor—repuso sir Pik—buscar los medios para que mandáramos á ese hombre á presidio?

—Eso es muy largo, y temo que mientras tanto vuelvan sus impuros labios á calumniar á Gabriela, ó que publique la carta insultante que me ha dirigido, corriendo entonces mi nombre de boca en boca entre comentarios y burlas. Yo le suplico á usted, pues, que me apadrine, que me haga ese gran favor.

—En fin, haré lo que usted me pide,—contestó sir Arturo exhalando un suspiro, que era una protesta de su condescendencia.—Pero tratándose de un hombre de las malas condiciones de Esteban Terreño, que indudablemente es mal enemigo, supongo que no se la echará usted de generoso, de delicado, y se aprovechará de la primera ocasión que le presente para librarse de él.

—¡Oh! En cuanto á eso, le prometo á usted no tenerle ninguna clase de consideraciones.

—¿Qué arma es en la que está usted más firme, más seguro?

—Las manejo todas con alguna perfección; me es completamente igual.

—Tengo entendido—repuso Arturo—que Terreño es un

profesor de esgrima, y en ese caso tendrá alguna estocada de recurso.

—Yo también tengo la mía,—añadió Alejandro sonriéndose;—y además tengo otra cosa que él no tiene, una conciencia tranquila y una fe ciega en la Providencia, que de tantos peligros me ha salvado.

—Esos son poderosos auxiliares cuando la mano no tiembla y el corazón está sereno,—objetó Arturo, sonriéndose con excepticismo.

En aquel momento se oyeron unos golpecitos en la puerta del gabinete.

Era Pancho el mulato que venía á anunciarles que el almuerzo estaba servido.

CAPITULO IV.

La víspera del duelo.

Terminado el almuerzo, sir Arturo Pik, en uno de los carruajes de Alejandro, fué á visitar al barón de Morgal.

Don Andrés leía los periódicos dormitando en la butaca, cuando le anunciaron la visita del señor secretario de la embajada inglesa.

El barón, á pesar de su somnolencia perpetua, abandonó su butaca y salió al encuentro de su amigo.

—Querido barón, dijo Arturo entrando en el despacho,— vengo á proporcionarle á usted un poco de molestia, pero algo es preciso hacer por los amigos.

—¿Pues qué ocurre?

—Que Alejandro de Robledano está empeñado en batirse con Esteban Terreño.

—Hace mal, no merece ese hombre que se le conceda semejante honor.

—Eso mismo le he dicho yo.

—¿Y qué?

—No he logrado convencerle. Le ha escrito una carta; puede usted leerla.

El barón leyó en voz baja la carta de Esteban.

—Esta es una provocación grave,—dijo el barón, devolviéndole la carta á sir Arturo.

—Sí, una provocación que pide sangre, y como Alejandro nos ha elegido á usted y á mí por sus padrinos, vengo para que nos pongamos de acuerdo, porque esta tarde irán á casa de Robledano los testigos de Terreño.

Aquí sir Arturo contó ligeramente al barón todas las razones que Alejandro había alegado para aceptar el desafío.

Ningún hombre de honor se niega á apadrinar un duelo; se acepta tan delicado encargo, pero se protesta desde el fondo del alma.

Estos son deberes penosos que imponen la educación y la sociedad.

El barón acabó por aceptar, y pidió á su amigo Arturo quince minutos de tiempo para vestirse.

Hacía mucho tiempo que el barón de Morgal se había alejado de esa vida agitada que de vez en cuándo da por resultado un lance de honor. De modo que aquel incidente, que venía á sacarle, por decirlo así, de sus casillas, le disgustaba; pero aceptó la comisión, como hombre práctico para semejantes casos.

A las tres de la tarde, cuando el vizconde Justa y el comandante Mollet se presentaron en casa de Alejandro con la carta de Esteban, ya les estaban esperando el barón y Arturo.

Se encerraron los cuatro en un gabinete, sentándose en derredor de una mesa, sobre la que había recado de escribir y un timbre.

Allí comenzaron á tratar las condiciones del desafío.

El vizconde Justa, que fué el primero que tomó la palabra, quiso referir lo que había ocurrido la noche antes; pero el barón de Morgal, que no conocía á aquel vizconde y que comenzaba á mirarle con malos ojos, le dijo, interrumpiéndole con una gravedad seca y desabrida:

—Es inútil, caballero, que usted se moleste en referirnos una escena que sir Arturo Pik y yo presenciamos, porque tuvo lugar en mi propia casa; y puesto que nuestro ahijado don Alejandro de Robledano quiere batirse y parece ser que el ahijado de ustedes lo desea también, hablemos si les parece de las condiciones del duelo.

Justa y Mollet aprobaron con una inclinación de cabeza lo que proponía Morgal.

—Puesto que don Esteban Terreño—añadió el vizconde Justa—es el ofendido y tiene elección de armas, elige el florete.

—No se quejarán ustedes de nuestra condescendencia,—añadió Morgal dejando asomar una sonrisa á su boca.—Queda aceptado el florete.

El vizconde Justa y Mollet cambiaron rápidamente una mirada, en la que podía notarse algún recelo.

La facilidad con que el barón y sir Arturo aceptaban el arma propuesta les inspiraba alguna inquietud, porque era evidente que Robledano poseía el manejo del florete á la perfección.

—Se batirán—añadió el vizconde—hasta que uno de los dos quede imposibilitado para defenderse.

—Es decir,—repuso Morgal con mucha calma,—el duelo no será á primera sangre, sino á muerte. Queda también aceptada esa segunda condición.

—Si uno de los dos combatientes—volvió á decir el vizconde—recibe una herida en el brazo con pérdida de sangre que pueda debilitarle, se suspenderá por un momento el lance, se vendará al herido para que no pierda fuerzas, y luego continuarán batiéndose.

—Aceptado,—volvió á decir Morgal mirando á sir Arturo, que lo aprobó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Estamos conformes, señores?—preguntó el vizconde.

—Conformes,—contestaron con gravedad los tres testigos.

—Vamos, pues, á extender el acta.

El vizconde Justa, que era hombre práctico en estos lances, extendió el acta con gran claridad y detallando las condiciones del duelo.

Los cuatro testigos la firmaron.

—Pasemos al sitio y la hora en que debe efectuarse el desafío,—añadió el vizconde.

—El sitio me parece el más á propósito la casa de campo que posee en Carabanchel de Arriba nuestro ahijado don Alejandro de Robledano,—dijo sir Arturo;—tiene un jardín espacioso rodeado de altos muros, y en la actualidad sólo viven en él el jardinero y su mujer. Nadie, por lo tanto, vendrá á estorbarnos.

—En cuanto á la hora,—dijo interrumpiéndole el ba-

rón,—creo que no hay necesidad de madrugar mucho; el tiempo está frío, las escarchas son grandes y nuestros ahijados deben batirse en mangas de camisa, porque la levita molesta los movimientos del brazo. ¿Les parece á ustedes que nos reunamos á las once de la mañana?

Todos aprobaron el sitio y la hora.

El barón de Morgal, sin dar tiempo á prolongar la conversación, se levantó, y dijo con gran sequedad:

—Entonces, señores, hemos concluído. Hasta mañana á las once. Nosotros llevaremos cuatro floretes.

—Y nosotros otros cuatro,—añadió el vizconde.

El barón de Morgal hizo sonar el timbre que se hallaba sobre la mesa, y dijo á Pancho el mulato que se presentó en la puerta:

—Acompañe usted á estos señores.

El vizconde y Mollet, ante aquella sequedad algo inconveniente, creyeron que todas las palabras estaban demás, y olvidando los ofrecimientos de rutina en semejantes casos, salieron de la habitación, saludando ligeramente con la cabeza.

Cuando el barón de Morgal y sir Pik se quedaron solos, dijo el primero en son de desprecio:

—Dios los cría y ellos se juntan. Los padrinos me parecen de la misma *calaña* que el apadrinado.

—Efectivamente, les encuentro algo que me es repulsivo.

—Toda mi vida me estoy tratando con intimidad con esas tres aristocracias que se llaman de la sangre, del talento y de la banca, y jamás he oído el título del vizconde Justa; para mí es tan desconocido como un noble del celeste impe-

rio. En fin, ya nos hemos metido en este negocio desagradable, y es preciso llevarlo á cabo, por nuestra parte, al menos, con toda la dignidad que requiere. Vamos, pues, á darle cuenta de lo ocurrido á nuestro ahijado, ya que está decidido á batirse.

. . . .

. . . .

Aquella misma noche cantaba Gabriela de los Angeles por primera vez en Madrid la célebre ópera de Meyerbeer, *La Africana.*

Había gran curiosidad por oirla: el teatro estaba lleno de bote en bote, presentando ese golpe de vista fascinador que no es posible imaginarse sin haberlo visto.

Alejandro, gracias á las gestiones practicadas por el ex-tenor Faustino, había podido conseguir el traspaso de un palco proscenio, dando algunos miles de pesetas de prima, á un americano que lo tenía abonado á diario y que comenzaba á arruinarse.

Desde aquel palco, sin que nadie le molestara, sin oir el murmullo intempestivo de los vecinos de las butacas, que hablan en voz baja del tiempo, de las alternativas de la Bolsa y de política, á veces en lo más sublime de una pieza musical, podía el joven africano gozarse á su sabor en la contemplación de la mujer que amaba con toda su alma.

Alejandro no hubiera cedido el abono de su palco proscenio por un millón de reales; porque aquel palco era el santuario, el arca santa desde donde adoraba á Gabriela.

Oculto detrás de las anchas cortinas de terciopelo podía arrodillarse con enamorado arrobamiento, y oir el eco dulcí-

simo de aquella voz sin igual que penetraba en su alma, causándole un placer inefable; podía llorar, oprimirse el pecho con las manos, dar expansión á todos los afectos que experimentaba desde el momento en que Gabriela aparecía en el escenario rodeada de esa luz atractiva del genio y de la gloria.

En su butaca de orquesta se había visto precisado muchas veces á dominarse, á recordar que estaba en el teatro; en su palco de proscenio se creía libre como en los bosques de Guinea.

La baronesa de Morgal tenía su palco entresuelo en la parte opuesta, y podía á través de los cristales de sus gemelos ver perfectamente á Alejandro y sorprender el menor movimiento de su fisonomía.

Este espionaje era un tormento para Isabel de Romelia, y sin embargo, por nada del mundo hubiera dejado de sufrir aquel tormento. Aberración inexplicable de los celos cuando dominan á la pobre criatura, que corre con ansia buscando aquello mismo que le da la muerte.

Cuando una mirada de Gabriela se detenía en el palco de Alejandro, por rápida que fuera esta mirada, la baronesa la sorprendía, sintiendo un gran desconsuelo en el corazón.

Isabel sabía que iba á batirse Alejandro al día siguiente en su quinta de Carabanchel con Esteban Terreño.

El barón se lo había dicho durante la comida á ella y á su amigo Amadeo.

¿Por qué había hecho el barón aquella confianza á su mujer? Sin duda por convertir en realidad alguna sospecha que le atormentaba desde la lectura del anónimo.

Los celos sólo encuentran en la vida un verdadero placer: atormentar á la persona que los inspira.

¿Estaba celoso el barón? Tal vez; porque en la mesa contó con todos los detalles las condiciones del desafío que debía efectuarse al día siguiente entre Alejandro y Esteban. Habló de las terribles heridas que producía el florete dirigido por una mano diestra y vigorosa, y todo esto lo decía mirando á la baronesa como el que estudia el efecto de sus palabras en el semblante del que las escucha y gozándose en su obra.

Isabel pasó un mal rato, y decía que era una brutalidad impropia de los países civilizados la manera que los hombres tenían de resolver lo que ellos llamaban cuestiones de honra.

El poeta Nasón también estaba pasando un mal rato, porque comprendía las intenciones de su amigo y no confiaba mucho en la prudencia de Isabel.

Habló el barón de la destreza reconocida de Esteban en el manejo de toda clase de armas, de las estocadas secretas que poseía; y al llegar á este punto, la baronesa, dejándose llevar por uno de esos impulsos del alma que nos dominan, que nos venden, exclamó, pálida, trémula y dejando asomar dos lágrimas á sus ojos:

—Pero ¿vais á permitir que ese miserable asesine á Alejandro como asesinó al pobre criollo de la Habana?

Este grito denunciaba á Isabel; pero el barón, sonriéndose y encogiéndose de hombros, contestó:

—Y qué remedio... Se empeña en batirse; pero te prevengo que son las ocho menos veinte minutos, y esta noche canta *La Africana* Gabriela de los Angeles por la primera vez.

Isabel salió del comedor verdaderamente conmovida y muy pálida; no se sentía bien. Pero ¿cómo dejar de asistir al teatro, en donde indudablemente vería á Alejandro?

Como tenía el traje que debía ponerse elegido y la doncella la esperaba en su tocador, la *toilette* de la baronesa de Morgal duró escasamente media hora.

Cuando Isabel, el barón y Amadeo entraron en el palco, la orquesta terminaba la famosa introducción de *La Africana*.

Alejandro se hallaba en su palco con su amigo sir Arturo Pik.

La noticia de que el joven africano y Esteban Terreño tenían un lance de honor pendiente se había extendido por Madrid; de modo que en el teatro lo sabían muchas personas.

A mitad del primer acto entraron dos caballeros metiendo bastante ruído por el callejón central de las butacas: eran Terreño y el vizconde Justa, que sin duda deseaban que se les viera en el teatro.

El barón de Morgal se había colocado en el fondo del palco, la baronesa y Amadeo ocupaban el antepecho.

Isabel de Romelia creyó que su marido se disponía á dormir como de costumbre, y como nada recelaba, comenzó á dirigir sus gemelos hacia el palco de Alejandro.

Don Andrés no dormía, pero en cambio espiaba en la oscuridad del palco á su mujer.

Al entrar Esteban en las butacas, la baronesa le vió y exhaló un pequeño grito.

—¿Qué es eso?—le preguntó en voz baja Amadeo.

—Ahí está Terreño,—dijo Isabel.

El poeta nada le contestó: temía indudablemente entablar

un diálogo basado en el desafío de Alejandro y Esteban, porque Nasón, hombre prudente, estaba receloso é inquieto desde el día antes.

Al finalizar el segundo acto, terminados los aplausos y las salidas á escena, Isabel vió que Alejandro y sir Pik se levantaron y salieron del palco.

—¿Vendrán aquí?—se preguntó allá en el fondo de su alma la baronesa.

Durante el entreacto muchos amigos subieron á saludar á Isabel de Romelia, pero ninguno era Alejandro de Robledano.

Isabel de Romelia hubiera de buena gana dicho á todos aquellos importunos que le hacían la corte: «Dejadme sola: me molestáis con vuestra charla insustancial; mi pensamiento está en otra parte, mi corazón sufre, y es una crueldad obligar á mis labios que se sonrían».

Pero la baronesa no faltaba nunca á los deberes que la sociedad impone á las damas bien nacidas. Así es que mientras se sonreía y hablaba con sus amigos de todas esas superfluidades encantadoras que constituyen el pasatiempo de un entreacto, se decía, allá en el fondo de su alma:

—¡Ah! Indudablemente Alejandro está en el cuarto de Gabriela devorándola con sus miradas y prodigándole frases de ternura y de entusiasmo, y á mí ni una sola vez me ha dirigido sus gemelos... No, no ha fijado en mí su atención, porque de lo contrario, hubiera sorprendido algo en mis ojos... Dicen que hay mujeres despreocupadas que declaran su amor á los hombres, que desprecian «el qué dirán», que les importa poco el escándalo con tal de satisfacer sus impu-

ros deseos. Pero esas mujeres rebajan su dignidad, son despreciables... Dios me perdone, pero creo que algunas veces he sentido grandes deseos de decirle á Alejandro: «te amo». ¡Oh! ¡Qué vergüenza!... Quisiera borrarle de mi memoria, y veo que á cada instante que pasa se graba más y más en ella... ¿Adónde me conducirá esta exaltación de mi espíritu? No lo sé; pero temo que á ningún sitio bueno.

Esta lucha mantenía la baronesa de Morgal entre su corazón y su cabeza, entre el deber y el deseo; pero mientras tanto, hablaba con sus amigos con la gracia, con el ingenio que tanto celebraban sus admiradores y prodigándoles sus más encantadoras sonrisas.

Esta fuerza titánica de disimulo, este fingimiento homérico, sólo puede llevarlo á cabo una mujer de las condiciones de Isabel de Romelia; es decir, una actriz privilegiada, de esas que tienen por escenario el gran mundo.

CAPITULO V.

En el teatro.

Es tan difícil guardar un secreto entre siete personas, que el sigilo, la reserva que reclaman los desafíos casi siempre dejan de serlo, y se apodera de ellos la curiosidad pública sin saber cómo ni cuándo.

Cuatro testigos, dos combatientes y un médico, que la prudencia reclama para estos casos, discuten y convienen con la mayor reserva el modo de perforarse la carne ó de romperse un hueso dos prójimos que se tienen mala voluntad, y cuando ellos creen que nadie sabe una palabra de su asunto, en los casinos, en los teatros, en los cafés, en todas partes se comenta el lance y se hacen pronósticos inspirados solamente por las simpatías.

¿Quién da el primer grito de alarma? ¿quién es el que rompe esa fuertísima muralla, tras de la cual creen tener seguros sus secretos? Se ignora; pero lo cierto es que se comentan los detalles del acta, y hasta se dice en voz baja y

con la mayor reserva en dónde deben batirse. Nadie lo ha revelado, pero todos lo saben, y la publicidad, siempre escandalosa, lo extiende como la gota de aceite sobre una hoja de papel blanco.

Uno de esos aficionados que tienen el privilegio de invadir los bastidores de los teatros, molestando á los artistas en las entradas y salidas á la escena; uno de esos seres que se les ve en todas partes, que no sirven para nada, que no tienen una idea propia y que repiten como los loros todo lo que recogen sus oídos, le estaba diciendo entre bastidores al representante de la empresa:

—Mañana tenemos un duelo á muerte.

—¡Hola! ¿Se pone en escena en el teatro Español el célebre drama de García Gutiérrez?

—No, hombre, no; es que se baten Alejandro de Robledano y Esteban Terreño.

Gabriela oyó estas palabras, precisamente en el momento en que el segundo apunte le daba *la salida*.

Aquella noticia le causó una viva emoción: hubiera querido saber algo más concreto, más preciso sobre el desafío, preguntarle á aquel hombre que parecía hallarse enterado; pero era imposible detenerse, perder un minuto hubiera sido una perturbación para la escena, y obedeciendo la voz del segundo apunte, salió á las tablas.

Carlos Ferrán dirigía la orquesta. Al ver á Gabriela le envió una sonrisa llena de bondad; aquella sonrisa parecía decirle: «Hija mía, canta sin miedo, yo estoy aquí. Enloquece con tu privilegiada garganta á ese público que te admira y te aplaude con entusiasmo».

Todo el mal efecto que la noticia del desafío había causado á Gabriela entre bastidores desapareció desde el instante en que se presentó en escena.

El público tiene el maravilloso poder de hacer olvidar á los artistas de corazón todos sus disgustos, todas sus amarguras, y muchas veces hasta la fiebre desaparece; se han dado casos de que un artista, enfermo y precisado á trabajar, se ha puesto bueno al salir al escenario; pero esta maravillosa y rápida curación no ha durado mas que el tiempo preciso para representar su papel aquella noche, y luego ha venido la recaída, demostrando la fuerza que presta al espíritu el amor al arte.

Gabriela cantó admirablemente aquella noche. Cuando el público, fascinado, la hizo salir á escena repetidas veces, colmándola de aplausos y atronadores bravos, la *diva* dirigió varias miradas hacia el palco donde estaba Alejandro, como si quisiera preguntarle si era verdad que se batía á la mañana siguiente.

Cuando Gabriela entró en su cuarto escribió con lápiz rápidamente algunas líneas en una hoja de su libro de Memorias, luego arrancó la hoja, la dobló en cuatro dobleces y la puso debajo de uno de los pomos de esencia que tenía en su tocador.

Comenzaron á entrar sus admiradores, y todos ellos, colmándola de elogios, aseguraban que nunca habían oído cantar la *La Africana* tan admirablemente.

El maestro Ferrán, que se gozaba en los triunfos de su discípula y que le conmovían más que los suyos, escuchaba sentado y en silencio los elogios que tributaban á Gabriela.

Lit. J. Palacios Arenal, 27- Madrid.

Gabriela de los Angeles.

Cuando entró Alejandro con sir Pik, Gabriela le dirigió una mirada llena de cariñosa ternura y le tendió la mano.

Alejandro estrechó aquella mano, y al mismo tiempo que se estremecía al contacto de la suya, le dejaba un objeto, que el joven comprendió que era un papel.

Alejandro se estremeció de alegría, y depositó disimuladamente aquel papel en el bolsillo del pantalón.

Naturalmente, sintió grandes deseos de saber lo que contenía el papel, y después de felicitarla por su admirable modo de cantar y darle la más franca enhorabuena al maestro Ferrán por el triunfo que estaba alcanzando su discípula, salió del cuarto de Gabriela, dejando allí á sir Pik hablando con dos ó tres admiradores de la *prima donna,* y que ni siquiera se apercibió de la rápida ausencia del joven africano.

Al llegar á un pasillo Alejandro se detuvo junto á un mechero de gas, sacó el papel, lo desdobló, y se puso á leer.

Decía así:

«He oído decir que se bate usted mañana. ¿Es cierto?... Desearía saberlo... Estoy inquieta. Si desgraciadamente es verdad, rogaré toda la noche á Dios para que no le suceda á usted ninguna desgracia.»

Indudablemente, á estar solo Alejandro, hubiera besado mil veces el papel que tenía en la mano; pero temeroso de llamar la atención á los que por allí pasaban, guardó en el bolsillo de pecho del frac el papel y subió á su palco.

Allí escribió, también en una hoja de su tarjetero, las siguientes palabras:

«Efectivamente, me bato mañana, pero estoy tranquilo, y tengo la seguridad que saldré bien del lance, porque mi

madre desde el cielo y usted desde la tierra, es decir, una santa y un ángel le piden á Dios que no me abandone.»

Gabriela y Alejandro no se habían dicho nunca que se amaban; se habían visto media docena de veces siempre delante de gente, y sin embargo, ninguno de los dos abrigaba la menor duda de ser amado.

Los ojos se habían dicho lo que callaba la lengua, y las circunstancias habían preparado la ocasión para que Gabriela estampara con lápiz en una hoja de papel el grito de su alma que revelaba su amor.

Al terminar el segundo acto, sir Arturo le dijo á Alejandro:

—Tenemos que ir á saludar á los barones de Morgal en su palco, porque nos han visto.

—¡Ah! Es verdad, lo había olvidado; perdone usted, amigo Pik, si conservo aún algo del hombre salvaje; pero poco á poco me iré civilizando.

—Vamos, pues,—añadió Arturo.

—Pido á usted cinco minutos, pues tengo precisión de entrar en el escenario.

—¡Ah! ¿Va usted á ver á Gabriela?

—Sí, amigo mío; pero será una ausencia de cinco minutos, y le suplico que me espere fumando un cigarrillo de papel en el pasillo del palco de los barones.

—Me temo—añadió Arturo sonriéndose—que esos cinco minutos se prolonguen á veinte.

—Palabra de honor.

Alejandro entró precipitadamente en el escenario. Gabriela le miró como pidiéndole una respuesta á su carta.

Alejandro hizo un signo afirmativo con la cabeza, que pasó desapercibido para todo el mundo menos para la *prima donna*, y al mismo tiempo le tendió una mano y le introdujo el papel que poco antes había escrito.

Después, aprovechando la entrada de otros admiradores, abandonó el cuarto de la *diva* tan precipitadamente, que el maestro Ferrán se echó á reir, y dijo:

—Hay que dispensárselo todo; es un verdadero africano á quien molesta la gente, y echa de menos la soledad de los agrestes bosques donde se ha criado: tiene cosas de niño, pero tiene al mismo tiempo un corazón tan grande y tan hermoso, que es preciso quererle.

Mientras en el cuarto de la *diva* se comentaba con cariñosa deferencia los rasgos característicos del joven africano, sir Pik y Alejandro entraban en el palco de la baronesa.

Los ojos de Isabel brillaron con ese fuego esplendoroso que enciende la alegría.

—¡Ah! Por fin vienen ustedes á saludar á sus amigos,—exclamó la baronesa, empleando el plural bien á pesar suyo.

Isabel tendió una mano á Alejandro estrechándosela de un modo demasiado expresivo.

—Vamos, siéntese usted aquí, señor africano,—añadió la baronesa.—Supongo que en el *blanco* del segundo acto habrá usted ido á saludar á la encantadora *africana*, y necesito saber si está contenta del público madrileño.

Alejandro se sentó al lado de la baronesa, y sir Pik junto al barón.

—¡Ah, señora! Había tanta gente en el cuarto de Gabriela felicitándola, tantos admiradores hablando á la vez, que ape-

nas he podido saludarla; pero supongo que estará muy contenta, porque el éxito ha sido grande. Lo que yo no comprendo es cómo esas pobres artistas, que tanto se fatigan sobre la escena, no cierren las puertas de sus cuartos á los importunos que van á aturdirles los oídos, quitándoles el descanso y el sosiego que tanta falta les hace.

—Pues si precisamente ese aturdimiento, ese ruído producido por la gloria es lo que más le satisface á una cantante,—repuso Isabel.—Una *prima donna* que no viera su cuarto lleno de admiradores durante los entreactos, se creería la mujer más desgraciada del mundo; y yo le aseguro á usted que si Gabriela continúa cantando como hasta ahora lo que falta de la ópera, no ha de faltarle ese ruído que á usted tanto le molesta, porque Gabriela no canta como una mujer, canta como un ángel.

Aquellos elogios le quemaban los labios; pero la sociedad impone deberes penosos que nunca olvida una mujer como la baronesa de Morgal.

Como Arturo, el barón y Amadeo comenzaron á hablar en voz baja en el fondo del palco, Isabel se creyó autorizada para hacer lo mismo.

—¡Ah!—dijo.—Los hombres, amigo Alejandro, son ustedes incorregibles. He sabido que se bate usted mañana con ese sér despreciable, y estoy inquieta.

—Pues yo, baronesa, sin que tome usted mis palabras por un alarde de necia vanidad, espero pasar tranquilamente la noche,—contestó Alejandro sonriéndose.

—Pues yo—añadió Isabel, bajando la voz y fijando su resplandeciente mirada en el joven—estoy segura que no

pegaré los ojos en toda la noche. ¡Ah! ¡Por Dios, Alejandro, defienda usted su vida!

La baronesa pronunció estas palabras con gran ternura y trémula entonación; sus hermosos ojos permanecían clavados en los ojos de Alejandro, hasta tal punto, que aunque el joven africano era poco diestro en las coqueterías y seducciones de las mujeres del gran mundo, creyó notar algo extraño en la baronesa.

—Doy á usted las gracias, señora,—contestó,—por el interés que por mí se toma.

—¡Oh! Sí, mucho, Alejandro, mucho; no lo sabe usted bien: Entre las afecciones del corazón existe una poderosa que nos domina: las simpatías. Sin podernos explicar la causa, sucede muchas veces en la vida real que nos es simpática una persona y hacemos votos por su felicidad.

La baronesa se detuvo: comprendió que avanzaba demasiado, que iba tal vez á cometer una imprudencia revelando á aquel hombre el estado de su espíritu. Así es que, cambiando de entonación, volvió á decir:

—Comprendo, amigo Alejandro, que ese duelo que me aflige es inevitable; pero no sea usted confiado ni generoso: el hombre con quien va usted á batirse es un infame, y es preciso tratarle sin la menor consideración, porque él hará lo mismo con usted.

Alejandro hizo un movimiento de desprecio con la fisonomía y los hombros.

—Yo no busco los peligros,—dijo,—pero tampoco les vuelvo la cara cuando se presentan. Conozco á Esteban Terreño tal vez más que nadie de los que le tratan; sé de lo que

es capaz, y le prometo á usted que me defenderé y no le tendré ninguna consideración.

Y sonriéndose, añadió:

—En este lance, señora, llevo la ventaja de conocer á mi enemigo, y me propongo ser digno de él. Sé que no merece que se le tenga la menor consideración, y prometo á usted no tenérsela.

Mientras tanto, el barón de Morgal y sir Pik hablaban en voz baja en el fondo del palco, y Amadeo observaba receloso é inquieto á Isabel, cuyas imprudencias le tenían siempre sobresaltado.

Más de una vez el poeta Nasón había sorprendido las imprudentes miradas que la baronesa fijaba en Alejandro; miradas que indudablemente no habían pasado desapercibidas para el barón de Morgal, que estaba receloso desde la lectura del anónimo; pero el barón sabía disimular los afectos de su alma: era además un buen observador, y estaba persuadido de que Alejandro no había tomado la menor parte en la naciente pasión de la baronesa.

—Parece ser que á nuestro ahijado—le dijo el barón á sir Pik—le preocupa poco el lance de mañana; esto es un buen síntoma.

—Absolutamente nada,—contestó Arturo,—se halla tan tranquilo como si se tratara de una expedición de caza. Hemos comido juntos y ni una sola vez me ha hablado de su lance.

—Eso siempre es una ventaja; pero me han dicho que Esteban Terreño maneja admirablemente el florete y posee grandes recursos y muy mala intención.

—Sí, conozco que no es un enemigo despreciable, y le juro á usted, señor barón, que estoy inquieto.

—¿Ha visto usted tirar el florete á Alejandro?

—Sí señor, hemos tirado los dos muchas veces; es muy diestro, tiene gran precisión, gran vista, no le faltan recursos para defenderse, y sobre todo es hombre de gran serenidad ante el peligro; tiene costumbre desde niño de arrostrarlo, y nunca se ocupa de que el peligro puede costarle la vida. Estoy seguro que cuando vea la punta del florete de su enemigo girar delante de sus ojos, no latirá su corazón ni más ni menos que ahora.

—En fin,—añadió el barón,—en el terreno que nos encontramos no se puede retroceder, y es preciso decir la célebre frase de los españoles: ¡Al toro! ¡al toro!... Pero supongo que nuestro ahijado, como medida de prudencia, habrá dispuesto algo por si la suerte le es contraria.

—¿Algo de qué?—preguntó sir Pik.

—¡Toma! Un hombre que posee ochenta millones de fortuna y va á batirse á florete, no está de sobra que haga su testamento.

—No creo que Alejandro ha pensado semejante cosa.

—Sería bueno llamarle la atención sobre ese punto.

—Se lo diré luego.

—¿Tiene herederos directos?

—Tiene dos primos hermanos.

—Sin embargo, bueno es advertírselo.

Dos amigos se presentaron en el palco, interrumpiendo los diálogos que se mantenían en voz baja.

Alejandro y Pik se despidieron de los barones de Morgal.

Isabel de Romelia, al estrechar la mano de Alejandro, se la apretó de un modo expresivo.

Poco después Alejandro se hallaba en su palco y comenzaba el acto tercero, es decir, el mundo se reducía para él al escenario del teatro Real, porque allí iba á aparecer como un sol deslumbrador Gabriela de los Angeles, el alma de su alma.

CAPITULO VI.

La noche antes.

Cuando aquella noche Alejandro regresó á su casa, al entrar en su dormitorio se quedó sorprendido viendo al padre Marcelo sentado junto á la chimenea y leyendo en su libro de oraciones.

—¿Usted aquí, y á estas horas?—le dijo.

—Sí, hijo mío, te esperaba, porque tengo que reprenderte,—contestó con pausada gravedad el sacerdote.

—Con tal de que usted no me abandone, con tal de que le vea á mi lado para que hablemos de vez en cuándo de mi pobre madre, sufriré con humildad y sin la menor protesta todas las reprensiones que quiera dirigirme.

Y Alejandro, sonriéndose bondadosamente, se sentó junto al venerable sacerdote, que le miraba con paternal ternura.

—Vamos á ver, ¿en qué he delinquido?—preguntó.

—Sé que mañana vas á batirte, á arriesgar tu vida, ó á quitársela á un prójimo,—repuso el padre Marcelo.

—¡Ah! ¿También lo sabe usted?—añadió Alejandro con marcado disgusto.—Yo creía que era un secreto para todo el mundo y veo que me he engañado; pues bien, padre Marcelo, es cierto, me bato mañana; así me lo aconsejan la honra, y el deber.

—Es decir, mañana vas á poner en peligro una vida que no te pertenece, porque Dios te la dió, y Dios sólo debe quitártela. Mañana vas á dirigir un arma homicida sobre el pecho de un prójimo, que es tu hermano.

—¿Y qué remedio? Las circunstancias colocan á los hombres en estos trances, que aceptan y llevan á cabo, por muy sensible que les sea.

—A los hombres débiles, hijo mío, pero nunca á los hombres fuertes.

—¿Y qué entiende usted por hombre débil?

—El que se deja arrastrar por las pasiones, el que no tiene bastante carácter y fuerza de voluntad para dominarse.

—Usted, padre mío, ha arriesgado cien veces la vida en las misiones de Africa.

—Sí, una vida que le debo á Dios y que á Dios le dedico. Mis armas son los santos Evangelios, que dan la vida del alma; mi escudo, un Crucifijo. ¿Qué armas son las tuyas? La acerada punta de un florete, la roja bala que despide una pistola; armas que matan, que dan la muerte. Hijo mío, desiste de ese lance; hazte superior á las pequeñeces de la tierra; el que mata á su prójimo lleva siempre clavada una espina en el corazón que turba sus sueños y estrangula su felicidad.

—¡Imposible, imposible! No puedo retroceder; se reirían de mí, me escupirían al rostro.

—Vanidad de vanidades, y siempre vanidad... ¿Cuándo llegará el día en que los hombres tengan escritas en el alma estas palabras: «Todos hijos de Dios, todos hermanos?»

—Nunca, desgraciadamente, padre mío, porque los hombres no son ángeles, porque viven devorados por sus vicios y sus pasiones. Pero hablemos de otra cosa.

—No, no, hablemos de ese malhadado desafío, que es preciso que no se verifique.

—Imposible; pídame usted la fortuna que poseo, la sangre que circula por mis venas, y no vacilaré en entregársela; pero lo que usted me pide es la honra, y ésa no la cedo á nadie.

—¿Luego estás resuelto á batirte?—preguntó con acento conmovido el padre Marcelo.

—Sí, padre mío; ruego á usted que me perdone si por la primera vez en mi vida me niego á complacerle. Esta negativa me causa una gran violencia, pero es precisa. El hombre con quien debo batirme me ha amenazado con abofetearme en público, y si esa amenaza se realizara, ¿en qué rincón del mundo iría yo á ocultar mi vergüenza?

—Hijo mío, tú has acreditado en cien ocasiones que tienes un corazón grande, generoso, valiente; nadie puede dudar de tu valor. La historia de tu vida está llena de hermosos rasgos que acreditan la serenidad de tu espíritu; no hace mucho, en el paseo de la Castellana, hiciste tú lo que indudablemente no hubiera hecho el hombre que te amenaza con abofetearte si no te bates con él. Pero no temas, estoy seguro que no se atreverá á levantar su mano sobre tu rostro, pues te conoce demasiado para no respetarte.

—Imposible, padre mío, imposible; debo batirme.

—¿Desoyes mis súplicas?

—Con harto dolor de mi corazón.

El padre Marcelo guardó un breve silencio, y comprendiendo que nada conseguiría, dijo:

—Está bien; pero concédeme al menos, ya que ese duelo es inevitable, un favor.

—¿Cuál?

—Que me permitas que te acompañe, que permanezca á tu lado mientras corra peligro tu vida.

—Por Dios, padre Marcelo, esta noche está usted empeñado en pedirme imposibles. ¡Un sacerdote presenciando un duelo!... Se reirían de mí. Además, juro á usted que no corro el menor peligro, tengo la seguridad de que saldré bien de este lance. Vamos, vamos á descansar, que yo también necesito dormir algunas horas.

El padre Marcelo exhaló un suspiro y abrazó á Alejandro, diciéndole:

—¿Y no tienes nada que encargarme?

—Nada absolutamente,—dijo Alejandro sonriéndose,—porque repito que no corro peligro de muerte, como usted supone; cuando más algún ligero rasguño en la piel; pero yo soy bastante diestro para evitar que ni aun me suceda eso.

Alejandro acompañó cariñosamente hasta la puerta al sacerdote. El padre Marcelo salió del gabinete verdaderamente afligido.

Cuando Alejandro se quedó solo, se sentó junto á una mesa y estuvo escribiendo por espacio de veinte minutos sin levantar mano.

Luego dobló el papel, lo metió en un sobre y tiró del llamador de la campanilla.

Pancho el mulato se presentó en la puerta.

—Oye, Pancho, si mañana á la una de la tarde no recibes noticias mías, entrega este pliego al padre Marcelo y dile que se cumpla todo lo que en él le encargo.

Pancho, que amaba á su joven amo con la lealtad y el cariño que había amado á don Mateo, le miró con profunda tristeza, y le dijo:

—¡Pues qué! ¿Corre el señor algún peligro grave?

—No me preguntes nada y oye los encargos que voy á hacerte. Me despertarás á las ocho de la mañana, si no me he levantado. A las nueve tendréis servido un almuerzo ligero, pero abundante, por si quieren almorzar conmigo dos ó tres amigos que espero. A la misma hora estará enganchada la carretela con el tronco de caballos tordos. Ahora vete, porque me estoy cayendo de sueño.

Pancho no se atrevió á insistir: salió del gabinete conmovido, porque no ignoraba que al día siguiente se batía su amo con Esteban Terreño en la quinta de Carabanchel.

Cuando Alejandro se quedó solo, sacó la carta de Gabriela, la leyó y la besó repetidas veces.

—Sí, sí, no tengo la menor duda,—se dijo, hablando consigo mismo,—ella me ama, y ese amor se ha revelado en estas líneas, dictadas por su alma. ¡Oh! Ahora más que nunca necesito defender mi vida, porque mi vida la pertenece.

Luego se desnudó y se acostó.

Algunos minutos después dormía profundamente, y soñaba que Gabriela era suya, que vivían los dos solos lejos

del mundo en un paraíso terrenal rodeado de luz, de poesía, de perfumes.

La juventud tiene sus horizontes de color de rosa, sus sueños de oro, como la vejez sus achaques y sus insomnios.

Dichosa primavera de la vida, en que la esperanza perfuma el corazón y las ilusiones poetizan nuestra existencia.

CAPITULO VII.

Duelo á muerte.

Cuando á las ocho de la mañana entró Pancho el mulato en el gabinete, Alejandro dormía profundamente, y para despertarle tuvo necesidad de llamarle tres veces.

—¡Ah! ¡Qué dulcemente dormía, querido Pancho!—dijo Alejandro incorporándose en la cama.—Casi tendría motivo para enfadarme contigo; pero has cumplido con tu deber, y me resigno. ¿Qué hora es?

—Las ocho en punto.

—Tengo tiempo de sobra.

Alejandro, ayudado por Pancho, tardó escasamente treinta minutos en lavarse y vestirse.

Durante este tiempo Pancho tuvo muchas veces intención de dirigirle la palabra á su amo, pero no se atrevió.

Por otra parte, su amo estaba alegre, decidor, y en su hermoso semblante rebosaba la satisfacción. No debía ser, por lo tanto, tan grande el peligro que corría, y esto tranquilizaba un poco al leal criado.

Desde el dormitorio Alejandro se dirigió al comedor. Todo estaba allí dispuesto, sólo esperaban las órdenes para servir el almuerzo.

Alejandro se acercó al balcón, y á través de los cristales estuvo contemplando el ancho y despejado horizonte que se extendía ante sus ojos.

Ni una sola nube empañaba el hermoso azul de los cielos; el sol lo iluminaba todo con sus claros y vivificantes rayos.

A las nueve en punto entraron en el comedor el barón de Morgal, sir Pik y el médico de la embajada inglesa, sir Copper.

—Señores, tenemos tiempo de sobra,—dijo Alejandro, estrechando las manos de sus amigos,—y por lo tanto suplico á ustedes acepten el ligero desayuno que he mandado disponer. Como buen cazador, la experiencia me ha demostrado que conviene antes de emprender la batida tomar algo caliente; se tiene más pulso y más vista que en ayunas.

Los padrinos y el médico aceptaron la invitación.

Se sirvió el almuerzo, que se redujo á unas chochas en salmí, unas chuletas á la *papillote* y unos lenguados fritos.

Se empleó en el almuerzo escasamente media hora, y reinó tanta alegría y tan buen humor, que nadie hubiera sospechado al oirles el motivo que allí les reunía.

Alejandro comió con más apetito que sus padrinos y el médico.

Luego bajaron adonde les esperaba el coche; Arturo llevaba los cuatro floretes, el médico su caja-botiquín.

El día antes por la tarde Alejandro había mandado orden

al jardinero de Carabanchel para que á las nueve de la mañana estuviera limpia y enarenada la plazoleta grande de la calle central de árboles.

A las diez y media el carruaje entraba en el jardín de la quinta de Carabanchel.

—¿Ha venido un coche con cuatro caballeros?—preguntó Alejandro al jardinero.

—No señor, no ha venido nadie.

—Pues entonces no tardarán en venir; no cierres la verja y déjales entrar, porque son amigos á quienes espero: luego que lleven los criados el coche á la cochera.

Cuando bajaron del carruaje, Alejandro le dijo al cochero que esperara sin desenganchar.

Después condujo á sus amigos á una plazoleta rodeada de obónibus y de tilos. Esta plazoleta tenía cuatro bancos de hierro con respaldo.

Aquel terreno limpio, enarenado, era indudablemente muy á propósito para el asunto que allí les conducía.

—Si á esos señores que esperamos les parece bueno este sitio, será aquí adonde se efectúe el duelo,—dijo Alejandro.

—No creo que puedan encontrarle el menor defecto,—añadió el barón.

—No puede encontrarse sitio más á propósito,—objetó Arturo.

Aún no habían concluído de decir estas palabras, cuando vieron entrar un coche en el jardín.

—Ahí están,—dijo Alejandro.

Entonces el barón y Arturo salieron al encuentro de los que llegaban. Mientras tanto, el doctor dejó el botiquín sobre

un banco, y Alejandro se puso á dar paseos por la plazoleta.

Los cuatro padrinos se saludaron y cambiaron algunas palabras de ordenanza, frías y desabridas, porque el barón de Morgal, noble de rancio abolengo, no *tragaba* á aquel vizconde Justa, cuyo título era completamente desconocido para él.

Los padrinos examinaron el sitio y los floretes, y después de discutido y convenido todo, el barón cogió dos floretes y los presentó por la empuñadura, primero á Esteban, luego á Alejandro.

—Si el señor don Alejandro de Robledano quiere, nos quitaremos las levitas y los chalecos,—dijo Esteban, saludando y sonriéndose, como haciendo un alarde de serenidad.

Alejandro, por única respuesta, comenzó á quitarse la levita, el chaleco, el sombrero, y luego la corbata, desabrochándose el botón del cuello de la camisa.

—Doy las gracias al señor de Robledano por su condescendencia,—volvió á decir Terreño.

Los padrinos colocaron á sus ahijados en el sitio que debían ocupar.

Los dos combatientes se saludaron con los floretes.

Arturo y el barón dirigieron una mirada á Alejandro, que les saludó con una ligera é imperceptible inclinación de cabeza.

Comenzó el lance: durante los primeros cuatro minutos, los combatientes demostraron una gran calma, una serenidad perfecta, como si quisieran estudiarse, conocerse. Indicaban las estocadas sin tirarse á fondo, buscándose el flaco mutuamente.

Verdaderamente eran dos maestros en el arte de la es-

grima; podía, sin embargo, notarse que la serenidad de Terreño era más afectada que la de Robledano.

En aquella plazoleta, donde dos hombres arriesgaban su vida, reinaba un silencio de muerte; pero preciso es confesarlo: los padrinos y los médicos estaban más pálidos, más afectados que los combatientes, porque comprendían que cuando uno de sus ahijados, aprovechando la ocasión, se tirara á fondo, el resultado sería fatal para su contrario.

Trascurrieron diez minutos sin que ni uno ni otro se tocaran ni perdieran su aplomo.

De pronto Esteban, viendo que no conseguía que su contrario se descubriera, comenzó á hacer girar la punta de su florete con rapidez vertiginosa; indicó una estocada á fondo, retrocediendo al mismo tiempo un paso con gran agilidad.

Afortunadamente Alejandro no cayó en el engaño y permaneció en el mismo sitio esperando la estocada *verdad,* que indudablemente iba á dirigirle después de la fingida.

Esto le demostró á Esteban que era peligroso el hombre que tenía delante.

En los labios de Alejandro asomó una sonrisa que quería decir á su contrario: «He conocido tu intención, yo no tengo prisa; allá veremos si conoces la mía cuando llegue para mí el momento oportuno».

Esta sonrisa irritó á Esteban y atacó con gran violencia á su contrario, poniendo en juego todos sus recursos; pero Alejandro permaneció sereno y esperando como el maestro que en una sala de armas sólo se ocupa de librarse de las estocadas que le dirige su discípulo.

Terreño, cuya irritación iba en aumento, y que comenza-

ba ya á cegarle la ira, no ignoraba que la calma, la frialdad de su contrario podían serle funestas si no se amoldaba al mismo sistema de combate.

Comprendió que nunca había tenido delante un enemigo más temible, y esto comenzó á inquietarle, á turbar un poco su serenidad, tan necesaria en los desafíos.

Desgraciadamente para él, puso en juego otro recurso con tal precipitación, con tan ciego furor, que Alejandro, desviando la estocada que le dirigía, se tiró á fondo, clavándole la punta de su florete en el ojo derecho.

Un rugido se escapó del pecho de Esteban. El dolor de aquella terrible herida debía ser espantoso. Por un momento se vió á aquel hombre como clavado al florete, con la cabeza y el cuerpo doblados hacia atrás y sin acabar de caer.

Alejandro no soltaba su arma; aquello fué un espectáculo horrible.

Por fin se desprendió el florete, y Esteban cayó de espaldas y comenzó á revolcarse por el suelo, presa de uno de esos terribles ataques de nervios que suelen algunas veces producir un derrame cerebral.

Alejandro retrocedió un paso, y apoyando la punta de su florete sobre su pié derecho, se quedó inmóvil.

Los padrinos y los médicos corrieron hacia donde estaba Esteban y le sujetaron para que no se estropeara.

De pronto el herido se quedó inmóvil.

Los dos médicos reconocieron la herida: tenía el ojo derecho destrozado y colgando sobre el carrillo.

Esteban había perdido el conocimiento, tenía la rigidez de un cadáver.

—La herida es gravísima,—dijo el médico español;—creo una imprudencia trasladarle á Madrid.

—Es preciso hacerle en el acto la primera cura con gran detenimiento, y extraerle la punta del florete, que se ha roto y se ha quedado clavada en la órbita,—añadió sir Copper.—Opino como mi digno compañero; sería una imprudencia trasladarle á Madrid en este estado.

Sir Arturo fué á comunicarle á Alejandro la opinión de los médicos.

—Que dispongan de esta casa por todo el tiempo que sea necesario,—contestó Alejandro.

Los padrinos de Esteban aceptaron el ofrecimiento y condujeron el exánime cuerpo de su ahijado á una habitación del piso bajo, precisamente la misma que ocupaba Teresa cuando vivía en el hotel.

Alejandro llamó á su jardinero para decirle que se pusiera á las órdenes de aquellos señores que se quedaban en la quinta, y á quienes debía obedecer en todo cuanto le mandaran.

Y luego, dirigiéndose á sus padrinos, continuó:

—Señores, creo que aquí estamos demás, en cambio hacemos falta en Madrid para enviar lo más pronto posible todo lo necesario á ese desgraciado. La hospitalidad es un deber. Como en la cochera de este hotel siempre tengo dos carruajes, he mandado que enganchen uno de ellos y que se ponga á disposición del doctor sir Copper para que le conduzca á Madrid cuando él disponga.

—Yo, amigo Alejandro, me quedo aquí para dar á usted cuenta del resultado de la primera cura.

—Gracias, Arturo,—contestó Alejandro, estrechando la mano del inglés;—no me atrevía á proponérselo á usted, pero usted ha acertado mi pensamiento.

Poco después la carretela, tirada por los caballos tordos, conducía á Madrid al barón de Morgal y á Alejandro de Robledano.

Mientras tanto, los dos médicos, auxiliados por los tres testigos, practicaban la primera cura de la grave herida de Esteban Terreño.

. . . .

. . . .

El padre Marcelo, que no se había acostado la noche anterior, se dirigió al amanecer hacia Carabanchel, ansioso de saber los resultados de aquel duelo que no había podido evitar.

Llegó al hotel una hora antes que Alejandro, y llamó á la verja de hierro.

Al jardinero y su mujer les extrañó aquella visita inesperada; pero el padre Marcelo, no sólo era el apoderado general de todos los bienes de don Alejandro, sino un hombre á quien todos respetaban y amaban en la casa, empezando por el amo.

—¿Usted por aquí tan temprano?—le preguntó la jardinera, besándole la mano.

—Sí, hija mía,—contestó el sacerdote;—necesito que me deis hospitalidad por algunas horas en vuestra habitación sin que nadie lo sepa mas que vosotros.

Y sonriéndose dulcemente, añadió:

—Quiero ver sin ser visto.

—Pues bien, padre, usted mandará y nosotros obedeceremos,—contestó la jardinera.

Y efectivamente, el honrado sacerdote permaneció oculto y rezando en la pequeña habitación de los jardineros.

Desde allí, y á través de los cristales de la ventana, vió llegar á Alejandro con los padrinos y á Esteban con los suyos. Desde allí, rezando por los dos combatientes y sufriendo angustias de muerte, vió conducir á Terreño desmayado y cubierto el rostro de sangre. Desde allí vió salir á Alejandro ileso, y encaminarse á Madrid con el barón de Morgal.

Entonces el padre Marcelo salió de la habitación de los jardineros y se dirigió hacia el hotel, pensando que á un moribundo nunca sobraba un sacerdote.

CAPITULO VIII.

Esperando.

Salvador Verdemar había dormido poco y mal, porque el dormir bien es privilegio inapreciable de los espíritus tranquilos y de los cuerpos sanos, y el agente de negocios, aunque gozaba de buena salud, tenía sobrados motivos para estar inquieto y sobresaltado.

A las diez de la mañana, aunque Salvador no ignoraba que el desafío tendría lugar á las once, se dirigió, como de costumbre, á casa de Robledano, procurando ocultar con su bonachona sonrisa la impaciencia y la inquietud que le dominaban.

Para el agente de negocios, la cuestión que se iba á resolver en la quinta de Carabanchel era de vida ó muerte. Confiaba mucho en la destreza y valor de Esteban Terreño, pero no desconocía que Alejandro era un hombre valiente hasta la temeridad.

Cuando llegó á la plaza de la Independencia, Pancho el mulato le dijo que el señor no estaba en casa.

—Le esperaré,—contestó Salvador formulando una sonrisita hipócrita, especie de máscara con que ocultaba la perversidad de su alma.

—Haga usted lo que guste, pero creo que tardará bastante,—añadió Pancho.—Son las diez, y no le espero hasta lo menos las doce.

Salvador levantó poco á poco la cabeza, y mirando con triste expresión al mulato, dijo:

—¿Luego es cierto?

—¿El qué, señor?—preguntó Pancho.

—Lo que se dice... lo del desafío,—añadió Salvador exhalando un suspiro.

—Desgraciadamente, creo que sí.

—Entonces tengo un doble motivo para esperarle, porque la salud y la vida de don Alejandro me inspiran gran interés; y aquí, al menos, sabré más pronto que en otra parte lo que haya sucedido.

Y pasándose la mano por la frente, repuso:

—¡Válgame Dios! Parece imposible que un joven de la posición de don Alejandro arriesgue la vida de ese modo como si fuera un pelafustán, un perdido... Créame usted, amigo Francisco, yo no concibo los desafíos, me parece que eso ha pasado, como los frailes y el alumbrado de aceite, que pertenecen á otra época; pero sin duda, estoy en un error, pues por desgracia los desafíos menudean y, los hombres se baten por un quítame allá esas pajas, como si la vida no valiese un comino.

Aquí Salvador exhaló otro suspiro tan melancólico como los anteriores, y añadió:

—Con el permiso de usted, si la señorita Teresa está visible, iré á saludarla. ¡Ah! ¿Sabe algo del duelo?... No vayamos á cometer una imprudencia...

—Creo que no sabe nada, porque nada me ha preguntado, y está en su habitación bordando desde las ocho de la mañana.

—Bien, bien, entonces tampoco yo le diré nada, porque si don Alejandro, como firmemente deseo, vuelve sano y salvo, ¿á qué darle un mal rato? Porque sabido es que ojos que no ven, corazón que no siente.

—Dice usted bien,—repuso el mulato.

Como Salvador, por sus buenos servicios y su complacencia, se había hecho el amigo íntimo de la casa, se dirigió triste y cabizbajo, sin que nadie le acompañara, á la habitación de Teresa.

Para cubrir las apariencias, y por si algún importuno le espiaba, como hombre precavido, llamó con los nudillos de la mano derecha en la puerta, y dijo en voz alta:

—Señorita Teresa, ¿da usted su permiso?

—Adelante, Verdemar, adelante,—contestó Teresa con su voz melosa.

Salvador Verdemar entró en el cuarto de la prima de Alejandro.

Teresa tenía un pequeño bastidor sobre las rodillas, y estaba bordando, sin duda para disimular la inquietud que sentía; porque Teresa no ignoraba el desafío de su primo con Esteban Terreño, ni la importancia que para ella tenía aquel duelo á muerte.

—¡Hola, hola! ¿Está usted trabajando?—dijo Salvador, di-

rigiendo al mismo tiempo una mirada tan investigadora como disimulada en derredor suyo.

Teresa miró á Verdemar, y contestó:

—Sí señor, estoy bordando una pechera de camisa para mi primo.

—¡Primorosa, muy primorosa!—repuso Salvador, sentándose al lado de Teresa y mirando su trabajo.

El agente, convencido de que se hallaban solos, añadió:

—Tal vez en este instante se está decidiendo nuestra suerte.

—Sí; no pienso en otra cosa desde que me he levantado... Mi impaciencia es grande.

—¿Has visto á Alejandro antes de marcharse?

—No.

—Mal hecho.

—No le he visto, porque yo he procurado fingir que no sabía nada.

—Es verdad... Con tal de que Esteban cumpla con su deber...

—No sé por qué tengo mucho miedo á ese hombre,—contestó Teresa.

—¿A qué hombre?

—A Esteban Terreño.

—¡Bah! Que nos sirva hoy, que le suministre una de sus estocadas favoritas, y allá veremos mañana. Si él es valiente, yo soy astuto, y la astucia ha valido siempre más que el valor.

—Me dan miedo sus continuas exigencias, y me espanta la idea de pensar adónde llegará con ellas,—dijo Teresa.

—Si hoy las tiene es porque le necesitamos, y él lo sabe; luego, ya será otra cosa, porque sabido es que el hombre se amolda siempre á las circunstancias.

—Sin embargo, hubiera sido mucho mejor pasarnos sin él.

—¿Cómo?...

—Qué sé yo...—dijo Teresa, fijando su sombría mirada en el agente.

—Pues yo no estoy arrepentido de haber echado mano de ese canalla, así nos evitamos comprometernos. ¿Quién puede sospechar que tú y yo dirigimos el brazo de Esteban?

—Pero tenemos un cómplice que no cesa de pedir y que nos conducirá á la ruína.

—Lo importante para nosotros es que salga bien de su empresa.

—¿Y si sale mal?

—¡Diantre! También me he hecho yo esa misma pregunta muchas veces durante la noche... Pero no, no es posible; Esteban es un hombre diestro y valiente, tiene grandes recursos, y se bate con su arma favorita: el florete... Por esa parte debemos estar tranquilos.

—¿Tranquilos nosotros? Eso me parece difícil.

Una sonrisa fría, de esas que hacen daño, asomó á los labios de Salvador, y dijo:

—De todos modos, si le mata, tenemos la herencia, y si le matan, nos libramos de un cómplice exigente. Créeme, Teresa, en este asunto nosotros siempre vamos ganando.

Y haciendo un cambio brusco en su entonación, añadió:

—Pero dime: ¿sabes si tu primo dejó anoche alguna disposición testamentaria?

—Le espié desde que volvió del teatro, le vi escribir en un pliego grande de papel, y después, cerrándole en un sobre, llamó á Pancho el mulato, y le dijo: «Si mañana á la una no has recibido noticias mías, entrega este pliego al padre Marcelo, y que se cumpla lo que en él le encargo.»

—¡Ah! Eso era su testamento.

—Así lo supuse.

—¡Lástima grande no haberle podido leer! Hubiera sido para nosotros de gran utilidad.

—Eso era imposible, á no habérselo robado á Pancho.

—¿Sabes, Teresa, que tendría poca gracia que después de los sacrificios que hemos hecho no te nombrara su heredera? A nosotros nos conviene mucho más que muera sin testar, porque tú y Jacobo sois sus únicos herederos.

—Ya sabes que no soy de esas mujeres que viven de ilusiones, pero tengo motivo para creer que me dejará una buena parte de su fortuna, y que no olvidará tampoco á su primo Jacobo.

—Sí, pero Jacobo apenas viene á visitarle; la inesperada aparición de Alejandro le hizo tan mal efecto... Bien es verdad que á mí me hubiera sucedido lo mismo, porque á nadie le gusta que le quiten treinta ó cuarenta millones que ya cree tocar con las manos.

—No puedes pensarte lo que me disgusta—volvió á decir Teresa—esa carta que ha dejado escrita para el padre Marcelo.

—¿Qué temes?

—No lo sé, pero me inquieta ese testamento, porque la carta es su testamento, me lo dice el corazón. ¿A qué hora

era el desafío?—preguntó Teresa sin levantar los ojos del bordado.

—A las once.

—Entonces, ya deben estarse batiendo.

Teresa y Salvador hablaban casi sin mover los labios; á pocos pasos de distancia su conversación no era otra cosa que un murmullo imperceptible.

—Tal vez en este instante cae herido alguno de los dos.

—Si cayeran los dos á un tiempo...—añadió Teresa mirando de un modo oblicuo á Salvador.

—Si cayeran los dos, sería una doble fortuna para nosotros.

—No, no será tanta nuestra suerte.

—Sin embargo, suele suceder algunas veces que los dos combatientes se hieren á un tiempo; el florete es mal arma, sus resultados son funestos.

—Si vieras cuánto sufro...—añadió Teresa.—Es un tormento tener que fingir siempre.

—¿Y quién no sufre en este mundo?—repuso Salvador suspirando.

—Jamás he tenido una hora de verdadera expansión.

—Un poco de calma, ya llegará esa hora,—contestó Salvador.

—¡Calma!... Hace veintiocho años que no hago otra cosa; vivo dominando los impulsos de mi corazón, diciendo lo que me conviene, y no lo que siento; mi vida es una tortura, una agonía prolongada, y viéndome casi encerrada entre cuatro paredes, hay momentos en que deseo la muerte.

Aquí hubo una pausa.

Luego Teresa, que continuaba bordando con febril agitación, añadió:

—Es preciso que esto acabe, Salvador, pero muy pronto.

—No deseo otra cosa; pero el asunto es tan grave, que debemos ir con piés de plomo; nada de precipitaciones, nada de imprudencias, un poco de calma, y todo se andará sin que nos comprometamos nosotros, que es lo importante.

—Te falta el valor, ya lo veo... y eso retardará mucho tiempo la realización de nuestros planes.

—No, Teresa, no es el valor lo que me falta; es que pienso, es que medito mucho, y me parece una solemne estupidez dejarme coger por la justicia. Un hombre de mediano entendimiento no comete nunca un crimen burdo empleando el puñal ó el veneno, porque eso tarde ó temprano se descubre y le convierte en un asesino vulgar. Mi plan es más largo, pero más seguro. Si Esteban mata á Alejandro ¿quién es capaz de sospechar que nosotros somos los que hemos dirigido su brazo? Nadie. Entonces podremos dormir tranquilos sin miedo á la justicia, porque nuestras manos no estarán manchadas de sangre.

—Pero ¿dejará de estarlo nuestra conciencia?—preguntó Teresa frunciendo el ceño.

Salvador hizo un gesto con la fisonomía.

—¡La conciencia!...—añadió.—Si los hombres y las mujeres se ocuparan de la conciencia, la mitad de la raza humana no podría reconciliarse con el sueño. No todos los que lo merecen están en presidio. Muchos criminales visten de frac, duermen sobre mullidos almohadones de pluma y disfrutan el sueño de los justos. Pero todo eso desaparece desde el mo-

mento que la mano de la justicia cae sobre ellos y la aterradora voz del Código les dice: «Me perteneces». Eso es lo que el hombre procura evitar; lo demás importa poco, y conviene no olvidarlo.

Teresa guardó silencio, y Salvador volvió á decir, mirando con fijeza á su querida:

—Para echar por el atajo tenemos tiempo siempre; pero hoy la Providencia nos aconseja seguir el camino que nos hemos trazado.

—Hoy estamos peor que ocho días antes de morir mi tío Mateo.

—No lo creo así.

—Todas mis economías han desaparecido, las ha devorado Esteban Terreño.

—Eso es verdad, y casi todas las mías; pero no debemos olvidar que son préstamos muy productivos los que hemos hecho á Esteban.

—Allá lo veremos.

—Observo que hoy estás de muy mal humor, y te recomiendo mucha calma.

—No; lo que estoy es nerviosa, inquieta.

—No lo estás más que yo.

—Deben haber concluído, porque esos lances, según creo, duran poco.

—Cuando el desafío es á florete ó á espada duran un poco más, pero siempre terminan pronto.

—¿Qué hora es?—preguntó Teresa.

—Van á dar las doce,—dijo Salvador, mirando su reloj.—La cosa debe haberse concluído.

Aquí hubo otra ligera pausa.

—De todos modos,—añadió Teresa,—nuestro negocio no puede terminar más que de un modo violento. Alejandro es más joven que yo, y esperar su muerte natural para heredarle sería un absurdo.

—¡Quién duda eso!

—De modo, que si Esteban no sale vencedor, será preciso que busquemos algo, á pesar de ese Código y de esa justicia que tanto miedo te inspira.

Salvador oyó con disgusto estos nuevos proyectos de su querida, porque Salvador era un infame, un malvado, pero no un asesino, pues temía las consecuencias de los actos violentos.

En aquel momento se oyó el ruído de un coche que se detenía en la puerta de la calle.

Instintivamente Teresa y Verdemar se levantaron y corrieron al balcón, poniéndose á mirar á través de los visillos de los cristales.

A un tiempo exhalaron un grito: habían visto bajar del coche á Alejandro con la agilidad y la desenvoltura de un hombre completamente sano.

El lacayo cerró la portezuela del coche, que partió al trote de los caballos hacia la calle de Alcalá.

Durante un minuto Teresa y Salvador se miraron sin hablar; por fin dijo Teresa:

—¿Habrá muerto Esteban?

—Es preciso saberlo... Corro al encuentro de Alejandro; ya te avisaré.

Salvador salió precipitadamente de la habitación de Te-

resa, y llegó á la antesala á tiempo que Pancho abría la puerta de la escalera.

. . . .

. . . .

Una hora después, Teresa, que continuaba bordando y más inquieta que nunca, pues nadie iba á darle cuenta de lo ocurrido, oyó la voz de Salvador Verdemar, que decía desde la puerta:

—¿Quiere usted algo, señorita Teresa? Me marcho.

Y abriendo la entornada puerta, le arrojó una carta, añadiendo en voz baja:

—Lee eso, volveré esta tarde á comer con vosotros: quema la carta.

Teresa cogió la carta y cerró la puerta; luego se puso á leer para sí lo que á continuación copiamos:

«Esteban gravemente herido en un ojo. Su vida corre peligro, su estado nervioso es tan exaltado, que padece frecuentes desvanecimientos y delirios. ¿Qué dirá en estos delirios? Tal vez alguna cosa que nos comprometa, porque Esteban se halla en la quinta de Carabanchel por disposición de los facultativos, que han creído peligroso trasladarle á Madrid en el estado en que se halla.

»Tu primo ha dispuesto que se le presten todos los auxilios necesarios. Yo voy ahora á Carabanchel á ver lo que le hace falta al herido; llevaré un practicante del hospital y dos criados, vendré á las seis á comer con vosotros; te recomiendo mucha serenidad.

»Se me ocurre una idea: cuando en la mesa se hable del herido, bríndate á asistirle, á estar á su lado: este rasgo de

caridad complacerá mucho á tu primo, y además, estando tú cerca del herido podrás evitar que otros oigan sus delirios que puedan comprometernos.

»Esta noche, ó de palabra ó por escrito, te daré más detalles del lance.

»Hasta luego.»

Teresa arrojó la carta á la chimenea y luego dijo, hablanconsigo misma:

—Vamos á ver á Alejandro. Creo que Salvador tiene razón aconsejándome que me convierta en enfermera de Esteban.

Teresa se miró al espejo, procuró serenarse, y salió de su habitación.

CAPITULO IX.

Cuestión de nervios.

Tan vehemente era la pasión que se había desarrollado en el alma de la baronesa de Morgal, que desde el momento en que supo el desafío de Alejandro, su inquietud, su malestar, fueron en aumento.

Pasó la noche agitándose en su cama con ese malestar vervioso que todo molesta, no pudo cerrar los ojos al sueño. Se levantó muy temprano, contra su costumbre, y envuelta en una bata de tisú colchada, se puso á dar paseos por una galería de cristales llena de macetas, preciosa y variada colección de plantas exóticas que eran la admiración de todas sus amigas.

Dos ó tres veces la doncella, sobresaltada de aquel madrugón inexplicable de su ama, le había preguntado si estaba enferma; pero Isabel, haciendo un movimiento de hombros, nada le había contestado.

Aquel movimiento indicó claramente á la doncella que su

ama no tenía ganas de hablar, y se retiró de la galería, quedándose cerca, por si la llamaba.

Cuando el barón de Morgal salió de su dormitorio, como tenía precisamente que pasar por delante de la puerta de la galería de cristales, se sorprendió al ver á la baronesa levantada tan temprano.

El barón creyó adivinar la causa, pero bostezando como el marido más tranquilo y confiado del mundo, dijo:

—¡Calla! ¿También has madrugado tú?

La baronesa, que no creía capaz á su marido de tener celos, contestó:

—Sí, he pasado mala noche; tengo una jaqueca horrible.

—Pues, hija mía, no creo que te la quiten los fuertes perfumes que exhalan esas flores.

—¡Eh! ¿Qué sabes tú?—añadió Isabel haciendo una mueca de disgusto con la fisonomía.

—Es verdad, yo no soy médico, no sé curar un simple constipado,—añadió el barón riéndose como un bienaventurado;—pero el sentido común indica á cualquiera lo que te he dicho, y todo el mundo sabe que los perfumes fuertes atacan á la cabeza.

Isabel se encogió de hombros como si le molestara aquel discurso sobre la higiene, y dijo:

—¿Vas á ser testigo de ese malhadado duelo?

—¡Qué quieres! Es un penoso deber que nos impone la amistad y que un caballero no puede rechazar. Yo soy, como sabes, un hombre pacífico, y puedo asegurarte que me he resistido á representar el papel de padrino, siempre molesto, siempre desagradable.

—Oye, Andrés, voy á pedirte un favor.

—¿Cuál?—preguntó con perfecta calma el barón, que hubiera engañado á la mujer más recelosa.

—Que vengas lo más pronto posible á decirme el resultado de ese duelo.

—Tan pronto como terminemos me tendrás aquí; y Dios quiera que pueda traerte buenas noticias, aunque lo dudo, porque el tal Esteban Terreño dicen que es un enemigo de los de peor especie.

—¿Y á pesar de eso,—exclamó con vehemencia la baronesa,—vosotros que os llamáis amigos de Alejandro vais á dejar que le mate como mató al criollo?... ¡Oh! Eso es absurdo, ó por mejor decir, eso es criminal.

—Nosotros, querida Isabel, hemos puesto por nuestra parte hasta los imposibles para evitar ese lance; pero Alejandro se ha empeñado en batirse, y aunque yo soy como sabes un hombre pacífico, declaro que si hubiera recibido una carta tan insultante, tan provocativa como la que Esteban escribió á Alejandro, no sé lo que hubiera hecho; pero adiós, hija mía, adiós, porque en estos lances no conviene llegar tarde.

Y el barón, abrazando cariñosamente á su mujer, salió de la galería.

La baronesa, pálida como una muerta, vió alejarse á su marido sin dirigirle ni una palabra.

Cuando se quedó sola, continuó sus paseos á lo largo de la galería.

De vez en cuándo cogía una flor y la deshojaba distraidamente.

Con frecuencia asaltaba á su imaginación una de esas ideas absurdas, temerarias, que suelen atormentar á las mujeres. Esta era ir á Carabanchel, entrar en la quinta y oponerse al desafío de Alejandro.

—¡Imposible! ¡imposible!...—exclamaba.—Yo no tengo ningún derecho para impedir ese desafío; mi presencia sería un escándalo que no tardaría en extenderse por todo Madrid.

Cansada más de espíritu que de cuerpo, se tendió en un diván, y ocultando el rostro con las manos, exclamó:

—¡Qué desgracia tan grande!... ¡Qué esclavitud tan horrible nacer mujer!...

Entonces sus ojos se inundaron de lágrimas, privilegio femenino para desahogar las penas del alma.

La baronesa permaneció una hora tendida en el diván agitándose y gimiendo, como si agudos dolores atormentaran su cuerpo.

La doncella, que la quería mucho y que no podía explicarse lo que sucedía á su ama, aunque la había prohibido que le dirigiera la palabra, compadecida de aquellos lamentos y aquellas lágrimas, de aquellas convulsiones nerviosas, se resolvió á decir:

—Pero por Dios, señorita, usted no está bien; ¿quiere usted que se llame al médico?

—No, no tengo nada; son los nervios.

—Pues entonces voy á hacer yo misma una taza de tila con unas gotas de azahar y le tranquilizará á usted un poco.

La baronesa no contestó nada; tal vez ni siquiera oyó lo que le decía; y la doncella, tomando el silencio por una aprobación, salió precipitadamente de la galería.

Cuando volvió á entrar con la taza de tila, la baronesa se hallaba echada en el diván y con el rostro oculto entre las manos.

—Vamos, señorita, esto le tranquilizará á usted.

Isabel se incorporó en el diván hasta quedarse sentada, y maquinalmente cogió la taza y comenzó á beber su contenido á pequeños sorbos.

—Si la señorita no se encuentra bien,—añadió la doncella,—debería echarse un poco en la cama; estaría siempre mejor que aquí.

—¿Qué hora es?—preguntó la baronesa.

—Van á dar las once.

—¡Las once!...—repitió Isabel.—¡Ah! Esa es la hora.

—Sí señora, son las once,—repuso la doncella equivocando el sentido de las palabras de su ama.

La baronesa se levantó y se dirigió á su tocador.

La doncella la siguió sin hablar.

Al sentarse Isabel delante de su espejo de cuerpo entero, dijo:

—¡Oh! ¡Dios mío, estoy horriblemente pálida!...

Y pasándose varias veces sus pequeñas y finas manos por sus sedosos y abundantes cabellos, añadió:

—Sí, pálida como no lo he estado nunca... como una muerta... Arréglame un poco este pelo, Micaela.

La doncella, sospechando que el ataque de nervios, gracias á la taza de tila y á las gotas de azahar, iba desapareciendo, comenzó á peinar á su señora.

Cuando terminó el tocado de la baronesa serían las doce menos cuarto, y la doncella se permitió decir:

—La señora debería tomar algún alimento.

—¿Sabes si el barón almuerza hoy en casa?—preguntó Isabel.

—No sé nada.

—Pues pregúntaselo de mi parte á su ayuda de cámara.

Micaela salió y volvió á los pocos minutos.

—Se marchó sin decir nada. ¿Quiere la señora baronesa que le sirvan sola el almuerzo?

—No, no tengo apetito; esperaré hasta las doce y media. La chimenea del comedor, ¿está encendida?

—Desde las nueve de la mañana.

Isabel se dirigió al comedor y se sentó junto á la chimenea.

A pesar de la temperatura primaveral que allí reinaba, Isabel se estremecía de vez en cuándo como si tuviera frío.

El reloj dió las doce campanadas del mediodía.

Los estremecimientos de la baronesa continuaban, y el barómetro marcaba veintiséis centígrados de calor.

—Sí, ya se habrán batido,—pensaba Isabel;—el duelo era á las once, y los hombres en estos casos miran la exactitud como una cuestión de honor... Jamás he sentido semejante angustia... ¿Habrá muerto Alejandro?... ¡Oh, Dios mío! ¡Eso sería horrible!... Jamás hubiera creído que yo pudiera amar á un hombre como le amo á él... Es un amor nuevo, desconocido para mí... me domina, me vuelve loca...Temo cometer alguna imprudencia... Amadeo tiene razón; pero yo no sé dominarme... ¡Qué agonía!... Tarda mucho el barón... Sí, sí; indudablemente le ha sucedido alguna desgracia á Robledano.

Todo espíritu conturbado por una pasión, por un disgusto ó por una profunda pena, parece como que encuentra un gran alivio á sus males en la movilidad material de su cuerpo.

Isabel volvió á emprender sus paseos á lo largo del comedor, mirando con frecuencia la esfera del reloj que, según ella, marchaba con una calma abrumadora, sospechando muchas veces si estaría parado; pero el tic tac de la péndola, le indicaba lo contrario.

A las doce y media se oyó el ruído de un carruaje que entraba en el portal.

Isabel, en vez de correr hacia la puerta, sintió una gran debilidad en las rodillas y se dejó caer en una butaca; cerró los ojos, pero inmediatamente volvió á abrirlos y los fijó en la puerta.

Trascurrieron tres minutos. Isabel tenía la lívida palidez de la muerte en el semblante y temblaba; hubiera querido aparecer risueña, tranquila, pero le fué imposible, pues se hallaba dominada por una fuerza superior á su voluntad.

El barón se presentó en el comedor, y arrojó el gabán de abrigo y el sombrero sobre una silla con marcadas muestras de disgusto.

Al pronto pareció no apercibirse de la baronesa, que le miraba sin despegar los labios y sin fuerzas para dirigirle la palabra.

El barón se golpeó la frente con los puños y dió algunos paseos por el comedor gesticulando.

Isabel le seguía con la mirada, pero sin atreverse á hablar.

De pronto el barón vió á su mujer, se detuvo, y dijo:

—¡Ah! ¿Estabas tú ahí?

El barón se asombró de la palidez y el temblor convulso de la baronesa.

—¿Ha sucedido alguna desgracia?—preguntó con miedo la baronesa.

—¡Una desgracia! ¡Ya lo creo! ¡Una desgracia horrible! Le ha vaciado un ojo; está herido de mucho peligro; si no muere, por lo menos quedará ciego.

La baronesa quiso levantarse, pero le faltaron las fuerzas, y cayó al suelo, murmurando estas palabras:

—¡Pobre Alejandro!

El barón fijó los ojos de un modo sombrío en el exánime cuerpo de Isabel, y dijo hablando consigo mismo:

—He aquí una equivocación funesta... Yo hablaba de Esteban y ella ha creído que hablaba de Alejandro... Vamos, vamos, el anónimo tiene efectivamente razón. Bueno es saberlo, y ahora, con un poco de calma, llegaremos al fin.

Don Andrés cogió á la baronesa con sus brazos, la levantó del suelo y la condujo hasta un sofá, colocándola en él con gran cuidado; luego tiró del llamador de la campanilla, y le dijo á la doncella:

—Micaela, la señora se ha desmayado; ayúdame á conducirla á su cama.

El barón cogió á Isabel por debajo de los brazos y la doncella por los piés; así la condujeron hasta su dormitorio y la acostaron en su cama.

Mientras el barón buscaba un pomito de sales, la doncella le desabrochó el vestido y le aflojó el corsé.

Cuando la baronesa tornó á la vida, exhalando un profundo suspiro, el barón le dijo á Micaela:

—Afortunadamente, creo que esto no será nada; puedes retirarte.

La doncella salió del dormitorio: el barón se sentó en una silla junto á la cabecera de la cama, murmurando en voz baja:

—Al recobrar el conocimiento, su primera mirada será para mí... Veamos qué efecto le produzco; supongo que no ha de ser muy bueno. Ahora lo que importa es no perder su confianza, y sobre todo, seguir representando el papel del marido dormilón.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

LIBRO I.

La fibra sensible.

Págs.

Cap. I..... Cora.. 7
— II.... El capitán del bergantín *El Ciervo*.................. 20
— III.... Donde continúa la historia.......... 29
— IV.... Donde el catalán encuentra la horma de su zapato.... 38
— V..... Los planes del capitán Tordera........................ 47
— VI.... Antecedentes...................................... 57
— VII... La nubecilla blanca................................. 65
— VIII.. Los náufragos..................................... 75
— IX.... Donde Melchor cumple la palabra.................... 91
— X..... La guerra................................ 104
— XI.... El mulato Ecequiel................................ 117

LIBRO II.

Los millones del tío.

Cap. I. .... La cita.. 129
— II..... Dios los cría.................................... 140
— III.... El testamento.................................... 150

Cap. IV.... Los dos amigos.................................... 166
— V..... Lo que intentan muchos y consiguen pocos......... 188
— VI.... La enfermera.. 203

LIBRO III.

Confesión.

Cap. I..... Los dos sacerdotes.................................. 219
— II..... El sustituto del padre Rosendo........................ 230
— III.... Recuerdos íntimos.. 240
— IV.... La alegría en la tristeza................................... 250
— V.... Inquietudes... 263
— VI ... Donde Esteban descubre terreno......................... 282
— VII... Continúan las investigaciones............................ 290
— VIII.. Donde Terreño ve lo que deseaba........................ 298
— IX.... Provocación.. 309

LIBRO IV.

El heredero.

Cap. I..... Amor de padre.. 325
— II..... Buen efecto.. 342
— III.... Malas nuevas.. 352
— IV.... Recuerdos... 366
— V.... Los dos primos... 372

LIBRO V.

Recompensa.

Cap. I..... Valencia... 381
— II..... Un inválido del mar...................................... 391
— III... Una noticia de la fuerza de cien mil duros............ 401

Cap. IV... La alegría no mata.... 410
— V..... Un enfermo que no se hace ilusiones.... 420
— VI.... Donde el capitán Tordera tiene el recibimiento que merece.... 428
— VII... La muerte.... 438

LIBRO VI.

La baronesa de Morgal.

Cap. I..... Reunión de confianza.... 451
— II..... De flor en flor.... 458
— III.... La historia de siempre.... 473
— IV.... Donde Isabel de Romelia encarga un negocio á Salvador Verdemar.... 487
— V..... Donde la baronesa se lamenta del sueño de su marido. 496

LIBRO VII.

Vida nueva.

Cap. I..... Donde comienza la comedia.... 505
— II.... Quitarse la careta.... 514
— III.... Un artista jubilado.... 528
— IV.... El héroe del día.... 540
— V..... Donde Faustino explota el filón.... 553
— VI.... Temores.... 566
— VII... Un mundo nuevo.... 576
— VIII.. Episodio de caza.... 585
— IX.... Historias incompletas.... 599
— X.... Simpatías.... 608

LIBRO VIII.

El héroe de la velada.

Cap. I..... Nueva infamia.... 619
— II..... Donde un poeta trata de despertar á un barón.... 631

Cap. III.... Inquietudes.................................... 641
— IV.... Curiosidad.................................... 653
— V..... Comentarios.................................... 664
— VI.... Situación difícil.................................... 676

LIBRO IX.

Duelo á muerte.

Cap. I...... Los rugidos de la fiera.................................... 691
— II.... Los padrinos de Esteban.................................... 699
— III... Distintas opiniones.................................... 710
— IV... La víspera del duelo.................................... 721
— V.... En el teatro.................................... 732
— VI.... La noche antes.................................... 743
— VII... Duelo á muerte.................................... 749
— VIII... Esperando.................................... 758
— IX.... Cuestión de nervios.................................... 770

LS
P 4386r

239218
Author Perez Escrich, Enrique
Title La redes del amor. Vol.1.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU